UGO PIPITONE

La salida del atraso

Un estudio histórico comparativo

OBRAS DE ECONOMÍA

NUEVA EDICIÓN



Ugo Pipitone, economista por la Universidad de Roma, es profesor investigador emérito del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) y miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel III. En 2007 fue reconocido con el título de *commendatore* de la República italiana. Ha escrito diversos libros, entre los cuales se encuentran *Un eterno comienzo. La trampa circular del desarrollo mexicano* (Taurus / CIDE, 2017), *La esperanza y el delirio: una historia de la izquierda de América Latina* (Taurus / CIDE, 2015), *Modernidad congelada. Un estudio de Oaxaca, Kerala y Sicilia* (CIDE, 2014) y *Ciudades, naciones, regiones. Los espacios institucionales de la modernidad* (FCE, 2003).

Sección de Obras de Economía

LA SALIDA DEL ATRASO

UGO PIPITONE

La salida del atraso

UN ESTUDIO HISTÓRICO COMPARATIVO

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y DOCENCIA ECONÓMICAS

Primera edición, 1994
Segunda edición, 1995
Tercera edición, 2020

[Primera edición en libro electrónico, 2020]

Pipitone, Ugo
La salida del atraso. Un estudio histórico comparativo / Ugo Pipitone. — 3ª ed. — México : FCE, CIDE, 2020
501 p. ; 23 × 17 cm — (Colec. Economía)
ISBN 978-607-16-6773-1 (FCE)
ISBN 978-607-8508-71-6 (CIDE)

1. Economía — Historia 2. Economía — Estudio comparativo 3. Economía internacional I. Ser. II. t.

LC HC55 Dewey 330.9 P614s

D. R. © 1994, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

D. R. © 1994, Centro de Investigación y Docencia Económicas, A. C.
Carretera México-Toluca, 3655; 01210 Ciudad de México
www.cide.edu
editorial@cide.edu
Tel.: 55-5727-9800

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero
Imagen de portada: iStock Photo / jgroup

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-6773-1 (FCE-rústico)
ISBN 978-607-8508-71-6 (CIDE)
ISBN 978-607-16-6975-9 (electrónico-pdf)

Hecho en México • *Made in Mexico*

SUMARIO

Prólogo a la nueva edición 13
Introducción 15
Plan de trabajo 21

Primera parte
El capitalismo, empresa europea
desbordada sobre el mundo

I. *El comercio: de las ferias a las colonias* 25
II. *La agricultura: del* Señor *al mercado* 34
III. *Un Estado no tan ausente* 44

Segunda parte
Intentos exitosos de salida del atraso

IV. *Suecia: un milagro con varias explicaciones* 57
V. *Dinamarca: de una cultura comunitaria a otra* 90
VI. *Japón: un precoz capitalismo de Estado* 122
VII. *Italia, o la dificultad de las reformas* 163

Tercera parte
Intentos fallidos de salida del atraso

VIII. *India, un atribulado camino al desarrollo* 205
IX. *Nigeria: las turbulencias de un país en formación* 248
X. *Brasil: crecimiento e inequidad* 286
XI. *México: estancamiento de largo plazo e instituciones* 327

Cuarta parte
Addendum asiático

XII. *Corea del Sur: un exitoso camino más allá del atraso* 375
XIII. *China: de la utopía al mercado* 398

Conclusión 425
Bibliografía 441
Índice analítico 477
Índice general 499

A Rita (1924-2000)
y a Tommaso (1920-1988)

Yo también enfrento el problema de la historia. ¿Qué conservar, qué desechar, cómo asirse de aquello que la memoria insiste en abandonar, cómo enfrentar el cambio?

SALMAN RUSHDIE, *Vergüenza,* 1983

PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN

Esta nueva edición de un libro publicado por el Fondo de Cultura Económica (FCE) y el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) hace ya un cuarto de siglo tuvo que hacer las cuentas con dos problemas. El primero consistía en decidir si la estructura de la argumentación había resistido al paso del tiempo. El segundo conllevaba la revisión del texto a la luz de los acontecimientos y las reflexiones que sobre el tema se habían acumulado desde, es el caso decir, el siglo pasado. He dedicado los últimos dos años a la nueva redacción del texto que el lector tiene ahora en sus manos. Lo que ha significado reparar elementos de la argumentación que necesitaban ser puestos al día e incorporar reflexiones surgidas recientemente acerca de los países estudiados en la primera edición. Ni una sola página de la vieja edición ha sobrevivido intacta a esta relectura, lo que no significa que el texto sea completamente nuevo, pero tampoco es una operación de maquillaje de la edición anterior. Entre multitud de complementos y refraseos, el mayor cambio consiste en el añadido de un último capítulo ("*Addendum* asiático"), que narra dos experiencias de desarrollo tardío recientes: Corea del Sur y China.

A pesar de frecuentar el castellano escrito desde hace cuatro décadas, mi redacción sigue adoleciendo de varias fallas que la clemencia hacia el lector me sugiere no detallar. Sólo quiero dejar constancia de la ayuda esencial aportada a la legibilidad de este texto por las múltiples, fatigosas correcciones de mi hija Marian.

CIDE, mayo de 2018

INTRODUCCIÓN

La gran mayoría de la población mundial vive en un amplio, accidentado archipiélago que podemos denominar genéricamente "atraso económico". Abordaremos este tema desde la perspectiva de las experiencias (cercanas y lejanas, exitosas y fallidas) de emancipación del atraso. Se tratará de entender cómo fue posible que algunos países tuvieran éxito en la empresa mientras otros, a pesar de los intentos, siguieron atrapados en su fuerza gravitatoria. Pero ¿qué se entiende aquí por atraso? En síntesis, una tríada interactiva de baja productividad, elevada segmentación social (y sectorial) y escasa calidad institucional.

El capitalismo es nuestra atmósfera económica y la frontera móvil en la cual se ha desplegado la Edad Moderna. No debía ser sencillo para un estudioso de los siglos pasados entender en qué sentido pudiera describirse como capitalismo tanto a la Polonia semiservil de los magnates exportadores de cereales como a la Inglaterra industrial del cambio tecnológico, el auge urbano y el movimiento sindical. Una dificultad parecida enfrentaría hoy quien intentara explicarse el dualismo estructural de las economías latinoamericanas a la luz de la historia *mayor* del desarrollo capitalista en países como Holanda, Noruega o Bélgica. Si los caminos han sido y son tan diferentes, habrá que reconocer que debajo de la palabra "capitalismo" cohabitan, a escala mundial, estructuras y lógicas diferenciadas. Además, para complicar el escenario, la historia no se repite: se dice que las transformaciones experimentadas inicialmente por algunos países que salieron exitosamente del atraso no pueden recrearse siempre por los mismos medios.

Se conduce aquí una lectura de varios fragmentos de historia del capitalismo a través de tiempos y países. En la primera parte, se verá cómo las transformaciones en el comercio, la agricultura y el Estado desde la Baja Edad Media generaron las fuerzas sociales y los mecanismos económicos que convertirían a Europa en un engranaje de fuerzas proyectado hacia la innovación tecnológica, el cambio social y, finalmente, la hegemonía mundial. Dependiendo de las estructuras previas y de la intensidad del cambio, comercio, agricultura y Estado han sido las bases lejanas del desarrollo y del atraso. En la segunda parte, se estudiarán políticas y circunstancias que hicieron posible que los países rezagados a formas modernas de desarrollo capitalista concentraran en pocas generaciones las fuerzas para activar amplios procesos de crecimiento económico y transformación social. Se estudiarán experiencias ejemplares (aunque no mecánicamente repetibles) en una reflexión sobre condiciones y estrategias de superación del atraso. En la tercera parte, se tratará de entender por qué, a

pesar de sus intentos, otros países no pudieron salir de un retraso que puede cambiar sus formas manteniendo los tres rasgos centrales mencionados arriba.

Durante un ciclo de conferencias en Cambridge en 1961, el profesor Carr se refirió al pensamiento histórico como instrumento para "comprender el pasado a la luz del presente, y el presente a la luz del pasado".[1] Nadie mira al pasado con una mente perfectamente despejada y, en realidad, no hace falta. Una mirada "pura" (que expresa a menudo una ideología inconsciente) es más una carga que una ventaja. Mirar hacia atrás requiere de criterios que sólo las dudas y las interrogantes del presente pueden proporcionar.

Decía Benedetto Croce: "Toda historia es historia contemporánea". Muchas cosas se derivan de una afirmación como ésta. En primer lugar, que el pasado nunca pasa por completo en la vida de los pueblos, por lo que victorias o derrotas lejanas, desafíos asumidos o evitados, siguen moldeando el presente, abriendo o cerrando posibilidades evolutivas. Pero el filósofo italiano tenía razón también en otro sentido: los nudos de opciones que necesitan desatarse en el presente suponen a menudo opciones culturales y determinaciones políticas que ya otras veces, si bien en distintas formas, se presentaron en el pasado. De ahí que en la historia se encuentre el mejor inventario de las posibles (pero nunca todas) alternativas del presente.

Sin la historia, como horizonte de reflexión, el mismo error seguirá apareciendo como un accidente. Además, hay momentos, y desde hace un puñado de décadas estamos inmersos en uno de ellos, en que procesos económicos, sociales y tecnológicos pujantes parecen convertir todo aquello que ocurre en una necesidad ineludible que estrecha los espacios de la razón agudizando la incomodidad de pensar en alternativas. La historia deja de presentarse como mezcla inestable de necesidad y libertad, de condiciones creadas y voluntades de cambio y asume el aspecto de un movimiento inexorable. Adaptarse a la corriente dominante se vuelve virtud suprema, tanto en la reflexión como en la política.

Bajo esta luz, el presente ensancha sus posibilidades evolutivas al ponerse en contacto con las experiencias pasadas. En defensa del funcionamiento espontáneo de los mercados, el atraso económico termina por ser visto como sanción de un pecado de excesivo voluntarismo. Recurrir a experiencias lejanas o recientes es una forma de reencontrar la realidad, no sólo como inercia, sino como depósito de múltiples posibilidades de desarrollo. Así, la historia se vuelve instrumento para agrietar la aparente solidez del presente.[2]

[1] Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?,* Planeta, Barcelona, 1981, p. 144. Escribía otro gran historiador: "En muchas ocasiones, yo había leído y contado historias de guerras y batallas. ¿Pero conocía realmente lo que es para un ejército quedar cercado y para un pueblo sufrir la derrota, antes de haber experimentado yo mismo esa náusea atroz?", Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador,* FCE, México, 2001, p. 71.

[2] Un estudioso francés de san Agustín decía que el movimiento centrífugo que guía al individuo a salirse de sí mismo es en realidad condición necesaria para que pueda reencontrarse en

Una lectura de las experiencias de salida del atraso hecha a partir de la actualidad necesita vencer la tentación de convertir en paradigma cada caso exitoso. No hay automatismos suficientemente poderosos en la vida de los países y de las sociedades que garanticen que cierta acción producirá el mismo resultado independientemente del tiempo y del lugar. Todo intento imitativo requiere originalidad porque, aun dejando de lado a Heráclito, el sujeto nunca es el mismo y el contexto tampoco. Las filosofías de la historia suponen la existencia de fuerzas metasociales (providencia, progreso o leyes del mercado) que conducen a los conjuntos humanos hacia rumbos predeterminables.[3] Hay demasiadas paradojas en el camino de las sociedades que pueden obligar a largas desviaciones respecto a sendas que parecían seguras. La esclavitud, que constituye un *prius* histórico respecto a la servidumbre, fue abolida en el Imperio británico en 1833, cuatro siglos después de que esta última desapareciera de Inglaterra. Y los Estados Unidos, un país que no conoció la servidumbre, necesitaron una guerra civil para cancelar la esclavitud en 1865.

Extrapolar tendencias dominantes en el pasado de algunos países en paradigmas de validez universal conduce a graves despistes. Un ejemplo: reflexionando sobre Inglaterra, país al que considera el mejor "laboratorio" para entender la lógica capitalista a escala mundial, Marx llegaba a la siguiente conclusión: "La gran industria ejerce una acción tanto más revolucionaria en la esfera de la agricultura en cuanto que destruye lo que era el baluarte de la vieja sociedad, el 'campesino', sustituyéndolo por el trabajador asalariado".[4] He aquí el resultado de suponer que la dinámica del capitalismo en Inglaterra pudiera fijar pautas de validez universal. Lejos de ser "liquidado", el "campesino" será en Dinamarca, como veremos más adelante, el centro de un vigoroso desarrollo capitalista. Algo parecido puede decirse para Japón, Francia y Corea del Sur.

Una mirada a los países que desde fines del siglo XIX experimentaron procesos exitosos de salida del atraso indica que raramente estos procesos fueron resultado de las mismas circunstancias. Emanciparse del atraso supone un curso complejo, síntesis de acontecimientos y políticas cuya interacción no sigue un libreto depositario de verdades eternas. En algunos países, el dato inicial fue el cambio de estructuras agrarias tradicionales; en otros, el comercio

un nivel más elevado de conciencia. De ahí que el descubrimiento del "otro" puede ser esencial para el propio entendimiento; reencontrarse con el pasado de otros pueblos puede ser condición para entender mejor el presente de la sociedad de la cual se es parte; véase Henri-Irénée Marrou, *La conoscenza storica,* Il Mulino, Bolonia, 1962, pp. 247-248. "La historia nos libera de las trabas y de los límites que nuestra posición en el ámbito del devenir […] impone a nuestra experiencia humana. Es por ello que, de alguna manera, la historia se convierte en un instrumento, un medio, de nuestra libertad" (p. 272).

[3] Marrou decía que filósofo de la historia es quien "cree poder decir la última palabra sobre el misterio del tiempo", *ibid.,* p. 274.

[4] Karl Marx, *El capital: crítica de la economía política,* t. I, lib. I. *El proceso de producción del capital,* 4ª ed., FCE, México, 1946/2014, p. 450.

exterior desempeñó un papel decisivo; en algunos casos, el proteccionismo fue el factor desencadenante de reacciones creativas y, en otros, un reto político externo activó comportamientos nacionales que condujeron a procesos de desarrollo y bienestar sostenibles. Pero casi siempre fue esencial la capacidad de los gobiernos para ofrecer un marco más o menos consistente a la acción de los agentes privados estableciendo entre ellos un sistema de reglas confiables capaces de fijar un horizonte tan deseable como asequible.

Apuntemos tres aspectos. Primero: en ningún país que transitó hacia formas maduras de desarrollo capitalista el cambio fue posible sin que, previa o simultáneamente, se dieran profundas transformaciones en sus estructuras agrarias. Una agricultura eficiente y sin hondas fracturas sociales parecería ser una *conditio sine qua non*. Segundo: el tránsito mencionado es posible sólo ahí donde el Estado ha alcanzado (o está en proceso de consolidar) niveles relativamente elevados de eficacia administrativa y credibilidad social. Tercero: la salida del atraso no es generalmente un proceso lento, sino que, por el contrario, manifiesta un carácter compulsivo que en pocas décadas aglutina masas de energías renovadoras. Éste es el caso de países que estudiaremos aquí, como Japón, Suecia, Dinamarca o Corea del Sur que, si bien tardíamente, pudieron en cuatro o cinco décadas crear estructuras productivas e institucionales comparables con los países a la cabeza del capitalismo mundial en distintos momentos de la historia contemporánea.

Hasta aquí (explícita o implícitamente) nos hemos referido al "desarrollo" como si su significado fuera intuitivo. El desarrollo se nos presenta de modo que, cualquiera que sea el origen del impacto que modifica la situación previa, desde algún momento tiende a multiplicar los efectos que promueven nuevos cambios. Uno de los signos de este proceso reside en la progresiva escasez de la mano de obra. Si el desarrollo implica la mejora de las condiciones de vida de las personas, estas condiciones tenderán a progresar a medida que el trabajo se convierta en un *factor* escaso. La sociedad necesita desprenderse de un mayor volumen de bienes y servicios para el uso de ese factor que se ha vuelto escaso. La insuficiencia de trabajo impulsa el avance de los procedimientos técnicos para obtener mayores resultados con menores recursos. Es fácil transferir tecnologías de un país a otro; lo es menos trasplantar los comportamientos individuales y colectivos, así como la armazón sociocultural de la que la innovación tecnológica es producto.[5] Antes de la expansión interna-

[5] Aprovechando los conocimientos de artesanos cristianos tránsfugas, los turcos pudieron construir, en el siglo XV, sus primeras piezas de artillería. Fue justamente gracias a estos cañones que el baluarte de Occidente en Asia Menor, Constantinopla, terminó por caer bajo el ataque musulmán en 1453. Cipolla relata cómo los musulmanes construyeron, bajo la guía de un fundidor húngaro al servicio de Mahoma II, un cañón de dimensiones extraordinarias como nunca los cristianos habían pensado que pudiera construirse. Haciendo a un lado el hecho de que después de sus primeros disparos el terrible cañón se cuarteó y quedó inservible, los turcos nunca pudieron retroalimentar aquella tecnología con aportes originales. Es más fácil apropiarse de un produc-

cional del capitalismo a partir del siglo XVI, este sistema surgió de una trabazón intergeneracional en que eran reconocibles los comercios mediterráneos que vienen desde el siglo XI, los avances de la agricultura, el desarrollo urbano, las ferias, los gremios, las repúblicas marineras, los procesos de formación de Estados nacionales y los ejércitos permanentes, el comercio de especias con el Oriente, la expropiación de tierras de uso colectivo, etc. Una unidad en movimiento que no puede eliminar el conflicto, y un conflicto que reproduce la unidad en formas renovadas.

Pero en este punto es oportuna una apostilla lexical. El atraso resulta de la debilidad de energías de renovación en distintos espacios europeos que quedaron al margen en momentos decisivos de la historia del continente. Por estar alejadas de los polos más dinámicos del comercio o por la exitosa resistencia al cambio ejercida por añejas estructuras de poder político, amplias áreas de Europa permanecieron estancadas mientras que a su alrededor, la riqueza encontraba nuevos canales e impulsos. En esta condición cabe parte de Italia desde el siglo XVI, la península ibérica, los países escandinavos hasta mediados del siglo XIX, Europa oriental desde Pomerania hasta Bohemia y, obviamente, el Imperio ruso. El atraso se concentra en los extremos geográficos de Europa: el norte (Escandinavia), el sur (el extremo meridional de Italia y Grecia), el occidente (la península ibérica) y el oriente (Rusia y una parte de Europa central). En esta dilatada extensión territorial, que engloba culturas, historias políticas y tradiciones productivas, el atraso se derivó de la marginalidad geográfica respecto a los núcleos más dinámicos de la economía europea desde la Baja Edad Media.

El subdesarrollo (una expresión no libre de ambigüedades) corresponde a un proceso distinto, que viene de un trasplante histórico fallido. Áreas extraeuropeas, vastos territorios del continente americano, de Asia y más tarde de África fueron abruptamente integrados a esquemas globales de comercio del todo externos a su anatomía y fisiología social autóctonas. Se transfirió un producto terminado sin transferir aquellos factores materiales y espirituales que habían hecho del capitalismo el producto incipiente de la Edad Moderna europea. Un trasplante de órganos que a lo largo de medio milenio no ha sido ni asimilado del todo ni del todo rechazado, excluyendo casos históricamente recientes como Japón, Corea del Sur y pocos más. El capitalismo, que alimentó nexos cada vez más estrechos a escala global, rompió líneas de evolución histórica de varios pueblos sin permitir su sustitución por otras igualmente autocentradas. El subdesarrollo es el producto de la aventura mundial de Europa. Aquello que pudiera haber sido "atraso" en otras partes del mundo (por cuanto está lejos de ser obvio en qué sentido podría hablarse de atraso en referencia a la China de la dinastía Tang), al contacto con una Europa ex-

to físico que del proceso social y cultural que lo hace posible y alimenta su desarrollo ulterior; Carlo M. Cipolla, *Vele e cannoni,* Il Mulino, Bolonia, 1983, p. 82.

pansionista se volvió "subdesarrollo". Un híbrido sin caminos viables hacia adelante. Tal vez no sea una casualidad que, fuera de Europa, los países que permanecieron por siglos en una condición colonial no han protagonizado, después de sus independencias, procesos exitosos de desarrollo, o sea, de crecimiento económico con integración social. Permanece en el tiempo un legado de segmentación productiva y de la sociedad, así como de comportamientos institucionales parasitarios.

La clave del subdesarrollo no está tanto en una insuficiencia, en algo que pueda indicarse con un signo de menos, como en una deformación originaria que se transmite en el tiempo. De ahí la marcha asincrónica de sociedad, economía y política, que producirá urbanización sin industrialización, industrialización sin innovación tecnológica, crecimiento sin agriculturas integradas y, a veces, democracias formales con cimientos oligárquicos. Resultado de una historia donde el capitalismo, como consecuencia de la expansión mundial europea, nació antes que los capitalistas. En otros términos, el subdesarrollo es un atraso que ha ido acumulando en el tiempo las deformaciones estructurales derivadas de una penetración capitalista que no podía reproducir los elementos de su propia conformación histórica.

PLAN DE TRABAJO

Este libro se articula en tres partes. En la primera se describen las transformaciones en el comercio, la agricultura y el Estado que permitieron a algunos países europeos asumir una posición de vanguardia en el desarrollo del capitalismo europeo mucho antes de la Revolución industrial. En la segunda parte, centrando la atención en Suecia, Dinamarca, Japón e Italia, se analizarán las políticas económicas y las circunstancias de orden nacional e internacional que hicieron posible a estos países atrasados recuperar, en pocas décadas, el terreno perdido en los siglos anteriores. En la tercera parte, se estudiarán las experiencias de desarrollo de India, Nigeria, Brasil y México en el curso de las últimas décadas, tratando de entender las razones por las cuales, a pesar de algunos éxitos, persisten en estos países desequilibrios que traban sus oportunidades de acceso a estructuras productivas y socialmente integradas. Al final del libro se ha añadido un *addendum* que incluye el estudio de los desarrollos recientes de Corea del Sur (un país que, en la segunda mitad del siglo XX, puede decirse que dejó a sus espaldas una realidad de atraso) y de China que, a pesar de sus notables progresos, sigue en marcha en una posible ruta de salida del atraso.

Primera parte

EL CAPITALISMO, EMPRESA EUROPEA DESBORDADA SOBRE EL MUNDO

Intentemos algo parecido a un juego de sombras chinas donde aparecen proyectados sobre una pantalla los mayores trazos de aquellos cambios históricos que no tocaron a los países que, desde comienzos de la Edad Moderna, quedaron al margen de la corriente de innovaciones (económicas e institucionales) que prepararon el terreno de la futura industrialización europea. El tema es el proceso por medio del cual los avances técnicos, las redes de comercio, las guerras y los Estados nacionales terminaron por amalgamarse en una organización social inédita que recibirá el nombre de capitalismo. La clave de lectura está aquí en tres dimensiones distintas e interconectadas: el desarrollo del comercio, las transformaciones sociales y productivas de la agricultura y la dilatación del Estado como sistema formal de poder sobre espacios territoriales ampliados. El capitalismo es un producto europeo que se desbordó al mundo convirtiendo sus reflejos y necesidades en rasgos consustanciales a la Edad Moderna.

I. EL COMERCIO: DE LAS FERIAS A LAS COLONIAS

Con el empuje del aumento demográfico, el renacimiento urbano y los comercios, que rompen un añejo encierro localista, el Viejo Continente emprende el rumbo hacia cambios seculares cuyos productos maduros serán el capitalismo y la afirmación de su hegemonía sobre el resto del mundo.[1] Desde el siglo xi, Europa comienza a restablecer la navegabilidad de dos grandes mares: el Mediterráneo y el mar del Norte. Después de casi cuatro siglos de dominio, el islam inicia su repliegue frente a las nuevas presiones (las repúblicas marítimas de Génova, Pisa, Amalfi, etc.) que terminarán por convertir el mar Mediterráneo en una especie de lago interno de la cristiandad. Progresivamente, la principal arteria comercial de Europa se restablece. De ahí a poco, las cruzadas prestarán la fuerza de la fe a la reconquista mercantil. Y al otro extremo, el mar del Norte se vuelve ruta comercial con el agotamiento de las incursiones vikingas.[2]

Tras la prolongada abulia que sigue a la caída del universo político de Roma, toma fuerza el empuje urbano, antes en el norte de Italia y después en los Países Bajos. Se abren mercados en los recién construidos burgos en las inmediaciones de castillos señoriales o en las ruinas de antiguas ciudades romanas que vuelven a la vida. Las ferias concentran los excedentes locales y productos que vienen de más lejos cuarteando la autarquía y el autoconsumo. Se abren posibilidades de especialización tanto en la agricultura como en la artesanía y la manufactura. El inmovilismo ligado a la tierra y a sus papeles sociales codificados se va resquebrajando para anular aquello que había sido cierto por siglos, o sea, que la sociedad medieval estaba compuesta por tres clases de personas: los que rezan, los que combaten y los que trabajan.[3] Mien-

[1] Algunos establecen una causa directa que va del aumento demográfico al comercio, con la baja en los costos de transacción, y de ahí a nuevas tecnologías e instituciones; véase Douglass C. North y Robert Paul Thomas, *El nacimiento del mundo occidental: Una nueva historia económica (900-1700),* Siglo XXI Editores, México, 1973/1991, p. 85. Naturalmente, ésta es una simplificación analítica, una concatenación de causas que no toma en consideración ni sincronías mutuamente reforzadas ni contagios externos capaces de producir secuencias originales en varias partes de Europa.

[2] Refiriéndose al proceso que convierte a los vikingos de invasores y saqueadores periódicos de los dominios carolingios en comerciantes, Henri Pirenne señala: "Los vikingos son piratas y sabido es que la piratería constituye la primera etapa del comercio", *Historia económica y social de la Edad Media,* fce, México, 1933/1975, p. 23; véase, del mismo autor, *Medieval Cities,* Princeton University Press, Princeton, 1925/2014, pp. 64-65.

[3] Carlo M. Cipolla, *Before the Industrial Revolution: European Society and Economy (1000-1700),* W. W. Norton, Nueva York, 1976/1994, p. 118.

tras el trabajo deja de ser sinónimo de servidumbre, en la sociedad aparecen figuras y profesiones que abren el mundo a lo inédito: la posibilidad de que la laboriosidad pueda ser fuente de riqueza.

En Flandes, las actividades comerciales favorecen la integración económica de un territorio poco extendido donde tiene gran éxito la producción de paños de lana que nutren fortunas urbanas y una nueva vida social en Gante, Brujas, Ypres, Arras, etc. A pesar de su inicial dependencia de Bizancio, Venecia toma paulatinamente el control del mar Adriático y de los puertos y ensenadas de su costa oriental, para convertirse en compradora y vendedora de variedad de productos. A la ciudad llegan especias, orfebrería y sedas de Oriente, ahí convergen cobre y plata desde el norte de los Alpes y del Báltico. De Venecia zarpan las galeras que llevan maderas, paños y productos de hierro para los caballeros templarios empeñados en las cruzadas e incluso para los musulmanes que a veces usan estas mismas mercancías para fines militares contra los propios venecianos.

Desde el siglo X, los suecos, convertidos en mercaderes, bajan el curso del Dniéper hasta llegar al mar Negro y a Constantinopla, y se convierten así no sólo en instrumentos de comunicación entre partes de Europa previamente incomunicadas, sino también en el viaje de retorno de Bizancio al Báltico, en instrumentos de evangelización cristiana de los pueblos rusos. En los espacios abiertos por el comercio pasan mercaderías, ideas, tecnologías y hasta religiones.

> La isla de Gotlandia —en la parte meridional del mar Báltico— cuyo suelo contiene, más aún que el de Rusia, innumerables depósitos de numerario islámico o griego, parece haber sido la gran etapa de este comercio y su punto de contacto con la Europa septentrional. Es probable que los normandos trocaran en dicha isla el botín hecho al enemigo en Inglaterra y en Francia por las valiosas mercancías traídas de Rusia.[4]

Pirenne, el gran historiador belga, describe un fragmento del renacimiento comercial europeo que se manifiesta desde la Baja Edad Media como una telaraña en expansión, de un lugar a otro, sin un diseño predeterminado.

Báltico y mar del Norte son testigos de las aventuras de la Hansa, liga comercial de ciudades alemanas entre las cuales destacan tempranamente Lübeck y Hamburgo. Transportando granos, madera, vino, carne, sal, etc., los barcos hanseáticos comercian hacia Occidente con Brujas y Londres y hacia Oriente llegan a Riga y Nóvgorod. Incluso, en el casi adormecido norte de España, desde el siglo XIII, Burgos se vuelve un importante centro para las exportaciones de lana dirigidas a los manufactureros flamencos, y dos siglos después tenemos una ruta marítima que parte de Sevilla y llega a Flandes para

[4] H. Pirenne, *Historia…, op. cit.,* p. 25.

proseguir hasta el Báltico. En el trayecto de España a Brujas, a veces operan flotillas de 120 barcos que anualmente cumplen el itinerario una o dos veces.[5]

En distintos puntos de Europa surgen jurisdicciones especiales para la protección de los mercaderes y la solución de controversias. En Inglaterra se llaman *Courts of Piepowders;* en París, *Parloir aux bourgeois*.[6] El comercio es protegido tanto como los mercantes foráneos de cuyas actividades depende el bienestar de las mayores plazas comerciales. El prestigio y el bienestar urbano dependen de la protección que las autoridades otorgan a sus visitantes de negocios.[7] Acerca de las famosas ferias de Champaña, cuenta Le Goff: "En 1222 dos mercaderes de Lille que dirigían una caravana que transportaba tejidos de Lille, de Ypres, Beauvais y Brujas, fueron atacados y desvalijados en el camino cerca de Como. El magistrado de Como les dio una indemnización de 95 libras imperiales".[8]

Se va haciendo cierta la posterior idea weberiana del derecho racional como requisito originario del capitalismo.[9] Para poder desarrollarse, las actividades comerciales requieren ser reconocidas como instrumento de prosperidad y, como tales, ser protegidas por las autoridades locales.

Desde el siglo XIV, algunos centros urbanos adquieren un peso considerable como nudos de grandes flujos comerciales. El más importante probablemente es Brujas, que experimenta grandes conflictos para afirmar su autonomía frente a los franceses, hasta convertirse en un polo de comercio y finanzas europeas que hospeda colonias permanentes de mercaderes que vienen de distintas partes de Europa y a los cuales, desde el siglo anterior, la ciudad reconoce el derecho de recibir la plena reposición de sus pérdidas por la quiebra de algún banco local.[10] Otro centro estratégico es Venecia, una de las ciudades más opulentas y cosmopolitas de la época. Sin embargo, cuando se abren las nuevas rutas de comercio marítimo con el Oriente y con las Américas, la ciudad lagunar tiene que ceder su posición privilegiada a favor de Amberes. Durante casi todo el siglo XVI, este puerto flamenco será el centro comercial más importante del mundo, lugar de llegada y salida de miles de barcos que cargan toda clase de mercancías.

[5] Gloria Cristina Flórez, "Vicissitudes of Commercial Trading: Castile and Flanders at the End of the Fifteenth Century (1474-94)", *The Medieval History Journal,* vol. 6, núm. 1, 2003, pp. 36-40.

[6] Con razón decía Karl Polanyi: "La simple penetración del comercio en la vida diaria no era condición suficiente para crear una [nueva] economía, en el nuevo y distintivo sentido del término, se requerirían varios ulteriores desarrollos institucionales", en Harry W. Pearson (coord.), *The Livelihood of Man,* Academic Press, Nueva York, 1977, p. 7.

[7] Véase Oscar Gelderblom, *Cities of Commerce: The Institutional Foundations of International Trade in the Low Countries (1250-1650),* Princeton University Press, Princeton, 2013, p. 142.

[8] Jacques Le Goff, *La Baja Edad Media,* Siglo XXI Editores, México, 1965/1979, p. 184.

[9] Max Weber, *Economía y sociedad,* 2ª ed., FCE, México, 1922/1964, p. 1048.

[10] James M. Murray, *Bruges, Cradle of Capitalism: 1280-1390,* Cambridge University Press, Cambridge, 2005, p. 221.

El norte de Italia, que todavía en los siglos XV y XVI seguía siendo una de las áreas más dinámicas de la economía europea —con un gran desarrollo de actividades manufactureras en Milán, Brescia, Como, Cremona, Pavía, Florencia, etc., y con una de las agriculturas más avanzadas de la época— conoce desde el siglo XVII una decadencia progresiva. De 20 000 piezas de paño producidas anualmente por Venecia a comienzos de 1600, se pasa a poco más de 2 000 hacia fines del siglo. De los 30 000 telares de la industria de la seda en Como a comienzos del siglo XVII, sólo quedaban dos en 1650. También, a comienzos de ese siglo había en Milán entre 60 y 70 firmas productoras de tejidos; en 1682 quedaba una.[11] Un desplome. Muchas razones se han esgrimido para explicarlo y, con insistencia, sobre todo una: Venecia pierde peso en el comercio mundial frente a nuevos centros europeos más dinámicos; así, su función de arrastre hacia los centros urbanos del norte de Italia se debilita, una explicación cierta, pero parcial. Otras dos circunstancias deben considerarse. La primera: en un tiempo en que Europa está consolidando las grandes unidades nacionales modernas, Italia, y el norte del país en particular, sigue fragmentada en pequeños Estados independientes. El apoyo decidido de gobiernos nacionales a las iniciativas económicas en sus territorios benefició a los grandes negociantes de Holanda, Francia e Inglaterra, algo que no ocurrió con los comerciantes de los pequeños Estados italianos. Además, dadas sus reducidas dimensiones, éstos no pudieron desarrollar mercados amplios, capaces de complementar con su propio dinamismo las oscilaciones de la demanda internacional, sin dejar de considerar que una parte importante de la Italia septentrional es dominada por España entre 1540 y 1706. Cuando en 1616 los venecianos pidieron la ayuda de holandeses e ingleses frente al ataque de la Armada Invencible (que, por cierto, ya había sido derrotada 28 años antes en el paso de Calais por los ingleses), este solo hecho indicaba la debilidad de la que fue la mayor potencia marinera del Mediterráneo.[12]

Retrocedamos en el tiempo. Desde el siglo XI el renacimiento de los comercios europeos avanza en paralelo con la urbanización. Nacen nuevas ciudades, mientras antiguas urbes romanas resurgen de las ruinas y se ensanchan obligando a sucesivos desplazamientos hacia el exterior de sus antiguas murallas. Muchos castillos fortificados se vuelven burgos, los burgos crecen y se convierten en grandes aldeas y algunas de ellas se transforman en ciudades que hospedan talleres artesanales, bancos, universidades, tribunales y demás. Entre los años 1000 y 1340, las poblaciones europeas de más de 20 000 habitantes pasan de cerca de 40 000 a más de 100 000.[13] Es el pasaje de una cultu-

[11] Carlo M. Cipolla, *La decadencia económica de los imperios,* Alianza, Madrid, 1999, pp. 157-160.

[12] Carlo M. Cipolla, *Vele e cannoni,* Il Mulino, Bolonia, 1983, p. 74.

[13] Paul Bairoch, *Cities and Economic Development: From the Dawn of History to the Present,* The University of Chicago Press, Chicago, 1988, p. 136. En algunos casos, oscuras aldeas se convierten en bulliciosas ciudades como es el caso de Montpellier, Dijon y Lille, en Francia, de

ra tradicional, ligada a la tierra y a sus exclusiones y privilegios, a la cultura de la innovación, del localismo al cosmopolitismo, de la voluntad del *Señor,* como centro organizador de la vida colectiva, a la multiplicación de agentes sociales, de la producción para el consumo local hacia la producción para el mercado, del poder como riqueza, a la riqueza como poder. Las ciudades modifican la balanza de la autoridad a favor de sí mismas y se vuelven símbolos vivientes de transformación, mientras experimentan nuevas técnicas y novedosas ideas sociales. En 1288, 23 años antes de que los Visconti establecieran su *signoria,* Milán era una ciudad de 200 000 almas, que al interior de sus muros contaba con 200 iglesias, 400 panaderías, 150 posadas, 80 herreros y 10 hospitales.[14] Apenas unas décadas antes, la ciudad había tenido que enfrentarse al ejército imperial de Federico Barbarossa y a su orgullosa caballería aristocrática. Asombrosamente, el ejército de bodegueros salió victorioso (1176); lo mismo que más de un siglo después (en 1302) hicieran las milicias municipales de Brujas contra la caballería real francesa.

Los mercados urbanos fijan los precios para los productos agrícolas, mismos que influyen sobre las decisiones productivas y técnicas de parte de los productores en áreas cada vez más amplias. En las ciudades más grandes el mercado termina por ser cotidiano. Leamos a Braudel:

> En todos lados el crecimiento de los intercambios conduce a las ciudades a construir *halles,* o sea mercados cubiertos, rodeados a veces por mercados al aire libre. Estos *halles* son generalmente mercados permanentes y especializados […] El de Londres, Blackwell Hall, construido en 1397, reconstruido en 1558, destruido por un incendio en 1666, reconstruido en 1672, era de dimensiones excepcionales.[15]

El comercio se desprende tempranamente de su anterior carácter de aventura, para organizarse a través de representantes de las casas comerciales que, con frecuencia, asumen también funciones de prestamistas. El tejido comercial fluido de las ferias de Champaña es poco a poco sustituido por una red organizada. "El antiguo viajero se transforma gradualmente en un administrador de negocios que pasa gran parte de su tiempo detrás de un escritorio examinando informes y expidiendo instrucciones."[16] En el siglo XIV, probablemente

Berlín, Leipzig, Núremberg y Múnich, en Alemania, y de prácticamente todas las ciudades holandesas. Pero hay que añadir Amberes, Copenhague, Edimburgo, Moscú, Oslo, Estocolmo, Viena y Varsovia. También se da el caso de pequeñas ciudades convertidas en grandes metrópolis. Entre el año 1000 y el 1200, la población de Venecia pasa de 45 000 a 70 000 habitantes, la de París de 20 000 a 110 000 y la de Colonia de 20 000 a 50 000.

[14] J. Le Goff, *op. cit.,* pp. 183 y ss.

[15] Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo: Siglos XV-XVIII,* t. 2: *Los juegos del intercambio,* Alianza, Madrid, 1979/1984, pp. 12-13.

[16] Raymond de Roover, "The Organization of Trade", en M. M. Postan *et al.* (coords.), *The Cambridge Economic History of Europe,* vol. 3, *Economic Organization and Policies in the Middle Ages,* Cambridge University Press, Nueva York, 1971, p. 43. Registremos el enunciado de Werner

son los mercaderes florentinos quienes, en conjunto con los venecianos, desarrollan prácticas y técnicas más avanzadas de comercio y crédito. En 1336, la casa Peruzzi (la segunda firma comercial florentina) tenía 88 agentes distribuidos en varias plazas: cinco en Aviñón, cuatro en Brujas, siete en Londres, ocho en Nápoles, tres en París, tres en Rodas, tres en Túnez, etcétera.[17]

En la Baja Edad Media la ciudad es símbolo de libertad (donde después de algún tiempo los siervos fugitivos quedan libres habiéndose acogido a la protección urbana) y un revoltijo de energías alimenta la creatividad tecnológica, la innovación del gusto artístico, del pensamiento filosófico, político y religioso. Las ciudades más grandes se convierten en espejos en los que se refleja el grado de avance alcanzado por pueblos enteros.[18] Pero si las ciudades fueron uno de los factores de empuje para el comercio, otro factor de importancia comparable fue la guerra —pensada, planeada o combatida—. Con la entrada en escena de la artillería desde el siglo XIV, el comercio de las materias primas para su construcción se vuelve particularmente provechoso;[19] la circulación de artesanos constructores de un país a otro y la negociación de créditos para financiar guerras imprimen una aceleración al ritmo de las transformaciones económicas y políticas de Europa.

En el siglo XVI, los principales productores de artillería se encuentran en Alemania (Núremberg, Fráncfort), en el norte de Italia (Brescia, Venecia, Milán) y en Holanda (Maastricht, Utrecht, Ámsterdam). Algún tiempo después se suma Suecia. En la sola ciudad de Brescia (pocos kilómetros al oriente de Milán) había, a fines del siglo XV, 200 talleres de armas con un amplio tejido de actividades paralelas como minas, hornos, fraguas y demás. En el mismo periodo, el *Arsenale* veneciano (una mezcla de depósito de armas y municiones, manufacturas y astillero) reunía 3 000 obreros en ciertos momentos del año. En el fatídico 1588, la Armada Invencible importaba del norte de Europa 2 431 cañones, 7 000 arcabuces y 1 000 mosquetes.[20] La artillería transforma la

Sombart: "Si el espíritu de empresa desea conquistar y adquirir, el espíritu burgués aspira a ordenar, a conservar", *La industria,* Labor, Barcelona, 1931, p. 80.

[17] *Ibid.*, p. 86.

[18] Italo Calvino ha escrito acerca de las ciudades como artificio creador en uno de sus experimentos de filosofía narrativa: *Le città invisibili,* Einaudi, Turín, 1977. En los comienzos, "la ciudad aparece como un todo en el cual ningún deseo se pierde" (p. 20). Por su parte, Marx había considerado a las ciudades como "el momento de esplendor de la Edad Media", *El capital: crítica de la economía política,* t. I, lib. I, *El proceso de producción del capital,* 4ª ed., FCE, México, 1946/2014, p. 639.

[19] Véase Jack Goody, *Metals, Culture and Capitalism: An Essay on the Origins of the Modern World,* Cambridge University Press, Nueva York, 2012, p. 217.

[20] F. Braudel, *Civilisation matérielle et capitalisme,* A. Colin, Rennes, 1967, p. 299. A comienzos del siglo XVI, el protagonista del *Orlando furioso,* que descubre la existencia del arcabuz, se aleja en el mar para deshacerse de él. Y hundiéndolo en las aguas, Ariosto hace decir a Orlando: "O maledetto, o abominoso ordigno/che fabbricato nel tartareo fondo/fosti per man di Belzebú maligno/che ruinar per te disegnò il mondo/all'inferno, onde uscisti, ti rasigno" (IX, 91).

guerra, las finanzas y el Estado. Para sus guerras, los gobiernos necesitan créditos más cuantiosos, requieren artesanos y técnicos de cualquier país donde sea posible encontrarlos, buscan asegurarse las materias primas correspondientes (cobre, estaño y minerales de hierro), favorecen industrias de armamento eficientes y capaces de mantener el paso de las innovaciones y demandan fuentes fiscales más estables. Para sus guerras contra España primero y contra Luis XIV después, las Provincias Unidas se convierten en uno de los centros de producción y de comercio de armas más dinámicos de Europa. Pero los holandeses no se contentan con crear en su propia tierra una importante industria de armamento, sino que organizan la producción de cañones tanto en Suecia, a fines del siglo XVI, como en Rusia, en el siglo sucesivo.[21]

Muy pronto la artillería hace su aparición en barcos que, desde entonces, ya no podrán distinguirse fácilmente entre mercantes y de guerra. Las innovaciones en el diseño hacen posible, desde la segunda mitad del siglo XV, construir barcos capaces de almacenar cargas cuantiosas, siendo, no obstante, veloces y maniobrables. La carabela es el primer ejemplo y sigue el galeón, un barco ancho que puede estibar cargamentos ingentes y que al mismo tiempo es un mortífero instrumento de guerra por su agilidad y su gran armamento. Con estos medios, ingleses, portugueses, holandeses y españoles se lanzan a los mares del mundo llevando consigo un potencial agresivo que crea insuperables asimetrías de poder a escala global. Aunque habrá que añadir que la ventaja europea sobre el resto del mundo tiene una larga gestación, anterior a su supremacía militar, y reside en una *ingeniería* social en la que competencia, movilidad social, innovación técnica y apoyo institucional a las nuevas fuentes de riqueza se entrelazan. Reducir la hegemonía europea a un acto de violencia asociado a la expansión fuera del continente es una síntesis que se queda en la superficie de un proceso histórico con raíces más hondas. Sería un claro expediente ideológico negar el papel de la violencia en la construcción de la hegemonía mundial europea (cuántos episodios de la historia económica del Viejo Continente que preludian la Edad Moderna muestran la compatibilidad de comercio y piratería),[22] pero sería un ideologismo de signo igual y contrario olvidar la conexión entre la vitalidad de los procesos económicos y sociales que se activan desde la Baja Edad Media con la posterior expansión mundial del capitalismo europeo.[23]

[21] C. M. Cipolla, *Vele e cannoni, op. cit.,* pp. 43-50.

[22] Apenas es el caso recordar que las grandes riquezas acumuladas por los piratas ingleses bendecidos por la corona (Francis Drake fue nombrado caballero por Isabel I en 1581) financiaron la creación de la East India Company en 1600, que primero conduciría al saqueo de Bengala y después al control colonial de la India.

[23] En ese sentido, no parece de gran utilidad restaurar la idea trotskista del desarrollo desigual y combinado como un ejercicio escolástico que se agota en el obvio reconocimiento de la asincronía de los tiempos del mundo; véase Alexander Anievas y Kerem Nisancioglu, *How the West Came to Rule: The Geopolitical Origins of Capitalism,* Pluto Press, Chippenham, 2015, pp. 258-260.

Desde sus albores, el capitalismo es mezcla de cooperación y guerra entre países europeos: cooperación por los comercios, los créditos y la circulación de tecnologías e ideas; guerra que, desde aquella de los Cien Años, será una presencia casi ininterrumpida. La consolidación de los Estados nacionales, las empresas comerciales o de conquista y los conflictos armados alimentan un progresivo acercamiento entre los monarcas y *sus* banqueros y comerciantes. Los hombres de negocios necesitan el favor de los reyes para garantizar la seguridad de sus mercados y fortunas, por lo menos tanto como estos últimos necesitan renovadas fuentes de riqueza para sostener y expandir su poder. Casi tres siglos antes de las Compañías de Indias Orientales inglesa y holandesa (que expresan la simbiosis entre poder y riqueza), los comerciantes ingleses sostenían, con los sectores más agresivos de la aristocracia, la continuación de la que será la guerra de los Cien Años para conseguir contratos importantes con los ejércitos y ensanchar su presencia en los mercados del continente.[24]

El comercio transoceánico refuerza el vínculo recíproco entre Estados y negocios. Se requiere una marina armada poderosa para convencer a los *interlocutores* comerciales de otros continentes con quienes sería más costoso no establecer relaciones comerciales que hacerlo, una marina suficientemente fuerte para aconsejar a las otras potencias europeas que no interfieran en las áreas del mundo ya ocupadas. En síntesis, desde sus comienzos, el comercio transoceánico cuenta con gobiernos sólidos que escalan nuevos peldaños en la relación entre riqueza y poder. Ninguno de los dos términos está seguro sin que el otro se refuerce.

El poderío europeo, materializado en veleros como eficientes máquinas de guerra, no encontró ninguna resistencia digna de ese nombre en los mares del mundo. Y desde entonces, el atraso relativo de extensas áreas del planeta comenzó a convertirse en subdesarrollo: es decir, en la estructuración de economías nacionales sin centro interno. Mientras en Europa las zonas de atraso fueron resultado de que la gran red de comercios no las afectó lo suficiente, en los países extraeuropeos el subdesarrollo será producto de lo contrario, un impacto directo y violento de las redes comerciales europeas y su sistema de poder anexo.

Los países que rechazan abrirse al comercio exterior serán considerados réprobos de la comunidad internacional, casos intolerables de aislacionismo en una realidad en que el avance de la civilización y la conquista europea coinciden.[25] En nombre de una civilización que exige el reconocimiento del mundo acerca de su superioridad moral (la tecnológica no necesita recono-

[24] Michael Mann, *Las fuentes del poder social,* t. I: *Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d. C.,* Alianza, Madrid, 1986/1991, pp. 610-611.

[25] El doctor Chang lo dijo con una imagen de gran belleza: "Buda llegó a China sentado en elefantes blancos, Cristo llegó sobre una bala de cañón", citado por C. M. Cipolla, *Vele…, op. cit.,* p. 102.

cimientos) comienza una aventura en la que negocios, fe religiosa y razón de Estado terminarán por presentarse como un bloque invencible. La historia de los vikingos, asolando las costas meridionales del mar del Norte y del Báltico, debía repetirse (antes, el saqueo y después, el comercio), pero esta vez el lugar de los vikingos es ocupado por países incomparablemente más poderosos y el lugar de las costas de Francia o del Báltico será tomado por el mundo entero.

II. LA AGRICULTURA: DEL *SEÑOR* AL MERCADO

Mientras el desarrollo del comercio desde la Baja Edad Media va rompiendo el cerrojo del antiguo localismo y pone en movimiento energías sociales adormecidas por siglos, otro frente de transformación se pone en marcha: la agricultura. El núcleo de las añejas rigideces gira en torno a la mezcla de aislamiento localista y dominio señorial; no es posible generar extendidos incrementos productivos sin el resquebrajamiento de este orden. El aumento de la producción alimentaria muy pronto se hace indispensable para sostener la creciente población urbana. La especialización de varias zonas europeas en diferentes productos (lana, vino, trigo, aceite de oliva, etc.) conjuntamente con la difusión de los mercados y la pérdida de peso relativo de las comunidades rurales, así como de los privilegios señoriales, contribuyen a hacer de la agricultura un componente primario del cambio que viene de los comercios y de la nueva centralidad urbana.

Bajo el impulso del aumento poblacional, que inicia un nuevo ciclo ascendente a mediados del siglo xi, la población europea pasa de 45 millones a 75 millones en un siglo y medio. Nuevas tierras son abiertas al cultivo. Es un tiempo de roturaciones, de terrenos conquistados al mar en la Europa noroccidental, de superficies sustraídas a los bosques en Europa central y drenadas y alistadas para el cultivo en el valle del Po.[1] Pero la ampliación de la frontera agrícola no es suficiente en un periodo en el que la población, además de incrementarse, crece sobre todo en las ciudades. Se hace necesaria una mejora en las técnicas y sistemas de cultivo. Y en efecto, es en este tiempo cuando se introduce el arado con rueda y vertedera asimétrica, se difunde el uso del hierro en las herramientas agrícolas, mejora el enganche de los animales de tiro y se propaga el sistema de tres campos.[2] Este último implica un avance considerable respecto a los dos campos prevalecientes en gran parte de Europa hasta ese momento. Con la rotación trienal, la tierra en barbecho, dejada en descanso anuo, pasa de la mitad a una tercera parte de la tierra cultivada, de ahí que Parain la definiera como "la gran innovación medieval".[3] No

[1] Duby registra en este periodo la mejora de la alimentación y, en general, de las condiciones de vida campesina; véase Georges Duby, *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval,* Península, Barcelona, 1962/1973, pp. 93 y ss.

[2] Charles Parain, "The Evolution of Agricultural Technique", en M. M. Postan (coord.), *The Cambridge Economic History of Europe,* vol. 1, *The Agrarian Life of the Middle Ages,* Cambridge University Press, Cambridge, 1966/1971, pp. 126 y ss.

[3] La rotación incluye distintos granos y leguminosas según climas y costumbres de las distintas

sólo se reduce la superficie disponible no utilizada, sino que se compensa una mala cosecha de invierno con otra mejor de verano (o al revés), además de enriquecer la dieta familiar con mayor variedad de productos.

Desde el siglo XI se registra en Toscana la presencia de pequeñas parcelas en propiedad privada en un entorno en que las ciudades, que desbordan sobre las campiñas aledañas, fuerzan la disolución de los derechos comunitarios a favor de los nuevos propietarios urbanos de tierras.[4] Entre los siglos X y XIV (antes de la peste negra de 1348-1351), en el norte de Italia aumentan simultáneamente tanto la población como la producción agrícola, que pasa, en lo que concierne al grano, de 2 a 3.5-5 quintales por hectárea, un nivel que se conservará hasta el siglo XVII e incluso más allá.[5] Registremos la concomitancia histórica entre mayor urbanización y mayor productividad agrícola.

En general, el siglo XIII puede considerarse como un periodo de auge rural en el que intervienen mejoras técnicas, desarrollo del comercio de granos a escala europea (frente a la tradición de producción y consumo locales), experimentación de mejores sistemas de explotación de la tierra, extensión de las superficies cultivadas, etc. Sin embargo, los progresos muy raramente se dieron en forma súbita, sino a través de lentas mejoras. En Inglaterra, por ejemplo, entre la primera mitad del siglo XIII y los dos siglos y medio sucesivos, el rendimiento de los principales cereales (medido en granos cosechados por uno sembrado) pasó de 3.7 a 4.7.[6] Estos rendimientos suponían una casi nula capacidad de formación de reservas para años de malas cosechas y, por consiguiente, una permanente precariedad en la vida campesina. Sin embargo, más allá del escenario general de penuria y bajos rendimientos, desde la Baja Edad Media la agricultura se encamina a debilitar antiguos equilibrios que bloqueaban su cambio.

Además de las obligaciones señoriales, operaban también otros obstáculos. A lo largo de siglos, en varias partes de Europa se formaron sistemas

zonas agrícolas. Por ejemplo, a comienzos del siglo XIV en Leicester Abbey predominaba un sistema de rotación de trigo, cebada y chícharos (*ibid.*, p. 717). En el mismo periodo, en Schleswig-Holstein se había avanzado hacia un sistema de rotación septenal en el que el suelo recibía la siguiente secuencia: barbecho, trigo, cebada, centeno, avena, avena y pasto; véase B. H. Slicher van Bath, *Historia agraria de la Europa occidental: 1500-1850,* Península, Barcelona, 1979, p. 368.

[4] *Cf.* Bas van Bavel, *The Invisible Hand? How Market Economies Have Emerged and Declined since AD 500,* Oxford University Press, Oxford, 2016, pp. 102-106. Ese desbordamiento urbano sobre la campiña cercana no siempre implicó, con la restricción de los derechos comunitarios, un avance en las condiciones de vida de la población rural, lo que se muestra, por ejemplo, en la zona de Padua; véase Jean-Claude Maire Vigueur, "Ville et campagne dans l'Italie communale: l'Exemple de Padoue", *Le Moyen Age,* vol. CX, núm. 3, 2004, pp. 651-655.

[5] Véase Paolo Malanima, "The Italian Renaissance Economy (1250-1600)", trabajo presentado en Europe in the Late Middle Ages: Patterns of Economic Growth and Crisis, Villa La Pietra, Florencia, 10 a 12 de mayo de 2008, *passim.* Según B. van Bavel (*op. cit.,* p. 106), el nivel de productividad agrícola alcanzado alrededor de 1300 no será superado hasta 1800.

[6] F. Braudel, *Civilisation matérielle et capitalisme,* A. Colin, Rennes, 1967, p. 91; y B. H. Slicher van Bath, *op. cit.,* cuadro III del Apéndice.

comunitarios que limitaban la experimentación de nuevas formas productivas. Las distintas familias de cada comunidad trabajaban una franja de tierra en alguno de los campos en que estaba organizada la producción agrícola anual. Cada familia disponía, además, de una pequeña huerta adyacente a la casa y del derecho al uso de los terrenos colectivos para el libre pastoreo de los animales, la caza y la recolección de leña para uso doméstico. La organización comunitaria suponía un elevado grado de solidaridad, pero, al mismo tiempo, una fuerte inercia frente al cambio. Una vez fijado el sistema de rotación y los cultivos, cada núcleo familiar debía adaptarse a la pauta colectiva. Las oportunidades y los alicientes para innovar en métodos productivos o de cultivo resultaban virtualmente nulos. La organización comunitaria garantizaba una digna (cuando lo era, y suponiendo que lo fuera) pobreza compartida, pero al costo de inercias que bloqueaban todo progreso en las prácticas agrícolas.[7]

Si a lo anterior se añade el abigarrado conjunto de obligaciones feudales sobre cada comunidad, se tendrá una imagen de las fuerzas sociales que obstaculizaban el desarrollo del campo. Los privilegios feudales suponían la extracción de grandes cantidades de trabajo de la comunidad a favor del *Señor*. Los servicios de trabajo exigidos implicaban a menudo que cada campesino trabajara gratuitamente hasta la mitad de su tiempo disponible a lo largo del año. Muchas labores debían realizarse antes en las tierras señoriales que en las comunitarias, a lo que habría que añadir los impuestos en favor de la corona, las décimas para la Iglesia y una serie asombrosamente larga de impuestos, cargas, servicios, obligaciones, etc., en que se expresa la notable creatividad humana cuando se trata de apropiarse de los frutos del esfuerzo ajeno. Otro obstáculo al crecimiento de la producción consistía en la desidia con la que los campesinos realizaban sus labores en las tierras del Señor. Le Goff dice: "En el año 1117 el abad de Marmontier, en Alsacia, sustituye la prestación personal *(corvée),* el servicio gratuito de tres días a la semana que se remontaba a la época carolingia, por la recaudación de un censo en dinero. Declara que ha decidido tomar esta resolución a causa de la pereza, la inutilidad, la incuria y la molicie de los que servían".[8]

La sustitución del servicio de trabajo por dinero debía resultar una decisión con amplias consecuencias, ya que obligaba a los campesinos a visitar el mercado con mayor regularidad. Hay en todo esto una curiosa ironía de la historia: para salvar el obstáculo de los bajos rendimientos del trabajo servil,

[7] La equidad comunitaria, sin embargo, no puede ser exagerada, ya que sobre todo en las cercanías de los centros urbanos, las diferencias internas se manifestaban a través del trabajo asalariado y de distintas actividades independientes ligadas a la demanda urbana; véase Miriam Müller, "A Divided Class? Peasants and Peasant Communities in Later Medieval England", en Christopher Dyer *et al.* (coords.), *Rodney Hilton's Middle Ages: An Exploration of Historical Themes,* Past and Present Supplement, vol. 195, núm. 2, 2007, pp. 117-125.

[8] J. Le Goff, *La Baja Edad Media,* Siglo XXI Editores, México, 1965/1979, p. 67.

éste es sustituido por pagos en dinero y así, a través de los procesos activados por el recurso más recurrente al mercado, las propias relaciones feudales terminaron por acelerar su propia descomposición.

El desarrollo que condujo a la transformación capitalista del campo en Europa pasó, aparentemente, a través de tres condiciones preparatorias. La primera se acaba de mencionar, la sustitución de las obligaciones en trabajo por pagos en dinero. La segunda fue la expropiación progresiva de las áreas de uso colectivo de las comunidades. La tercera, el desmantelamiento de los privilegios señoriales que restaban. En algunas partes del Viejo Continente la maduración de estas condiciones fue más rápida que en otras. Es típico de las áreas europeas atrasadas que los procesos recién señalados se dieran con lentitud respecto a las zonas más avanzadas.[9]

No es motivo de asombro que las agriculturas más desarrolladas fueran justamente aquellas en las que las relaciones serviles habían sido eliminadas más tempranamente, o sea: los Países Bajos desde el siglo XIII e Inglaterra desde finales del siglo XIV. Siguiendo las estimaciones del historiador holandés Slicher van Bath, la relación cosecha-siembra (en número de granos) era aún de 4 a 1 a comienzos del siglo XVIII en Alemania. Polonia y Alemania están, en la historia europea, entre los últimos baluartes feudales en caer. Los rendimientos de estos países habían sido superados por los Países Bajos e Inglaterra desde la Baja Edad Media. Al oriente del río Elba, los grandes propietarios combinaban latifundio, exportación de cereales, mantenimiento de duro trabajo servil y baja productividad, lo que vale para Polonia, Hungría, Bohemia, Rumania y, naturalmente, Rusia.[10] Desde el siglo XVI y hasta comienzos del siglo XIX, en distintas partes de Europa hubo un avance muy lento en los rendimientos agrícolas, como ocurrió en gran parte del centro-oriente continental, España, el sur de Italia, los países escandinavos y distintas zonas de Francia.

Concentremos la atención en el desarrollo capitalista en la agricultura de Inglaterra y los Países Bajos, comenzando con estos últimos. Por lo menos desde el siglo XIV el extremo occidental de Europa (que desde fines del siglo XVI se divide entre las Provincias Unidas del Norte y Flandes, y Brabante al sur,

[9] Refiriéndose a Alemania, decía un importante estudioso marxista: "Cuando la nobleza se hizo superflua, al asumir el Estado las funciones que ella ejercía en la Edad Media (guerra, jurisdicción, policía), se convirtió en cortesana, agrupada alrededor de un monarca para divertirse y robar al Estado, y si visitaba sus tierras no se divertía sino cazando". Pero para ello se requería que, a su vez, los campesinos no cazaran y que no extendieran sus áreas de cultivo a expensas de los bosques y zonas de cacería. Quedan planteadas así algunas razones del atraso rural (y no sólo) alemán hasta fines del siglo XIX; véase Karl Kautsky, *La cuestión agraria,* Ed. de Cultura Popular, México, 1898/1974, p. 26.

[10] Aldo de Maddalena, "La Europa rural (1500-1750)", en Carlo M. Cipolla, *Historia económica europea,* vol. 2: *Siglos XVI y XVII,* Ariel, Barcelona, 1979, pp. 225-226. Rompiendo los cánones románticos, en 1897 Antón Chéjov describía crudamente la vida campesina rusa en el cuento "Los campesinos".

bajo control español) se caracteriza por cuatro circunstancias que resultarán determinantes en lo sucesivo: el elevado grado de urbanización; una agricultura basada en pequeñas propiedades campesinas; la presencia determinante de los campesinos en los asuntos locales con un bajo control de la nobleza sobre la sociedad rural y, finalmente, el temprano desarrollo de actividades manufactureras cuyo radio geográfico de comercialización irá extendiéndose con el paso del tiempo.

Desde la Antigüedad, los Países Bajos fueran testigos de una paciente lucha para hacer retroceder las fronteras del mar, conquistando nuevos espacios para la agricultura. Tenemos aquí un caso de tenacidad nacional y prenacional que parecería seguir el esquema de Toynbee acerca del surgimiento de las civilizaciones: la idea de estímulo-respuesta.[11] Es suficiente observar los cambios en el mapa de los Países Bajos, desde la Antigüedad hasta el presente, para apreciar el tamaño geográfico de la respuesta holandesa al reto de la conquista de la tierra sobre el mar. Más al sur, Flandes no es únicamente el territorio donde se elaboran los famosos paños de lana vendidos en toda Europa desde la Baja Edad Media, es también una zona donde el mercado de la tierra ya está presente en los siglos XII y XIII, y donde se desarrolla una agricultura intensiva de pequeñas propiedades independientes. También es aquí donde el barbecho se abandona más tempranamente. Toda la superficie disponible se trabaja de forma intensiva con el temprano desarrollo de la ganadería.

> Leguminosas, como los chícharos y los frijoles, y las plantas forrajeras, como el trébol, intercaladas con los cereales tienen cualidades de transferencia de nitrógeno al suelo con lo cual se incrementa la fertilidad sin que sea necesario mantener parte de la tierra en descanso. Además, las leguminosas y las plantas forrajeras […] producían forraje que permitía mantener una mayor cantidad de ganado, especialmente durante los meses invernales.[12]

El aumento de cabezas de ganado suponía una mayor cantidad de abono, esencial para la mejora de los rendimientos. En los Países Bajos, probablemente a causa de la presión demográfica sobre una reducida extensión de tierras, la reposición de los factores nutritivos del suelo adquiere una importancia particular, y en esto, el estiércol animal es decisivo. Pero el incremento de cabezas de ganado al parecer no fue suficiente para abonar las tierras, de ahí que se desarrollaran otras fuentes, tales como las cenizas de

[11] Véase Arnold J. Toynbee, *Estudio de la historia,* t. I, Origen/Planeta, México, 1934/1985, pp. 64 y ss.

[12] Jan de Vries, *The Economy of Europe in an Age of Crisis: 1600-1750,* Cambridge University Press, Cambridge, 1976, p. 40. Otro sistema de amplia difusión en la agricultura flamenca fue la alternancia, o sea, algunos años de cereales sucedidos por nabo o trébol. Además, la difusión de la siembra en hileras, con el ahorro de agua y abono, también permitía incrementar los rendimientos.

madera y de turba, las tortas de colza, etc. En Flandes, en el siglo XVIII, la empresa Edegem, con 22 hectáreas, dedicaba 45% de sus ingresos a la compra de abono.[13] Los resultados productivos no dejan dudas: en 1570-1573, los rendimientos en trigo de la empresa holandesa Hitsun eran de 14 a 1 (granos cosechados por uno sembrado), en contraste con rendimientos de entre 6 y 8 a 1 en Alemania 200 años después, o de 9 a 1 en Lille.[14]

En el caso de Holanda, es necesario vencer la tentación de creer que todos los éxitos agrícolas se debieron al esfuerzo y la creatividad de los pequeños cultivos. Ésta es, sin duda, gran parte de la historia, pero no lo es por completo.

> El éxito, en 1612, en el drenaje del gran lago Beemster inauguró un flujo de inversiones de capitales en proyectos similares. Para mediados del siglo los inversionistas urbanos habían invertido una cantidad de dinero superior a los capitales juntos de la Compañía de las Indias Orientales y de la de las Indias Occidentales y se habían secado algo así como 36 000 hectáreas en la península septentrional de Holanda con el resultado de que las tierras cultivables se habían incrementado en más de una cuarta parte.[15]

Desde el siglo XVIII, Holanda (sobre todo su parte meridional, que corresponde hoy a Bélgica y Luxemburgo) se convierte en modelo de eficiencia agraria para el resto de Europa. Los viajeros regresaban del país deslumbrados, con nuevas ideas técnicas, propuestas originales de rotación de cultivos e, inevitablemente, una que otra exageración.[16]

En Inglaterra, a partir de la guerra de los Cien Años con Francia y la Muerte Negra de 1348-1349, el número de trabajadores desciende drásticamente, lo que favorece el pasaje del cultivo a la cría de ovejas, considerando además la gran demanda de lana inglesa para las manufacturas holandesas de paños.

[13] B. H. Slicher van Bath, *op. cit.,* p. 375. En el siglo XVI, dice el autor, es probable que se usara estiércol de ciudad para abonar las tierras en las inmediaciones de Amberes. "Los viajeros extranjeros se mostraban siempre admirados ante la solicitud con que en Flandes se hacía acopio de estiércol. Por supuesto, esto redundaba en mejoras de las condiciones higiénicas de las ciudades, sobre todo en comparación con las de otros países en que la limpieza dejaba muchísimo que desear" (*ibid.,* p. 377).

[14] *Ibid.,* cuadro III del Apéndice; y J. de Vries, *op. cit.,* p. 37.

[15] J. de Vries, *op. cit.,* p. 37. En las tierras de menor calidad es donde se mantienen por más tiempo las tradiciones comunitarias, al mismo tiempo que varias innovaciones rurales se mueven hacia Oriente; véase Georges Duby, *Guerreros y campesinos: Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200),* Siglo XXI Editores, México, 1973/1976, p. 335.

[16] Se ha calculado la alimentación media en los Países Bajos meridionales a fines del siglo XVIII, resultando una ingesta de 2 508 calorías diarias, sin duda superior a la media europea de la época; véase C. Vandenbroeke, "Agriculture et alimentation dans les Pays-Bas autrichiens: Contribution à l'histoire économique et social à la fin de l'Ancien Régime", *Centre belge d'Histoire rurale,* vol. 49, 1975, pp. 143-151, citado en C. Lis y H. Soly, *Povertà e capitalismo nell'Europa preindustriale,* Il Mulino, Bolonia, 1979/1986, p. 244.

A partir de este momento, la servidumbre poco a poco comienza a retroceder. Mucho tiempo después, en el siglo XVIII, con el incremento de la población y el aumento de los precios se multiplican los casos de expropiación de tierras comunales, que son incorporadas a la explotación directa de la nobleza local. Según estimaciones de Wrigley, la productividad agrícola por persona en Inglaterra entre 1500 y 1750 (o sea, antes de la revolución industrial) aumenta 66% en relación con un crecimiento de 18% en Francia.[17]

Bajo los Tudor, en el siglo XVI, vuelve a presentarse la secuencia de incremento demográfico y aumento de los precios. Y, en este ambiente de devaluación monetaria,[18] se difunde aún más la cría de ovejas con mayor concentración de tierras (anteriormente comunales) por medio de *enclosures*. La Restauración, desde la década de 1660, concentra fuerzas que ascienden con nuevos ímpetus y la atención inglesa se dirige hacia los avances de la agricultura en Holanda. En 1645, sir Richard Weston publica *A Discourse of Husbandrie used in Brabant and Flanders*. Con los primeros Estuardo se contratan ingenieros hidráulicos holandeses para el drenaje de los distritos bajos y pantanosos de los condados ingleses.

El alto grado de concentración de la tierra que se dio en Inglaterra, sobre todo a partir de la Restauración, no implicó, sin embargo, una refeudalización del campo. Al contrario, se fortaleció el sistema de arrendamiento existente desde hacía siglos, convirtiendo al arrendatario en administrador, organizador y beneficiario de los suelos. El arrendador —y es necesario recordar que muchos contratos de renta ya alcanzaban plazos de 99 años desde el siglo XVI— organizaba a decenas de jornaleros, servidores y pequeños propietarios que ofrecían su capacidad de trabajo en determinados periodos del año.

Además, el sistema de primogenitura (sólo el hijo mayor heredaba el título de su casa) forzaba a los demás descendientes a dedicarse a otras actividades como el comercio, la alta burocracia, la medicina y similares. Pero era frecuente que los comerciantes o profesionales enriquecidos regresaran a la tierra buscando seguridad y estatus. De ahí que las inversiones dirigidas al campo dieran lugar a un flujo económico casi permanente en la vida del país.

El gran salto demográfico, desde 1750, activaría nuevos impulsos al desarrollo agrícola inglés. Notemos de paso que la población crece de 6.5 millones a 16 millones entre 1750 y 1841. Justamente, en las primeras etapas de la revolución industrial, la agricultura se encuentra en una fase de crecimiento que se ve favorecida por el incremento de los precios. En la segunda mitad del siglo XVIII, las *enclosures* se extienden y llegan a afectar 2.5 millones de

[17] E. A. Wrigley, *Gentes, ciudades y riqueza: La transformación de la sociedad tradicional,* Crítica, Barcelona, 1987/1992, p. 260.

[18] John Addy, *The Agrarian Revolution,* Longman, Londres, 1972. "El efecto de las devaluaciones sobre los *landlords* fue el de hacerles entender que si querían mantener sus niveles de vida tendrían que encontrar formas originales y más eficientes para aprovechar sus tierras" (p. 8).

hectáreas, alrededor de 25% de las tierras cultivables.[19] En este periodo se amplía el sistema de transporte de mercancías por medio de canales, caminos de peaje y ferrocarril, lo que extiende el área de los mercados para los productores de distintas partes de Inglaterra.

Escribe Mathias: "Además de potencialmente beneficiosas, las mejoras agrícolas se convierten en una pasión". Agricultura y ganadería terminan por volverse una especie de deporte para la nobleza.

> George Stubbs, el pintor más afamado de su tiempo, dibujaba ganado para que sus nobles patrones pudieran colgar estas pinturas en las paredes de sus mansiones, en términos de igualdad con las de sus caballos o sus familias […] El mayor acontecimiento social y punto de concentración de la sociedad rural de Norfolk y Bedford era la trasquila anual de las ovejas de los Coke en Holkham y de los Bedford en Woburn, los mayores espectáculos agrícolas en Europa que atraían a miles de personas, donde los duques se rozaban con arrendatarios burdamente vestidos.[20]

Si con una mirada muy amplia se quisiera abarcar conjuntamente las historias agrarias de los Países Bajos e Inglaterra, no sería difícil encontrar los escasos, pero determinantes, factores comunes. El primero es, sin duda, el temprano abandono de las estructuras agrarias basadas en servidumbre y servicios personales. El segundo, la vinculación también temprana de la producción agrícola con el mercado (nacional e internacional). Sin embargo, frente a estas similitudes, hay grandes diferencias entre un modelo que podríamos llamar campesino (Holanda) y otro que tiene en su centro al gran arrendatario, cuya seguridad en la tenencia de la tierra lo conduce a operar como un empresario que organiza los procesos productivos de largo plazo. La historia agraria de Inglaterra produjo traumas y desequilibrios sociales que en los Países Bajos fueron de menor intensidad. "El desarrollo de la agricultura inglesa, previo a la revolución industrial, y la mejora consiguiente del régimen alimenticio nacional en Inglaterra, pueden haber contribuido a la misma y proporcionan una posible explicación de las razones por las que ésta apareció primeramente en Inglaterra."[21]

A partir del siglo XVII, las distancias entre Inglaterra y Holanda, por un lado, y el resto de Europa, por el otro, se ensanchan aún más a consecuencia de la entrada de la economía europea en una larga fase de depresión destinada a reforzar la tiesura de las estructuras agrarias de los países que todavía no estaban en una etapa de firme transformación capitalista. El universo rural

[19] *Ibid.,* p. 26.

[20] Peter Mathias, *The First Industrial Nation: An Economic History of Britain (1700-1914),* Methuen, Londres, 1976, pp. 58-60.

[21] N. Rosenberg y L. E. Birdzell, *Come l'Occidente è diventato ricco: Le trasformazioni economiche del mundo,* Il Mulino, Bolonia, 1986/1988, p. 219.

de Alemania, Polonia, Francia y el norte de Italia sufre mayores o menores grados de lo que ha terminado por definirse como *refeudalización*.[22]

La guerra de los Treinta Años en Alemania, en la primera mitad del siglo XVII, produce devastaciones que merman la población a menos de la mitad y, en cinco sextas partes, el monto global del ganado mayor. Hombres y ganado no recuperarán los números de comienzos del siglo XVII hasta inicios del siglo XIX.[23] En zonas como el este del Vístula, que eran grandes exportadoras de cereales, la reducción de la mano de obra disponible conduce a la nobleza terrateniente a endurecer su poder sobre la reducida población. La servidumbre vuelve a consolidarse en varias zonas y en otras, donde ya está en vías de desaparición, se reintroduce. En el este de Europa, las exportaciones agrícolas se convierten en un factor de conservación cuyas consecuencias en términos de atraso se muestran por un tiempo prolongado. Según Van Bath, en Alemania, a mediados del siglo XIX, aún no se alcanzaban los rendimientos cerealeros que obtuvo Holanda dos y medio siglos antes. Los magnates polacos y los *junkers* alemanes viven (especialmente los primeros) en formas de extravagante abundancia, al costo de congelar por siglos estructuras agrarias de escasa eficiencia.

En varias zonas de Francia también se acumulan importantes retardos en la evolución de las estructuras agrarias. Desde el siglo XIV comienza, sobre todo en Provenza y Normandía, el ataque a los pastos colectivos de las comunidades, pero excluyendo estas dos provincias, la lucha entre las comunidades y los intereses privados, especialmente en cultivos comerciales como viña, olivares, etc., abarca un largo ciclo histórico hasta el siglo XVII.[24] La conversión de numerosos comerciantes enriquecidos en propietarios en el lugar de la vieja nobleza no implicó cambios sustanciales. Los campesinos siguieron apabullados entre la expropiación de sus tierras comunitarias y la carga excesiva de impuestos y diezmos. La crisis agraria duró aquí más de 100 años, entre 1630-1750, y a partir de los conflictos acumulados en este "largo siglo XVII" se gestarían las condiciones de la revolución de 1789. Cuando Turgot, ministro de Finanzas de Luis XVI, entendió que el "pan caro" era condición para el desarrollo agrícola, la liberalización del comercio de granos no pudo hacer retroceder las tensiones sociales acumuladas a lo largo de mucho tiempo.[25]

Los retardos en Europa oriental inducirían un desaliento de las energías sociales destinadas a promover mejoras sustanciales en la productividad y en los salarios agrícolas. Las consecuencias se sentirían mucho después. En la tercera década del siglo XIX, los salarios de los trabajadores del campo en

[22] A propósito de la agricultura de la llanura del Po y sus conexiones con la decadencia económica veneciana, véase J. de Vries, *op. cit.,* pp. 26 y ss.

[23] Michel Augé-Laribé, *La revolución agrícola,* UTEHA, México, 1960, pp. 18-20.

[24] Marc Bloch, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française,* Armand Colin, París, 1999, pp. 226-229.

[25] Georges Lefebvre, *La Revolución francesa y el Imperio,* FCE, México, 1960, pp. 9-10 y 36-39.

Pensilvania y Massachusetts oscilaban entre 62 y 81 centavos de dólar al día; en Inglaterra, en 1850, el salario agrícola era de alrededor de 40 centavos de dólar. Sin embargo, en Europa oriental, los salarios correspondientes, en 1820, alcanzaban apenas 10 centavos en Prusia y ocho en Polonia, gran exportadora de cereales.[26]

[26] Gregory Clark, "Productivity Growth without Technical Change in European Agriculture before 1850", *The Journal of Economic History,* vol. XLVII, núm. 2, 1987, p. 420.

III. UN ESTADO NO TAN AUSENTE

Enlacémonos con el tema del apartado que se acaba de cerrar. Un historiador contemporáneo señala que importantes intentos de construcción estatal ocurren justamente en zonas rurales ricas, como las cuencas de París y Londres, además de en Flandes y la llanura del Po.[1] El hecho es que estamos frente a un recorrido secular en cuyas primeras etapas, entre los siglos XI y XIII, encontramos repúblicas urbanas surgidas alrededor de oligarquías comerciales que buscan el apoyo de las instituciones para el nuevo tipo de riquezas que encarnan. En la etapa siguiente, entre los siglos XV y XVI, el Estado nacional surge de intentos de centralización política en amplios territorios cuya unidad depende, además del grado interno de centralización, de la capacidad de defensa que requiere importantes gastos militares, así como el establecimiento de formas regulares de captación fiscal que van más allá de las contribuciones asociadas a eventos bélicos extraordinarios.

Una idea recurrente en algunos ámbitos del pensamiento social ve al capitalismo como una forma de autoorganización construida de forma independiente frente al Estado, una representación que periódicamente resurge en un tenaz mito fundacional. Aun así no resulta fácil soslayar que el periodo histórico entre la Edad Media tardía y la Edad Moderna coincide con la fase formativa, antes de las ciudades-Estado y después de los Estados nacionales. Sobre todo a partir de los siglos XIII y XIV, el capitalismo, en sus inicios históricos, supone el fortalecimiento de las relaciones entre el poder y la economía. "Como privilegio de una minoría —dice Fernand Braudel— el capitalismo es impensable sin la complicidad activa de la sociedad […] y sólo triunfa cuando se identifica con el Estado, cuando es el Estado."[2] "Complicidad activa" como reconocimiento del derecho *de facto* de los núcleos nacientes de burguesía mercantil y financiera para convertirse en polos ordenadores de la sociedad y de las instituciones. Por otra parte, la fuerza de las repúblicas urbanas depende de su capacidad para atraer comerciantes del exterior hacia sus dominios políticos y facilitar la expansión de corporaciones artesanales generadoras de empleo y riqueza.[3]

La nueva organización económica requiere un poder político que garantice la seguridad de los negocios. Un poder estatal demasiado absorbente

[1] Eric Jones, *The European Miracle: Environments, Economies, and Geopolitics in the History of Europe and Asia,* Cambridge University Press, Cambridge, 1981/2008, p. 106.

[2] Fernand Braudel, *La dinámica del capitalismo,* FCE, México, 1985/1986, pp. 71-72.

[3] Julia Adams, *The Familial State: Ruling Families and Merchant Capitalism in Early Modern Europe,* Cornell University Press, Nueva York, 2007, p. 20.

asfixiaría el desarrollo de múltiples actividades independientes, así como un poder excesivamente blando impediría el clima de seguridad sin el cual el mercado —como ámbito y sistema de intercambios— sería inviable. En China, una organización jerárquica excesivamente rígida y un Estado plenamente identificado con ella implicó sofocar los gérmenes de desarrollo mercantil que pudieran haber evolucionado hacia formas más complejas de organización social y productiva.[4]

Europa occidental entra a la Edad Moderna precedida por una tendencia a la centralización, o sea, al progresivo cuestionamiento de privilegios feudales que son forzados a retroceder frente a instancias crecientemente unitarias de gobierno. De cara a una Edad Media que es dispersión entre diferentes centros de poder (el Imperio, la aristocracia, las ciudades, la Iglesia, etc.), el Estado moderno, con su burocracia y ejército permanentes, una única estructura jurídica aplicada a todo el territorio y un solo centro decisional-ejecutivo va definiendo sus perfiles en (imperfecta) sincronía con la mercantilización de las relaciones sociales. Escribe Weber:

> La lucha permanente, en forma pacífica o bélica, de los Estados nacionales en concurrencia por el poder creó para el moderno capitalismo occidental las mayores oportunidades. Cada Estado particular había de concurrir por el capital, no fijado a residencia alguna, que le prescribía las condiciones bajo las cuales le ayudaría a adquirir el poder. De la coalición necesaria con el capital surgió la clase burguesa nacional, la burguesía en el sentido moderno del vocablo.[5]

El enfrentamiento secular entre Estados (primero urbanos y más adelante nacionales) supuso que todos ellos, en su común dependencia del capital y en la necesidad de atraer inversiones foráneas, terminarían por asumir características similares debido a que reproducirían las prácticas más eficaces de sus contendientes. El apoyo de los Estados nacionales en gestación a los intereses capitalistas era requisito para que las nuevas instituciones se dotaran de los recursos materiales para la unificación territorial de su poder.

La circulación de dinero se vio estimulada por el establecimiento regular de tributos, así como la producción mercantil fue impulsada por los ejércitos permanentes que, con sus armas cada vez más tipificadas, crearon la po-

[4] "A medida que el dinamismo inicial de la Europa feudal se hacía más extensivo, el capitalismo y el Estado nacional formaron una alianza flexible, pero coordinada y concentrada, que al cabo de poco tiempo se intensificaría y conquistaría tanto el cielo como la tierra", Michael Mann, *Las fuentes del poder social,* t. I: *Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d. C.*, Alianza, Madrid, 1986/1991, p. 630. Acerca de China, véase Hilton L. Root, *Dynamics among Nations: The Evolution of Legitimacy and Development in Modern States,* The MIT Press, Cambridge, 2013, pp. 134-138.

[5] Max Weber, *Economía y sociedad,* 2ª ed., FCE, México, 1922/1964, p. 1047.

sibilidad de enormes ventas en masa. Sin contar, en virtud de las políticas mercantilistas, el fomento consciente e intencionado del desarrollo capitalista nacional a fin de fortalecer el poder político.[6]

En otros términos, apoyando al capital, el Estado se apoyaba a sí mismo, lo que era cierto tanto en el frente interno como en el externo. En efecto, la disponibilidad de finanzas para los gastos bélicos permitió a los gobiernos desarrollar políticas expansionistas propias o para contrarrestar el expansionismo ajeno. Que los resultados de las guerras fueran históricamente decisivos para algunos países lo demuestra de sobra la guerra de los Cien Años. A mediados del siglo XV, Francia sale derrotada y arruinada de la confrontación bélica con una Inglaterra cuya superioridad residió en su más alto grado de unidad política y administrativa. El elemento central de la derrota en el frente francés fue probablemente la mayor dispersión institucional en conjunto con su menor capacidad para sostener un mando unificado. Sólo desde Luis XI las cosas comienzan a cambiar en un sentido centralizador de la monarquía.[7] Una duda: de haber ganado Francia la guerra de los Cien Años, ¿hubiera sido Inglaterra la patria de la futura revolución industrial? Como todas las preguntas dirigidas a la historia que comienzan con un "si", ésta tampoco tiene una respuesta razonable, aunque la cuestión tenga alguna legitimidad. La victoria inglesa fue probablemente, en el largo plazo, un acelerador de su desarrollo capitalista; la derrota francesa posiblemente atrasó el desarrollo capitalista del país.

Si bien el poder y la economía crecen en formas interdependientes, esto no convierte al capitalismo en una hechura del Estado. La independencia de la economía frente al poder fue real y no un invento ideológico del liberalismo. Si inicialmente el renacimiento de las actividades comerciales se dio en forma autónoma frente a las estructuras del poder existentes, el enraizamiento social de estas actividades supuso una nueva relación institucional de riqueza y autoridad para mutua protección.

Acabamos de decir que el sistema capitalista no fue una criatura del Estado y, sin embargo, pensando en el mercantilismo (esta larga estación europea entre los siglos XVI y XVIII), la afirmación deja de ser del todo confiable. Sobre todo como consecuencia de la lectura liberal del mercantilismo, éste ha sido considerado a menudo como una especie de traición interna al espíritu del capitalismo. Pero alguna fuerza poderosa convirtió al Estado en un factor económico decisivo en la historia de países tan importantes para el desarrollo europeo como Inglaterra, Holanda, Francia, Suecia y otros. Buscando antecedentes históricos del mercantilismo, Braudel regresa al siglo XIV.

[6] Hermann Heller, *Teoría del Estado,* FCE, México, 1934/1962, p. 149.

[7] Véase Emmanuel Le Roy Ladurie, *The Royal French State: 1460-1610,* Basil Blackwell, Oxford, 1987/1994, pp. 54 y ss.

> Castilla prohíbe las exportaciones de trigo y ganado en 1307, 1312, 1351, 1371, 1377, 1390; de la misma forma, Francia impide la exportación de granos bajo Felipe el Hermoso en 1305 y 1307. Mejor aún, hay en el siglo XIII una Acta de Navegación aragonesa, antecedente de la inglesa; en Inglaterra, desde 1355, la importación de hierro está prohibida y desde 1390 el Statute of Employment rehúsa a los extranjeros el derecho de exportar oro o plata debiendo transformar sus beneficios en mercadería inglesa.[8]

En un momento de estancamiento económico y agudización de los conflictos bélicos intraeuropeos, el nacionalismo económico adquiere una centralidad política que anteriormente no tenía.

Tal vez pueda hablarse de dos modelos mercantilistas: el holandés (las Provincias Unidas) y el francés. En el primer caso se tendría un mercantilismo liberal —frente a uno *dirigista* en la Francia entre Enrique IV y Luis XIV—. Por un lado, tenemos a la organización estatal permeada por razones (y hombres) de negocios y, en ese sentido, el mercantilismo holandés ha sido visto como el resultado de una situación en la que "la economía se impone a la política".[9] Recordemos que la Compañía de las Indias Orientales holandesa ejercía en los territorios ocupados derechos que con dificultad se podrían considerar exclusivamente económicos como, por ejemplo, nombrar gobernadores, administrar la justicia, declarar guerras y tener ejércitos en los países con los cuales comerciaba. Por otra parte, los directores de la Compañía venían de los consejos de las ciudades y de los Estados provinciales.

En Francia, frente a un menor desarrollo capitalista, el gobierno se encargó de estimularlo y la gran estación del colbertismo fue, en este sentido, uno de los momentos de mayor visión estratégica del Estado francés. Como, por otro lado, lo fue el Navigation Act[10] cromwelliano que expresaba en 1651 la explícita voluntad de enfrentar la supremacía marítima holandesa. Como dice Eric Jones, un "colbertismo parlamentario". Recordemos la Tarifa Unificada, impuesta por Colbert en 1664, gracias a la que se abría la posibilidad de eliminar los múltiples aranceles que trababan la circulación de mercancías entre distintos espacios del territorio nacional. *Laissez passer,* justamente.

Quedémonos por un momento en la Francia colbertiana. Tiene sentido el hacerlo no sólo por la importancia objetiva que este lapso de historia tuvo en

[8] Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo; siglos XV-XVIII,* t. 2: *Los juegos del intercambio,* Alianza, Madrid, 1979/1984, p. 473.

[9] Roland Mousnier, "El progreso de la civilización europea y la decadencia de Oriente (1492-1715)", en M. Crouzet (coord.), *Historia general de las civilizaciones,* vol. IV, Destino, Barcelona, 1964, p. 293.

[10] Limitando drásticamente el acceso de barcos extranjeros a los puertos ingleses, el efecto inmediato del Navigation Act fue el de promover una súbita alza en los fletes, debido a la estrechez numérica de la flota inglesa. Así se creó el estímulo para que un flujo considerable de recursos se destinara a una actividad que, gracias a la medida política, se volvía altamente rentable.

el futuro del país, sino porque alrededor del colbertismo se acumularon las críticas y, a veces, las deformaciones de una lectura doctrinariamente liberal del mercantilismo. Antes que nada, y violentando la lógica, es posible sostener que el colbertismo nació antes que Jean-Baptiste Colbert, en 1619, en el sentido de que los cardenales Richelieu y Mazarin tal vez pueden considerarse colbertistas *ante litteram.* Como intendente de Finanzas antes, y contralor general después, Colbert simbolizaba el mayor esfuerzo del Estado (hasta entonces) para convertir el país en una potencia europea militar y comercial. Durante el cuarto de siglo en que este personaje fue la figura más importante de la política francesa, el gobierno desplegó un intenso activismo económico: desde las leyes que limitaban la exportación de metales preciosos al empuje de la construcción naval, de la creación de una extendida red de escuelas técnicas a la contratación de técnicos extranjeros, del desarrollo de políticas de adquisiciones gubernamentales al fortalecimiento de una administración pública centralizada. En este marco, las visitas reales a las empresas (a las que podía otorgarse el título de Manufactura Real) se multiplicaban y se difundieron estrictas normas de calidad cuyo incumplimiento por parte de los productores los hacía merecedores de castigos a veces severos.

Uno de los críticos más implacables del mercantilismo y del colbertismo, el sueco Eli Heckscher, citaba el informe presentado por un diputado de Nantes al Consejo de Comercio, en 1701, donde se leía:

> Estas oficinas [locales de comercio] están generalmente llenas de empleados voraces […] que tienen siempre a mano pretextos para vencer la resistencia de los comerciantes; se incautan sus mercancías, retienen sus barcos y se presentan 1 000 dificultades para arrancarles sumas de dinero. Al cabo de pocos años, se enriquecen a costa del rey y del comercio. Si alguien se decide a reclamar judicialmente contra las dificultades que plantean, tiene que recurrir a jueces especiales, los cuales se hallan asociados en el terreno del interés con aquellos empleados por medio de las sumas de dinero que de ellos reciben.[11]

La poca simpatía que el economista sueco sintió hacia Colbert ("cuya pluma nunca descansa") le hizo olvidar que con él se reordenó el estado caótico de las finanzas nacionales y se aplicaron castigos ejemplares a los funcionarios públicos corruptos.

El mercantilismo se nos presenta como una gran estación europea en la que convergen, en simbiosis, varios factores: el definitivo tránsito histórico de la economía de mercado (construida alrededor de un gran número de pequeños productores independientes) al capitalismo (una economía de mercado de *segundo nivel* en la que predominan las organizaciones productivas, comer-

[11] Eli F. Heckscher, *La época mercantilista: Historia de la organización y las ideas económicas desde el final de la Edad Media hasta la sociedad liberal,* FCE, México, 1931/1943, p. 91.

ciales y financieras de dimensiones medianas o grandes encargadas de controlar los ámbitos económicos más dinámicos y lucrativos), la consolidación de los Estados nacionales, la afirmación de la economía como objeto político de interés nacional, el estrechamiento de los vínculos entre el poder económico (que hasta entonces había vivido en las grietas formales del poder) y el hecho de que, cada vez más, este último es reconocido como elemento ordenador estructural en la organización de las sociedades.[12]

Quizá pueda decirse que si el liberalismo económico (suprema ideología del capitalismo) es producto del siglo XVIII, lo es porque el mercantilismo del siglo XVII creó las condiciones materiales que lo hicieron posible. Con el fortalecimiento de sus relaciones con el Estado, el capital se convierte en factor, institucionalmente reconocido, de organización global de la sociedad. Cuando este orden fue suficientemente sólido, la economía experimentó un nuevo ciclo de mayor autonomía frente al Estado y esta condición quedó ideológicamente expresada en el liberalismo. Pero, a partir de allí, el pasado es reescrito y el rostro institucional del poder económico se remueve hasta convertir la autoorganización del capitalismo en un recurrente mito fundacional. Se aísla así, de las bases históricas del capitalismo, una realidad incómoda: el particular arreglo entre riqueza y poder.

Como se ha dicho, en la historia del Viejo Continente constituye una coincidencia bastante curiosa el afianzamiento de fuertes Estados nacionales paralelamente a la conformación de sistemas económicos cumplidamente capitalistas. Una casualidad demasiado patente para creer que lo sea. Inglaterra, Holanda y, en un segundo nivel, Francia, expresan de manera positiva esta confluencia. La mayor excepción es España. Aquí, la unidad nacional ocurre a fines del siglo XV. Carlos V, rey de España, es un Habsburgo educado en Flandes que se expresa con dificultad en español y quien a comienzos de su reinado enfrenta y derrota a la burguesía urbana de Castilla y León que, a su vez, en defensa de su autonomía, se levanta en armas protagonizando la revuelta comunera de 1520.[13] España emprende su trayectoria como Estado nacional derrotando a una burguesía que hubiera podido dar cimientos más sólidos a la empresa política moderna que, en cambio, se construye sin alientos innovadores con el apoyo de la aristocracia terrateniente. De Carlos V escribía Pirenne:

> Es muy singular el contraste que ofrece con sus contemporáneos Francisco I y Enrique VIII, que parecen encarnar a Francia e Inglaterra respectivamente […]

[12] Si bien Max Weber consideraba la política mercantilista como insuficiente para promover el "desarrollo del capitalismo industrial privado" (p. 837), no tenía dificultades en reconocer su función básica en la formación del Estado moderno; véase *Economía y sociedad, op. cit.,* p. 1053.

[13] Véase Luis Bonilla, *Las revoluciones españolas en el siglo XVI,* Guadarrama, Madrid, 1972, pp. 128 y ss. y José Antonio Maravall, *Las comunidades de Castilla: Una primera revolución moderna,* Revista de Occidente, Madrid, 1963, pp. 220 y ss.

> Su política no fue, ni podía ser, la propia de un rey de España; fue y tuvo que ser la de un Habsburgo, y España bajo su dirección consagró todos sus esfuerzos a la realización de unos designios que no sólo eran extraños, sino opuestos a sus verdaderos intereses.[14]

Pero las cosas habían tomado un pliegue adverso desde antes con Fernando e Isabel, que gobernaron el país con Torquemada: el catolicismo como encarnación de un proyecto antihistórico de inmovilismo,[15] sin considerar la ausencia de una capital y la autonomía de reinos y señoríos. En contraste, más o menos por aquellos años, los muy luteranos holandeses permitían a los comerciantes árabes que visitaban Ámsterdam oficiar sus cultos siempre y cuando se realizaran en lugares cerrados. Frente a las exigencias del comercio, los virtuosos y cristianos mercaderes holandeses ponían entre paréntesis su fervor religioso.

Hay una circunstancia interesante. La burguesía de Madrid, Toledo, Segovia, Burgos, etc., que enfrentaba a Carlos V por su necesidad de afirmarse frente a la corona, comienza a desplegar demandas y perspectivas crecientemente nacionales. Algo similar ocurre con las Provincias Unidas, que, al calor de su enfrentamiento con España, se ven forzadas a trascender su óptica limitada en favor de los intereses de sus mayores ciudades comerciales. Justamente Simon Schama señala: "Un sentido de nacionalidad plenamente desarrollado fue el resultado y no la causa de la revuelta contra España".[16]

Felipe II recibe de su padre, además de España, el reino de Nápoles, el Franco Condado o Condado de Borgoña, el Milanesado y los Países Bajos meridionales, así como las posesiones españolas en el Nuevo Mundo. No es difícil imaginar al soberano Habsburgo gastando la mayor parte de sus energías en mantener juntas sus posesiones donde nunca se ponía el sol, pero donde, desde el punto de vista económico, tampoco salía (ni debía salir) a lo largo de siglos.

En Inglaterra, el Estado nacional emerge tempranamente, sin embargo; la tradición liberal ha convertido a este país en símbolo de la eficiencia de un capitalismo que avanza con tanta mayor fuerza cuanto menor ha sido la interferencia gubernamental. Más allá del juicio que pueda merecer esta visión metahistórica, convertida en recetario universal, queda el hecho de que, desde el punto de vista de la historia concreta, no tiene fundamento. En Inglate-

[14] Henri Pirenne, *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI,* FCE, México, 1942, p. 449.

[15] Emmanuel Le Roy Ladurie (*op. cit.,* p. 116) avanza una hipótesis contrafactual y supone que al norte de Italia le habría ido mucho mejor si en el conflicto entre España y Francia hubiera ganado el control de esa parte de Italia Francisco I en lugar que una España "reaccionaria e inquisitorial".

[16] Simon Schama, *The Embarrassment of Riches: An Interpretation of Dutch Culture in the Golden Age,* University of California Press, Nueva York, 1988, p. 54.

rra, el liberalismo económico es —como en todos lados— un producto tardío del desarrollo capitalista. Antes de que el liberalismo surgiera como "pasión de cruzados" y "credo militante" (lo que, según Karl Polanyi, sólo ocurrió alrededor de 1830), tuvieron que pasar largos siglos en los cuales el capitalismo creció en correspondencia con un enlace cada vez más extenso y complejo del Estado con la sociedad.[17] La patria de la primera revolución industrial fue también, muchos siglos antes, la patria de lo que Deutsch llamaría el "primer Estado moderno".[18]

Las raíces de esta "modernidad" pueden rastrearse en los tiempos del *Domesday Book* y la Carta Magna, cuando Inglaterra comienza un doble camino que sólo siglos más tarde sería emprendido en otras partes de Europa: el rumbo que conducirá a un sistema tributario centralizado y a una administración de la justicia libre de las arbitrariedades de los señores feudales. El Estado nacional es aquí el producto de la extensión al resto del país del poderío económico de Londres desde inicios del siglo XIV y, sobre todo, desde la llegada de los Tudor a la corona a fines del siglo XV.[19] De nuevo Braudel: "Una economía nacional es un espacio político transformado por el Estado, en razón de las necesidades e innovaciones de la vida material, en un espacio económico coherente, unificado y cuyas actividades pueden dirigirse juntas en una misma dirección. Sólo Inglaterra pudo realizar tempranamente esta proeza".[20]

Frente a la corona francesa, cuyo poder es limitado por la aristocracia que se considera soberana en sus posesiones territoriales, Inglaterra avanza rápidamente en los terrenos de la unidad política y económica.[21] En una etapa histórica en que el poderío de mercaderes, agricultores enriquecidos y financieros ya se había afirmado, Jacobo I (el primero de los Estuardo) intenta sostener un gobierno sin ataduras sociales; la baja nobleza rural y la burguesía urbana responden con la primera revolución burguesa-nacional de la Edad Moderna. Dos medidas del régimen de Oliver Cromwell tienen valor simbólico. La

[17] Karl Polanyi, *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo,* 3ª ed., FCE, México, 1992/2017, p. 196.

[18] Véase Karl W. Deutsch, *Política y gobierno: Cómo el pueblo decide su destino,* FCE, México, 1970/1976, pp. 392 y ss.

[19] Véase Jerry F. Hough y Robin Grier, *The Long Process of Development: Building Markets and States in Pre-Industrial England, Spain, and Their Colonies,* Cambridge University Press, Nueva York, 2015, pp. 103 y ss.

[20] F. Braudel, *La dinámica…, op. cit.,* p. 107.

[21] Comparando la situación de Francia bajo Felipe el Justo y la de Inglaterra bajo Eduardo I, Karl W. Deutsch dice (*op. cit.,* p. 392): "En el siglo XIII los nobles franceses pagaban a la corona, en promedio, 3% de su ingreso. Los nobles ingleses pagaban 6% […] y la guerra de los Cien Años acabó librándose en suelo francés. Sin esta mejor actuación política y financiera, el poder marítimo de Inglaterra y su posición insular no habrían impedido que la guerra se alejara de sus playas". En honor a la verdad hubo una que otra expedición militar francesa en suelo inglés, pero no llegaron a ser otra cosa más que manifestaciones de orgullo nacional que no representaron amenazas serias para los ingleses; véase Barbara W. Tuchman, *Un espejo lejano,* Argos Vergara, Barcelona, 1978/1979, *passim.*

primera es el Navigation Act de 1651, con el cual los negocios y el Estado coinciden en la voluntad común de doblegar el poderío marítimo y comercial holandés. La segunda es el Instrument of Government de 1653, primer ejemplo de legislación constitucional moderna, que fija el privilegio regulador del Estado sobre la sociedad al mismo tiempo que limita los instrumentos por medio de los cuales el Estado podría llegar a acumular un poder excesivo sobre ésta. Es obvio que "sociedad" está aquí compuesta, casi exclusivamente, por el conjunto de los intereses mercantiles dominantes.[22]

Francia e Inglaterra son patria de dos revoluciones que tendrán enorme importancia en la historia del mundo: dos naciones cuyas sublevaciones sociales, paradójicamente, serán derrotadas por intentos fallidos de restauración. La restauración de los Estuardo será derrotada en 1688, la de los Borbones en 1830. Moraleja: la hegemonía política de la burguesía inglesa se consolida cerca de un siglo y medio antes que la de la burguesía francesa.

Como sugiere Bendix, la transformación política inglesa en el siglo XVII y comienzos del XVIII queda plenamente expresada en la diferencia entre Jacobo I (1603-1625) y Jorge I (1714-1727). Jacobo llega al trono por derecho hereditario; Jorge, por medio de una ley del Parlamento. El primero elige a los ministros según su propio criterio; el segundo hace frente a una situación en que los ministros ya no pueden gobernar sin mayoría parlamentaria. Jacobo aun puede permitirse el lujo de no saber dónde terminan sus finanzas y comienzan las del Estado; Jorge se enfrenta a un Parlamento que, desde 1714, tiene pleno control de las finanzas del Estado.[23] Para entender el significado político-económico de esta situación inédita en el terreno de las finanzas públicas, es oportuno mencionar que, durante los conflictos militares en el exterior (cuando disminuyen los ingresos fiscales a causa de aranceles aplicados a montos reducidos de importaciones), los impuestos hacia la propiedad terrateniente registran alzas compensatorias, lo que dice mucho acerca del poder económico de los gobiernos ingleses.[24]

[22] Hermann Heller (*op. cit.,* p. 154) sostiene: "Esta separación del mando político y el económico constituye el estado de tensión característico de la situación presente de la democracia capitalista". Un "estado de tensión" que supone formas de "convivencia conflictual" donde ninguno de los dos términos puede imponerse por completo al otro sin derrotarse a sí mismo. Una situación cuyo nacimiento formal puede encontrarse, según Heller, en la segunda mitad del siglo XVII en Inglaterra.

[23] Reinhard Bendix, *Kings or People: Power and the Mandate to Rule,* University of California Press, Los Ángeles, 1978, p. 307.

[24] Véanse estadísticas presentadas por Peter Mathias, *The First Industrial Nation: An economic History of Britain (1700-1914),* Methuen, Londres, 1976, pp. 41 y ss.

Segunda parte

INTENTOS EXITOSOS DE SALIDA DEL ATRASO

No todos los países que hoy consideramos "desarrollados" (si bien, desde fines del siglo XX, frente a la nueva revolución científica y tecnológica se abre la posibilidad de alteraciones en las jerarquías internacionales adquiridas) siguieron la misma ruta histórica que desde la Baja Edad Media condujo a perfilar primeramente formas modernas de economía, sociedad y organización político-territorial. El recorrido del capitalismo en la historia del mundo no se reduce a la crónica ejemplar de países como Inglaterra, Holanda o Bélgica. Algunos países incluso llegaron a definirse como tales y a definir sus perfiles modernos sin pasar a través de una previa Edad Media, como los Estados Unidos o Nueva Zelanda. Pero en nuestra taxonomía genética de la modernidad, hay un tercer grupo de países, ciertamente el más numeroso: aquellos que, por un largo ciclo histórico, aun habiendo dejado a sus espaldas antiguas estructuras feudales, no pudieron por un prolongado trecho histórico considerarse "desarrollados" debido a su escasa integración social, a su reducida capacidad competitiva, a sus instituciones de baja calidad o a las tres cosas en diferentes combinaciones. Estos países constituyen el universo que aquí indicamos genéricamente con la palabra *atraso*. Sin embargo, en algún momento de su historia, algunos de estos países aceleraron el ritmo de sus cambios cuantitativos y cualitativos, lo que les permitió en un breve lapso histórico recuperar el terreno anteriormente perdido con los punteros del capitalismo mundial y convertirse, a su vez, en países capitalistas en la vanguardia mundial tanto desde el punto de vista técnico como de las condiciones de bienestar social. En esta segunda parte del libro nos ocuparemos de cuatro casos exitosos de salida del atraso: tres de ellos europeos y uno asiático; o sea, Suecia, Dinamarca, Italia y Japón.

Estas experiencias (con la parcial excepción de Italia) se ubican entre la segunda mitad del siglo XIX y los inicios del siglo XX. En todos estos casos no deja de ser asombroso que economías que a lo largo de siglos permanecieron al margen de las principales innovaciones técnico-sociales pudieran rescatarse de su marginalidad hasta convertirse en protagonistas mundiales de eficiencia, capacidad innovadora y bienestar. Lo que ocurrió es evidente. Lo es menos el cómo. ¿Qué hizo posible que un rincón deprimido de Europa, como era Dinamarca en la primera mitad del siglo XIX, llegara a convertirse en el giro de pocas generaciones en una de las sociedades más prósperas y equitativas del mundo? ¿Cuáles fuerzas guiaron a una sociedad agraria, tradicionalista y autoritaria como la japonesa para convertirla en una de las mayores economías mundiales con un sistema democrático y una distribución del ingreso

que se encuentra entre las más equitativas del planeta? Éstas serán algunas de las preguntas que se intentará poner al centro de la reflexión en esta segunda parte. No buscamos aquí recetas universales que probablemente no existen. Resultará más interesante tratar de entender, entre políticas y circunstancias particulares, la naturaleza del recorrido que condujo a países enteros a emanciparse del atraso. Sin embargo, como se verá en el despliegue de la argumentación entre tiempos y lugares distintos, algún rasgo común y general vendrá a la luz.

IV. SUECIA: UN MILAGRO CON VARIAS EXPLICACIONES

Pocos países en el mundo, si acaso alguno, han proyectado una imagen de bienestar como lo ha hecho Suecia desde la segunda mitad del siglo XX. Sin ser una gran potencia económica internacional, este país ha sido y sigue siendo un escaparate de bienestar social, eficiencia económica y democracia política a escala mundial: uno de los lugares del mundo donde la humanidad ha ido más lejos en términos de riqueza y equidad distributiva. Una especie de utopía real que se ha construido pieza a pieza partiendo de una realidad de atraso que todavía le era propia hacia fines del siglo XIX. Hoy el país, de casi 10 millones de habitantes, dispone de un ingreso per cápita de 52 000 dólares (en 2016, precios corrientes) con una distribución del ingreso (índice de Gini de 27.2) que sólo un puñado de países (Holanda, Finlandia, Dinamarca, Noruega) puede igualar.[1]

Suecia dispone de una gran dotación de riquezas naturales: grandes bosques, extensos yacimientos de minerales (sobre todo de hierro), muchos ríos y tierras agrícolas de buena calidad, especialmente en el sur del país. Y, sin embargo, todo esto no es ni lejanamente suficiente para explicar el éxito económico sueco en el siglo XX. Otros países con menores recursos naturales antecedieron por muchos años a Suecia en el camino del desarrollo económico y, por otro lado, países con mayores recursos aún no llegan en la actualidad ni a acercarse a los niveles de madurez económica y bienestar social alcanzados por Suecia. Evidentemente, el patrimonio natural es sólo una parte de la historia y pocas veces la más importante.

Entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera Guerra Mundial, Suecia es el país europeo de mayor crecimiento económico. Entre 1863 y 1913 el producto sueco crece a una tasa media anual de 3.1% y de 2.4% su dato per cápita. Entre 1853 y 1913 las cifras correspondientes a Alemania (otra *success story* de desarrollo tardío) son 2.6 y 1.5%; entre 1857 y 1913 Inglaterra registró tasas de 2.6 y 1.6% respectivamente.[2]

[1] Banco Mundial (BM), "Indicadores por país: Suecia", BM. Disponible en: https://datos.bancomundial.org/pais/suecia?view=chart

[2] Sólo fuera de Europa se dieron tasas superiores a las suecas. En Japón, entre 1880 y 1913, 4.4 y 3.4% y en los Estados Unidos, entre 1874 y 1913, 4.5 y 2.2%; véase W. A. Cole y P. Deane, "The Growth of National Incomes", en H. J. Habakkuk y M. M. Postan, *The Cambridge Economic History of Europe,* vol. 6, parte 2, *The Industrial Revolutions and After,* Cambridge University Press, Cambridge, 1965, p. 26.

Es necesario hacer un esfuerzo de memoria histórica para recordar lo reciente del proceso de crecimiento acelerado de este país. En efecto, aún en 1880 el Producto Nacional Bruto (PNB) per cápita sueco era inferior a los de Italia y España. Sin embargo, en 1913 ya estaba *grosso modo* en el nivel alcanzado por Francia en esa misma fecha,[3] habiendo dejado atrás por un gran margen a los dos países mencionados. En menos de medio siglo desde la primera Guerra Mundial, Suecia se transforma de manera acelerada: las actividades agrícolas e industriales se modernizan y experimentan un nuevo empujón dinámico, la innovación tecnológica asume un papel destacado, la población se vuelve crecientemente urbana, los ferrocarriles extienden su red comunicando entre sí zonas anteriormente aisladas, el Estado moderniza sus mecanismos administrativos y democratiza sus estructuras representativas, se organizan sindicatos y partidos. El crecimiento económico se dota de las energías y las formas adecuadas para sacar al país de su atraso frente al resto de Europa, mientras la sociedad sueca es recorrida por nuevas tensiones y por una riqueza de manifestaciones sociales y políticas sin antecedentes.

Pero, antes de analizar las condiciones y las políticas que hicieron posible este recorrido exitoso más allá del atraso, son oportunas algunas consideraciones acerca de la situación a partir de la cual Suecia terminará por ser una historia de éxito. Sería en efecto una simplificación suponer que los logros de este país desde la segunda mitad del siglo XIX se debieron exclusivamente a las acertadas políticas económicas aplicadas en aquellos años. Éxitos y fracasos no se forjan ni en un día ni en pocas décadas.

Dos antecedentes: Estado fuerte y transformación agraria

El comienzo de la historia moderna de Suecia tiene su punto de arranque en la dinastía de los Vasa y, sobre todo, los reyes Gustavo I (1523-1560) y Gustavo II Adolfo (1611-1632). A partir de ellos se establece en forma explícita la tarea de construcción de una maquinaria administrativa centralizada y eficiente. Gustavo I impulsó una amplia red de poderes locales organizados a través de un sistema de funcionarios dependientes de la corona. Además, desde la primera mitad del siglo XVI, la monarquía inaugura una política de atracción de técnicos, artesanos y comerciantes de los países más avanzados. Este monarca es también el iniciador de la reforma protestante cuyo primer acto será la expropiación de las grandes propiedades de la Iglesia católica. Hace tiempo, Seymour Martin Lipset acuñó la expresión *excepcionalismo* en referencia a los Estados Unidos como primera nación moderna. La idea —cuyo núcleo

[3] Véase Paul Bairoch, "Europe's Gross National Product (1800-1975)", *The Journal of European Economic History,* vol. 5, núm. 2, 1976, p. 286.

originario se encuentra en las observaciones de Tocqueville en *La democracia en América*— proviene de una constatación: una nación que surge en la modernidad (y que terminó por ser su propia encarnación, al mismo tiempo real e ideológica) sin tener un pasado feudal que condicionara sus desarrollos desde tradiciones señoriales y con la correspondiente cultura del privilegio y la exclusión. Sin la radicalidad histórica del caso estadunidense, o sea, sin los rasgos de una novedad sociopolítica absoluta, algo similar puede decirse en el caso sueco, donde a diferencia del resto de Europa el feudalismo nunca tuvo una extensión y una profundidad comparables a países como Alemania, Italia o Francia. Cuando menos desde el siglo XVI la nobleza tiene un poder local limitado por una monarquía nacional aliada con amplios sectores de campesinos libres e independientes. El *Riksdag* (Parlamento) sueco, que hasta 1866 es una cámara representativa de estamentos, está organizado en cuatro estados: nobleza, clero, burguesía (maestros artesanos, mercaderes y notables urbanos) y campesinos. En el histórico conflicto entre la monarquía centralista y la nobleza, la primera busca entre los campesinos el apoyo que éstos necesitan para enfrentarse a la pretensión de control social local de la segunda. Desde el siglo XV, la nobleza apenas controlaba 10% de las tierras frente a 50% que estaba en manos campesinas.[4]

La creación de una Iglesia estatal luterana debía ser un factor básico de homogeneidad en el cual "las razones del espíritu" serían puestas al servicio de la integración de la maquinaria administrativa. Centralización del poder e interés en los asuntos económicos son preocupaciones que se mantienen y fortalecen con Gustavo II Adolfo y con el nombramiento real de gobernadores responsables de administrar los condados en que estaba dividido el país. En contra de la tradición heredada, la monarquía organiza un eficiente ejército de campesinos mientras, al mismo tiempo, se estimula el desarrollo de la industria de armamentos. Justamente en el siglo XVII, el Estado desarrolla una clara acción reguladora de las actividades metalúrgicas, forzando la transferencia de las forjas rurales hacia las zonas urbanas (Norrköping, Örebro, etc.), imponiendo estándares de calidad a los productores, limitando las prácticas de deforestación y regulando los precios de las materias primas.[5]

Desde el siglo XIV, la extracción del mineral de hierro se había concentrado en la zona de Bergslag —a unos 200 kilómetros al noroeste de Estocolmo—, pero desde el siglo XVII el Estado interviene regulando iniciativas particulares consideradas, por una u otra razón, de interés vital para el país. Con el pasaje

[4] Véase Timothy A. Tilton, "The Social Origins of Liberal Democracy: The Swedish Case", *American Political Science Review,* vol. 68, núm. 2, 1974, p. 565.

[5] Kurt Samuelsson, *From Great Power to Welfare State: 300 Years of Swedish Social Development,* Allen & Unwin, Londres, 1968, pp. 30-31. Resumiendo las circunstancias históricas que resultaron favorables para el desarrollo sueco, el autor subraya: "El logro del sistema de administración pública construido bajo Gustavo II Adolfo y Axel Oxenstierna [canciller sueco entre 1612 y 1654], cuyos rasgos esenciales permanecen en la actualidad" (p. 296).

de la artillería de bronce a la de hierro, los yacimientos suecos de este mineral adquieren una importancia europea y, desde entonces, esta industria será uno de los pilares para el posterior desarrollo económico del país. La alta calidad del mineral de hierro sueco (de muy bajo contenido fosfórico) y la disponibilidad de grandes bosques —para la elaboración de carbón vegetal, sustituto del carbón mineral que Suecia no tenía— se convierten en factores relevantes de transformación económica. Hacia fines del siglo XVII, Suecia es el principal abastecedor europeo de cobre, mientras comienza el *boom* del alquitrán demandado por Holanda, Inglaterra y otros países para el tratamiento de las maderas de las pujantes marinas militares y mercantes. Alquitrán, brea, cobre, hierro y acero son los productos con que Suecia se inserta en la red de los comercios europeos. Se trata, en parte, de productos de industrias extractivas y, en parte, de productos manufacturados por medio de procedimientos técnicos de bajo nivel de sofisticación.

Uno de los datos más significativos es la dispersión de las manufacturas en el territorio, lo que estimula una red extendida de iniciativas que, sobre todo para fines de exportación, encuentran en las casas comerciales de Estocolmo y Gotemburgo los instrumentos para financiar sus actividades. Las casas comerciales operan como fuentes de crédito hacia los productores por medio de un sistema *(forlag)* parecido al que hizo posible en el occidente europeo el desarrollo de la industria rural desde el siglo XVII. He allí una diferencia esencial con Polonia, cuyos magnates terratenientes exportaban cereales al resto de Europa sin que ello pudiera promover la formación de una articulada red interna de productores independientes. Por otro lado, estas casas exportan la producción nacional y contratan (en Hamburgo y Ámsterdam) los créditos para el financiamiento de sus propias operaciones nacionales. Es digno de mención el hecho de que muchas de las mayores casas comerciales fueran propiedad de inmigrantes de primera y segunda generación, como revelan los apellidos ingleses, escoceses, holandeses y alemanes de sus propietarios: Jennings, Alnoor, Schön, Wahrendorff, Pauli, Montgomery y Deneke,[6] prueba inconfundible del éxito de la política de "suedización" de extranjeros portadores de conocimientos o capitales inaugurada por Gustavo I.

Además de las pequeñas empresas metalúrgicas y de los fabricantes de alquitrán y brea, en el siglo XVII en las pequeñas ciudades había cierto número de manufacturas tales como tabaco, refinación de azúcar, jabón, seda, lana, etc. Actividades, todas ellas, que podían beneficiarse tanto de la demanda exterior (sobre todo inglesa y holandesa) como de la demanda interna debido a la ampliación del mercado y a la política de potencia promovida durante el reinado de Gustavo II Adolfo. En ese siglo y hasta comienzos del siguiente, Suecia se convierte en una mediana potencia europea. El país que desde el siglo XVI constituía una unidad con Finlandia sale victorioso de la guerra de

[6] *Ibid.,* pp. 95-96.

los Treinta Años y recibe con el Tratado de Westfalia de 1648 importantes zonas del norte de Alemania que se añaden a las conquistas de Gustavo II Adolfo en el Báltico oriental. Sin embargo, la etapa de Suecia-potencia sólo llegó hasta comienzos del siglo XVIII cuando, enfrentada a la recobrada energía rusa bajo Pedro el Grande y Catalina I, tuvo que renunciar progresivamente a sus dominios en el sur y el oriente del Báltico.

No obstante, las derrotas militares y la definitiva superación de las ambiciones europeas y de dominio en el Báltico fueron finalmente factores positivos para el futuro del país con el debilitamiento político de la aristocracia. Comenzaba así un periodo que en la historia sueca ha terminado por indicarse como *Frihestiden:* la Era de la Libertad (entre 1718 y 1772).[7] Cuando renació el absolutismo en las últimas décadas del siglo, la perspectiva imperial se había cerrado y el activismo de la monarquía seguiría el camino, iniciado algunas décadas antes, de las reformas económicas internas. Las grandes casas comerciales en Estocolmo y Gotemburgo, repitiendo el recorrido del comercio de larga distancia de las ciudades mercantiles italianas y flamencas desde la Baja Edad Media, encarnan un *gran capitalismo* que hace su aparición histórica antes en el terreno financiero y del comercio internacional que en el terreno propiamente productivo y nacional. Si bien hay que añadir que a través del sistema del *putting out* las actividades exportadoras (brea, madera, arenques en salazón, acero, etc.) de las casas comerciales promueven manufacturas domésticas que se volverán, en el curso del tiempo, actividades productivas independientes, difundiendo la cultura mercantil en un contexto rural antiguamente replegado en el autoconsumo. El capitalismo que nació en las reducidas áreas ligadas al comercio y a las finanzas europeas se endogeniza rápidamente.

En correspondencia con el cambio fisiológico en los comportamientos y valores de la sociedad sueca, en 1866 se supera la añeja representación política por estamentos sociales y se establece un sistema parlamentario bicameral en el que la Cámara Baja sólo es elegida por individuos de sexo masculino con ingresos anuales superiores a un determinado nivel mínimo o con propiedades cuyo valor no sea inferior a 1 000 coronas suecas. La Cámara Alta está mayoritariamente compuesta por terratenientes, altos funcionarios públicos ligados a la corona, así como por empresarios y comerciantes. Aún falta medio siglo para que el país llegue al sufragio universal y a gobiernos directamente dependientes de la mayoría parlamentaria, pero el sentido de marcha, de alguna manera, está establecido. Tiene cierto interés señalar la coincidencia por la cual justamente ese periodo de grandes luchas y conflictos sociales y políticos alrededor del sufragio universal (finalmente introducido en 1918) son los años de aceleración del crecimiento económico, de industrialización y, en resumidas cuentas, de salida del atraso de Suecia.

[7] Véase Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial,* t. II, *El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea (1600-1750),* Siglo XXI Editores, México, 1984, pp. 305-306.

Sin embargo, si se quisiera ubicar un periodo a partir del cual comienzan a desplegarse cambios económicos y sociales que, desde ahí, entrarán en un circuito de retroalimentación y de propagación al entero cuerpo social activando una dinámica virtuosa entre economía de mercado, administración pública confiable e instituciones políticas crecientemente representativas, probablemente deberíamos retroceder a las primeras décadas del siglo XVIII con el comienzo de la transformación agraria que terminará por interactuar con otros cambios en distintos espacios de la vida colectiva sueca.[8] En efecto, antes de la nueva edad del absolutismo sueco, se revela en el campo la capacidad institucional para promover transformaciones encaminadas a cambiar el país.

A comienzos del siglo XVIII, en el centro de la realidad rural sueca estaba todavía el universo aldeano dominado por tradiciones comunitarias y el sistema productivo de tres campos especialmente difundido en el sur del país, en Escania, que se convertiría posteriormente en el granero de Suecia. El sistema de tres campos, con rotación cíclica de los cultivos y una tercera parte de la tierra en barbecho (lo que, dada la escasez de abono animal, suponía el desaprovechamiento de una parte de las superficies disponibles), era uno de los factores limitantes de la capacidad productiva de la agricultura. El otro factor era la propia aldea, que con sus costumbres comunitarias vinculaba los comportamientos productivos con una cultura de subsistencia, aislamiento y estancamiento técnico. La distribución de la tierra en franjas familiares largas y estrechas, de tal manera que cada campesino tenía sus posesiones repartidas en una variedad de campos, impedía una explotación racional, además de implicar largos tiempos de traslado de un campo a otro. Pero las aldeas rurales no sólo eran una mescolanza de terrenos separados, barbecho y derechos consuetudinarios de uso colectivo de bosques y ríos, sino también un universo social complejo por la presencia de diferentes figuras sociales: campesinos libres, arrendatarios y diversas figuras de trabajadores rurales contratados. Empero, en los consejos de aldea la figura dominante era la del campesino libre, quien sería finalmente el mayor beneficiario de la transformación rural sucesiva. Es este universo el que, en la primera mitad del siglo XVIII, comienza una secuencia de cambios destinada a alterar la realidad (productiva y social) del país. Una forma reductiva, pero en cierta medida elocuente para sintetizar estos cambios, está en el aumento de la producción de trigo y de papa que casi se duplicó en el siglo posterior a 1720. El historiador Lars Magnusson no duda, forzado a buscar un factor determinante, en señalar acerca de estos resultados "la mejora en la posición política, económica y social del campesinado".[9] No obstante, los resultados mencionados difícilmente habrían

[8] Aunque es oportuno no olvidar que desde antes de este periodo Suecia pudo comenzar una construcción institucional con un ejército poderoso en el contexto europeo y realizar la contención de los terratenientes que fueron encauzados hacia el servicio del Estado, además de la promoción de una incipiente industria del acero.

[9] L. Magnusson, *An Economic History of Sweden,* Routledge, Londres y Nueva York, 2005, p. 21.

sido posibles sin la política de *Reduktion,* promovida por la corona desde fines del siglo anterior, y que supuso una masiva transferencia de propiedades de tierra de la nobleza hacia las aldeas o el propio Estado central. Es probable que la reducción de sus antiguas propiedades haya favorecido el desarrollo empresarial entre sectores de la nobleza que anteriormente podían recibir suficientes ingresos simplemente gracias a su posición de rentistas. Desde aquí proviene, además, un nuevo salto en la legitimación social que permitirá a la corona activar con éxito los cambios rurales destinados a desarticular las antiguas estructuras comunitarias remplazándolas por granjas familiares independientes, eliminando las mismas tierras de la corona previamente alquiladas a particulares, hasta llegar a la definitiva supresión de los servicios personales en 1878.[10]

Desde inicios del siglo XVIII las estructuras tradicionales comienzan a cambiar. Siguiendo su política de ennoblecer a militares, empresarios exitosos, científicos y funcionarios del Estado, la corona aumentó el número de familias nobles de 1 000, a comienzos de siglo, a más de 1 600 hacia fines del mismo. Este sector de nueva nobleza buscaba la ratificación social de su condición por medio de la propiedad de tierras que, sin embargo, eran aprovechadas en formas más intensivas y productivas respecto a la vieja nobleza. Estamos frente a una nueva aristocracia sin el peso de un pasado de tradiciones guerreras y parasitarias que asentaba, al mismo tiempo, una mayor presencia en actividades relacionadas con las casas comerciales y la industria del hierro. "La nobleza ponía su dinero en la metalurgia. Comerciantes y empresarios del hierro constituían una nueva clase superior con un formidable poder tanto intelectual como económico. En medida relevante Suecia se estaba convirtiendo en una sociedad móvil."[11]

A diferencia de Inglaterra, la modernización rural no ocurrió contribuyendo a la ruina de los pequeños productores, sino, por el contrario, a su consolidación como sector social independiente. Como se ha dicho, para que este resultado fuera posible era necesario romper con las prácticas comunitarias tradicionales, una ruptura que implicaba distintos aspectos. En primer lugar, la consolidación de las franjas de terrenos individuales controladas por cada familia de la aldea rural. La tarea era bastante compleja, ya que se trataba de consolidar en un solo cuerpo diferentes franjas a las cuales los campesinos estaban ligados por costumbres tan antiguas como entreveradas. Romper la unidad del poblado suponía convencer a los habitantes de salir de éste hacia nuevas propiedades individuales, con lo cual, junto con la independencia, aparecía una nueva sensación de precariedad ligada a la competencia y a sus

[10] La *corvée* fue importante sobre todo en el sur, en Escania, a donde llega desde Dinamarca a mediados del siglo XVII; véase Mats Olsson, "Manorial Economy and Corvée Labour in Southern Sweden in 1650-1850", *The Economic History Review,* vol. LIX, núm. 3, 2006, pp. 483 y ss.

[11] Alan S. Milward y S. B. Saul, *The Economic Development of Continental Europe (1780-1870),* Allen & Unwin, Londres, 1973, p. 473.

éxitos inciertos. Sería prolijo insistir aquí sobre el trauma que todo esto implicaba en términos de pérdida de raíces e identidades culturales y de prácticas colectivas de trabajo. Se trataba de renunciar a la propiedad común de terrenos de uso comunitario (sobre todo bosques) otorgando distintas cuotas en propiedad individual. Los efectos sociales debían resultar críticos, ya que de esta forma se privaba a muchas familias pobres del uso de terrenos de los cuales habían obtenido tradicionalmente un complemento vital para la subsistencia.

La ruptura de las inercias ligadas a las tradiciones comunitarias de producción dejaría su lugar a formas de desarrollo con experimentación de nuevos cultivos, nuevas técnicas y una más estrecha vinculación con el mercado. La figura central iniciadora del cambio agrario en Suecia fue Jacob Faggot, jefe de la oficina gubernamental encargada de vigilar los procesos de reordenamiento agrario. Por iniciativa de Faggot en 1749 es aprobada la Ley de Consolidación de Tierras *(Storskijtes Stadgan),* misma que Eli Heckscher, el famoso economista sueco, describió así:

> La ley preveía que en casos de avanzada subdivisión de los terrenos en franjas estrechas, los funcionarios gubernamentales deberían, amable, pero decididamente, dejar establecido frente a los aldeanos lo pernicioso de esta situación y, de conseguirse un acuerdo general, proceder a la repartición de los terrenos de tal manera que se asignara un campo a cada granja o, de no ser posible uno solo, el menor número de superficies separadas.[12]

En 1870, cuando el reordenamiento de las estructuras de la propiedad rural podía considerarse concluido en lo fundamental, la población agrícola había descendido de 80% (en 1770) a cerca de 72%. Sin embargo, entre mediados del siglo XVIII y mediados del XIX el número de campesinos independientes había crecido 16 por ciento.

Si bien fue costoso en términos sociales, el reordenamiento agrario sueco hizo posible el tránsito hacia estructuras productivas más orientadas a la innovación y el mercado. En ese gran ciclo de cambio rural se liberaliza inicialmente el comercio del trigo y se establece la libertad de los campesinos de comercializar sus productos sin la obligación previa de llevarlos a los mercados urbanos para su venta, con lo cual, desde el Estado central, se daba un fuerte empuje al desarrollo de los mercados locales rurales. O, en otros términos, se establecían los presupuestos de ingreso y demanda de bienes de consumo sin los cuales el posterior desarrollo industrial difícilmente habría sido posible. El punto es: ¿se hubiera podido cimentar las bases para nuevos niveles de productividad (que llevaron a Suecia a convertirse de país importador

[12] E. F. Heckscher, *An Economic History of Sweden,* Harvard University Press, Cambridge, 1954, p. 156.

de cereales en país exportador) sin la disolución de tradiciones comunitarias para abrir las puertas a un individualismo productivo que después, por cierto, daría lugar a experiencias cooperativas?

De cualquier manera, gracias al impulso del individualismo agrario, la explotación de nuevas tierras y la difusión del cultivo de la papa (que liberó para el mercado una cuota de la producción cerealera dedicada anteriormente a la alimentación familiar), Suecia pudo enfrentar el crecimiento demográfico y los procesos de urbanización sin sobrecargar su balanza comercial con la importación de alimentos y, en cambio, pudo comenzar a exportar cereales.

Entre 1800 y 1850 la población sueca creció 50%, pasando de 2.3 millones a 3.5 millones, cifra que subiría a 4.6 millones en 1880.[13] Aun así, entre comienzos y mediados del siglo la producción de cereales se triplicó (de cinco millones a 14.7 millones de quintales) y la de papa creció más de nueve veces (pasando de 0.7 millones a 6.7 millones de quintales).[14] La pregunta es inevitable: ¿habría sido posible el desarrollo acelerado que transformó a Suecia de una economía atrasada en una de las más productivas, dinámicas e integradas de Europa de no haberse dado con anterioridad una revolución agraria con las características y los resultados productivos que se acaban de mencionar? El reordenamiento rural en el país implicó que desde inicios del siglo XIX la agricultura familiar fuera más productiva que la antigua agricultura basada en grandes propiedades y trabajo servil. Para el segundo cuarto del siglo XIX se ha calculado que en el sur del país los rendimientos por hectárea eran 44% superiores en las granjas campesinas que en las grandes propiedades latifundistas.[15] A mediados del siglo XIX, las exportaciones cerealeras suecas alcanzaron niveles tan altos como sus exportaciones de hierro y de productos forestales. Sin la avena sueca, que alimentaba a los caballos usados para jalar los autobuses urbanos y las carrozas de Londres, muchos londinenses a mediados del siglo XIX hubieran tenido que acostumbrarse a hacer largos recorridos caminando.

Los avances agrarios jugaron un papel esencial en tanto factores de integración del mercado nacional. Siendo que las diferencias salariales entre campo y ciudad no eran considerables, el aumento de la productividad agrícola

[13] V. D. V. Glass y E. Grevenik, "World Population (1800-1950)", en H. J. Habakkuk y M. M. Postan, *The Cambridge Economic History of Europe,* vol. 6, *The Industrial Revolutions and After,* Cambridge University Press, Cambridge, 1965, p. 61. En 1760 la población sueca era de 1.8 millones.

[14] B. R. Mitchell, "Apéndice estadístico", en Carlo M. Cipolla, *Historia económica de Europa,* t. 6, Ariel, Barcelona, 1980. Véase también Bo Södersen, "Cien años de desarrollo económico sueco (1870-1970)", en Magnus Blömstrom y Patricio Meller (coords.), *Trayectorias divergentes: Comparación de un siglo de desarrollo económico latinoamericano y escandinavo,* Cieplan/Hachette, Santiago de Chile, 1990, p. 29.

[15] *Cf.* Mats Olsson y Patrick Svensson, "The Landlord Lag-Productivity on Peasant Farms and Lanlord Demesnes during the Agricultural Revolution in Sweden (1700-1860)", *Scandinavian Economic History Review,* vol. 64, núm. 1, 2016, p. 63.

produjo la elevación del bienestar rural y una sólida base de demanda para los futuros incrementos de la oferta manufacturera.[16] Pero no todo fue color de rosa en el desarrollo agrícola antes de que el país entrara en su propia revolución industrial. Describir el mundo rural de Suecia como una apacible extensión de tierras fértiles y casas pintadas de rojo con los marcos de las ventanas blancos sería francamente exagerado. Entre 1850 y 1930 más de un millón de suecos, sobre todo campesinos y pobres rurales, emigraron a los Estados Unidos, con lo cual, por cierto, se evitó que una excesiva oferta de mano de obra comprimiera los salarios, especialmente en la agricultura, lo que, de haber ocurrido, podría haber creado condiciones de segmentación social y dualismos que habrían dificultado, o trabado, la salida del atraso en Suecia.

El puente industrial más allá del atraso

Antes de que el país entrara en su etapa de aceleración económica guiada por el dinamismo manufacturero, ya había alcanzado históricamente dos resultados trascendentales sin los cuales, por cierto, los desarrollos posteriores difícilmente hubieran podido darse con tanto éxito: un aparato estatal sólido y socialmente reconocido y el avance productivo de la agricultura. El primer aspecto resultó esencial para dar consistencia y capacidad adaptativa a la política económica respecto a las circunstancias cambiantes de la economía internacional. Mencionando sólo que Suecia disponía desde 1842 de un sistema obligatorio de enseñanza primaria, es inútil subrayar la importancia de una población escolarizada en una perspectiva de modernización manufacturera (con creciente demanda de mano de obra calificada) y de innovación tecnológica. El Estado no asistió a la aceleración industrial manteniéndose al margen; entre los años 1840 y 1860 se decretó la abolición de las antiguas corporaciones artesanas, con lo que se abrieron las puertas a la expansión industrial y se liberalizaron la navegación y la actividad minera. Por otro lado, una agricultura eficiente supuso beneficios previos de valor incalculable: disponibilidad de divisas por las exportaciones cerealeras, posibilidad de aumentar el empleo fabril sin necesidad de adquirir alimentos en el exterior, reducción en el costo de varios productos agrícolas de uso industrial, mejora en el nivel de vida rural y aumento de la demanda campesina de bienes manufacturados, tanto de producción como de consumo. Sobre estas bases debían insertarse las energías sociales y económicas que en poco más de cuatro

[16] Lennart Jörberg sostiene que la ausencia de amplios diferenciales de salarios era, en realidad, una característica común al conjunto de los países escandinavos y que, desde allí, se entienden las razones por las que la transferencia de recursos desde el campo hacia las ciudades no forma parte de la historia de estos países. Véase L. Jörberg, "La Revolución industrial en los países nórdicos", en C. M. Cipolla, *Historia económica,* vol. 4, t. 2, *El nacimiento de las sociedades industriales (II),* Ariel, Barcelona, 1982, pp. 90-92.

décadas llevarían a Suecia del atraso económico a una organización capitalista de la economía con alta integración nacional, capacidad para avanzar simultáneamente en la productividad y en el nivel medio de bienestar social, dinamismo tecnológico y notable capacidad competitiva en los mercados internacionales.

Sabemos hoy que en un lapso muy corto (dos generaciones) la economía y la sociedad suecas recuperaron el retardo histórico que habían acumulado frente a los países europeos más avanzados. Cuando se crearon las condiciones internacionales favorables, después de mediados del siglo XIX, ya se había establecido la base nacional que hizo posible aprovechar las nuevas oportunidades mundiales y activar empujes transformadores.

Eli Heckscher resumía así los datos esenciales del periodo de salida del atraso de su país: "El producto nacional en términos reales aparentemente se multiplicó 4.4 veces entre 1861 y 1914, mientras el ingreso per cápita creció 3.1 veces. El ingreso per cápita de los trabajadores industriales aumentó alrededor de 2.7 veces en el mismo periodo [y] el ingreso de los trabajadores rurales parece haber aumentado 2.3 veces entre 1861 y 1914".[17]

Frialdad de los números aparte, es ésta una forma de sintetizar no sólo lo que sucedió, sino de sugerir el porqué. Los datos mencionados permiten observar algunas de las razones por las que el crecimiento económico en Suecia se dio no únicamente en forma acelerada, sino también sustancialmente equilibrada. En el medio siglo en cuestión, el país encarnó un caso emblemático de equilibrio dinámico entre ingresos, producción y salarios industriales e ingresos rurales. El crecimiento productivo no cuarteó la (relativa) equidad social, sino que la fortaleció. Pero acerquemos la lupa al crecimiento industrial. El periodo 1861-1914 debe dividirse, desde el punto de vista de la dinámica del sector, en subperiodos. El primero entre 1861 y 1890 y el siguiente entre 1890 y 1914. En el primero, el crecimiento industrial promedio fue de 3%, en el segundo, de 6%, en un contexto de recuperación de la economía mundial. Sin embargo, fue sobre todo el reforzamiento de la demanda interna lo que empujó la aceleración económica entre fines del siglo XIX e inicios del XX, como veremos más adelante. El producto nacional creció en buena medida gracias al gran esfuerzo infraestructural conducido por la economía del país en el periodo en cuestión. Sin la infraestructura física (caminos, edificios, ferrocarril, canales, puertos, energía eléctrica) habría sido inevitable el surgimiento de cuellos de botella posteriores. Además, los salarios industriales crecieron poco menos que los ingresos per cápita, lo cual significó que los beneficios asociados con los incrementos de productividad llegaron a los obreros con tres efectos dinámicos: la extensión del mercado nacional, el progresivo acercamiento entre la composición sectorial de la oferta y la demanda, y la difusión de oportunidades y hábitos de ahorro social esenciales para el fi-

[17] E. F. Heckscher, *La época mercantilista…, op. cit.,* p. 260.

nanciamiento ulterior del desarrollo. Además, los ingresos rurales crecieron poco menos que los industriales y esto significó no sólo que el campo desempeñó un papel importante (dada la composición sectorial de la población económicamente activa) en la expansión del mercado nacional, sino que, además, pudo evitarse un dualismo económico de consecuencias paralizantes a largo plazo; al mismo tiempo, sin embargo, la pequeña diferencia de ingreso favorable a los trabajadores industriales fue suficiente para alentar una transferencia no excesivamente brusca (o sea, no un éxodo rural productor de desempleo urbano y desaprovechamiento del potencial productivo agrícola) de recursos de las actividades menos productivas a las actividades más productivas.

No obstante las paradas y los arrancones cíclicos, la economía sueca supo salir del atraso sin que la aceleración en sus ritmos de crecimiento produjera laceraciones y desequilibrios que trabaran la continuación del desarrollo a largo plazo. Pero si éstos fueron los resultados, ¿cuáles fueron los acontecimientos económicos que los hicieron posibles?

Desde mediados del siglo XIX comenzaron a manifestarse síntomas de reactivación económica asociados a los considerables incrementos de producción y productividad agrícolas, al incipiente desarrollo textil y al fuerte aumento de la demanda de productos madereros desde el exterior. El desarrollo urbano en varias partes de Europa (especialmente en Inglaterra) requería enormes cantidades de materiales de construcción, uno de los cuales era la madera. Con más de la mitad de su territorio ocupado por bosques y con la experiencia comercial y financiera acumulada históricamente por sus *Merchant Houses,* Suecia se encontraba en una posición favorable para aprovechar el nuevo impulso externo. Bajo este estímulo comenzó la explotación sistemática de recursos forestales del norte del país. Capitales y hombres se movilizaron desde el centro-sur hacia el norte promoviendo así una extensión de la frontera económica. Con el invento de la sierra de vapor (anteriormente las sierras eran accionadas por energía hidráulica, lo que limitaba su ubicación a las riberas de los ríos), los aserraderos pudieron moverse hacia la costa, donde recibían los troncos deslizados por los ríos que caen hacia oriente en el golfo de Botnia. La exportación de productos madereros trabajados pasó de una media anual de 400 000 metros cúbicos en el periodo 1845-1850 a cuatro veces más en el de 1866-1870, con lo cual se formaron numerosas empresas y creció considerablemente la demanda de trabajo.

Merece subrayarse el carácter rural o, mejor dicho, descentralizado de los primeros pasos de la industrialización sueca; en efecto, a mediados de la década de 1860, de 60 000 a 65 000 trabajadores fabriles, 14 000 estaban ocupados en fundiciones de hierro, 10 000 en la industria maderera y 11 000 en la textil. En los tres casos se trataba de actividades desarrolladas en gran medida en pequeños centros urbanos o incluso en campamentos forestales móviles.[18]

[18] L. Jörberg, "La Revolución…", *op. cit.,* p. 77.

Pero es sobre todo desde la década de 1870 que la economía entró en un periodo de transformación estructural. En este decenio se realizaron enormes inversiones en prácticamente todo el aparato industrial. Mientras las exportaciones agrícolas se mantuvieron elevadas, la expansión de la red ferrocarrilera se convirtió en un poderoso estímulo para la industria siderúrgica y la incipiente industria mecánica. En la siderurgia se introdujo el proceso Bessemer, se desarrollaron las industrias del papel, textil, del vidrio y centenares de nuevas empresas nacieron vinculándose tanto a una demanda nacional en expansión como a los elevados niveles de demanda externa.[19]

Por medio del financiamiento exterior, contratado por el gobierno, fue extendiéndose una red ferrocarrilera cuyas principales características fueron la rapidez de las obras y un trazo territorial realizado pensando en la integración económica de las áreas aún escasamente desarrolladas del país. En lo que se refiere al primer aspecto, será suficiente mencionar que Suecia contaba en 1870 con una red de 1 700 kilómetros que se multiplicó por más de tres veces en esa misma década, alcanzando los 5 900 kilómetros en 1880 (8 000 en 1890 y más de 14 000 para 1914). A propósito del segundo aspecto, escribe Samuelsson: "Cuando Nils Ericson comenzó a trazar líneas en el papel, subordinó de una manera deliberada las conexiones entre los centros económicos establecidos a la instalación de líneas que cruzaban áreas de incipiente desarrollo industrial. La idea era que aquello dejaría los cimientos para el fortalecimiento económico de las nuevas áreas involucradas".[20]

Frente a estos esquemas que suponían una visión nacional y unitaria del desarrollo, el pensamiento se dirige inevitablemente al trazo del ferrocarril en África y América Latina: grandes líneas que iban, casi sin cruzarse entre sí, desde tierra adentro hasta las costas, desde las minas o las plantaciones hasta los barcos mercantes anclados en puertos que conectaban a los países con el mundo, sin conectarlos consigo mismos.

Ericson asumió el riesgo, convenció a su gobierno y mostró tener la razón. En efecto, se realizaron cuantiosas inversiones en las nuevas comunidades por las cuales pasaba el ferrocarril y las actividades agrícolas que ya estaban en un ciclo ascendente desde hacía algunas décadas recibieron un impulso ulterior para expandirse, modernizarse y vincularse mejor con la demanda procedente de distintas partes del país. La reducción de los costos de transporte, la conexión entre distintas áreas y grupos de productores, el impulso a la

[19] Las exportaciones suecas aumentarían su peso relativo en el PIB sobre todo desde la década de 1860 (siguiendo una tendencia similar en Dinamarca y Finlandia) con una cadena de consecuencias positivas en las inversiones, los consumos internos y los salarios. A pesar de ello, la balanza de pagos se mantendría negativa, lo que implicaría una fuerte importación de capitales entre mediados del siglo XIX y comienzos del XX; véase Jonas Ljungberg y Lennart Schön, "Domestic Markets and International Integration: Paths to Industrialisation in the Nordic Countries", *Scandinavian Economic History Review,* vol. 61, núm. 2, 2013, pp. 115-117.

[20] K. Samuelsson, *op. cit.,* pp. 161-162.

producción siderúrgica y mecánica nacionales fueron algunos de los principales efectos positivos del acelerado crecimiento de la red ferroviaria desde la década de 1870. A su vez, los efectos positivos sobre la agricultura produjeron en ésta una mayor demanda de bienes manufacturados, herramientas y bienes de capital, que después fortalecieron el progreso de la industria mecánica.

El desarrollo capitalista en Suecia y en el resto de Europa requería cantidades crecientes de minerales de hierro, de maquinaria (turbinas, máquinas-herramienta, motores de vapor, etc.), de madera (para la construcción), de papel (por la difusión de la cultura escrita) y, en todos estos terrenos, el país se encontraba en las mejores condiciones naturales y técnicas para hacer frente provechosamente al reto. Fueron creándose así las circunstancias que promoverían elevados niveles de crecimiento —entre 1891 y 1910 el producto interno bruto (PIB) se duplica en términos reales con una tasa media anual de 3.5%— asociados a importantes adelantos tecnológicos en un mercado nacional protegido por elevadas tarifas arancelarias. A partir de la década de 1890 Suecia deja de ser un país estrictamente imitador desde el punto de vista técnico y comienza a establecer una capacidad propia de innovación tanto en los procesos como en los productos.[21]

Consideremos algunas de las características estructurales de la industrialización sueca. Acerca de la más evidente (su carácter territorialmente descentralizado) ya hemos dicho algo. Sin embargo, es oportuno mencionar que esta característica no se debió solamente a la dispersión geográfica de diversas materias primas, sino también al hecho de que las condiciones de relativo bienestar rural no hacían estrictamente vital, para el potencial empresario, ubicar sus actividades en los principales centros urbanos. Desde el siglo XIX encontramos, por ejemplo, la industria de fósforos en Tidaholm y Jönköping, la industria textil en Boras, Göteborg y Norrköping, las refinerías de azúcar en Malmöhus, la industria mecánica en Estocolmo y Eskilstuna, los equipos eléctricos en Västeras y Estocolmo, la industria papelera en la provincia de Värmland, etcétera.

Entre 1870 y 1914, el desarrollo de la producción industrial en Suecia alcanzó un nivel medio anual muy elevado: 4.4% frente a un aumento de 2.8% del ingreso nacional en el mismo periodo. Así, en menos de medio siglo la producción industrial creció casi siete veces en términos reales.[22] En las cuatro décadas posteriores a 1870, el grado de concentración industrial (medido como porcentaje de la producción sectorial cubierta por las tres mayores empresas de cada sector) mostró una tendencia generalizada a la baja. O sea, la fase de mayor dinamismo industrial fue un tiempo durante el cual los ma-

[21] Véase, a este propósito, Lennart Jörberg, "Structural Change and Economic Growth: Sweden in the Nineteenth Century", en François Crouzet *et al., Essays in European Economic History (1789-1914),* Edward Arnold, Londres, 1969, pp. 278-279.

[22] *Ibid.,* p. 260.

CUADRO IV.1. *Suecia: composición sectorial del producto nacional (medias anuales)*

	Agricultura	*Industria*	*Servicios*
1861-1865	39	17	44
1901-1905	35	38	27
1951-1955	7	60	33

FUENTE: Simon Kuznets, *Economic Growth of Nations: Total Output and Production Structure,* Harvard University Press, Cambridge, 1971, p. 146.

yores avances de producción se obtuvieron más por la creación de nuevas empresas que por el aumento en la actividad de las ya establecidas: una manifestación de la vitalidad del proceso. Entre fines del siglo XIX y comienzos del XX la industrialización sueca se despliega tanto a través de sus mayores empresas, que llegan a encarnar importantes innovaciones técnicas, como por medio de una red de pequeñas empresas repartidas en el territorio que evitan costosos fenómenos de dualismo territorial y de segmentación social. Entre las mayores de ellas convertidas en motores de innovaciones técnicas están la SKF (cojinetes de esferas), la AB para equipos de minería, la telefonía de Ericsson, los separadores de crema, etc., mientras se encuentra una miríada de pequeñas y medianas empresas en el sector textil, en la manufactura de fósforos, en las destilerías, en el azúcar, etc.[23] Una consecuencia de esta evolución fue que la industrialización, vinculada a un mercado difuso en el territorio, evitó consecuencias descontroladas de expansión de los mayores centros urbanos y conservó varios rasgos de industrialización rural. Aun así, es correcto señalar que el incremento de la demanda llevó, en la segunda mitad del siglo XIX, a que varias manufacturas de pequeña escala incrementaran sus dimensiones e introdujeran tecnologías más avanzadas. De ahí que el aumento de los salarios y de la productividad fueran tendencias concomitantes a caballo entre los dos siglos.

Otro elemento digno de nota es que entre 1861 y 1890, mientras la industria sueca crecía y asumía sus rasgos perdurables, el grado de industrialización prácticamente se mantuvo constante alrededor de 13 a 14% como participación del producto industrial en el PNB. El gran salto en este indicador sólo ocurre desde la década de 1890 con la nueva aceleración industrial. Considérese el cuadro IV.1.

En la segunda mitad del siglo XIX, el aumento del peso relativo del sector industrial se dio en contra de una considerable reducción de las actividades de servicio y sólo en pequeña medida a costa de una reducción de la participación del sector agrícola. Será únicamente a mediados del siglo pasado —ya

[23] Véase L. Magnusson, *op. cit.,* pp. 113-134.

CUADRO IV.2. *Suecia: composición sectorial de la fuerza de trabajo (%)*

	Agricultura	*Industria*	*Servicios*
1870	76	10	14
1910	48	32	20
1960	14	5.3	33

FUENTE: Simon Kuznets, *Economic Growth of Nations: Total Output and Production Structure,* Harvard University Press, Cambrigde, 1971, p. 250.

establecidas las bases dinámicas de la economía sueca— cuando el desarrollo ulterior de las actividades industriales impondrá un drástico retroceso a la importancia del sector rural. En conclusión, en la etapa formativa de la industrialización sueca, ésta se expande no tanto en los espacios dejados libres por la agricultura, sino a costa de las actividades de servicio. Por un lapso histórico bastante largo, agricultura e industria crecen fortaleciéndose recíprocamente. La evolución sectorial de la fuerza de trabajo presenta un panorama diferente, que se puede observar en el cuadro IV.2.

Aquí es evidente la brusca caída relativa de la población ocupada en actividades agrícolas entre 1870 y 1910; sin embargo, es oportuno registrar que esta reducción se dio mientras la productividad del campo crecía en forma considerable (evitándose así el riesgo de desaprovechar recursos agrícolas a consecuencia del éxodo rural) y mientras el empleo industrial registraba grandes incrementos, evitándose, por consiguiente, la formación de un área permanente de desempleo urbano. Sólo recordaremos que entre 1873 y 1914, el número de obreros industriales pasa de 82 000 a 350 000.

Estos resultados debían ser decisivos no sólo por el efecto dinámico de una transferencia de trabajo desde las actividades menos productivas a las más productivas, sino también por el hecho de que esta transferencia se realizó sin la creación de un gran volumen de desempleo que, presionando sobre el mercado del trabajo, habría ejercido una función negativa desde el punto de vista de la integración del mercado nacional y, por consiguiente, del potencial dinámico de toda la economía. Tiene cierto interés apuntar el hecho de que en el periodo 1905-1909 —cuando Suecia ya había dado el gran salto hacia formas modernas de desarrollo capitalista, pero aún tenía un PIB per cápita 50% inferior al de Inglaterra— el salario industrial anual sueco era de 47 libras esterlinas contra las 56 de Inglaterra, las 42 de Alemania y las 36.5 de Francia.[24] El país registra, durante la primera década del siglo XX, salarios industriales superiores a los de Alemania y Francia, aunque estos dos países tienen un PIB per cápita superior al de Suecia. Con respecto a Inglaterra, el diferencial de salarios favorables a este país es considerablemente inferior al que podría explicarse con base en el diferencial entre los respectivos PIB per cápita.

[24] Datos de Phelps-Brown citados en Alan S. Milward y S. B. Saul, *op. cit.,* pp. 501-502.

Así que el periodo de aceleración del desarrollo se dio en Suecia con salarios relativamente elevados que, si por un lado forzaron la innovación tecnológica, por el otro constituyeron el factor determinante de un mercado nacional integrado y dinámico. Observaba justamente G. D. H. Cole:

> Suecia era ya un país donde los ricos eran pocos y la pobreza absoluta relativamente escasa, excepto en el lejano norte. Los niveles de vida en las ciudades eran altos y gran parte de la población rural estaba integrada por pequeños, pero prósperos, agricultores que tenían bastantes intereses comunes con los trabajadores industriales. Los trabajadores agrícolas, que estaban en peor situación, no eran muy numerosos.[25]

El hecho sustantivo es que, durante el periodo formativo de la industrialización, el país se caracterizó por la simultaneidad del crecimiento económico acelerado y la difusión de condiciones sociales de bienestar.

Una de las interpretaciones más comunes del éxito sueco desde las últimas décadas del siglo XIX es la que asigna al dinamismo de las exportaciones un papel decisivo como fuerza externa de arrastre. Ahora bien, pocas dudas caben acerca de que la exportación de madera, cereales, hierro, productos metálicos, papel y pulpa de papel desempeñó en distintos momentos una función de primera importancia. En términos generales es suficientemente ilustrativo el hecho de que a lo largo del periodo 1870-1914 las exportaciones crecieran a una tasa media anual de 3.1%. Sin embargo, en el mismo periodo, la tasa media anual de crecimiento del producto industrial fue de 4.4% y la de las inversiones brutas alcanzó 5%, y es razonable suponer que ninguno de estos resultados hubiera sido posible sin aquellas circunstancias que permitieron una constante expansión de la frontera interna de la economía sueca. Si dividimos en dos mitades el medio siglo posterior a 1863, en la segunda parte, justamente cuando las exportaciones suecas bajaron su ritmo de crecimiento, la economía registró un repunte como ninguna otra en Europa. Entre los dos periodos considerados, reduciéndose a menos de la mitad el ritmo de crecimiento de las exportaciones, creció en más del doble el de la producción industrial. Si el impulso externo desempeñó un papel de gran importancia en el primer periodo, en el segundo ya no puede decirse lo mismo. Correctamente se ha señalado que: "La contribución de factores externos para favorecer la expansión sueca no explica la habilidad de la economía sueca para cambiar o explotar las oportunidades creadas por el cambio".[26]

[25] G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista,* t. VII, *Socialismo y fascismo,* FCE, México, 1963, p. 163.

[26] L. Jörberg, "Structural…", *op. cit.,* p. 280. Sobre los datos comparativos de exportaciones, PNB y crecimiento industrial, véase Paul Bairoch, *Commerce extérieur et développement économique de l'Europe au XIX^e siècle,* Mouton, París, 1976, p. 285.

Otro aspecto significativo es la transformación en la estructura de las exportaciones. Si bien es cierto que la exportación de productos manufacturados (medida a precios de 1913) se multiplicó por más de tres entre 1899 y 1913,[27] también es cierto que, hacia fines de la primera década del siglo xx, más de 50% de las exportaciones suecas estaban constituidas por materias primas. Solamente los minerales de hierro y la madera representaban en 1911-1913 cerca de una tercera parte de las exportaciones. Estos datos tienen interés para mostrar que, durante las cuatro décadas de desarrollo acelerado, Suecia fue desplazándose progresivamente hacia un perfil cada vez más manufacturero de sus exportaciones sin que ello implicara el abandono de las tradicionales exportaciones de materias primas. Entre 1880 y 1913, los rubros de exportación que pierden peso específico en el total son: madera, hierro y cereales, mientras los rubros que ven acrecentada su importancia son: papel y pulpa de papel, minerales de hierro y productos de la industria mecánica.

No obstante el éxito exportador en el medio siglo previo a 1910, sólo hubo dos años en los que las cuentas comerciales resultaron favorables a Suecia, en 1865 y 1880. El endeudamiento externo evitó que una balanza de pagos deficitaria limitara el ritmo sostenido de crecimiento. Durante todo su periodo de desarrollo acelerado, Suecia fue importadora de capitales, en primer lugar, desde el mercado financiero de Hamburgo y, desde la década de 1870, del mercado de París. Sólo a partir de 1910 el país dejará de ser importador de capitales, es decir, a partir del momento en que el gran salto fuera del atraso resulta, en sustancia, realizado. No asombra que París fuera la plaza principal para la colocación de títulos de deuda pública sueca, considerada la gran disponibilidad de capitales de un país que, en el clima socialmente represivo y económicamente estancado de las primeras décadas de la Tercera República (nacida de las cenizas de la Comuna de París), no sabía qué hacer con sus propios recursos financieros. Así que la paz social francesa facilitó el desarrollo económico sueco.

Durante el periodo en cuestión el crédito exterior privado fue casi irrelevante y los gobiernos suecos asumieron la tarea de negociar a nombre propio el crédito externo. A pesar de que las actividades bancarias se desarrollaron con fuerza en Suecia en el medio siglo posterior a la reforma bancaria de 1863, más de 80% de la deuda pública del gobierno nacional estaba constituida por compromisos contraídos con mercados foráneos.[28] En síntesis: Suecia resultó favorecida no sólo por la demanda externa de sus productos, que provenía tanto de los polos establecidos (como Inglaterra, Holanda, etc.) cuanto de los polos en formación (Alemania en un lugar muy destacado) del capita-

[27] Alfred Maizels, *Industrial Growth and World Trade,* Cambridge University Press/NIESR, Londres, 1965, p. 481.

[28] Véase Lars G. Sandberg, "Banking and Economic Growth in Sweden before World War I", *The Journal of Economic History,* vol. XXXVIII, núm. 3, 1978, p. 655.

lismo europeo, además de que se benefició de la característica libertad de movimiento de capitales anterior a la primera Guerra Mundial. Y, como se dijo, resultó benéfico para Suecia que la Tercera República francesa tuviera más interés en el orden público que en el desarrollo económico del país.

Hasta aquí no hemos hecho referencia a la agricultura en el periodo de aceleración del desarrollo. Desde la década de 1870 continúa el éxodo rural que ya había comenzado con anterioridad y, mientras este proceso avanza, avanza también la consolidación de las granjas independientes que aumentan tanto su número como sus dimensiones medias. Estas granjas pasan de 230000 a 270000 entre 1870 y 1910. Durante todo ese periodo siguen los esfuerzos de colonización de tierras vírgenes con el apoyo gubernamental. En 1890 se crea la Oficina de Agricultura con la tarea de coordinar la acción estatal en el campo en vinculación con las 26 sociedades agrícolas provinciales o locales que existían en la época. Entre 1880 y 1914 estas sociedades habían desarrollado un trabajo educativo acerca de cría de animales, productividad de los suelos, horticultura, etc. En 1900 operaban, con apoyo de las sociedades agrícolas, 20 estaciones de control y selección de semillas. Las sociedades, además, contrataban periódicamente los servicios de expertos en sistemas de drenaje y otros temas de interés para los productores. Gracias al apoyo estatal se crean asociaciones hortícolas, escuelas agrarias, etc. En el comienzo del nuevo siglo, el movimiento de colonización recibe nuevos impulsos con la creación de fondos especiales de crédito para la vivienda rural, en tanto que los hijos de campesinos y asalariados del campo reciben apoyo crediticio para adquirir sus propias granjas e independizarse.[29] El conjunto de estos esfuerzos y actividades debía manifestarse en el terreno productivo. En efecto, en el medio siglo previo a 1910 la producción de cereales aumenta 73%, la de papa 138%, el ganado vacuno se incrementa 38% y el porcino 152 por ciento.[30]

Así que si los avances de la agricultura habían estado en cimentación de la aceleración del desarrollo, cuando en la segunda mitad del siglo esta aceleración da lugar al salto final más allá del atraso, otra vez la agricultura desempeña un papel esencial.

Economía en crecimiento, sociedad en expansión

Queriendo expresar con una imagen sintética la historia sueca entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siguiente, el título de este apartado quizá no sea del todo inadecuado. En efecto, si algo es evidente es que al mismo tiempo que la economía entra en una etapa histórica de aceleración industrial y profundas transformaciones, lo mismo ocurre con la sociedad. La im-

[29] K. Samuelsson, *op. cit.,* p. 203.
[30] B. R. Mitchell, *op. cit.*

presión general es de un país que se despierta, se organiza y hace valer sus intereses y visiones diferenciadas a través de nuevas formas de aglutinación colectiva. Y al interior de la sociedad, el trabajo asalariado es el que mayor dinamismo, capacidad de organización y presión conjunta muestra desde fines del siglo XIX.

En 1889 se crea el Partido Socialdemócrata (el mismo año en que se funda la Segunda Internacional) con las escasas y diseminadas bases de distintos sindicatos profesionales. A partir de entonces comienza un largo ciclo histórico de organización social. En 1898 se funda la gran Confederación de Sindicatos Suecos (LO, por sus siglas en sueco) que tanto peso tendrá en toda la historia subsiguiente de Suecia. Repitiendo una historia común a varios países, la organización sindical sueca agrupa inicialmente, sobre todo, a mano de obra calificada, pero, con el aumento progresivo de la demanda de trabajo obrero, crece también la sindicalización de una masa de trabajadores comunes. Un lustro después, para contrastar la mayor capacidad de presión de la clase obrera, nace en 1903 la Asociación Sueca de Empleadores (SAF, por sus siglas en sueco) a la que seguirán movimientos y organizaciones cooperativas, sindicatos de empleados de oficina y de funcionarios públicos, movimientos educativos y asociaciones civiles de variada índole. De ahí en adelante ya no se podrá mirar a Suecia simplemente como una economía dinámica, sino como una mezcla (al mismo tiempo estable e inestable) de renovación económica y gran dinamismo social. Un solo dato: entre 1863 y 1889 (a lo largo de 26 años) hubo en toda Suecia 200 conflictos laborales; entre 1890 y 1900 fueron 1 200 y en los cinco años siguientes se realizaron 657 huelgas y 67 *lockouts* hasta llegar a la huelga general de 1909.[31] Estos datos reflejan que la conflictividad en la organización de Suecia crece independiente de sectores, intereses y grupos específicos de población.

He aquí un fragmento de historia sueca que muestra cómo la paz y tranquilidad sociales no fueron "prerrequisitos" de su desarrollo económico. Suecia no estaba entonces envuelta en nada parecido a una guerra civil, pero era un país con numerosas luchas obreras, reivindicaciones sociales de varios tipos, presiones políticas centradas en la demanda del sufragio universal y protestas masivas contra el belicismo de la monarquía a comienzos de la primera Guerra Mundial, que después será superado por Gustavo V. En fin, en los momentos de mayor aceleración en su crecimiento económico, el país difícilmente hubiera aprobado cualquier examen de calma social.

Hagamos un rápido recorrido por algunos de los aspectos más sobresalientes de este despertar conflictivo de la sociedad. Desde su nacimiento, y por cerca de dos décadas, el Partido Socialdemócrata Sueco (SAP, por sus siglas en sueco) establece la lucha por el sufragio universal como centro de su

[31] Fritiof Ander, *The Building of Modern Sweden: The Reign of Gustavo V (1907-1950),* Augustana Book Concern, Rock Island, 1958, pp. 19-20.

acción política. Registremos que la política sueca muestra un alto grado de centralización en tres partidos: el SAP, los liberales y los conservadores. La Cámara Baja, dominada por campesinos, era el producto de votaciones en las cuales sólo 5% de la población tenía derecho al voto. Fue en 1907 cuando se aprobó el sufragio general masculino para esta Cámara y recién en 1917 entraron en escena el sufragio femenino y los primeros gobiernos directamente dependientes de la mayoría parlamentaria. Ya desde 1911 la Cámara Baja tenía 233 miembros de los cuales 64 eran representantes del SAP.

En 1898 se creó la primera confederación sindical (LO) que al año siguiente agrupaba a 16 sindicatos de categoría con cerca de 37 000 afiliados. Treinta años después, en 1929, la LO contaba con 36 organizaciones sindicales y más de 500 000 afiliados.[32] En 1902, la LO organiza una huelga general política exigiendo el sufragio universal: durante tres días 120 000 trabajadores se cruzaron de brazos en un impresionante exordio de movilización político-sindical de la clase obrera sueca. Tan fuerte debió ser el impacto de esta manifestación de fuerza que, pocos meses después, los empresarios suecos organizaron su primera gran organización colectiva: la SAF. Desde entonces se fija un rumbo de organización centralizada de trabajo y capital que condujo desde 1905 a un sistema regulado de negociación colectiva en el mercado de trabajo. Pero el comienzo exitoso del sindicalismo sueco pronto fue interrumpido por una dura derrota.

A consecuencia de la depresión de 1907 y del sucesivo aumento del desempleo, la LO intentó recuperar el terreno perdido y declaró la huelga general en 1909. La SAF consideró que había llegado el momento de bloquear el ascenso del movimiento sindical. La huelga general fue ocasión para un gran enfrentamiento: participó en ella, desde los primeros días de agosto, casi la totalidad de la clase obrera sueca (poco menos de 300 000 trabajadores) y, sin embargo, fue una derrota. "Los efectos de la huelga fueron impresionantes. No había humo saliendo de las chimeneas de las fábricas, nada de carretas ruidosas por las calles, las carrozas desaparecieron de las calles. En los muelles, obreros ociosos estaban sentados asoleándose. Parecía como si toda Suecia se hubiera ido a pescar."[33]

Fueron cuatro semanas de resistencia de lado a lado y al final los obreros tuvieron que ceder. La derrota significó para la LO la pérdida de la mitad de sus afiliados y fue necesaria casi una década para recuperar a los afiliados perdida en 1909. Pero no fue un revés definitivo: dos años después, en 1911, el SAP, durante la primera elección política posterior a la reforma electoral que permitía votar a todos los adultos de sexo masculino, duplicó su representación en la Cámara Baja, obteniendo 64 escaños frente a 101 de los liberales y 65 de

[32] Richard Scase, *Social Democracy in Capitalist Society: Working-Class Politics in Britain and Sweden,* Croom Helm, Londres, 1977, p. 28.

[33] F. Ander, *op. cit.,* p. 27.

los conservadores. El regreso de los liberales al gobierno significó, por cierto, la aprobación de medidas de legislación social de corte progresista en los años posteriores como, por ejemplo, las pensiones de retiro.[34] De paso, desde 1917 (con 39% de los votos) el SAP se convirtió en el mayor partido en la Cámara Baja del *Riksdag*.

Éste no es el lugar para intentar una historia política de Suecia; sólo mencionaremos que, bajo la dirección de Hjalmar Branting, el SAP asumió responsabilidades de gobierno (en coalición con el Partido Liberal) entre 1917 y 1920, y que éstos serían años de ulteriores avances en la legislación social. Desde 1919, el año siguiente a la introducción del sufragio universal, se establece en Suecia la jornada de trabajo de ocho horas (48 semanales). Pero la década de 1920 fue un periodo de inestabilidad política debido a la dificultad para formar coaliciones estables de gobierno; la llegada del SAP al escenario político-electoral impedía la formación de gobiernos conservadores estables, pero aún no era posible un gobierno socialdemócrata con suficiente fuerza parlamentaria.

Hacia el final de la primera Guerra Mundial (1917-1918) Suecia entró en un periodo de aguda agitación social ligado al descenso económico por las menores exportaciones hacia Inglaterra, malas cosechas y el oleaje producido en casi toda Europa por la Revolución rusa; sin considerar el aumento del costo del trabajo con igual horario y el desempleo que tocó inicialmente sobre todo a las empresas manufactureras exportadoras.[35] Los soldados se manifestaron en las calles en solidaridad con los trabajadores y el mismo SAP experimentó la escisión de su sector más radical, que tiempo después dará vida al Partido Comunista sueco (K, por su sigla en sueco), mismo que pidió la nacionalización de la tierra y el control obrero de la industria y obtuvo 8% de los votos en las elecciones de 1917.[36] Pero, bajo la guía de Hjalmar Branting, el partido mantuvo su curso reformista y liberal-democrático, definido desde su fundación, a pesar de una cultura vagamente marxista. En un contexto de crisis y agitación social, el SAP entró en el gobierno en alianza con el Partido Liberal, pero, incluso con su genérica referencia a futuras e indefinidas nacionalizaciones, el partido no tenía aún una doctrina y una propuesta propia de política económica, lo que siguió así hasta bien entrada la década de 1920. Y, aunque con bochorno, hizo propia la visión predominante por la cual la crisis económica tenía su remedio en la contracción de los salarios como instrumento para la recuperación de la demanda de trabajo. El diagnóstico neoclásico fue hecho propio, en los años 1920, por prestigiados economistas

[34] Véase G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista,* t. IV, *La Segunda Internacional 1889-1914,* FCE, México, 1960, p. 160.

[35] Erik Bengtsson y Jacob Molinder, "The Economic Effects of the 1920 Eight-Hour Working Day Reform in Sweden", *Scandinavian Economic History Review,* vol. 65, núm. 2, 2017, pp. 156-163.

[36] Sheri Berman, *The Social Democratic Moment: Ideas and Politics in the Making of Interwar Europe,* Harvard University Press, Londres, 1998, pp. 107-111.

suecos como Heckscher y Cassel, que miraban el aumento de la presencia estatal en la economía como un desincentivo a la creación privada de riqueza y un factor de reducción del bienestar social. Así que, en esos años, con el persistente desempleo y la inestabilidad política (12 jefes de gobierno entre 1920 y 1932), el SAP se encontraba enjaulado entre un radicalismo ideológico ligado a su lejana matriz marxista y un conservadurismo práctico que no correspondía a sus aspiraciones de equidad y justicia social. Un entrampamiento que el partido comenzó a desatar desde fines de la década con un nuevo diagnóstico de la crisis (como fenómeno de subconsumo y no de incremento excesivo de los salarios) y, en el terreno práctico, desde inicios de los años 1930, con su llegada al gobierno y nuevas propuestas de política económica.

Sin embargo, antes de llegar al gobierno a inicios de esa década, y desde las postrimerías de la anterior, la socialdemocracia sueca comenzaba una revisión tanto del pensamiento económico liberal, del que había sido involuntaria rehén, como de una doctrina marxista cargada de determinismo. Ernst Wigforss, quien más tarde fue ministro de Finanzas por el SAP (entre 1932 y 1949) e iniciador de un pensamiento económico desarrollado en la Escuela de Economía de Estocolmo por estudiosos como Gunnar Myrdal, afirmaba que el Estado debía aumentar el dinero en circulación para reanimar la economía y que era poco útil una contracción salarial que, por el contrario, hubiera deprimido una demanda ya incierta; una especie de protokeynesianismo. Por otra parte, el partido superó el horizonte (más ideal que concreto) de las nacionalizaciones industriales como respuesta definitiva a los problemas de la eficiencia y el empleo.[37] Per Albin Hansson, quien tomó la cabeza del SAP tras la muerte de Hjalmar Branting en 1925, reconoció desde el Congreso de 1928 las insuficiencias estratégicas del partido y lo guio, en un contexto de agitación social debido al desempleo y a los escándalos financieros, a la victoria electoral de 1932. La idea de Hansson, que se repitió en varias ocasiones, era que Suecia debía ser una "casa del pueblo" *(folkhemmet)* sin ciudadanos marginados, como en una familia no hay individuos al margen del cuidado colectivo. Partiendo de su naturaleza de partido de los trabajadores, cultural y políticamente el SAP se volvió a favor del bienestar social, lo que supuso la alianza entre obreros, clases medias y campesinos. El gabinete de Hansson, que nació en 1932 y permaneció en funciones hasta 1946 sin mayoría parlamentaria, muy pronto inició el vuelco en la historia política sueca. Hasta entonces el universo campesino de pequeños y medianos propietarios había sido una importante base social del partido conservador, pero bajo la guía del líder del SAP, la socialdemocracia y los campesinos, dos universos hasta entonces separados por intereses y cultura, llegaron a un acuerdo que definiría gran

[37] Leif Lewin, *Ideology and Strategy: A Century of Swedish Politics,* Cambridge University Press, Cambridge, 1988, pp. 134-136.

parte de la futura estabilidad política del país. La socialdemocracia renunció a su tradicional posición a favor del libre comercio internacional favoreciendo un proteccionismo capaz de sostener los precios internos de los productos agrícolas, mientras los campesinos renunciaban a su igualmente tradicional oposición al aumento del gasto público destinado sobre todo a favor de las clases trabajadoras urbanas.[38] Suecia sale así de la inestabilidad política que la había caracterizado por más de una década. Pero no se trató sólo del gobierno de coalición rojo-verde, sino también del acuerdo entre partes sociales altamente centralizadas ocurrido en 1938 entre organización sindical y patronal (LO-SAF). En un acuerdo de defensa del empleo, la confederación sindical se comprometió a controlar tanto las demandas salariales como las iniciativas de huelga de los sindicatos sectoriales afiliados, con lo cual, las décadas de 1930 y 1940 serán un periodo de sustancial paz social y difusión del bienestar.[39] Aun manteniendo bajo control tanto los impuestos a las empresas como el presupuesto público en el mediano plazo, desde la década de 1930 comenzaron a idearse políticas de bienestar con promoción de la construcción de viviendas, sostén para las parejas jóvenes, seguros de desempleo, aumento de las pensiones, etcétera.

Colateralmente a los acontecimientos político-sindicales se desplegaron otras manifestaciones de iniciativa social; una de las más importantes fue el movimiento cooperativo. Los primeros ejemplos se dieron en algunas de las mayores ciudades del país desde la década de 1870, bajo la forma de construcción de viviendas. Las cooperativas llegaron incluso a constituir bancos para el financiamiento de las construcciones. Sin embargo, los resultados de mayor aliento se obtuvieron en las cooperativas de consumo. En 1899 aquéllas presentes en forma dispersa establecieron una organización central: Kooperativa Förbundet, conocida como KF. Extendiéndose progresivamente, en 1917 la organización ya tenía alrededor de 200 000 miembros. "Las cooperativas de consumo se difundieron por todo el país; en las comunidades de obreros industriales las tiendas cooperativas dominaban por completo el mercado al detalle […] y la organización nacional KF llegó a convertirse en el más grande vendedor al por mayor del país."[40]

[38] Véase Francis Sejersted, *The Age of Social Democracy: Norway and Sweden in the Twentieth Century,* Princeton University Press, Princeton, 2011, pp. 84-87.

[39] Peter Swenson sugiere que la menor conflictividad no se debió tanto al mayor poder del movimiento obrero sobre el capital sino a una centralización de las relaciones industriales, estableciendo así un *aut aut* de mayor utilidad en el terreno ideológico que en el de la valoración histórica; véase del autor "Bringing Capital Back in, or Social Democracy Reconsidered: Employer Power, Cross-Class Alliances, and Centralization of Industrial Relation in Denmark and Sweden", *World Politics,* vol. 43, núm. 4, 1991, p. 540. Véase también Stig Hadenius, *Swedish Politics during the 20th Century,* Swedish Institute, Trelleborg, 1999, pp. 49-50.

[40] Estas palabras vienen de alguien cuya lectura de la historia económica sueca no se caracterizaba por un exceso de simpatía ni hacia las iniciativas estatales ni hacia ninguna otra que

Pero la KF hizo mucho más que vender bienes de consumo a sus tiendas afiliadas y, a través de ellas, a los sectores populares; se convirtió en un factor de apoyo para la organización de productores de pequeñas y medianas dimensiones y, al mismo tiempo, en un instrumento de lucha contra los monopolios, lanzando campañas de boicot en contra de grandes empresas que aprovechaban su posición de mercado para imponer precios excesivos. La KF condujo luchas decisivas contra los *trusts* cementeros, azucareros y contra una empresa harinera que, después de años de conflicto, terminó por adquirir en 1922. Desde el año anterior, para forzar la reducción de los precios de distintos productos, la KF tuvo que organizar por su propia cuenta la producción de varios bienes, como aceite y margarina, zapatos, focos, artículos de vidrio. A veces era suficiente la amenaza de su intención de asumir tareas productivas en una determinada rama para que los productores establecidos bajaran *voluntariamente* los precios.[41] Requeriría un capítulo aparte la descripción de las múltiples iniciativas de cooperación agraria; aquí nos limitaremos a mencionar un dato: en 1937 las distintas cooperativas presentes en el país controlaban alrededor de 60% de la producción agrícola total.

Un terreno en el que se entrecruzan la iniciativa de cuerpos sociales más o menos autónomos y la acción institucional es la educación. Como país protestante no asombra registrar en Suecia el interés de la Iglesia luterana en promover la alfabetización. En efecto, desde 1686 una ordenanza solicitaba a cada familia enseñar a leer y escribir a sus hijos para hacer posible la lectura independiente de la Biblia. Pero es desde inicios del siglo XIX que la educación se volvió un fenómeno de masas con la gran expansión de escuelas primarias en todo el país por iniciativa de las élites locales y de campesinos interesados en la mejora social de sus hijos bajo el estímulo de la transformación del régimen comunitario de posesión de la tierra. La campaña de consolidación de las franjas requería que una parte de la tierra se destinara a la construcción de la escuela y el alojamiento del maestro. Se dio entonces una larga primera fase en que la iniciativa provino de sujetos locales, si bien con mayor o menor involucramiento del gobierno central. Pero, a partir de 1842, cuando la educación primaria se volvió obligatoria, el Estado reforzó considerablemente su presencia y su compromiso. A pesar del peso local de la Iglesia, la inspiración de gran parte de los nuevos educadores provenía de las obras de Rousseau y Pestalozzi. Desde la segunda mitad del siglo la educación primaria (de los siete a los 14 años) fue un explícito compromiso del Estado, que fijó las leyes que obligaban a los padres a enviar a sus hijos a la escuela o a proveer privadamente su educación. Se establecieron programas de estudio uniformes para todo el país y se nombró a un cuerpo de inspecto-

pudiera limitar la acción libre de los individuos en los distintos mercados; véase E. F. Heckscher, *La época…, op. cit.,* p. 252.

[41] F. Ander, *op. cit.,* p. 191.

res escolares.[42] Sin un Estado fuerte sería difícilmente explicable la decisión, tomada en 1927, de cerrar todas las escuelas privadas que no aceptaban una estricta supervisión pública.

En Suecia, y en general en Escandinavia, los altos niveles de alfabetización son anteriores a (aunque se aceleren desde) la industrialización. Y sigue estando abierta la cuestión de si la educación fue un factor independiente para la aceleración del desarrollo económico desde fines del siglo XIX o si fue el crecimiento mismo el que alimentó un nuevo salto hacia delante en la educación. Independientemente de la codependencia de los dos fenómenos, un estudioso registra cómo los grandes ciclos de incremento de la productividad a lo largo del siglo XX sueco fueron precedidos por la extensión de la educación secundaria y superior.[43]

Siguiendo los hilos de varios temas discutidos hasta aquí, resulta evidente que Suecia se convirtió muy tempranamente en una sociedad con un conflicto social ordenado por su propia centralización: LO por un lado y SAF por el otro. Pero ello no impidió que la sociedad mostrara niveles de activismo e iniciativa autónoma que, tanto en el terreno agrario como en el cooperativo, demostraron gran fuerza. Esto es anterior a los acontecimientos que desde comienzos de la década de 1930, con los socialdemócratas en el poder (un poder que perderán por primera vez en 1976), crearon una situación de gran originalidad histórica: la clara autonomía de la política frente al poder económico.

En un ciclo de conferencias realizado en Skokloster en 1986, un estudioso del sistema político sueco sostenía:

> El aspecto central del modelo sueco fue un conjunto de acuerdos para limitar el conflicto entre capital y trabajo […] El desarrollo de este modelo surgió en gran medida como consecuencia de dos características fundamentales de la vida en Suecia: una economía pequeña y abierta y un poderoso movimiento sindical. La dependencia sueca del comercio internacional promovió la preocupación entre los líderes del trabajo y el capital acerca de la importancia de la competitividad internacional. Aunque los fines últimos de los dos fueran diferentes, ambos entendieron que nadie los alcanzaría sin la promoción de arreglos que mantuvieran competitivos los precios y promovieran la producción por medio de la limitación de conflictos industriales disruptivos.[44]

[42] John Boli, *New Citizens for a New Society: The Institutional Origins of Mass Schooling in Sweden,* Pergamon Press, Oxford, 1989, pp. 223 y ss.

[43] Jonas Ljungberg, "About the Role of Education in Swedish Economic Growth (1867-1995)", *Historical Social Research,* vol. 27, núm. 4, 2002, p. 137.

[44] Kent Weaver, "Political Foundations of Swedish Economic Policy", en Barry Bosworth y Alice M. Rivlin (coords.), *The Swedish Economy,* The Brookings Institution, Washington, D. C., 1987, p. 293.

No obstante su apariencia casi estrictamente descriptiva, esta semblanza contiene en realidad algunos aspectos que pueden ser discutidos. En primer lugar, el hablar de "modelo sueco" produce la impresión de una maquinaria social construida pieza por pieza a través de un fluido sistema de negociaciones entre capital y trabajo. El "modelo", si es que esta expresión tiene algún sentido, se constituyó sin que hubiera ninguna voluntad ordenadora por parte de una inteligencia estratégica. Más bien fue el resultado de un *empate* de fuerzas sociales contrapuestas, una de las cuales llegó a renunciar al uso en exclusiva del Estado, mientras la otra renunció a una reorganización radical de la base económica. Pero un empate y una doble renuncia en medio de una sociedad con un alto grado de acción colectiva organizada difícilmente hubieran podido entenderse en una lógica de modelos construidos en algún territorio socialmente neutro de la autoconciencia.

En segundo lugar, la dependencia sueca del comercio exterior hubiera podido conducir, en lógica estricta, a formas rígidas de control de salarios para garantizar adecuados niveles de competitividad. Por varias razones no fue así. La primera es que, tal vez, la economía sueca no era tan dependiente del exterior como afirma K. Weaver. En realidad, el mercado interno desempeñó, sobre todo desde la década de 1890, un papel decisivo. La segunda es que la competitividad no se basó en una estricta reglamentación salarial, sino más bien en el impulso sistemático de mayores niveles de producción que hicieron posible el uso de tecnologías cada vez más avanzadas. Seguramente es cierto que, en especial desde fines de la década de 1930, se establecieron relaciones entre capital y trabajo que tendían a administrar el mercado laboral, pero sin establecer formas rígidas de control.

En el curso de esta década el gran salto realizado entre 1870 y 1914 se confirmó, evitándose un retroceso que hubiera podido traer graves consecuencias considerando la juventud de una economía cuya salida del atraso era aún muy reciente. En efecto, cuando las estructuras y comportamientos genéricamente modernos estaban todavía en proceso de consolidación, Suecia tuvo que enfrentar la depresión internacional con todos los riesgos implícitos para un mercado cuyos cimientos seguían consolidándose. El reto tenía valor histórico. En condiciones internacionales adversas podía darse un retroceso ya no solamente cuantitativo, sino en la reproducción de factores de dualismo y fragmentación social que, segmentando al mercado nacional, podrían haber inducido comportamientos económicos propios de las situaciones de atraso: la búsqueda de la rentabilidad más por el lado del control salarial que por el de las economías de escala y la innovación tecnológica. Estos peligros fueron conjurados en gran medida gracias a las iniciativas de la socialdemocracia sueca.

Recordemos, aunque sea de paso, las condiciones que hicieron posible que la socialdemocracia accediera al gobierno en septiembre de 1932. El periodo posterior a la primera Guerra Mundial fue, para la economía sueca, un

tiempo de crecimiento moderado. Entre 1916 y 1925 la producción industrial osciló entre estancamiento y retroceso. El cuadro general se complicó sobre todo desde 1921, con el deslizamiento de la economía hacia una clara tendencia deflacionista de la cual sólo saldría del todo en la segunda posguerra. El desempleo se mantenía en niveles elevados mientras aumentaba la emigración. En este ambiente, la crisis internacional indujo un drástico aumento de las tasas de desempleo: se pasó de 12.2% en 1930 a 17.2% en 1931, a 22.8% en 1932, hasta llegar a un máximo de 23.7% en 1933.[45]

En mayo de 1931, durante una huelga en el aserradero de Adalen (al nordeste del país), el ejército intervino matando a cinco trabajadores: fue un trauma nacional. Poco menos de un año después, a consecuencia del suicidio de un gran *tycoon* sueco cuyas operaciones lo habían envuelto en una abigarrada maraña de compromisos sin salida, se descubrieron conexiones ilícitas entre el magnate y miembros del gobierno. Incluso salieron a la luz sobornos al primer ministro. La crisis económica, el rechazo social a la represión y el escándalo acerca de la dudosa honestidad del gobierno se mezclaron hasta convencer a una gran parte del electorado de la necesidad de un cambio radical de ruta. El 29 de septiembre, el rey Gustavo V encargó a Per Albin Hansson la formación de un nuevo gabinete. Comenzaba la era de la socialdemocracia sueca en el gobierno.[46]

Desde sus inicios, el partido rechazó una amplia campaña de nacionalizaciones. Se trataba más bien de fortalecer el conjunto de los instrumentos políticos que condicionarían —en un sentido de reactivación económica y de bienestar social— el comportamiento de los agentes privados. Frente a la crisis de la economía los objetivos inmediatos planteados por el principal estratega económico del partido, Ernst Wigforss, eran: elevar las condiciones de vida de los sectores de bajos ingresos, mejorar la distribución del ingreso, reducir el nivel de desempleo y sostener la reactivación económica fortaleciendo el mercado nacional.[47]

A pesar de la oposición de los principales intereses empresariales vinculados con el comercio exterior, el SAP tuvo dos circunstancias a su favor para la aplicación de su programa de política económica. En primer lugar, el hecho de que el país dispusiera de bienes difícilmente sustituibles por la economía internacional, con lo cual las exportaciones suecas no resultaban gravemente afectadas por el ciclo depresivo internacional. La segunda circunstancia puede expresarse de la siguiente manera: contando con una sociedad organizada y dinámica y con una estructura del Estado sólida (cuya independencia del poder económico se fortalecerá en los años siguientes), los socialdemócratas

[45] Véase B. R. Mitchell, *op. cit.,* pp. 257 y ss.

[46] Véase F. Ander, *op. cit.,* pp. 165 y ss.

[47] Véase Walter Korpi, *The Working Class in Welfare Capitalism: Work, Unions and Politics in Sweden,* Routledge & Kegan Paul, Londres, 1978, pp. 81 y ss.

tuvieron la fuerza social y política suficiente para evitar las presiones del gran capital y sortear el recetario contraccionista ortodoxo.

Desde 1933 el keynesianismo *ante litteram* suponía obviamente una apuesta: que las medidas aplicadas promovieran una recuperación más o menos rápida, de tal manera que las obligaciones contraídas en el corto plazo pudieran satisfacerse con un mayor crecimiento en el mediano plazo. Los socialdemócratas no sólo aceptaron el reto, sino que no se quedaron esperando la recuperación, la promovieron impulsando al mismo tiempo cambios sustanciales en el reparto social de la riqueza.

> Los resultados en términos de expansión de la producción afectaron también a los viejos sectores exportadores, reorientándolos "hacia adentro" y hacia actividades productoras de bienes de consumo. Está claro que esta parcial reorientación del foco de interés promovió un esquema más diversificado del que hubiera resultado de un aumento del grado de especialización internacional. En breve, la industria sueca comenzó a hacer un poco de todo en lugar que mucho de poco.[48]

Difícilmente podría expresarse mejor la inspiración básica de la socialdemocracia sueca en la década de 1930. Esta inspiración se tradujo en medidas e iniciativas concretas, entre las cuales merecen mencionarse las siguientes:

1. Apoyo a los precios de los productos agrícolas, lo que significó que en esa década los ingresos de los granjeros crecieran más que los de los trabajadores urbanos. El Estado adquirió grandes extensiones de tierras que vendió después fragmentadas a los asalariados rurales interesados en establecer sus propias granjas. La venta suponía un crédito estatal libre de intereses y con un plazo de 16 años para la devolución del capital.
2. Impulso a obras públicas a escala provincial, sobre todo en las zonas deprimidas del norte del país. Estas obras (edificios públicos, centros recreativos y deportivos, caminos, etc.), administradas localmente, eran financiadas en parte por las autoridades locales y en parte por el gobierno central. Los salarios pagados por estos trabajos se mantenían al mismo nivel de los salarios contractuales vigentes.
3. Apoyos estatales de varios tipos al desarrollo de actividades cooperativas, sobre todo en el sector de las agroindustrias.
4. Aumento de los impuestos sobre los ingresos más elevados; aumento a los impuestos de sucesión, de propiedad y de consumo de bienes tales como licores, tabaco, etc. Además, incremento de los aranceles a la importación de varios productos.
5. Devaluación de la corona para contrarrestar las tendencias deflacionistas de los precios.

[48] K. Samuelsson, *op. cit.,* pp. 239-240.

Los resultados de este conjunto de medidas fueron tales que al cabo de pocos años se dio el paso de la depresión a un verdadero *boom* económico. La construcción de viviendas, que había crecido 37% entre 1923 y 1929, incrementó 153% entre 1929 y 1939. Entre 1933 y 1939 la tasa de desempleo pasó de 23.7 a 9.2%. La producción industrial en la década de 1930 registró un aumento de 67%, estableciendo así un caso prácticamente único en los años de la Gran Depresión.[49] Con una producción industrial que crecía en dos terceras partes, las exportaciones, en el mismo periodo, aumentaron sólo 16%:[50] era evidente el cambio de peso relativo en los factores dinámicos del desarrollo económico.

Ningún país del mundo superó la "crisis de los años 1929-1932" (así debe ser llamado en Suecia lo que en gran parte del mundo mereció más bien el nombre de "crisis de los años treinta") tan rápidamente como lo hizo la economía sueca bajo la estrategia del ministro de Finanzas Ernst Wigforss. Quizá sea correcto decir que una parte significativa del éxito socialdemócrata se debió a la fuerte posición internacional de la economía sueca desde antes de comienzos de la crisis. Y pocas dudas caben de que esta observación es correcta. Sin embargo, de insistir en exceso en este aspecto, se perdería el núcleo de una estrategia económica que al privilegiar el mercado nacional fue capaz de promover una recuperación de notable rapidez.

En 20 años, entre la primera mitad de la década de 1920 y mediados de la de 1940, la ocupación industrial creció 67%, la producción industrial (en volumen) 161% y la producción por ocupado 56%. He ahí, en pocos datos, resumida la forma en que Suecia *saltó* sobre la década de 1930 evitando que la depresión pudiera convertirse en un factor de retroceso frente a los avances realizados entre 1870 y 1914.

La química del éxito sueco

Intentar en pocas páginas la síntesis de la experiencia que en un lapso históricamente reducido condujo a Suecia más allá del atraso es un acto de presunción intelectual. El tránsito en cuestión no es sólo, ni tanto, un movimiento de menos a más. Es sobre todo el tránsito de una fisiología socioeconómica a otra; de un modo de funcionamiento de la sociedad a otro. Este pasaje no se da en el vacío histórico ni como expresión de alguna ley inmanente, sino en medio de la acción y reacción de un sinnúmero de factores, circunstancias e iniciativas en Suecia y fuera de ella; factores económicos, culturales, políticos, tecnológicos y sociales.

[49] B. R. Mitchell, *op. cit.*

[50] Lennart Jörberg y Olle Krantz, "Escandinavia: 1914-1970", en C. M. Cipolla, *Historia económica de Europa,* vol. 6, Ariel, Barcelona, 1980, p. 60.

Reducir a algún esquema simplificado las cuantiosas combinaciones de elementos diversos que produjeron una sociedad viva y demandante y una economía innovadora sería una violencia analítica; y, sin embargo, en cierta medida, necesaria si no se quiere permanecer deslumbrados frente a la totalidad inasible en su variada complejidad. Así que, pagando el tributo inevitable a la simplificación tendremos que intentar una reducción de los factores que parecen más propiamente característicos de la experiencia sueca; factores sin los cuales esta experiencia de salida del atraso resultaría poco comprensible. Centremos la atención en los cinco principales elementos que interactúan en el éxito sueco.

1. De 1932 en adelante resultó más evidente la realidad que ya se había manifestado previamente: la dificultad del poder económico para convertirse en poder político. Entre Gustavo I Vasa y los socialdemócratas al gobierno sería tan risible suponer un hilo conductor como suponer que no exista relación alguna. Los socialdemócratas no construyeron una organización estatal fuerte, que es anterior a su llegada al gobierno, sino que dan a esta fuerza nuevos contenidos y expresiones. La visión de conjunto (lo que implica la negociación entre grupos sociales distintos) y el largo plazo como preocupación que tiende a prevalecer sobre los eventuales beneficios inmediatos son atribuciones históricas.

Tenemos aquí un Estado fuerte con dos cimientos esenciales: en primer lugar, una burocracia profesional consolidada a lo largo de siglos, portadora de un acentuado espíritu de cuerpo y de un alto sentido de responsabilidad y, en segundo lugar, un elevado grado de legitimización social del Estado construido en parte gracias a su relativa independencia de intereses económicos sectorial o localmente poderosos y en parte derivado de su función como lugar de negociación entre distintos grupos de la sociedad organizada. Mencionemos la política salarial sueca promovida por los economistas de LO, Rehn y Meidner; desde fines de la década de 1940 establecieron salarios iguales para el mismo trabajo independientemente de los sectores económicos. Era claro que esta política habría afectado el empleo en las empresas menos eficientes, pero, contrastando esos efectos, la iniciativa Rehn-Meidner contemplaba una política activa del Estado en la recalificación y recolocación de los trabajadores colateralmente con una ampliación del mercado interno.[51]

2. Cuando menos desde las décadas de 1860 y 1870 se hizo evidente la presencia activa de grupos sociales subordinados en la vida social y política del país. La organización de sindicatos, las luchas por el sufragio universal, el progresivo fortalecimiento del SAP como expresión de los intereses de amplios sectores de población, las distintas y sucesivas oleadas de cooperativismo, etc., no eran más que indicadores de una sociedad cuyo dinamismo econó-

[51] Véase Mark Blyth, *Great Transformations: Economic Ideas and Institutional Change in the Twentieth Century,* Cambridge University Press, Nueva York, 2002, pp. 116 y ss.

mico se entretejía con su dinamismo social. Podría decirse que, en realidad, fue justamente esta vitalidad la que impuso al Estado una visión de conjunto y de largo plazo en las formas deseables de desarrollo del país. Entre fines del siglo XIX e inicios del XX, una sociedad capaz de mayores márgenes de autonomía y de ejercer múltiples presiones sobre el poder fue considerada por otros países (Italia, España, Alemania, etc.) como una amenaza que debía contrarrestarse a toda costa, con las consecuencias económicas y políticas que sabemos.

3. Preguntándose acerca de la distribución de la riqueza en su país a mediados de la década de 1970, un estudioso sueco llegó a la conclusión de que la distribución de los activos físicos (incluyendo los bienes de consumo durables) seguía la siguiente pauta: privados, 60%; gobierno central, 13%; gobiernos locales, 16%; cooperativas, 6%; otros, 5%.[52] Subrayemos la relación entre gobiernos locales y gobierno central donde los primeros muestran un peso económico superior al segundo. Aun sin disponer de datos estadísticos igualmente confiables para periodos anteriores, es razonable suponer que el gran peso económico de los gobiernos locales constituye una realidad muy anterior al periodo indicado.

Recordemos que desde mediados del siglo XIX y, probablemente desde antes, la historia económica de Suecia es historia de iniciativas y desarrollos locales en minería, actividades forestales, manufactureras y agrícolas. Sobre este tejido económico descentralizado, en la década de 1930 los socialdemócratas insertaron una amplia campaña de trabajos públicos sobre bases provinciales. ¿Qué significado tiene esto? Uno doble: en primer lugar, es lícito suponer que la descentralización económica contrarrestó en cierta medida las rigideces burocráticas asociadas con aparatos administrativos excesivamente centralizados y, en segundo lugar, esta situación evitó los estragos representados por desmesurados y descontrolados grados de urbanización. Es prácticamente inevitable llegar a la conclusión de que la salida del atraso tuvo en la descentralización económica una función positiva en la experiencia sueca a través de la activación de energías sociales dispersas en el territorio. La integración geográfica del país (excluyendo las grandes áreas despobladas del lejano norte) evitó que la existencia de zonas crónicamente deprimidas activara aquellos factores de dualismo tan característicos de las inercias propias del atraso económico.

4. Es posible que en las últimas décadas del siglo XIX la aceleración de los ritmos de desarrollo económico se diera simultáneamente con cierta ampliación de las diferencias en la distribución del ingreso. Si bien es razonable suponer que esta situación se modificó en sentido contrario desde 1890 en adelante (o sea, desde el momento en que el mercado nacional incrementó su

[52] Assar Lindbeck, *Desigualdad y política redistributiva: Comportamiento político y economía política,* Oikos-Tau, Barcelona, 1975, p. 15.

importancia respecto a los mercados de exportación), es oportuno señalar que la posible mayor desigualdad en las décadas de 1870 y 1880 se dio en una situación en la que el nivel de empleo y de ingresos de trabajo crecía en forma sensible. La expansión del mercado se dio sin que se activaran fragmentaciones sociales o territoriales tan profundas como para introducir ocasiones de enriquecimiento individual a partir del mantenimiento de amplias áreas de pobreza. Dicho de otra forma: a diferencia de las situaciones de atraso económico, la pobreza dejó de ser condición para la riqueza. Si esto ya estaba, en cierta medida, implícito en las modalidades del desarrollo sueco desde la década de 1870, se convirtió, con los socialdemócratas en el gobierno desde 1932, en programa político.

5. Suecia construye su industrialización sobre cimientos agrícolas que recibieron un cuidado especial por parte del Estado cuando menos desde mediados del siglo XVIII. La Academia Real de Agricultura, las sociedades provinciales, el apoyo a las iniciativas de cooperación, la política de protección al sector desde fines de la década de 1880, los créditos especiales en la década de 1930, etc., muestran la dependencia política de los gobiernos del comportamiento de los campesinos y la conciencia de que, sin una agricultura sólida e integrada (social y técnicamente), el resto de la economía y el desarrollo económico global terminarían por resentirse en formas más o menos graves. Esto significó para Suecia —uno de los símbolos mundiales de industrialismo con una presencia relevante de los bienes de capital— que la agricultura dejó de ser la fuente principal de empleos en la década de 1950.

Si algo indica la historia sueca de salida del atraso es que la industrialización, en grados muy avanzados de su devenir, no sólo no requiere necesariamente activar procesos acelerados de desruralización, sino que, por el contrario, una industria sólida requiere para su desarrollo de largo plazo de una agricultura eficiente e integrada tanto desde el punto de vista de la amplitud del mercado nacional, como de la necesidad de un excedente de alimentos para la población extraagrícola, como también por la reducción de costos de las materias primas del campo para uso industrial. A partir del caso sueco es legítimo dudar de la posibilidad de salidas del atraso construidas exclusivamente en el crecimiento industrial.

Si el atraso económico es un sistema de dualismos que se retroalimentan con el resultado de congelar en el largo plazo el potencial de crecimiento y transformación, la historia sueca puede ser leída como una secuencia de combates exitosos contra el dualismo sectorial, social y territorial. La disponibilidad de ciertos recursos naturales fue importante, pero el empujón inicial se hubiera agotado muy pronto sin la intervención de otros factores. Los recursos naturales son importantes aunque, en el fondo, no explican nada, tanto en Suecia como en cualquier otro lugar.

V. DINAMARCA: DE UNA CULTURA COMUNITARIA A OTRA

En uno de los países más pequeños de Europa —cerca de la mitad de Portugal— distribuido en más de 500 islas alrededor de la península de Jutlandia, se ha desarrollado una de las experiencias históricas más originales de tránsito hacia una economía capitalista moderna con altos niveles de eficiencia productiva y prosperidad social. Dinamarca constituye un sedimento de hechos históricos de características originales que difícilmente encajan en esquemas clásicos de desarrollo económico. Ya a comienzos del siglo xx el país había alcanzado —gracias al crecimiento acelerado en las décadas anteriores— un grado de bienestar entre los más altos de Europa. A diferencia de Suecia (país con el cual Dinamarca está ligado por vía terrestre desde el año 2000 por un puente de ocho kilómetros sobre el estrecho de Oresund), la disponibilidad de recursos naturales no pudo desempeñar aquí ningún papel significativo. En efecto, es un país sin grandes extensiones de bosques ni tierras naturalmente fértiles ni yacimientos minerales de alguna significación. Además, a diferencia de Suecia, Dinamarca ha sido tradicionalmente un país con elevada densidad demográfica.

Sin recursos naturales que pudieran obrar como una especie de rampa de lanzamiento inicial y cargando con una alta densidad de población, Dinamarca encontró en la exportación de productos agrícolas procesados la palanca más importante para su desarrollo. En el medio siglo entre 1860 y 1910, el país registra un aumento real de más de cuatro veces en su producto nacional bruto (pnb) y más de 2.5 veces en su pnb per cápita. Anotemos de paso que en el mismo periodo los datos correspondientes al conjunto de los países europeos fueron 2.5 y 1.6 veces, respectivamente.[1] Para resaltar aún más el éxito de la experiencia danesa: si comparamos entre sí las décadas de 1860 y 1960, el producto interno bruto (pib) se multiplicó en ese lapso 16.6 veces.[2] Estos datos eximen de la necesidad de justificar el uso de la palabra *éxito* con respecto a la historia económica (y no sólo, como se verá más adelante) de Dinamarca.

La agricultura desempeñó aquí un papel de absoluta centralidad en la promoción y conformación de las estructuras económicas modernas del

[1] Cálculos con base en datos de Paul Bairoch, *Commerce extérieur et développement économique de l'Europe au xix^e siécle,* Mouton, París, 1976, pp. 154-155.

[2] Véase Simon Kuznets, *Economic Growth of Nations: Total Output and Production Structure,* Harvard University Press, Cambrigde, 1971, pp. 11-13.

país. Cerca de 1910, la población económicamente activa (PEA) dedicada a la agricultura representaba todavía alrededor de 42% del total. En ese mismo periodo otros países europeos con niveles comparables de PIB per cápita, como Francia, Alemania y Holanda, registraban valores de 40, 37 y 29%, respectivamente.

Anticipándonos a lo que se verá en las páginas siguientes, podemos comenzar a levantar el telón poniendo en evidencia los que parecen haber sido los factores estratégicos del éxito danés: pequeña y mediana propiedad agrícola, educación popular y cooperativas rurales. Éstos han sido los elementos que desde las últimas décadas del siglo XIX operaron simbióticamente activando fuerzas sociales, culturales y económicas con un sorprendente potencial dinámico combinado. Pero antes de pasar al análisis de la forma en que operaron los factores mencionados, son oportunas algunas referencias preliminares acerca de la historia política que en parte prepara y en parte enmarca las energías educativas, agrícolas y cooperativas que el país ha sabido expresar.

Haciendo referencia a Suecia[3] (contra la cual, para el predominio en el Báltico, Dinamarca combatió 10 guerras entre 1520 y 1720), notábamos en el capítulo anterior que la centralización del poder estatal bajo Gustavo I Vasa y la derrota sueca en la guerra del Norte a comienzos del siglo XVIII por el control del mar Báltico (que hizo de Rusia un fuerte poder regional) fueron los acontecimientos decisivos en la "preparación" (usemos las comillas para restar a la palabra algo de su matiz determinista) de los cambios que conducirán finalmente a la aceleración del desarrollo sueco en la segunda mitad del siglo XIX. En Dinamarca sucedió algo parecido: la derrota militar creó las condiciones para la centralización del poder político. En realidad, tenemos aquí una secuencia de derrotas en los campos de batalla que en 200 años (entre mediados del siglo XVII y mediados del siglo XIX) terminaron por transferir el centro de la atención nacional, desde la conservación de un papel de potencia estratégica,[4] al terreno de la construcción de un Estado nacional políticamente fuerte y socialmente legitimado. Muchas de las energías colectivas que se habían dirigido hacia fuera se redirigen al interior del país. Recordemos, entre paréntesis, que a fines del siglo XVIII el ejército danés era uno de los mayores de Europa y su marina militar estaba en segundo lugar, sólo detrás de la inglesa. Pero, si bien entre altas y bajas, las derrotas militares habían comenzado a enlazarse desde la guerra de los Treinta Años (1618-1648), cuan-

[3] Apuntemos al margen que entre 1387 y 1523, Suecia, Dinamarca y Noruega formaron la Unión Escandinava, creada sobre todo para contrastar el control comercial sobre el Báltico de los mercaderes alemanes organizados en la Liga Hanseática. Véase Anders Andrén, "State and Towns in the Middle Ages: The Scandinavian Experience", *Theory and Society,* vol. 18, núm. 5, 1989, pp. 599-607.

[4] Además de su presencia en el norte de Europa (incluidas Groenlandia, Islandia, Noruega, sur de Suecia, etc.), Dinamarca llegó a tener posesiones en distintas partes del mundo, desde el Caribe hasta África occidental y la India.

do la monarquía danesa intentó la expansión de su área de influencia hacia Baja Sajonia, la pérdida de la región de Escania (en el sur de Suecia) en 1660, la derrota contra este último país a comienzos del siglo XVII y un siglo después las derrotas frente a Inglaterra, durante las guerras napoleónicas, le costaron a Dinamarca gran parte de su flota militar y la destrucción, bajo bombardeo inglés, de una parte de Copenhague. La puntilla final a toda ambición estratégica vino con la pérdida de los dos ducados de Schleswig-Holstein en 1864,[5] que desde hacía siglos mantenían su sujeción a la corona danesa, por una Prusia que comenzaba con diferentes guerras europeas el camino hacia la formación del Estado alemán. Desde ahí se originó una reacción nacionalista que, a diferencia de otros casos, avanzó simultáneamente con una mayor participación social y, sobre todo, de pequeños y medianos granjeros que protagonizaron las dos grandes estaciones de la educación popular y de las cooperativas rurales.

Queriendo centrar la atención sobre los acontecimientos que condicionaron durablemente el futuro danés, hay dos fechas ineludibles: 1660 y 1864. En la primera, a consecuencia de una grave derrota militar frente a Suecia, se estableció en Dinamarca una monarquía absoluta que supuso un avance en comparación con la influyente, hasta ahí, nobleza territorial. En su consolidación inicial, el absolutismo danés encabezado por Federico III (1648-1670) contó con el apoyo de Holanda y Francia, dos países interesados en contrarrestar un excesivo fortalecimiento regional sueco. Este monarca basó su poder absolutista, que despojaba de varios privilegios a la vieja nobleza terrateniente, especialmente en las tropas enlistadas, la población urbana y el campesinado.[6]

El moderno Estado danés, con una burocracia central más ligada al soberano que a la aristocracia local,[7] dio en esa ocasión su primer gran paso hacia adelante. Con la crisis de 1848-1849 la monarquía dejó de ser absoluta

[5] Sobre los cuales los monarcas daneses ejercieron por siglos un control más asociado a sus derechos dinásticos como príncipes del Sacro Imperio Romano que como reyes de Dinamarca. Véase Paul Douglas Lockhart, "Religion and Princely Liberties: Denmark's Intervention in the Thirty Years War (1618-1625)", *The International History Review,* vol. 17, núm. 1, 1995, pp. 3-5. Lord Palmerston, primer ministro liberal inglés a mediados del siglo XIX, decía con sorna que el asunto de Schleswig-Holstein era tan complicado que sólo lo habían entendido tres personas: una era el príncipe Alberto, que había muerto, la otra era un catedrático alemán que se había vuelto loco y la tercera era él que ya no recordaba nada de todo el asunto.

[6] Acerca del apoyo internacional al naciente absolutismo danés véase I. Wallerstein, *El moderno sistema mundial,* t. II, *El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea (1600-1750),* Siglo XXI Editores, México, 1984, p. 312. El primer periodo autocrático (1660-1750) impuso una mayor unificación nacional en lugar del sistema provincial medieval. Fueron establecidos sistemas unificados de legislación, finanzas, administración local, caminos principales y pesos y medidas. Royal Danish Ministry of Foreign Affairs, *Denmark: An Official Handbook,* Krak, Copenhague, 1964, p. 80.

[7] Véase Tim Knudsen y Bo Rothstein, "State Building in Scandinavia", *Comparative Politics,* vol. 26, núm. 2, 1994, p. 209.

(a pesar de lo cual conservó el control sobre el gobierno hasta 1901), pero es el trauma de una nueva derrota militar (frente a la Prusia de Bismarck en 1864) lo que produjo una reacción cultural que dio al Estado un fuerte sustento social en las décadas sucesivas por la aceleración del crecimiento económico y por una modernización social con el progresivo desarrollo de un Estado de bienestar que en muchos aspectos antecede a la industrialización.

En síntesis, Dinamarca llega a convertirse en Estado-nación con un poder político centralizado y consistente y, al mismo tiempo, se ve obligada a pensar en sí misma como base exclusiva de crecimiento habiéndosele cerrado todas las puertas de eventuales aventuras de imperialismo regional. Paradójicamente, en la historia danesa las derrotas militares jugaron un papel positivo tanto en la consolidación de un Estado centralizado y con una burocracia incipientemente integrada como en la activación de profundos y perdurables cambios económicos.

Cambios políticos y agrarios antes de la aceleración

Podrá parecer curioso que las metamorfosis político-institucionales, por un lado, y agrarias, por el otro, sean consideradas conjuntamente en un mismo apartado. Sin embargo, no hay razón de asombro cuando se considera que una parte relevante de la historia política de Dinamarca, desde mediados del siglo XIX, puede ser leída justamente por medio de una clave representada por el creciente peso político y cultural de un extenso sector campesino compuesto, sobre todo, por pequeños y medianos propietarios.

No obstante, la reforma constitucional de 1849 (en 1848 Federico VII renunció a sus derechos absolutos y se convirtió en monarca constitucional) estableció un Parlamento bicameral, compuesto por una Cámara Baja *(Folketing)* y una Alta *(Landsting)*. Incluso en el caso en que los partidos políticos de mayor arraigo popular llegaran a tener mayoría en el *Folketing,* la corona conjuntamente con el *Landsting* (reducto político de los grandes terratenientes) podía organizar gabinetes institucionalmente viables aun en una situación de franca minoría electoral.[8] De ahí que durante el medio siglo entre 1864 y 1914, los motivos centrales de debate en la vida política danesa fueran el sufragio universal y la dependencia de los gobiernos de la mayoría en el *Folketing*.

En 1884, la socialdemocracia ingresó (gracias también al voto campesino) al *Folketing* y en 1901 ya era parte de coaliciones de gobierno multipartidarias. Gracias a esta presencia en el gobierno y a la mayoría social campesina en el *Folketing,* entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, se promovieron

[8] Véase G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista,* t. IV, *La Segunda Internacional, 1889-1914,* FCE, México, 1960, pp. 139-140.

iniciativas democráticas y de legislación social que iban desde el voto femenino hasta el establecimiento de pensiones para la vejez, desde la pensión para las viudas hasta la introducción de distintos esquemas de seguro de desempleo y de salud. La secuencia era siempre la misma: la iniciativa espontánea de los trabajadores creaba asociaciones colectivas de seguro que posteriormente recibían apoyos y subsidios públicos de las autoridades centrales y locales.[9] Debemos señalar que algunas de estas medidas fueron aprobadas incluso por los gobiernos conservadores de la época, lo que sugiere el grado de presión social proveniente de un universo campesino cada vez más organizado y demandante.

En 1913, el Partido Social Liberal (de bases campesinas) y el Socialdemócrata (de bases obreras) obtuvieron la mayoría en el *Folketing* y comenzó así la ruta que debía conducir a una nueva reforma constitucional que finalmente introducirá el sufragio universal. Y poco después comenzó, tanto a escala municipal como nacional, una política de subsidio a la vivienda popular que sostenía a las sociedades de construcción *no-profit*. Se introdujeron, además, leyes que prohibían la evicción de los inquilinos sin un tiempo adecuado de preaviso. La política de vivienda posterior a la primera Guerra Mundial ha sido considerada como uno de los primeros pasos de los gobiernos daneses a favor de los grupos de menores ingresos y hacia un Estado de bienestar que se alejaba de una visión estrictamente liberal de tutelaje de los mercados.[10] Desde 1918, hombres y mujeres pudieron votar para la elección de sus representantes en las dos Cámaras. Posteriormente, en 1924, por primera vez el Partido Socialdemócrata fue el encargado de formar (con su principal dirigente, Thorvald Stauning, como primer ministro) un nuevo gobierno de minoría que, sin antecedentes, nombraba a una mujer como ministro (de Educación). Este gobierno sólo permaneció en funciones dos años, pero con el apoyo del Partido Social Liberal, los socialdemócratas formaron otra vez gobierno en 1929, permaneciendo en el poder hasta 1942 a pesar de la ocupación de las tropas nazis desde dos años antes. Durante su estadía en el gobierno, la socialdemocracia impulsó y apoyó los movimientos cooperativos y el desarrollo ulterior de la pequeña propiedad agraria, se promovieron varias medidas de seguridad social y se amplió la legislación laboral conjuntamente con la defensa del derecho de huelga, etcétera.

Después de este rápido sumario es oportuno detenernos y volver atrás para entender cuáles fueron los cambios que, desde fines del siglo XVIII, hicieron posible la puesta en movimiento de energías sociales (sobre todo campesinas) que, con el paso del tiempo, llegarían a condicionar en forma determi-

[9] Véase P. Schou, "Social Denmark", *The Quarterly Journal of Economics,* vol. 27, núm. 1, 1912, p. 58.

[10] Véase Henning Bro, "Housing: From Night Watchman State to Welfare State", *Scandinavian Journal of History,* vol. 34, núm. 1, pp. 13-15.

nante la vida política y económica del país. Gran parte del siglo XVIII danés estuvo bajo el signo de estructuras agrarias que en buena medida podían definirse aún como semifeudales. La gran mayoría del territorio estaba ocupada por grandes propiedades señoriales que incluían varios poblados. En estos centros vivían campesinos cuya vida comunitaria era en parte una forma de defensa frente a la aristocracia terrateniente y en parte una modalidad de integración a una estructura de producción en cuyo vértice estaba justamente esta última. El sistema de tres campos con uso libre de pastizales y bosques constituyó el esquema básico de la producción y de la organización social. Si bien la servidumbre permaneció en Dinamarca casi todo el siglo XVIII, se trataba de una servidumbre relativamente benigna respecto a la de otros países europeos en los cuales un menor grado de centralización del poder político implicaba un vínculo más estrecho entre el campesino y el *Señor,* con escasas posibilidades de defensa externa en favor del primero.

Sin embargo, la situación agraria entró en un periodo de cambios profundos a partir de 1784, cuando se creó la Gran Comisión Rural para estudiar las condiciones agrarias del país y promover las reformas necesarias. Dio inicio el gran proceso destinado a superar tanto las tradiciones semifeudales como comunitarias de una agricultura danesa dominada por la renta o la producción de subsistencia. Y en ese proceso, siguiendo las indicaciones de Karl Polanyi, el Estado creó las condiciones del liberalismo económico.[11] Con respecto al universo rural inglés, el Estado había dispuesto las condiciones para un desarrollo liberal de la economía. Desde que Cristiano VII fue reconocido como incapacitado mental para ejercer el gobierno, se entró en un periodo de regencia que condujo en 1784 a un golpe de Estado por parte del Consejo Privado de la corona que asumió el control del país hasta 1798. Desde el comienzo de este periodo, Dinamarca experimentó transformaciones políticas y económicas que fijaron un rumbo que el futuro confirmaría y profundizaría. El equipo ministerial encarnó un (relativamente suave) autoritarismo iluminado que toleró ciertos márgenes de debate social y de libertad de prensa, mientras su componente más progresista imponía profundas reformas en la Administración Pública, introdujo una legislación bancaria así como la educación primaria, mientras implantaba cambios sustantivos en la agricultura danesa, alterando irreversiblemente las relaciones entre campesinos y aristocracia terrateniente y reduciendo de manera significativa el poder económico de esta última.[12] La influencia reformadora provenía de los influjos de un

[11] Del "mercado autorregulado" en el lenguaje de Polanyi en *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo,* caps. VI y XXI, 3ª ed., FCE, México, 1992/2017, pp. 130-133, 136-137 y 305-308.

[12] Véase Thomas Munck, "Absolute Monarchy in Later Eighteenth-Century Denmark: Centralized Reform, Public Expectations, and the Copenhagen Press", *The Historical Journal,* vol. 41, núm. 1, 1998, pp. 209 y ss; véase también Aage B. Sorensen, "On Kings, Pietism and Rent-seeking in Scandinavian Welfare States", *Acta Sociologica,* vol. 41, núm. 4, 1998, pp. 363-375.

pietismo luterano alemán que acentuaba el carácter paternalista del gobernante, quien asumía el bienestar colectivo como objetivo central. Al margen, en la misma época Federico II de Prusia encarnaba la más nítida imagen europea del despotismo ilustrado.

Desde entonces comenzaron los cambios que en pocos años llevarían a la abolición de la servidumbre (en 1788, recordemos *en passant,* un año antes de la toma de la Bastilla), la desarticulación sistemática de la antigua comunidad rural con su régimen de propiedad y explotación comunitarias y la división de las grandes propiedades.[13] Antes de considerar la naturaleza de estos cambios, tiene cierto interés describir la situación tradicional de las comunidades rurales danesas. Como veremos más adelante, el gran arraigo de la cultura comunitaria campesina desempeñará un papel de gran peso en la historia económica posterior del país.

La antigua comunidad rural danesa tenía en su centro la aldea. Aquí se realizaban las bodas, las fiestas, los juicios, las reuniones de los ancianos para dictaminar sobre temas de interés común, etc. La aldea era el espacio vital de la cultura comunitaria, el lugar de socialización de las distintas familias campesinas que la integraban. Normalmente las tierras agrícolas poseídas por la comunidad se dividían en tres campos: uno dedicado al cultivo de cebada, otro al del trigo o al del centeno y el tercero en barbecho, es decir, en descanso rotatorio. Cada núcleo familiar disponía de una franja de terreno larga y estrecha en cada uno de los tres campos, además de poder usar los pastizales y bosques comunitarios. En cada "campo" los trabajos agrícolas se realizaban simultáneamente y en cultivos homogéneos dada la imposibilidad práctica de que cada familia decidiera por su cuenta el tipo de cultivo en su propia franja. "Era una unidad económica, política y social que contenía varios sistemas de relaciones […] La comunidad agraria no era simplemente una unidad geográfica. Hubiera resultado imposible, por ejemplo, que alguien entrara a una comunidad adquiriendo una casa y viviendo en el lugar: era necesario integrarse a la comunidad a través de un ritual establecido de hermandad."[14]

La comunidad era una estructura productiva y, al mismo tiempo, un sistema de solidaridad y ayuda recíproca, así como un microcosmos de valores y comportamientos uniformes. La comunidad tenía obligaciones colectivas hacia el Señor y la más importante entre ellas era el *hov,* o sea el servicio de trabajo gratuito en sus tierras. Según el testimonio de un viejo campesino que en 1865 recuerda sus tiempos de juventud:

[13] A. S. Milward y S. B. Saul, *The Economic Development of Continental Europe (1780-1870),* Allen & Unwin, Londres, 1973, p. 480.

[14] Joan Rockwell, "The Danish Peasant Village", *The Journal of Peasant Studies,* vol. 1, núm. 4, 1974, p. 414.

> Al comienzo un campesino asentado en las tierras del Señor hacía 52 días de *hov* en un año, y el Señor podía escoger el momento según su gusto. Durante la cosecha y la siembra requería de muchos días de trabajo, así que apenas podíamos hacer el trabajo necesario en nuestras propias parcelas. Después estos días quedaron fijados en un día a la semana y finalmente en un día establecido a la semana para una casa como la mía.[15]

Podría decirse que la comunidad representaba un sistema de solidaridad y autogobierno inserto en una estructura de exacción de tipo feudal: un núcleo comunitario al interior de un organismo señorial. En la tradicional aldea comunitaria, el jefe era renovado cada año, de tal manera que la condición de igualdad entre los aldeanos suponía el reconocimiento explícito de que cada uno de ellos podía y debía asumir en forma rotativa la responsabilidad de la representación colectiva.

Con los cambios rurales que se desarrollaron entre fines del siglo XVIII y mediados del XIX, se destruyeron tanto las estructuras feudales de la gran propiedad y sus apéndices de servicios personales como las estructuras comunitarias apenas descritas. Las reformas tuvieron varios aspectos. Al igual que en Suecia, la consolidación de las franjas familiares fue uno de ellos; el apoyo financiero a los campesinos para adquirir su propia granja fue otro. Se presionó a los grandes terratenientes para que vendieran sus tierras asegurándoles exenciones fiscales en las fracciones residuales de las antiguas posesiones que quisieran mantener. Se establecieron límites legales a la fusión de grandes propiedades y se fijó un mínimo de 50 años para los contratos de alquiler de tierras. En muchos casos, a consecuencia de estos cambios impulsados desde arriba, los aldeanos de las antiguas comunidades tuvieron que abandonar sus viejas aldeas mientras el tejido de relaciones sociales y culturales que las había alimentado se dispersaba siguiendo el rumbo de las familias rurales que, roto el cordón umbilical comunitario, se enfrentaban a una nueva realidad nuclear.

Así fue desarrollándose un amplio tejido de propiedades agrícolas pequeñas y medianas, lo que, desde la década de 1840, impulsó el surgimiento de asociaciones agrarias locales que convirtieron a este nuevo sector social en una presencia política nacional cada vez más relevante. Quizá no sea arbitrario sostener que la solidaridad perdida a nivel comunitario se reconstruyó a nivel regional y nacional induciendo nuevas formas de vida asociativa en el país. Las viejas figuras del comunero o del arrendatario rural entraban en un proceso acelerado de disolución, siendo sustituidas por la del propietario independiente. Al movimiento de colonización de tierras baldías de la década de

[15] Éste es uno de los tantos testimonios campesinos recogidos en la década de 1960 por Ewald Tang Kristensen y que se publicaron en varios libros en danés en Copenhague entre 1891 y 1931; la cita reproducida aquí proviene de Joan Rockwell, *ibid.,* p. 447.

1860 (impulsado, por razones obvias, después de la pérdida de los ducados de Schleswig y Holstein), le sucedió, desde 1875, una política de sistemático apoyo estatal en la adquisición de tierras por parte de los campesinos. En 1899 se constituyó un nuevo fondo crediticio para estimular la pequeña propiedad rural: en la ley correspondiente se establecía que una vez que el crédito hubiera sido pagado, la propiedad podía ser objeto de compra y venta, pero no ser fraccionada. Los requisitos para la obtención del crédito eran tener entre 25 y 50 años de edad, ser daneses, haberse ganado la vida en el campo durante al menos cuatro años, no poseer ninguna pequeña propiedad y disponer de una décima parte del costo de la propiedad objeto de adquisición.[16] No deja de ser asombrosa la lucidez de una clase política que, entre fines del siglo XVIII y fines del siglo XIX, entendió que la fuerza económica y política del país dependía de la creación de una extensa estructura de pequeñas y medianas propiedades agrarias. Una lucidez impulsada, en la segunda mitad del siglo XIX, por el traumatismo producido por la pérdida de las regiones sureñas de Schleswig-Holstein, con lo cual el objetivo de estabilidad social, centrado en un amplio sector de granjeros independientes, adquiría mayor importancia considerando la percibida amenaza prusiana a la integridad del país.

Desde mediados del siglo XIX, Dinamarca ya era un importante exportador de productos agrícolas y la parte mayoritaria de estas exportaciones estaba constituida por cereales. Pero a partir de la década de 1870, la estructura productiva de la agricultura danesa cambió radicalmente a consecuencia de las grandes importaciones de cereales extraeuropeos que causaron una fuerte baja en los precios agrícolas tanto en Dinamarca como en el resto de Europa. A este propósito será suficiente mencionar que las exportaciones cerealeras de un conjunto de países extraeuropeos (los Estados Unidos, Canadá, Australia, Argentina, Nueva Zelanda, Uruguay y Chile), que habían sido de dos millones de toneladas en 1870, pasaron a cerca de nueve millones en 1880 para llegar a 16 millones en 1900.[17] Era evidente que —considerando los salarios relativamente elevados en Dinamarca (un país cuyas estructuras agrícolas habían reducido grandemente el desempleo y el subempleo rural) y considerando sobre todo las grandes extensiones de tierras fértiles disponibles en los países mencionados frente a la pequeña propiedad danesa— Dinamarca no podía hacer frente a la nueva concurrencia sino en una de dos formas: aumentando sus aranceles o modificando la composición de su producción rural. El camino escogido fue el segundo. Los altos rendimientos agrícolas que no eran posibles por la vía de economías de escala, inalcanzables dada la escasa dotación física de tierras, fueron obtenidos por una mezcla de facto-

[16] Peter Manniche, *Rural Development in Denmark and the Changing Countries of the World*, Borgen Publishers, Copenhague, 1978, p. 168. Una vaga semejanza, cuando menos en el espíritu, con el Homestead Act de 1862 en los Estados Unidos.

[17] P. Bairoch, *Commerce…, op. cit.*, p. 334.

res en la cual intervino una reorientación hacia la ganadería y la orientación hacia esquemas de comercialización (nacional e internacional) de la mantequilla sobre bases cooperativas. La combinación de estos factores, además del componente educativo (cuya importancia en Dinamarca tal vez tenga pocas comparaciones a escala internacional), produjeron un largo periodo de prosperidad económica que dejó un sello decisivo incluso en las modalidades de la industrialización posterior.

Además de la insostenible competencia de los granos procedentes del exterior de los confines europeos, el movimiento hacia la ganadería lechera, que abre un ciclo de prosperidad rural, vino también, y en forma determinante, de las decisiones prusianas, entre 1879 y 1881, de introducir altos aranceles y finalmente prohibir la importación de bovinos en pie desde Dinamarca, con lo cual las exportaciones danesas sufrieron serios contragolpes. Desde ahí ocurren dos movimientos concomitantes: el tránsito hacia la ganadería lechera y la apertura a nuevos mercados de exportación, principalmente hacia Inglaterra. En la ola del éxito exportador de las cooperativas lecheras productoras de mantequilla se desarrollaron otras experiencias cooperativas (en la producción de carne de puerco y de huevo), que mostraban la vitalidad de la pequeña y mediana propiedad rural asociada. El desarrollo económico e infraestructural que hasta entonces se había orientado hacia Alemania (en un eje norte-sur) se reorientó en un eje este-oeste hacia Inglaterra, y no sólo en un sentido mercantil, sino también crecientemente político.

Mientras tanto, fortalecidos por su éxito económico, los granjeros consolidaban su fuerza política. Concluyamos este apartado con algunos números. En 1850 había en Dinamarca cerca de 180 000 granjas, en 1905 eran poco menos de 290 000, mientras que, en el mismo periodo, el porcentaje de granjas en alquiler se había reducido de 43 a 10 por ciento.

Grundtvig, nacionalismo y educación

Tratándose de Dinamarca es casi inevitable que el punto de arranque del análisis de su desarrollo económico desde la segunda mitad del siglo XIX sea (además de las reformas inducidas desde arriba a fines del siglo XVIII) el trauma de 1864 y, como parte de su reacción de cohesión nacionalista construida, esta vez, desde abajo, la experiencia de la educación superior popular. La educación, en efecto, desempeñó aquí un papel tan decisivo que sería difícilmente concebible el desarrollo económico danés sin considerar los efectos extendidos, entrelazados y duraderos que la educación superior popular produjo en la conformación de sus modalidades específicas.

En 1814 se estableció en el país la educación obligatoria para los niños de entre siete y 14 años y desde 1820 comenzaron a abrirse escuelas nocturnas en varias aldeas rurales. Sin embargo, el dato característico de la educa-

ción en Dinamarca fueron las *Folkehojskolen* (Escuelas Superiores Populares), escuelas rurales para adultos. Las ideas básicas y el impulso cultural que desde la década de 1840 hicieron de estas escuelas los principales centros de aculturación nacionalista entre los campesinos independientes, que se habían ido formando socialmente desde fines del siglo XVIII, vinieron de Nicolai F. Grundtvig (1783-1872), teólogo, historiador, poeta y moralista danés. Sobre este personaje tenemos que detenernos para tratar de bosquejar las razones del peso extraordinario que cumplió en la historia y la cultura danesas a lo largo del último siglo y medio. Antes de entrar en el mérito, algunas anotaciones para mostrar que lo apenas dicho no constituye una hipérbole. Después de su prolongada existencia, los suyos fueron los funerales más concurridos de la historia danesa, y un siglo y medio después el primer ministro liberal en 2001-2009 y luego secretario general de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en 2009-2014, Anders F. Rasmussen, no tiene empacho en definirse a sí mismo como un seguidor del antiguo teólogo-historiador, lo mismo que hace la primera ministra del país (desde fines de 2011), la socialdemócrata Helle Thorning-Schmidt. A diferencia de su connacional Soren Kierkegaard, más conocido en el exterior que en Dinamarca, Grundtvig sigue siendo muy poco conocido fuera de su país, mientras en él ha sido una figura central en la formación de aquello que sin excesivo énfasis podría llamarse su espíritu nacional moderno.

La personalidad de Grundtvig surgió en el escenario en una fase histórica en que en diferentes partes de Europa los esfuerzos de afirmación nacional (en Suecia contra Rusia, en Dinamarca contra Alemania —cuya lengua es el idioma de la nobleza— y la Iglesia luterana sobre todo en el sur del país) pasaron por la reapropiación de una tradición medieval embellecida; a este propósito baste mencionar a Walter Scott. Recuperar tradiciones antiguas suponía reconstruir sobre el propio pasado único (una especie de "escandinavianismo" vikingo o anglosajón) una necesidad de futuro que se hacía cada vez más política al avanzar el siglo XIX. Con Grundtvig, la recuperación del pasado supuso un intento de reconciliación entre cristianismo y antiguas tradiciones paganas.[18]

Limitémonos aquí a algunos aspectos de esta personalidad multifacética. Como teólogo, Grundtvig se enfrentó tempranamente a la Iglesia luterana oficial de su país cuyos ritos y dogmas (entre ellos la idea del carácter pecaminoso de la naturaleza humana) la alejaban de la cultura viva y de sus fermentos sociales. Su distancia estaba en su visión de la fe como un hecho voluntario de feligreses *autoconvocados*. La censura luterana en su contra sería removida posteriormente, cuando el teólogo, que se volvía predicador, historiador, etc.,

[18] Para una amplia visión sobre literatura, filología y arquitectura véase Patrick J. Geary y Gábor Klaniczay (coords.), *Manufacturing Middle Ages: Entangled History of Medievalism in Nineteenth-Century Europe,* Leiden Brill, Boston, 2013, pp. 79-82, 113-114 y 145 y ss.

se convirtió desde la segunda década del siglo en una figura admirada y seguida por los sectores progresistas y los estudiantes daneses. Grundtvig no limitaba su desconfianza a una Iglesia oficial que, en su opinión, convertía la fe en un rito sin vitalidad, sino que la extendió a una historia danesa escrita en latín que, por eso mismo, estaba alejada de la conciencia popular que no podía hacerla propia.[19] Sobre todo desde 1849, con la nueva Constitución (en cuya redacción participó como diputado de la Cámara Baja) se instaló en el centro de su reflexión la idea de que la democracia no se resolvía en el debate parlamentario, sino que requería la ilustración del pueblo en su propia lengua vernácula. Y desde 1864 (después de la anexión prusiana de los dos ducados del sur del país) esta idea se reforzó como condición de solidez interna para evitar que Dinamarca se convirtiera en una especie de Irlanda prusiana o de Polonia rusa, países culturalmente penetrados por sus poderosos vecinos y de soberanía condicionada. Aunque la idea de las Escuelas Superiores Populares había sido formulada anteriormente, las dos fechas mencionadas no hacían sino confirmar la importancia del desarrollo de un plan educativo sobre el cual se discutiría más adelante. La tarea era reconciliar la virtud cívica (en el nuevo contexto político y estratégico de Dinamarca) con la fe y la libertad religiosas del nuevo sujeto social campesino que desde fines del siglo anterior había comenzado a perfilarse y a aumentar su peso social. En este camino, en que cultura y política se entrecruzaban, la inspiración que guio a Grundtvig era doble y podría definirse como religioso-antropológica. Veamos.

Por el lado religioso, Grundtvig perfilaba y continuaba una tradición pietista de origen alemán que venía de la universidad de Halle y de los trabajos originarios de Phillip Jacob Spener desde fines del siglo XVII.[20] Ascetismo y afirmación del bien común (y, en Alemania, aceptación de un absolutismo ilustrado), además de la crítica a la fe luterana organizada, eran aspectos que intentaban reconciliar fe y libertad individual que, en el caso danés, significaba, sobre todo, libertad de organización social de los campesinos independientes frente a los terratenientes y ejercicio autónomo de la religión frente a la Iglesia luterana. Por el lado antropológico, Grundtvig había traducido en 1820 del inglés antiguo la saga anglo-escandinava de *Beowulf* del siglo VIII, con sus historias de hermandades guerreras, y en 1832 había publicado *Mitología nórdica*. Así que la reapropiación de una mitología antigua recorrida por individuos que se destacaban más por sus méritos que por su estatus aristocrático y la afirmación de una religiosidad social construida desde abajo constituyeron una operación cultural con inocultables rasgos de *nacionalismo social*. Nada que ver, vale la pena señalar, con el nacionalismo romántico

[19] John A. Hall y Ove Korsgaard, "Introduction", en John A. Hall *et al.* (coords.), *Building the Nation: N.F.S. Grundtvig and Danish National Identity,* McGill-Queen's University Press, Montreal, 2015, pp. 13-19.

[20] *Cf.* Nicholas Hope, *German and Scandinavian Protestantism: 1700 to 1918,* Oxford University Press, Oxford, 1999, pp. 360-371.

alemán a la Herder o Fichte con sus rasgos esencialistas o de afirmación de la superioridad cultural germánica.

Para estudiar antiguos manuscritos ingleses sobre mitología anglo-escandinava, Grundtvig viajó a Inglaterra durante tres veranos, entre 1829 y 1831 y fue ahí donde entró en contacto con el pensamiento liberal inglés, sobre todo en su matriz económica. De aquí viene una parte relevante de la originalidad de su pensamiento. En efecto, aunque fuera favorable al mercado y al despliegue de las capacidades individuales, Grundtvig extrañaba en el pensamiento liberal inglés la ausencia de un cristianismo vivo que, en su visión, se manifestaba como ausencia de una idea concreta de bien común que no podía ser compensada por un "calvinismo de mercado".[21] Si el debate parlamentario no era suficiente para crear un pueblo con un sentido de su identidad colectiva, tampoco lo era la búsqueda exclusiva de la ganancia individual. Así que en el predicador, poeta y político danés encontramos una teóricamente curiosa y, sin embargo, pragmáticamente viva, combinación de liberalismo y búsqueda explícita del bien común. Tanto en el frente liberal como en el comunitario, Grundtvig encontró los elementos de su crítica a los grandes terratenientes de su país vistos como abusadores rurales.

El clima político y cultural de Dinamarca desde las primeras décadas del siglo XIX estuvo condicionado por el surgimiento de una nueva clase social (los granjeros medianos y pequeños surgidos de las reformas de fines del siglo anterior) que, con el paso de las décadas (y especialmente después de 1864), pretendía asumir un mayor papel político en la dirección del país frente a una desacreditada y añeja élite rural.[22] Sobre todo en las últimas cuatro décadas del siglo, las energías económicas del país se reorientaron desde Hamburgo hacia la capital política, Copenhague. En ese espíritu nacional-campesino, Grundtvig era el líder espiritual de una clase rural en ascenso y de un espíritu nacional que iba tomando su forma moderna. El punto en que estas dos fuerzas se fusionaron fue el proyecto de las Escuelas Superiores Populares, laboratorios de aculturación de una nueva élite rural, de su ascenso social y de la afirmación de una identidad nacional que avanzaba conjuntamente con un sentido de emancipación.

Como se ha dicho, Grundtvig pasó algunas temporadas en Inglaterra derivando de la observación de ese país, que se encontraba en su revolución industrial, algunas enseñanzas: la importancia del desarrollo económico y de la innovación técnico-científica como factor de progreso social, por un lado, y la insatisfacción frente a las modalidades del desarrollo industrial, por el otro. Refiriéndose a la industria inglesa escribía: "Sin duda había algo depri-

[21] Ole Vind, "The Gordian Knot: Grundtvig and British Liberalism", en J. A. Hall *et al.* (coords.), *Building the Nation: N.F.S. Grundtvig and Danish National Identity,* McGill-Queen's University Press, Montreal, 2015, p. 261.

[22] Uffe Ostergard, "Peasants and Danes: The Danish National Identity and Political Culture", *Comparative Studies in Society and History,* vol. 34, núm. 1, 1992, p. 4.

mente en ella, específicamente la visión de miles de hombres convertidos en meras piezas de una maquinaria; siervos sin pensamientos del Señor de la fábrica".[23]

Mirando su propio país, para Grundtvig el principal esfuerzo educativo debía dirigirse a los adultos, campesinos pequeños y medianos, quienes constituían el sector mayoritario. Si la modernización industrial debía inexorablemente llegar, no debía encontrar campesinos incultos que, emancipados de la servidumbre rural, se habrían entregado a un nuevo tipo de servidumbre industrial. De ahí el interés en la educación, y especialmente en la educación para adultos. A este propósito escribía:

> Muertas son las letras, incluso si han sido escritas por los ángeles, y muerto es todo conocimiento que no encuentra respuesta en la vida del lector. Hasta que cerebro y cuerpo no se hayan desarrollado, y hasta que la vida no se haya revelado a sí misma al individuo de tal manera que la pueda reconocer cuando la encuentre descrita y sienta el deseo natural de ser ilustrado acerca de sus características, hasta entonces no sólo las matemáticas y la gramática, sino todo trabajo intelectual intenso en la niñez es un asesinato.

Las primeras Escuelas Superiores Populares fueron fundadas en la década de 1830 por prosélitos de Grundtvig en Schleswig-Holstein, justamente como instrumento rural para defender la lengua y la cultura danesas en áreas donde el alemán era la lengua dominante entre la burguesía y la administración pública. Un rasgo de estas escuelas, que ya eran 52 en distintas partes del país en 1872, era la síntesis de lo moderno y lo tradicional, del llamado a la nación y el progreso mientras, al mismo tiempo, las antiguas culturas campesinas se ponían en el centro de la atención (junto con las mitologías anglosajonas) en escuelas campesinas en las que maestros y alumnos convivían estrechamente.[24] Por lo general, las escuelas funcionaban cinco meses al año —entre noviembre y marzo—, cuando los jóvenes que acudían a ellas podían librarse temporalmente de sus labores agrícolas; a este periodo se añadían tres meses en verano para las muchachas. El objetivo básico era fortalecer el sentido de pertenencia a un grupo social con intereses homogéneos; de ahí, podríamos decir, la recreación modernizada de la vida comunitaria. La enseñanza ocurría con un mínimo de textos formales, la ausencia de exámenes, la enseñanza de historia danesa, historia sacra, dibujo, geografía y de las tradiciones literarias populares que asumían un valor especial, además de los coros con que iniciaban las clases matutinas. El nacionalismo y la consolidación de valores culturales homogéneos eran los pilares de una educación que

[23] Esta y las siguientes citas de Grundtvig vienen de Peter Manniche, *op. cit.,* p. 113.

[24] Cati Coe, "The Education of the Folk: Peasant Schools and Folklore Scholarship", *The Journal of American Folklore,* vol. 113, núm. 447, 2000, pp. 20-30.

buscaba convertir a los sectores medios del campesinado (los que podían pagar por su estadía en las escuelas, tratándose de centros que en gran medida se autofinanciaban a partir de iniciativas locales de los propios granjeros, intelectuales o pastores) en instrumento de cohesión ideológico-política y en sujetos de una creciente presencia política nacional.

Algunas palabras sobre el maestro rural. En estas escuelas, el maestro surgía como la figura determinante y no sólo en su interior, sino, más en general, en las áreas geográficas donde las escuelas operaban. El maestro ejercía una influencia decisiva como promotor de una cultura proyectada a reconstruir, sobre nuevas bases, la identidad social cuarteada por la disolución de las antiguas comunidades rurales, pero también como punto de referencia de preocupaciones e inquietudes locales tanto técnicas como espirituales o políticas. El maestro podía ser requerido para consultas acerca de un animal enfermo o para arreglar un litigio familiar. Recibía su salario de las cuotas de las familias de los mismos alumnos, a veces con algún complemento por parte del Estado y el apoyo logístico de las comunidades servidas por la escuela. De esta forma, la Escuela Superior Popular terminaba convirtiéndose en algo parecido a un instrumento de reconstrucción, sobre bases nuevas, de la antigua tradición comunitaria; en el nuevo polo de una cultura se volvía a un espíritu comunitario que en las décadas anteriores se había debilitado por las grandes transformaciones en la tenencia de la tierra. Es imposible escapar a la idea de que, sin el gran éxito de las *Folkehojskolen,* el movimiento de cooperación agraria que tanta importancia tuvo posteriormente en la historia económica del país no habría tenido una de sus esenciales precondiciones.

Si por un lado el sentido de identidad y pertenencia sociales se restablecía después del paréntesis individualista posterior a la ruptura de las tradiciones comunitarias, esta nueva identidad no suponía, como había sucedido anteriormente, el predominio de actitudes conservadoras, sino, por el contrario, el desarrollo de un espíritu innovador en el terreno técnico-económico y democrático en el terreno sociopolítico. Aunque el carácter predominantemente humanista de las *Folkehojskolen* parecía limitar su utilidad concreta para el universo rural, esta impresión era correcta sólo de manera parcial; suponer territorios nítidamente separados entre cultura humanista y técnica es un punto de vista tan rígido y estrechamente positivista como la visión liberal que supone una separación neta entre política y economía. En realidad, en el caso danés, el desarrollo cultural del campesinado creó las condiciones para el desarrollo de una actitud abierta a la confrontación de ideas, a la experimentación técnica y al impulso de formas no tradicionales de acción colectiva.

El siguiente paso de las *Folkehojskolen,* casi inevitablemente, debía ser el de las Escuelas Agrícolas, las cuales se vincularon de manera más directa con los problemas y las exigencias rurales más inmediatas. En efecto, las primeras Escuelas Agrícolas se desarrollaron en el camino abierto inicialmente por las Escuelas Superiores Populares. Se gestó una experiencia de capa-

citación técnica de los campesinos que, sin perder su carácter, vinculación y financiamiento locales, comenzó a recibir un apoyo estatal cada vez más sistemático. Las primeras Escuelas Agrícolas nacieron en 1867 y funcionaban fundamentalmente como granjas experimentales en las cuales se impartían cursos formales (química, estudio de suelos, técnicas de riego y drenaje, uso de fertilizantes, rotación de cultivos, selección de semillas, principios de contabilidad) con una duración de entre seis y nueve meses. Normalmente se trataba de internados en los que los jóvenes convivían estudiando e intercambiando experiencias y preocupaciones.

Peter Manniche describe así el sistema de financiamiento de estas escuelas:

> La administración de las Escuelas Agrícolas es similar a la de las Escuelas Superiores Populares y puede resultar asombroso que el gobierno les otorgue importantes subsidios sin exigir algún control [...] Para empezar con la construcción de las instalaciones, la mesa organizadora necesita recoger una sexta parte del capital necesario, el resto será financiado tanto por préstamos gubernamentales con bajas tasas de interés o por otras fuentes crediticias oficiales. En los dos casos el gobierno ayudará en el pago posterior de los intereses. La escuela puede recibir un reembolso gubernamental de hasta 85% por los gastos educativos. Los gastos administrativos y de hospedaje durante los cursos tienen que ser pagados por los propios estudiantes, pero éstos pueden obtener becas dependiendo de sus ingresos o de los ingresos de sus padres.[25]

Sobre este tronco de experiencias y prácticas se desarrollaron posteriormente Escuelas Agropecuarias especializadas, sobre todo en derivados lácteos.

En síntesis, desde la segunda mitad del siglo XIX Dinamarca se convirtió en un país de pequeños productores agrícolas, con una red educativa local cada vez más tupida y, al mismo tiempo, especializada. La importancia de estos acontecimientos resultaría evidente poco después. En 1901, J. C. Christensen, un maestro de aldea, se convirtió en primer ministro, el mismo año en que la mitad de la Cámara Baja estaba compuesta por representantes de granjeros. Pero el dato siguiente resulta tal vez aún más significativo: según una encuesta realizada a fines del siglo XIX acerca de los antecedentes educativos de los presidentes y los administradores de las cooperativas lecheras (el núcleo inicial más poderoso del movimiento cooperativo danés), resultó que 47% había frecuentado una Escuela Superior Popular, 34% una Escuela Agrícola y 62% una Escuela Agropecuaria especializada en derivados lácteos.[26] El nexo entre educación y economía comienza a hacerse explícito.

[25] P. Manniche, *op. cit.*, p. 334.

[26] A. S. Milward y S. B. Saul, *The Economic Development, op. cit.,* y L. Jörberg, "La Revolución industrial en los países nórdicos", en C. M. Cipolla, *Historia económica de Europa,* vol. 4, t. 2, *El nacimiento de las sociedades indusriales (II),* Ariel, Barcelona, 1982.

Cooperación rural e industrialización

Después de haber expuesto algunos de los antecedentes en los terrenos de la cultura y la educación, llegó el momento de describir las características y los rasgos de funcionamiento del movimiento cooperativo danés que hicieron posible que este país dejara en el pasado sus antiguas condiciones de atraso y lograra homologarse, en términos de competitividad y bienestar, a los punteros mundiales de la modernidad técnica y social.

El tránsito masivo del cultivo de cereales a la ganadería (vacas lecheras y cría de puercos) comenzó a darse en Dinamarca desde la década de 1860, en las grandes haciendas con vínculos más estables con el comercio nacional e internacional. El ejemplo fue seguido posteriormente por los medianos y pequeños granjeros bajo el empuje de la crisis propiciada por el bajo precio de los cereales importados. Sobre este esqueleto productivo de ganadería en expansión se desarrollaron las primeras experiencias cooperativas. El movimiento cooperativista no tuvo en Dinamarca un lento y progresivo proceso de asentamiento, sino, por el contrario, un desarrollo explosivo. En 1880 aún no existían granjas lecheras en régimen cooperativo en el país, pero sólo 10 años después ya eran poco menos de 700.[27] Sin embargo, una década antes de las cooperativas de productos lácteos, gracias a la introducción del separador de crema ya existían grandes empresas lecheras que operaban adquiriendo leche de las granjas cercanas. Es frente a estos gérmenes privados de una nueva amplia rama productiva que se perfilaba la que sería la cooperación en el procesamiento de la leche para la producción de mantequilla —una actividad que se desarrolló en un ambiente propicio por las experiencias previas de cooperación en la comercialización de productos varios (herramientas, fertilizantes, etc.) de uso corriente en las granjas—. Pero sólo en 1881 comenzaba en realidad la historia grande, por así decir, del cooperativismo rural en Dinamarca.

En el invierno de ese año un grupo de granjeros de Hjedding, en el noroccidente del país, decidió constituir una cooperativa lechera organizada de la siguiente forma. Los granjeros se comprometían a entregar, para el procesamiento común, toda la leche producida exceptuando la de uso doméstico. Las utilidades obtenidas de la elaboración de los productos lácteos (mantequilla, fundamentalmente) serían distribuidas entre los miembros en proporción al monto de leche entregada por cada uno. Sobre este esquema básico, se insertaron mejoras y enriquecimientos organizativos: desde la recolección de la leche de un distrito por medio de los carros de la cremería cooperativa

[27] L. Jörberg, "La Revolución industrial en los países nórdicos", en C. M. Cipolla, *Historia Económica,* vol. 4, t. 2, *El nacimiento de las ciudades industriales (II),* Ariel, Barcelona, 1982, p. 509.

(a fin de reducir los costos individuales de transporte) hasta el desarrollo de estructuras comerciales por medio de las cuales las sociedades cooperativas se convirtieron en exportadoras de mantequilla, la que sería desde muy pronto la fuente principal de las utilidades.[28]

Este esfuerzo original para combinar la producción individual de la materia prima y el procesamiento cooperativo de la misma se hizo posible gracias al mencionado invento técnico del separador de crema por centrifugado, posteriormente accionado con energía de vapor, que permitía mayores rendimientos de mantequilla por unidad de leche respecto a los anteriores métodos manuales de elaboración por gravedad. Con el invento del separador de crema (de Gustav de Laval, 1878) el escenario rural danés recibió un nuevo impulso transformador. Antes del separador, el procesamiento resultaba provechoso sólo para los grandes productores de leche que podían procesarla *in situ*. Con el separador las cosas cambiaron, pero sin un esfuerzo de organización cooperativa capaz de juntar montos elevados de materia prima a través de varios productores, el invento en cuestión no hubiera podido ser de utilidad práctica para la gran mayoría de los granjeros daneses dada la reducida producción de leche por granja, lo que habría hecho antieconómica la adquisición de separadores que sólo resultaban rentables si se procesaban grandes volúmenes, equivalentes a la producción de entre 200 y 400 vacas. O sea, la innovación organizativa hizo posible la difusión de la nueva tecnología. Los pequeños granjeros, organizados, adquirieron el separador y comenzaron así las lecherías. Del distrito de Hjedding, donde la primera experiencia cooperativa comenzó con la leche de 300 vacas (y donde se asentó el principio fundamental de que cada cooperativista tendría un voto independientemente de la cantidad de leche entregada para la producción común de mantequilla), la experiencia se difundió a todo el país con asombrosa rapidez. Se había encontrado la forma de evitar que los granjeros más acomodados terminaran por controlar la mayor parte del comercio de un producto como la mantequilla, que mostraba tener importantes posibilidades de expansión nacional e internacional. La fórmula cooperativa evitaba un posible proceso de concentración de la riqueza en el universo rural danés y abría las puertas a un desarrollo que produciría en las décadas posteriores altos niveles medios de bienestar rural. En 1890 las cooperativas lecheras ya eran 600 y llegaron a 1 200 en 1910, año en que procesaban 90% de la leche producida en toda Dinamarca.[29] En pocos años la batalla entre cremerías privadas y cooperativas

[28] Véase Frederick C. Howe, *Denmark: A Cooperative Commonwealth,* Brace and Howe, Nueva York, 1921, pp. 34 y ss.

[29] Peter Manniche (*op. cit.,* p. 157) nos informa que en 1975 el número de cooperativas lecheras danesas se había reducido (a través de un largo proceso de fusiones entre varias de ellas a consecuencia de la necesidad de incrementar la escala de operaciones para alcanzar los debidos niveles de competitividad internacional) a 350. Sin embargo, este menor número de cooperativas procesaba el mismo porcentaje de producción lechera nacional de casi un siglo antes.

había sido ganada ampliamente por estas últimas. En 1888 entre los productores de mantequilla había 388 cooperativas y 468 empresas privadas; 20 años después los números respectivos eran 1163 y 255. La ventaja "microeconómica" de las cooperativas sobre las empresas privadas en el sector lechero estribaba en la compulsión cultural a la solidaridad que permitía reducir al mínimo el oportunismo parasitario de parte de los abastecedores de leche, que a menudo, en el caso de las empresas privadas, entregaban un producto de menor calidad a la requerida.[30] Para un miembro de las cooperativas hubiera sido vergonzoso intentar aprovecharse de la buena fe de sus socios y más aún ser expulsado de éstas. En síntesis: la cultura se había vuelto un factor de eficacia económica.

Desde el sector lechero comenzaba un efecto imitación: la experiencia cooperativa exitosa en una rama de producción agropecuaria produjo la clase de impulso para que la experiencia inicial se replicara en otras ramas de actividad. Y no sólo en el sentido horizontal, sino también en el vertical. En efecto, se descubrió muy pronto que se requerían unidades organizativas más amplias para coordinar e impulsar iniciativas capaces de favorecer el desarrollo de las distintas cooperativas lecheras. Se constituyeron federaciones de cooperativas (21 en 1909), además de sociedades para la adquisición común de implementos, maquinarias y productos varios para las cremerías cooperativas, que, dicho incidentalmente, eran ahora favorecidas por los bajos precios de los cereales (parte de la alimentación del ganado) que antes eran una amenaza. Como había sucedido antes con la experimentación educativa, se reproducía un esquema de expansión nacional a partir de iniciativas locales, cuyo progresivo fortalecimiento terminaba por requerir que el Estado interviniera apoyando el desarrollo ulterior de propuestas inicialmente espontáneas. Se había activado un *institutional building* desde la base social rural.[31]

La cooperación iniciada en el sector lechero se reveló no sólo como un instrumento organizativo eficaz para aprovechar mejor los recursos productivos existentes, sino también como una instancia capaz de producir un nuevo entramado de recursos naturales, técnicos y sociales. Los mayores volúmenes productivos permitían reducir costos e introducir sistemas de control de calidad que consolidaban la presencia danesa en los mercados extranjeros. Además, la mejora de los niveles de vida de los productores contribuía al mayor dinamismo de la economía nacional por la vía del nacimiento de nuevas necesidades y el progresivo establecimiento de las condiciones técnico-económicas para su satisfacción. El movimiento cooperativo se convirtió en

[30] Ingrid Henriksen, "Avoiding Lock-In: Cooperative Creameries in Denmark (1882-1903)", *European Review of Economic History,* vol. 3, núm. 1, 1999, pp. 60 y 67.

[31] Véase Christine Trampusch y Dennis C. Spies, "Agricultural Interests and the Origins of Capitalism: A Parallel Comparative History of Germany, Denmark, New Zealand, and the USA", *New Political Economy,* vol. 19, núm. 6, 2014, p. 930, una experiencia agraria que tiene alguna similitud con la de Nueva Zelanda.

el mayor elemento dinámico de una economía que, a partir de elevados niveles de productividad en las actividades rurales, iba alimentando modalidades específicas de desarrollo económico e industrial a través de encadenamientos hacia adelante y hacia atrás. No sorprende que frente a un escenario de crecimiento y cambio estructural, el Estado terminara por convertirse en factor de apoyo (técnico, crediticio, etc.) de iniciativas económicas con gran fuerza, tanto económica como social.

El cooperativismo agropecuario no se limitó a las cremerías. En realidad, éste no fue sino el primer paso: encontrada la *fórmula,* todo parecía ordenarse de manera favorable para su repetición en otros ámbitos y para el desarrollo de interdependencias virtuosas. El suero que las cremerías cooperativas obtenían como subproducto de la elaboración de la mantequilla era entregado a los criadores de puercos que lo utilizaban como complemento alimenticio en la cría de los animales. El consiguiente aumento en la producción de carne de cerdo estuvo asociado, en efecto, a la consolidación de las primeras cooperativas para la elaboración de jamón y tocino, también destinados en gran medida a la exportación.

No es asombroso que la idea inicial de una cooperativa de carnes frías viniera del director de una *Folkehojskole* interesado en eliminar las cadenas de intermediarios que concentraban las utilidades para los comerciantes. A fines de 1887 (seis años después de la primera cooperativa lechera) nacía en la ciudad de Horsens (en el oriente de la península) el primer matadero cooperativo: 1 200 granjeros se comprometían a proporcionar 10 000 cerdos anualmente por un periodo de siete años con el objetivo de exportar tocino a Inglaterra. Esta nueva empresa fue amenazada desde sus comienzos por los intereses comerciales que resultaban afectados. Los antiguos intermediarios ofrecieron de pronto precios más elevados para la compra de los cerdos, tratando de reducir así las entregas, pero la maniobra fracasó y la nueva empresa tuvo un éxito tan considerable que para fines de 1888 ya habían sido creadas otras cuatro cooperativas similares. "Fue un éxito enorme. Toda la operación fue más ambiciosa que la de las cooperativas lecheras: se requería más capital y fuentes más amplias para el abastecimiento de materia prima [...] Para 1914, 53% de las propiedades con cría de cerdos en Dinamarca entregaban sus animales a las cooperativas."[32]

Siguiendo esquemas parecidos, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX se desarrollaron muchas otras experiencias cooperativas, entre las cuales la más importante sería la de la exportación de huevo. Para comienzos del nuevo siglo, el movimiento cooperativo danés ya era una abigarrada, extensa

[32] A. S. Milward y S. B. Saul, *op. cit.,* p. 507. Según información de Peter Manniche (*op. cit.,* pp. 159-160), en 1955 las cooperativas productoras de carne de cerdo tenían una media de 3 000 miembros y empleaban en promedio a 127 personas. En 1972 las cooperativas se habían reducido (a través de fusiones sucesivas) a 27 (de 62 que eran en 1962), mientras quedaban sólo cuatro empresas privadas que procesaban únicamente 9% de la producción nacional de cerdos.

CUADRO V.1. *Movimiento cooperativo (número de miembros, miles)*

Cooperativas de distribución (tiendas)	244
Cooperativas lecheras	190
Cooperativas productoras de tocino	135
Cooperativas de exportación de huevo	45
Cooperativas para la compra de fertilizantes	70
Cooperativas para la compra de alimentos animales	44

FUENTE: F. C. Howe, *Denmark: A Cooperative Commonwealth, op. cit.,* p. 133.

y arraigada realidad económica que cubría prácticamente todo el país con estructuras productivas y comportamientos económicos de gran originalidad en el marco de las estructuras prevalecientes del capitalismo europeo. Para 1916, la extensión de las cooperativas danesas había alcanzado el nivel que resulta de los datos que aparecen en el cuadro V.1.

Estos datos no agotan la variedad y la extensión del movimiento cooperativo danés en la década de 1910. Habría que añadir los de las sociedades cooperativas de ahorro, los de las cooperativas bancarias para el financiamiento de actividades específicas, los de las cooperativas de cooperativas, etc. En síntesis: a mediados de la década de 1910 podía estimarse la membresía conjunta del movimiento cooperativo danés en alrededor de un millón de personas. Ahora, para tener una idea del significado de esta cifra será suficiente mencionar que en el periodo en cuestión la población económicamente activa oscilaba alrededor de 1.3 millones de personas y que la población total apenas llegaba a los tres millones. Aun considerando que debía haber muchas personas con membresía en más de una cooperativa, estos datos son suficientes para tener una idea de la extensión del movimiento. En tres décadas Dinamarca se había convertido en un país de cooperativas, en el símbolo mundial del éxito de una forma de organización que intentaba fusionar dos territorios generalmente contrapuestos: competitividad y solidaridad. Una forma no individualista de cultura empresarial, un triunfo *ex post* de Grundtvig, podría decirse.

El apoyo frecuente del Estado fue otorgado en múltiples formas a un movimiento que pronto mostró ser de importancia decisiva en la promoción de empleos, en la demanda creciente dirigida a otros sectores de la economía y en el impulso a las exportaciones. El gobierno no promovió el movimiento cooperativo, pero, una vez reconocida su importancia, lo favoreció en distintas formas: créditos en condiciones de tasas de interés y plazos más favorables que los del mercado, promoción de ferias y encuentros campesinos, financiamiento parcial del apoyo técnico al campo y a las cooperativas (40% del salario de los asesores en 1887), etc. Una y otra vez parece repetirse el mismo esquema básico: las iniciativas surgen de la sociedad y sólo posteriormente el

Estado interviene otorgando su apoyo. Así sucedió tanto en la educación popular y agrícola como en las cooperativas y en el sistema de seguridad social que da sus primeros pasos sobre la base de iniciativas autónomas de diversos grupos de trabajadores en los terrenos de la salud, el desempleo, las pensiones, la vivienda popular, etcétera.

Otro aspecto que merece ser subrayado es la política agraria de la socialdemocracia danesa (el partido nació en 1871); desde su IV Congreso (Copenhague, junio de 1890) impulsó una política que —como correspondía al esquema lasalleano en parte contenido en el Programa de Gotha de la socialdemocracia alemana en su proceso de unificación entre lasalleanos y marxistas en 1875— apuntaba hacia asociaciones productivas de los trabajadores con apoyo estatal; mismo esquema de acción que, por cierto, había sido duramente criticado por Marx en su famosa *Crítica del Programa de Gotha*. Hay aquí dos aspectos que quizá sea oportuno considerar, aunque sea de paso. El primero es que la experiencia cooperativa danesa no había surgido por la iniciativa del Estado (como lo requería el programa político de Ferdinand Lasalle), sino por una iniciativa independiente de granjeros que, posteriormente, había sido reconocida merecedora de apoyo público debido a su relevancia económica y social. El segundo aspecto es que la crítica marxiana de 1875 al Programa de Gotha, que sancionaba el nacimiento del Partido Socialista Obrero (futuro Partido Socialdemócrata), surgía de una visión doctrinaria que contrastaba el texto del programa tanto con la teoría del valor desarrollada por Marx en *El capital,* como con los objetivos revolucionarios de una clase obrera organizada. En Gotha se sostenía que: "Para preparar el camino a la solución del problema social, el Partido Obrero Alemán exige que se creen cooperativas de producción con la ayuda del Estado […] las cooperativas deberán llamarse a la vida en proporciones tales que de ellas surja la organización socialista de todo trabajo".[33]

Era evidente un utopismo socialdemócrata que asignaba al Estado la tarea de guiar en lo inmediato la construcción de una sociedad socialista. A lo cual Marx contestaba denunciando la herencia de Lasalle como una "panacea del profeta" y la "fantasía de que con empréstitos del Estado se puede construir una nueva sociedad como se construye un nuevo ferrocarril",[34] una crítica puntual, independientemente de la cuestionable adherencia marxiana entre las tareas inmediatas de un partido de los trabajadores con el gran diseño histórico de una futura sociedad comunista.

Para los socialdemócratas daneses, en un país predominantemente agrícola, hubiera sido poco realista organizarse desde una perspectiva política construida sólo alrededor del proletariado industrial. El camino escogido fue otro y los condujo a exigir medidas estatales de apoyo a los pequeños campesinos,

[33] G. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. III, Progreso, Moscú, 1976, p. 21.
[34] *Idem.*

apoyo a la educación rural y a las cooperativas. Y sobre estas bases el Partido Socialdemócrata danés se convirtió en el primer ejemplo europeo (y tal vez mundial) de un partido ideológicamente marxista con una fuerte base campesina.[35] Como había ocurrido en Suecia, donde el Partido Socialdemócrata lanzó el objetivo de hacer del país una casa para el pueblo (poniendo en un segundo término los objetivos exclusivamente obreros de la organización), así ocurrió en Dinamarca, cuya socialdemocracia se presentó desde 1934, con Thorvald Stauning, como partido de todo el pueblo.[36]

Hasta aquí hemos centrado la atención más en los aspectos cualitativos que en los cuantitativos del desarrollo rural en Dinamarca. Es oportuno invertir ahora los términos y dedicar alguna atención a los efectos cuantitativos derivados de las modalidades específicas del desarrollo agrario y agroindustrial danés. Resultará evidente que las cooperativas no fueron en este país un simple instrumento de solidarismo rural, sino, mucho más que eso, una poderosa palanca de desarrollo económico.

Dinamarca tenía cierta tradición ganadera desde varios siglos antes del *boom* cooperativo. En tiempos de la Liga Hanseática se enviaba por barco desde Copenhague ganado vivo a los mercados de Londres y Ámsterdam. Así, ya en 1861 cerca de 40% de la tierra cultivada era sembrada con forraje. Sin embargo, este porcentaje debía crecer considerablemente en las décadas siguientes a consecuencia del auge ganadero derivado de los bajos precios de los cereales y de la progresiva transformación de la ganadería, como empresa de campesinos ricos, en actividad rural difundida.

Entre comienzos de la década de 1870 e inicios del siglo xx, las cabezas de ganado vacuno aumentaron cerca de dos veces (llegando a 2.3 millones de cabezas en 1910) y el ganado porcino se multiplicó 5.6 veces (llegando a 1.5 millones de cabezas en 1910). A estos incrementos, ya de por sí notables, hay que añadir los que corresponden a los productos derivados de la cría de animales. Así que en el mismo periodo la producción de mantequilla creció cuatro veces, la de leche 3.5 veces, la de huevo seis veces y la de tocino 5.5 veces. Frente a esta explosión ganadera y agroindustrial, la producción de cereales registró un incremento global de sólo 36%. Aun así, la producción de papa mostró contrabalancear con creces el escaso crecimiento cerealero; en efecto, en el periodo en cuestión, el volumen de producción de papa se incrementó 17 veces.[37]

[35] Véase Hans Georg Lehmann, *Il dibattito sulla questione agraria nella socialdemocrazia tedesca e internazionale,* Feltrinelli, Milán, 1977, pp. 58-59.

[36] Lars Bo Kaspersen, "The Formation and Development of the Welfare State", en J. L. Campbell *et al., National Identity and the Varieties of Capitalism: The Danish Experience,* McGill-Queen's University Press, Montreal, 2006, p. 119.

[37] Los datos citados hasta aquí provienen de A. S. Milward y S. B. Saul, *op. cit.;* L. Jörberg, "La Revolución industrial…", *op. cit.,* y B. R. Mitchell, "Apéndice estadístico", en C. M. Cipolla, *Historia económica de Europa,* t. 6, Ariel, Barcelona, 1980.

CUADRO V.2. *Cabezas de ganado (por cada 1 000 habitantes en 1910)*

	Dinamarca	*Suecia*	*Alemania*	*Francia*	*Italia*	*Gran Bretaña*
Vacas	793	491	359	349	174	166
Cerdos	517	182	439	166	69	57

FUENTE: Cálculos sobre datos de *The Cambridge Economic History of Europe,* vol. 6; y B. R. Mitchell, *op. cit.*

Notemos de paso que mientras se registraban estos incrementos de la producción agrícola-ganadera, la población danesa pasaba de 1.8 a 2.8 millones de habitantes, un aumento global de 56%. O sea que en cerca de 40 años el único rubro de producción que mostró un crecimiento inferior al de la población fue el cerealero, cuyos precios pasaban por un largo periodo de estancamiento y contracción. En los demás rubros, el producto rural creció varias veces más que el incremento demográfico.

Fijémonos por un momento en el acervo ganadero danés de 1910 comparándolo con el de otros países europeos. Un criterio tan válido como cualquier otro puede ser el de determinar el número de cabezas de ganado por cada 1 000 personas. El resultado se muestra en el cuadro V.2.

En 1910, Dinamarca era probablemente el único país de Europa que (sumando vacas y cerdos) tenía una población ganadera mayor a la población humana: 2.9 millones de personas frente a 2.3 millones de cabezas de ganado vacuno y 1.5 millones de cabezas de ganado porcino. A comienzos del siglo ya era evidente el éxito explosivo de la ganadería danesa tanto en términos absolutos como en relación con los otros países de Europa;[38] un éxito, por cierto, de amplias bases sociales, construido sobre el aún históricamente joven tejido de las granjas familiares de pequeñas y medianas dimensiones.

Además de estos datos, es oportuno recordar que en el mismo periodo considerado antes la agricultura danesa llegó a establecerse como una de las más productivas de Europa en términos de rendimientos físicos por hectárea. Los rendimientos daneses en trigo y papa eran considerablemente superiores a los holandeses (la agricultura más avanzada y de mayor tradición europea), mientras que en centeno, cebada y avena la ventaja holandesa era poco relevante. Unos datos más: mientras la agricultura danesa producía un promedio de 33 toneladas de trigo por hectárea, la agricultura francesa obtenía 13 toneladas y, en cebada y papa la comparación entre estos mismos países arrojaba, respectivamente, los siguientes datos: 23 toneladas frente a 14 y 148 toneladas frente a 86. La elocuencia de los números exime de todo comentario.

[38] Registremos, como curiosidad estadística, que en 1969 los coeficientes ganado/población se habían modificado de la manera siguiente: 612 para el ganado vacuno y 1 632 para el porcino; OCDE, *Labour Force Statistics* (1965-1976), OCDE, París, 1978, y B. R. Mitchell, *op. cit.*

CUADRO V.3. *Exportaciones agrícolas danesas (promedios anuales)*

	Mantequilla (miles de toneladas)	*Jamón y tocino (miles de toneladas)*	*Huevos (miles)*
1881-1885	15.6	7.9	478
1911-1915	99.4	128.8	3596

FUENTE: F. C. Howe, *op. cit.,* p. 17.

Sin embargo, los progresos agrícolas daneses no se limitaron al periodo entre el fin de un siglo y los comienzos de otro. Aunque el periodo posterior no sea de interés para nosotros (considerando que el proceso de salida del atraso puede suponerse concluido en Dinamarca alrededor de la primera Guerra Mundial), quizá resulte oportuno señalar que en el periodo entre 1911-1915 y 1966-1970, mientras la población ocupada en agricultura se reducía 45.5%, el volumen de producción agrícola crecía 142.1%, lo cual significa que en el segundo periodo cada agricultor producía medianamente tres veces más respecto al periodo inicial.[39] Si comparamos Dinamarca con Holanda en términos de productividad del trabajo agrícola entre 1890 y 1930, otra vez los datos son elocuentes. En la primera fecha la productividad del trabajo en Dinamarca era cerca de la mitad respecto a Holanda; 40 años después, la productividad danesa era más de 30% superior.[40]

Si la cooperación fue el factor interno fundamental del éxito agrícola danés, las exportaciones constituyeron la cara exterior de ese mismo éxito. Entre 1870 y 1910, las exportaciones danesas crecieron entre tres y cuatro veces y el componente agrícola en el total exportado se mantuvo en un porcentaje oscilante entre 80 y 90%. El dato esencial en la composición de estas exportaciones en las últimas décadas del siglo XIX fue la progresiva pérdida de importancia de los cereales y el crecimiento acelerado de los productos elaborados a través de los canales cooperativos. En efecto, si comparamos la composición de las exportaciones agrícolas danesas entre 1875-1879 y 1900-1909, resulta que la mantequilla pasa de 23 a 47%, las carnes elaboradas de cerdo de 17 a 26% y el huevo de 1 a 8% del total.[41] Considerando que el destino prioritario de las exportaciones era Inglaterra, no asombra que se dijera que Dinamarca era el abastecedor externo del típico *breakfast* inglés. Siempre a propósito de los ingredientes del desayuno —que circunstancialmente eran también los productos de los tres sectores más exitosos del movimiento coo-

[39] Cálculos sobre la base de datos de L. Jörberg y O. Krantz, "Escandinavia: 1914-1970", en C. M. Cipolla, *Historia económica de Europa,* vol. 6, Ariel, Barcelona, 1980, p. 47.

[40] *Cf.* Ingrid Henriksen, "Agriculture in Denmark (1870-1939)", trabajo presentado en el XIV International Economic History Congress, International Economic History Association, Helsinki, agosto de 2006, p. 9.

[41] P. Bairoch, *Commerce…, op. cit.,* p. 264.

perativo danés— vale la pena mencionar que las exportaciones siguieron el comportamiento que muestra el cuadro v.3.

Estos datos indican que el éxito exportador danés fue, antes que cualquier otra cosa, un éxito agroindustrial y cooperativo.

Hacia fines de la década de 1920, el total de las exportaciones agrícolas danesas arrojaba un promedio de 600 dólares anuales por cada granja y dotaba al país de grandes recursos de divisas para el financiamiento de sus importaciones, permitiendo un considerable flujo de recursos hacia pequeños productores cuyo bienestar se convertía en un motor dinámico para el crecimiento económico global. A pesar de lo anterior, el desarrollo acelerado del país en el periodo entre los dos siglos requirió de la amplia contratación de créditos externos. Solamente entre 1899 y 1912 la deuda neta externa de Dinamarca se multiplicó más de cuatro veces.[42]

Y llegamos así al aspecto que, sin excesiva violencia analítica, habíamos podido hasta ahora dejar en una zona de sombra: la industrialización. A consecuencia del creciente bienestar rural desde mediados del siglo XIX (como resultado de las oleadas sucesivas de cambios agrarios que terminaron por consolidar una pequeña propiedad rural difundida en el territorio) fue activándose un desarrollo de actividades manufactureras que desde entonces y durante cerca de 60 años viajó a una tasa media anual cercana a 5%: ¡lo que significó multiplicar la producción inicial por casi 19 veces! Desde sus comienzos las manufacturas se orientaron al mercado nacional produciendo bienes tales como ropa, tabaco, cerveza, azúcar refinada, harina, fertilizantes, cemento, materiales para la construcción, equipo y herramienta agrícola. La característica básica de las primeras décadas de industrialización danesa es que se trató de un proceso guiado casi exclusivamente por un mercado interno en expansión. No existió aquí un estímulo inicial a la exportación manufacturera para el financiamiento de las importaciones necesarias de materias primas, bienes intermedios o bienes de capital. El éxito exportador de la agricultura danesa limitó la necesidad de una búsqueda agresiva de mercados exteriores para los productos manufacturados. Y, por otro lado, la continua expansión del mercado nacional resultó ser condición suficiente para sostener una tasa de crecimiento industrial cuyo valor medio anual, como hemos visto, se mantuvo en niveles muy elevados por un largo periodo.

A pesar de la creación de nuevas empresas en la década de 1870, la industria todavía era una presencia marginal en el conjunto de la economía nacional. La aceleración se dio sobre todo a partir de la década de 1890, cuando la tasa media anual de aumento del producto industrial alcanzó valores cercanos a 7%. Es plausible suponer que esta aceleración se debió a tres razones básicas: *1)* el aumento de la demanda de equipo y maquinaria para las actividades agroindustriales que desde la década de 1880 habían comenzado su gran

[42] L. Jörberg, "La Revolución industrial…", *op. cit.,* p. 50.

ciclo ascendente con el *boom* del movimiento cooperativo; a esto hay que añadir la demanda de materiales para la construcción de las nuevas instalaciones cooperativas, etc.; *2)* la consolidación (mediante el aumento de empleos y niveles de ingreso) de grados de bienestar que implicaron un incremento en la demanda de bienes de consumo para la población, y *3)* el gran impulso a la red nacional de comunicaciones que (vía ferrocarril y *ferryboat*) desde la década de 1880 había asumido un peso de considerable significación: los kilómetros de vías de ferrocarril se duplicaron entre 1880 y 1910.

Entre 1897 y 1914, el empleo industrial pasó de 73 000 a 108 000 personas. Sin embargo, el crecimiento acelerado partía de valores iniciales relativamente reducidos. Cuando en 1900 Dinamarca tenía un empleo industrial poco superior a 70 000 empleados, Suecia registraba más de 293 000: cuatro veces más, teniendo este último país, en la época, sólo el doble de la población danesa. Los ocupados industriales daneses se distribuían así: metal y maquinaria: 23%; alimentación: 23%; textil y ropa: 19%; minerales no metálicos: 15%, etc. Esta distribución revela dos datos significativos: las ramas manufactureras que a fines del siglo absorbían mayor número de trabajadores eran justamente alimentos, metal y maquinaria, o sea, respectivamente, las actividades ligadas al *boom* cooperativo, al desarrollo de la red de ferrocarril y del *ferryboat* y a la demanda de equipo, maquinaria y herramienta tanto para las nuevas instalaciones cooperativas como para una actividad agrícola que el auge ganadero empujaba hacia crecientes niveles de tecnificación.

Es notable en el caso de Dinamarca la ausencia de un sector industrial específico que ejerciera un papel de arrastre frente al resto de las actividades manufactureras. El crecimiento industrial fue aquí más paulatino, sin experimentar los traumáticos ajustes asociados al *boom* del algodón en Inglaterra o del acero en Alemania. Si bien estaba apoyada en bases rurales sólidas y en comportamientos macroeconómicos asociados a aquellas mismas bases, la industrialización danesa desde las décadas de 1880 y 1890 siguió en lo sustancial un esquema de sustitución de importaciones basado en niveles arancelarios para productos manufacturados bastante elevados respecto a otros países europeos.[43] Aún en 1913 sólo 6% del producto industrial del país era exportado, frente a 63% de su producto agrícola. Si otorgamos a la media europea de producción industrial per cápita en 1900 el valor de 100, Dinamarca registraba un valor de 85. Señalemos que el país se encontraba aquí en buena compañía: Holanda, en efecto, también presentaba un índice inferior a la media europea. No obstante, países como Inglaterra, Bélgica, Francia y Suecia mostraban, respectivamente, los siguientes índices: 254, 230, 140 y 104. Había entonces un retardo en términos de industrialización en el caso de Dinamarca que, si bien no había impedido al país convertirse en una economía próspera y di-

[43] P. Bairoch, *Commerce..., op. cit.,* pp. 48, 53 y 266.

námica, implicaría en el futuro el surgimiento de recurrentes problemas en la balanza de pagos.

Que el retardo industrial no hubiera sido un factor de peso capaz de evitar la salida del atraso de Dinamarca es evidente cuando se considera que en 1900 el PIB per cápita danés ya era superior al de países como Suecia (cuyo desarrollo industrial en las décadas anteriores había sido mucho más decidido), Holanda y Francia, sin considerar, obviamente, países como Grecia, España, Rusia o la mezcla de nacionalidades del Imperio austrohúngaro. Insistamos sobre este aspecto: a pesar del retardo industrial de Dinamarca, el año anterior a la primera Guerra Mundial sólo había en Europa tres países con un PIB per cápita superior al danés: Gran Bretaña, Suiza y Bélgica, tres países que habían antecedido en varios siglos a Dinamarca en las transformaciones agrarias y en el camino de la industrialización; le llevaban una ventaja de más de un siglo.

Una doble alteración

En los momentos en que la sociedad danesa experimentaba un proceso de transformación con rasgos históricos originales, los ojos del mundo miraban hacia otras partes, donde la historia estaba cargada de un mucho mayor dramatismo y trascendencia: la colonización de África, el surgimiento de los Estados Unidos como nueva potencia mundial, el desmembramiento del Imperio chino, las conquistadas unidades nacionales de Italia y Alemania. ¿A quién podía interesarle lo que ocurría en un pequeño país del norte de Europa?

Dinamarca había perdido o estaba perdiendo sus antiguas colonias en distintos continentes; no produjo una gran cultura que pudiera compararse con las de Francia o Alemania y ya no disponía del poderío militar de algunas generaciones antes. No podía entonces convertirse a los ojos de Europa y del mundo en un paradigma de desarrollo cuyas enseñanzas pretendieran ejercer algún encanto político o intelectual fuera de sus estrechas fronteras. Un pequeño país —del mismo tamaño de Suiza o de la Aquitania francesa—, que no había sido recorrido ni por los grandes comercios en los siglos anteriores ni por las corrientes de la gran cultura europea, no podía exigir para sí un lugar privilegiado en la atención del mundo cuando el capitalismo inglés creaba tecnologías nuevas, cuajaba las instituciones liberales que terminarían por ser el símbolo político del capitalismo y conquistaba medio mundo. Frente al dramático escenario mundial lleno de banqueros, comerciantes, barcos o ejércitos ingleses, franceses, estadunidenses, alemanes o rusos, una experiencia económica como la danesa, basada en educación popular, cooperativas y bienestar campesino, debía ceder inevitablemente el paso y desdibujarse en las sombras de las experiencias nacionales que concentraban sobre sí las *limelights* de la historia mundial. Sin embargo, y a pesar de todo, tenemos aquí una experiencia importante principalmente en la medida en que permite redescubrir una ob-

viedad a menudo olvidada, o sea, que la historia mundial del capitalismo es más rica en manifestaciones que la historia de Inglaterra, de Holanda o de cualquier país, por paradigmática que haya llegado a ser su experiencia específica.

La historia danesa de salida del atraso económico (un país militarmente fuerte con estructuras sociales y económicas todavía feudales en gran parte del siglo XVIII) se mueve por completo en un marco capitalista. Más allá del entusiasmo que ha inducido a algunos observadores a creer que Dinamarca pudiera considerarse como una especie de tercera vía (entre capitalismo y socialismo), la realidad parece menos épica. Entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, no hay en este país ningún intento por construir una sociedad completamente nueva. Nada parecido a las misiones de los jesuitas en el Paraguay del siglo XVII o a los *ateliers nationaux* del París de 1848. Ningún *pathos* que anuncie gestas heroicas o traumas sociales profundos. No obstante, en el marco de una realidad capitalista incuestionada, la experiencia danesa muestra rasgos de una originalidad que necesita ser subrayada. Antes de considerar estos elementos originales, veamos aquellos que no lo son.

No es original —pero sí históricamente decisivo— que la salida del atraso económico se dé en Dinamarca en forma paulatina y simultánea con un proceso de integración nacional. Una administración central fuerte (frente a intereses regionales de tipo señorial) y un decidido empuje hacia una tenencia de la tierra socialmente difundida fueron precondiciones esenciales para vencer los rasgos de agudo dualismo que persistían en la sociedad y en la economía danesas hasta fines del siglo XVIII. La integración (en los terrenos de la economía y de la cultura) fue acelerada por el sufragio universal, la expansión de la red de transporte y comunicaciones y la manifestación temprana de la escasez de fuerza de trabajo. Esta escasez (asociada a una estructura agraria basada en la pequeña y mediana propiedad) presionó el aumento de los salarios reales, indujo la necesidad de innovación, la búsqueda de nuevos mercados y el desarrollo del mercado interno. "Los salarios agrícolas en Dinamarca aumentaron 11% en términos reales entre 1875-1876 y 1890-1891, pero desde entonces crecieron más de 100% en las dos décadas siguientes. Una productividad en aumento permitió a los granjeros pagar salarios más altos, pero, además, se vieron forzados a hacerlo considerando la existencia de oportunidades de trabajo en otras partes de la economía."[44]

No asombra entonces que G. D. H. Cole sostuviera que "en 1914, en verdad, los trabajadores daneses eran de los mejor pagados y más fuertemente organizados de Europa".

La originalidad histórica del país frente a los modelos capitalistas dominantes en Europa (y frente a las concepciones teóricas que han estilizado ana-

[44] A. S. Milward y S. B. Saul, *op. cit.,* p. 511. Entre 1877 y 1912 los salarios rurales en Dinamarca aumentaron 2.5 veces contra un aumento de 26% en Inglaterra y 35% en Alemania; véase I. Henriksen, "Agriculture…", *op. cit.,* p. 15.

líticamente historias nacionales que terminaron por convertirse en paradigmáticas) estriba, en primer lugar, en una experiencia de aceleración económica sin centralidad industrial. Ya vimos en la primera parte de este libro cómo el desarrollo de la agricultura (aumento de la producción y cambio de las estructuras socioproductivas) constituyó un *prius* histórico de todo desarrollo económico posterior, y vimos cómo esto valió también para Inglaterra, Holanda, Suecia, etc. La singularidad danesa radica en que la agricultura fue aquí, además de condición previa, la base operativa de la modernización capitalista de las estructuras económicas nacionales. La pequeña Dinamarca altera verdades profundamente arraigadas, mostrando la viabilidad de un acelerado desarrollo capitalista sin hegemonía industrial. Tal vez por sus pequeñas dimensiones asociadas con la función internacional de abastecedora de productos agrícolas altamente codiciados en los tiempos de la reina Victoria, o tal vez por otras razones, el hecho es que este país rompe el esquema que simplificadoramente tiende a hacer convivir modernización e industrialización.

Es obvio que esta ruptura no puede llevarse conceptualmente tan lejos que se deje de reconocer el crecimiento industrial danés desde la última década del siglo XIX. Y es obvio también que esta experiencia no puede pretender convertirse en algo parecido a un modelo abstracto de "desarrollo sin industrias". El primer olvido produciría una deformación de la realidad histórica y la segunda ilusión produciría una visión arcádico-jeffersoniana de una agricultura localmente autosuficiente. Sin embargo, y más allá de deformaciones, ilusiones o tentaciones, queda el hecho de que, sobre bases agrarias, Dinamarca construyó los cimientos sociales y económicos de su modernidad. Si este camino pudo en el pasado o pudiera en el futuro ser recorrido por otros países es tema que no tocaremos. Sea suficiente aquí registrar la existencia de un camino diferente.

Pero la carga de heterodoxia implícita en el caso danés no se agota en lo anterior. En efecto, ¿cómo hacer encajar a las cooperativas en nuestras visiones acerca del individuo como cimiento esencial de la aventura del capitalismo? La secuencia histórica nos entrega un camino entre comerciantes y mercaderes seguidos por prestamistas y banqueros, que llega finalmente a empresarios industriales: siempre individuos, organizados entre sí (la Liga Hanseática, por mencionar un solo ejemplo), vinculados con sus gobiernos, pero individuos. Ésta, al menos, es la idea dominante, y aunque haya que podarla de todas sus ricas floraciones mítico-ideológicas que en nombre del "yo" terminan por ocultar el "nosotros" que se llama capitalismo (en la suposición ingenua que del primero al segundo haya una relación directa y continua), habrá que reconocerle ciertos márgenes de crédito. El empresario que hizo la revolución industrial en Inglaterra, antes de que la historia lo convirtiera en institución (en el sentido de símbolo de una organización productiva compleja con una voluntad institucionalmente organizada), fue un "individuo".

Antes de los estudios de Galbraith sobre la organización industrial estadunidense, tanto Keynes como Schumpeter o Walther Rathenau tenían plena conciencia de que la historia del capitalismo era la historia de la institucionalización progresiva de la economía; historia de una organización que termina por envolver y fagocitar a su propio creador. El capitalismo se ha convertido históricamente en un producto capaz de reducir a su creador en un *apprenti sorcier*.

Y sin embargo, el legítimo rechazo de ciertas visiones que hacen del individuo el rey absoluto de una visión "selvática" del capitalismo no puede llegar tan lejos como para olvidar su función decisiva en la elaboración de la red que terminaría por regular y condicionar sus propios movimientos. Así que, más o menos mitologizados, desde la segunda mitad del siglo XVIII tenemos individuos emprendedores como células hiperactivas de un organismo cuya evolución terminará por denominarse capitalismo industrial.

Bien, muy poco de esto encontramos en el caso de Dinamarca. El gran salto económico se da aquí teniendo como factor dinámico y organizador ya no al individuo, sino a un conjunto de individuos que renuncian a la plena libertad en beneficio de su acción colectiva. Las cooperativas, justamente. El capital social "invertido" secularmente en las antiguas comunidades rurales, así como las redes de conexiones en una sociedad civil que desde fines del siglo XVIII crea clubes y asociaciones urbanas, aldeanas y rurales con la inspiración de diseminar las ideas del contemporáneo pensamiento iluminista, además de revistas y periódicos, terminará por desembocar en las Escuelas Superiores Populares y en las primeras cooperativas. Un camino que va de cooperativas de comercio al por mayor a los bancos de ahorro locales hasta llegar a las primeras cooperativas lecheras y las que seguirán.[45]

Por lo pronto, esta novedad implica la apertura hacia una duda inesperada: tal vez el individuo (la incondicionada libertad de acción económica para el empresario individual) no sea condición única e imprescindible para el desarrollo económico sobre bases capitalistas. Dicho de otra manera: las funciones del empresario (en el sentido schumpeteriano) pueden ser desempeñadas por estructuras que desde los comienzos operen como factores organizadores globales de una economía capitalista. El espíritu comunitario y la educación rural hicieron posible en forma temprana lo que sería en otros países un resultado histórico postrero: el desarrollo de un sujeto empresarial colectivo administrador de unidades productivas de gran complejidad. En Dinamarca, el sujeto colectivo anticipó la conformación de las grandes unidades productivas complejas.

[45] Véase Gunnar Lind Haase Svendsen y Gert Tinggaard Svendsen, *The Creation and Destruction of Social Capital: Entrepreneurship, Co-Operative Movements and Institutions,* Edward Elgar, Cheltenham, 2004, pp. 66-77.

En conclusión, en el norte de Europa, fragmentado en un absurdo número de islas, hay un pequeño país cuya historia rompe esquemas y nos obliga a pensar siguiendo líneas de reflexión imprevistas. Dinamarca encarna una doble alteración de esquemas analíticos convertidos en verdades axiomáticas. Si el capitalismo moderno fuera la síntesis histórica de individuo creador y de la industria, la experiencia histórica danesa sería incomprensible. La consolidación de una estructura capitalista moderna tuvo aquí dos cimientos distintos: las cooperativas y una dinámica agricultura exportadora.

VI. JAPÓN: UN PRECOZ CAPITALISMO DE ESTADO

La originalidad histórica y el riesgo del exotismo

Parafraseando el aforismo de George Orwell podría decirse: todos los países (como cruce de historias, culturas y recursos) son únicos, pero algunos son más únicos que otros. Éste es el caso de Japón. La condición física de insularidad, el rígido aislamiento del resto del mundo que el país experimentó por más de dos siglos hasta mediados del siglo XIX, una experiencia de feudalismo centralizado, la sincronía entre capacidad de cambio económico y formas políticas autoritarias han contribuido a hacer de Japón un caso original cuyo estudio pone en estado de tensión las inferencias derivadas del análisis de otras experiencias históricas de desarrollo tardío.

Sin embargo, es oportuno evitar el exotismo cuando se reflexiona acerca del recorrido japonés y de las modalidades específicas con las que fue capaz de superar, en un tiempo muy corto (como en Suecia y Dinamarca), el rezago histórico acumulado frente a las mayores economías de Occidente. La excepcionalidad no justifica el deslumbramiento acrítico. Chalmers Johnson recuerda que Venecia, a lo largo del medio milenio, entre 1310 y 1796, presentó algunos rasgos similares a Japón y produjo sentimientos parecidos en aquellos que la miraban desde fuera. La ciudad adriática, si bien respetada y envidiada por su poderío y riqueza, nunca fue amada y siempre fue objeto de suspicacia, entre otras cosas, por su condición de república sin democracia y por su oligarquía de familias poderosas.[1]

En las décadas posteriores a la segunda Guerra Mundial, Japón se convirtió a los ojos de los observadores occidentales en una especie de utopía capitalista: un territorio semimítico de inalcanzables perfecciones productivas y envidiables, y virtualmente incomprensibles armonías sociales. Todo lo que se refería a este país parecía rodeado por un aura de eficiencia, orden social y grandes utilidades, con el consiguiente encanto ejercido sobre políticos y empresarios occidentales envueltos en una realidad en la que, en mayor o menor medida, el conflicto parecería ser el dato permanente de la vida económica, social y política. De alguna manera, Japón terminó por asumir, en la óptica de Occidente, los rasgos de una utopía realizada, hipostatización de un sueño

[1] Chalmers Johnson, *Japan. Who Governs? The Rise of the Developmental State,* W. W. Norton, Nueva York, 1995, pp. 22-24.

occidental. Aunque, al margen, el encanto utópico comenzó a desdibujarse desde fines del siglo XX con el largo ciclo de bajo crecimiento que caracterizó al país ante la explosión económica de su vecino de enfrente, China.

Habrá que evitar el riesgo de convertir a Japón en una especie de modelo para los deseos incumplidos, a veces inconfesados, de las élites occidentales. Es inevitablemente alta la fascinación hacia un país que en un puñado de décadas pasó de una antigua condición de atraso a ser una de las mayores potencias económicas del siglo XX. Pero se corre el riesgo de hacer de la historia económica japonesa una especie de narrativa ejemplar parecida a las historias de los santos para los creyentes. Cuidándonos de la metafísica del "camino correcto", emprendemos la tarea de delinear los rasgos esenciales de una transición acelerada del atraso económico a formas de organización capitalistas de gran dinamismo productivo y capacidad de integración social. Y nos enfrentamos de inmediato a un primer problema. En el caso japonés, el salto histórico del atraso al desarrollo tuvo, respecto a las experiencias europeas, un factor de absoluta originalidad. Japón no pasó del atraso al desarrollo de formas dinámicas de organización capitalista. El punto de partida japonés estuvo constituido por una organización social precapitalista que, si bien recorrida por energías mercantiles que tendían a modificar los esquemas tradicionales de organización social, mantuvo las rigideces propias de realidades en las que el poder (central o regional) se manifestó, en forma casi completamente directa, como ejercicio de un dominio no mediado por el mercado. En esta situación se encontraba el país todavía a mediados del siglo XIX.

No obstante, entre las últimas décadas de ese siglo y las primeras del siguiente, la economía y la sociedad sufrieron una transformación cuyo éxito no tiene muchas comparaciones en la historia de la economía mundial. Con respecto a las etapas iniciales de consolidación de sus estructuras económicas modernas, sólo países como los Estados Unidos o Suecia han registrado avances cuantitativos similares a los japoneses. Si comparamos la producción manufacturera media entre el último quinquenio del siglo XIX y el primero de la década de 1920, en el conjunto de la economía mundial el incremento fue de 1.9 veces (en los Estados Unidos, 2.9) y en Japón de 5.9 veces. Si bien en proporciones asombrosas, se confirma en este caso lo que ya vimos en Suecia y Dinamarca: el último en llegar corre más aprisa que aquellos que lo antecedieron por el mismo rumbo.

La novedad respecto a los países escandinavos es que el éxito económico y el poderío militar constituyeron procesos paralelos en la historia japonesa. En Suecia y Dinamarca, el comienzo de las transformaciones político-institucionales y económicas que debían preparar los subsiguientes procesos acelerados de desarrollo estuvo marcado por claras derrotas militares: la de Suecia frente a Rusia a comienzos del siglo XVIII y la de Dinamarca frente a Suecia en 1660 y después frente a Prusia (la pérdida del Schleswig-Holstein) en 1864. En los dos casos la derrota fue un trauma que debilitó viejas

estructuras de poder y logró activar nuevos arreglos y comportamientos colectivos destinados a la transformación de las bases económicas tradicionales. En el caso de Japón fue al revés: los éxitos militares y económicos se sobrepusieron mientras el país salía de su atraso. Mucho antes de la constitución del Estado de Manchukuo, en la región china de Manchuria, y de las desenfrenadas ambiciones imperiales que condujeron a la ocupación de Indonesia, Filipinas, Siam, Malasia, Indochina y una gran variedad de islas en el sur del Pacífico durante la segunda Guerra Mundial, Japón derrotó a China en 1894-1895 y adquirió posteriormente Formosa (Taiwán) y las islas Pescadores, derrotó a Rusia en 1905 adquiriendo sus derechos en el sur de Manchuria, en 1910 se anexó a Corea y durante la primera Guerra Mundial ocupó los espacios asiáticos dejados por la Alemania derrotada. Confianza nacionalista, gran eficacia de la maquinaria institucional, éxitos militares y progresos económicos terminaron por convertirse en una mezcla de ingredientes en la que cada uno reforzó a los otros al interior de un arreglo económico-institucional de gran dinamismo.

Pero a esta originalidad —cuando menos respecto a los casos estudiados hasta aquí— se añaden otros rasgos peculiares: la modernización japonesa ocurrió sin perder una parte considerable de su fisonomía cultural tradicional. Las grandes industrias manufactureras no eliminaron a las empresas familiares y locales, el interés por la industrialización no redujo el cuidado de la agricultura y los nuevos hábitos de consumo no suplantaron del mercado los productos habituales. La coexistencia entre modernidad y tradición fijó un trazo central del proceso japonés de salida del atraso. Su radical originalidad consistió, a final de cuentas, en su capacidad para adaptarse al capitalismo sin renegar de sus propios valores, sin sufrir aquella aculturación que en muchos casos tuvo que ver con la pérdida de identidad de las sociedades entradas al mercado mundial desde fines del siglo XIX.[2] Por el colonialismo occidental o por otras razones, la modernización económica no implicó sino raramente (y ahí está Japón) la activación de energías sociales o institucionales dirigidas a nuevas formas de cohesión y eficacia socioinstitucional. La occidentalización técnico-económica se dio sin la disgregación político-cultural del país. ¿Qué otras naciones extraeuropeas (que no hubieran experimentado una masiva colonización del viejo continente) pudieron hacerlo? Ninguna. Siguiendo una línea de razonamiento parecida, el economista japonés Morishima señala:

> La expresión *wakon yosai* (espíritu japonés y habilidad occidental) indica la reacción japonesa de rechazo radical hacia las ideas espirituales de Occidente. Con todas sus fuerzas, los japoneses quisieron mantener su cultura, su estilo de vida, las

[2] Pierre F. Souyri, "Aux racines du consensus: L'écriture de l'histoire au Japon", en J. M. Bouisson y G. Faure (coords.), *Japon; le consensus: Mythe et realités,* Económica, París, 1984, p. 69.

relaciones específicas entre dirigentes y dirigidos, su estructura familiar, mientras al mismo tiempo constituían una nación moderna dotada de un poder comparable al de los países de Occidente.[3]

Pero Japón hizo algo más que mantenerse fiel a su tradición, la reinventó, lo que resulta evidente cuando menos en tres terrenos. El primero es la Restauración Meiji que, más que un retorno al pasado, fue la apertura hacia un nuevo arreglo político e institucional bajo vestiduras tradicionales. El segundo es la reforma religiosa que convirtió el sintoísmo en religión nacional rompiendo sus vínculos seculares con el budismo, que a partir de entonces fue considerado una incómoda intromisión extranjera en el nuevo espíritu japonés. El tercer aspecto es incluso anterior y comenzó a tomar su forma desde el siglo XVIII en la Escuela del Conocimiento Nativo, aunque sus manifestaciones político-imperiales ya se mostraban desde fines del periodo Meiji. En la cultura japonesa se abrió camino la búsqueda de una tradición incontaminada tanto por los neoconfucianos como por los budistas; o sea, una tradición esencialista (como individualidad prístina) que nunca existió en la realidad y que acentuaba su independencia frente a las influencias extranjeras. La *japonesidad,* fuera del racionalismo moralista confuciano, que establece fronteras claras entre lo justo y lo injusto, fue la apreciación de los cambios progresivos entre las estaciones más que su neto contraste. En pensadores como Motoori Norinaga (1730-1801) se trató del flujo de un sentimiento humano extraño a la filosofía moral china. De ahí el lejano origen, en la construcción de una identidad exclusiva, de esa caja de Pandora que condujo después al expansionismo imperial japonés en Asia.[4]

En un territorio relativamente pequeño y con una tradicionalmente elevada densidad de población, un país montañoso, con llanuras que apenas constituyen 10% de su superficie y con escasos recursos naturales, terminó por cuajar uno de los pocos casos exitosos de trasplante capitalista extraeuropeo sin un masivo asentamiento de población europea. Un proceso que ni el más empecinado pensador ortodoxo podría imputar al binomio clásico-liberal de individualismo y mano invisible. Desde la Restauración Meiji (1868), el Estado desempeñó un papel determinante en la economía; tanto es así que no parece aventurado pensar que el capitalismo fue, desde las últimas décadas del siglo XIX, el objetivo explícito de un proyecto institucional. Por otro lado, ¿cómo encerrar en un esquema de espíritu protestante los valores y los comportamientos de una casta samurái que desarrolló una función insustituible en la transformación del Japón moderno? Quizá pueda hablarse de una revo-

[3] Michio Morishima, *Why Has Japan 'Succeeded': Western Technology and Japanese Ethos,* Cambridge University Press, Cambridge, 1982, p. 52.

[4] Véase Eiko Ikegami, *Bonds of Civility: Aesthetic Networks and the Political Origins of Japanese Culture,* Cambridge University Press, Cambridge, 2005, pp. 231-235.

lución burguesa sin burguesía e incluso sin sociedad civil, entendida como conjunto de individuos independientes del Estado.

Si en los casos clásicos y tempranos del capitalismo europeo el individuo desempeñó un papel destacado, en la experiencia japonesa el individuo operó en un marco cultural en el que predominaba una versión del confucianismo en que las jerarquías eran decisivas, así como el sentido de sacrificio, la obediencia y la lealtad hacia los intereses generales expresados en determinadas estructuras de poder.[5] En síntesis: propensión a la armonía social y acatamiento jerárquico. El individuo se insertó en una apretada red de lealtades dentro de la cual perdía casi todas las atribuciones de libertad e incondicionalidad que hicieron de él la base ideológica (y, en parte, real) del desarrollo capitalista en Europa.

La Restauración Meiji, que derrumbó el sistema shogunal que se mantuvo por casi 700 años, fue un acto de *devolución* del poder al emperador, una figura poco más que ceremonial en la vida política del país hasta entonces. Por medio de la oligarquía agrupada alrededor de la corte imperial y de la antigua clase samurái, Japón se liberó de sus aún fuertes residuos feudales y, desde 1868, se encaminó decididamente hacia una acelerada transición capitalista.

Sin embargo, para evitar convertir el año 1868 en una fecha sobrecargada de significados demiúrgicos, conviene hacer algunas precisiones. Si a partir de ese año la economía y la sociedad japonesas experimentaron una nueva predisposición al cambio, esto sólo es comprensible por los acontecimientos anteriores que crearon las condiciones para las grandes transformaciones de las últimas tres décadas del siglo XIX. El largo periodo anterior, dominado por la dinastía shogunal de la familia Tokugawa, no puede ser borrado reduciéndolo a dos siglos y medio en el purgatorio de un supuesto arcaísmo feudal. En los terrenos de la homogeneidad cultural del país y de su solidez institucional, con los Tokugawa se dieron avances sin los cuales difícilmente el año de 1868 habría asumido un valor simbólico como fecha de nacimiento del Japón moderno. Por ello es oportuno un rápido vistazo al periodo que antecede a la era Meiji (1868-1912). La transición de 1868 puede considerarse, al mismo tiempo, como una superación y una conservación (si bien renovada) de una parte considerable de los cimientos puestos durante el dominio Tokugawa (1603-1868). No se trata de redescubrir que la historia también *non facit saltus,* sino de reconocer los núcleos de modernidad que comenzaron a revelarse en el largo ciclo previo a la Restauración Meiji.

[5] Una extraordinaria y espeluznante manifestación literaria de esta cultura se encuentra en el cuento "Patriotismo" escrito por Yukio Mishima en 1961; véase *La perla y otros cuentos,* Siruela, Madrid, 2004, pp. 109 y ss.

Núcleos de modernidad bajo la costra feudal: el periodo Tokugawa

El décimo quinto día del noveno mes (21 de octubre) de 1600 dos grandes ejércitos se enfrentaban en Sekigahara. Por un lado, las fuerzas de Tokugawa Ieyasu —uno de los grandes señores de Japón— y, por el otro, una coalición de señores feudales *(daimyo)* del occidente del país. Ieyasu salía victorioso del campo y tres años después asumía el título de Shogun (título militar, que suponía el control real del poder, concedido por el emperador) convirtiéndose en el primero de la larga dinastía Tokugawa.[6] Terminaba así un periodo de guerras y desórdenes sociales (conocido como Estados combatientes, 1467-1568) surgidos de rivalidades y ambiciones de los distintos *daimyo* y comenzaba una edad de paz, crecimiento comercial, agrícola y demográfico, además de la consolidación institucional. A los antiguos señores feudales se les permitió conservar el poder económico en sus respectivas posesiones *(han),* pero se les despojó de todo poder político; el sustancial autogobierno local dejó de ser una amenaza a la paz del país. Ahí comenzaba el oxímoron viviente de un feudalismo centralizado.

Con los Tokugawa se mantuvo la división antigua entre el poder real encarnado en el shogun y el poder formal, sustancialmente ceremonial, del emperador. Una división incluso física con la sede del gobierno shogunal en la ciudad de Edo (la actual Tokio) y la corte imperial en Kioto. Una de las razones por las que el periodo Tokugawa recibió tradicionalmente un juicio severo por parte de muchos historiadores fue la decisión de cerrar el país *(sakoku)* en 1637 a todo contacto con el exterior. Por más de dos siglos no se permitió a ningún japonés abandonar el país so pena de muerte y sólo se toleró un muy reducido y controlado comercio con holandeses y chinos a través del puerto de Nagasaki. Aunque no hay duda acerca de las rigideces feudales del periodo, también es cierto que se trató de una etapa de avances productivos, mayor contacto mercantil entre diferentes partes del país, además de haber sido un momento de homogeneización tanto cultural como institucional en condiciones de paz. Las razones de este último logro no son difíciles de percibir cuando se considera la organización política que promovieron los Tokugawa. El país se dividió en poco más de 250 dominios territoriales *(han)* bajo el control de los respectivos *daimyo* que residían en una ciudad-castillo rodeada de construcciones donde se asentaban los partidarios dependientes que administraban las tierras de cada dominio. Para garantizar una estricta lealtad de los

[6] La consolidación definitiva del poder nacional de la casa Tokugawa se dio en realidad en 1615, cuando Ieyasu, al mando de un ejército de 180 000 hombres, ocupó Osaka, exterminando los residuos defensores de la casa Toyotomi que representaban una posibilidad hegemónica alternativa a los Tokugawa; véase John Whitney Hall, *El Imperio japonés,* Siglo XXI Editores, Madrid, 1968/1975, pp. 149-150.

señores locales, los Tokugawa aplicaron un sistema de residencia alterna *(sankin kotai)* por medio del cual se les obligaba a residir periódicamente en la ciudad de Edo —sede del shogunato—, la que podían abandonar, para regresar a sus tierras, sólo dejando en ella a sus familias en calidad de rehenes; con lo que el *shogun* podía tener una razonable seguridad acerca de la fidelidad de sus nobles vasallos.

Se mandó que todo castillo (o sea, toda fortificación de uso militar), menos uno en cada señorío territorial, fuera demolido y se removió a la clase guerrera samurái de la tierra, o sea de las aldeas y comunidades rurales, forzándola a convertirse en una clase de administradores al servicio del *daimyo*. En el periodo Tokugawa se prohibió a los samuráis que cambiaran de patrón pasando al servicio de otros nobles. Es casi imposible exagerar la importancia que tuvieron históricamente estas decisiones: se quitó a los samuráis la posibilidad de hacer de su prestigio un factor de opresión sobre los campesinos y se forzó su transformación en una clase de administradores y funcionarios dependientes de los señores locales. Así que mientras se quitaba a los *daimyo* toda posibilidad de cuestionar el poder central Tokugawa, se activaba un proceso de progresiva burocratización de la antigua clase guerrera, lo que sería un factor decisivo en el futuro del país. Desde comienzos del siglo XVII se pusieron en movimiento procesos que dos siglos y medio después, en un contexto de crisis política, abrirían el camino a un acelerado proceso de salida del atraso y de construcción de una moderna organización económica capitalista. La paz Tokugawa favoreció el desarrollo de varias iniciativas económicas y formó el ambiente propicio para la consolidación administrativa.

En las regiones rurales más desarrolladas, las grandes propiedades eran a menudo concedidas en arriendo, mientras que en las zonas más atrasadas eran cultivadas por los mismos propietarios con la ayuda de mano de obra servil asimilada a la familia.[7] Además de este tipo de trabajo había otro, semiindependiente, el de quienes cultivaban pequeñas superficies con la obligación de proporcionar trabajo gratuito al Señor. Las aldeas campesinas constituían sistemas de organización productiva en las que el uso de las aguas y otros bienes de interés común eran objeto de decisiones colectivas. Al mismo tiempo, en cada aldea los campesinos estaban organizados en grupos de cinco familias, de tal manera que el incumplimiento eventual de una de ellas en sus obligaciones frente al *daimyo* pudiera ser asumido conjuntamente por las demás.

Las cuatro clases de la sociedad Tokugawa estaban rígidamente divididas, existiendo 7% de samuráis, 80% de campesinos y 13% entre artesanos y comerciantes. Ocasionalmente, un campesino podía volverse rico, pero sólo

[7] Thomas C. Smith, *The Agrarian Origins of Modern Japan,* Stanford University Press, Stanford, 1979, p. 9.

en forma extraordinaria podía tener acceso a los rangos inferiores del estamento samurái. Pese a esto, los viajeros occidentales que llegaron a Japón entre fines del régimen Tokugawa e inicios del Meiji registraban que en la sociedad japonesa los ricos no lo eran en forma descarada y los pobres no lo eran hasta la indigencia, además de apuntar la existencia en esta sociedad de fuertes vínculos recíprocos de respeto y cortesía.[8] La condición de servidumbre campesina era muy limitada en una realidad de autogobierno aldeano en que la principal obligación era el pago colectivo de los impuestos en especie al *daimyo*.

La paz Tokugawa supuso varias consecuencias de gran peso para el campo: el crecimiento demográfico en todo el siglo XVII, la posibilidad de una circulación segura de productos agrícolas (y otros) entre distintas zonas del país y el desarrollo de una urbanización que pronto se convirtió en estímulo considerable al aumento de la producción agrícola. Si por un lado el crecimiento urbano empujaba a la realización de mejoras productivas en una agricultura tradicionalmente limitada al autoconsumo, estas mismas mejoras creaban las condiciones para ulteriores avances de la urbanización. Desde las primeras décadas del shogunato Tokugawa comenzaron a manifestarse los progresos de una agricultura parcialmente orientada al mercado en varias regiones del país. Y no asombra que una de las zonas rurales de mayor orientación comercial fuera, incluso desde fines del siglo XVI, la región de Kinai (en el centro-sur de la isla principal de Honshu), donde se encontraban las mayores ciudades de la época: Kioto, Osaka y Sakai, misma región con una agricultura de pequeñas propiedades explotadas de forma intensiva. ¿Cómo evitar que la analogía devuelva el pensamiento a la historia económica de Flandes o de la Florencia de la Baja Edad Media? Cuando se considera que la ciudad de Kioto tenía en la segunda mitad del siglo XVI una población estimada en 250 000 habitantes y que la ciudad de Edo, que no existía entonces, llegó a tener medio millón de habitantes en las primeras décadas del siglo XVIII, se tiene una idea aproximada de las grandes cantidades de arroz, pescado, madera, etc., necesarias para alimentar y cubrir las necesidades de una población urbana en expansión.

En un ambiente económico en el que la agricultura de varias regiones del país (además del arroz de los humedales) se especializaba en distintos productos, se promovieron las actividades comerciales y manufactureras. Aunque el autoconsumo se mantuvo como el dato rural dominante, aparecieron pequeñas islas de producción para el mercado con la correspondiente mejora de las técnicas productivas y un uso más eficiente de los recursos disponibles. Teniendo en cuenta la escasez de buenas tierras de cultivo y la gran den-

[8] Véase Tokugawa Tsunenari, *The Edo Inheritance,* International House of Japan, Tokio, 2009, p. 111. El autor, hombre de negocios jubilado, es el descendiente número 18 en la línea sucesoria de la familia Tokugawa.

sidad demográfica, es fácil llegar a la conclusión de que entre los siglos XVII y XIX la agricultura llegó a tener niveles medios de productividad relativamente altos. "Los rendimientos de los campos arroceros —dice Maddison basándose en datos de Shigeru Ishikawa— eran más altos que los de varios países asiáticos de la actualidad."[9]

Además de las ciudades-castillo, donde la mitad de la población estaba representada por samuráis y la otra mitad por comerciantes y artesanos, se desarrollaron las ciudades-mercado que funcionaban como localidades intermedias entre las primeras y el entorno rural.[10] Ahí se comercializaban alimentos y productos artesanales que abarcaban un amplio abanico de bienes: algodón, algas marinas, arroz, tabaco, hortalizas, canastos, seda, aceite, pasta de frijol, cáñamo, papel, maderas, azúcar, paraguas, sal, etc. A ello hay que añadir el pequeño y tupido comercio ambulante que, como una telaraña, conectaba varias partes del país. Cada vez era más frecuente que los pueblos —incluso los más alejados y menos prósperos del norte— fueran recorridos en ciertas épocas del año por mercaderes que adquirían productos locales para revenderlos en otras partes del país. Con la extensión del uso de una moneda de cuño nacional se estimuló el comercio y los préstamos campesinos. En las ciudades de Edo y Osaka se establecieron casas comerciales de venta al mayoreo que funcionaban como centros de acopio y distribución de gran variedad de productos. La casa Mitsui, en la segunda mitad del siglo XIX, fue la principal financiadora del golpe que derribaría al shogunato Tokugawa, misma empresa que había nacido como casa comercial en el siglo XVII y que en la actualidad sigue siendo uno de los mayores grupos económicos de Japón y del mundo.

Incluso el sistema de residencia alterna, por medio de la casa Tokugawa, que aseguraba la lealtad de los *daimyo,* desempeñó un papel impulsor de varias actividades productivas. Se ha señalado que la residencia alterna

> provocaba la mezcla de pobladores de diferentes regiones en la ciudad de Edo; nacía así un mercado nacional de la mano de obra y de los productos y un sentimiento de unidad de este mismo mercado [...] Para sufragar los gastos de sus estadías en Edo, los *daimyo* estaban obligados a negociar con los mercaderes, sobre todo los de Osaka, las cantidades de arroz obtenidas de sus campesinos y recibiendo dinero en contrapartida. Osaka se transformó así en el centro de las instituciones financieras y bancarias nacionales.[11]

[9] Angus Maddison, *Crecimiento económico en el Japón y la URSS,* FCE, México, 1971, p. 27.

[10] Hiroshi Shimbo y Akira Hasegawa, "The Dynamics of Market Economy and Production", en Akira Hayami *et al.* (coords.), *The Economic History of Japan (1600-1990),* vol. 1, *Emergence of economic society in Japan, 1600-1859,* Oxford University Press, Oxford, 1999, pp. 165-166.

[11] Jacques Mutel, "La modernisation du Japon", *Archives Européennes de Sociologie,* vol. XXVII, núm. 1, 1986, pp. 60-61.

No es fácil hacer una descripción, y menos aún un juicio sintético, de los dos siglos y medio del periodo Tokugawa. La rigidez del absolutismo shogunal y la división de la población en clases separadas, cuyos comportamientos eran objeto de una cuidadosa fiscalización normativa, forman parte del lado, digámoslo así, oscuro del periodo. Sin embargo, como se ha visto a grandes rasgos, sería parcial reducir a estos aspectos el periodo en cuestión. En ese lapso histórico ocurrieron avances productivos tanto en la agricultura como en el comercio, se consolidaron aparatos administrativos locales con ciertos grados de eficiencia gestionados por una clase samurái que sufrió una metamorfosis decisiva: de parásitos aguerridos (fuente permanente de expoliación de los campesinos y de inestabilidad política) a eficientes administradores feudales y, desde la Restauración Meiji, burócratas estatales e intelectuales nacionalistas (ultranacionalistas a veces). Incluso la decisión de cerrarse frente al resto del mundo ha sido considerada ya no como una circunstancia económicamente perjudicial, sino como una condición que permitió —en una etapa histórica decisiva— la lenta consolidación de algunas actividades manufactureras y su correlato: el desarrollo de habilidades y capacidades técnicas de parte de la población japonesa.[12]

Añadamos un elemento más: desde comienzos del siglo XIX, el nivel japonés de alfabetización era superior al de Europa occidental. Considerando lo anterior no resulta del todo admisible ver el periodo Tokugawa como una especie de prehistoria primitiva del Japón moderno. Sin restar importancia a los grandes cambios económicos y sociales de la era Meiji, parece legítimo sostener que sin 1603, 1868 sería incomprensible y, aún más, probablemente no habría sido posible en la forma en que lo fue.

El capitalismo como proyecto de Estado

Desde mediados del siglo XIX, la historia japonesa entró en una etapa de aceleración en la cual los acontecimientos se sucedieron y entrecruzaron produciendo una impresión de desorden e inestabilidad después de dos siglos y medio de equilibrio y solidez. Recorramos la secuencia mayor de los hechos que terminaron por volver insostenible el viejo régimen Tokugawa y abrieron las puertas a una modernización que asumió, paradójicamente, vestiduras de *restauración*. Al mando de cuatro barcos de guerra último modelo de la marina

[12] Ésta es la conclusión —no del todo convincente— de un economista como Michio Morishima (*op. cit.,* p. 60) a quien sería difícil atribuir simpatías proteccionistas. Su argumento es que la relativa facilidad con que el gobierno Meiji tuvo éxito en la industrialización de Japón se debió en parte a la administración Tokugawa de talleres manufactureros de pólvora, astilleros y otras empresas durante los últimos años del shogunato. El desarrollo de estas empresas de tipo occidental fue a su vez posible gracias a la conservación de las habilidades técnicas de la mano de obra a lo largo de todo el periodo Tokugawa.

estadunidense —dos de los cuales tenían ruedas laterales—, el comodoro Perry llegó en 1853 a aguas japonesas, en misión ordenada por el presidente Fillmore, exigiendo la apertura externa del país tanto desde el punto de vista comercial como del uso de sus puertos como bases intermedias de abastecimiento de carbón para los barcos estadunidenses. Para las autoridades del archipiélago esto fue la súbita percepción de un atraso técnico que hacía inerme al país frente al exterior. En la ola de su impotencia, la prolongada historia Tokugawa se acercaba a su conclusión, lo que ocurrió 14 años después de la primera aparición del comodoro Perry en la bahía de Tokio. La debilidad del régimen se puso de manifiesto con la convocatoria de los mayores señores territoriales del país para oír sus opiniones sobre los acuerdos con los Estados Unidos y las otras potencias occidentales. Debilidad similar se ha señalado, con razón, a la que había mostrado Luis XVI con la convocatoria de los Estados generales en 1789.[13]

Desde 1858, Japón se vio forzado a firmar tratados comerciales con los Estados Unidos, los cuales limitaban duramente la soberanía del país y fueron extendidos casi de inmediato a Rusia, Gran Bretaña, Holanda y Francia. El país fue obligado a aceptar el principio de la extraterritorialidad de los extranjeros que cometieran delitos en Japón, quienes no podrían ser juzgados por jueces japoneses y según las normas de este país. A principios de la década de 1860 quedó anulada de hecho la obligación de la residencia alterna de parte de los *daimyo* en Edo. Finalmente, el último *shogun,* Tokugawa, renunció en noviembre de 1867; el poder fue devuelto al emperador (que asumió el nombre Meiji), quien se instaló en Tokio a fines del año siguiente con el apoyo armado de los principales *daimyo,* especialmente de Satsuma y Chusho. Había llegado a su fin el régimen Tokugawa conjuntamente con casi siete siglos de división entre el poder real del *shogun* y el poder formal del emperador.

¿Qué *lógica* liga entre sí estos acontecimientos? El hilo de Ariadna es que, frente a la amenaza que desde el exterior se cernía sobre la soberanía e independencia japonesas, el régimen Tokugawa se mostró incapaz de proponer un camino viable de defensa y esta insolvencia produjo el acelerado deterioro de su imagen como expresión institucional de unidad nacional. El único ámbito político-espiritual cuyo prestigio no había sido deteriorado por el difícil ejercicio del poder en un periodo de poderosas presiones externas fue el representado por la figura del emperador. Y a él era *devuelto* el poder. Que la expansión occidental constituyera una amenaza directa a su soberanía era algo que los japoneses podían percibir con cierta claridad mirando al otro lado del mar de Japón: en 1842 Inglaterra había declarado la guerra a China (la guerra del Opio) obteniendo Hong Kong, Shanghái y la apertura de cuatro puertos al comercio occidental. Al mismo tiempo, las miras expansionis-

[13] Véase Watanabe Hiroshi, *A History of Japanese Political Thought (1600-1901),* International House of Japan, Tokio, 2012, p. 365.

tas de Rusia también representaban posibles peligros para la integridad japonesa. El gobierno Tokugawa entendió que no tenía recursos (ni materiales ni espirituales) para enfrentar las presiones externas: la tarea era claramente más compleja que la expulsión de los jesuitas a comienzos del siglo XVII. Occidente ya no se presentaba con misioneros a las puertas de Japón, sino con un poderío militar frente al cual el orgulloso aislamiento dejaba de ser posible. La apertura de los puertos y la firma de tratados comerciales impuestos bajo amenaza militar terminaron por minar todo residuo de prestigio del shogunato.

La independencia de Japón —su propia viabilidad como nación— ya no podía mantenerse por medio del aislamiento. Había llegado el momento de una apertura que implicaba el aprendizaje forzado de la tecnología occidental, la transformación de las estructuras productivas y la activación de energías, tanto sociales como políticas, orientadas a acelerar las etapas que pudieran conducir al país a una situación de fuerza desde donde la soberanía nacional dejara de estar en entredicho. La salida del atraso acumulado frente a Occidente se convirtió en un imperativo de sobrevivencia nacional. Un momento histórico que proponía, por cierto, una tarea evidentemente paradójica: para defenderse de Occidente, Japón necesitaba occidentalizarse, como decía un eslogan del periodo. La maquinaria shogunal ya no aseguraba la unidad frente a una tarea urgente que imponía cambios estructurales profundos en los arreglos y los equilibrios institucionales.

La combinación de la voluntad de cambio de distintos grupos de samuráis de bajo rango, algunos importantes *daimyo* del suroccidente del país, diversos miembros de la nobleza de la corte imperial y mercaderes y financistas de Osaka, fue la mezcla adecuada para dar el golpe que pasó a la historia como Restauración Meiji. Obviamente no se trató de una restauración, por lo menos no lo fue en el sentido contrarrevolucionario o contrarreformista que esta palabra tiene en el léxico de la historiografía occidental. Desde la perspectiva japonesa, la restauración parecía más un recurso ideológico de carácter legitimador que un proyecto orientado a devolver al emperador el poder real.[14] El emperador fue usado como símbolo sagrado de unidad nacional frente al exterior, como guía moral indiscutible (el emperador era hijo de la diosa del sol, Amaterasu) de una unidad renovada que impuso grandes tareas nacionales de transformación. El cambio suponía el retorno a un ancla histórica que le diera un punto de referencia firme evitando que la renovación del país se convirtiera en una pérdida de sus factores de identidad y estabilidad social y política. El reto era complejo: cambiar para seguir siendo los mismos.

Comenzaba así la era Meiji (1868-1912) con un joven emperador de 16 años —llamado originalmente Mutsuhito— un periodo de 44 años durante el

[14] "¿Qué hay más respetable que un antiguo abuso?", dice Voltaire en *Zadig o el destino,* Fontamara, Barcelona, 1747, p. 63.

cual Japón realizó dos objetivos trascendentales: la constitución de gran parte de un esqueleto productivo moderno y el armado de una administración pública creíble y eficiente a escala nacional. Estamos frente a uno de los pocos casos mundiales, y el primero en Asia, de un país que, habiendo tomado conciencia de su atraso acumulado, fue capaz de emprender un camino socioinstitucional coherente para emanciparse del mismo —lo que ocurrió, como se ha dicho, en un corto lapso histórico—. Por muy improbable que parezca una modernización bajo estandartes imperiales, no obstante esta aparente paradoja, las medidas de emancipación frente al reciente pasado de feudalismo centralizado fueron conducidas desde los primeros años de la era Meiji con gran determinación (aunque no sin debate al interior de la nueva élite) y con una percepción suficientemente clara de aquella parte del presente que debía ser entregada al pasado. Los antiguos dominios bajo control de los *daimyo* fueron abolidos y en su lugar se establecieron las prefecturas como demarcaciones político-administrativas; los ingresos que recibían los samuráis de parte de los *daimyo* fueron sustituidos por (reducidos) estipendios del gobierno central que mudarían de cuatro a seis años después en bonos estatales correspondientes a los sueldos previos; se estableció la libertad de ocupación y residencia, se abolieron gremios y monopolios estatales, se introdujo un sistema fiscal eficiente y se decretó la reforma agraria que transfirió a terratenientes y campesinos, como propiedad privada, las posesiones consuetudinarias previas.

El nuevo gobierno (y Estado) Meiji —organizado sobre valores de unidad alrededor del emperador y de disciplina y obediencia de su aparato burocrático centralizado, virtualmente inexistente en la era Tokugawa— se enfrentaba al problema de *construir* el capitalismo sin contar con una burguesía medianamente extensa ni con actitudes individuales y valores sociales adecuados a la naturaleza del reto. El largo y complejo proceso histórico que alumbró estructuras y relaciones capitalistas en Europa se coaguló aquí en un acto de voluntad imperial, un proyecto de Estado. Aunque no sobre señalar que el Estado como "gran burgués" no es algo totalmente extraño a la historia europea, ¿qué otra cosa intentó ser (alcanzándolo sólo parcialmente) el colbertismo? De alguna forma, con otra capacidad de cohesión alrededor de sí, el Estado Meiji dio vida a una especie de colbertismo oriental potenciado y enriquecido. No se trataba sólo de estimular diferentes actividades productivas, sino de construir un aparato burocrático eficiente y de convertir el centralismo del nuevo Estado en un polo visible de adhesión social y disciplina. El capitalismo japonés no necesitaba un espíritu de independencia individual para avanzar en sus primeras etapas, sino todo lo contrario: la adecuación subordinada y organizada a un proyecto promovido centralmente.[15] Con el nue-

[15] Revisando el manual oficial de las escuelas primarias (ed. 1934-1935), Pierre F. Souyri (*op. cit.,* p. 83) observa: "He contado en este libro 147 adjetivos que califican el comportamiento ideal

vo régimen se estableció, formal y culturalmente, la libertad económica de acción que anteriormente estaba constreñida (aunque no anulada) entre rígidas pautas estamentales e institucionales. Pero ninguna voluntad institucional habría tenido éxito en el largo plazo sin la combinación de elementos culturales arraigados que se renovaron en una síntesis de individualismo occidental con la visión de armonía y respeto de las jerarquías propiamente japonesas.[16]

Uno de los intelectuales más influyentes de la época, Fukuzawa Yukichi, después de estudiar holandés e inglés y haber cumplido misiones diplomáticas todavía bajo el régimen Tokugawa, registraba con lucidez que la tarea más compleja de su país no era la de reproducir las tecnologías foráneas (un camino, por otra parte, obligado), sino la de recrear el espíritu de independencia del pueblo. Otro intelectual de la época, traductor de Rousseau al japonés, leía *El contrato social* desde la óptica confuciana, convirtiendo a la razón en una idea de justicia universal.[17] A pesar de los distintos impulsos y matices en una época de identidad cuestionada y de necesario acomodo a un contexto que había alterado irreversiblemente sus coordenadas, Japón no pudo escaparse de la fuerza de gravitación de su propia historia cultural. Una historia que, a diferencia de China, no disponía de la figura del literato confuciano que, en nombre de una ética pública, podía manifestar su independencia incluso frente a la corte imperial. Si bien consciente de las necesidades de modernización del país, en un ciclo de conferencias realizado en 1886 el estudioso Nishimura Shigeki apuntaba que la "civilización e ilustración" (palabras de uso común en la época para indicar el obligado camino de modernización de Japón) no serían posibles en una nación que perdiera su independencia. Nishimura expresaba el desaliento por la debilidad de la ética confuciana como factor cohesivo de la sociedad y mencionaba la caída de Roma a consecuencia de su corrupción y la pérdida de la independencia de Polonia por sus divisiones políticas internas.[18]

El debate de ideas recaía sobre un terreno sensible: la política educativa. Si en 1872 la inspiración dominante estaba orientada hacia una educación científica que reforzaba las habilidades técnicas necesarias para una sociedad que pretendía industrializarse en forma acelerada (y aquí resulta clara la in-

de un combatiente (voluntario, valiente, capaz de batirse hasta la muerte, sentido de sacrificio, etc.), 122 adjetivos que califican el comportamiento ideal de un subordinado (leal, respetuoso, obediente, etc.). El sentido de justicia es citado dos veces y he buscado inútilmente alguna referencia al espíritu de independencia o al sentimiento de libertad".

[16] Al margen: refiriéndose al cuadro "La libertad que guía al pueblo" de Delacroix, en 1983 Italo Calvino habla de "Yuxtaposición de elementos heterogéneos en parte preexistentes": una involuntaria aproximación a la convergencia inédita de elementos disímiles que, incluso viniendo del pasado, abren camino al futuro.

[17] Véase W. Hiroshi, *op. cit.,* pp. 392-419.

[18] Véase el gran estudio sobre el régimen Meiji de Donald Keene, *Emperor of Japan: Meiji and his World (1852-1912),* Columbia University Press, Nueva York, 2002, pp. 408-410.

fluencia pragmática derivada de Fukuzawa Yukichi), desde 1878 un nuevo edicto imperial reacentuó los valores de obediencia, deber, honor y patriotismo.[19] Evidentemente se trataba de modernizar la educación sin perder la disciplina de una comunidad nacional que reconocía la autoridad imperial al centro de su construcción tanto real como simbólica. Comunidad y sociedad eran, en este contexto, dos términos de fronteras ambiguas. Pero más allá de los debates intelectuales y las directrices públicas, para 1900 ya existían 27 000 escuelas básicas y la alfabetización virtualmente cubría la totalidad de la población. Estos datos revelan la eficacia de la acción pública proyectada a una modernización educativa, si bien condicionada por una voluntad culturalmente conservadora. El otro terreno de consolidación institucional fue el religioso. En él se forzó la ruptura entre sintoísmo y budismo que habían convivido a lo largo de siglos compartiendo a menudo los mismos templos. El sintoísmo se volvió religión de Estado con culto al emperador, a los dioses propiamente nacionales, y sus ritos se convirtieron en ceremonias cívicas.[20] Que ahí estuviera una pieza de la construcción institucional lo evidencia la creación de un Ministerio de los Ritos que fue uno de los siete en el Consejo de Estado.

Hasta el comienzo de la primera Guerra Mundial, las inversiones procedentes del gobierno eran normalmente superiores a las privadas. Pero el peso del Estado Meiji no se medía en términos estrictamente cuantitativos. Más allá de la política económica, la reorganización institucional fue el factor clave. El poderoso Ministerio de Asuntos Internos (Naimusho), creado en 1873, asumió muy pronto un amplio abanico de responsabilidades en la cimentación de nuevas relaciones entre Estado y sociedad. Entre sus atribuciones estaban el control de la policía, la creación de escuelas y sociedades agrícolas, la delimitación geográfica de poblados y comunidades, la conducción de encuestas periódicas, el establecimiento de oficinas y el nombramiento de autoridades locales de gobierno, la vigilancia de la honestidad y la eficiencia de los empleados públicos, la construcción de carreteras y puentes, la fijación del monto de impuestos y gastos locales, etc. Alrededor de un centro confiable (aunque difícilmente podría decirse transparente o democrático) se estructuró una administración pública eficaz. Bajo supervisión central se establecieron asambleas locales electivas (con predominio de élites locales terratenientes) y desde 1880 se introdujo el cuerpo de leyes que terminó por constituir el Código Municipal. Generalmente los alcaldes y los jefes de los poblados eran ratificados por el emperador a través del Ministerio de Asuntos Internos, así que estas figuras terminaron por ser los representantes locales del Ministerio y, simbólicamente, del emperador mismo.[21] No obstante el escaso espacio que

[19] *Cf.* Peter N. Stearns, *Schools and Students in Industrial Society: Japan and the West (1870-1940),* Bedford Books, Boston, 1998, pp. 120 y ss.

[20] *Cf.* Fumiko Fukase-Indergaard y Michael Indergaard, "Religious Nationalism and the Making of the Modern Japanese State", *Theory and Society,* vol. 37, núm. 4, 2008, pp. 351 y ss.

[21] W. W. McLaren, *A Political History of Japan During the Meiji Era (1867-1912),* Routledge,

la nueva red institucional dejaba a la expresión de formas democráticas de participación popular, es reconocible el alto grado de legitimación social y coordinación burocrática entre las distintas instancias territoriales del Estado en la era Meiji.

Pocos lemas, como exhortos cívicos, del periodo Meiji expresaron de manera tan explícita el proyecto estatal como *Fukoku Kyohei:* Un País Rico, un Ejército Poderoso. El poderío militar (con la consiguiente capacidad de autodefensa —que condujo después al imperialismo asiático de Japón—) requería una economía eficiente y dinámica. Para evitar que el país fuera colonizado por potencias económicas imbatibles no había atajos militares. La valentía, la disciplina y la lealtad samurái dejaron de estar en sintonía con los retos de los nuevos tiempos. La clave estaba en la economía y la industrialización, así que el gobierno Meiji concentró gran parte de sus energías en estos aspectos con varias iniciativas: la constitución de fábricas y empresas públicas en distintos sectores (algodón, minas, cemento, astilleros, vidrio, etc.), la contratación de expertos extranjeros para asesorar el establecimiento de las nuevas empresas y capacitar a la mano de obra, el otorgamiento de créditos a bajas tasas de interés para el desarrollo de actividades consideradas estratégicas, el envío de estudiantes japoneses al exterior para su capacitación y entrenamiento, etc. Gran parte del financiamiento de la modernización productiva fue de origen interno y los impuestos agrícolas constituyeron la fuente más importante.[22] Durante casi dos décadas, a partir de 1868, fueron gestándose las condiciones técnicas, económicas e institucionales que desde mediados de la década de 1880 mostraron todo su potencial dinámico promoviendo un acelerado proceso de crecimiento hasta la década de 1920, cuando puede considerarse completado el gran salto desde el atraso económico hacia la consolidación de una economía nacional suficientemente sólida y endógenamente vital que evitó que el país cayera en una especialización subordinada a la economía internacional. Por otra parte, el camino de las exportaciones de materias primas estaba desechado por ser Japón un país sin disponibilidad de importantes recursos naturales.

Después de su victoria militar sobre China en 1895, Japón se fijó el objetivo de conseguir plena autosuficiencia en materia de armamentos y, por consiguiente, las industrias mecánica, química, siderúrgica y los astilleros navales recibieron generosos subsidios públicos. La producción metalmecánica media en el quinquenio anterior al comienzo de la primera Guerra Mundial ya era cuatro veces superior a la media correspondiente al último lustro del

Nueva York, 1916, fragmentos citados en J. Livingston, J. Moore y F. Oldfather, *Imperial Japan (1800-1945),* Pantheon Books, Nueva York, 1973, pp. 203-205. Esta colección de textos sobre historia japonesa será citada de ahora en adelante como *Imperial Japan.*

[22] En su viaje a Japón en 1879, el ex presidente de los Estados Unidos, Ulysses Grant, puso sobre aviso al emperador Meiji para que evitara un excesivo endeudamiento externo que podría haber limitado la soberanía del país; véase D. Keene, *op. cit.,* p. 316.

siglo anterior y se registró un crecimiento incluso superior en el tonelaje de los barcos de vapor. El desarrollo de la industria pesada fue decisivo en la guerra contra Rusia en 1904-1905 y durante la sucesiva guerra mundial, cuando los Aliados adquirieron de las industrias japonesas grandes cantidades de material bélico. Como veremos más adelante, los años de la primera Guerra Mundial fueron para Japón un periodo de ulterior aceleración del crecimiento. Pero terminado el impulso asociado con la guerra, la economía entró en un ciclo de estancamiento y ligeros retrocesos entre 1922 y 1926. Sin embargo, frente a las agudas regresiones en la mayoría de las economías occidentales, la japonesa conoció un verdadero *boom* en la década de 1930 cuando, gracias a la devaluación del yen y, otra vez, a la expansión de la demanda pública de material bélico, tuvo un fuerte crecimiento industrial y exportador.

El aprendizaje de los hombres de gobierno de la era Meiji sobre Occidente era una mezcla de orgullo y humildad. Orgullo en el sentido de que las modalidades de la modernización japonesa fueron asumidas como obligación nacional sobre la cual no se aceptaban directrices extranjeras, a menos que fueran impuestas por una estricta relación de fuerza. Humildad en el sentido de disposición a aprender aquello que parecía provechoso, viniera de donde viniera. Ejemplos evidentes son las escuelas primarias y secundarias organizadas según el modelo francés, la universidad según el modelo estadunidense, los ferrocarriles y la Marina de acuerdo con el modelo inglés, la Constitución política siguiendo la inspiración alemana y el Código Civil según el modelo francés.

Los antecedentes de la Constitución de 1889 expresaban el clima cultural y político de la época. Frente a la oligarquía Meiji (compuesta esencialmente por altos funcionarios, la corte imperial de los ancianos y los empresarios favorecidos por la acción pública), en la década de 1870 se levantaba la voz de los samuráis menos favorecidos, que, según un estudioso, buscaban emanciparse del doble nudo conformado por los bajos ingresos y el tedio. Al mismo tiempo se desarrolló el Movimiento por la Libertad y los Derechos del Pueblo, compuesto por intelectuales, ciudadanos, campesinos y granjeros empobrecidos con demandas de libertad, equidad y el derecho a elegir a los funcionarios del gobierno. Un movimiento que, sin embargo, no se oponía a la monarquía absoluta en nombre de libertades y valores individuales, aunque protestara contra la censura y las limitaciones a la libertad de asamblea. Se demandaban reformas liberales bajo conceptos confucianos.[23] En octubre de 1881, el gobierno aseguró que sería adoptada una constitución y que para 1890 se elegiría un parlamento. Ciertamente existía presión suficiente para dirigir a la corte imperial hacia una constitución; pero esta misma presión no debía

[23] Véase Stephen Vlastos, "Opposition Movements in Early Meiji (1868-1885)", en John W. Hall *et al.* (coords.), *The Cambridge History of Japan,* vol. 5, Cambridge University Press, Nueva York, 1993, p. 403.

ser muy poderosa si se pudo posponer su promulgación por nueve años. De cualquier manera, cinco meses después de la promesa gubernamental, Ito Hirobumi —una de las figuras centrales como gobernante y estratega político de la era Meiji— zarpó hacia Europa a la cabeza de una misión constituida por nueve miembros escogidos entre la oligarquía Satsuma-Choshu (los dos clanes más importantes en el régimen Meiji) y la nobleza de la corte imperial. Objetivo: estudiar pros y contras de los diferentes regímenes constitucionales europeos.

En su viaje de estudio, Ito estableció relaciones con teóricos conservadores del derecho público en Berlín y Viena, y en una carta escrita desde Europa a un importante personaje del gobierno, decía:

> En mis estudios bajo la guía de dos famosos profesores alemanes (Rudolf von Gneist y Lorenz von Stein) he podido llegar a una comprensión general de la estructura del Estado […] La tendencia actual en nuestro país conduce erróneamente a creer en los trabajos de los liberales y radicales ingleses, franceses y americanos […] Habiendo encontrado principios y medios para contrarrestar esta tendencia, creo haber rendido un importante servicio a mi país.[24]

El "servicio" consistía en la asunción sistemática —para fines del diseño constitucional— de argumentos capaces de limitar la participación popular salvaguardando la figura del emperador como principio último de autoridad.

Después de un año y medio de viaje de estudio por Europa, Ito regresó a Japón en el otoño de 1883. El 11 de febrero de 1889, seis años después, la Constitución del Imperio de Japón era promulgada. En la ceremonia correspondiente, los diputados de la Dieta hicieron reverencias al emperador, sintetizando con un gesto un clima cultural y político. El artículo 1º rezaba: "El Imperio de Japón está gobernado por un emperador de la dinastía única de toda la eternidad". El artículo 3º despejaba toda posible duda: "El emperador es sagrado e inviolable". Pasando de la metafísica a la sociedad, el artículo 5º prescribía que "El emperador ejerce el Poder Legislativo con el consentimiento de la Asamblea Imperial".[25] El Parlamento (Asamblea Imperial) quedó reducido a poco más que una instancia de ratificación de las decisiones

[24] Esta cita se encuentra en Nobutaka Ike, *The Beginnings of Political Democracy in Japan*, Greenwood, Nueva York, 1950, citado en J. Livingston, J. Moore y F. Oldfather, *op. cit.,* p. 190. De este texto se ha obtenido parte de la información mencionada aquí. Véase también D. Keene, *op. cit.,* pp. 381-382, donde se informa que Ito pidió a Bismarck que le indicara algunos expertos constitucionalistas para invitar a Japón después del rechazo de Stein.

[25] Los textos de las constituciones de 1889 y 1946 se encuentran en el apéndice a Jacques Robert, *Le Japon*, Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence, París, 1969. Los artículos citados de la Constitución de 1889 están en evidente contraste con el artículo 1º de la Constitución de 1946, donde se lee: "El emperador es el símbolo del Estado y de la unidad del pueblo; debe sus funciones a la voluntad del pueblo, en quien reside el poder soberano".

del gabinete. En síntesis: la Constitución de 1889 nació bajo el signo con que fue pensada inicialmente, o sea, como un instrumento autocrático con que el emperador daba cobertura místico-patriótica a una estricta conducción *dirigista* de los asuntos nacionales. Los entusiasmos prusianos de Ito habían dado sus frutos, y siguieron dándolos en los años posteriores, cuando el nacionalismo, asociado con las guerras japonesas, terminó por sofocar toda posibilidad real de que el Parlamento (en su rama electiva) pudiera convertirse en una voz autónoma frente a la poderosa estructura burocrática amalgamada alrededor de altos funcionarios del Estado, militares y grandes empresarios. El día de Navidad de 1891, un Parlamento no del todo dócil fue disuelto por orden imperial, y desde 1894, en un ambiente político de excitación militar-nacionalista, las fronteras entre oposición política y el delito de disolución social se hicieron cada vez más borrosas.

En 1890, y nuevamente en 1900, se introdujeron leyes de policía y seguridad pública que indicaban la muy escasa voluntad imperial de permitir que la occidentalización del país pasara de la economía a las libertades políticas. En 1901 se fundó el Partido Socialdemócrata por medio del esfuerzo combinado de trabajadores ferrocarrileros e intelectuales socialistas y, a pesar de que se trataba de un partido más democrático que socialista, el Ministerio de Asuntos Internos ordenó de inmediato su disolución. La Ley de Policía aprobada el año anterior contenía disposiciones como las siguientes: toda reunión política debe ser reportada a las autoridades con al menos tres horas de anticipación; el Ministerio de Asuntos Internos puede prohibir, cuando lo considere necesario para el mantenimiento de la paz y el orden, todo tipo de asociación; un funcionario de policía en uniforme puede exigir un asiento en cualquier tipo de asamblea y formular preguntas.[26]

Sin embargo, a pesar del carácter sustancialmente antidemocrático del Estado Meiji, a medio camino entre autocracia y oligarquía (con el primer término fortalecido desde la década de 1930, cuando los militares adquirieron mayor poder y el expansionismo colonial se convirtió en la nota dominante de la política y la economía japonesas), sería erróneo suponer que estas características convivían con formas de conservadurismo dominadas por la defensa de la inmovilidad estructural de la economía del país. El régimen Meiji tenía en su centro una oligarquía cuyo nacionalismo amenazado por poderosas fuerzas internacionales la obligaba a no ser conservadora en el terreno económico y la empujaba a pensar y a operar en términos de intereses de largo plazo más que en la defensa de los intereses de corto plazo de algunos sectores.

Desde esta perspectiva resulta comprensible la existencia paralela de la Ley de Policía que mencionamos, con el hecho de que se decretara desde 1872

[26] Véase Ayusawa Iwao y George O. Totten III, "Labor, Repression and the Public Police Act", en J. Livingston, J. Moore y F. Oldfather, *op. cit.,* pp. 291 y ss.

la educación primaria obligatoria en todo el territorio nacional. En pocas décadas los resultados fueron evidentes. En 1873, 28% de la población escolar potencial asistía a las escuelas primarias; el porcentaje subió a 67% en 1885 y a 98% en 1904. Desde comienzos del nuevo siglo, varias grandes empresas fundaron escuelas propias para capacitar a los dependientes en sus áreas de interés. Además de lo anterior, el esfuerzo educativo se manifestó en la fundación de varias universidades y de un gran número de Escuelas Técnicas Agrícolas. Entre 1869 y 1895, 600 estudiantes japoneses fueron enviados al exterior para realizar estudios de especialización.[27]

A diferencia de tantos casos en países atrasados, durante el periodo de máximo esfuerzo japonés para impulsar la transformación económica del país, el conservadurismo político nunca significó el dominio de actitudes conservadoras frente a los intereses económicos existentes. La oligarquía Meiji pudo ser antifeudal por la ausencia de peligros democrático-progresistas en amplios sectores de la sociedad[28] y pudo ser (tuvo que ser) progresista en el terreno económico debido a las amenazas externas que la obligaban a pensar y actuar en función de intereses nacionales más que en defensa de intereses y privilegios de grupos y sectores específicos. La ambición política plasmó el desarrollo económico y éste fortaleció la ambición política indicándole fronteras cada vez más amplias.

Al comparar las experiencias de crecimiento económico acelerado de Japón y de la Alemania posterior a su unificación, Reinhard Bendix escribe: "Hay evidencias de que en Japón la dirección política fue notablemente eficaz, si bien esta eficacia se apoyó en un elevado grado de consenso, en tradiciones favorables a un dominio oligárquico eficiente y, *last but not least,* en una buena dosis de suerte".[29]

La política agraria

La transformación económica de Japón requería la movilización de cuantiosos recursos que, en una etapa de industrialización apenas incipiente, sólo

[27] Véase M. Morishima, *op. cit.,* pp. 104 y 135; y A. Maddison, *Crecimiento…, op. cit.,* pp. 39-41. En esta última obra se lee: "Los funcionarios gubernamentales y los hombres de negocios hicieron viajes al exterior para captar ideas extranjeras. De 1868 a 1895, casi 4000 funcionarios gubernamentales salieron del país […] El costo total de los técnicos extranjeros (contratados por el gobierno japonés) y de los estudios en el exterior ascendieron a casi 6% del presupuesto central del gobierno entre 1868 y 1872" (p. 41).

[28] Volvamos a Calvino (*Collezione di sabbia,* Garzanti, Milán, 1984, pp. 159-160) dando un gran salto en el tiempo. En su viaje a Japón en 1976, el novelista registra esta escena: "En el aire lluvioso de la tarde el desfile de una huelga se dispone en un carril de la calle, se detiene frente al semáforo y parte nuevamente con el verde entre silbatos y banderas rojas todas iguales, precedido y seguido por pelotones negros de policías, como entre paréntesis, mientras el tráfico prosigue en los otros carriles".

[29] Reinhard Bendix, *Nation-Building and Citizenship: Studies of Our Changing Social Order,* University of California Press, Berkeley/Los Ángeles, 1977, p. 250.

podían provenir de la agricultura o del crédito externo. Sin considerar que el régimen Meiji necesitaba enfrentar el enorme costo financiero representado por las sustantivas pensiones destinadas a los antiguos *daimyo* y las, mucho menos cuantiosas, pensiones de los samuráis, además de la asunción gubernamental de las deudas de los *han* de la era Tokugawa. La atención gubernamental se centró en la agricultura para enfrentar los compromisos derivados tanto del pasado como del futuro deseado. Sin embargo, la posibilidad de extraer de allí excedentes que pudieran canalizarse hacia el desarrollo de otras actividades resultaba limitada por formas arcaicas de tenencia de la tierra. Sobre este aspecto se concentró inicialmente el nuevo régimen Meiji: la tierra fue entregada en propiedad privada a sus antiguos poseedores. Quedaron a salvo sólo las tierras imperiales y las pertenecientes a los templos. Para comienzos de la década de 1870 ya se habían entregado los títulos de propiedad correspondientes. La gran cohesión alrededor del poder y el prestigio imperial permitieron operar los cambios sin convulsiones sociales fuera de control.

Considerando el deseo japonés de evitar un fuerte endeudamiento externo en un periodo de permanentes problemas de balanza comercial, la agricultura apareció como fuente ineludible de los recursos que necesitaban canalizarse hacia la modernización económica general. De ella dependía el monto del gasto público, la disponibilidad de divisas (gracias a la exportación de varios productos de origen agrícola incluida, especialmente, la seda) para el financiamiento de las importaciones de tecnología y la existencia de ahorros a los cuales pudieran acudir los inversionistas nacionales. Pero una agricultura más eficiente también era esencial para hacer frente al aumento de la población y para evitar que la importación de alimentos redujera la cantidad de divisas disponibles destinadas a importaciones prioritarias, y fue condición esencial para que el aumento de la productividad permitiera tomar de la tierra la mano de obra requerida por las industrias nacientes.

Sobrecargada con funciones de tanto peso, la agricultura se encontraba en medio de acciones públicas que apoyaban su modernización y la pesada carga fiscal que el Estado le imponía. A propósito de este último aspecto: el nuevo sistema tributario aplicado al campo, vigente desde 1873, se estructuró en tres aspectos: *1)* los impuestos no se aplicaban a los resultados productivos, sino al valor de la tierra; *2)* el impuesto sólo podía ser pagado en moneda; *3)* el productor no era causante del impuesto, sino el propietario del predio (cuando las dos figuras no coincidían en la misma persona física). Al margen: en esta situación, ser propietario de tierras improductivas o de escasa productividad se volvía desventajoso frente a una carga fiscal independiente de la producción concreta.

El valor de la tierra se determinaba capitalizando (a tasas de 6-7%) las utilidades medianamente obtenidas en los cinco años anteriores con base en el precio del arroz en cada región. Como señalaba justamente Nobutaka Ike décadas antes, los rendimientos cuya capitalización estaba en la base del cálcu-

lo del valor legal de la tierra no eran netos, ya que de los ingresos brutos sólo se deducían el costo de las semillas y el de los fertilizantes, y no se consideraba el costo del trabajo.[30] Por consiguiente, el valor legal de la tierra, sobre el que los propietarios debían pagar 3% de impuestos (una alícuota reducida a 2.5% desde 1877), resultaba naturalmente inflado. Sin duda, para el gobierno el costo del trabajo era un componente de las utilidades netas de los nuevos propietarios; dicho de otra forma: el Estado buscaba obtener de la agricultura todos los recursos que excedieran la más estricta subsistencia campesina.

La presión fiscal no alteró radicalmente los perfiles de una agricultura que desde los siglos XVI y XVII se basaba en pequeñas explotaciones campesinas.[31] La aplicación de tasas de interés moratorias de 1.5% mensual sobre los adeudos fiscales y los plazos inferiores a un año para el pago de los impuestos antes de que la empresa agrícola se declarara en quiebra y sus tierras fueran vendidas en subasta, significó que cierto número de propiedades recientemente establecidas desaparecieran bajo la carga de impuestos e intereses moratorios acumulados. Entre 1883 y 1890, poco menos de 370 000 propietarios rurales fueron desposeídos de sus tierras por incumplimientos fiscales. Entre comienzos y fines de la era Meiji, las tierras en alquiler pasaron de 27 a 45%, además de la pérdida de las superficies de uso común en las aldeas. Sin embargo, es necesario añadir que en 1908, de cinco millones de familias rurales, 1.4 millones eran de arrendatarios, cerca de dos millones de propietarios y arrendatarios al mismo tiempo (o sea, propietarios con tierras propias insuficientes) y 1.7 millones de propietarios cultivadores.[32] Estos datos estaban lejos de una realidad social dramáticamente polarizada como la que, por ejemplo, caracterizaba en el mismo periodo a gran parte de la agricultura latinoamericana. En la primera década Meiji ocurrieron varias revueltas campesinas locales, todas igualmente reprimidas. Habrá que señalar que los últimos años de la década de 1860 fueron un periodo de malas cosechas. La mayoría de los conflictos agrarios, a diferencia de la era Tokugawa, no ocurrieron entre la aldea y los *daimyo,* sino que fueron internos a las mismas aldeas entre arrendatarios, por un lado, y propietarios y notables locales, por el otro, quienes acumulaban tierra a través de los préstamos impagos de campesinos que no podían mantener, frente a los créditos hipotecarios o frente a la carga fiscal, la propiedad de éstas.

[30] Nobutaka Ike, "Taxation and Landownership in the Westernization of Japan", *The Journal of Economic History,* vol. VII, núm. 2, 1947, p. 164.

[31] Masaru Wahashi, "The Institutional Framework of the Tokugawa Economy", en Akira Yamami *et al.* (coords.), *The Economic History of Japan (1600-1990),* vol. 1, *Emergence of economic society in Japan, 1600-1859,* Oxford University Press, Oxford, 1999, p. 99.

[32] Véase Ann Waswo, "The Transformation of Rural Society (1900-1950)", en Peter Duus (coord.), *The Cambridge History of Japan,* vol. 6, Cambridge University Press, Nueva York, 1988, p. 543.

La desigualdad en el trato fiscal entre agricultura e industria resulta evidente si se considera que en 1908 los campesinos pagaban en impuestos cerca de 29% de sus ingresos, mientras que el porcentaje se reducía a una media de 14% para los comerciantes y los industriales. Se trataba de una economía en la que más de 40% del producto interno bruto (PIB) provenía de la agricultura y que basaba en ésta la obtención de recursos para el desarrollo de otras actividades.

> El impuesto sobre la tierra, una pesada carga sobre los pequeños campesinos, proporcionaba más de 90% de los ingresos fiscales del Estado a comienzos de la década de 1870. Veinte años después todavía representaba 60%. Y eso, conjuntamente con las rentas y los intereses sobre préstamos usureros, siguió por una generación o más canalizando grandes montos de ingresos agrícolas hacia el apoyo de las empresas estatales y las inversiones industriales.[33]

La transferencia de recursos de la agricultura a otros sectores de la economía ocurrió sobre todo a través de la palanca fiscal; sin embargo, a diferencia de varias otras experiencias en países "en vías de desarrollo", eso no ocurrió en un contexto de estancamiento del campo, sin considerar que los recursos transferidos fueron canalizados a otras actividades sin desvíos significativos por ineficiencia o corrupción de la administración pública. A pesar de la sangría fiscal, durante la era Meiji la agricultura fue objeto de cuidados con el fin de incrementar su productividad y su volumen productivo. Así que, a pesar de la reducción de los trabajadores dedicados a actividades agrícolas, entre 1870 y 1900 la tasa media anual de crecimiento de la producción se situó —según diferentes estimaciones— alrededor de 1.7%.[34] La producción de arroz —*grosso modo* la mitad del producto agrícola total— pasó de 408 millones a 734 millones de yenes (a precios constantes) entre 1874 y 1914: un incremento de 80%, mientras (en un periodo cercano: 1879-1917) la productividad medida en producción por unidad de superficie se incrementó 53 por ciento.[35]

¿Cómo explicar que el sector más duramente castigado desde el punto de vista fiscal pudiera obtener resultados como los que se acaban de mencio-

[33] William W. Lockwood, *The Economic Development of Japan,* Princeton University Press, Princeton, 1968, p. 17.

[34] Un incremento medio de 1.7% supone que, al concluir un periodo de 30 años, la producción final será dos terceras partes superior al nivel inicial. Un autor contemporáneo duda del mencionado ritmo de crecimiento de la agricultura en la era Meiji, considerando que el dato de inicio habría sido subvaluado; véase Jean-Pascal Bassino, "The Growth of Agricultural Output and Food Supply in Meiji Japan", *Economic Development and Cultural Change,* vol. 54, núm. 2, 2006, p. 505.

[35] Cálculos sobre datos de Kamekichi Takahashi, *The Rise and Development of Japan's Modern Economy,* The Jiji Press, Tokio, 1969, pp. 292-293.

nar? Además de la certidumbre de la tenencia de la tierra, la acción estatal en favor de la agricultura tuvo varios aspectos. En cada una de las 46 prefecturas se establecieron estaciones experimentales y centros de investigación, se impulsó a los campesinos para organizarse intercambiando experiencias y conocimientos (las Conferencias Campesinas), se organizaron exposiciones y ferias de productos del campo y se difundió el uso de semillas mejoradas y fertilizantes. Además, se contrataron técnicos extranjeros en materias como drenaje (Holanda), fertilizantes (Alemania), etc. En síntesis: la agricultura, que era objeto de una severa presión fiscal, recibía al mismo tiempo una atención pública que se volvió especialmente significativa después de la guerra con Rusia a comienzos del siglo XX.[36] Es justamente en este periodo cuando las cooperativas rurales (de producción, de crédito y comercialización) experimentaron su mayor desarrollo.

El estudio de dos especialistas japoneses permite estimar qué parte del aumento de la producción agrícola se debió a cada una de las distintas acciones emprendidas por el Estado entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. Según sus cálculos (a partir de una función de producción de tipo Cobb-Douglas en la cual, además de los *inputs* convencionales como trabajo, capital y tierra se incluyeron factores como el nivel educativo medio de los campesinos, los gastos estatales en investigación y extensión rural y el uso de fertilizantes), los componentes educativos, de investigación y extensión (asociados al gasto público) explicarían 61% del incremento de la producción entre 1880 y 1935.[37] Sin disponer de datos para la era Meiji (1868-1912), no parecería asombroso que la estimación valiera también para este periodo. Lo que es importante señalar es que la producción agrícola creció más rápidamente que la población en la fase que preparó el mayor desarrollo industrial de Japón.

Limitémonos, en conclusión, a algunas observaciones de orden general. La agricultura de la era Meiji consolidó sus rasgos tradicionales basados fundamentalmente en predios de pequeña extensión (mediamente una hectárea o poco más), pero libres de prestaciones personales y sin una presencia aplastante de grandes latifundios extensivos y de propiedad absentista, lo que no significó ausencia de conflictos a escala local.[38]

[36] Véase A. Waswo, *op. cit.,* p. 570.

[37] Masakatsu Akino y Yujiro Hayami, "Sources of Agricultural Growth in Japan (1880-1965)", *The Quarterly Journal of Economics,* vol. LXXXVIII, núm. 3, 1974, pp. 476 y ss.

[38] Entre 1917 y 1933 los sindicatos de arrendatarios pasaron de 173 a 4 810, y en la era Meiji no eran infrecuentes las fiestas de aldeas durante las cuales, bajo la coartada de la ritualidad colectiva, se manifestaban conflictos entre pequeños propietarios y arrendatarios contra los mayores notables rurales; véase el sugerente trabajo de Scott Schnell, "Ritual as an Instrument of Political Resistance in Rural Japan", *Journal of Anthropological Research,* vol. 51, núm. 4, 1995, pp. 314 y ss.

La población rural se mantuvo prácticamente inalterada desde comienzos del periodo Meiji hasta la segunda Guerra Mundial, así que el crecimiento de producción y productividad agrícolas permitió incrementar la capacidad de consumo de la población rural y evitar grandes desplazamientos intersectoriales de población que, de materializarse, hubieran presionado a la baja el nivel de los salarios terminando por operar como un lastre en el camino hacia mayores grados de integración del mercado nacional. Todavía en 1930, la población agrícola japonesa llegaba a 50% de la población activa total, dato que hay que comparar con 19% en los Estados Unidos en 1940, con 16% en Alemania en 1933 y 6% en Inglaterra en 1938.[39] Resumiendo, la estación inicial de la modernización japonesa y el periodo de arranque industrial ocurrió con elevados porcentajes de población rural. La modernidad en Japón tuvo en la agricultura sólidas bases tradicionales que le permitieron avanzar sin formas crónicas de polarización social. Es inevitable subrayar la paradoja: el tradicionalismo, lento en morir, creó las condiciones para que la modernidad pudiera adelantarse en un ambiente de contornos económicos y sociales más estables.

La política industrial

El tiempo era el recurso más escaso en los primeros años del periodo Meiji. Los nuevos gobernantes no podían, considerando el marco internacional cargado de amenazas hacia la integridad nacional del país, esperar la lenta consolidación de un aparato productivo moderno. Y así, la primera década y media del Imperio restaurado se convirtió en un hervidero de iniciativas estatales dirigidas a construir las bases del desarrollo industrial. Los tiempos de maduración de una burguesía emprendedora eran necesariamente lentos y el país no podía esperar. Hasta 1882-1883 el corazón de las iniciativas de industrialización fue el Estado, que promovió la creación de nuevas empresas, fundó fábricas modelo con fines demostrativos y apoyó en gran variedad de formas a los empresarios privados que intentaban incursionar en los nuevos territorios de la producción manufacturera mecanizada. Los sectores privilegiados por la acción pública fueron los astilleros, la producción de cemento y vidrio, la siderurgia, el material bélico, los ferrocarriles y los telégrafos, las hilanderías de seda (para exportación), las hilanderías de algodón, las minas, el papel, etc. Las empresas creadas por el Estado eran administradas por los samuráis de los clanes más ligados al gobierno Meiji (Satsuma, Choshu, Hizen, Tosa), o sea, por hombres que —adaptándose al nuevo espíritu de los tiempos— abandonaban sus antiguos prejuicios contra los negocios y el dinero, para dar sus primeros pasos en un mundo empresarial entre razones de riqueza, poder y prestigio.

[39] T. C. Smith, *op. cit.,* p. 210.

La acción industrial del Estado surgió de necesidades distintas y asumió diversas modalidades a lo largo del tiempo. Durante la agresión contra Taiwán (en 1874) el gobierno compró, para el transporte de tropa y material bélico, 30 barcos que serían virtualmente regalados a la empresa Mitsubishi a mediados de la década de 1880, estableciendo así el núcleo inicial de un sistema de transporte marítimo (vital para el comercio exterior del país) que, en los primeros años del periodo Meiji, era muy dependiente de las compañías extranjeras. El apoyo a Mitsubishi siguió posteriormente con subsidios a las tarifas de transporte y a los astilleros navales. Otra forma de sostén estatal directo tuvo como objeto la red ferrocarrilera, en la que los gobiernos garantizaban a las compañías privadas, que habían comenzado a establecerse en 1881, niveles mínimos de dividendos, de tal manera que la inversión privada pudiera dirigirse con plena confianza hacia esta actividad con altos riesgos iniciales. A partir de inicios del siglo XX, el mayor impulso industrial vino de la demanda pública proyectada al fortalecimiento militar del país y de la ulterior consolidación de la red ferrocarrilera.[40] A pesar de la política contraccionista iniciada a comienzos de la década de 1880 para contener la inflación y los déficits públicos, y mostrando el carácter pragmático de la política económica japonesa, desde fines del siglo XIX avanzaron políticas de sostén a la metalurgia (rieles ferroviarios). En 1907 fue nacionalizado el ferrocarril, cuya sostenibilidad privada había dejado de ser posible aunque su función de integración del mercado nacional fuera imprescindible, además del transporte naviero.

Otras necesidades y otras formas de intervención se manifestaron en el caso de las hilanderías de algodón, un sector en el cual el gobierno intervino directamente hacia fines de la década de 1870 estableciendo algunas fábricas modernas en distintas partes del territorio. Notemos de paso que todas las hilanderías del Estado eran de dimensiones bastante pequeñas, con lo cual resultaba evidente el interés gubernamental por difundir en el territorio experiencias productivas ejemplares capaces de promover efectos imitativos que pudieran ser retomados por agentes sociales autónomos. Además, había que reducir las grandes importaciones de hilados de algodón que pasaron de 1 700 toneladas en 1868 a 13 000 toneladas en 1880. En 1886 había 22 hilanderías de algodón, de las cuales 20 eran públicas. Para 1901, Japón importaba poco menos de 2 700 toneladas de hilado de algodón.[41]

Como se ha dicho, desde comienzos de la década de 1880 la política industrial cambió de ruta. Presionado por la inflación y el desequilibrio fiscal, el gobierno contrajo su acción industrial directa y vendió gran parte de las empresas estatales siguiendo la ruta del reordenamiento de las cuentas públicas

[40] *Cf.* Taggart Murphy, *Japan and the Schackles of the Past,* Oxford University Press, Nueva York, 2014, p. 66. Entre 1895 y 1915, de los 77 barcos comisionados por la Marina Imperial, 70 fueron construidos en Japón; véase Marius B. Jansen, *The Making of Modern Japan,* The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 2000, p. 531.

[41] K. Takahashi, *op. cit.,* p. 270.

del ministro de Finanzas, Matsukata Masayoshi, aunque se conservaron las industrias de explosivos, astilleros navales y poco más. Un gran número de empresas públicas fueron transferidas a precios poco más que simbólicos a distintos grupos privados. Hacia estas empresas el Estado no transfirió sólo activos fijos de distinta naturaleza; traspasó también, y éste es un aspecto cuya importancia sería difícil exagerar, las capacidades técnicas, administrativas, comerciales, etc., de los ex dirigentes formados en el interior de las entidades públicas. A través de estas transferencias tanto a empresarios privados como a ex empresarios públicos que asumieron a título privado las actividades que antes dirigían a nombre del Estado, se formó el núcleo inicial de los que serían conocidos posteriormente como *zaibatsu,* o sea, grandes conglomerados (principalmente financieros) con el control de numerosas empresas distribuidas en diferentes ramas industriales.[42] Aunque en las dos décadas siguientes al inicio de esta política el gasto público apenas representaba 10% del PIB, llegó a desempeñar un papel esencial constituyendo cerca de 35% de las inversiones de capital en el conjunto de la economía.[43]

Pero los mediados de la década de 1880 fueron un parteaguas en la política industrial también en otro sentido; en esos años, en efecto, se difundió la conciencia de que la introducción de las formas occidentales de producción adolecía de un límite: la insuficiente adaptación frente a la composición de los recursos disponibles. Refiriéndose a esos años, K. Takahashi habla del nuevo esfuerzo japonés en términos de "indigenización" de la tecnología importada. La occidentalización había ido muy lejos y se abría la necesidad de reorientar el rumbo permitiendo alguna adaptación nacional de la tecnología foránea. Recorriendo el camino de una empresa específica —la Hilandería Modelo de Tomioka— resultarán más claras las características de las dos etapas (occidentalización acelerada e *indigenización,* podríamos decir) y las razones del pasaje de una a otra.

En 1872, la primera hilandería de vapor se estableció en Tomioka (un pequeño poblado de montaña en el centro del país); esta fábrica no sería sólo la primera hilandería moderna, sino, al mismo tiempo, la primera unidad productiva que introdujo en Japón sistemas técnicos y organizativos propios de las fábricas occidentales de la época.[44] El gobierno inauguró con Tomioka

[42] Kawasaki Masayoshi, por ejemplo, fue vicepresidente de la Compañía Postal Japonesa de Barcos de Vapor y provenía de una familia samurái del clan Satsuma. En 1878 rentó terrenos pertenecientes al Estado para construir los astilleros Kawasaki. En 1884 la empresa estaba al borde de la bancarrota, pero fue salvada gracias al apoyo gubernamental. En 1886 Kawasaki pudo adquirir los astilleros Hyogo del gobierno a un precio poco más que simbólico, con lo que logró controlar uno de los mayores astilleros. Desde entonces y hasta el comienzo de la guerra del Pacífico, incluyendo los periodos de recesión, siempre pudo mantener activos sus astilleros gracias a los pedidos provenientes de la Marina Imperial; véase M. Morishima, *op. cit.,* p. 94.

[43] David Flath, *The Japanese Economy,* Oxford University Press, Oxford, 2014, p. 208.

[44] La información relativa a este caso de industrialización temprana viene de Yukihiko Kiyokawa, "Transplantation of the European Factory System and Adaptations in Japan: The Experience

una política de empresas modelo que servían, al menos ésa era la intención, como paradigma para iniciativas privadas similares y como instrumento de capacitación técnica para la mano de obra y los futuros dirigentes empresariales japoneses. En ese caso específico, el asesor principal y el personal técnico eran franceses. P. Brunat, contratado por cinco años por el gobierno, percibía el mismo sueldo de un ministro mientras el resto del personal técnico francés recibía un salario alrededor de 50 veces superior al de la mano de obra japonesa. La construcción de edificios, la organización del trabajo, el sistema de descanso semanal, etc., todo correspondía en Tomioka al esquema de funcionamiento de una moderna hilandería de seda en Francia. Resultados: la empresa funcionaba bien técnicamente, el personal japonés adquiría la experiencia necesaria en el manejo de la maquinaria y la calidad de la seda japonesa de exportación mejoraba promoviendo en el exterior la imagen del *Made in Japan.* Sólo quedaba un problema: la empresa perdía dinero. Los altos costos de la administración francesa, la fuerte dependencia tecnológica externa y las formas de trabajo derivadas de experiencias europeas implicaban costos económicamente insostenibles. Comenzaba así el lento proceso de reapropiación de la fábrica por parte de los dirigentes japoneses.

Vendida la empresa a Mitsui —uno de los mayores, si no el mayor *zaibatsu*— en 1893, iniciaba la adaptación técnica, mercantil y organizativa. No mencionaremos aquí la gran variedad de cambios inducidos por la nueva administración;[45] lo esencial es que la tecnología y las enseñanzas francesas se metabolizaron aprovechando lo ajeno y adaptándolo a las propias condiciones. En 1895 ya existían en el país más de 1 500 hilanderías (accionadas por caída de agua o por vapor), gran parte de las cuales habían recibido enseñanzas de Tomioka como fábrica-escuela.

En las etapas iniciales de la industrialización japonesa, el uso de la fábrica modelo fue un factor importante. Sin embargo, la industrialización tuvo también otras características. Una de ellas fue que, no obstante los *zaibatsu,* gran parte de este proceso se basó en empresas de pequeñas dimensiones. Unidades que, casi exclusivamente dedicadas a los bienes de consumo tradicionales, aun operando a bajos niveles de productividad, permitieron asegurar elevados volúmenes de empleo mientras ensanchaban las interconexiones industriales y la expansión del mercado. La fuerza cohesiva de las tradiciones nacionales desempeñó un papel positivo evitando el riesgo de que los cambios súbitos en las pautas de consumo promovieran la crisis de las unidades productivas tradicionales, con las consecuencias de estrechamiento del mercado nacional y una mayor dependencia del suministro de bienes de importación.

of the Tomioka Model Filature", *Hitotsubashi Journal of Economics,* vol. 28 núm. 1, 1987, pp. 27-39.

[45] *Ibid.,* pp. 31-33. Kamekichi Takahashi dice (*op. cit.,* p. 142): "El hecho real es que la modernización de la industria japonesa durante el periodo Meiji comenzó cuando la maquinaria fue indigenizada, hecha en Japón y ofrecida a bajo precio".

Sería difícil imaginar los éxitos de la gran industria japonesa, incluso antes del cambio de siglo, sin esa base extendida de creación de riqueza, generadora de empleos productivos, productora de bienes para la exportación y de capacidades técnicas cada vez más refinadas.

A caballo entre los dos siglos, las exportaciones de bienes de consumo (tradicionales y no) permitieron a Japón dotarse de los recursos financieros para impulsar la modernización industrial del país. Además de seda y tejidos de algodón, hay que mencionar jabón, zapatos, guantes, paraguas, artículos de vidrio, cerillos, cerámica, papel y productos marinos. Pero la seda jugó un papel determinante, representando, entre 1868 y 1893, alrededor de 40% del total de las exportaciones. Esta fibra fue el correspondiente japonés de la mantequilla danesa. A lo largo de la historia moderna de Japón, la seda tuvo un papel único. Todavía en 1930 era la fuente principal de divisas, así como el ingreso rural más importante, capaz de complementar el proveniente del cultivo del arroz.[46]

Pero tanto la industrialización como el comercio exterior en el periodo Meiji estaban condicionados por dos circunstancias adversas: una política arancelaria impuesta por las potencias occidentales (que obligó al país a mantener tarifas especialmente reducidas para la importación) y el alto grado de control del comercio exterior ejercido por casas comerciales extranjeras.[47] Uno de los grandes dignatarios imperiales del periodo Meiji, el ya citado Ito Hirobumi, escribía:

> A menos que los productos domésticos sean más baratos que los extranjeros, el pueblo no comprará los productos nacionales, así que hay que aumentar los aranceles para incrementar el precio de los productos importados […] esos aranceles se denominan defensivos. Países como el nuestro que todavía no alcanzan el pleno desarrollo demorarán la llegada de la civilización si no aplican este método.[48]

Sin embargo, e incluso antes de 1911 (cuando Japón reconquistó en forma plena su soberanía arancelaria), los aranceles medios mostraban un alza desde los últimos dos años del siglo XIX, cuando pasaron de poco menos de 4% a poco menos de 10% llegando a 20% en 1913. En referencia al segundo aspecto, ya desde la década de 1870 se observa la tendencia al fortalecimiento de empresas japonesas en el comercio exterior del país. Como en las experiencias de Suecia y Dinamarca, Japón también tuvo que recurrir a la emisión de bonos comercializados en el exterior para financiar sus iniciales desequilibrios en las cuentas externas.

[46] W. W. Lockwood, *op. cit.,* p. 16.

[47] En 1874, 99% de las exportaciones de Japón pasaba a través de empresas extranjeras; en 1899 la cuota se había reducido a 64%. En los mismos años, el indicador relativo a las importaciones pasaba de 99.7 a 59%; véase K. Takahashi, *op. cit.,* p. 289.

[48] Citado en M. B. Jansen, *op. cit.,* p. 375.

Hasta aquí se han señalado algunos rasgos de las primeras fases de la industrialización japonesa: el apoyo del Estado a las empresas consideradas estratégicas; la existencia de una amplia red de pequeñas manufacturas de bienes de consumo; la renacionalización del comercio exterior (cuyo manejo por empresas extranjeras fue reducido, además de la recuperación de la soberanía arancelaria) y la *indigenización* como esfuerzo para adaptar la tecnología importada a los recursos disponibles en el país. A este panorama hay que añadir un elemento más: los *zaibatsu,* o sea, las redes de empresas grandes y pequeñas distribuidas en distintas ramas y organizadas bajo el mando centralizado de una casa matriz que generalmente pertenecía a una familia capaz de ejercer su mando a través de participaciones accionarias suficientes para garantizar el control de las empresas del grupo. Esto produce una doble imagen del incipiente capitalismo japonés: su carácter altamente organizado y al mismo tiempo difundido.

Con la política de venta de las empresas públicas, desde la década de 1880, las autoridades políticas contribuyeron de forma decisiva a la formación de poderosos intereses monopólicos alrededor de un restringido número de *zaibatsu:* Mitsui, Mitsubishi, Kuhara, Asano, Sumitomo, Yasuda, Furukawa, etc. Dicho rápidamente, estas corporaciones fueron posibles gracias al gobierno. Una creación que, sin embargo, terminó por convertirse en una fuerza capaz de condicionar su política general.

Los *zaibatsu* muy pronto se convirtieron en el esqueleto de la estructura industrial japonesa; empresas matrices controladoras de otras empresas que a su vez controlaban otras más, cruzando distintos sectores de la actividad económica. Mitsubishi, por ejemplo, que comenzó como compañía de transporte marítimo, se convirtió pronto en empresa de astilleros y de allí pasó a la minería de carbón, a los minerales metálicos, a la actividad bancaria, etc. Sin embargo, el caso más emblemático es sin duda el de Mitsui. Poco antes de que terminara la segunda Guerra Mundial, este grupo había evolucionado hasta convertirse en un imperio económico amplio y complejo que, a través de diferentes mecanismos financieros, controlaba una constelación de actividades como la química, maquinaria de precisión, astilleros navales, producción agrícola y forestal, bienes raíces, cemento, automóviles (Toyota), petróleo, algodón, productos de madera, aceites y grasas, minería, agroindustrias y más.[49]

En un ambiente económico en el que desde muy pronto conviven grandes empresas y pequeñas unidades productivas semiartesanales, el dualismo es un dato persistente hasta la primera Guerra Mundial y uno de sus aspectos es la disparidad salarial entre empresas de diferente tamaño. Aun en 1932,

[49] Véase W. W. Lockwood, *op. cit.,* pp. 216-219. Al finalizar la segunda Guerra Mundial, las autoridades estadunidenses de ocupación abolieron los antiguos *zaibatsu* que habían sido un instrumento de gran eficacia para las conexiones entre empresas y el gobierno en los años de la guerra. No obstante, los viejos *zaibatsu* resurgieron bajo nuevas formas y son conocidos hoy como *keiretsu.* Entre ellos, Mitsui subsiste controlando decenas de diferentes empresas.

cuando puede decirse que la industria japonesa había alcanzado un alto nivel tecnológico e integración infrasectorial, las diferencias salariales entre pequeñas y grandes empresas se mantuvieron elevadas.[50] No obstante, a esta disparidad, en cuanto al tamaño de las empresas, no parece corresponder una distancia comparable en referencia a los diferentes sectores de la economía. Según datos de Ohkawa y Rosovsky,[51] en la primera mitad del siglo xx el jornal de un trabajador agrícola nunca fue inferior, cuando menos, a dos terceras partes del correspondiente salario de un trabajador no agrícola. Hay suficiente evidencia para mostrar que los dos dualismos retributivos (por tamaño de la empresa y sectorial) tendían a reducirse con el paso de los años, especialmente durante las fases expansivas del ciclo económico. Pero no solamente la diferencia entre salarios industriales y rurales no alcanzó en Japón las vetas características de varios países en desarrollo, sino que, desde muy pronto, siguiendo las tradiciones de un país con altos niveles de integración social, se estableció una práctica que buscaba proteger el nivel de empleo de los trabajadores, en contextos cíclicos adversos, con un reparto del trabajo disponible entre los asalariados (de sexo masculino) con menores retribuciones unitarias. Este sistema, que nació inicialmente en la industria de bienes de capital, se extendería a toda la economía desde la segunda Guerra Mundial.[52]

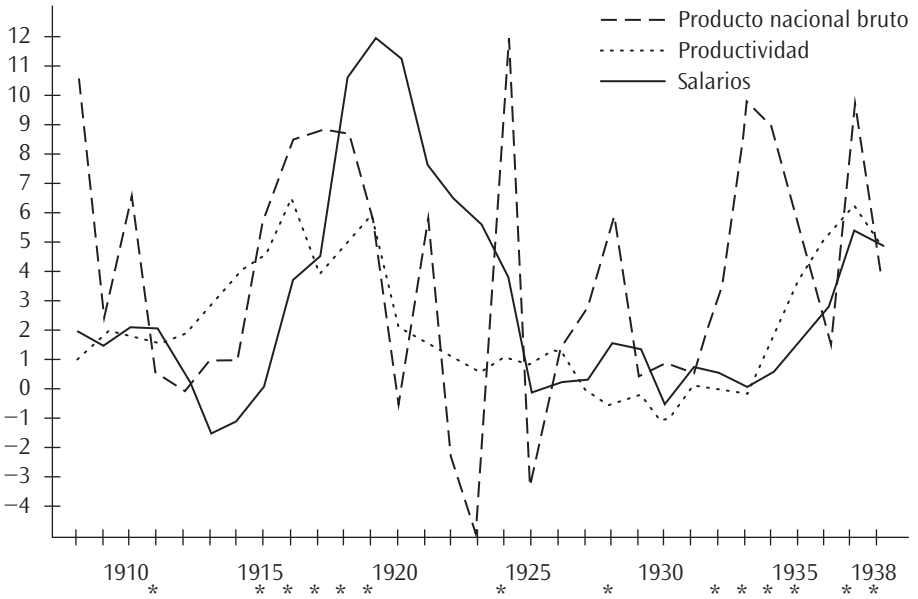
¿Por qué entonces el dualismo (especialmente intersectorial) no ejerció aquí los efectos deletéreos que desempeñó en gran parte de los países denominados en vías de desarrollo? El dualismo salarial podría haber trabado la integración y la ampliación del mercado nacional, favoreciendo islas de eficiencia en mares de atraso competitivo. Es posible suponer que este efecto disgregador sobre el mercado nacional se compensó con el elevado dinamismo de inversiones derivadas de la amplia disponibilidad de ahorro interno y de las políticas públicas de apoyo a la industrialización. Si a lo anterior añadimos el militarismo (con efectos de empuje al sector de los bienes de capital) y las tradicionales prácticas de frugalidad, que se pudieron mantener gracias a la endeble difusión de estilos de consumos de tipo occidental, con la conservación de pautas de consumo asociadas a bienes nacionales producidos en estructuras con alta generación de empleo, el cuadro general comienza a hacerse comprensible para mostrar cómo fue posible que Japón evitara una modernización industrial *cum* atraso económico y alta polarización social.

[50] Véase M. Morishima, *op. cit.,* p. 111.

[51] Kazushi Ohkawa y Henry Rosovsky, *Japanese Economic Growth,* Stanford University Press, Stanford, 1973, p. 126.

[52] Kônosuke Odaka, "The Dual Structure of the Japanese Economy", Takafusa Nakamura y Kônosuke Odaka, *The Economic History of Japan: 1600-1990,* vol. 3, *Economic History of Japan 1914-1955: A Dual Structure,* Oxford University Press, Nueva York, 2003, p. 121; y C. Johnson, *op. cit.,* p. 31. En formas históricamente inéditas vuelve a manifestarse aquel espíritu de comunidad que los viajeros occidentales registraban en Japón entre fines del shogunato y la Restauración Meiji.

GRÁFICA VI.1. *PNB, productividad y salarios (1908-1938)*



Ya en el siglo XX, un dato relevante es que, en la actividad manufacturera, la productividad nunca mostró tendencias a incrementarse sin que ello ocurriera paralelamente con el aumento del volumen global de producción. De no haber sucedido así, un alza excesiva de la productividad (respecto al volumen global de producción) podría haberse obtenido al costo de una creciente fragmentación sectorial y social del mercado interno, mientras que un aumento excesivo de la producción (con respecto a la productividad) habría restado competitividad internacional al *Made in Japan*. Al mismo tiempo, la demanda de trabajo mostró en el largo plazo una tendencia al aumento correspondiente con el ensanchamiento de la dotación de capital del país. No asombra, por consiguiente, que la combinación dinámica de aumento de producción, productividad y demanda de trabajo promovieran el incremento casi permanente de los salarios reales. De hecho, al utilizar medias quinquenales, los salarios reales, en el conjunto de la economía, crecieron 38% entre 1895 y 1915-1919 y volverían a crecer 54% entre esta última fecha y 1925-1929.[53]

Reflexionando sobre las tendencias a largo plazo de la economía japonesa en las primeras décadas del siglo, Ohkawa y Rosovsky llegan a la conclusión de que "durante todas las fases cíclicas de ascenso, la productividad aumentó mucho más rápidamente que los salarios".[54] Esta aseveración parece

[53] Véase W. W. Lockwood, *op. cit.,* p. 144.
[54] K. Ohkawa y H. Rosovsky, *op. cit.,* p. 118.

equivocada, lo que es insólito en un trabajo especialmente escrupuloso. Véase la gráfica VI.1.

Si consideramos como años de ascenso cíclico todos aquellos en que se registraron tasas de crecimiento del producto nacional bruto (PNB) superiores a 3.5%, entre 1908 y 1938 hubo 15 años con esta característica (indicados con un asterisco en la base de la gráfica). Durante nueve de estos 15 años, el incremento salarial fue superior al aumento de la productividad, con lo cual queda puesta en tela de juicio la afirmación de Ohkawa y Rosovsky. Notemos, sin embargo, que también se darán tasas elevadas en el crecimiento del PNB entre 1932 y 1938, o sea, en un periodo de incremento salarial inferior al de la productividad. Debemos señalar que estos últimos son los años en que ocurrieron al mismo tiempo dos circunstancias cruciales: el fuerte aumento de la demanda pública de material militar y la agudización de las medidas represivas contra las organizaciones políticas y sindicales de los trabajadores.

A pesar del estancamiento económico después de la primera Guerra Mundial, el crecimiento siguió en la década de 1920 cuando el empleo manufacturero pasó de cinco millones a casi seis millones. Desde comienzos de la década de 1930, la economía japonesa entró en una nueva fase de aceleración, que entre 1932 y 1940 dio lugar a una tasa media anual de crecimiento del PNB de 5.6%. Mientras las principales economías del mundo pasaban por una aguda fase de retroceso, Japón registraba elevados ritmos de desarrollo asociados en parte a sus ambiciosos planes armamentistas[55] y en parte al dinamismo de las exportaciones que se beneficiaban de la devaluación del yen durante la década.[56]

En síntesis, en las primeras tres décadas del periodo Meiji la producción manufacturera creció consistentemente, pero a tasas no muy altas, lo que en el largo plazo tuvo la virtud de evitar desplazamientos excesivos de la población del contexto rural al urbano, con un impacto que pudo haber sido negativo sobre la demanda interna por una excesiva oferta de mano de obra. La modernización industrial fue pausada, permitiendo la conservación de actividades semiartesanales capaces de asegurar adecuados niveles de empleo. Y cuando las manufacturas aceleraron su ritmo de crecimiento, entre fines del siglo XIX y comienzos del sucesivo, las nuevas inversiones no tuvieron que enfrentarse a la resistencia de la "destrucción creadora" de capitales fijados a

[55] Incluso después del ataque a Pearl Harbor, durante el lapso de tres años y nueve meses hasta la rendición en agosto de 1945, los astilleros japoneses construyeron 15 portaaviones, seis cruceros, 126 submarinos, 63 destructores, 70 barcos de transporte, 168 barcos de defensa costera y otros 234 barcos de distinto tipo, además de 720 barcos de carga y 271 petroleros. En esa misma época se construyeron alrededor de 60 000 aviones militares; véase M. Morishima, *op. cit.*, pp. 137-138.

[56] Considérese que el nivel de exportaciones (a precios de 1935) alcanzado en 1937 resultó tan elevado que sólo pudo igualarse nuevamente tres décadas después, en 1968; véase K. Ohkawa y H. Rosovsky, *op. cit.*, p. 302.

tecnologías previas. Y así, en la década de 1920 la industria eléctrica pudo crecer 160% mientras el gasto público sostenía una modernización industrial acelerada sin graves laceraciones sociales. En conclusión, a las virtudes de la lentitud en la primera fase de desarrollo japonés corresponden las virtudes de la aceleración en el comienzo del siglo XX.

Un problema aparte: el coeficiente capital/trabajo

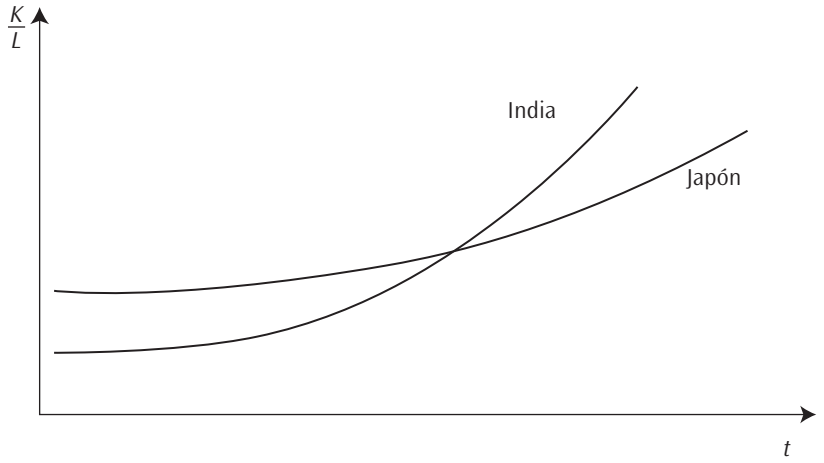
En 1964, dos estudiosos de la Universidad de Yale publicaron un libro en el que, si bien sólo tangencialmente, se hacía referencia a un aspecto importante de las primeras etapas del desarrollo económico japonés.[57] John Fei y Gustav Ranis sostenían ahí que el coeficiente capital/trabajo del sector industrial (o sea la relación entre el monto de capital y la fuerza de trabajo empleada en el sector) se había caracterizado por una tendencia a la reducción desde 1888 hasta la primera Guerra Mundial, cuando la tendencia se invirtió progresivamente dando lugar a una nueva etapa de incremento. La primera etapa —cuando el coeficiente K/L baja— es considerada de *extensión,* y la segunda, de *profundización* en el uso del capital. La idea es que hubo una primera fase del desarrollo japonés en que prevalecieron tendencias de integración de la economía a escala nacional gracias a la aplicación de técnicas modernas "rebajadas", o sea, un uso extensivo del capital. Entre una opción de alta productividad microeconómica y baja integración económica nacional y una opción de baja productividad a nivel de empresa con elevado nivel de integración nacional, Japón había recorrido un rumbo mixto en el que, sin embargo, se mantuvo el cuidado de garantizar que los avances de productividad no fueran exclusivamente el resultado de una mayor dependencia tecnológica del exterior. En efecto, como vimos con anterioridad, gran parte de la fase inicial del desarrollo económico japonés tuvo en la *indigenización* de la tecnología extranjera uno de sus rasgos determinantes. La *indigenización,* desde el punto de vista macroeconómico, implicó un esfuerzo para seguir el camino de la modernización sin activar la excesiva segmentación entre sectores o áreas geográficas, sin elevados niveles de desempleo y sin la inestabilidad de las cuentas externas.

Estableciendo una comparación entre Japón e India, Fei y Ranis resumen su argumentación por medio de una gráfica que expresa con toda claridad la diferencia entre las dos experiencias de industrialización (véase la gráfica VI.2).

Mientras en el caso japonés la relación K/L muestra, año con año, un comportamiento que no se aleja en exceso de una curva de pendiente uniforme,

[57] John C. H. Fei y Gustav Ranis, *Development of the Labour Surplus Economy: Theory and Policy,* R. D. Irwin, Howewood, 1964.

GRÁFICA VI.2. *Tendencias del coeficiente de capital*



en el caso de la India esta relación se dispara desde los años inmediatamente posteriores a la independencia, mostrando así la clara orientación de los gobiernos hacia una modernización industrial tan acelerada como necesariamente limitada desde el punto de vista del empleo generado, así como de la amplitud de las experiencias productivas activadas.

El contraste entre estos dos casos históricos es claro. La continua expansión industrial japonesa ocurrió al interior de estructuras productivas y comportamientos de consumo capaces de contener el riesgo de una oferta ilimitada de trabajo. Por el otro lado, India parecía haber apuntado, en cambio, hacia innovaciones muy ahorradoras de trabajo desde el comienzo de su esfuerzo de desarrollo a partir de la conquista de su independencia a mediados del siglo XX. El hincapié en las grandes dimensiones, en los sectores de alta intensidad de capital y en contra de las unidades productivas medianas y pequeñas y capaces de hilvanar un tejido productivo interactivo de las actividades generadoras de altos niveles de empleo no garantiza la mejor distribución de los recursos a lo largo del tiempo y puede contener el paso del progreso económico.[58]

A menudo se ha supuesto que la eficiencia microeconómica, obtenida sin consideración del ambiente socioeconómico global en que se inserta, es condición suficiente para que los beneficios inmediatos obtenidos se extiendan espontáneamente de la fábrica al resto de la economía. Por desgracia, las experiencias nacionales específicas (partiendo de la industrialización acelerada del primer plan quinquenal de la URSS de 1928) muestran que la difusión de solitarias experiencias de modernización microeconómica no ocurre por ósmosis.

[58] *Ibid.*, p. 134.

A pesar de esto, contrastando el punto de vista de Fei y Ranis, otros estudiosos han obtenido estimaciones estadísticas que parecerían indicar, ya no una reducción o una relativa estabilidad del coeficiente K/L en las primeras etapas de la industrialización japonesa, sino un aumento del mismo. Las estimaciones a este propósito han sido notablemente diferenciadas, arrojando cifras muy distantes entre sí.[59] Haciendo referencia a un incremento del coeficiente en las primeras décadas del desarrollo japonés, se ha sostenido que: "[…] una temprana introducción de técnicas intensivas en capital, si bien ineficiente en el corto plazo, prepara la economía para los tiempos en que se dé el cambio en la proporción de los factores […] las ventajas dinámicas de largo plazo son más importantes que la desventaja estática […] Una temprana introducción de tecnologías intensivas en capital representa la mejor estrategia de desarrollo".[60]

Así que, aun en situaciones en que la "proporción de los factores" indica la presencia de mucho trabajo y poco capital, la estrategia de desarrollo adecuada sería la que supone el uso de tecnologías que emplean poco trabajo y mucho capital; se reconoce que en el corto plazo esta opción puede no ser la mejor, pero se afirma que lo será en el largo plazo cuando "se dé el cambio en la proporción de los factores". Ésta es la idea, una en que parece implícita la ilusión tecnológica de que en el largo plazo se alterará la disponibilidad de los factores activando una demanda de trabajo cada vez mayor. Frente a esto se yergue la realidad de un atraso cuya historia contemporánea muestra cómo es posible la convivencia de largo plazo entre eficiencia micro e ineficiencia macroeconómica, entre empresas modernas y economías con altos niveles de segmentación interna. La modernización técnica no se extiende de manera espontánea de un sector a otro por simple contagio hasta crear condiciones generales de pleno empleo y bienestar. Si el uso de tecnología de alta intensidad de capital se concentra sectorialmente sin una concomitante ampliación del mercado (o sea, sin generación de redes crecientes de iniciativas empresariales vinculadas a recursos y demandas locales), no hay razón para suponer que en el largo plazo pueda concretizarse un cambio en la "proporción de los factores".

Regresemos a Japón. Como vimos, no hay estimaciones homogéneas sobre la tendencia del coeficiente K/L entre las últimas décadas del siglo XIX y

[59] Hakchungj Choo ("On the Empirical Relevancy of the Ranis-Fei Model of Economic Development: Comment", *American Economic Review,* vol. 61, núm. 4, 1971, pp. 695-703) calcula un K/L entre 1888 y 1918 que pasa de 376 a 934 yenes (a precios de 1934-1936). Para el mismo coeficiente (también a precios de 1934-1936), K. Ohkawa y H. Rosovsky, *op. cit.,* calculan entre 1897 y 1918, valores que van de 592 a 1 061 yenes en el conjunto de la economía privada no agrícola. A su vez, Fei y Ranis establecen para el periodo 1888-1918 valores (a precios de 1928-1932) entre 4 271 y 2 780 yenes.

[60] Tuvia Blumenthal, "Factor Proportions and Choice of Technology: The Japanese Experience", *Economic Development and Cultural Change,* vol. 28, núm. 3, 1980, pp. 555-556.

las primeras del XX. Sin embargo, hay algo que no debería ser objeto de controversias interpretativas y es que, en el periodo Meiji, hubo un movimiento triple: en primer lugar, la persistencia de una agricultura campesina de alta intensidad de trabajo; en segundo lugar, el desarrollo de pequeñas y medianas empresas de bienes de consumo y no alta intensidad de capital y, en tercer lugar, en contratendencia, el desarrollo de unidades productivas de alta intensidad de capital (astilleros, metalurgia, industria química, etc.) que protagonizaron una estructura industrial con amplio sostén público y cuyo rasgo mayor fueron los *zaibatsu* desde la década de 1880. De tal manera que el dato medio acerca de la intensidad de capital se encuentra en una situación intermedia entre escenarios sectoriales muy diferenciados en que, sin embargo, la modernización de algunos sectores no implica necesariamente la reducción del peso específico de los otros.

Aparte de esto, hay que recordar la *indigenización* mencionada anteriormente. Se perdería parte de los rasgos propios de la industrialización japonesa si se olvidara la voluntad de adaptación nacional de la tecnología importada con la consiguiente contención de un alto coeficiente de capital. Ohkawa y Rosovsky señalan correctamente que las rigideces (en términos de K/L) impuestas por la tecnología de importación fueron atenuadas a través de una gran variedad de formas: selección de sectores prioritarios en los cuales fuera más alta la absorción de trabajo por unidad de capital (textil, por ejemplo), utilización de maquinaria usada, subcontratación de parte de las grandes empresas del extenso archipiélago de pequeñas unidades productivas con bajo coeficiente K/L, etc.[61] Leamos lo que escriben tres estudiosos japoneses acerca de la industria textil:

> El gobierno estableció una fábrica modelo de hilandería de seda en 1872, pero fue maquinaria de madera, menos intensiva en capital, la ampliamente adoptada durante el periodo Meiji. En lo que se refiere a las opciones de tejeduría, fueron los telares producidos en el país con lanzaderas, pedales de pie, engranajes y correas —y no los telares a vapor de importación— los que dominaron durante el periodo Meiji. Otra vez, cuando los telares a vapor hicieron sentir su impacto a comienzos del siglo XX, fueron los telares mixtos de madera y metálicos producidos en el país los que resultaron extensamente adoptados en lugar que los más caros telares completamente metálicos de importación.[62]

Por medio de una persistente economía campesina, las pequeñas y medianas empresas sostenidas por una importante demanda interna, así como los esfuerzos de *indigenización* de la tecnología, Japón pudo salir muy rápida-

[61] K. Ohkawa y H. Rosovsky, *op. cit.,* p. 135.

[62] M. Miyamoto *et al.,* "Economic Development in Preindustrial Japan (1859-1894)", *The Journal of Economic History,* vol. XXV, núm. 4, 1965, pp. 557-558.

mente de una situación de excedente crónico de trabajo que, de persistir, no solamente habría provocado fenómenos macroeconómicos de segmentación estructural, sino que, además, habría terminado por adormecer un impulso de innovación tecnológica internamente inducido, dada la alta disponibilidad de mano de obra barata.[63]

Militarismo y expansión colonial

Si se dejaran a un lado las cooperativas agrícolas, la producción maderera o la presión social organizada, poco se entendería de las etapas iniciales de la salida del atraso en Dinamarca y Suecia. Algo similar ocurre con el militarismo y la guerra en el caso de Japón. Sin llegar a considerar la guerra (y sus apéndices industriales) como el motor del desarrollo japonés moderno —lo que sería ciertamente una acentuación indebida—, es oportuno no olvidar que Japón combatió, entre los inicios de la Restauración Meiji y 1945, 10 guerras —desde la invasión a Taiwán en 1874 hasta la segunda Guerra Mundial (1941-1945)—, lo que da un total de 30 años de conflictos armados en 77 años de historia. Entre 1931 y 1945 Japón estuvo en guerra de forma continua.

¿De dónde surgen en la historia japonesa las tendencias hacia el militarismo y la expansión externa? He aquí una pregunta cuyo intento de respuesta nos llevaría hacia territorios de análisis histórico mucho más amplios respecto a nuestros actuales intereses. Limitémonos a algunas anotaciones. Militarismo y colonialismo parecerían ser en este caso reacciones a la situación internacional a la que el país se asoma en los momentos iniciales de su modernización económica. Una condición dominada por el uso del poderío militar de Occidente para hacer posible la penetración económica en el Oriente asiático. Este expansionismo activa una reacción nacionalista que pasará pronto del terreno de las reformas económicas internas al terreno de la política de potencia regional. Sin embargo, a un componente imitativo derivado del aprendizaje acerca de las formas de la presencia occidental en el Oriente asiático, se añade en el caso japonés uno de orden interno. En su famoso libro sobre Japón, Ruth Benedict señala que este país veía a su región del mundo en riesgo de anarquía a menos que se introdujera un principio de orden basado en el respeto a las jerarquías. Japón, que había hecho de este respeto la clave de su eficacia (al interior del Estado y en las relaciones entre instituciones y sociedad), se consideraba destinado a imponer un orden asiático en que "cada uno ocupara su propio lugar" en un mapa que tuviera al centro a Japón. Además,

[63] Una comparación entre el camino japonés de salida del atraso y las experiencias más recientes de Corea del Sur y Taiwán se encuentra, con referencias explícitas al excedente de trabajo, al dualismo y a la dinámica salarial, en J. Fei *et al.,* "Economic Development in Historical Perspective: Japan, Korea and Taiwan", en K. Ohkawa *et al.* (coords.), *Japan and the Developing Countries: A Comparative Analysis,* Yale University Press/Basil Blackwell, Oxford, 1989, pp. 35-63.

asumía la obligación de guiar y educar a China, su hermana más atrasada e indisciplinada (que, no obstante, había sido su cultura madre a lo largo de muchos siglos).[64] A un primer momento defensivo le sucedió una segunda fase en la que las élites japonesas parecían considerar que los logros nacionales no podían consolidarse sin el establecimiento de una gran área regional, como frontera exterior, frente al poderío económico y militar de Occidente. Obviamente, el éxito japonés en la creación de este escudo externo fue posible gracias al carácter de una organización nacional construida alrededor de valores jerárquicos y normas de comportamiento de gran homogeneidad cultural y eficacia operativa.

A pesar de que el desarrollo económico en el periodo Meiji fuera en gran medida el despliegue de un proyecto administrado e impulsado por el Estado, ese mismo desarrollo puso en movimiento fuerzas sociales nuevas y activó conflictos y tensiones que amenazaban formas políticas y culturales de gran arraigo histórico. La reacción nacionalista en el aspecto militar podría entonces considerarse como el intento por restablecer la unidad interna alrededor del prestigio castrense alimentado por una política de potencia regional. Además, la política fiscal dirigida a la agricultura condujo a la quiebra a muchas familias rurales con el consiguiente efecto negativo sobre el potencial dinámico del mercado nacional. La demanda de un aparato militar en expansión fue un sustituto dinámico. El militarismo colonial podía ser representado internamente como la necesidad de disponer de mercados externos privilegiados, mercados ligados a Japón por vínculos políticos de subordinación a la expansión productiva japonesa. El suministro de arroz —sobre todo después de la agitación social de 1918 causada por la escasez de grano— proveniente de Corea y de Taiwán (que abastecieron a Japón también de grandes cantidades de azúcar) se aceleró en las dos décadas sucesivas mientras el país necesitaba concentrar una mayor proporción de su mano de obra en la industria química y siderúrgica. Se formaron así círculos concéntricos de áreas asiáticas alrededor del núcleo japonés que las subordinó a modo de colonias formales, semicolonias o Estados independientes subordinados (como Manchukuo o las islas Marianas y Marshall del Pacífico sur).[65]

Sin embargo, la presencia simultánea de estas tres motivaciones (el escudo externo, la reconstrucción de una unidad simbólica bajo la hegemonía militar y la necesidad de abastecimientos externos confiables) modificó el equilibrio interno entre las élites del país. Los éxitos militares, en efecto, no consolidaron solamente a la oligarquía, sino que fortalecieron en su interior la posición del Ejército. El antiguo equilibrio de fuerzas entre la alta burocra-

[64] Véase Ruth Benedict, *El crisantemo y la espada,* Alianza, Madrid, 1974, pp. 26-27.

[65] *Cf.* Yuzo Yamamoto, "Japanese Empire and Colonial Management", en Takafusa Nakamura y Kônosuke Odaka, *The Economic History of Japan (1600-1990),* vol. 3, Oxford University Press, Oxford, 2003, pp. 224 y ss.

cia del Estado, los empresarios, los dirigentes de los partidos y los militares tendió a romperse en favor del mayor peso de estos últimos. Es lo que el profesor Morishima percibe con claridad cuando sostiene:

> En colusión con un grupo de jóvenes burócratas —los denominados burócratas renovadores— el Ejército intentó contener el poder del emperador, de los mayores dirigentes estatales, de los partidos políticos y de los viejos burócratas conservadores. En los comienzos del periodo Showa (con el emperador Hirohito, desde 1926) los militares se convierten en las figuras centrales del gobierno y el gobierno mismo tiene que resignarse a ser una figura de segundo plano del Estado.[66]

Entre mediados de la década de 1920 y la de 1930, la vida política japonesa estuvo dominada por el constante acoso militar sobre los gobiernos en turno, un acoso que se expresó a través de varios intentos de golpe de Estado, atentados y el homicidio de importantes dirigentes gubernamentales perpetrados por fanáticos nacionalistas.

Desde comienzos de la década de 1930, ya no sólo los gobiernos fueron objetivo del Ejército, sino también los *zaibatsu* que, bajo protección gubernamental, se habían desarrollado desde fines del siglo anterior. Para apoyar económicamente la expansión colonial, el Ejército necesitaba industrias que se plegaran a sus necesidades. En 1932 fue asesinado por la derecha Dan Takuma, uno de los mayores dirigentes del principal *zaibatsu,* Mitsui. Al calor de las necesidades imperialistas asociadas a la aventura japonesa de Manchukuo (iniciada con la invasión de Manchuria por el ejército imperial japonés en 1931), comenzaron a nacer nuevos *zaibatsu* (entre los cuales Nissan sería el más importante), mientras los viejos terminaron por doblegarse a las directrices y las necesidades impuestas por el Ejército y su política expansionista.

Los objetivos fijados desde el periodo Meiji con vistas a la modernización económica se reformularon en función, entonces, de un gran esfuerzo de expansión colonial. En ese contexto, el paralelo histórico entre Prusia y Japón resulta tentador; más específicamente, entre la guerra franco-prusiana de 1871 y la agresión japonesa a China de 1894-1895 con la cual Japón estableció su dominio sobre la isla de Taiwán. En los dos casos se trató de actos exitosos de orgullo nacionalista que coronaron políticamente dos momentos de éxito económico. En 1871, Prusia cobró su revancha tardía contra el anterior expansionismo de la Francia napoleónica y afirmó, en forma definitiva, su hegemonía como fuerza rectora de la unidad alemana. En 1895, Japón mostró al mundo (y a sí mismo) que había terminado el periodo de casi cuatro décadas en que el país podía ser amenazado por la expansión asiática de las potencias occidentales. Y en 1931, cuando Japón invadió Manchuria y, más aún, cuando extendió desde 1937 su ocupación al resto de China, ya era un país que se

[66] M. Morishima, *op. cit.,* p. 95.

había emancipado de los rasgos que pueden considerarse característicos del atraso como la inestabilidad y escasa calidad institucional, un aparato productivo sin capacidades endógenas de renovación, una gran masa de trabajadores sin empleo junto con amplios bolsones de miseria crónica.

Es necesario evitar una percepción equivocada: el conjunto de la experiencia histórica japonesa de salida del atraso no puede explicarse en términos de expansionismo militar. Una de las claves parecería haber sido aquí el consenso nacionalista del cual el militarismo fue sólo una expresión extrema. La otra fue la capacidad del Estado, mostrada desde el periodo Meiji, para organizar una serie de reformas orientadas a la modernización económica y administrativa. En pocas palabras, la asombrosa eficacia del Estado, su burocracia (donde la ética protestante, como principio de responsabilidad, tuvo una versión oriental a partir del código de honor, *bushido,* de la casta samurái), interactuó con la solidez de las redes informales de conexión entre instituciones, sociedad y economía. Y un elemento más. A partir del momento en que el desarrollo económico se convirtió en una compulsiva ideología nacional, los necesarios objetivos de cohesión no resultaron asegurados solamente por los mecanismos autocráticos de control social, sino también por la creación de condiciones que favorecían la integración económica del mercado nacional y, por consiguiente, la mejora progresiva de las condiciones de vida de millones de personas. En este camino se encuentra una heterogeneidad de circunstancias y decisiones estratégicas, desde las políticas de desarrollo rural hasta las prácticas de empleo permanente entre las grandes empresas y el aumento a largo plazo de los salarios reales. Desde comienzos del siglo XX, y hasta el ingreso de Japón en la segunda Guerra Mundial, los salarios reales no agrícolas, aun en medio de oscilaciones cíclicas, solamente tuvieron descensos absolutos en tres ocasiones, en 1913, en 1914 y en 1930, y en ningún caso el descenso fue mayor a 2%, ni siquiera en la década de 1930, cuando la política japonesa será dominada por el militarismo.

VII. ITALIA, O LA DIFICULTAD DE LAS REFORMAS

Sin olvidar los rasgos comunes a las distintas experiencias de salida tardía del atraso, es forzoso reconocer que cada una de ellas definió modalidades propias. No existen recetas de validez universal construidas, por su propia ubicuidad espacio-temporal, en el vacío histórico. Cada uno de los casos estudiados hasta aquí constituye en cierta medida un *modelo* en sí que resultó exitoso *ex post* habiendo construido en la marcha las condiciones de una homologación internacional (en los terrenos competitivo y de bienestar) a pesar de sus diferentes circunstancias económicas, culturales y de dotación de recursos.

Observando a Suecia, resulta evidente que la salida del atraso no supone necesariamente el prerrequisito de una plena paz social. Este país muestra que la aceleración conducente a una economía internamente integrada, competitiva y capaz de crecientes niveles de bienestar social ocurre al mismo tiempo en que el movimiento obrero y la sociedad sueca en general acceden a grados crecientes de organización y de presión tanto sobre las élites económicas como sobre las instituciones. Por otro lado, la Dinamarca de fines del siglo xix pone en tela de juicio que la industrialización sea una especie de *Deus ex machina* capaz, independientemente de otras circunstancias, de llevar a un país hacia una economía capitalista moderna. Vimos allí el papel esencial (en la competencia internacional, en el desarrollo de iniciativas empresariales y en el progreso técnico) desempeñado por la agricultura y la cooperación rural. El caso japonés, por su parte, indica, en contra de celosas visiones liberales, la centralidad del Estado como núcleo operador inicial (y no sólo) de iniciativas y comportamientos colectivos que terminarán por conducir a una economía capitalista tan moderna como *japonesa*.

¿Qué *modelo* encarna Italia en este marco de experiencias ejemplares? Probablemente ninguno. ¿Por qué, entonces, incluir a este país como último caso en una secuencia donde cada episodio nacional ha merecido los reflectores por su valor paradigmático? La razón es sencilla. El largo trayecto que atraviesa Italia y que termina por transformarla en una economía capitalista moderna constituye tal vez uno de los mejores ejemplos de los retardos inducidos por una profunda división territorial (en la economía, en la secuencia de experiencias históricas y en la tradición civil) entre norte y sur que, a pesar de los intentos, se conserva desde la unidad nacional (completada entre 1861 y 1870) hasta la actualidad. Hay que considerar también la debilidad política para enfrentar problemas estructurales de valor estratégico como la propia cuestión meridional, la calidad desigual de las instituciones y la débil legitimación de las élites dirigentes. En el marco de las experiencias consideradas

hasta aquí, Italia es el país que llega más tardíamente a conformar una estructura productiva moderna, integrada y competitiva. Mientras en los tres casos previos es posible sostener que, *grosso modo,* en el arco de medio siglo los países mencionados se convirtieron en protagonistas desarrollados de la economía mundial, en el caso italiano el lapso involucrado abarca un siglo: entre 1861 y 1963. Dicho esto, descartemos una explicación de dudosa validez: la hipótesis de que Italia parte desde más abajo respecto a los otros tres países. Si usamos como indicador genérico el producto nacional bruto (PNB) per cápita, varias estimaciones estadísticas permiten dudar que Italia esté uniformemente por debajo respecto a Dinamarca, Suecia o Japón a mediados del siglo XIX. Según Simon Kuznets, el PNB per cápita italiano en la década de 1860 es superior al sueco 21.4% y al japonés 253%, mientras que respecto al danés es inferior 29.5%.[1] Según las estimaciones de Paul Bairoch, el mismo indicador hacia 1860 es superior en Italia 34% respecto a Suecia y 2% respecto a Dinamarca.[2] Si usamos los datos de Angus Maddison, descubrimos que a lo largo del siglo posterior a 1861, el producto interno bruto (PIB) per cápita italiano en relación con el inglés pasa de un índice de 50 a 68 frente a Dinamarca que pasa de 61 a 102 y a Suecia que va de 48 a 101.[3]

Más allá de las diferentes estimaciones, la clave del retardo italiano frente a los otros casos europeos no parece estar en una supuesta posición cuantitativamente retrasada (como media nacional) desde la década de 1860. Y tampoco parece legítimo suponer que el retardo acumulado por Italia en las décadas posteriores se deba a su pobreza en términos de recursos naturales. En este terreno no hay razones para suponer que la dotación de recursos fuera mayor en Dinamarca o en Japón.

Descartadas estas explicaciones, y asumiendo la debilidad económica e institucional del sur de Italia, no queda más que reconocer la fragilidad, desde la unidad italiana, de una política incapaz de desatar los nudos estructurales acumulados en las décadas e incluso en los siglos previos. Retomemos el argumento inicial: el caso italiano es paradigmático en el sentido de que indica la naturaleza de los costos económicos y sociales de largo plazo pagados por la demora en conducir transformaciones económicas e institucionales que, si bien con modalidades propias, se dieron en los otros países de desarrollo tardío. Una lentitud y una debilidad que permitieron la perpetuación de un dualismo estructural y territorial con diferentes expresiones en la economía, en la cultura política, en los valores y comportamientos colectivos y en la (escasa) credibilidad de las instituciones.

[1] Simon Kuznets, *Economic Growth of Nations: Total Output and Production Structure,* Harvard University Press, Cambrigde, 1971, p. 24.

[2] Véase Paul Bairoch, "Europe's Gross National Product (1800-1975)", *The Journal of European Economic History,* vol. 5, núm. 2, 1976, p. 286.

[3] Angus Maddison, *The World Economy: Historical Statistics,* OCDE, París, 2003.

Independientemente de las estimaciones de las condiciones económicas comparativas a comienzos de la segunda mitad del siglo XIX, hay un aspecto en el cual la situación italiana es mucho menos favorable respecto a las otras experiencias consideradas. Mientras Suecia, Dinamarca y Japón disponen, en los momentos iniciales de sus procesos de salida del atraso, de varios siglos de consolidación como Estados nacionales, Italia realiza tardíamente su unidad política en la década de 1860. Una circunstancia crítica considerando que, mientras aún necesita apuntalarse administrativamente bajo un mando político central y un aparato burocrático homogéneo, los otros países cuentan a este respecto con un patrimonio histórico (real y simbólico) asentado. Italia encarna un camino más lento y azaroso de salida del atraso debido (entre otros factores) a su inicial retardo institucional.

La unificación del país no produce en sus primeras tres décadas una aceleración económica significativa, si bien desde mediados de la década de 1890 y hasta mediados de la de 1910 la economía registra una importante aceleración. Aun así, hacia comienzos del siglo XX, la producción industrial per cápita es inferior 32% a la sueca y 60% a la alemana.

Cuatro etapas del camino italiano fuera del atraso

Retrocedamos para vislumbrar las dificultades históricas que el país venció al comenzar su lenta (y todavía territorialmente incompleta) emancipación del atraso. Con la restauración posnapoleónica desde 1815 y la derrota de los movimientos sociales de 1848, las diferentes realidades italianas se habían replegado en sus antiguas estructuras regionales de poder, en su tradicional ausencia de conexiones económicas recíprocas y en el desaliento de los minoritarios sectores liberales y republicanos que no podían contagiar con sus pasiones nacionales a las mayorías. Cuando, después de mediados del siglo, la unidad italiana se volvió ya no sólo el anhelo de generaciones de pensadores (una larga historia que va, por lo menos, de Maquiavelo a Mazzini), sino en una posibilidad histórica concreta, el país estaba dividido en siete Estados. Los mayores eran, en el noroccidente, el reino de la casa Saboya de Piamonte-Cerdeña, en el nororiente el dominio austriaco, en el centro el Estado pontificio y en el sur el reino de las Dos Sicilias bajo dominio Borbón. En este marco de fragmentación y profundas diferencias en modernidad económica y coherencia institucional internas, Piamonte —o, más precisamente, la casa de Saboya— terminó por asumir el papel de actor político capaz de despejar la ruta hacia la unidad. En la ola de las insurrecciones populares de Milán, Venecia, Nápoles y Roma, Carlos Alberto, rey de Saboya, lanza su ejército contra los austriacos. Sin embargo, entre fines de 1848 y comienzos del año siguiente, estos últimos restablecen su poder militar y el control político en el nororien-

te del país. Carlos Alberto abdicó en favor de su hijo Víctor Manuel II. Los movimientos populares y nacionalistas fueron derrotados y se restableció la situación política anterior a 1848. No obstante, a partir de entonces comenzó a difundirse la sensación de que finalmente los tiempos habían madurado para la unificación nacional y desde entonces, guiada por Camillo Benso, conde de Cavour, primer ministro de Víctor Manuel II, la casa Saboya se entregó a fortalecer sus nexos europeos (especialmente con Napoleón III), para obtener apoyo político y militar en la perspectiva de la inevitable confrontación con el principal obstáculo para la unificación: Austria. En 1859 se reabrió el enfrentamiento que condujo, en marzo de 1861, a la proclamación del reino de Italia con Víctor Manuel II como rey y el Estatuto Piamontés de 1848 como Constitución nacional. La unidad plena se completó en 1870, cuando el ejército sabaudo entró a Roma rompiendo definitivamente los últimos residuos del poder temporal de los papas. Cuatro años antes, aprovechando la debilidad austriaca en su guerra contra Prusia, el Véneto había sido anexionado al reino italiano.

El país completó su proceso unitario, lo que, sin embargo, ocurrió revelando dos circunstancias destinadas a tener consecuencias de largo plazo en el futuro del nuevo Estado nacional. La primera: la unidad integraba en un mismo cuerpo político regiones que vivieron historias seculares muy distintas. Simplificando: mientras en el norte, a pesar del retardo sobre los tiempos de la primera revolución industrial, encontró cierto espacio un capitalismo capaz de vincular entre sí la agricultura dirigida al mercado con actividades manufactureras y el comercio con el resto de Europa, en el sur la supervivencia secular de una agricultura señorial con amplios espacios de autoconsumo se dio conjuntamente con escasos vínculos comerciales hacia el exterior. El reflejo de esta diferencia era evidente en el terreno institucional.

Un politólogo estadunidense ha evaluado el grado de desarrollo político de los Estados italianos inmediatamente antes de la unificación comparando tres variables: la racionalización de la autoridad (entendida como existencia de una Constitución), la existencia más o menos de una tradición parlamentaria y el desarrollo de la administración pública. El resultado cuantitativo de esta comparación asigna a Piamonte un valor seis veces superior a los casos del Estado pontificio y del reino de las Dos Sicilias. Según el mismo estudioso, la capacidad fiscal piamontesa era dos veces mayor respecto a los otros dos Estados y la capacidad de inscripción en la escuela primaria era cerca de cuatro veces superior.[4] Al margen, disparidades considerablemente mayores a las que enfrentó la unificación alemana una década después. Entre otras cosas,

[4] Véase Daniel Ziblatt, *Structuring the State: The Transformation of Italy and Germany and the Puzzle of Federalism,* Princeton University Press, Princeton, 2006, pp. 84-86. Sin mediciones cuantitativas, Benedetto Croce había señalado lo mismo en 1929 en su *Storia d'Italia dal 1871 al 1915* (Laterza, Roma y Bari, 1967), al reconocer la distancia, por razones de recursos naturales y de "historia civil", entre norte y sur del país (p. 55). Las discrepancias institucionales no eran

Alemania no tuvo que hacer las cuentas con los Estados pontificios a los cuales, en su viaje por Italia en 1844 Charles Dickens, con su habitual sarcasmo, se refería diciendo: "El territorio papal es un territorio que no está, en parte alguna, bien gobernado, ya que las llaves de San Pedro están bastante oxidadas".[5]

La segunda circunstancia es que la unidad italiana ocurrió más como una anexión del resto de los Estados peninsulares al reino de Saboya que como una empresa alimentada por un fuerte sentido de participación y fervor popular (o de orgullo nacionalista, como en el caso alemán). Cuando Gramsci se refiere al *Risorgimento* (el conjunto de acontecimientos políticos y culturales que conducen a la unidad nacional) como a una "revolución pasiva" entiende justamente la incapacidad de las fuerzas políticas, incluso más allá de la dinastía Saboya, para despertar una genuina pasión popular.[6] Una idea que, ocho décadas después, el historiador inglés Christopher Duggan retoma al hablar de una nación que nace sin el "flujo vivificante del entusiasmo popular".[7] El desaliento toca incluso las fuerzas voluntarias de Garibaldi cuando éste se ve forzado, después de la gesta asombrosa del desembarco en Sicilia y la derrota de los ejércitos borbónicos, a interrumpir su marcha hacia la Roma papalina, por las fuerzas piamontesas que no quieren perder el apoyo de Napoleón III, quien entonces era el principal defensor del Estado pontificio. Uno de los jóvenes voluntarios que había seguido a Garibaldi y que se ve forzado a la desmovilización, apunta en su diario toda su consternación y la de sus compañeros con estas palabras finales: "Fuéramos como hojas y llevara cada una de ellas una palabra; pudiéramos todavía reunirnos para formar algo que tuviera sentido".[8]

Tanto la casa Saboya como los reducidos núcleos de burguesía industrial y agraria del norte prefirieron, frente a un país cuyas complejidades les eran en gran parte desconocidas, renunciar a un difícil papel reformador. Además de la desconfianza hacia Garibaldi, el nuevo Estado dinástico se enfrentaba, con Sicilia como ejemplo, a una situación al borde del caos social, a rivalidades entre élites locales sin el menor sentido de pertenencia al nuevo Estado nacional (más allá de la sumisión formal al poder dominante en el momento), a la escasez de las fuerzas del orden disponibles y a graves dificultades financieras.[9] No hubo aquí ni un Estado con la fuerza y el prestigio político pru-

sólo expresión de diferencias económicas, sino de la mayor o menor consolidación de una sociedad civil independiente de monarcas, aristocracia y clero.

[5] Charles Dickens, *Estampas de Italia,* Nórdica, Madrid, 2012, p. 102.

[6] Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere,* t. III, Einaudi, Turín, 1975, p. 2053.

[7] Christopher Duggan, *La forza del destino: Storia d'Italia dal 1796 a oggi,* Laterza, Bari, 2008, p. 267.

[8] Giuseppe Cesare Abba, *Da Quarto al Volturno,* Universale Economica, Milán, 1891/1949, p. 170.

[9] *Cf.* Lucy Riall, *La Sicilia e l'unificazione italiana: Politica liberale e potere locale (1815-1866),* Einaudi, Turín, 2004, p. 99.

sianos ni una burguesía nacionalista portadora de una gran visión de reforma. Las nuevas instituciones centrales vieron la luz con una prioritaria necesidad de orden, lo que supuso la postergación reformadora cuyas consecuencias deberían sentirse en el futuro y hasta la actualidad.

Pero ¿por qué el Estado sabaudo terminó por ser el núcleo aglutinador de la futura unidad nacional? Porque sólo ahí confluyeron diferentes circunstancias críticas: ambiciones dinásticas, una fuerza económica asociada al relativo progreso social e institucional de esta parte del país, además del hecho esencial de un reino autóctono en una península aprisionada entre gobiernos foráneos y profundo atraso social. O las dos cosas al mismo tiempo. Demos otro paso atrás: los grandes feudos del noroccidente de la península experimentaron tempranamente el progresivo debilitamiento de sus privilegios políticos a favor del creciente poder de los Saboya desde mediados del siglo XVI. A partir de entonces, el ducado de Saboya se encaminó hacia la monarquía absoluta, la promoción de actividades económicas y la formación de una entidad política independiente en el contexto europeo. Una monarquía que permaneció prácticamente intacta durante los siglos posteriores cuando el norte de Italia se volvió tierra de conquista antes de españoles y después de austriacos. El poder absoluto de los Saboya hizo posible el progresivo desarrollo de una estructura administrativa centralizada en la capital del reino: Turín. En el siglo XVIII, los antiguos poderes y privilegios feudales casi habían desaparecido conjuntamente con los tradicionales privilegios eclesiásticos. Tanto desde el punto de vista de las estructuras agrarias (pequeña propiedad integrada a la producción mercantil y grandes extensiones en alquiler), como desde el punto de vista fiscal y administrativo, el reino piamontés era, a comienzos del siglo XIX, la realidad político-económica más avanzada del país. Sin considerar su mejor ejército (por equipamiento, unidad de mando y disciplina) entre los Estados peninsulares.[10]

Una vez conseguida la unidad nacional, era natural que la política económica de la nueva Italia no fuera otra sino la extensión a todo el país tanto de la estructura administrativa y fiscal como de las grandes orientaciones económicas prevalecientes en el antiguo Estado piamontés. Siguiendo la corriente europea dominante, Piamonte había firmado desde 1850-1851 tratados internacionales en los cuales la apertura comercial externa correspondía con la ideología liberal en ascenso en el resto de Europa. Después de 1861, estas mismas directrices se extendieron a todo el país con las consecuencias que veremos más adelante. Las profundas diferencias estructurales de la economía, que de nacional sólo tenía las vestiduras jurídico-políticas, fueron asumidas así bajo una óptica que confiaba en los mecanismos espontáneos del mercado para que estas diferencias terminaran por disolverse progresivamente. Una

[10] Giorgio Candeloro, *Storia dell'Italia moderna,* t. 1, *Le origini del Risorgimento,* Feltrinelli, Milán, 1961, pp. 90-97.

confianza excesiva: se mantendría el dualismo entre el norte y el sur del país (entre una economía en que los débiles núcleos de industrialización se insertaban en un tejido mercantil-agrario relativamente integrado y una economía dominada por estructuras agrarias semifeudales) promoviendo desequilibrios destinados a debilitar los esfuerzos nacionales de salida de antiguas condiciones de atraso económico.

Echando una mirada a vuelo de pájaro sobre los 100 años que van desde la unidad hasta el periodo de aceleración económica de la segunda posguerra (que, por ciertos aspectos, puede considerarse concluido en 1963), es posible subdividir la historia económica del país en cuatro grandes periodos: dos de bajo crecimiento y dos de aceleración. Los dos periodos de desarrollo contenido son los que, a grandes rasgos, coinciden con las primeras tres décadas unitarias y con el periodo de entreguerras (1918-1938); las dos fases de aceleración tienen lugar en las dos décadas previas a la primera Guerra Mundial y la década y media posterior a la segunda. Merece destacarse que en las fases de aceleración el mayor crecimiento industrial coincide con una significativa recuperación de la producción agrícola. Otro dato significativo es que mientras en las dos décadas anteriores a la primera Guerra Mundial la economía registra un fuerte repunte en condiciones de proteccionismo, el segundo ciclo de aceleración coincide con una reapertura (después de la autarquía fascista) de la economía al comercio internacional, sobre todo europeo.

El dato sustantivo es que en el caso italiano, a diferencia de los otros tres países, considerados aquí, la salida del atraso no fue rápida (en el orden de 40-50 años), sino que requirió prácticamente un siglo. En efecto, a pesar de su dualismo (que persiste hasta la actualidad), Italia deja de ser un país atrasado sólo desde comienzos de la década de 1960. En los siguientes apartados centraremos la atención en cada una de las cuatro fases que se acaban de indicar.

Conservadores y desarrollo infraestructural

La unidad nacional no produjo en sus inicios una aceleración económica; nada similar a un despegue ocurrió aquí a pesar de las circunstancias internacionales favorables hasta mediados de la década de 1870 y del ciclo coyunturalmente positivo de las actividades de construcción. Incluso, el norte del país se incorpora tardíamente a la primera revolución industrial en parte por la escasez de carbón en parte por la limitación inicial de mercados y redes de comunicación. Sólo desde fines del siglo, con la segunda revolución industrial y el aprovechamiento de la energía hidroeléctrica, el triángulo formado por Milán, Turín y Génova comenzó a perfilarse como motor de la industrialización italiana.[11]

[11] *Cf.* Emanuele Felice y Giovanni Vecchi, "Italy's Growth and Decline (1861-2011)", *The Journal of Interdisciplinary History,* vol. 45, núm. 4, 2015, p. 515; y Paolo Malanima y Vera Zamagni,

Desde el punto de vista de la política económica, las primeras décadas tuvieron dos rasgos sobresalientes: una dura política fiscal y la apertura comercial hacia el resto del mundo. La política de recaudación surgía de la necesidad de hacer frente a los graves desequilibrios presupuestales con los cuales había comenzado la vida del nuevo Estado. La política comercial nacía, en cambio, más del apego a las corrientes intelectuales dominantes a escala europea que de urgencias económicas comunes al conjunto del territorio nacional. Después de la unidad, las finanzas públicas estaban cerca de la bancarrota sobre todo por el mantenimiento del aparato militar y porque el nuevo Estado había asumido las deudas acumuladas por el conjunto de los Estados preunitarios. Frente a gastos muy por encima de los 600 millones de liras, los ingresos fiscales se mantenían por debajo de los 500 millones, mientras la deuda pública seguía creciendo peligrosamente hasta alcanzar una cifra de alrededor de 5000 millones hacia fines del primer quinquenio unitario.[12] En este marco comenzó a aplicarse una política de rápido incremento de las entradas fiscales. Y en efecto, en el curso de una década estas entradas se duplicaron. En un país donde los precios agrícolas entraron desde comienzos de la década de 1860 en una fase depresiva (mismos ingresos que constituían gran parte del ingreso nacional) y donde los ahorros representaban aún una cuota muy baja del producto nacional, esta política indujo una presión recesiva sólo parcialmente contrarrestada por los gastos públicos en infraestructura. Sin embargo, la dura política fiscal registró, en términos presupuestarios, un éxito indudable: a partir de 1875 el presupuesto del Estado registró un superávit que de ahí en adelante se mantuvo por cerca de una década. Quintino Sella, artífice de la política fiscal del nuevo Estado, no tenía dificultades en reconocer que Italia era el país con la mayor presión fiscal en Europa.

Independientemente de sus específicas opciones de política económica, desde 1861 y por una década y media Italia contó con gobiernos conservadores de reconocida moralidad pública y sentido del Estado, lo que no puede decirse de los gobiernos sucesivos, entre aventuras coloniales, un Parlamento convertido en teatro de enfrentamientos, colusión de clientelas y escándalos de corrupción.[13] Pero, a pesar de la probidad de los nuevos gobiernos nacionales, el éxito fiscal se pagó a un precio elevado en términos de bajo crecimiento. En los gobiernos de la época terminó por prevalecer la percepción de que el reordenamiento fiscal requería una política económica basada en el mantenimiento de estructuras agrarias que, por arcaicas que fueran, representaban

"150 Years of the Italian Economy (1861-2010)", *Journal of Modern Italian Studies,* vol. 15, núm. 1, 2010, pp. 11 y ss.

[12] G. Luzzatto, "The Italian Economy in the First Decade after Unification", en François Crouzet *et al.* (coords.), *Essays in European Economic History (1789-1914),* Edward Arnold, Londres, 1969, p. 207.

[13] Giampiero Carocci, *Storia dell'Italia moderna dal 1861 ai nostri giorni,* Newton Compton, Roma, 1995, pp. 16-18.

un factor de estabilidad económica considerado esencial. La rigurosa política fiscal, además, había levantado una alta barrera de desconfianza social sobre todo de parte de una población sureña acostumbrada a lo largo de siglos a pagar pocos impuestos y a recibir poco o nada por parte de sus autoridades.

Una coincidencia: los gobiernos conservadores que instrumentaron la política fiscal en el primer periodo unitario hicieron lo mismo que los gobiernos Meiji en Japón, los dos dirigieron sobre sus respectivas agriculturas la mayor carga tributaria para el financiamiento de los elevados gastos de integración infraestructural de sus economías aunque con una diferencia. Mientras Japón desarrollaba esta política en un contexto agrario dominado por pequeñas y medianas propiedades crecientemente integradas al mercado nacional y apoyadas por múltiples acciones gubernamentales de extensión y capacitación técnica, en Italia la política fiscal se daba en un contexto rural en el que prevalecían, en amplias zonas del país, relaciones sociales arcaicas basadas en el latifundio, la propiedad absentista y los contratos de aparcería. Entre 1861 y 1881 —según datos del Istituto Centrale di Statistica—, el porcentaje representado por el ahorro en el total del ingreso nacional osciló alrededor de 3.2%, un valor ínfimo que revelaba la cercanía rural a una situación de subsistencia precaria.

Los gobiernos necesitaban recursos financieros no sólo por medio de los instrumentos fiscales, sino también del débito público nacional y extranjero. En el primer frente, el Tesoro emitió títulos de deuda pública para captar liquidez y estimular el ahorro interno. Sin embargo, los ingresos fueron inferiores en cerca de un tercio al valor nominal de los títulos, ya que su colocación se realizó con descuentos que elevaban la tasa de interés de 5% nominal a una tasa efectiva de entre 7 y 8%,[14] lo que implicaba una sobrecarga sensible en el servicio de la deuda pública. En este ambiente —de graves restricciones financieras con periódicas sacudidas en la confianza en la lira— el gobierno se vio obligado, en 1866, a establecer el "corso forzoso", o sea la no convertibilidad metálica de las notas bancarias emitidas por los bancos autorizados. En el segundo frente (la captación de recursos financieros del exterior), se emitieron bonos sobre todo en el mercado financiero de París. En 1865, la deuda externa alcanzaba cerca de 1 700 millones de liras en bonos con un rendimiento de alrededor de 7%. Los capitales obtenidos de la deuda externa se canalizaron prioritariamente hacia infraestructura y, sobre todo, hacia la ampliación de la red ferroviaria. Como en el caso de Dinamarca, el mercado de capitales de París jugó un papel central en el financiamiento externo para el desarrollo del país.

Fue precisamente en el terreno infraestructural en el que los logros de las primeras décadas resultaron más significativos. Se trataba de establecer

[14] Celestino Arena, "La finanza pubblica dall'Unità ad oggi", en *L'economia italiana dal 1861 al 1961,* Giuffré, Milán, 1961, p. 488.

una red de conexiones que rompiera con el aislamiento regional que había prevalecido en la vida del país a lo largo de siglos. Como en el resto de Europa, el ferrocarril fue en Italia el instrumento (y símbolo) de una voluntad de integración económica y se dirigieron grandes inversiones hacia la ampliación de su red. De los poco más de 2 000 kilómetros existentes en 1860, se pasó, 10 años después, a más de 6 000 y, en 1890, a más de 13 000. Se estableció así una de las redes de mayor extensión en Europa. Gracias al ferrocarril comenzaron a comunicarse zonas de Italia cuya vida económica y social se había desarrollado en casi completo aislamiento hasta entonces; se abría la opción técnica para movilizar mercancías entre áreas anteriormente incomunicadas y se creaba la posibilidad de reducir el peso relativo del autoconsumo en el mundo rural.[15] De los 18 millones de pasajeros de ferrocarril de 1870 se pasó, en 1890, a más de 50 millones, mientras, en el mismo lapso, el tonelaje de mercancía transportada se cuadruplicaba. El ferrocarril daba trabajo a decenas de miles de trabajadores y proporcionó un estímulo decisivo a la incipiente industria siderúrgica. Un esfuerzo importante ocurría en los mismos años con la expansión de la red carretera, que entre 1863 y 1879 pasaba de 23 000 a 46 000 kilómetros.

Sin embargo, una parte de los efectos positivos de este gran esfuerzo infraestructural debía perderse a consecuencia de la política comercial de libre cambio que surgía más de una abstracta adhesión a las corrientes liberales de la época que de una visión precisa de las necesidades de consolidación de los distintos sectores y territorios del país. En el momento de la unidad nacional en Piamonte prevalecía una política de bajos aranceles y escasas restricciones cuantitativas a la importación, mientras en el sur la protección era un hecho consolidado. Esta situación se modificó casi de inmediato con la extensión de los bajos aranceles prevalecientes en Piamonte a todo el territorio nacional. Si las consecuencias fueron negativas incluso para el sector textil en el norte del país, serían devastadoras para los núcleos incipientes de industrialización en el sur.[16] En efecto, las primeras décadas unitarias fueron un periodo de aguda desindustrialización en el *Mezzogiorno* italiano. Mientras en Piamonte la apertura comercial no había provocado efectos desastrosos gracias a la consolidación de un tejido productivo relativamente integrado con el resto de Europa, en el sur la apertura al exterior afectaba estructuras productivas incapaces de interactuar creativamente con la competencia externa.

[15] Una posibilidad técnica que, sin embargo, no era suficiente para contrarrestar los datos adversos ligados a la conservación de estructuras agrarias arcaicas, especialmente en el sur. Emilio Sereni registra que en los 25 años posteriores a la unidad siguieron prevaliendo precios regionales del trigo que muestran la débil formación de un mercado nacional de este producto; véase "Mercato nazionale e accumulazione capitalistica nell'Unità italiana", *Studi Storici,* vol. 1, núm. 3, 1960, *passim.*

[16] John A. Davis, *Italy in the Nineteenth Century (1796-1900),* Oxford University Press, Nueva York, 2000, p. 251.

Los beneficios en términos de menores precios para varios insumos industriales importados fueron contrarrestados por el cierre de empresas que no podían hacer frente a las nuevas condiciones competitivas.

Cuando, desde 1887, la política comercial dio un vuelco hacia el proteccionismo, la industria meridional ya había sido tan agudamente debilitada que esta parte del país pasó a ser, para volver a Gramsci, algo similar a un mercado colonial interno.[17] La afectación previa de los primeros núcleos de empresarialidad había sido tan drástica que, además de inercias culturales y políticas premodernas, desde entonces la debilidad industrial del sur de Italia se convertiría en un factor de desequilibrio estructural en toda la historia posterior del desarrollo económico nacional. Un solo dato será suficiente para dar una medida aproximada de las dimensiones del retroceso industrial en el sur del país: el nivel de empleo industrial, que llegó a cerca de dos millones entre fines de la década de 1870 y comienzos de la de 1880, después de reducirse a menos de la mitad en las tres décadas posteriores, sólo recuperó su antiguo nivel hacia fines de la década de 1960.[18] Moraleja: la nueva élite gobernante asfixió al sur entre elevados impuestos y bajos aranceles. No se percibió que las distintas raíces históricas de las economías del norte y el sur del país requerían tratamientos diferenciados. Sin embargo, como veremos más adelante, no se trató simplemente de un error, sino de una opción política parcialmente consciente.

Norte y sur de Italia habían encarnado por siglos historias diferentes que terminaron por cimentar estructuras económicas y políticas escasamente comparables. Nada parecido al desarrollo comercial y agrícola del septentrión en los siglos XIV y XV había ocurrido en el meridión. De paso, la servidumbre fue abolida en Piamonte desde la segunda mitad del siglo XVI. La gran estación de la autonomía municipal del norte en la Baja Edad Media no tuvo parangón en el sur. El desarrollo de una burguesía agraria con inversiones en cultivos comerciales y obras de riego fue un fenómeno que, por varias razones, no pudo darse en el sur.

> Las diferencias fundamentales entre norte y sur se expresan principalmente a través del estudio de las ciudades: muchas ciudades septentrionales y una parte de aquellas del centro tuvieron un largo desarrollo municipal y, por consiguiente, una antigua experiencia de autogobierno. El desarrollo de las ciudades, a su vez, se acompañaba con la evolución de un campo en el cual, ya mucho antes de la unidad, habían desaparecido o decaído las relaciones de tipo feudal y se habían desarrollado numerosos propietarios independientes y, con ellos y entre ellos, una burguesía agraria que invertía en la agricultura. En las ciudades, la burguesía de

[17] A. Gramsci, *op. cit.,* p. 2038.

[18] Véase Paolo Sylos Labini, *Dispense di economia: 1968-69,* Edizioni dell'Ateneo, Roma, 1969, p. 123.

> origen artesanal y comercial había desarrollado los tráficos y el intercambio entre ciudad y campo […] Muy poco de todo eso aconteció en el sur y en parte del centro de Italia. Aquí, en la sucesión de dominaciones extranjeras, el sistema feudal asumió algunas características coloniales, y los señores feudales no invierten en el campo, por la misma esencia del ordenamiento que expresan y que los genera y tiende a reproducirlos […] No siendo amenazados en su poder ni en sus privilegios por una burguesía en ascenso, los señores no modificaron sus costumbres como ocurrió en otras regiones de Italia y en otros países.[19]

Sólo muy tardíamente, durante la dominación francesa, entre febrero de 1806 y mayo de 1815, pudieron desarrollarse en el reino de las Dos Sicilias algunas tentativas de desmonte de las antiguas estructuras señoriales. En 1806 José Bonaparte fue nombrado rey de esta parte de Italia por su hermano, un reinado que duró menos de dos años, ya que su poderoso hermano lo llamó en 1808 a asumir la corona de España. José transfirió el reinado al marido de su hermana, el comandante de caballería Joaquín Murat. Y fue con Murat que el sur de Italia (excluyendo la Sicilia ocupada durante su gobierno por Inglaterra) conoció a comienzos del siglo XIX el primer intento de ruptura de los antiguos privilegios señoriales, de sus derechos jurisdiccionales y de los derechos y prebendas de las órdenes religiosas y de los monasterios. Y así, a diferencia del norte, estructuras agrarias semifeudales tuvieron un tiempo extra de vida en el sur de Italia,[20] que siguió después de la derrota de la aventura napoleónica.

No asombra que las disparidades agrarias del país en el momento de su unidad política conformaran una situación donde la productividad media de la agricultura nacional estuviera entre las más bajas de Europa. Si se usa como indicador la producción neta por empleado de sexo masculino en 1860 (expresada en millones de calorías), frente a la cifra de 5 millones de calorías producidas por el campesino italiano estaba la de 20 millones del campesino inglés, 14.5 millones del campesino francés y 10.5 millones del campesino sueco.[21] Hacia el final del siglo, los rendimientos en el cultivo del trigo (medido en quintales por hectárea) eran de 9.4 en Italia, 12.5 en Francia, 20.7 en Inglaterra y 23.2 en Bélgica.[22]

[19] *Ibid.,* pp. 115-116. Una diferencia entre norte y sur de Italia, que se remonta a un problema de capital social y credibilidad institucional desde el siglo XIV, ha sido explorada en clave econométrica por Guido de Blasio y Giorgio Nuzzo en "Historical Traditions of Civicness and Local Economic Development", *Journal of Regional Science,* vol. 50, núm. 2, 2009, pp. 835 y ss.

[20] Véase Emilio Sereni, *Capitalismo y mercado nacional,* Crítica/Grijalbo, Barcelona, 1980, p. 134.

[21] Véase P. Bairoch, *Commerce extérieur et développement économique de l'Europe au XIX^e siécle,* Mouton, París, 1976, pp. 273-340.

[22] E. Sereni, *Capitalismo…, op. cit.,* p. 131. Entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo sucesivo, comparativamente con Suecia, Dinamarca y Japón, Italia registra menor crecimiento en la producción de cereales; véase B. R. Mitchell, "Apéndice estadístico", en Carlo M. Cipolla,

En 1877 el Parlamento encargó al senador Stefano Jacini una Encuesta Agraria, cuyos resultados terminaron de publicarse en 1890. Refiriéndose a la diversidad del universo rural, Jacini no dudaba en sostener la existencia de varias Italias que, en muchos casos, conservaban fisonomías correspondientes a tiempos históricos olvidados. Un dramático reflejo social de esta segmentación estaba en los índices de analfabetismo que, mientras en Piamonte y Lombardía oscilaban entre 17 y 21%, en Sicilia y Cerdeña viajaban a una tasa cercana a 90%. No obstante una situación tan segmentada, diagnósticos explícitos y denuncias políticas surgidas de distintos sectores políticos, las primeras décadas unitarias fueron un tiempo de inmovilismo desde el punto de vista de la política agraria. Que los campesinos de varias zonas del país durmieran con los animales para calentarse, que tuvieran una dieta casi exclusivamente basada en cereales y algunas hortalizas, que se vistieran poco más que con harapos, que carecieran de tierras o se vieran obligados a aceptar gravosos contratos de aparcería a favor de propietarios absentistas para subsistir no fue motivo de preocupación para una nueva clase dirigente nacional más preocupada por mantener el apoyo político de los viejos sectores de la gran propiedad rural que por los riesgos que implicaba conservar estructuras agrarias arcaicas. El nuevo Código Civil de 1865 expresaba en este terreno su voluntad de conservación, fortaleciendo en el ámbito de los contratos agrarios la posición de absoluto privilegio de los propietarios. Los campesinos que rentaban tierras ajenas no recibían ningún apoyo legal que garantizara su estabilidad, se mantenía la tradición de los contratos de muy corto plazo, no se consideraba el valor de las obras de mejora que el arrendatario realizara e incluso se reconocía al rentista el derecho a exigir que fueran desmanteladas para que su predio le fuera devuelto en las condiciones primitivas. En esta situación era obviamente arduo imaginar que los campesinos se empeñaran en mejoras permanentes capaces de impulsar la productividad. El Código Civil apoyaba la reproducción en el tiempo de una jungla abigarrada de privilegios y relaciones sociales premodernas.[23]

¿Cómo explicar la condescendencia hacia el arcaísmo agrario de gran parte de las zonas centrales y meridionales del país? La respuesta a esta pregunta necesita ser buscada sobre todo en el terreno político. En la etapa histórica en que la casa de Saboya extendió su control a todo el país, la aristocracia terrateniente meridional representaba una garantía de estabilidad política y de control social frente al riesgo de movimientos campesinos que podrían haber presionado hacia una alteración de los lineamientos conservadores a escala nacional. Además, durante las primeras décadas unitarias, Piamonte co-

Historia económica de Europa, vol. 4, t. 6, Ariel, Barcelona, 1980; y K. Takahashi, *The Rise, and Development of Japan's Modern Economy,* The Jiji Press, Tokio, 1969, p. 293.

[23] Véase Giorgio Giorgetti, *Contadini e proprietari nell'Italia moderna: Rapporti diproduzione e contratti agrari dal secolo XVI a oggi,* Giulio Einaudi Editore, Turín, 1974, pp. 413-428.

menzó el lento proceso de reconocimiento de un país que muy pronto se reveló complejo y difícil de gobernar. En este cuadro, la alianza entre la burguesía del norte y los terratenientes del sur expresó en el nuevo Estado una fórmula de estabilidad política general. En otra encuesta parlamentaria (de 1876), el conservador liberal Leopoldo Franchetti reconoció que en Sicilia parte de la élite usaba la criminalidad isleña para conservar sus privilegios.

> [Cuando ocurre algún delito notorio] comienzan las plegarias, la intercesión de personajes influyentes, las reclamaciones y crece el clamor. Los gobiernos se intimidan, titubean, ceden y abandonan a sus funcionarios [nacionales] y los transfieren [...] Podría decirse que los diputados sicilianos reciben de sus electores más el mandato a buscar la excepción a las leyes que a elaborar nuevas [...] Ley y gobiernos ceden a la autoridad de los pequeños potentados locales.[24]

Esta pusilanimidad de los gobiernos nacionales implicó en el largo plazo la renuncia de parte de los núcleos de burguesía norteña y su élite política a ejercer una función hegemónica construida sobre la capacidad de aglutinar alrededor de sí las fuerzas sociales interesadas en reformar estructuras económicas anquilosadas. Esta alianza conservadora hacía posible la paz social, pero al costo de la debilidad en la conformación de un mercado nacional integrado, con los consiguientes efectos negativos sobre el desarrollo industrial. El bloque agrario-industrial inducía en el interior del Estado italiano en formación algo parecido a un fuerte reflejo conservador que daría sus frutos más plenos décadas después, con el fascismo.

Alrededor de la cuestión agraria y meridional, en la segunda mitad del siglo XIX el debate ha sido tradicionalmente muy vivo entre los estudiosos italianos. Limitémonos aquí a la interpretación de Rosario Romeo, para quien la congelación de las estructuras agrarias en las primeras décadas posteriores a la unidad fue el costo necesario para alcanzar dos objetivos centrales: el aumento de la oferta de productos agrícolas (lo que, en su opinión, no hubiera sido posible en el clima de inseguridad derivado de una modificación en el régimen de propiedad de la tierra) y la concentración de los mayores ingresos en los grupos privilegiados, lo que hizo posible un significativo incremento del ahorro. La política fiscal permitió orientarlo hacia las necesidades infraestructurales del desarrollo económico nacional.[25]

Esta línea de razonamiento da lugar a varias críticas. En primer lugar, de ser cierta esta argumentación llegaríamos a la paradoja de sostener que el desarrollo capitalista moderno impone el enriquecimiento de sectores agra-

[24] Leopoldo Franchetti, "Condizioni politiche e amministrative della Sicilia" (1877), en Alfio Carrà (ed.), *Orientamenti e testimonianze sulla questione meridionale,* Célèbes, Trapani, 1965, pp. 263 y ss.

[25] Véase Rosario Romeo, *Breve storia della grande industria in Italia (1861-1961),* Cappelli, Bolonia, 1982, p. 35.

rios preburgueses interesados en conservar formas arcaicas de dominio social. En segundo lugar, considerando otras experiencias históricas, no hay indicadores unívocos en el sentido de que las reformas agrarias signifiquen necesariamente una reducción de la producción agrícola en el corto plazo, pero sí hay pruebas históricas definitivas de que, en cuanto al mediano y largo plazos, la ruptura de esquemas de propiedad señorial activa importantes incrementos en la oferta de productos del campo y, de ahí, el aumento en la capacidad de ahorro. En aras de un dudoso beneficio en un tiempo breve, la política agraria indujo en la agricultura italiana factores sociales de rigidez que condicionaron el desarrollo económico global del país por un extendido ciclo histórico. Pero, Romeo dice: "[…] el sacrificio del Mediodía y, en parte, de la agricultura […] no debe velar a nuestros ojos la justeza fundamental de la línea general que entonces se recorrió, su sustancial adecuación a los intereses de la colectividad nacional, y entre estos intereses estaba fundamentalmente el de promover la transformación de la península de país agrícola a país industrial".[26]

Sin embargo, observando la historia económica de Suecia, Dinamarca y Japón, la pregunta es inevitable: ¿es posible una industria moderna sobre cimientos agrarios arcaicos? Y la respuesta no parecería ser positiva.

En un artículo publicado en febrero de 1894 en *Critica Sociale,* Friedrich Engels escribía:

> La burguesía italiana al llegar al poder durante y después de la emancipación nacional no ha podido ni ha querido completar su victoria: no ha destruido los restos de feudalismo en el proceso de reorganización de la producción nacional con arreglo al modelo capitalista moderno […] El pueblo trabajador —campesinos, artesanos, obreros— se halla atenazado, de un lado, por abusos añejos, no sólo heredados de las épocas feudales, sino aun de la Antigüedad (mediería, latifundios en el sur) y, del otro, por el sistema de impuestos más voraz que el régimen burgués haya inventado.[27]

Empero, hay que añadir que, en las primeras etapas del socialismo italiano, la visión del sur de Italia era a menudo condicionada por estereotipos que tendían a compararlo con la Vandea francesa, o sea, con un semillero para movimientos campesinos contrarrevolucionarios. Sólo después de la primera Guerra Mundial, Filippo Turati —una de las mayores personalidades intelectuales y políticas del reformismo socialista italiano— llegó a imaginar una alianza entre progresistas del norte y campesinos del sur en una perspectiva de desarrollo capitalista de esta parte de Italia.[28]

[26] *Ibid.,* p. 112.

[27] F. Engels, "La venidera revolución italiana y el Partido Socialista", en C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. III, Progreso, Moscú, 1976, p. 478.

[28] Véase Claudia Petraccone, "Questione meridionale e questione settentrionale in Filippo Turati", *Studi Storici,* vol. 39, núm. 3, 1998, pp. 815 y ss.

La debilidad de la burguesía italiana —cuyo desarrollo se dificultó por la fragmentación nacional, la dominación extranjera y los fuertes residuos de estructuras semifeudales en el centro (el Estado pontificio) y en el sur (entre Borbones y baronías)— no impidió la gran empresa de la unificación, pero le restó las energías necesarias para afirmar un amplio programa de modernización. El vacío de proyecto fue llenado por razones de estabilidad social que supusieron un costo elevado en términos de pérdida del potencial renovador en la economía y en la sociedad italianas. El déficit de sentido de solidaridad y pertenencia nacional, sobre todo hacia el sur, tuvo consecuencias de larga duración.

Proteccionismo y aceleración tardía

En el contexto europeo, 1880 es la frontera entre las dos décadas anteriores de políticas librecambistas y el proteccionismo posterior y, al mismo tiempo, resulta evidente que las décadas posteriores a 1880 dieron lugar a resultados superiores en términos de crecimiento económico. Si ampliamos la mirada a las tres décadas anteriores y posteriores a 1880, el producto interno bruto (PIB) per cápita de 12 economías europeas creció 38% entre 1850 y 1880, y 47% entre 1880 y 1910.[29] Si bien es cierto que el periodo de sensible aceleración del crecimiento económico italiano se realizó en el marco de una Europa dominada por tendencias proteccionistas, también es cierto que en el caso italiano no hubo una coincidencia cronológica entre la política proteccionista inaugurada en 1887 (con altos aranceles que protegían sobre todo la industria siderúrgica y los granos) y la aceleración del crecimiento que ocurrió desde 1894-1895. Al margen, mientras en el norte la protección arancelaria a los cereales supuso un estímulo a la modernización productiva, en el sur contribuyó al fortalecimiento de las rentas de una estructura productiva social y técnicamente arcaica. Pero a partir de 1887 comienzan a crearse las condiciones que harán posible la clara aceleración del crecimiento desde mediados de la década de 1890. Veamos los datos del cuadro VII.1.

En el segundo periodo la tasa media anual del PIB per cápita se duplica respecto al periodo previo y la aceleración industrial ocurre en un contexto de clara recuperación de la producción agrícola. Más allá de la línea de causalidad, es obvia la coincidencia. En la explicación de la aceleración económica desde mediados de la década de 1890, el otro tema es el del peso relativo de dos circunstancias: por un lado, el vuelco proteccionista, por el otro, la recuperación de la economía mundial después de dos décadas de débil crecimiento. Aquí también es imposible dejar de registrar la convergencia de los dos fenómenos en la aceleración económica italiana.

Algunas razones impidieron que la introducción de los nuevos aranceles

[29] Véase A. Maddison, *The World…, op. cit.,* pp. 59-61.

CUADRO VII.1. *Crecimiento económico 1861-1913 (variación media anual)*

	Agricultura	*Industria*	*PIB per cápita*
1861-1894	1.2	1.6	0.7
1895-1913	2.0	3.8	1.5

FUENTE: Elaboraciones sobre datos de Stefano Fenoaltea, "The Growth of the Italian Economy (1861-1913): Preliminary Second-Generation Estimates", *European Review of Economic History,* vol. 9, núm. 3, 2005, pp. 273-312.

pudiera operar inmediatamente, suponiendo que lo hiciera, como un factor de estimulación económica. En primer lugar, la guerra comercial entre Francia e Italia, que inició en los primeros meses de 1888, llevó a Francia a establecer medidas restrictivas como respuesta a los nuevos aranceles italianos. Hasta entonces, Francia había sido el principal socio de Italia y la guerra comercial recíproca significó una pérdida de 40% en las exportaciones italianas. El monto de las exportaciones alcanzado en 1886 se recuperó sólo ocho años después, en 1894, sin considerar que el conflicto con Francia significó una reducción considerable del acceso al mercado de capitales de París. El otro aspecto que explica la fallida coincidencia entre el vuelco proteccionista y la reactivación económica estriba en los graves desajustes financieros que condujeron, a comienzos de la década de 1890, a la quiebra de algunos de los principales bancos como, en 1893, el Credito Mobiliare, Banca Generale y Banca Romana. La crisis bancaria estuvo asociada sobre todo a dos circunstancias: una excesiva exposición crediticia en el sector de las construcciones urbanas, en el que las corrientes especulativas habían resultado cada vez más poderosas, y la violación, por parte de la Banca Romana —además del entramado de actos de corrupción con el sistema político— de los límites de emisión autorizados por el gobierno. La reorganización del sistema bancario, emprendida a mediados de la década, siguió el modelo de las bancas mixtas alemanas, lo que suponía captación de ahorro público de corto plazo y canalización (con créditos a mediano y largo plazos) hacia el desarrollo industrial. Sin el desarrollo de este tipo de bancos, la aceleración industrial que se dio en los años posteriores probablemente no habría alcanzado el grado de dinamismo que en realidad tuvo. Recordemos que gracias a la compra de títulos italianos en el mercado de París por parte de los banqueros alemanes (empujados por Bismarck que ya miraba hacia el futuro de las relaciones financieras y políticas privilegiadas entre Alemania e Italia) pudieron mantenerse los cursos de los títulos italianos en París y cierto flujo de crédito externo. Así que los escándalos bancarios concurrieron para agravar un contexto económico ya debilitado por el conflicto comercial con Francia.[30] En suma, el proteccionismo, la ola cíclica

[30] Véase Charles P. Kindleberger, *Historia financiera de Europa,* Crítica, Barcelona, 1988, pp. 191-195.

ascendente a escala mundial y la reorganización del sistema bancario italiano convergieron desde mediados de la década de 1890 para alimentar un crecimiento sostenido que se mantuvo durante dos décadas con una breve interrupción en 1907-1908.

El ingreso nacional per cápita (a precios de 1938), que en los 33 años entre 1861 y 1894 había tenido pocas oscilaciones, alrededor de 1 800-1 900 liras, pasó entre 1895 y 1915 de 1 890 a 2 480 liras, registrando así un incremento de 31% en el marco de dos décadas. Otro dato interesante acerca del periodo en cuestión es que frente a cierto aumento de la ocupación industrial —que pasó de poco más de cuatro millones a cerca de 4.5 millones—, la ocupación agrícola no parecía dar señas de reducción, oscilando en las dos décadas alrededor de 9.5 millones.

Las subidas arancelarias beneficiaron sobre todo a la industria siderúrgica y al sector textil, aunque también a la economía rural y especialmente a la gran agricultura cerealera. Desde el punto de vista agrícola, la crítica liberal a las tarifas protectoras iba en el sentido de que éstas implicaban cobrar la ineficiencia de las estructuras latifundistas a los consumidores a través del aumento de los precios internos. No obstante, esta objeción, si bien correcta, olvidaba el hecho sustancial: aquella ineficiencia no podía ser vencida por medio de la política comercial. La clave sólo residía en la voluntad (inexistente) de reformar el régimen de propiedad de la tierra. El proteccionismo a los granos tendía a fortalecer la propiedad absentista; aun así, una reducción de los precios —a consecuencia de la política de libre cambio— tampoco había beneficiado a los pequeños propietarios rurales. Dicho de otra manera: el proteccionismo pudo ejercer una función positiva hacia la consolidación de bases agrarias sólidas a condición de una transformación del régimen de propiedad que, sin embargo, no ocurrió. El proteccionismo a los granos no fue en sí una opción equivocada, pero aplicado a una tenencia polarizada terminó por consolidarla aún más.

Para contrarrestar las consecuencias negativas de las grandes importaciones de granos provenientes de varios países extraeuropeos, el arancel pasó de 1.4 liras el quintal de trigo en 1871 a cinco liras en 1888 para tocar siete liras en 1895, nivel en el que se quedó casi sin modificación hasta 1916.[31] La producción agrícola-ganadera media en los 20 años posteriores a 1895 fue 24% superior a los niveles medios de los 20 años previos. Los precios elevados, gracias a los altos aranceles, habían dado el empuje productivo que no podía venir del cambio en las estructuras propietarias y sociales de la agricultura italiana.

[31] Véase E. Sereni, *Capitalismo y mercado, op. cit.,* p. 122n; y también Walt W. Rostow, *The World Economy: History and Retrospect,* MacMillan, Londres, 1978, pp. 167-168, donde se muestra que, entre 1880 y 1915, la protección granaria en Francia, Alemania e Italia siguió sustancialmente la misma pauta y con el mismo efecto positivo sobre la producción.

La introducción de nuevos aranceles en 1887 ocurría como respuesta demorada a precios agrícolas a la baja. En efecto, el trigo, que costaba 34 liras el quintal en 1877, había descendido de manera progresiva hasta llegar a 22 liras en 1887, mismos años en que las importaciones de trigo se triplicaban.[32] La crisis agrícola, que había sido dura, atrapó a los pequeños cultivadores entre los bajos precios de sus productos y los elevados impuestos. Las dificultades se mantuvieron aún algunos años después de 1887, a consecuencia de la reducción de las exportaciones de productos del campo hacia Francia y del flujo de importaciones de granos que se mantuvo elevado durante algunos años más. En este ambiente de deterioro en las condiciones de vida de amplios sectores de la población rural se dieron, en los primeros años de la década de 1890, importantes sublevaciones de campesinos (duramente reprimidas), sobre todo en Sicilia.[33]

Desde la última década del siglo XIX las cosas cambiaron sobre todo en la industria, donde el proteccionismo se combinó con otras circunstancias como el aumento del gasto público, los subsidios a actividades consideradas estratégicas, el desarrollo de la energía hidroeléctrica (que tendía a compensar la tradicional deficiencia de carbón y minerales de hierro) y el desarrollo inicial de la industria automotriz. La segunda revolución industrial encontró una Italia dispuesta a aprovechar sus oportunidades, más de lo que lo había estado frente a la difusión europea de la primera. La siderurgia pudo consolidarse en un periodo histórico en el que sus costos de producción eran dobles respecto a los más avanzados productores europeos; se aprovechó la demanda proveniente de la expansión de la red ferroviaria y de la actividad de los astilleros navales y así se logró un respiro transitorio para su consolidación. La industria textil también experimentó avances significativos que le permitieron establecer un control virtualmente completo sobre el mercado nacional. La producción química, a su vez, progresó en forma significativa incluso sin contar con niveles de protección comparables a los de los sectores mencionados. En el ámbito industrial fue la metal-mecánica la que recibió un menor grado de protección; sin embargo, los elevados niveles de demanda pública asociados al desarrollo ferroviario y naval impidieron que la exigua protección tuviera efectos negativos sobre su crecimiento.

Si damos un valor de 100 a la producción de los distintos sectores industriales en 1895, los datos correspondientes a 1913 son: siderurgia 560, textil 144, metal-mecánica 439, química 669, industria alimentaria 252 y minería 136, todo lo cual produjo un índice general para el sector industrial en su conjunto

[32] Véase G. Luzzatto, "Gli anni più critici dell'economia italiana", en *L'economía italiana da 1861 al 1961,* Griuffré, Milán, 1961, p. 428 y, en el mismo libro, Cesare Vannutelli, "Occupazione e salari dal 1861 al 1961", pp. 566-567.

[33] *Cf.* el capítulo VI de Eric J. Hobsbawn, *Rebeldes primitivos,* Ariel, Barcelona, 1959/1974, donde se describen los *fasci* sicilianos, uno de los primeros casos de confluencia entre demandas antiseñoriales del campesinado meridional y el incipiente movimiento socialista en Italia.

de 252. Estos datos, presentados por Alexander Gerschenkron,[34] ponen en evidencia cómo fueron los sectores productores de bienes de capital e intermedios los que asumieron una explícita función de arrastre en el desarrollo industrial en los años mencionados. Sin embargo, estos progresos no dan cuenta de un aspecto relevante. En la primera década del siglo XX, frente a un aumento del empleo industrial en el centro norte de 6.6 millones a 7.5 millones, el sur y las islas del país registraban un descenso del empleo en este sector de 1.4 millones a 1.3 millones. El dualismo agrícola de las décadas anteriores proyectaba ahora sus consecuencias sobre la localización territorial de las manufacturas.[35] Ni el proteccionismo ni la mayor demanda del Estado fueron suficientes para reactivar una industria meridional enclaustrada entre mercados locales débiles y segmentados y una frágil cultura empresarial.

Aunque sea imposible sostenerlo a ciencia cierta, es difícil sustraerse a la conclusión de que, sin la política proteccionista inaugurada en 1887, los resultados industriales mencionados probablemente no se habrían logrado, con severas consecuencias desde el punto de vista del desarrollo económico de largo plazo. El proteccionismo modificó el rostro del país activando nuevas energías técnico-sociales concomitantemente con otras circunstancias de gran valor estratégico como el apoyo estatal a la industrialización y el desarrollo de un sistema bancario capaz de canalizar hacia la industria los recursos financieros requeridos para su expansión. En 1884, el Estado fundó la siderúrgica de Terni con el fin de proporcionar productos planos de acero a los astilleros que trabajaban para la marina militar. Un resultado colateral fue la producción de municiones para el Ejército y la Marina. La actividad siderúrgica moderna nació aquí por iniciativa pública. De las 4 000 toneladas de acero de 1885, la producción nacional pasó a 23 000 el año siguiente y a 158 000 en 1889.[36]

Los altos precios de los productos siderúrgicos, no obstante las críticas liberales de la época, no parecerían haber sido un obstáculo insuperable al desarrollo de la metal-mecánica. De cualquier forma, la consolidación de un extenso sector siderúrgico constituía una etapa obligada en la ruta de la industrialización. Aun con los precios del acero elevados a comienzos del siglo, nacieron algunas de las empresas mecánicas que desempeñaron un papel esencial en la historia industrial del país. La Olivetti se fundó en 1908, Alfa en 1910 mientras que la Fiat ya había nacido en 1899 y Pirelli en 1896. La expansión del mercado nacional resultó claramente más importante por el lado positivo de la balanza que por el lado negativo del alto costo del acero. Además del ferrocarril, nacionalizado en 1905 y convertido en una de las palancas para

[34] Alexander Gerschenkron, *El atraso económico en su perspectiva histórica,* Ariel, Barcelona, 1962/1968, pp. 81-82.

[35] Véase R. Romeo, *op. cit.,* pp. 106-107 y *passim.*

[36] *Ibid.,* p. 54.

el desarrollo de la siderurgia y la metal-mecánica, el otro sector que captó de manera temprana la atención estatal fue el de la marina y el transporte marítimo. Inmediatamente después de la unidad, los gobiernos sucesivos erogaron grandes recursos para mantener servicios y rutas de la marina mercante, al mismo tiempo que concedieron cuantiosos créditos sin intereses para la compra de buques (como ocurrió en el mismo periodo en Japón). La ley aprobada en 1885 amplió y profundizó estos subsidios. Y entre 1892 y 1914, el tonelaje global de los navíos de vapor pasó de 201 000 toneladas a 934 000, mientras, en 1885-1913, la parte del tonelaje de navíos de vapor construida en el país pasó de 3.4 a 30.9%.[37] Gracias a los subsidios de varios tipos —renovados en 1896— se obtuvieron diferentes resultados: se aceleró el tránsito de la vela al vapor (con la consiguiente reducción de los costos de flete), se garantizó que el comercio exterior marítimo no cayera por completo en manos de empresas extranjeras y se crearon las capacidades técnico-organizativas para el desarrollo de los astilleros navales. Sin embargo, a pesar de estos episodios, la acción pública en la economía no asumió el carácter sistemático ni la amplitud que en el mismo periodo caracterizaban a países como Japón, Alemania, Suecia e incluso Rusia (según Gerschenkron).[38]

Los años del mayor ciclo expansivo en la economía italiana constituyeron un periodo de relativa apertura democrática, de nacimiento del movimiento socialista organizado, un periodo en que tomó forma, sobre todo en el noroeste, la nueva clase obrera que alimentó una estación de agitación social y de aumento de los salarios reales. Las primeras décadas unitarias fueron un periodo de condiciones laborales de gran dureza: las jornadas de 12 horas eran la norma conjuntamente con el trabajo infantil, el trabajo nocturno y la virtual ausencia de organización sindical y de huelgas. Desde 1864, tanto la organización sindical de los trabajadores como la huelga fueron legalmente prohibidas, lo que permaneció así hasta 1889. En 1891 nació la primera Camera del Lavoro (organización territorial de los trabajadores); 11 años después ya eran 80 en todo el país. De las 126 huelgas de 1895, se llegó a más de 1 000 en 1901 y a casi 2 000 en 1907. La Confederazione Generale del Lavoro, fundada en 1906, ya tenía 40 000 miembros en 1912.

Las dos décadas anteriores a la primera Guerra Mundial han sido definidas como la edad giolittiana por Giovanni Giolitti, primer ministro durante gran parte de ese periodo y encarnación del liberalismo progresista en una

[37] Shepard B. Clough, *The Economic History of Modern Italy,* Columbia University Press, Nueva York, 1964, p. 81.

[38] La experiencia de los países europeos parece indicar que en los casos de mayor atraso económico las políticas gubernamentales tendían a desempeñar, durante los años de gran auge del desarrollo industrial, un papel positivo muy importante. En la Rusia del conde Witte, en la década de 1890, las políticas gubernamentales fueron un factor estratégico y motor del brote de industrialización en este periodo. Parece que en Italia no ocurrió nada comparable (A. Gerschenkron, *op. cit.*, p. 86).

historia italiana que hasta entonces había producido élites políticas reacias al reconocimiento de los derechos sociales y con un acentuado reflejo represivo hacia las manifestaciones populares de protesta.

Desde comienzos del siglo, gracias a las luchas sindicales y pese a los elevados niveles de desempleo (sobre todo rural), los salarios reales dieron señas de reanimarse y en 1901-1914 crecieron cerca de 26%. Nótese, aunque sea de paso, que a lo largo de las décadas en que los salarios estaban entre estancamiento y débiles avances, la economía italiana creció a ritmos muy bajos, en cambio, la mayor aceleración económica coincidió con un periodo de sustanciales mejoras retributivas y mayor presión obrera sobre las utilidades empresariales. Gracias al impulso sindical desde la última década del siglo XIX —en 1902 los obreros industriales afiliados a gremios afines al Partido Socialista eran cerca de 250 000 y 11 años después los socialistas tenían 80 diputados sobre un total de 508—[39] y gracias a la emigración (que en los 40 años entre 1871 y 1911 alejó del país a 4.2 millones de personas) pudieron contenerse los efectos negativos de los elevados niveles de desempleo sobre los salarios y sobre la integración del mercado nacional. Para evaluar la ruptura giolittiana respecto al periodo previo, baste mencionar que en las grandes manifestaciones de protesta popular contra el alto precio del pan en Milán en 1898, el gobierno Rudini decretó el estado de sitio e hizo intervenir al Ejército con el resultado de un centenar de muertos y varios centenares de heridos. Para confirmar la fuerza de las tentaciones conservadoras entre las élites políticas italianas, habrá que recordar las propuestas (fallidas) de Sidney Sonnino en 1906-1908 de establecer gobiernos independientes del voto parlamentario.

Con Giolitti ocurrió la toma de conciencia de parte del viejo liberalismo piamontés de que la antigua tradición represiva y autoritaria ya no podía seguir. Avanzó una nueva orientación con varias manifestaciones. Por un lado, la ampliación de nuevos derechos laborales entre los cuales estaban la introducción de un sistema de pensiones, la legislación sobre los accidentes de trabajo, la prohibición de contratar menores de 12 años, la incorporación de esquemas de asistencia sanitaria, etc.[40] Por otra parte, en 1912 se aprobó la nueva ley electoral que establecía el sufragio universal masculino para los mayores de 30 años, con lo cual el electorado pasó de golpe de tres millones a ocho millones. Finalmente, mostrando el nuevo clima político, en 1901 los socialistas, por primera vez, dan su voto de confianza parlamentaria al nuevo gobierno. Dos años más tarde, Giolitti invita (sin éxito) a Filippo Turati (mayor dirigente socialista) a formar parte del Ejecutivo. Es posible decir que Giolitti encarna el punto más alto en la Italia anterior a la primera Guerra Mundial

[39] *Cf.* C. Duggan, *La forza…, op. cit.*, p. 405.

[40] Véase Jonathan Dunnage, *Twentieth Century Italy: A Social History,* Pearson, Londres, 2002, p. 24.

en el intento de basar la gobernabilidad del país sobre la inclusión de la doble oposición socialista y católica.[41] Un rumbo que, sin embargo, mostró sus límites antes de la guerra para volverse manifiestamente inviable después de ella.

Si bien el país experimentó un vuelco desde 1887 en la política comercial y, en la edad giolittiana, en la política social, estos giros no implicaron la clara revisión crítica del periodo anterior ni tampoco supusieron el advenimiento de una capacidad para construir una visión compartida entre el Estado y las principales fuerzas sociales y políticas hacia la emancipación del atraso económico. Habrá que recordar que todavía en 1911-1913 el ingreso per cápita italiano era la mitad del de Francia y Alemania, una tercera parte del de Inglaterra y 3.5 veces inferior al de los Estados Unidos.[42] Alexander Gerschenkron señalaba que las clases dirigentes italianas apoyaron, en cierta medida, la industrialización, pero lo hicieron sin haber desarrollado una ideología de la misma, o sea, sin contar con algo que fuera comparable al nacionalismo alemán o al saintsimonismo francés.[43] Una clase dirigente que no terminaba de integrarse en su propio interior y que apenas comenzaba a conocer (en sentido estricto) el país que dirigía no podía imprimir al Estado la fuerza cohesiva que en aquellos mismos años caracterizaba las experiencias político-económicas de otros países europeos. Clough tiene alguna razón en reprochar a la izquierda italiana una hostilidad hacia el Estado que no contribuyó a la formación de un espíritu de responsabilidad y orgullo cívico y creó "una gran cicatriz en el cuerpo político italiano".[44] Sin embargo, al mismo tiempo es oportuno recordar que, a pesar de sus aperturas sociales y políticas, el periodo giolittiano siguió la tradición previa de ligar a su carro, a través de mecanismos clientelares, a una élite meridional tan conservadora como corrupta. Lo cual tampoco ayudó a la formación de un espíritu cívico de amplio espectro social.

El fascismo: una revolución conservadora

Después de la primera Guerra Mundial el país entró en un ciclo de conflictos sociales. Entre estancamiento económico y agitación obrera y campesina, la insatisfacción (más o menos subterránea) de las clases medias que se sentían amenazadas en su estatus social y su centralidad política alcanzó un nivel desconocido hasta entonces. Los nudos estructurales que no habían sido desatados en las décadas anteriores se volvieron aún más apretados en un ambiente de turbulencia e incertidumbre. Es el complejo y traumático despertar de una sociedad que, a pesar del intento giolittiano anterior a la guerra, no

[41] Como observa correctamente Spencer Di Scala, *Italy, from Revolution to Republic: 1700 to Present,* Westview, Boulder, 2004, p. 179.

[42] Véase G. Carocci, *op. cit.,* p. 34.

[43] A. Gerschenkron, *op. cit.,* p. 93.

[44] S. B. Clough, *op. cit.,* p. 157.

había podido construir una base perdurable de convergencia reformista entre diversos grupos sociales. En la posguerra nacieron y crecieron partidos, sindicatos, ligas campesinas y movimientos nacionalistas y de ex combatientes en un clima de patriotismo frustrado crecientemente agresivo. La lucha política embistió ciudades y pueblos, llegó al campo e involucró a grupos relativamente grandes de intelectuales de distintos ámbitos.[45] Cuando el fascismo comenzó a mostrar su perfil, desde 1919, encontró de su lado a una burguesía que sentía repulsión hacia sus métodos que, sin embargo, consideraba imprescindibles. Encontró el apoyo de los futuristas (con su desprecio por la lentitud y la democracia y su apología a la rapidez de la tecnología y a la acción vanguardista del individuo temerario), de los nacionalistas, los seguidores de D'Annunzio y su idea de una victoria mutilada por los acuerdos de Versalles, además de una oficialidad desmovilizada y acostumbrada a dar y recibir órdenes al interior de jerarquías incuestionables.[46] En una creciente polarización social y política, el gran esquema de reformismo liberal encarnado por Giolitti desde fines del siglo XIX terminó por no tener el espacio necesario. Es notable que uno de los críticos más severos de Giolitti antes de la primera Guerra Mundial, el historiador Gaetano Salvemini —una de las mayores personalidades intelectuales de la Italia de la primera mitad del siglo XX—, corrigiera *post factum,* en 1945, su severo juicio previo sobre el periodo giolittiano desde su exilio en Harvard (Massachusetts) en 1945.[47]

En las primeras dos décadas del siglo ocurrió un radical cambio de escala. Si en 1900 hubo 383 huelgas con 81 000 participantes, en 1919 éstas fueron más de 1 600 con la participación de más de un millón de personas. Gracias a la presión de los trabajadores organizados, el horario laboral, que era de 10 horas en 1913, se redujo a ocho horas después de la guerra. En la cúspide de la conflictividad social llegaron las ocupaciones de las grandes fábricas de Turín, Milán y Génova en 1920. Fueron también los años de las extendidas luchas rurales por la reducción de la jornada laboral y la reforma de los contratos agrarios vigentes en diferentes partes del país. Salarios y condiciones de trabajo en fábricas y latifundios, así como contratos de aparcería en el cam-

[45] Giorgio Mori, *Il capitalismo industriale in Italia,* Editori Riuniti, Roma, 1977, p. 31.

[46] Sobre las razones del fascismo, tanto desde el punto de vista de una ideología del *capo* como de una cultura de clases medias que se identifican con el Estado como autoridad incuestionable, siguen siendo referencias esenciales Wilhelm Reich, *Psicología de masas del fascismo,* Roca, México, 1933/1973, pp. 66-67 y Elías Canetti, *La conciencia de las palabras,* FCE, México, 1974/1981, pp. 254-258.

[47] "Mirando tres décadas hacia atrás debo reconocer que habría tenido que ser más sabio y moderado en mis críticas al sistema giolittiano […] Nuestra crítica no ayudó a dirigir la evolución de la vida pública italiana hacia formas menos imperfectas de democracia, sino hacia la victoria de grupos nacionalistas, militaristas, reaccionarios […] Debería haber sido más indulgente y mirar con mayor sospecha a aquellos que se regocijaban con mis críticas para llevar al país en la dirección opuesta a la deseada por mí." Véase Gaetano Salvemini, "Introductory Essay", en William Salomone, *Italy in the Giolittian Era,* University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1960, p. XXI.

po, se encontraban en el centro de una lucha política que involucraba a millones de trabajadores. En este cuadro general, el Partido Socialista obtuvo, en noviembre de 1920, 156 asientos en una Cámara de diputados de 535 miembros. En 1913 este partido apenas alcanzaba una tercera parte de los votos que obtuvo siete años después.

Entre clases medias que se sentían amenazadas en sus tradicionales papeles sociales (reales o imaginados), ex convictos, desadaptados sociales y anarcosindicalistas con confusos anhelos antisistema, surgen las bandas armadas que a escala local eran contratadas sobre todo por los grandes propietarios de tierras para oponerse a un movimiento campesino cada vez más militante. Fueron tomadas por asalto las sedes de ligas campesinas, cooperativas y municipios administrados por partidos de izquierda antes de que estos grupos de golpeadores se dirigieran hacia las sedes sindicales y las organizaciones territoriales de los trabajadores a nivel urbano. Entre 1919 y 1922 se sucedieron cuatro gobiernos dejando en evidencia la fragilidad política de un Estado liberal que poco a poco aceptaba su propia eutanasia de cara a una presión social que requería equilibrios que no estaba dispuesto a sondear. El fascismo, sin embargo, no fue una reacción al intento de sublevación neobolchevique. En efecto, desde septiembre de 1920 terminan las ocupaciones de las fábricas (que habían sido un punto alto de enfrentamiento social, pero no una insurrección frustrada) y el fascismo llegaba al gobierno dos años después.[48]

Mirando los acontecimientos político-sociales de la primera posguerra, el fascismo, que llega al gobierno en 1922, se presenta como la gran respuesta conservadora de algunos sectores de la burguesía rural y urbana, una respuesta aceptable por una cultura que frente al conflicto siente un fuerte llamado al control autoritario de la sociedad. Aún en 1920, el fascismo organizado alrededor de la figura de Mussolini no cuenta con más de 20 000 adherentes. A finales de 1921, los afiliados ya son casi 250 000 distribuidos en 834 localidades.[49] Al año siguiente, en la ola de un movimiento en ascenso, Mussolini es llamado por el rey para asumir el cargo de primer ministro. El 31 de octubre, el jefe del fascismo presenta su gabinete a la Cámara, un gobierno que, en un primer momento, recibe el apoyo incluso de los católicos y de Giolitti.

¿Qué sucede entre 1920 y 1922? A pesar de sus industrias, otra vez la clave de los acontecimientos italianos se encuentra en el campo. En efecto, tanto

[48] En la parte final de su vida, el antiguo dirigente sindical Vittorio Foa registraba que el fascismo no había sido una respuesta a un intento insurreccional socialista inexistente, sino una forma de contrarrestar una mayor presión social que las élites no sabían cómo procesar. Véase *Questo novecento,* Einaudi, Turín, 1996, pp. 96-100. Misma opinión de Gaetano Salvemini y George La Piana, quienes apuntan cómo en 1921 el país estaba volviendo a la normalidad (*¿Qué hacer con Italia?,* FCE, México, 1943, pp. 89 y ss.).

[49] María A. Macciocchi, *Elementos para un análisis del fascismo,* t. 2, El Viejo Topo, Madrid, 1978, pp. 16 y 271 y ss.

los terratenientes del sur como los grandes productores agrícolas del norte rescatan al fascismo, que parecía languidecer en su estancamiento urbano, para convertirlo en un poderoso instrumento de represión y desarticulación de los movimientos campesinos de la posguerra.[50] En 1919 el fascismo sufre un descalabro electoral mientras los socialistas registran un fuerte incremento —que es también el último—. Con el apoyo financiero inicial de los grandes intereses agrarios y bajo la mirada desatenta del Estado, el fascismo desencadena una guerra civil preventiva en contra de la agitación social, antes en el campo y después en las ciudades. Y frente a la desconfianza conservadora hacia la capacidad de los regímenes liberales para garantizar la permanencia de sus privilegios en la marea creciente de los movimientos populares, el fascismo termina por convertirse en una perspectiva viable de reorganización autoritaria del poder político. Las bandas armadas se convierten así en fuerza de gobierno.

El fascismo rural tuvo dos elementos a su favor. En primer lugar, la falta de coincidencia de intereses entre pequeños propietarios y asalariados agrícolas y, en segundo lugar, la inconsistencia de la política agraria del movimiento obrero italiano que, en muchos de sus sectores, consideraba a la pequeña propiedad campesina un retroceso, sin reconocerla como una aspiración social legítima y sin consecuencias necesariamente conservadoras. Insertándose en estas contradicciones, en uno de sus desplantes demagógicos, Mussolini declaró en febrero de 1921: "nosotros queremos que la tierra pertenezca a los campesinos y no al Estado". Con todo y esto, una vez convertido en gobierno, el fascismo congeló las estructuras agrarias heredadas durante décadas de inmovilismo. Algunas importantes obras públicas destinadas a la ampliación de la frontera agrícola interna no impidieron que el fascismo mantuviera sustancialmente inalterado el latifundio y los contratos agrarios tradicionalmente favorables a la gran propiedad.[51]

Más allá de su retórica antiburguesa, tanto desde su vertiente más radical representada por los antiguos *fasci di combattimento* (que anteceden la formación del Partido a fines de 1921) como desde sus expresiones culturales presentes en el vanguardismo futurista, una vez en el poder, el fascismo se entregó a la *realpolitik* mussoliniana que aconsejaba devolver a los grandes intereses económicos (que habían apoyado su desarrollo), los favores anteriormente recibidos. La exclusividad del Estado en la contratación de seguros de vida fue abolida, la red telefónica devuelta a manos particulares, la reforma fiscal (viejo tema de debate parlamentario) fue decididamente favorable a los perceptores de ingresos derivados de la propiedad, la titularidad de las

[50] Véase Frank M. Snowden, "On the Social Origins of Agrarian Fascism in Italy", *Archives Européennes de Sociologie,* vol. XIII, núm. 2, 1972, pp. 271 y ss.

[51] Un cuadro descarnado del campo meridional, a cuyas desgracias históricas se añadiría la teatralidad huera del fascismo, es el trazado por Carlo Levi en *Cristo si è fermato a Eboli,* Einaudi, Turín, 1945, *passim*.

acciones quedó abolida, se renunció a toda investigación sobre las ganancias excesivas de algunas empresas durante la guerra y, en 1926, se suprimió el derecho de huelga.

La desconfianza de Mussolini hacia los grupos más radicales del Partido Fascista se extendía a las propuestas de corporativismo que imaginaban un sistema capitalista semiestatal construido alrededor de la fusión de empresas y sindicatos (fascistas) en sectores productivos que debían confluir en una escurridiza empresa-Italia.[52] La visión corporativista no era más que la pantalla ideológica de una radicalidad reformadora inexistente. Por otra parte, a la tradición liberal-autoritaria de la década de 1920 sucedió un posterior intervencionismo estatal con el cual, a pesar de la congelación de los salarios, de los rescates de empresas privadas amenazadas por la depresión de la década de 1930 y de la demanda pública de armamento, la economía vivió la segunda década del fascismo sin crecimiento económico ni industrial. La producción fabril alcanzada en 1929 sólo se recuperará una década después, pese a la creación del Istituto per la Ricostruzione Industriale (IRI, por sus siglas en italiano) en 1933. El Estado absorbió las acciones de las empresas que estaban en manos de los bancos sin inaugurar un nuevo ciclo de acelerado desarrollo. Como decía Sylos Labini, el IRI debía ser una iniciativa provisional frente a una situación extraordinaria de crisis, pero no la inauguración de una nueva estrategia de desarrollo industrial.[53] La política económica del fascismo no representó un fortalecimiento sustancial del Estado frente a la empresa privada.

Aun existiendo grandes iniciativas, más o menos escenográficas, como la batalla del trigo en 1925 (para garantizar la autosuficiencia alimentaria), la revaluación de la lira en 1926-1927, el IRI en 1933 o la autarquía desde mediados de la década de 1930, las dos décadas fascistas no pudieron prolongar el ciclo de crecimiento anterior a la primera Guerra Mundial. Durante la dictadura gran parte de la burguesía italiana (tanto industrial como agraria) reconstruía su unidad interna, pero lo hacía en nombre de una doble inspiración: el rechazo al liberalismo político como ámbito de conflictos que esa misma burguesía dudaba poder enfrentar desde una posición hegemónica y, en segundo lugar, el inmovilismo de las estructuras básicas de la economía

[52] Véase Karin Priester, "Fascism in Italy between Poles of Reactionary Thought and Modernity", en Helmut Konrad y Wolfgang Maderthaner (coords.), *Routes into the Abyss: Coping with Crises in the 1930s,* Bergahn Books, Nueva York, 2013, pp. 57 y ss.; Sergio Ricossa, "Italia: 1920-1970", en C. M. Cipolla, *Historia económica de Europa,* t. 6, Ariel, Barcelona, 1980, p. 293; y Lucio Villari, *L'economía della crisi: Il capitalismo dalla "grande depressione" al "crollo" del 29,* Einaudi, Turín, 1980: "La burguesía estaba más dispuesta a mandar que a obedecer y se sentía 'fascista' sólo en la medida en que podía tener las manos libres para utilizar los aparatos y los recursos del Estado" (p. 146).

[53] Véase Paolo Sylos Labini, "La politica economica del fascismo: La crisi del '29'", *Moneta e Credito,* vol. 67, núm. 265, 2014, p. 49.

italiana. Entre el 31 de octubre de 1922 y el 25 de abril de 1943 (día de la caída del fascismo como gobierno nacional), la economía tuvo dos largas décadas de paz social. Si éste hubiera sido un requisito para la aceleración del desarrollo económico, las dos décadas deberían haber sido un periodo de extraordinario dinamismo económico. Sin embargo, no fue así, a pesar del hecho de que en la década de 1930 el gobierno fascista acentuó sus políticas de asistencia social a favor de las familias y la maternidad.[54]

Puesto igual a 100, el salario real de 1913 llegó a 127 en 1921; un nivel que ya no se recuperó en las dos décadas del fascismo. En 1939, antes de la guerra, el salario real promedio estuvo por debajo del nivel de 1920: desde el punto de vista de las condiciones de vida de la gran mayoría de la población habían pasado dos décadas sin avances. En su conjunto, la dictadura significó una pérdida neta en términos de dinamismo general de la economía, lo que resultó especialmente notable en la producción agrícola. El impulso al crecimiento que comenzó en 1895-1915 se perdió hasta el final de la segunda Guerra Mundial.

Pese a sus ambiciones declaradas y su propaganda, el régimen fascista no fue más que un sistema autocrático bajo el dominio absoluto y personal de Mussolini, cuyo poder provenía más de su calidad como jefe de gobierno que como jefe de partido. Y, visto que el régimen fue una incrustación sobre las estructuras previas del Estado, no pudo cumplir su promesa de ser el crisol de una nueva clase dirigente. La meritocracia no logró desplazar las antiguas clientelas locales y la promoción de varios cuadros fascistas estuvo lejos de crear una nueva clase dirigente.[55] La antigua realidad italiana de notables locales (sobre todo en el sur del país) quedó sustancialmente inalterada, con la única variación de la pleitesía declamatoria de las autoridades hacia el régimen. Pero los datos sustantivos de la política y la economía local no se inmutaron de alguna manera que pudiera decirse significativa. La carga histórica del dualismo italiano entre norte y sur no sólo no se aminoró, sino que se agigantó. Según estimaciones de un historiador de la economía, en 1891 el PIB per cápita del noroeste de Italia era 32% superior al del sur; una diferencia acentuada en la vida de las personas por una peor distribución del ingreso. Sin embargo, en 1938, antes de la segunda Guerra Mundial, la diferencia era de 100 por ciento.[56]

Estas conclusiones acerca del escaso dinamismo de la economía italiana con fragmentación ulterior en su capacidad de desarrollo entre sus diferentes regiones geográficas durante la dictadura no pueden ser matizadas conside-

[54] Christopher Duggan habla de un prototipo de políticas de bienestar, *Fascist Voices: An Intimate History of Mussolini's Italy,* Oxford University Press, Nueva York, 2013, pp. 239 y ss.

[55] Véase Emilio Gentile, *La vía italiana al totalitarismo: El Partido y el Estado en el régimen fascista,* Siglo XXI Editores, México, 2005, pp. 11 y 140.

[56] Elaboraciones sobre datos de Emanuele Felice, "Regional Development: Reviewing the Italian Mosaic", *Journal of Modern Italian Studies,* vol. 15, núm. 1, 2010, p. 67.

rando que la fase de entreguerras fue, a escala mundial, un periodo de menor dinamismo respecto a la etapa inmediatamente anterior. Una comparación con los países considerados en los capítulos anteriores muestra que, tanto en términos salariales como de los principales indicadores productivos, el crecimiento económico italiano fue significativamente menor. Acerca del PIB per cápita, entre 1920 y 1940 este indicador creció 35% en Italia contra 51% en el promedio de las 12 mayores economías europeas. Mirando las cosas desde otro ángulo, si en 1920 el PIB per cápita italiano constituía 78% del promedio de las otras 12 economías europeas, en 1940 la cuota se había reducido a 70%.[57] En términos relativos, el país había retrocedido.

Los años del "milagro"

Al finalizar la segunda Guerra Mundial, el producto nacional bruto (PNB) se encontraba en el nivel alcanzado en 1911. La producción industrial de 1945 oscilaba alrededor de 25% respecto al nivel de 1938 y la producción agrícola era igual a cerca de la mitad respecto a ese mismo año. La sociedad mostraba grandes distancias entre diferentes zonas del territorio, entre empresas grandes y pequeñas y entre grupos sociales. El fascismo había acentuado añejos dualismos y la guerra los había profundizado. A pesar de todo, al finalizar el conflicto armado la economía italiana contaba con algunos elementos a su favor. Desde el punto de vista infraestructural permanecía una red de transporte y comunicaciones relativamente amplia, una industria metal-mecánica y química y una extendida red de empresas en sectores tradicionales como el textil y el alimentario. Alrededor de esta estructura productiva existían capacidades técnicas (obreros especializados, cuadros intermedios, ingenieros) y empresariales.

Sobre estas y otras condiciones (entre las cuales la propia industria estatal creada por el fascismo en 1933) debía activarse —desde fines de la década de 1940— un acelerado proceso de crecimiento capaz de incorporar sobre la marcha factores fisiológicos de renovación. En 1950, año final del periodo de reconstrucción posbélica, el PIB per cápita era apenas un cuarto del estadunidense; en 1970 llegaba a poco menos de la mitad a paridad de poder de compra.[58] Desde comienzos de la década de 1950, la economía italiana entraba en una etapa de aceleración que algunas décadas después convirtió al país en la quinta economía capitalista del mundo.

La aceleración ocurrió fundamentalmente entre 1951 y 1963. Sin embargo, es oportuno no considerar estas fechas de forma tajante. Antes de 1951 se

[57] Cálculos sobre datos de A. Maddison, *The World…, op. cit.*

[58] Véase I. B. Kravis, "A Survey of International Comparisons of Productivity", *Economic Journal,* vol. 86, núm. 341, 1976, p. 19.

implementaron decisiones que tuvieron un fuerte peso en los desarrollos posteriores, como la contracción monetaria y la devaluación instrumentadas en la segunda mitad de 1947, el acceso a los fondos establecidos en el Plan Marshall desde mediados del año siguiente y el comienzo de importantes medidas de reforma agraria, desde 1950. En lo que concierne a 1963, aquí también es pertinente alguna salvedad. Después de esta fecha y hasta comienzos de la década de 1970 no vinieron años de estancamiento, sino que el progreso siguió, si bien menos estable y consistente que en los años anteriores. La tasa anual de crecimiento del PNB fue de 5.4% entre 1951 y 1963, y se mantuvo en 4.8% entre 1964 y 1971. La gran diferencia entre estos dos periodos estriba en que en el segundo es notorio el descenso del dinamismo de las inversiones. De cualquier manera, lo más importante es que a partir de 1963 puede decirse que la economía italiana dejó de ser atrasada para convertirse en una que —aun conservando un dualismo territorial que persiste todavía más de medio siglo después— había dado el salto de la periferia al centro del sistema económico mundial. La comparación con el periodo anterior de crecimiento acelerado de 1895-1915 indica que en la segunda posguerra (entre 1951 y 1963) el ingreso nacional se incrementó a una tasa media anual casi tres veces mayor. Tanto la producción agrícola como la industrial registraron tasas anuales dobles frente al periodo previo de desarrollo acelerado. Los años del "milagro" (como terminó por calificarse el lapso en cuestión) fueron también un momento de transformación estructural para la economía, lo que se demostró palmariamente con el cambio de la composición sectorial del empleo. De acuerdo con los datos del Istituto Italiano di Statistica (ISTAT, por sus siglas en italiano), entre 1951 y 1963 los empleados en agricultura pasaron de 47 a 29% mientras que los de la industria pasaron de 31 a 43%. Frente a la pérdida de tres millones de puestos de trabajo en el campo, el empleo total quedaba prácticamente inalterado en cerca de 18 millones, mostrando así que el aumento del empleo en la industria y los servicios fue apenas suficiente para compensar la pérdida del peso ocupacional del campo. A pesar de esto, la producción agrícola creció 40% en 1951-1963, un incremento sin antecedentes en un siglo de historia unitaria.[59] Al mismo tiempo, la producción manufacturera registraba un crecimiento de 172%, es decir, un aumento medio anual de 8.7 por ciento.

La combinación positiva del avance de la productividad gracias a las tecnologías importadas, los bajos salarios, el patrimonio preexistente de experiencias empresariales y mano de obra capacitada —sólo parcialmente aprovechada—, ciertos grados sectoriales de protección arancelaria, la ayuda

[59] Este incremento se dio durante la reforma agraria emprendida en el país, con lo cual queda en entredicho la idea de Rosario Romeo según la cual, en las décadas posteriores a la unidad, la conservación de estructuras agrarias premodernas fue el costo necesario para aumentar la oferta de productos agrícolas.

financiera del exterior (que permitió sostener sin excesivas presiones sobre la balanza de pagos los niveles requeridos de importación), así como la rápida expansión de los mercados internacionales, estuvieron detrás de un periodo de crecimiento impetuoso. Una vez que los gobiernos de la posguerra tomaron la decisión política de fortalecer los nexos económicos entre Italia y el resto del mundo occidental, la modernización del aparato productivo se convirtió en un rumbo inevitable. Una obligación que, sin embargo, para ser sostenible en el largo plazo requería superar los dualismos sectoriales y territoriales heredados del pasado. Augusto Graziani señalaba: "La industria moderna parecía demasiado moderna y mecanizada para un país con un exceso de disponibilidad de fuerza de trabajo; la industria tradicional parecía increíblemente superada para un país abierto a los intercambios con el exterior".[60]

El país necesitaba construir algún punto intermedio para evitar desgarramientos territoriales y sectoriales que hubieran entorpecido la eficiencia conjunta de su sistema productivo. El problema se enfrentó en forma parcial con políticas selectivas de proteccionismo y subsidios por sectores. Si bien la tendencia dominante apuntaba hacia una creciente liberalización del comercio exterior, los aranceles establecidos en 1950 eran relativamente elevados en su nivel medio y decididamente proteccionistas para ciertos productos agrícolas (azúcar, vino, etc.) y para varios productos industriales (textiles, maquinaria, automóviles).[61]

Veamos los lineamientos generales de la política económica en el periodo en cuestión no sin antes registrar el profundo aliento representado por la voluntad política de crecimiento y de reintegración en la economía internacional. Después de 20 años de fascismo (incluido un lustro de guerra), los gobiernos democráticos necesitaban mostrar al país su capacidad para recuperar el rumbo del desarrollo y del bienestar. El crecimiento no era solamente un asunto económico, era también un requisito de estabilidad social bajo la hegemonía de los sectores políticos centristas. Al margen: por primera vez desde la Unidad, los católicos asumieron como propias responsabilidades de gobierno. A partir de 1949 en el sur del país comenzó un movimiento campesino de ocupación de tierras. Los problemas irresueltos desde la Unidad, y posteriormente congelados por el fascismo, surgen de nuevo en un ambiente político en que los mecanismos represivos del Estado estaban debilitados. En 1950 se aprobó la Ley de Reforma Agraria; las autoridades administradoras de la Reforma se encargaron también de construir pequeñas viviendas en los terrenos asignados a las familias campesinas.[62] Además, en 1950 se fundó la Cassa per il Mezzogiorno, organismo público encargado de canalizar hacia el sur

[60] Augusto Graziani, "Mercato interno e relazioni internazionali", en Valerio Castronovo, *L'Italia contemporanea: 1945-1975,* Einaudi, Turín, 1976, p. 311.

[61] Véase S. Ricossa, *op. cit.,* p. 310.

[62] Giovanni Mottura, *Il conflitto senza avventura: 40 anni di strategia ruralista nelle campagne italiane (1944-1987),* núm. 47, Studi e Ricerche del Dipartimento di Economia Politica/Univer-

del país los recursos del Plan Marshall destinados prioritariamente a la agricultura y al desarrollo infraestructural. Se trató de una intervención extraordinaria en el sentido de su carácter urgente. El campo italiano comenzaba a cambiar de rostro con la reducción de las superficies en aparcería y el incremento tanto de la pequeña propiedad como del trabajo asalariado.[63]

Además de las inversiones públicas en obras de riego y otros tipos de infraestructura de uso predominantemente rural, la acción gubernamental también se caracterizó en la década de 1950 por un decidido apoyo a los precios agrícolas. Esta política, que a menudo fortaleció más la capacidad de demanda que el incremento de la oferta de productos del campo, recibió críticas de quienes percibían en ella un carácter asistencialista y la consolidación de las clientelas políticas del partido de gobierno. Muy pronto la Cassa quedó envuelta en, más o menos opacos, juegos político-electorales locales y nacionales en manos de administradores inescrupulosos y empresarios improvisados al calor de la nueva cornucopia del dinero público. Ocurrió, así, que fondos destinados al desarrollo se desviaron hacia la construcción del estadio de fútbol de Nápoles, además de obras mal realizadas o de escaso impacto económico más allá de los efectos de corto plazo sobre el empleo y el consumo. La ineficiencia administrativa se volvió el subproducto sistémico de juegos clientelares del poder democratacristiano. Desde inicios de la década de 1960, Hollis Chenery —economista del desarrollo y futuro vicepresidente del Banco Mundial— señalaba que si bien el sur había reaccionado positivamente en la década de 1950 a los estímulos externos, no lo hizo en la medida suficiente para reconfigurar su propia especialización productiva y mantuvo un pobre desempeño exportador con el riesgo de que la intervención extraordinaria se degradara progresivamente en un asistencialismo extendido *sine die*.[64] En efecto, la Cassa per il Mezzogiorno, creada en 1950 para un periodo de 10 años, a través de varias leyes y decretos se mantuvo con vida hasta 1992, cuando fue disuelta bajo la evidencia de que, a lo largo de cuatro décadas, aun dando un nuevo empuje a la economía meridional, no había producido los efectos de transformación estructural esperados en la economía de esta zona del país.

La reforma agraria italiana llegó demasiado tarde, en una época histórica en la que el éxodo rural, el abandono de las tierras, su degradación y la pode-

sità degli Studi di Modena, 1988. Se muestran aquí las modalidades de operación de la Democracia Cristiana como cabeza política de la red clientelar rural desde la década de 1950.

[63] Haciendo referencia a este último dato, G. Giorgetti (*op. cit.,* pp. 535-537) señala: "La relación de aparcería, después de haber dominado por tantos siglos la agricultura italiana, se redujo a sus mínimos términos […] Se tiene así la impresión de que una evolución milenaria está acercándose a su conclusión".

[64] Hollis Chenery, "Development Politics for Southern Italy", *The Quarterly Journal of Economics,* vol. 76, núm. 4, 1962, pp. 520-526; el autor habla de "intervención sin planificación"; véase Ugo Pipitone, *Modernidad congelada: Un estudio de Oaxaca, Kerala y Sicilia,* CIDE, México, 2011, p. 215.

rosa atracción ejercida por las grandes ciudades reducían el potencial de integración económica nacional asociado a ella, sin considerar el uso clientelar y poco productivo de una parte significativa de los fondos de la Cassa per il Mezzogiorno. La sociedad italiana había perdido décadas preciosas y cuando la reforma finalmente llegó, mucha tierra había sido abandonada y grandes oportunidades de empalme dinámico entre agricultura y desarrollo industrial se habían desperdiciado. De cualquier manera, en el curso de la década de 1950 alrededor de medio millón de campesinos resultaron beneficiados por distintas iniciativas de reparto de tierras.

El síndrome de una intervención pública sin fuertes controles administrativos y sociales, y el peso de una administración de baja calidad —con políticos locales proclives al uso despreocupado de los recursos del Estado—, se manifestó en gran parte de la acción pública de la segunda posguerra. La carga antigua de ineficiencia y escasa calidad administrativa (sobre todo en el centro-sur del país) siguió adelante como un factor entrópico independiente de las mejores intenciones. Después de la derrota del fascismo, la nueva república, en el contexto de la Guerra Fría, no se liberó de antiguos funcionarios y empleados públicos que habían estado ligados a éste y que fueron utilizados como ancla conservadora contra el peligro (real o supuesto) del comunismo italiano. En Italia no ocurrió nada similar al proceso de Núremberg; gran parte de la magistratura que había servido fielmente al fascismo se quedó en su lugar. La Guerra Fría condujo a privilegiar la fidelidad política de las autoridades sobre la necesidad de romper antiguas clientelas y el dudoso espíritu democrático de viejos funcionarios estatales. En 1960, de 64 prefectos (representantes del gobierno a escala provincial), 62 lo habían sido bajo el fascismo.[65]

La preparación del periodo de aceleración económica fue, entre 1947 y 1950, una política contraccionista de corte ortodoxo. Desde 1947 se inauguró la que se conocerá como "línea Einaudi", ministro del Presupuesto del cuarto gobierno de De Gasperi, quien fuera líder de la centrista Democracia Cristiana. Con Einaudi, posteriormente presidente de la República, comenzó una política monetaria movida por la necesidad de poner bajo control la inflación que amenazaba con retroalimentarse. Con el aumento del encaje legal y de la tasa de descuento, los resultados fueron casi inmediatos: la inflación se detuvo y la cotización de la lira se estabilizó. Los representantes en Italia del Plan Marshall, jóvenes economistas estadunidenses keynesianos, eran contrarios a esta línea, ya que consideraban que la clave de la acción pública debía dirigirse a políticas expansivas generadoras de empleo. Albert Hirschman, entonces joven economista, también sostenía esta posición contraria a la orientación del gobierno italiano. A pesar de todo, la contracción fue breve, así que Marcello

[65] C. Duggan, *Fascist…, op. cit.,* p. 627; y G. Carocci, *op. cit.,* p. 65.

de Cecco sintió que podía decir después que, a final de cuentas, ambas posiciones, si bien contrapuestas, tenían la razón de su parte.[66]

¿Qué hizo posible el rápido éxito de la política contraccionista de Einaudi que evitó que se produjeran efectos recesivos más prolongados? La ayuda financiera del exterior, asociada al Plan Marshall (inaugurado a mediados de 1948), permitió al gobierno italiano disponer de recursos financieros relativamente abundantes en momentos críticos del ajuste antiinflacionario. Pero, además de eso, desde 1951 prevaleció una política expansiva del gasto público y de sostén a las inversiones privadas con subsidios y créditos de impuesto. Fue desde comienzos de la década de 1950 cuando las empresas públicas en el sistema industrial, creadas en 1933 por el fascismo, comenzaron a operar en varios sectores como la siderurgia, la química y los astilleros navales, además del Ente Nazionale degli Idrocarburi (ENI, por sus siglas en italiano) creado en 1953 y la industria eléctrica nacionalizada en 1962. A esto hay que añadir las obras infraestructurales y especialmente la ampliación de la red carretera. Por paradójico que sea: la marcha de la política económica hacia una clara presencia estatal en la economía italiana fue administrada por sectores políticos cuyas convicciones liberales estaban en tensión con su propia práctica; una práctica que imponía la presencia más amplia del Estado en el conjunto de la economía nacional.

A pesar de los planes de desarrollo propuestos por sectores de la izquierda reformista o por economistas cercanos a la propia Democracia Cristiana (DC) (como el Plan Vanoni de 1954), el crecimiento del gasto público no siguió líneas estratégicas consistentes. De ahí que el ya mencionado Augusto Graziani hablara de un keynesianismo a pesar de sí mismo, o sea, de un gasto público que creció en la década de 1950 más en una lógica clientelar que en una de desarrollo sostenible de largo plazo arrastrando deficiencias estructurales en educación, servicios sanitarios y vivienda popular. Un crecimiento sin mejora de la distribución del ingreso, sin una regulación de la especulación que creó monstruosidades urbanas para defender a constructoras ligadas a la DC y sostener redes clientelares con generación de empleos transitorios y consiguientes rendimientos electorales.[67] A pesar de esto, la década de 1950 fue el periodo más brillante de la historia económica italiana desde la unidad. En este ambiente, los componentes más dinámicos de la demanda efectiva fueron las inversiones y las exportaciones, especialmente aquéllas dirigidas hacia el resto de Europa. Mientras la productividad creció 84% entre 1953 y 1961, los salarios lo hicieron 47%. Las expectativas de continuación de altas utilidades asociadas a las exportaciones y al gasto público (y en menor medida a los

[66] Véase Marcello de Cecco, "The Italian Economy Seen from Abroad over 150 Years", *Quaderni di Storia Economica,* Economic History Working Paper No. 21, Roma, octubre de 2011, p. 16.

[67] Véase Augusto Graziani (coord.), *L'economia italiana: 1945-1970,* Il Mulino, Bolonia, 1972, pp. 164-165; y Paul Ginsborg, *A History of Contemporary Italy: Society and Politics (1943-1988),* Palgrave, Nueva York, 2003, pp. 271-272.

consumos privados) se deterioraron desde 1962 con duras luchas sindicales[68] que, sobre todo en el norte, condujeron a una recuperación salarial reduciendo la distancia entre productividad y salarios.

Desde 1962 varias cosas cambiaron tanto en la economía como en la política italianas y la ola alta del crecimiento de la posguerra se interrumpió aunque se recuperó rápidamente, pero a tasas menores de crecimiento de largo plazo. ¿Por qué considerar 1962 un año frontera? Limitémonos a dos razones: una histórica y otra que podría decirse coyuntural. La primera es que Italia pudo considerarse desde entonces —a pesar de su dualismo territorial y de su administración pública de calidad desigual respecto a las economías comúnmente consideradas "desarrolladas"— como un país que salió del atraso habiéndose integrado, digamos así, a los punteros de la economía mundial. Dicho en forma simplificada, a comienzos de la década de 1960, según datos de A. Maddison, el PIB per cápita italiano llegó al nivel alcanzado por Suecia y Dinamarca 14 y 22 años antes, respectivamente. Éste es el dato medio entre dos partes del país (norte y sur) con diferencias recíprocas relevantes. La razón coyuntural es que en 1962 terminó la ola alta del crecimiento italiano de la posguerra. Concentrémonos en este último aspecto. A partir de 1962, por primera vez desde comienzos de la década de 1950, los salarios reales crecieron más que la productividad. Sobre todo en el norte del país, el pleno empleo era un hecho adquirido y en la renovación de los contratos sindicales nacionales, la semana de trabajo pasaba de 44 a 40 horas y de seis a cinco días a la semana. Frente al aumento de la demanda, entre otras cosas de alimentos, la rigidez de la oferta interna condujo al aumento de los precios y al consiguiente desequilibrio de las cuentas externas. Entre fines de 1962 y fines del año siguiente, las reservas del país se redujeron en dos terceras partes.

La rigidez de la oferta se debió fundamentalmente a dos circunstancias: a la escasa capacidad de aumentar la producción de parte del sector primario y a la fragilidad de un sistema productivo aún muy dependiente de pequeñas y medianas empresas cuya competitividad estaba condicionada por la persistencia de bajos salarios capaces de compensar insuficientes economías de escala. Uno de los mayores economistas de la época, Claudio Napoleoni, decía: "hemos alcanzado el pleno empleo antes de superar estructuras productivas de baja productividad".[69] En efecto, con una agricultura más productiva y un sistema industrial menos desigual, el aumento de los salarios no hubiera producido necesariamente un déficit insostenible en la balanza de pagos. Pero en el contexto italiano este déficit implicó que las autoridades se enfrentaran al dilema de conservar el incremento con una creciente inflación

[68] Véase P. Ginsborg, *ibid.*, p. 252 sobre la lucha de los jóvenes obreros en Turín en ocasión de la renovación del contrato laboral de los trabajadores metal-mecánicos en 1962.

[69] Claudio Napoleoni, "Le inefficienze causano la crisi", en *L'economia italiana dal 1861 al 1961,* Giuffré, Milán, 1961, pp. 296-297.

o interrumpirlo para reequilibrar cuentas externas insostenibles. Y optaron por la segunda opción.

Pero 1962 representó un giro también por razones políticas. Desde el año anterior, en el congreso del Partido Socialista, ganó una nueva línea que tomó distancia de la vieja alianza con el Partido Comunista y afirmó su disponibilidad de ingresar en el área de gobierno con la DC y otros pequeños partidos laicos y reformistas. El sucesivo ingreso al gobierno de los socialistas, si bien recibió el beneplácito de la gran industria, asustó a la organización representativa de los industriales (Confindustria), sobre todo en su componente de pequeños y medianos empresarios.[70] Dicho de otra forma, el sector industrial de menor productividad era el más temeroso frente a nuevas perspectivas reformadoras. En 1962 se nacionalizó la industria eléctrica y en el marco de una inflación reactivada comenzó un proceso de progresiva pérdida de las inversiones privadas. Pero, paradójicamente, desde comienzos de la década de 1960 es posible decir que Italia salió de su atraso histórico y entró en una crisis económica coyuntural.

El país dejó de ser una economía atrasada conservando, sin embargo, rasgos de dualismo que persistieron hasta bien entrado el siglo XXI. El único periodo de la historia italiana desde la unidad en que la diferencia de ingreso entre norte y sur se redujo fue la década de 1950. Tanto antes como después, el diferencial en cuestión se mantuvo o se amplió. La reducción de las distancias norte-sur fue un paréntesis transitorio. La salida del atraso en Italia ocurrió conservando el atraso (económico e institucional) en una parte de su territorio.

El tema del dualismo económico recibió una atención especial durante los años en que los elevados ritmos de crecimiento de la economía parecían orientados a debilitar progresivamente los diferenciales de productividad y de salarios entre empresas, sectores y regiones del país. Vera Lutz fue quien asumió el dualismo como una de las principales claves de lectura de la economía italiana de la década de 1950.[71] El argumento básico de esta autora se articula en dos partes. En primer lugar, la afirmación de que, en una economía dividida entre empresas grandes que pagan salarios elevados y empresas pequeñas que pagan salarios bajos, cuanto más elevado sea el salario en las primeras, tanto menor será el empleo generado en ese mismo sector, lo que inducirá a una mayor oferta de trabajo en las pequeñas empresas, con el efecto de presionar hacia la baja los salarios ya bajos que prevalecen, con el resultado de ampliar la brecha salarial entre grandes y pequeñas empresas. La segunda parte del argumento es la siguiente: en situaciones de excesivo incremento de los salarios, el empleo tiende a contraerse y esto, conjuntamente con la flexión de la producción, reducirá la demanda de capital de parte de las empresas.

[70] Véase P. Ginsborg, *op. cit.,* pp. 264-265.

[71] En lo que sigue nos referimos a su libro *Italy: A Study in Economic Development,* Oxford University Press, Nueva York, 1962.

A consecuencia de lo anterior, la tasa de interés se reducirá con el efecto de abaratar el capital e inducir el uso de tecnologías intensivas y los consiguientes efectos negativos sobre la demanda de trabajo. En síntesis, el núcleo del argumento neoclásico de Vera Lutz es que el aumento de los salarios tiene un efecto negativo sobre el nivel del empleo a través de una baja de la tasa de interés que promueve un mayor uso de técnicas más intensivas de capital. Una consecuencia de este conjunto de supuestos es la siguiente: el poder sindical de los trabajadores en las grandes empresas del norte de Italia tendió a incrementar el desempleo y la polarización entre norte y sur, y afectó finalmente el desarrollo económico de todo el país.

Aunque fue decisivo que, gracias a las contribuciones de esta economista se aceptara en el debate económico italiano el problema del dualismo como factor estructural de freno, sus puntos de vista específicos eran discutibles. El efecto positivo sobre la demanda de trabajo asociado a un incremento de la demanda agregada, derivado a su vez del incremento salarial, resultaba del todo soslayado, limitando la validez del razonamiento a un ámbito casi estrictamente microeconómico. Por otro lado, como se ha señalado,[72] más que la tasa de interés como factor determinante de las opciones tecnológicas de las empresas, parecía operar el precio de los bienes de capital; de tal manera que una reducción de los costos del crédito no necesariamente induciría una preferencia por tecnologías mayormente intensivas en capital.

En el largo plazo, el aumento del costo del trabajo constituye un estímulo para introducir técnicas productivas más intensivas en capital independientemente del nivel de la tasa de interés, lo que parece conducir a una conclusión: en economías dualistas, la innovación tecnológica debería, en cierta medida, ser objeto de alguna limitación (compatiblemente con niveles mínimos de competitividad internacional) para evitar que una excesiva modernización microeconómica induzca el debilitamiento de la marcha global de la economía por vía de los efectos de una alta segmentación social y territorial. En economías dualistas se impone así una reflexión sobre los sectores de la actividad económica en los que es necesario impulsar más la productividad que la producción y los sectores donde el incremento de la producción resulta ser más importante que los incrementos en la productividad, cuando menos por un lapso determinado.

Vera Lutz tenía razón al sostener que la homologación es vital para el dinamismo económico de largo plazo; sin embargo, varias dudas son legítimas acerca del pronóstico aplicado al caso italiano de la segunda posguerra: "Si un fuerte movimiento sindical que empuja hacia consistentes aumentos sala-

[72] Véase Paolo Sylos Labini, *The Forces of Economic Growth and Decline,* The MIT Press, Cambridge, 1984, p. 106, donde se sostiene que "una menor tasa de interés no induce a las empresas a introducir capital fijo para sustituir trabajo, sino a expandir la producción empleando mayores cantidades de todos los medios de producción incluyendo los trabajadores".

riales entra en el escenario en las fases iniciales del desarrollo industrial, puede terminar por ser responsable del mantenimiento de bajos niveles de ingresos entre grandes sectores de trabajadores artesanos y familiares".[73]

Aunque el problema es el cuánto y cuándo, de ser cierta en abstracto esta línea de pensamiento, Turquía, España y Portugal deberían haber tenido mejor suerte de la que su historia económica (e industrial) mostró en realidad en las décadas de 1950 y 1960 e, invertidos los términos, un país de sindicalización temprana como Suecia difícilmente podría haber obtenido los éxitos industriales que tuvo.

Intento de moraleja

Dinamarca, Suecia y Japón pudieron concentrar en dos generaciones (cuatro o cinco décadas) su máximo esfuerzo de salida del atraso económico. Esto es lo que Italia no pudo hacer. El país necesitó un periodo histórico doble para consolidar estructuras sociales y productivas modernas. Aquello que los países mencionados pudieron realizar en un solo tramo entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, requirió en Italia dos lapsos cronológicamente separados de crecimiento económico acelerado y transformación estructural: el primero entre 1895 y 1915, y el segundo entre 1951 y 1963. Así, en el caso italiano la salida del atraso se completó con cerca de medio siglo de retardo respecto a los otros países.

Suponiendo que haya alguna, ¿qué moraleja sacar de esta historia? Comencemos con la política. Cuando Dinamarca, Suecia y Japón, en la segunda mitad del siglo pasado, comenzaron a acumular nuevas energías de transformación económica, contaron con estructuras estatales fuertes y aparatos administrativos eficientes surgidos, por lo menos, luego de dos siglos de gestación. En cambio, cuando Italia necesitó de un Estado eficiente y con la fuerza necesaria para dar congruencia a un posible camino de transformación económico-social, encontró una institución joven e insegura que apenas comenzaba su lento y trabajoso proceso de construcción. Una institución que, agobiada por las dificultades de su propia formación, no tenía suficiente confianza en sí misma ni una amplia legitimación social para dar coherencia y cierto sentido de dirección a las fuerzas sociales, más o menos incipientes, que buscaban nuevas formas de expresión y de convivencia. En un recodo de sus historias que inauguraba nuevas oportunidades, los otros tres países contaron con un tejido sociocultural más homogéneo y una red institucional consolidada. Fragilidad institucional interna y debilidad social produjeron en Italia, según observa Massimo L. Salvadori, tres regímenes (el liberal-monárquico, el fascista y el liberal-republicano) en los que el gobierno tendía a identificarse con el Estado convirtiendo la oposición en antiEstado. Una actitud de las élites políticas que dificultaba la alternancia y reflejaba la debilidad de las cla-

[73] V. Lutz, *op. cit.,* p. 36.

ses dirigentes italianas.[74] De ahí una historia de burocracia ligada al gobierno en turno y una oposición cíclicamente maximalista con escaso sentido de responsabilidad cívica.

A estos obstáculos político-institucionales surgidos de un pasado reciente de fragmentación nacional y estatal, Italia añadió otros. En las tres décadas posteriores a la unificación, la debilidad hegemónica del nuevo Estado lo llevó a privilegiar las estructuras de poder económico local heredadas de un anquilosado pasado de relaciones semifeudales. La estabilidad y el control político se obtuvieron al costo de conservar en varias regiones del país una organización económica arcaica sin cuestionar esquemas de comportamiento colectivo basados en el inmovilismo y un incierto sentido cívico. En su estudio de 1958, sobre una comunidad del sur de Italia, decía Edward Banfield:

> En una sociedad de familismo amoral falta cualquier forma de control sobre la actividad de los funcionarios públicos […] y aquellos que ejercen estos cargos no se identifican de ninguna manera con los objetivos de la organización a la que pertenecen y sólo hacen lo que sea necesario para conservar su puesto […] En realidad los cargos públicos son considerados como armas para usar en ventaja propia y contra los demás.[75]

Ciertamente, este boceto no refigura las nuevas instituciones italianas en su totalidad, pero, de manera igualmente cierta, refleja una parte no pequeña de las instituciones (sobre todo a escala local), lo que ha constituido un lastre generacional para el conjunto del país. La mayor intuición del nuevo Estado italiano en las primeras décadas posteriores a la Unidad consistió en la voluntad de desarrollo infraestructural. Y sobre las rigideces económicas acumuladas terminaron por crearse intereses y comportamientos sociales que, después de la primera Guerra Mundial, impusieron al país una congelación autoritaria del conflicto social. El escaso sentido cívico y la reducida capacidad hegemónica de las clases dirigentes terminaron por hacer posible la paz social a través del fascismo, lo que prolongó dos décadas más un débil sentido de responsabilidad colectiva y una menor disponibilidad de las élites políticas a ser fiscalizadas por una sociedad organizada en forma independiente del Estado.

La juventud histórica del Estado italiano, su reflejo autoritario como sustituto de una hegemonía aún endeble y la falta inicial de audacia para modificar las bases agrarias del país, además de costarle a Italia la incultura autocomplacida del fascismo y la tragedia de una guerra sin razones nacionales fuertes, le costó un retardo de medio siglo en el camino hacia la salida del atraso.

[74] Massimo L. Salvadori, *Storia d'Italia: Crisi di regime e crisi di sistema (1861-2013),* Il Mulino, Bolonia, 2013, pp. 35-39.

[75] Edward C. Banfield, *Le basi morali di una società arretrata,* Il Mulino, Bolonia, 1958/2006, pp. 104-107.

Tercera parte

INTENTOS FALLIDOS DE SALIDA DEL ATRASO

Calificar de fallidos los intentos de salida del atraso que se discutirán en esta sección puede parecer demasiado perentorio. Y ciertamente es así considerando que se trata de intentos todavía en curso en países que, a pesar de sus descalabros en los esfuerzos por dejar atrás historias antiguas de marginalidad tecnológica, pobreza difundida y desigualdad, han realizado en diferentes grados progresos considerables incluso respecto a su pasado reciente. ¿Por qué, entonces, recurrir a una expresión asociada con fracaso o frustración? Por un motivo que puede sintetizarse así: a pesar de sus progresos, los países cuyas experiencias se estudiarán en esta tercera parte (India, Nigeria, Brasil y México) siguen mostrando los rasgos propios de un atraso insuperado, es decir, bajo nivel de integración productiva (que se manifiesta sobre todo en la aguda diferencia de productividad media entre economía urbana y rural), fuerte desigualdad social, pobreza difundida y escasa capacidad innovadora endógena.

Para esta sección se han escogido países de grandes dimensiones tanto desde el punto de vista territorial como demográfico, con diferentes dotaciones de recursos y muy variadas historias políticas. Países cuyas fechas de independencia recorren un amplio espectro temporal entre comienzos del siglo XIX (México) y el inicio de la segunda mitad del siglo XX (Nigeria). Si en la segunda parte de este libro nos preguntamos acerca de las razones del éxito de un grupo de países, aquí nos cuestionaremos sobre las razones de la persistencia del atraso en otro grupo de naciones que, aun con prolongación de la vida media, incremento de la escolaridad, cíclica aceleración del crecimiento o modernización en el perfil exportador, no han logrado dejar atrás sus condiciones desventajosas.

VIII. INDIA, UN ATRIBULADO CAMINO AL DESARROLLO

Iniciemos con la misma pregunta que nos hemos hecho al abordar otros casos nacionales. ¿Por qué incluir a la India entre los países cuyos intentos de salida del atraso se consideran en estas páginas? Centrémonos en dos razones. En primer lugar, lo obvio: en estos comienzos de siglo, de cada 5.5 habitantes del planeta uno es indio. Además, tenemos aquí un ejemplo cargado de expresiones y variantes acerca de los esfuerzos y las dificultades para emanciparse del atraso. Desde su independencia en 1947, la economía y la sociedad indias han registrado grandes transformaciones. No obstante los avances en producción industrial, exportaciones, extensión del sistema educativo y producción de alimentos, la séptima economía mundial sigue lejos de ser una economía integrada, capaz de satisfacer las necesidades fundamentales de una parte consistente de su población a pesar del crecimiento acelerado que el país experimenta sobre todo desde la última década del siglo pasado, lo que ha convertido a la India, junto con la China posmaoísta, en el caso más resonante de crecimiento económico mundial. Sin desdeñar sus avances recientes, no es sencillo dejar de lado que 35% de la población india sufre de desnutrición crónica.[1]

¿Por qué, a pesar de sus progresos, India mantiene los rasgos generales propios del atraso? Para intentar responder a esta pregunta, es necesario despejar el terreno de algunas imágenes estereotipadas. Una de las más antiguas es la de un país recorrido por devastadoras hambrunas que ocasionan periódicamente muertes masivas, como en Madrás (hoy Chennai) en 1876 o en Bengala en 1943. Esta imagen permanece en un espejo frente al cual, el objeto que la produjo ya no está. La India ya no es el país que era todavía hasta hace medio siglo: uno en el cual la sucesión de sequías o inundaciones[2] podía producir consecuencias humanas devastadoras. Y sin embargo, a pesar de que las hambrunas son cosa del pasado, hambre y malnutrición siguen siendo parte de la vida del país. India ha dejado de ser una economía arcaica

[1] *Cf.* Dilip Hiro, *The Age of Aspiration: Power, Wealth, and Conflict in Globalizing India,* The New Press, Nueva York, 2015, p. 111.

[2] Amartya Sen registraba hace tiempo cómo la peor hambruna en un siglo de historia de la India, originada en Bengala en 1943 (con cerca de tres millones de muertos), tuvo raíces económicas y políticas más profundas que los fenómenos meteorológicos que afectaron la disponibilidad física de alimentos; véase "Starvation and Exchange Entitlements: A General Approach and Its Application to the Great Bengal Famine", *Cambridge Journal of Economics,* vol. 1, núm. 1, 1977, pp. 38-42.

cuyo funcionamiento depende medularmente del carácter errático de los fenómenos meteorológicos, pero está aún lejos de convertirse en una economía moderna sin profundos hiatos entre avances de productividad y avances en la integración social, sin una grave separación entre universos urbanos y rurales y sin una alta barrera entre trabajadores formales e informales.

Aunque el país haya registrado tasas medias de crecimiento relativamente elevadas desde la década de 1950, y decididamente elevadas desde la de 1990, ese dinamismo se dio mientras el porcentaje de población en condiciones precarias de subsistencia se mantenía en valores muy elevados. Así que, en la experiencia india contemporánea, crecimiento económico y pobreza muestran ser dimensiones no necesariamente excluyentes por el alto crecimiento demográfico, por la persistencia de una extendida pobreza rural que se transmuta en marginalidad urbana a través de las migraciones internas y por un crecimiento económico al que no corresponde una demanda de trabajo de igual intensidad.

Otra paradoja se revela desde las primeras décadas de la independencia entre la opción socialista de los gobiernos indios y una maquinaria del Estado que funciona más en beneficio de sí misma que en representación de los sectores sociales desprotegidos que asegura representar. El escaso interés de la alta burocracia pública en las necesidades básicas de la gran mayoría de la población parece empalmarse con una tradición brahmánica de elevado contenido elitista.[3] Las castas superiores, siete décadas después de la Constitución que las abolía, siguen siendo sobrerrepresentadas en todos los "ganglios" del poder político, social y cultural del país.

Una paradoja más proviene del hecho de que, a pesar del objetivo explícito de los gobiernos indios de fortalecer la vida política en los estados y en los distritos (para activar las energías locales de un país construido sobre una enorme variedad de tradiciones y culturas regionales), la India sigue siendo tan centralizada como lo fue bajo el Raj británico. Y cuando la descentralización ha ocurrido, lo ha hecho a menudo con el fortalecimiento, desde fines del siglo pasado, de partidos regionales que usan sus vínculos de casta en un sentido clientelar y como arma de presión electoral hacia los gobiernos estatales y central.[4] En la India lo nuevo queda a menudo atrapado en la fuerza

[3] En ocasión de los 40 años de independencia del país, en la revista *Newsweek* se leía: "En Nueva Delhi, como en todos los estados de la federación, el gobierno está integrado por miembros de las castas superiores quienes dicen estar de acuerdo con la protección y la mejora de las castas inferiores, pero es muy poco lo que en realidad hacen para mejorar sus condiciones de existencia" (24 de agosto de 1987). Exactamente lo mismo registran casi tres décadas después J. Drèze y A. Sen, *Una gloria incierta: India y sus contradicciones,* Taurus, México, 2014, p. 245.

[4] Véase Nirmal Mukarji, "Decentralisation below the State Level: Need for a New System of Governance", *Economic and Political Weekly,* vol. XXIV, núm. 9, 1989, pp. 462-467, y Sumantra Bose, *Transforming India: Challenges to the World's Largest Democracy,* Harvard University Press, Cambridge, 2013, p. 93.

gravitatoria de lo viejo. Éste es un testimonio antiguo que vale tanto para el dominio mogol sobre las culturas de la llanura gangética como para el dominio inglés construido sobre las estructuras fiscales del antiguo Imperio mogol, o para los esfuerzos de planificación económica desde comienzos de la década 1950 sobre las arraigadas tradiciones aldeanas o para el peso de las castas en el contexto de una política económica proyectada hacia la globalización.

La población india llega en 2017 a 1 340 millones de personas. Casi un siglo atrás, en 1921, era de 251 millones. Como Unión Federal, el país se compone de 29 estados y seis territorios administrados directamente por Nueva Delhi. Dos anotaciones sobre la estructura institucional. La primera es que cada estado del país es gobernado por un ministro en jefe que responde a la asamblea legislativa de su entidad; al mismo tiempo, en cada estado es nombrado desde el centro un gobernador que encarna la unidad del país y depende directamente de la capital. La segunda anotación, acerca del sistema electoral, explica la prolongada hegemonía política en el Parlamento indio del Partido del Congreso. Por un periodo relativamente prolongado este partido tuvo una sobrerrepresentación parlamentaria debido al sistema mayoritario por colegio. Un ejemplo: en las elecciones de 1951-1952 el Partido obtuvo 55% de los votos, lo que le garantizó 74% de los asientos en la Cámara Baja. En otros términos: incluso en las primeras décadas posteriores a la independencia, a pesar del gran prestigio de Jawaharlal Nehru como primer ministro y heredero de Gandhi, el Partido del Congreso nunca tuvo una mayoría aplastante en una sociedad recorrida por segmentaciones regionales, estamentales, religiosas y lingüísticas. En el subcontinente coexisten 15 idiomas (y cerca de 200 dialectos) y seis grupos religiosos principales: hindúes, musulmanes, jainitas, budistas, sikhs y cristianos. Aunque el hindi sea el idioma oficial, un gran número de indios no lo habla, manteniendo tradiciones lingüísticas regionales. En gran parte de los casos, las líneas divisorias de los estados son fronteras lingüísticas.

Limitémonos a algunas anotaciones de historia política. Las primeras cuatro décadas posteriores a la emancipación de Inglaterra se jugaron entre Jawaharlal Nehru y su hija Indira Gandhi. Por un lado, el padre, una figura con gran carisma personal, venerada en la época por su aporte a la lucha de independencia (que lo llevó a pasar nueve años en las cárceles británicas), así como por ser el heredero designado por Gandhi y primer ministro (elegido tres veces consecutivas, lo que hasta ahora no ha vuelto a suceder), encarnación de un proyecto nacionalista y democrático. Por otro lado, con Indira Gandhi se acentuaron en la India los rasgos "socialistas" (en sentido de estatismo, tentaciones autocráticas y abierta disensión con los Estados Unidos)[5] e inició

[5] Véase Ramachandra Guha, *India after Gandhi: The History of the World Largest Democracy,* Macmillan, Londres, 2007, pp. 434 y ss.

un recorrido dinástico que siguió con su hijo Rajiv (primer ministro entre 1984 y 1991), con su nuera Sonia, presidente del Partido del Congreso desde 1998, y con el hijo de esta última, Rahul, quien entró en la política en 2004 y fue nombrado vicepresidente del partido en 2013. Tras la muerte del patriarca por causas naturales en 1964, la familia Nehru-Gandhi fue víctima del asesinato de Indira en 1984 y del de su hijo Rajiv en 1991. Desde esta última fecha, la aspiración socialista (más fabiana en tiempos de Nehru y más vagamente soviético-populista en tiempos de su hija) se disolvió mientras la economía del país se acercaba a niveles de crecimiento asombrosos en medio de una creciente apertura al comercio internacional y a las inversiones foráneas.

En el largo trecho que viene de la independencia al presente, la hegemonía, inicialmente incuestionable, del Partido del Congreso en el gobierno se cuarteó. La fisura inicial ocurrió en 1977 con un primer ministro del Congreso (un conservador adversario de Indira, Morarji Desai) que fue apoyado por el antecesor del actual partido conservador, el Partido Popular Indio (BJP, por sus siglas en hindi). La segunda fisura se produjo por una coalición de partidos guiada por otro nacionalista hindú del BJP (Atal Bihari Vajpayee) entre 1998 y 2004. La más reciente cuarteadura, en orden de tiempo, se dio con el gobierno del BJP y su primer ministro Narendra Modi desde 2014. Los juegos políticos seguían abiertos a imprevistos desarrollos futuros, pero era evidente que el secularismo democrático con el cual la India amaneció a su vida independiente se había deteriorado progresivamente, junto con el prestigio del Partido del Congreso y el carácter semisagrado de la dinastía creada (involuntariamente) a partir de Nehru. La India se volvió más intolerante, las identidades religiosas se reforzaron respecto al ambiente nacionalista inmediatamente posterior a la independencia y un observador sostiene: "Nehru hablaba y escribía abiertamente acerca de su ateísmo; hoy sería difícil imaginar un político tan abierto que ganara una elección en la India".[6] En pocas palabras, el país había avanzado desde el punto de vista económico y en forma acentuada en algunos sectores. No puede decirse lo mismo y con igual certeza en el terreno de la construcción de una fuerte identidad nacional ni en el terreno de una laicidad que removiera la idea inexpresada de una religión de Estado entre amplios sectores de un universo hindú hoy hegemonizado por el BJP. Entre paréntesis, este partido es heredero de la organización paramilitar Asociación de Voluntarios Nacionales (RSS, por sus siglas en hindi), fundada en 1925, como movimiento celosamente hinduista e identitario (de cuyas filas salió el asesino de Gandhi en 1948) que no participó en las luchas decenales por la independencia.

Echemos una mirada al dinamismo de la economía a lo largo de las últimas décadas. Al hacerlo quedan en evidencia tres periodos en términos de crecimiento, con la premisa de que en el medio siglo que antecede a la inde-

[6] Kaushik Basu, *An Economist's Miscellany,* Oxford University Press, Nueva Delhi, 2011, p. 101.

pendencia la economía india experimentó un virtual estancamiento. En las primeras tres décadas sucesivas (digamos 1951-1981), a pesar de las elevadas expectativas el crecimiento se mantuvo alrededor de un modesto 3.5%. El ritmo pasó a 4.6% en la década de 1980, en una fase de fuerte incremento del gasto público que se volvió insostenible tanto por la deuda acumulada como por el déficit presupuestal. Después de la crisis de 1991-1992, mientras el país se encaminaba a liberarse del exceso de regulaciones económicas establecidas previamente, experimentó una asombrosa aceleración que duró más de dos décadas y que llevó el crecimiento del producto interno bruto (PIB), a valores medios superiores a 6%. Qué empujes específicos produjeron este brinco a una tasa de crecimiento virtualmente doble respecto a las primeras décadas independientes es tema que veremos más adelante. Registremos aquí dos aspectos. En primer lugar, el efecto demostración proveniente de los países de Asia oriental, que desde la década de 1960 (y China desde la de 1980) experimentaron fenómenos sostenidos de fuerte aceleración económica mientras se proyectaban hacia los mercados internacionales y liberalizaban interiormente sus economías, aunque sea, en Corea del Sur, Taiwán y China (menos en Hong Kong y Singapur), con un significativo aporte regulador del Estado. En segundo lugar, la disolución de la URSS, que a lo largo de décadas había sido una importante referencia para la India en el terreno de la planificación y el esfuerzo público en los bienes de capital. De Asia oriental provenía un ejemplo exitoso que no podía soslayarse y del oriente de Europa venía otro igualmente claro sobre la disolución de un modelo atractivo para la India durante décadas. Se abrió (o más precisamente: se amplió) en la India, desde la primera mitad de la década de 1990, una ruta de reforma que buscaba superar varias políticas de intervencionismo público supeditadas a una visión positivista-nacionalista súbitamente derrotada.

No solamente se fortaleció la resistencia hacia excesivas formas de intromisión pública en las decisiones empresariales y en las relaciones de comercio e inversión con el resto del mundo. Desde la década de 1990 cambió también el clima social, sobre todo en relación con la cultura, las aspiraciones y los comportamientos de una clase media urbana en expansión. Si en tiempos de Nehru el estrato intermedio de la sociedad estaba más ligado al Estado a través del empleo público, más austero e, ideológicamente, "socialista", la clase media que vino después expresaba rasgos especularmente inversos, con una acentuación del individualismo, el consumismo, la celebración del éxito personal, además de la aparentemente mayor penetración de una religiosidad que en tiempos de Nehru se buscaba controlar a través de la neutralidad del Estado.[7] Sin mencionar aquí casos más recientes e incluso más graves, tiene

[7] Una tradición, por cierto, que venía desde tiempos coloniales, cuando los ingleses percibieron con claridad la necesidad de evitar cuidadosamente cualquier preferencia religiosa en un contexto tan sensible y diferenciado como el de la India, secularismo que se acentúa con Nehru

un valor simbólico que en 1969, centenario del nacimiento del padre espiritual de la India moderna, Mohandas Gandhi, y en su propia tierra, Gujarat, ocurriera un verdadero pogromo de musulmanes en la capital del estado a manos de hindúes fanatizados, cuyo saldo fue de más de un millar de muertos. La persistencia de una religiosidad a menudo intolerante y de los residuos históricos de la cultura discriminatoria de las castas son expresiones de un país que avanza y se detiene entorpecido por sí mismo. Un acucioso y agudo observador mexicano, refiriéndose a una parte del problema, lo dijo en la última década del siglo XX: nación y castas son dimensiones incompatibles.[8]

Un elemento sobresaliente de la economía india es el contraste entre grandes y pequeños números: o sea, entre los datos económicos globales que, no obstante la situación de atraso, expresan el poderío de un país entre los más extendidos y poblados del planeta (con cerca de 1 000 millones de celulares en uso, una industria informática entre las más dinámicas del mundo y la mayor manufactura mundial de medicamentos genéricos) y los datos que expresan valores per cápita o indicadores de bienestar. La India ocupa el séptimo lugar en la clasificación mundial relativa al PIB, pero pasa al lugar número 143 en la relativa al PIB per cápita. Sin embargo, los avances han sido impresionantes. Comparando datos de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO, por sus siglas en inglés) y de los censos decenales indios, en 1961 el analfabetismo tocaba a 69% de la población, en 2011 a 26%. La esperanza de vida en 1951 era de 32 años, en 2012 alcanza los 66 (frente a los 75 de China). Al mismo tiempo, la mitad de la población india defeca hoy al aire libre (contra 1% en China) y la mitad de las viviendas urbanas son construidas sin permisos legales (contra 10-15% en China).[9] A pesar del crecimiento económico de las últimas décadas, esto indica un grave retardo en las condiciones sociales y en las instituciones públicas capaces de hacer respetar sus reglas.

En *Hijos de la medianoche,* Salman Rushdie describe los momentos que antecedieron a la independencia, el 15 de agosto de 1947: "Una fiesta más en el calendario, un nuevo mito que celebrar, ya que una nación que nunca había existido estaba por obtener su libertad, lanzándonos a un mundo que, aun con 5 000 años de historia y que inventó el ajedrez y comerció con el

a partir de la fundación de Pakistán como "tierra de los musulmanes"; véase Peter van der Veer, *The Modern Spirit of Asia: The Spiritual and the Secular in China and India,* Princeton University Press, Princeton, 2014, pp. 159-161. Acerca del cambio en las clases medias véase, a pesar de la aparente tentación del autor a considerar las clases medias como un híbrido social vicioso, Vinay Sitapati, "What Anna Hazare's Movement and India's New Middle Class Say About Each Other", *Economic and Political Weekly,* vol. 46, núm. 30, 2011, pp. 39-44.

[8] Octavio Paz, *Vislumbres de la India,* Seix Barral, México, 1995, p. 130. En ese texto el autor se propone una pregunta a la que no responde: ¿es la India una civilización sola con dos religiones o es una civilización doble en la misma tierra? (p. 45).

[9] J. Drèze y A. Sen, *op. cit.,* p. 310, y Daniel Biau, "Chinese Cities, Indian Cities: A Telling Contrast", *Economic and Political Weekly,* vol. 42, núm. 33, 2007, pp. 3 369-3 372.

Egipto del Reino Medio, era completamente imaginaria […] una ficción colectiva en la que todo era posible".[10]

Herencias de la historia

Recorramos a grandes trancos una historia milenaria. Antes de la afirmación del poder mogol en la India a comienzos del siglo XVI, el país había conocido diversas culturas desde la antigua civilización del Indo (una de las civilizaciones prístinas de la humanidad) que alcanzó su apogeo entre el tercero y el segundo milenio a. C.[11] Alrededor del siglo IV a. C., como consecuencia del intento invasor de Alejandro el Grande, se constituyó el Imperio Maurya que, por primera vez en la historia del subcontinente, presentaba una organización central del Estado y un aparato burocrático extendido que controlaba casi toda la península. En este periodo terminaron por consolidarse los rasgos esenciales del sistema religioso brahmánico y una organización social basada en castas. Siguió un nuevo ciclo de florecimiento durante la dinastía Gupta entre los siglos IV y VI d. C.[12]

Una nueva etapa de centralización del poder y unidad política de la península ocurrió con la fundación del sultanato de Delhi en 1206, con el cual comenzó el gran proceso histórico del mestizaje entre las culturas islámica e hindú. Cuando la fuerza unificadora del sultanato fue perdiéndose, el impulso musulmán no se disolvió, ya que, con la derrota del último sultán, los descendientes de Gengis Kan fundaron el gran Imperio mogol en 1526. La gran corte mogol fue el sistema de poder que los ingleses encontraron dominando la India a su llegada dos siglos después. Sin embargo, este poder central estaba seriamente deteriorado cuando la Compañía de las Indias Orientales (de ahora en adelante, la Compañía) llegó al subcontinente y se instaló en Bengala. Su primer paso fue, en 1715, obtener del emperador derechos de extraterritorialidad frente al *nahabab* de Bengala. El segundo fue la derrota del ejército mogol por parte de pequeñas, pero bien organizadas, huestes a las órdenes

[10] Salman Rushdie, Hijos de la noche, De Bolsillo, Barcelona, 2016, p. 264.

[11] Acerca de esta antigua y, en gran parte, aún misteriosa civilización, véase quien ha sido, probablemente, la mayor autoridad a propósito, Jonathan Mark Kenoyer, "Uncovering the Keys to the Lost Indus Cities", *Scientific American,* vol. 289, núm. 1, 2003, pp. 70 y ss.; y Thomas J. Thompson, "Ancient Stateless Civilization", *The Independent Review,* vol. X, núm. 3, 2006, pp. 371-373.

[12] Sobre la penetración de la cultura védica, inicialmente en la llanura gangética, con sus ritos, su literatura en sánscrito y su sistema de castas, véase A. L. Basham (coord.), *A Cultural History of India (Introduction),* Oxford University Press, Oxford, 1975/2003, pp. 2-81, y del mismo autor, *The Wonder that Was India,* Grove Press, Nueva York, 1954/1959, *passim.* Acerca de la complejidad y lentitud de esta penetración cultural será suficiente mencionar que, por dos milenios, el sur de la India (Tamil Nadú y Kerala) albergó culturas y lenguas independientes del norte ario.

de Robert Clive, en junio de 1757 —acta de nacimiento de lo que sería la India Británica—. A partir de entonces, la Compañía convirtió al país en territorio de despojos bajo forma comercial. Aun así, después de la gran revuelta de 1857, que por pocos meses reinstaló al Gran Mogol en Nueva Delhi, el gobierno de Su Majestad decidió establecer su control directo sobre el país, disolviendo la Compañía y completando el control político del subcontinente.

Después del "saqueo de Bengala", posterior a la batalla de Plassey en 1757, que transfirió gigantescas riquezas de la India a Inglaterra, la explotación a largo plazo de los recursos indios requirió la formalización de nuevas relaciones, sobre todo en el terreno rural. A este propósito, el Raj británico conservó el antiguo sistema mogol de una aristocracia no hereditaria encargada de cobrar las rentas de las aldeas para canalizarlas al poder central (ahora inglés). La gran diferencia, a partir del Permanent Settlement de 1793, fue que el antiguo *zamindar* (representante local del gobierno central, que funcionaba en el Imperio como intermediario entre la aldea y el Gran Mogol) se convirtió en terrateniente con derechos perennes sobre la tierra. El antiguo funcionario fiscal se volvió gran propietario mientras, en sustancia, la realidad de las comunidades rurales se mantenía inalterada. Y así, los ingleses aprovecharon (empeorándola con la reducción de los derechos consuetudinarios de las comunidades campesinas) una antigua estructura de transferencia de recursos desde el campo hacia el poder central. La multiplicidad de derechos comunitarios a la posesión de la tierra era sustituida por una uniformidad que hacía la tierra alienable por vía judicial.[13]

Pero, antes de profundizar más en el tema de la dominación inglesa sobre la India, son oportunas algunas observaciones sobre el sistema social-religioso hindú que, no obstante las sucesivas conquistas externas (desde los turcos del sultanato de Delhi, pasando por los mogoles y hasta los ingleses), se mantuvo como cimiento social y cultural básico a lo largo de siglos y, en cierta medida, hasta la actualidad.

En los años en que Aristóteles era preceptor de Alejandro el macedonio y buscaba en la polis la expresión organizada de la sociedad natural de los hombres; en el mismo tiempo histórico en que Platón construía los cimientos de una visión unificada de la moral y el Estado que conduciría a la idea de justicia y de ciudadano, la India consolidaba un sistema social y religioso de discriminación ritualizada cuyo aspecto central, la organización de la sociedad en castas, se mantuvo por 2 500 años, apenas ayer en la práctica y hasta hoy como resabio cultural persistente. Con la independencia se suponía que las castas, tras su prohibición en la Constitución de 1951, se encaminarían irre-

[13] *Cf.* C. A. Bayly, *Indian Society and the Making of the British Empire, The New Cambridge History of India* (vol. II. 1), Cambridge University Press, Londres, 2002, pp. 150-151; Thomas R. Metcalf, *Forging the Raj: Essays on British India in the Heyday of Empire,* Oxford University Press, Nueva Delhi, 2005, p. 95; y Shilpi Kapur y Sukkoo Kim, "British Colonial Institutions and Economic Development in India", Working Paper No. 12613, NBER, Cambridge, 2006.

versiblemente a su ocaso, pero no ha sido así. Las castas han mostrado una fecundidad adaptativa enraizada en el localismo político que rebrota con el renacimiento, desde la década de 1980, del nacionalismo hindú.[14] A pesar de un milenio de presencia musulmana en el subcontinente (antes con los mercaderes árabes que llegaron en el siglo VIII a las costas occidentales y después con el reino turco-afgano del sultanato de Delhi desde comienzos del siglo XIII y sucesivamente con los mogoles), las castas seguían siendo el sistema básico de organización social.[15]

Sin entrar siquiera en la enunciación de las principales vertientes del complejo cuerpo de creencias brahmánicas, limitémonos a señalar lo esencial: un orden cósmico que engloba ciclos de creación y destrucción y la idea de la reencarnación. La función del brahmán (sacerdote y poseedor del conocimiento) es justamente la de mantener dicho orden cósmico prescindiendo del tiempo, que es sólo el sueño de Brahama. La organización social es un entramado jerárquico donde cada casta ocupa un lugar y ejerce una función que se integra a un orden universal y eterno.[16] En este marco, la pieza central es la idea de *dharma,* o sea, el acatamiento, por parte de cada individuo perteneciente a un grupo endogámico, de las normas del mismo. El orden del mundo se mantiene a través de comportamientos acordes con el papel y la jerarquía fijados a cada casta. "El *dharma* del sánscrito clásico toma, ampliándola, la noción védica de *rta* […] De ello se desprende que toda acción conforme al *dharma* del que la realiza puede alcanzar una dignidad, una dimensión de sacrificio, puesto que es una contribución a la vida cósmica."[17]

La adecuación de cada individuo al sistema de obligaciones fijado desde tiempos lejanos será premiada o castigada. Las jerarquías sociales son así sancionadas por una creencia religiosa que asocia recompensas y castigos a la conformidad o desviación del orden social establecido. Un orden que esta-

[14] *Cf.* Sudipta Kaviraj, *The Imaginary Institution of India,* Columbia University Press, Nueva York, 2010, p. 227. Al margen, aun en el presente, las castas superiores tienen una representación desproporcionada en los puestos de mayor prestigio e ingreso en la sociedad india como registran J. Drèze y A. Sen, *op. cit.,* p. 267. Incluso un pensador tan libre y laico como Rabindranath Tagore sostenía asombrosamente que: "Los observadores occidentales no logran discernir que la India asumió el sistema de castas para resolver el problema racial evitando roces y ofreciendo al mismo tiempo a cada raza libertad en su seno", *Nacionalismo,* Taurus, México, 2012, p. 92.

[15] Stanley Wolpert, *A New History of India,* Oxford University Press, Nueva York, 1977/2004, pp. 108 y ss.

[16] Véase Ainslee T. Embree, "Indian Civilization and Regional Cultures: The Two Realities", en Paul Wallace (coord.), *Region and Nation in India,* Oxford & IBH, Nueva Delhi, 1985, pp. 20-27. Justamente Embree señala: "El adjetivo 'brahmánico' no supone una ideología confinada a un grupo, sino más bien un conjunto de valores, ideas, conceptos, prácticas y mitos que surgen tanto de la tradición literaria como de las instituciones sociales. Un ejemplo moderno es el propio Gandhi, quien no era un brahman, lo cual no impedía que sus ideas estuvieran en la línea básica de la tradición brahmánica" (*ibid.,* p. 20).

[17] Charles Malamound, "La India brahamánica: Karma de los hombres, maya de los dioses", en François Chatelet (coord.), *Historia de las ideologías,* t. I, Premiá Editora, México, 1981, p. 59.

blece un sistema rígido de grupos endogámicos que sólo se relacionan entre sí y comparten formas de vestir, costumbres y nombres. El poder, como acto de constricción, resulta así interiorizado hasta que su "ausencia de visibilidad" lo convierte en una forma somatizada de autocontrol social; una *Microfísica del poder*.

El Mahatma Gandhi, líder espiritual de la independencia india, gracias al cual el Partido del Congreso se convirtió de una organización de élites en un gigantesco movimiento de masas desde la década de 1920, consideraba la intocabilidad (la parte más extrema y discriminatoria del sistema de castas) como una "excrecencia podrida" del hinduismo y describía, con profundo desconsuelo, una asamblea del Congreso en 1901 en Calcuta, en la que los intocables tenían una cocina separada de los otros delegados y registraba cómo varios de ellos hicieron sus necesidades fisiológicas en los corredores del lugar sin que pudiera encontrarse a nadie dispuesto a asumir la tarea de la limpieza.[18]

Reinhard Bendix señala: "En la historia de la India no hubo la herencia de un principio abstracto de justicia o de un orden político soberano a los cuales los distintos estados y las comunidades locales pudieran integrarse a través de un sistema de representación".[19]

A lo largo de más de dos milenios, el hinduismo resultó ser un instrumento (al mismo tiempo de cohesión y de división social) extraordinariamente eficaz para mantener estructuras sociales rígidas a pesar de cambios políticos abruptos que afectaban las cumbres del país. Los vientos que movían, hacían y deshacían las nubes parecían incapaces de modificar la vida de los hombres y sus prácticas colectivas, algunos metros más abajo.

Volvamos a los efectos económicos del dominio inglés sobre la India, un tema que por largo tiempo ha sido objeto de polémicas y debates. Los efectos positivos tal vez puedan agruparse en tres categorías: la introducción de un sistema judicial unificado con normas iguales para todos (al menos en teoría) y sin privilegios de casta, la consolidación de un aparato administrativo de gran eficiencia y, por último, el ferrocarril como instrumento de conectividad nacional. Sin embargo, y sin menospreciar los efectos positivos de estos aportes, las otras características de la presencia inglesa en la India difícilmente podrían exigir para sí una valoración favorable.

Desde el punto de vista agrario, las cosas comenzaron con una aguda presión sobre el ya precario nivel de vida campesino. Hasta 1765, último año en que la recaudación de impuestos rurales en Bengala estuvo bajo el control de los antiguos agentes mogoles, el ingreso correspondiente fue de 818 000 libras. Al año siguiente, primero de la nueva administración de la Compañía, el in-

[18] M. Gandhi, *Autobiografía,* Solar, Bogotá, 2006, pp. 155 y 239-241.

[19] Reinhard Bendix, *Nation-Building and Citizenship: Studies of Our Changing Social Order,* University of California Press, Berkeley/Los Ángeles, 1977, p. 275.

greso rebotó a casi un millón y medio de libras. Y cuando se aprobó el Permanent Settlement en 1793, la recaudación ya era superior a los tres millones,[20] cuatro veces más entradas fiscales que las obtenidas de la agricultura en menos de tres décadas. Esto da una medida de la presión inglesa sobre una agricultura comunitaria que seguía aplicando las mismas técnicas productivas ancestrales y que ya se encontraba en condiciones de subsistencia precaria durante la administración fiscal mogol. Esta presión se extendió, a lo largo de décadas, a zonas cada vez más amplias bajo control inglés.

Con el Permanent Settlement, para empeorar las cosas, el control administrativo de los *zamindari* sobre el campesinado se hizo aún más estricto gracias a su transformación en grandes terratenientes interesados, en beneficio propio y de los ingleses (primero la Compañía y después la corona), en obtener de sus campesinos todo lo que pudieran hasta el límite de sus posibilidades. El sistema *zamindar* fue, en la mejor de las hipótesis acerca de las intenciones inglesas originarias, un intento fallido de modernización agraria. Como decía Basham, sus beneficiarios fueron un grupo social leal al poder central pero no un grupo progresista. Observando la agricultura india a más de dos siglos del Permanent Settlement, dos estudiosos llegan a la conclusión de que las zonas donde el sistema fue introducido (sobre todo en el noreste del país) siguen siendo las más atrasadas, a diferencia de las zonas donde los impuestos se cobraban directamente a pequeños y medianos propietarios.[21] Ahí comenzó el endeudamiento crónico del campesinado que aún hoy es una lacra del mundo rural indio y causa de numerosos suicidios campesinos. Endeudamiento, extensión de la usura, concentración de las tierras y consolidación de grandes intereses agrarios que terminaron por convertirse en intereses políticos locales: éstas fueron algunas de las consecuencias a largo plazo de la presencia inglesa en la agricultura india. No asombra, por consiguiente, que Angus Maddison llegue a formular la hipótesis de que la producción agrícola per cápita al final del dominio inglés no fuese probablemente superior respecto al periodo mogol.[22]

Los efectos en la economía no agrícola tampoco fueron mejores y han sido descritos a menudo en términos de "desindustrialización". El dominio inglés sobre la India supuso el debilitamiento de las antiguas clases dominantes del país cuya demanda había alimentado una extendida actividad artesanal y manufacturera concentrada principalmente en productos de lujo. El segundo golpe vendría después, con el desmantelamiento de toda protección

[20] Véase R. Palme Dutt, *India Today and Tomorrow,* People's Publishing House, Nueva Delhi, 1955, p. 79.

[21] Abhijit Banerjee y Lakshmi Iyer, "History, Institutions, and Economic Performance: The Legacy of Colonial Land Tenure Systems in India", *The American Economic Review,* vol. 95, núm. 4, 2005, p. 1 190.

[22] Angus Maddison, *Class Structure and Economic Growth: India and Pakistan since the Moghuls,* W. W. Norton, Nueva York, 1971, pp. 27 y 52.

arancelaria, lo que permitió a las empresas inglesas contar con un gran mercado cautivo, especialmente en los artículos de algodón. Entre 1780 y 1850, las exportaciones inglesas a la India pasaron de 386 000 a más de ocho millones de libras. "Esta revolución no solamente destruyó los antiguos pueblos manufactureros, obligando a sus habitantes a dirigirse hacia aldeas rurales ya sobrepobladas, sino que destruyó también el balance de la vida económica de las aldeas."[23]

Se ha dicho que la desindustrialización no fue producto del Raj británico, sino de la revolución industrial, que, al producir bienes a costos invenciblemente competitivos respecto a los procesos productivos artesanales o semiartesanales prevalecientes en la India, puso a los productos de este país en una situación económica indefendible.[24] Naturalmente hay una dosis de verdad en esta afirmación; sin embargo, la apertura comercial indiscriminada impuesta por las autoridades inglesas, la consolidación de estructuras agrarias premodernas incapaces de producir estímulos sensibles a las actividades manufactureras y la permanente transferencia de riquezas y ahorros de India a Inglaterra difícilmente podrían explicarse en los términos del argumento "competitividad internacional". Little sostiene que es posible "imaginar fácilmente un patrón de crecimiento con 'desindustrialización' del que pronto se beneficiarían casi todos".[25] Argumento asombroso, considerando que ningún país entre aquellos que hoy pertenecen al club de la aristocracia económica mundial conoció en la fase de consolidación de sus estructuras económicas modernas un patrón de crecimiento de este tipo. Más que a la historia real, ese "patrón de crecimiento" pertenece a una tradición decimonónica inglesa que consistía en proponer a los países preindustriales estrategias económicas que pudieran convivir a escala mundial con las necesidades de crecimiento de la industria de la Gran Bretaña. Retrospectivamente, Little parece mirar a la India en una forma no muy distinta a la que Ricardo y Cobden miraban a Portugal.

Entre 1750 y 1950, el ingreso per cápita de la India se mantuvo aproximadamente al mismo nivel.[26] O sea, dos siglos sin cambios. Además, mientras la población crecía 9% entre 1892 y 1920, el área agrícola destinada a cosechas alimentarias sólo crecía 7% y el área destinada a cosechas no alimentarias aumentaba 43%. ¿Cómo no asombrarse de que entre 1875 y 1900, cuando la población oscilaba entre 256 y 285 millones, se registraran en la India cerca de 15 millones de muertos por hambre?[27]

[23] R. Palme Dutt, *op. cit.,* p. 37.

[24] Ian M. D. Little, "La industrialización india antes de 1945", en Mark Gersovitz *et al.* (comps.), *Teoría y experiencia del desarrollo económico,* FCE, México, 1985, p. 429.

[25] *Ibid.,* p. 428n.

[26] Según estimaciones de A. Maddison, *Class…, op. cit.,* p. 18n.

[27] R. Palme Dutt, *op. cit.,* pp. 50 y 73.

En una serie de artículos publicados en el *New York Daily Tribune* a mediados de 1853, Karl Marx escribía:

> Inglaterra tiene que cumplir en la India una doble misión: destructora por un lado y regeneradora por otro. Tiene que destruir la vieja sociedad asiática y sentar las bases materiales de la sociedad occidental en Asia […] Los británicos destruyeron la civilización hindú al deshacer las comunidades nativas, al arruinar por completo la industria indígena y al nivelar todo lo grande y elevado de la sociedad nativa. Las páginas de la historia de la dominación inglesa en la India apenas ofrecen algo más que destrucciones. Tras los montones de ruinas a duras penas puede distinguirse su obra regeneradora. Y, sin embargo, esa obra ha comenzado.[28]

Marx ligaba esa "obra regeneradora" a los efectos del desarrollo industrial, asociados a su vez con la difusión del ferrocarril.

Más de siglo y medio después de que estas palabras fueran escritas surge la duda de que su autor hiciera excesivo hincapié tanto en la capacidad destructora como en la capacidad regeneradora de los ingleses. En lo que concierne al primer aspecto, el Raj británico modificó sobre todo la cúspide de la organización sociopolítica. Sin embargo, las prácticas de vida y las relaciones de poder, sobre todo en miles y miles de comunidades rurales, apenas resultaron modificadas a lo largo de siglos de dominación colonial. Con razón John Strachey (el antiguo teórico del laborismo inglés, uno de cuyos antepasados, por cierto, había sido secretario de William Clive) señalaba: "La crítica real que debe hacerse de la intervención inglesa en la India es la de que *no* alteró efectivamente el estancamiento de la sociedad asiática: la India rural permanece hasta nuestros días, en gran medida, igual que antes".[29]

El punto de vista indio, si así puede decirse, sobre estos temas es muy segmentado. Dos ejemplos en el contexto de una misma autora. Por un lado se registra el conflicto de intereses entre las empresas inglesas en la India que contrastan las aperturas políticas de la administración colonial (el Indian Civil Service) después de la primera Guerra Mundial para asegurar una gobernabilidad más fluida. Aquí la potencia colonial comienza a cuartearse entre una élite económica que quiere impedir el desarrollo de iniciativas autóctonas que puedan reducir sus privilegios y una élite política que comienza a vislumbrar la inevitable independencia.[30] Por otra parte, la misma autora, en lo que parece un exceso nacionalista, llega a sostener que la presencia colonial inglesa en el subcontinente detuvo los impulsos internos de cambio y

[28] K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. I, Progreso, Moscú, 1977, p. 333.

[29] John Strachey, *El fin del imperio,* FCE, México, 1962, p. 57.

[30] *Cf.* Maria Misra, *Business, Race, and Politics in British India (c. 1850-1960),* Clarendon Press, Oxford, 1999, pp. 162 y ss.

renovación del Imperio mogol y, ya entrada en el envite patriótico, llega incluso a negar que la aparición aria en la India del segundo milenio a. C. representara un factor de discontinuidad respecto a la previa civilización del Indo.[31]

Una fallida transformación agraria

Pocos países en el mundo han experimentado una profusión tan generosa de palabras acerca de una reforma agraria incumplida. En el momento de la independencia india, tres de cada cuatro habitantes vivían en el campo y obtenían de ahí sus medios de subsistencia. Pero la agricultura no era solamente el sector preponderante en la vida de la gran mayoría de la población, también era el fulcro de relaciones sociales y de poder, y de prácticas de vida cuyo tradicionalismo había congelado por siglos las energías productivas y culturales del subcontinente. Romper inercias arraigadas, introducir nuevas técnicas, construir relaciones inéditas entre las autoridades del Estado y el mundo rural y acelerar la superación de modalidades vetustas de relaciones sociales y productivas: éstas eran las tareas que el país requería acometer para abrir las puertas a nuevos comportamientos económicos ante retos como la desnutrición, la fragmentación social y la marginación de millones de individuos.

El cambio rural se imponía también por otras razones: el país, dotado de escasa capacidad de autofinanciamiento (una vez agotadas las reservas acumuladas durante la segunda Guerra Mundial), necesitaba activar desde la agricultura un nuevo flujo de ahorros que pudiera aplicarse a la modernización del campo y al desarrollo infraestructural (energía eléctrica, carreteras, ferrocarriles, telégrafos), a las industrias básicas (minas, siderurgia) y a tareas sociales como educación primaria y técnica, asistencia médica, etc. Poco hubiera podido hacerse en estos terrenos sin un brusco incremento en la capacidad de generar ahorros de parte de la mayoría de la población rural. A inicios de la década de 1950, el porcentaje del ahorro en el total de los ingresos rurales estaba apenas por arriba de 2%;[32] un nivel que, evidentemente, ni permitía algún flujo significativo de inversiones agrícolas ni, mucho menos, podía realizar un aporte positivo al financiamiento del desarrollo en el resto de la econo-

[31] M. Misra, "Lessons of Empire: Britain and India", *SAIS Review,* vol. 23, núm. 2, 2003, pp. 134 y 145. Un punto de vista, este último, en plena consonancia con el nacionalismo hinduista para el cual sólo existe una India hindú que nace, a pesar de la evidencia, en el tercer milenio a. C. en el valle del Indo. Véase la crítica a esta visión en Amartya Sen, *India contemporánea: Entre la modernidad y la tradición,* Gedisa, Barcelona, 2007, pp. 94 y ss. Al margen, y en otro contexto (el mesoamericano), la idea de la conquista colonial que interrumpe un supuesto camino autóctono hacia el capitalismo ha sido formulada por Miguel León-Portilla, *Toltecáyotl: Aspectos de la cultura náhuatl,* FCE, México, 1980, p. 341.

[32] Véase R. Krishna y G. S. Raychaudhuri, "Trends in Rural Savings and Capital Formation in India: 1950-1951 to 1973-1974", *Economic Development and Cultural Change,* vol. 30, núm. 2, 1982, p. 273.

mía. El fuerte incremento del ahorro demandaba una transformación clara de las estructuras agrarias.

A pesar de esto, una de las primeras decisiones que el nuevo gobierno independiente tomó en materia agraria fue la de delegar a los gobiernos estatales las decisiones relativas a la tenencia de la tierra y las normas fiscales. Así, los poderosos intereses establecidos a nivel local pudieron ejercer la presión necesaria para evitar que las autoridades locales tomaran en serio su obligación de promover profundas transformaciones en el campo, sin considerar que, en muchos casos, dichas autoridades y los mayores intereses agrarios establecidos coincidían en las mismas personas. Desde el centro político comenzaron a emitirse *guidelines* que, o no eran respetados localmente, o eran suficientemente vagos para permitir su inobservancia sin peligro de caer en conductas explícitamente ilícitas por parte de los gobiernos estatales. Hay que tomar en cuenta dos aspectos básicos. El primero es que el gobierno de Nehru constituía una coalición social con fuerte representación (o influencia) de grandes industriales y notables locales.[33] Afectar a este último grupo social habría implicado comprometer, en contra del Partido del Congreso, el vivero de votos locales que éstos controlaban.[34] El segundo, era la opción entonces prevaleciente (y no sólo en la India) a favor de las inversiones en la industria de los bienes de capital como motor del desarrollo. En palabras del antiguo jefe de corresponsales del *Financial Times* en Nueva Delhi: "En el momento de su independencia, la India era un país desesperadamente necesitado de una reforma de la tierra a escala rural […] pero lo que obtuvo en su lugar fueron fábricas siderúrgicas públicas y fundidoras de aluminio".[35]

La cosecha récord de 1954 dio a las autoridades indias la impresión de que el asunto agrario se encaminaba en una dirección positiva sin necesitar una mayor intervención pública, lo que explica en parte la disminución relativa del gasto público en agricultura en el segundo plan económico que comenzó en 1956. En aquel periodo, como ha sido oportunamente recordado, invertir en bienes de consumo o en agricultura era considerada una opción de escasa audacia y, en la sustancia, de derechas.[36]

A nivel central, la decisión agraria más importante fue de naturaleza fiscal: la abolición del *zamindar* como recaudador de impuestos —aunque, como terrateniente, su poder económico local quedó sustancialmente intacto—.[37]

[33] Véase S. Bose, *op. cit.*, p. 15.

[34] *Cf.* Max-Jean Zins, *Inde: Un destin démocratique,* La documentation française, París, 1999, p. 109.

[35] Edward Luce, *In Spite of the Gods: The Strange Rise of Modern India,* Doubleday, Nueva York, 2007, p. 27.

[36] Meghnad Desai, *The Rediscovery of India,* Bloomsbury Academic, Londres, 2011, p. 326.

[37] F. Tomasson Jannuzi, "Land Systems, Economic Growth and Social Justice: The Permanent Settlement Region", en P. Wallace (coord.), *Region and Nation in India,* Oxford & IBH, Nueva Delhi, 1985.

Además de la exención fiscal de la agricultura, que si acaso beneficiaba marginalmente a los campesinos pobres (la inmensa mayoría), otorgaba un beneficio sustantivo a los grandes propietarios. En los diferentes estados de la Unión, donde se establecieron límites a la extensión máxima de las propiedades, a menudo absentistas, éstos fueron (y siguen siendo) violados por medio de subterfugios legales y semilegales cobijados por autoridades complacientes. Resultado: durante las décadas de 1950 y 1960 sólo 0.3% de la superficie cultivable del país fue redistribuida por exceso de las propiedades más allá de los límites legales permitidos, o sea, 1.1 millones de acres. Suponiendo una extensión de cuatro acres para las nuevas propiedades campesinas, podemos estimar que en dos décadas de "reforma agraria" se beneficiaron de 250 000 a 300 000 familias; a lo largo de un periodo en el que la población rural (cuya mayor parte estaba constituida por campesinos sin tierra o con minúsculas propiedades) oscilaba entre 253 millones y 375 millones de personas. Los cimientos estructurales de la pobreza rural se mantuvieron intactos, conservando condiciones técnico-sociales que representaron en las décadas posteriores uno de los obstáculos al desarrollo, y no sólo económico, del país. El escenario quedaba sustancialmente así: minúsculos propietarios operaban en niveles de autoconsumo precario y exprimidos por usureros, prestamistas y acaparadores locales; los aparceros transferían gran parte de su producción a propietarios absentistas escasamente interesados en impulsar mejoras agrícolas permanentes; los arrendatarios trabajaban en condiciones de inseguridad en cuanto a sus derechos de ocupación y, por consiguiente, no tenían estímulos en realizar mejoras permanentes en la tierra. No es difícil imaginar que, renunciando a modificar estos cimientos agrarios, los gobiernos desistían de la posibilidad de reorganizar las bases de la vida social y económica que podrían abrir nuevas condiciones de desarrollo.

Los resultados productivos fueron claramente desalentadores. A lo largo de más de tres décadas, entre 1951 y 1985, la producción per cápita de granos alimenticios sólo registró una tasa media anual de crecimiento de 0.5%. Si comparamos el producto agrícola per cápita de 1985 con el de 1951, el incremento en 35 años fue de apenas 7%, mientras el producto per cápita no agrícola aumentó 136.7%. Además, hasta mediados de la década de 1970, los salarios reales de los trabajadores rurales se mantenían por debajo del nivel registrado a mediados de la de 1950 en la mayoría de los grandes estados de la Unión.[38] A escala nacional, los salarios rurales experimentaron un repunte en la década de 1980 y desde entonces un virtual estancamiento hasta después de la Ley Nacional de Garantía del Empleo Rural aprobada en 2005

[38] Véase A. Jose, "Agricultural Wages in India", *Economic and Political Weekly,* vol. XXIII, núm. 26, 1988, p. A-55, del suplemento dedicado a temas agrarios; y M. Dandekar, "Indian Economy since Independence", *Economic and Political Weekly,* XXIII, núms. 1-2, 1988, p. 50.

(NREGA, por sus siglas en inglés) de trabajos agrícolas garantizados por el Estado durante un cierto número de semanas al año.

En una economía fundamentalmente rural, tanto el escaso crecimiento de la producción agrícola per cápita, como el débil o nulo incremento de los salarios rurales, no pudieron sino mantener por décadas una situación de muy escaso estímulo de la demanda en la mayor parte de la población india hacia las incipientes actividades manufactureras, sin considerar el bajo incremento de los ingresos per cápita en el campo, lo que trabó la formación de los ahorros que la expansión de la economía requería.

Hay cuando menos tres razones para suponer que un cambio profundo en las estructuras agrarias después de la independencia podría haber tenido efectos positivos de orden global sobre el desarrollo y la capacidad de integración de la economía india. La primera concierne al monto de producción agrícola, la segunda, al empleo rural y la tercera, al volumen de ahorro. Un rasgo de las pequeñas unidades productivas en la India es, desde la década de 1950, que su productividad por hectárea resulta normalmente superior a la de las grandes propiedades. Este dato se mantiene incluso siete décadas después. En casi todos los estados del país, las empresas pequeñas (que, junto con las marginales, representaban 84% del total según el censo de 2006) registran un producto por hectárea casi doble respecto a las grandes.[39] Las pequeñas unidades garantizan mayores niveles de empleo por unidad de superficie cultivada, además de un perfil de costos favorable respecto a las grandes empresas.[40] Esto resulta obviamente ventajoso en un país con un exceso de mano de obra y baja dotación de capital.

De haberse llevado a cabo, entre fines de la década de 1940 y comienzos de la de 1950, una reforma agraria orientada al fortalecimiento de las pequeñas propiedades, el desarrollo de experiencias cooperativas, la eliminación de las grandes propiedades y de la propiedad absentista, además de la introducción de contratos agrarios capaces de garantizar mínimos de ocupación suficientemente prolongados para favorecer inversiones de largo plazo de parte de los arrendatarios, los desarrollos posteriores hubieran sido probablemente muy distintos de lo que fueron.[41]

A propósito del ahorro, un estudio de las relaciones entre tasas de crecimiento del ingreso y ahorro rurales per cápita mostraba, con respecto al periodo 1952-1974, que el aumento de un punto porcentual en el ingreso habría

[39] Mahendra Dev, Srijit Mishra y Vijay Laxmi Pandey, "Agriculture in India: Performance, Challenges, and Opportunities", en Ashima Goyal, *The Oxford Handbook of the Indian Economy in the 21st Century,* Oxford University Press, Nueva Delhi, 2014, p. 650.

[40] B. N. Verma y D. W. Bromley, "The Political Economy of Farm Size in India: The Elusive Quest", *Economic Development and Cultural Change,* vol. XXXV, núm. 4, 1987, pp. 794-795.

[41] Acerca del desarrollo de experiencias cooperativas véase el caso de las empresas azucareras en Maharashtra en B. S. Baviskar y D. W. Attwood, *Inside-Outside: Two Views of Social Change in Rural India,* SAGE Publications, Nueva Delhi, 2014, pp. 344-359.

inducido un incremento de casi cuatro veces en los ahorros.[42] Es decir, el ahorro tiende a incrementarse a ritmos muy elevados cuando los ingresos del campo, encontrándose a niveles bajos, van escalando hacia niveles mayores. Teniendo en cuenta los muy bajos puntos de partida de la agricultura india en lo que concierne a los ingresos rurales medios, sobre todo en la década de 1950, un cambio en la tenencia de la tierra habría tenido efectos positivos sobre los volúmenes globales de ahorro a partir del incremento de los ingresos de las familias campesinas.

Pero esto no sucedió y a partir de entonces la India arrastraría un problema de escasa integración económica y social de la agricultura, escasa generación de ahorros y débil aporte dinámico al desarrollo de las otras actividades económicas. Una situación agudizada en gran parte por los productores pequeños y marginales dada la escasez de crédito, la deficiente infraestructura en comunicación y la presencia parasitaria de acaparadores-intermediarios. Y cuando los productores se orientaron hacia cultivos comerciales (como el algodón Bt) se encontraron indefensos frente a la caída de los precios internacionales —como ocurrió después de 2007 con deudas impagables y una nueva oleada de suicidios entre los productores agrícolas—. En el largo plazo, pobreza y tasa de natalidad entraron en un circuito rural de retroalimentación que llevó la extensión media de las propiedades de 2.3 hectáreas en 1970 a 1.2 hectáreas en 2006 colocando así a las pequeñas empresas en la frontera de una subsistencia precaria. En los inicios del siglo XXI, 80% de las familias rurales controlaba apenas 41% de la tierra disponible.[43]

En la década de 1980, la debilidad rural siguió no obstante los éxitos productivos de la revolución verde. Entre 1980 y 1989, la tasa media anual de crecimiento de la producción agrícola se situó en 2.9% frente a una tasa media anual de crecimiento de la manufactura de 7.3%. Un economista indio anotaba: "La caída en la cuota representada por la agricultura en el producto interno neto en la década de 1980 es un claro reflejo de los pobres resultados de la agricultura, lo cual en ningún sentido puede ser considerado como indicador de una transformación estructural saludable".[44]

Y lo mismo puede decirse de las décadas posteriores, cuando el crecimiento agrícola se acercó a 3% anual. La renuncia a la reforma agraria supuso un costo elevado: las antiguas realidades socialmente injustas, opresivas y económicamente rígidas que habían dominado por siglos el campo pudieron, después de la independencia, comprar el tiempo necesario para modificar algunas de sus formas más intolerables alimentando otras como, por ejemplo, la intermediación y la usura local, la organización de cuerpos de policía ligados

[42] R. Krishna y G. S. Raychaudhuri, *op. cit.,* p. 277.

[43] M. Dev, S. Mishra y V. L. Pandey, *op. cit.*

[44] C. T. Kurien, "Indian Economy in the 1980s and on to the 1990s", *Economic and Political Weekly,* vol. XXIV, núm. 15, 1989, p. 788.

a los notables locales y el control de la política y la burocracia regional. Tras la independencia, las leyes que abolían jurídicamente las figuras del *zamindar* o del *harijan* (los descastados intocables) no podían ser suficientes para modificar arraigadas realidades económicas y culturales. Así que no obstante leyes, decretos y reglamentos, subsistieron más de 100 castas sólo en el estado de Bihar y, a pesar de los límites máximos a la propiedad de la tierra (fijados en alrededor de 50 acres), aún hasta hace pocos años, los 41 mayores terratenientes de este estado controlaban más de 1 000 acres cada uno, y algunos de ellos más de 10 000.[45] Alrededor de este tipo de intereses económicos, en gran parte del país se conservó el poder corruptivo de los terratenientes hacia las autoridades políticas locales, su capacidad para financiar bandas armadas y su función como centros organizadores de una estructura social agudamente fragmentada.

Mientras el Estado indio miraba el desarrollo industrial como la llave maestra para arrastrar al campo hacia la modernización, los campesinos, en espera de que el *trickle-down* los alcanzara, quedaron prisioneros de lo que un observador de la realidad rural india calificaba como *unholy trinity:* terratenientes, usureros y acaparadores;[46] a menudo, por cierto, reunidos en una sola persona. Aunque bajo la guía de Nehru se proclamara el propósito de encaminar al país hacia una "sociedad de tipo socialista", quedaba en evidencia la incapacidad para realizar una transformación del régimen de propiedad de la tierra con la profundidad que en la segunda posguerra alcanzaron los gobiernos de Japón, Taiwán y Corea del Sur, que ni por asomo seguían modelos económicos socialistas.[47] Antes el cambio rural y después los cambios en política comercial e industrial. Habrá que reconocer que los compañeros de Nehru alimentaron por décadas un radicalismo anticolonial que, sin embargo, no tenía un correspondiente reformador: curioso contraste entre radicalismo político y conservadurismo social.

Con el segundo Plan Quinquenal, en 1956, se inauguró una estrategia de industrialización acelerada y el peso de la agricultura en el gasto del gobierno bajó de manera significativa. Mientras en el primer Plan Quinquenal (1951-1956) éste representaba 31.4% del gasto público, durante el segundo Plan Quinquenal (1956-1961) quedó reducido a 19.7%.[48] Las opciones fundamen-

[45] Nirmal Sengupta, "Agrarian Movements in Bihar", *The Journal of Peasant Studies,* vol. 9, núm. 3, 1982, p. 25.

[46] Theodore Bergmann, *The Development Models of India, the Soviet Union and China: Comparative Analysis,* Van Gorcum, Ámsterdam, 1977, p. 27.

[47] Acerca de las reformas agrarias de Japón y Taiwán en los años posteriores a la segunda Guerra Mundial, véase B. F. Johnston y P. Kilby, *Agriculture and Structural Transformation: Economic Strategy in Late-Developing Countries,* Oxford University Press, Nueva York, 1975, pp. 218-233 y 242-257.

[48] Planning Commission, *Second Five Year Plan,* Gobierno de la India, Nueva Delhi, 1956, pp. 51-52.

tales eran obvias desde el principio. Pero, además de la visión *soviética* (después de un largo ciclo colonial era natural que los dirigentes indios estuvieran poco inclinados a repetir esquemas de desarrollo semejante a los de Occidente), que desde tiempos de Stalin acentuaba la idea de una industrialización acelerada con postergación de los bienes de consumo y de la agricultura, una buena cosecha en 1954 produjo la ilusión de que la cuestión rural podía estar en camino de resolución prescindiendo del cuidado del gobierno.[49]

Sin el despertar de las fuerzas sociales y económicas tradicionalmente congeladas en un inmenso archipiélago compuesto por más de 500 000 aldeas, la India renunciaría a una masa crítica esencial para salir de su antigua postración. Los primeros esfuerzos hacia el desarrollo comunitario comenzaron desde 1947 en algunos distritos del estado norteño de Uttar Pradesh. Durante estas primeras experiencias se establecieron tres niveles: el *panchayat* o consejo de aldea nombrado por los mismos habitantes, el *samiti* o consejo de bloque (agrupación con cierto número de *panchayat*) y el *parishad* o consejo de distrito. Generalmente, se denomina *panchayat* a todo este sistema en sus tres niveles. Los objetivos eran activar la participación de los aldeanos y permitir que, a través de la formulación de objetivos expresados como compromisos locales, pudiera establecerse un empalme entre la planificación nacional y el desarrollo local.

Durante su intervención en la Conferencia de Proyectos Comunitarios en Nueva Delhi, el 7 de mayo de 1952, el primer ministro J. Nehru, con su acostumbrada claridad y vehemencia, decía:

> Si actuamos demasiado desde arriba, sin cimientos adecuados y sin una relación íntima con las bases, difícilmente podremos obtener grandes resultados […] La casa puede ser buena, pero el constructor de la casa es lo más importante […] Ahora bien, las jerarquías oficiales son, supongo, necesarias. Pero por buenas que sean, tienen una influencia fatal sobre todo aquello que es espontáneo y vital. Los proyectos comunitarios nunca crecerán si los impulsamos de esta manera. Hay que pensar siempre en los factores de espontaneidad.[50]

Habría sido arduo formularse mejor la idea de construir una nueva India activando las capacidades creativas ("el constructor de la casa es más importante que la casa misma") de millones de individuos en aldeas y pueblos rurales a lo ancho del país. Y sin embargo, las intenciones quedaron en eso y salvo pocas excepciones la realidad siguió otro rumbo. La gran mayoría de los representantes locales provenía de las altas esferas económicas y de las castas superiores.

[49] Véase M. Desai, *op. cit.,* p. 324.

[50] Jawaharlal Nehru, *Speeches: 1949-1953,* The Publications Division/Government of India, Nueva Delhi, 1957, pp. 83 y 88.

> Un funcionario extensionista (del gobierno estatal) o un operador a nivel de la aldea acude anualmente al Gaon Sabha o reunión de todos los miembros de una comunidad aldeana. Presenta los programas en los cuales están interesados los departamentos de desarrollo, explica sus méritos y por medio de una mezcla de persuasión, parloteo, sonrisas y fruncir de ceño induce a la concurrencia a apoyar resoluciones que aprueben los objetivos fijados por los programas departamentales. Después escribe las resoluciones en un pedazo de papel y pide a los miembros del *panchayat* que pongan sus firmas o huellas digitales, pero no deja copia de las resoluciones. Después de esto a los pobladores sólo les queda un vago recuerdo de aquello con lo que estuvieron de acuerdo —y ninguna intención de cumplir las metas del plan—. Mientras estos rápidos procedimientos cumplen con la letra de la ley, difícilmente reflejan el espíritu que animó la creación de los *panchayat*.[51]

Así, el ritual exorciza la participación tanto como inhibe la eficacia. El informe final del Comité Gubernamental Ashok Mehta, que en 1977 fue encargado de estudiar el desempeño de los *panchayat* en distintas partes del país, no podía presentar una imagen más desconsoladora de la situación: "Una mirada general al escenario nacional indica que las actividades de los *panchayat* fueron pobres, sus recursos disponibles débiles, y la atención general que merecieron mezquina […] Los *panchayat* están dominados por sectores económicamente privilegiados y han favorecido el surgimiento de fuerzas oligárquicas desinteresadas en apoyar a los sectores más débiles".[52]

Dos décadas después, a partir de 1996, en el estado sureño de Kerala (en cuyo gobierno se han alternado por décadas el Partido del Congreso y el Partido Comunista) comenzó un ambicioso proyecto de revitalización del *panchayat* como instrumento de democracia participativa a través de decisiones plurales a escala local sobre uso del presupuesto. Se trataba de dar transparencia a las decisiones públicas, de reducir los espacios a la corrupción y, finalmente, de acercar las instituciones a la sociedad. Una nueva experiencia inserta en un largo camino de reconstrucción del Estado que viene de la reforma agraria de 1969. Apuntemos al margen que ésta se limitará al reparto de la tierra sin una política económica capaz de sostener en el largo plazo las nuevas unidades productivas. El inédito intento reformador ocurre, como se ha dicho, con la política de descentralización que desde fines del siglo pasado puso al *panchayat* al centro de sus intereses para convertirlo en asamblea aldeana con la tarea de favorecer una red de planeación descentralizada. Sin embargo, a pesar de la seriedad del proyecto y del esfuerzo institucional, a más de una década del inicio de este intento de revitalización del *panchayat*,

[51] Walter C. Neale, "Indian Community Development, Local Government, Local Planning, and Rural Policy since 1950", *Economic Development and Cultural Change,* vol. 33, núm. 4, 1985, pp. 680-681.

[52] Esta cita del Ashok Mehta Committee se encuentra en V. R. Krishna Iyer, "Panchayati Perestroika?", *Economic and Political Weekly,* vol. XXIV, núm. 37, 1989, p. 2052.

sus responsables reconocieron, en 2009, los escasos resultados positivos por la exigua participación de los sectores más pobres de la población y la igualmente reducida disponibilidad de las asambleas para aprobar una mayor recaudación de impuestos destinada a ampliar el gasto público local.[53]

Volviendo al escenario nacional, el sistema del *panchayat* habría tenido probablemente mejores resultados de haber operado después de transformaciones agrarias a nivel local que no ocurrieron. Pero, pedir la participación de masas campesinas cuyas condiciones permanecían inalteradas era cuando menos ilusorio, si no hipócrita. Después de la muerte de Nehru en 1964, el escenario agrario cambió parcialmente a través de la revolución verde. Aunque la producción de granos alimenticios creció más rápidamente que la población entre 1950 y 1964, la diferencia no era suficiente para evitar graves problemas de abastecimiento en años de malas cosechas, lo que se mostró con gran fuerza en 1965-1967. La guerra contra Pakistán en 1965, que llevó a los Estados Unidos a suspender su ayuda a la India en materia de alimentos, forzó al país a dedicar mucho mayor cuidado a un problema que podía tener repercusiones graves sobre su propia soberanía.

En este entramado de condiciones nacionales e internacionales, la revolución verde terminó por dar un nuevo giro a la política agraria del gobierno indio. Las ideas básicas eran las siguientes: el incremento de la producción requería que el gobierno se dedicara a apoyar zonas selectas potencialmente capaces de garantizar avances significativos en los rendimientos y se debía apoyar a aquellos productores que dispusieran de tierras en cantidad suficiente para permitir el uso de técnicas agrícolas y comerciales modernas. Las claves de la revolución verde eran la difusión de nuevas variedades de semillas mejoradas (sobre todo de arroz y trigo), el uso sistemático de elevadas cantidades de fertilizantes, la ampliación del riego en las zonas seleccionadas y una política de precios agrícolas oficiales suficientemente elevados para estimular el incremento de la oferta.

La novedosa lectura gubernamental de la problemática agraria del país era que las deficiencias registradas en el pasado estaban asociadas a problemas técnicos (riego insuficiente, escasez de fertilizantes) y económicos (bajos precios de venta de los productos agrícolas), mientras el arcaísmo de las estructuras sociales y jurídicas era puesto entre paréntesis. Dicho de otra forma, con la revolución verde se buscaron salidas técnicas a problemas socioeconómicos cuya solución habría producido conflictos locales y nacionales que el gobierno no quería, o no podía, enfrentar. Las zonas seleccionadas para la nueva política eran relativamente restringidas: el trigo en Punyab, Haryana y el occidente de Uttar Pradesh, y el arroz en el delta de los ríos Godavari y

[53] Véase Gobierno de Kerala, *Report of the Committee for Evaluation of Decentralised Planning and Development,* KILA, Kerala, 2009, p. 25; *cf.* Ugo Pipitone, *Modernidad congelada: Un estudio de Oaxaca, Kerala y Sicilia,* CIDE, México, 2011, pp. 175-188.

Kavery. Sin embargo, el apoyo estatal a precios agrarios elevados tendría efectos estimulantes sobre espacios rurales más extendidos.[54] Aunque la revolución verde condujo a considerables incrementos productivos en las décadas posteriores (hasta el punto que actualmente la India está entre los primeros productores mundiales de arroz, trigo, papa, banano y leche vacuna), no contribuyó de manera significativa a revertir el principal factor del atraso agrícola en el país: la polarización y la segmentación del mundo rural. En 2013, la mitad de los casi 500 millones de trabajadores indios (empleados en agricultura) apenas aportaba 1/7 del PIB. Las imágenes son contrastantes. Según datos de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO, por sus siglas en inglés) todavía en 2015 existían en la India poco menos de 200 millones de personas desnutridas, aunque desde comienzos del nuevo siglo la producción de alimentos per cápita aumentó (en dólares constantes) de 150 a cerca de 185. Frente a este escenario, los gobiernos indios crearon, desaparecieron y volvieron a crear programas de alivio a la pobreza operantes sobre la base de las estructuras agrarias existentes sin tener los medios o la capacidad para realizar cambios significativos en las mismas. Estos programas fueron tradicionalmente golpeados por la corrupción sistémica. En la actualidad, poco menos de la mitad de las familias indias recibe alimentos subsidiados.

Decía Gunnar Myrdal:

> Las consecuencias políticas del rumbo de los acontecimientos de la posguerra son vastísimas. Los hechos indican que ha pasado el momento oportuno para una transformación radical de la estructura agraria. Quizá se hubieran podido efectuar cambios arrolladores en el contexto revolucionario de los años de la inmediata posguerra […] Pero las reformas fragmentarias que se han hecho han afianzado la posición política, social y económica de los estratos superiores de la sociedad rural, que dan a los gobiernos actuales un apoyo crucial.[55]

El deseo de evitar conflictos generalizados en el campo frente a instituciones aún jóvenes, el temor a perder el apoyo de los sectores sociales dominantes en diferentes estados y una excesiva confianza en el poder redentor de la industrialización, todo esto condujo a una endeble voluntad política de transformación agraria. Los problemas rurales quedaron así en una zona de sombra entre la retórica oficial y la debilidad de la acción política real. El legado de esta larga debilidad reformadora es que de 138 millones de propietarios en la India en 2013, dos terceras partes eran marginales y con una

[54] Acerca de los conflictos en el gobierno indio a propósito de la nueva política agraria, véase Sanjoy Banerjee, *Dominant Classes and the State in Development: Theory and the Case of India*, Westview Press, Boulder, 1984, pp. 81-96.

[55] Gunnar Myrdal, *La pobreza de las naciones,* Ariel, Barcelona, 1968/1974, p. 318.

superficie media de 0.4 hectáreas, y no asombra que el rendimiento medio por hectárea cultivada a cereales fuera de tres toneladas contra las seis de China.[56]

Una de las mayores transformaciones en el escenario rural indio de las últimas décadas ocurre a partir de 2005 con la aprobación parlamentaria del NREGA (hoy Mahatma Gandhi NREGA), la ley que garantiza a cada familia del campo cierto número de días de trabajo para la realización de labores de utilidad colectiva como excavación de tanques, limpieza de canales, conservación de suelos, etc. En 2011 este programa de empleo agrícola garantizado ocupó a cerca de 55 millones de personas (con 200 millones de dependientes familiares) por más de 40 días. Pero aquí también la corrupción encontró la forma de infiltrarse a pesar de medidas de prevención como la apertura de cuentas bancarias individuales para los beneficiarios. En un pueblo del norte del país se descubrió que sobre 200 000 tarjetahabientes cerca de una cuarta parte correspondía a nombres falsos.[57] Así que, además de acaparadores, funcionarios que esquilman sobre todo a los pequeños productores y deficiencia de crédito público, se añade la corrupción que afecta a programas públicos de apoyo al campo abstractamente bien diseñados. En la conclusión de este apartado se puede formular la hipótesis de que, en el largo plazo, un alto nivel de desarrollo económico es posible a condición de que el diferencial de crecimiento de la productividad entre economía rural y urbana no vaya más allá de ciertos límites. Si la industria crece aceleradamente frente a una agricultura que queda muy atrás, el propio crecimiento industrial, a partir de algún momento, dejará de ser sostenible. Una hipótesis que probablemente vale tanto en la comparación entre diversos estados en la India como entre diversos países a escala mundial.

Bienes de capital (1951-1991)

La industrialización india en las primeras décadas posteriores a la independencia muestra dos características centrales: la orientación hacia los bienes de capital (con un escaso interés en los bienes de consumo) y su débil generación de empleo, asociada al uso difundido de tecnologías de alta intensidad de capital. A estos rasgos hay que añadir un tercero: la función del Estado como agente central del desarrollo industrial. A comienzos de la década de 1980, en el grupo de las primeras 100 empresas de la India, 47 eran públicas y entre las primeras 25, sólo tres eran privadas (Tata Iron and Steel, Tata Engineering y Calcutta Electric Supply). Presentando el primer Plan Quinquenal (1951-1956), en su discurso frente al Parlamento, decía Nehru: "Estamos in-

[56] Véase OCDE, *OECD Economic Surveys: India 2017,* OECD Publishing, París, 2017, pp. 61 y 119.
[57] D. Hiro, *op. cit.,* p. 251.

tentando emparejarnos, tanto como podamos, con la revolución industrial que ocurrió mucho tiempo atrás en los países occidentales y que trajo grandes cambios en el curso de poco más de un siglo".[58]

Entre 1947 y 1956 se definieron las claves de la política industrial que regirán por más de tres décadas. Las etapas esenciales fueron el Import and Export (Control) Act de 1947 seguido del Import Trade Control Order de 1955; las Industrial Policy Resolution de 1948 y 1956 y el Industries (Development and Regulation) Act de 1956. La actividad industrial fue regulada mediante una política de licencias para producir e importar ciertos bienes, constituir una empresa, crear nuevas unidades productivas o ampliar las existentes. El control oficial de los precios de varios productos fue considerado estratégico para la marcha global de la economía (cemento, azúcar, acero, fertilizantes, etc.), como también el desarrollo acelerado del sector público sobre todo en grandes unidades productivas dentro de la industria pesada y, finalmente, la imposición de una extendida red de restricciones cuantitativas a las importaciones. El propósito subyacente a la política de licencias era evitar que los escasos recursos disponibles pudieran orientarse hacia iniciativas productivas de baja prioridad en función de la gran tarea del desarrollo económico nacional.

Otro momento decisivo de la política industrial ocurrió con la Industrial Policy Resolution de 1956, por medio de la cual se fijaban tres áreas económicas: la primera de "exclusiva responsabilidad del Estado",[59] la segunda con presencia mixta de empresas privadas y estatales y la tercera con dominio exclusivo de las empresas privadas. Pero 1956 fue importante también por otra razón: fue el año inaugural del segundo Plan Quinquenal. Bajo la inspiración de C. P. Mahalanobis, un físico, cultor del sánscrito, admirador de la experiencia soviética de planificación y jefe del influyente Instituto de Estadística de Calcuta, el segundo Plan Quinquenal (1956-1961) acentuó la opción en favor de la industria pesada, de las grandes unidades productivas y de las tecnologías intensivas en capital. El esquema teórico que sirvió de referencia general para justificar las grandes orientaciones del Plan fue elaborado por el mismo Mahalanobis. Este esquema, partiendo de una refiguración de la eco-

[58] J. Nehru, *op. cit.,* p. 93. En otro discurso, dicho exactamente dos años antes, en la reunión anual de la Indian Chemical Manufacturers Association (ICMA), Nehru había añadido, con toda claridad, otro elemento: en el camino de la industrialización rápida que el país necesita, las empresas privadas no pueden desempeñar un papel preponderante. Contestando al presidente de la ICMA, que defendía el papel central del mercado, Nehru señalaba: "Para ser honesto con ustedes, en este país la empresa privada no es suficientemente sabia. Puede serlo en tanto hace dinero, pero no lo es en la medida suficiente. No ve lo que está sucediendo a su alrededor. No ve los problemas de un mundo que está cambiando, y sólo puede vislumbrarlos en los términos de una época que murió y se ha ido" (p. 17).

[59] El texto del decreto incluía en esta categoría 17 ramas de actividad industrial entre las cuales estaban la industria de armamentos y siderúrgica, la energía atómica, los aceites minerales, el transporte aéreo, los ferrocarriles, los astilleros, la electricidad y los teléfonos.

nomía en dos sectores (uno productor de bienes de capital y otro de bienes de consumo) llegaba a la conclusión de que el ritmo de crecimiento de una economía depende fundamentalmente del porcentaje de inversiones destinado al sector de los bienes de capital.[60] En ese esquema quedaba al margen la vinculación dinámica entre agricultura e industria; el problema de la capacidad no utilizada (lo cual, por cierto, aquejaría en forma crónica a las empresas públicas productoras de bienes de capital); el vínculo entre expansión del mercado y productividad de las empresas; la disponibilidad de ahorros, etc. En la sustancia prevalecía una visión positivista-centralizada (¿saintsimoniana?) en que el consumo presente debilitaba el potencial futuro de crecimiento.

A partir del segundo Plan Quinquenal, la agricultura y los bienes de consumo popular quedaron explícitamente al margen de las prioridades. Según las estimaciones iniciales, más de 69% del gasto destinado a la industria y minería debía concentrarse en empresas medianas y grandes. Y así, el gasto destinado a este tipo de empresas creció 4.2 veces entre el primero y el segundo Plan Quinquenal, mientras que en el mismo lapso, el gasto hacia agricultura y desarrollo comunitario lo hizo en apenas 1.6 veces.[61] Las necesidades de consumo y de empleo de la gran mayoría de la población pasaban a un segundo nivel de atención.

El socialismo en versión india, sobre todo a partir del segundo Plan Quinquenal, adquirió algunas características propias. Si por un lado se acentuó el nacionalismo y el interés predominante en los bienes de capital, por el otro, se desplegó una política de apoyo a las grandes empresas nacionales (de las familias Tata, Modi y Birla) renunciando a las primeras ideas de una más estricta política fiscal como habían sido formuladas por el economista anglohúngaro Nicholas Kaldor. El ministro de Finanzas que sostuvo estas propuestas finalmente fue forzado a renunciar a su cargo. Y ése es el costo que Nehru debió aceptar para obtener el consenso de los grupos industriales de su país y especialmente de los industriales de Bombai.[62] El puesto de ministro de Finanzas fue asumido por Morarji Desai, un conservador del Congreso, que más tarde sería primer ministro con apoyo de los conservadores nacionalistas entre 1977 y 1979. Así que desde mediados de la década de 1950 en la India "socialismo" significó un nacionalismo con escasa atención al comercio internacional y con la anuencia de los industriales nacionales que recibían protección de la competencia exterior, el bloqueo de las inversiones foráneas en sus áreas de interés y bajos impuestos. Desde fines de la década de 1950, la presencia económica de la URSS en la India se volvió determinante, sobre todo en siderurgia, hidrocarburos y refinerías con tecnologías

[60] Una presentación sintética del modelo de Mahalanobis se encuentra en J. N. Bhagwati y P. Desai, *India: Planning for Industrialization,* Oxford University Press, París, 1970, pp. 232-241.

[61] Planning Commission, *op. cit.,* pp. 5l-52.

[62] Véase Nasir Tyabji, *Forging Capitalism in Nehru's India: Neocolonialism and the State (*c. *1940-1970),* Oxford University Press, Nueva Delhi, 2015, pp. 131-146.

de relativamente bajo grado de productividad. La relación con la URSS, que permitió a la India aflojar las presiones occidentales que exigían una mayor apertura, supuso un comercio de tipo colonial en que el país pagaba sus importaciones de bienes de capital o intermedios con materias primas y una deuda con la URSS que a fines de la década de 1960 representaba un cuarto del total de las exportaciones indias.[63]

Hasta que el gasto público siguió un ritmo acelerado de expansión (entre 1951 y 1965), el ritmo de crecimiento de la producción industrial se mantuvo elevado, alrededor de 7% anual.[64] Sin embargo, cuando el Estado comenzó a mostrar serios problemas presupuestales (a partir de mediados de la década de 1960) y su función dinamizadora se debilitó, la economía descubrió la ausencia de una estructura productiva integrada que lograra compensar el empuje público menguante.

Entre 1951 y 1966, frente a un considerable dinamismo de la industria pesada, las ramas productoras de bienes de consumo registran un débil crecimiento. Y, para agravar el panorama general, las opciones industriales orientadas hacia las grandes unidades productivas y las tecnologías altamente intensivas en capital mantenían un cuadro de elevado desempleo y bajos salarios. Los salarios reales resultaron, en efecto, virtualmente estancados en las dos décadas posteriores a la independencia.[65] El modelo de la industrialización acelerada e inducida por el Estado comenzaba a mostrar sus debilidades. Principalmente dos: desarrollo industrial sin una paralela consolidación de un mercado nacional dinámico y, también, un creciente desequilibrio en las cuentas externas del país. Además de una muy aguda concentración del ingreso, el escenario se agravaba por las primeras señas de ineficiencia del sector de bienes de capital. Los bajos índices de utilización de la capacidad instalada entre las empresas públicas y la escasa competencia convergían en una situación de debilidad dinámica justo en el sector al que las autoridades habían asignado un papel estratégico de desarrollo.

Con la crisis agrícola de mediados de la década de 1960 se vuelven explícitas las distorsiones del desarrollo industrial impulsado desde comienzos de la de 1950. Los conflictos armados con China y Pakistán, la reducción de la ayuda financiera procedente del exterior, el deterioro de las cuentas externas, etc., sugirieron a las autoridades indias la necesidad de un viraje. Pero en lugar de reconocer los problemas asociados con una excesiva centralización del aparato industrial (dominado por familias como Birla, Tata y pocas más), la debilidad de un amplio tejido de pequeñas y medianas empresas, la desconexión entre agricultura e industria, el excesivo nivel de desempleo, la orienta-

[63] *Cf.* Tirthankar Roy, *India in the World Economy: From Antiquity to the Present,* Cambridge University Press, Nueva York, 2012, pp. 227-228.

[64] C. P. Chandrasekhar, "Aspects of Growth and Structural Change in Indian Industry", *Economic and Political Weekly,* vol. 23, núms. 45-47, 1988, p. 2363.

[65] Véase A. Maddison, *Class…, op. cit.,* p. 126, y J. N. Bhagwati y P. Desai, *op. cit.,* p. 80.

ción tecnológica escasamente creadora de empleos y de capacidades técnicas nacionales, la desproporción entre el crecimiento de las ramas pesadas y ligeras de la industria, el estancamiento de los salarios reales y la difusión de episodios cada vez más numerosos de corrupción administrativa en los organismos gubernamentales encargados de otorgar permisos de importación y de licencias, en vez de reconocer todo esto, el gobierno (bajo la presión del Banco Mundial) se limitó a decretar la devaluación cambiaria en junio de 1966 para recuperar competitividad internacional.

En los años sucesivos se conservó un insatisfactorio crecimiento económico debido a los tres conflictos militares ocurridos entre 1965 y 1971 (China, Pakistán y Bangladesh) y al *shock* petrolero de fines de 1973, que complicaron un panorama económico ya de por sí de dudosa solidez. La producción manufacturera pasó de una tasa media de 7.1% en 1951-1965 a 4.5% en 1965-1980. En el segundo periodo, además de los embates derivados del fuerte aumento del precio internacional de los hidrocarburos (en 1973 y 1979), guerras y sequías, intervinieron, en el frente interno, factores de inestabilidad política asociados a la nacionalización bancaria de 1969 y al estado de emergencia con suspensión de los derechos fundamentales decretado por Indira Gandhi en 1975-1977 en una fase de radicalización nacionalista.[66] Desde ahí, el escenario político indio comienza un rumbo de mayor complejidad con el nacimiento de partidos regionales y el impulso de la derecha nacionalista que inauguran una geometría más enredada de alianzas políticas locales y nacionales.

Frente a un crecimiento atónico, el gobierno indio resultaba cada vez más sensible a las críticas de corte liberal que asociaban los pobres resultados económicos con una excesiva presencia reguladora del Estado en la economía. Y, desde mediados de la década de 1970, se manifiesta un segundo retroceso de la presencia estatal en la economía: "el hincapié en la propiedad estatal en la industria comenzó una declinación gradual […] las grandes empresas privadas exigieron y obtuvieron subsidios del Estado y reducciones de sus cargas fiscales".[67]

En un escenario dominado por tendencias hacia el retroceso de la acción del Estado como promotor de desarrollo, la economía registró en la década de 1980 una notable recuperación dinámica. Entre 1979 y 1989 el PIB indio creció a una tasa media de 5.3% en un periodo en que el PIB mundial lo hacía en 3.1%.[68] Para muchos observadores, estos resultados positivos estuvieron asociados a la progresiva liberalización y al Industrial Policy Statement de 1980, con el cual se señalaba una nueva prioridad: la promoción de las ex-

[66] R. Guha, *op. cit.,* pp. 435-437.

[67] M. R. Bhagavan, "A Critique of India's Economic Policies and Strategies", *Monthly Review,* vol. 39, núm. 3, 1987, p. 68.

[68] BM, *World Development Report. The Challenge of Development,* BM/Oxford University Press, Nueva York, 1991.

portaciones. Desde mediados de esta década, especialmente después del asesinato de Indira Gandhi y la continuación dinástica con su hijo Rajiv (quien también fue asesinado en 1991), la ulterior liberalización de la economía india ocurrió casi de incógnito, para evitar tocar la vieja narración socialista, pieza tradicional (por tan huera y deslucida) de la legitimación del Partido del Congreso.

Sin excluir que las sucesivas medidas de desreglamentación de la economía y el corte liberal-exportador de la política económica impulsada por el primer ministro Rajiv Gandhi desde mediados de la década de 1980 pueden haber creado un ambiente de mayor confianza y disponibilidad hacia las inversiones de las empresas privadas, hay que mencionar el hecho de que el gasto del gobierno central que se había mantenido (como proporción del PIB) en un valor medio de 17% entre 1974 y 1978, aumentaría progresivamente hasta 22.4% entre 1984 y 1987. A esta circunstancia hay que añadir el incremento de la oferta monetaria y la sensible reducción de la participación de los impuestos directos en los ingresos fiscales del gobierno. Con esto, la deuda interna del gobierno indio, como proporción del producto nacional bruto (PNB), pasará de 33.3 a 46.5% entre 1980 y 1988.[69] A estos factores internos se añadió un factor de orden externo: el sensible incremento de la deuda exterior de largo plazo en el curso de la década de 1980 que pasó de 19 000 millones a 56 000 millones de dólares.

La historia contemporánea de la India muestra una modalidad de desarrollo en que crecimiento y desigualdad parecen convivir por lo menos durante periodos relativamente prolongados. Uno de los aspectos críticos de esta situación es el relativo al ahorro: en efecto, entre 1950 y 1985, 70-75% del ahorro provenía de 20% de las familias de mayores ingresos. Este horizonte indica con claridad que las modalidades del crecimiento no producían un aumento sustancial de los ingresos per cápita de la mayor parte de la población, un incremento que pudiera ejercer poder de arrastre hacia las industrias incipientes y que consolidara una amplia base social para generar los ahorros necesarios al financiamiento del desarrollo. La descoordinación entre el crecimiento y la ampliación del mercado fue una característica propia del desarrollo industrial en la India entre la década de 1950 y la de 1980. Dicho de otra forma, hay una disociación entre los datos cuantitativos del crecimiento y los fenómenos cualitativos que habrían debido acompañarlo en la difusión de ciertos consumos de masas y la ampliación de las bases sociales del ahorro.

En un libro de mediados de la década de 1980 sobre la industrialización india, se propone el estudio de las razones del (relativo) estancamiento económico desde mediados de la década de 1960 y se plantea una larga lista de

[69] Véase Atul Sarma, "Union Budget 1989-1990", *Economic and Political Weekly,* vol. XXIV, núm. 18, 1989, p. 1 001.

efectos negativos vinculados con el fuerte intervencionismo gubernamental. Entre éstos se mencionan los obstáculos y los retardos asociados con una extensa maquinaria administrativa de regulación económica, las prácticas de acumulación de licencias industriales de parte de grandes empresas para limitar los de la competencia de otros potenciales productores, la tutela estatal hacia empresas ineficientes, el desaliento al desarrollo de una red empresarial privada por la incertidumbre acerca de los vaivenes de las decisiones públicas, el uso de tecnologías atrasadas a consecuencia de los débiles estímulos procedentes de la competencia exterior, etcétera.[70]

Pero el problema básico no estribaba, cuando menos no exclusivamente, en la "cantidad" de Estado en el desarrollo económico durante las cuatro décadas en cuestión, sino en la calidad de la acción reguladora ejercida y la eficacia interna, así como en la credibilidad social de la administración pública. A diferencia de Asia oriental, la India venía de siglos de condición colonial, o sea, de desconexión entre instituciones y sociedad, de tal manera que las primeras no tenían la legitimación y la consistencia interna que se mostró en Corea del Sur, Taiwán o China en distintos momentos posteriores a la segunda Guerra Mundial.[71] Esto, por un lado. Por otro es oportuno señalar la relativa inutilidad del debate acerca de la mezcla correcta de Estado y mercado en la política industrial india. Sin excesiva contundencia, tal vez es legítimo suponer que cualquier política industrial habría fracasado dada la incapacidad (o imposibilidad) del gobierno para operar aquellos cambios que crearan las condiciones para un amplio despliegue de sus propias actividades industriales. ¿A qué condiciones nos referimos? Antes que a cualquier otra, a la reforma agraria que no fue.

La ausencia de reforma agraria representó un obstáculo inicial y permanente para el desarrollo industrial. Es lo que incluso una lectura de la situación india de corte estrictamente liberal, como la de Isher Ahluwalia, no puede dejar de ver: "el incremento de los ingresos agrarios fue lento y constituyó una traba por el lado de la demanda al crecimiento de las empresas productoras de bienes de consumo" y, a través de ellas, una traba al desarrollo de los bienes de capital. Sigue Ahluwalia: "El crecimiento de la agricultura a 2.3% (entre 1960 y 1980) fue verdaderamente lento. Pero incluso este crecimiento moderado resultó disipado por un aumento de la población ru-

[70] Isher Judge Ahluwalia, *Industrial Growth in India: Stagnation since the Mid-Sixties,* Oxford University Press, Nueva Delhi, 1985, pp. 157-163.

[71] Un solo ejemplo: en Corea existen exámenes meritocráticos para el ingreso a la burocracia desde antes del año 1000, y acerca de China es apenas el caso mencionar la prolongada tradición confuciana y legalista que condicionó el fortalecimiento y la legitimación del Estado; véase Youl Lee y Kwanghoo Jung, "Public Service Ethics and Anticorruption Efforts in South Korea", en Evan M. Berman *et al.* (coords.), *Public Administration in East Asia: Mainland China, Japan, South Korea, and Taiwan,* CRC Press, Boca Ratón, 2010, pp. 402 y ss.

ral de 1.7% al año. El incremento de los ingresos agrícolas per cápita resultó, por consiguiente, insignificante".[72]

La dificultad para activar cambios profundos en las estructuras agrarias lastró el desarrollo potencial de iniciativas empresariales que habrían podido, al consolidarse paulatinamente, reducir el elevado grado de concentración industrial. Esta concentración produjo, a largo plazo, un escaso grado de competitividad interna, una política de precios en la que las elevadas utilidades maquillaban la escasa eficiencia y una débil capacidad competitiva a escala internacional.

La aceleración desde la década de 1990

El de 1991 fue un año fatídico que marcó el inicio de un nuevo ciclo, inesperado, de aceleración del crecimiento indio. En mayo Rajiv Gandhi (quien había gobernado por cinco años, hasta 1989, después del asesinato de su madre Indira en octubre de 1984) fue objeto de un ataque que le quitó la vida. Mientras su madre había caído bajo los golpes de secesionistas sikhs en el norte, él cayó a manos de secesionistas tamiles del sur. Las complejidades y tensiones del país subcontinental se mostraban como la doble punta de un iceberg en estos acontecimientos. Pero 1991 está cargado de simbolismo también por otras razones. Mencionemos, con afán de síntesis, tres. Por primera vez después de años el PIB per cápita experimentó un retroceso absoluto. La crisis de las cuentas públicas y externas y una situación de emergencia obligaron al país a recurrir al crédito del Fondo Monetario Internacional (FMI) para vadear un recodo turbulento, interrumpiendo la década previa de desarrollo. Con la explícita reorientación de la política económica a partir del nuevo gobierno de N. Rao en junio, es lícito decir que hasta ahí llegó el largo ciclo del "socialismo" indio. Hacia adelante, ya no sólo en los hechos, sino también en la narrativa institucional, el socialismo dejó de ser, por así decir, un fantasma viviente en la política nacional. El tercer cambio, que desde entonces caracterizó a la política india, fue la alternancia en el gobierno central del Partido del Congreso y de los nacionalistas y conservadores hindúes (bajo diferentes siglas) que finalmente asumieron el nombre de Partido Popular Indio. En 1991-1996 gobernó el Partido del Congreso; en 1996-2004 el BJP, en la década siguiente (2004-2014) otra vez el Partido del Congreso y, desde mayo de 2014, el BJP volvió al poder con Narendra Modi. En otros términos, aunque el Partido del Congreso inauguró el cambio de la política económica desde la última década del siglo pasado, la derecha nacionalista, más allá de las polémicas electorales (muy a menudo estrictamente utilitarias), siguió el mismo rumbo.

[72] *Idem.*

El cambio de orientación sobrevino en un contexto de crisis en que el déficit fiscal (en 1990-1991) giraba alrededor de 10% del PIB y las reservas del país para financiar las importaciones se redujeron a pocas semanas (en lugar de los seis meses normales), así que el gobierno se vio forzado a aceptar un préstamo del FMI y del Banco Mundial que estaba condicionado al cumplimiento de una política de ajuste estructural. El país tuvo que entregar el oro de sus reservas como garantía del nuevo préstamo:[73] un signo de extrema fragilidad y una humillación nacional al mismo tiempo. La crisis funcionó como disparador de un cambio de ruta que probablemente habría ocurrido de todos modos, si bien, tal vez, más lentamente. En 1991 ocurrió la disolución de la URSS, referencia príncipe en la planificación centralizada india desde la década de 1950. Se volvía inexorable, en medio de la crisis y de la revelada inviabilidad del arquetipo aparentemente consolidado, hacer las cuentas comparativas con los vecinos asiáticos. Y la comparación no podía ser más enojosa. Mientras en las últimas tres décadas el PIB per cápita indio crecía a una tasa media algo inferior a 2%, en Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur crecía entre 6 y 8% y en la primera década después del inicio de sus reformas económicas en 1978, China veía el mismo indicador viajar a una tasa media cercana a 8%. Frente a esta descarnada comparación no podía más que activarse aquello que los economistas llaman efecto demostración, o sea, la emulación de las fórmulas de los vecinos asiáticos en la apertura interna e internacional de la economía. Cuando menos en el terreno del crecimiento, a lo largo de dos décadas y media (1991-2015), el éxito quedó grabado en un número: la tasa media de crecimiento del PIB per cápita indio subió de dos a cinco por ciento.

Desde la década de 1990, los equilibrios consolidados durante decenios se rompieron abriendo nuevas posibilidades y comportamientos económicos. Si por un lado la cuota de las exportaciones de bienes y servicios entre 1960 y 2015 pasó de 4.4 a 19.9%, la demanda interna resultó incluso más dinámica. Las inversiones en relación con el PIB pasaron de 22-25% a cerca de 35% arrastrando al conjunto de la economía a una mayor vivacidad, mientras la productividad alcanzó mayor protagonismo en su crecimiento. Si antes de la década de 1990 el crecimiento era muy dependiente del gasto público y del endeudamiento, de ahí en adelante resultó más sostenible en tanto que ligado a progresos significativos en la productividad total de los factores.[74]

¿Qué cambios de política económica hicieron posibles estos resultados? Dos de ellos han estimulado al mismo tiempo las inversiones y la competen-

[73] Véase D. Hiro, *op. cit.*, pp. 1-3.

[74] Véase Laveesh Bhandari y Sumita Kale, "Drivers of Growth: Sources and Sectors", en Ashima Goyal (coord.), *The Oxford Handbook of the Indian Economy in the 21st Century,* Oxford University Press, Nueva Delhi, 2014, p. 13. Como cuota del PIB, las inversiones tocan su máximo de 35% en 2008 para descender progresivamente hasta 30% en 2015; véase OCDE, *OECD Economic Surveys: India 2017, op. cit.,* 2017, p. 42.

cia. Por un lado, el freno de la regulación administrativa y política (al interior de una endeble maquinaria institucional) de la economía (en especial las licencias) y, por el otro, la apertura externa con reducción de los aranceles, la eliminación de los controles de cambio y la liberalización en las condiciones a las inversiones externas directas.[75] Además de la drástica baja de los aranceles —que con la devaluación de la rupia indicaba una reorientación hacia los mercados internacionales— y la admisión de 100% de la propiedad extranjera (exceptuando a bancos y seguros), se mantuvieron aranceles relativamente elevados en varios productos agrícolas, con el triple efecto de evitar el incremento de importaciones de bienes de primera necesidad, defender el empleo en el campo y mantener ciertos espacios de mercado interno que se habrían perdido con la súbita desprotección arancelaria de la agricultura. Habrá que señalar al margen que, en la década de 1990, además de lo mencionado, no hubo, sin embargo, una acción directa de impulso a las actividades rurales.

La Ley de Competencia de 1969, que limitaba mediante licencias y otros permisos el crecimiento de las grandes empresas, fue progresivamente relajada hasta llegar a las nuevas leyes de competencia de 2005 y 2009.[76] La liberalización de las licencias tocó también a las pequeñas y medianas empresas favoreciendo las áreas más deprimidas del país. La nueva política económica, si bien iniciada con el Partido del Congreso en 1991, siguió desde fines de la década con el BJP al gobierno y continuó desde 2004 con el retorno del Partido del Congreso al poder.[77] Estamos frente a un vuelco político que, más allá de las diferencias ideológicas, se impuso por la fuerza de los hechos y por el relativo poder discrecional de una alta burocracia y una política que percibía la necesidad de cerrar una larga fase histórica iniciada con la independencia y prolongada hasta la década de 1980. Aunque atrasada respecto a Asia oriental, la India se anticipó a un consenso social que aún no existía en el país dada la extendida situación de múltiples vetos sociales y corporativos cruzados. Sólo el crecimiento, que en efecto sobrevino, pudo legitimar un vuelco estratégico que de otra forma habría sido difícilmente sostenible.

Paulatinamente, la actividad industrial, que parecía destinada a un segundo plano frente al dinamismo de los servicios (comercio y finanzas), recuperó su centralidad pasando de un cuarto a cerca de una tercera parte del PIB en las dos décadas sucesivas a la primera mitad de la década de 1990. En este ámbito no es fácil destacar (aparte del *software* al que nos referiremos en un

[75] Montek S. Ahluwalia, "Economic Reforms in India since 1991: Has Gradualism Worked?", *Journal of Economic Perspectives,* vol. 16, núm. 3, 2002, pp. 73 y ss.

[76] Véase Nirvikar Singh, "The Dynamics and Status of India's Economic Reforms", en Chetan Ghate (coord.), *The Oxford Handbook of the Indian economy,* Oxford University Press, Nueva York, 2012, pp. 508 y ss.

[77] *Cf.* el muy documentado trabajo de Arvind Panagariya, *India: The Emerging Giant,* Oxford University Press, Nueva York, 2008, pp. 103-109.

momento) un solo sector en particular en un archipiélago en expansión en el que se encontraba el corte y pulido de diamantes, la ropa confeccionada, la artesanía de cuero y zapatos, los autos —cuya producción pasó de 180 000 unidades a 3.4 millones en el cuarto de siglo posterior a 1990—, los motociclos —que en el mismo periodo se multiplicaron de 1.8 millones a casi 19 millones—, las computadoras, los muebles y equipo de oficina, los aparatos de radio y televisión, por no hablar de la industria farmacéutica que, nacida en enfrentamiento con las patentes occidentales, terminó por convertirse en la mayor del mundo en medicamentos genéricos.[78]

Siempre en el terreno de los datos de crecimiento explosivo, apuntemos que en 2004 había en el país 77 millones de líneas telefónicas; en 2016 este número superaba los 1 000 millones. El sector anfibio, a mitad de camino entre la industria y los servicios, que ha capturado la atención sobre todo en las últimas décadas, es naturalmente el del *software* y las telecomunicaciones. La India cubre todo el espectro: desde la artesanía que opera incluso sin energía eléctrica y con mano de obra de escasa capacitación técnica hasta la industria *software*-telecom cuyo crecimiento ha sido posible gracias a una amplia disponibilidad de mano de obra altamente capacitada. Aquí, inesperadamente, rinde sus frutos la política que desde tiempos de Nehru planteaba favorecer más la educación superior que la educación básica. Un observador habla a este propósito de *serendipitous effects* en las anteriormente deprecadas políticas públicas sectoriales.[79] El hecho es que en diferentes áreas del país se han formado, en las últimas décadas, distritos *software* en que empresas tecnológicas, universidades públicas y privadas de buena calidad y administraciones públicas relativamente eficaces han puesto en marcha una red de reacciones virtuosas recíprocas en Chennai (Tamil Nadu), Hyderabad (Andhra Pradesh) y Bangalore (Karnataka). Tal vez no sea casual que esto ocurra en el sur del país, donde la administración pública es generalmente más eficaz y menos corrupta que en el resto de la India. Varios factores han contribuido al dinamismo de la industria informática y de las telecomunicaciones y entre ellos están la amplia disponibilidad de ingenieros, programadores, expertos en almacenamiento de datos con salarios internacionalmente competitivos, el difundido uso del inglés que favorece el desarrollo de actividades que desde la India operan en los servicios a usuarios de tarjetas de crédito, reserva-

[78] Jagdish Bhagwati y Arvind Panagariya (coords.), *India's Reforms: How They Produced Inclusive Growth,* Oxford University Press, Nueva York, 2012, p. 7; datos para 2016 de la Society of Indian Automobile Manufacturers (SIAM), "Production Trends", SIAM, Nueva Delhi, 2016; T. Roy, *op. cit.,* pp. 243-245.

[79] Balaji Parthasarathy, "India's Silicon Valley or Silicon Valley's India?: Socially Embedding the Computer Software Industry in Bangalore", *International Journal of Urban and Regional Research,* vol. 28, núm. 3, 2004, p. 671. Acerca del privilegio a la educación superior que terminará por preparar a los ingenieros necesarios para la futura industria del *software,* véase OCDE, *OECD Economic Surveys: India 2007, op. cit.,* p. 223.

ciones aéreas, suscriptores de televisión por cable, etc. Se suma a estas actividades la manutención a distancia de sistemas operativos de grandes empresas (manufacturas, bancos y seguros) de los Estados Unidos que están todavía cerradas, por la diferencia de huso horario, cuando los ingenieros indios realizan sus trabajos.[80]

Además de los indicadores medios de productividad y de bienestar social, los procesos de salida del atraso tienen en común una tendencia a la homologación social y productiva. En otros términos, las sociedades recorren un camino de convergencia hacia arriba de los niveles de bienestar. ¿Ha pasado algo similar en la India de las últimas tres décadas? Bhagwati y Panagariya, dos economistas ortodoxos, declaran que remontándose hasta 1980 (o sea, antes del cambio de ruta de la política económica india), el país ha reducido sus pobres en 200 millones.[81] La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), en la misma línea, registra que entre 1993 y 2011, la pobreza absoluta —con un ingreso diario inferior a 1.9 dólares de 2011 a paridad de poder de compra (PPC)— se redujo de 46 a 22% de la población. Datos que parecerían delinear un éxito incuestionable. Sin embargo, los tonos necesitan ser matizados con algunas otras consideraciones. Una tercera parte de la población sobrevive en condiciones de desnutrición y, además, ¿es posible suponer que quien disponga de un ingreso superior a 1.9 dólares haya dejado de ser pobre? Según datos del Banco Mundial, la población india con ingresos inferiores a 3.1 dólares (de 2011 a PPC) —lo que describe un contexto más amplio de pobreza— alcanza a 58% de la población. Para tener una referencia comparativa: 22% en China.[82]

En este escenario de fondo hay por lo menos tres observaciones que, sin desdeñar los progresos de la última generación, permiten dudar que el país se haya encaminado hacia un rumbo consistente de salida del atraso. La primera es la débil creación de empleo desde inicios de la década de 1990 (apenas superior a 50% de la nueva población mayor de 15 años) y que se acentúa en la década posterior a 2005, como señala con preocupación la OCDE en su informe de 2017 sobre la India. El segundo dato es la persistencia de una amplia mayoría de los trabajadores que viven sin contratos ni seguridad social; en la manufactura es 80% del trabajo en un contexto donde no sólo se trata de pequeñas empresas, sino también de las grandes que recurren con mayor frecuencia a firmas subcontratistas. Y, finalmente, el hecho señalado por Drèze-Sen de que en las últimas dos décadas los salarios no han registrado ningún incremento.

[80] Véase R. Guha, *op. cit.,* pp. 697 y ss; y T. Roy, *op. cit.,* pp. 246-247; y, acerca de zonas económicas especiales y *cluster* de *software,* Rob Jenkins *et al., Power Policy and Protest,* Oxford University Press, Nueva Delhi, 2014, pp. 7-8.

[81] J. Bhagwati y Arvind Panagariya (coords.), *op. cit.,* p. 6.

[82] BM, "Indicadores por país: India", BM. Disponible en https://datos.bancomundial.org/pais/india.

En resumen, el país sigue mostrando índices de informalidad del trabajo superiores a Ghana, Bolivia y México, y sus empresas formales registran una productividad 20 veces mayor a la del universo informal en que está ocupada la gran mayoría de los trabajadores indios. A propósito del persistente dualismo, desde la década de 1990 la aceleración del crecimiento ha sido indudable; sin embargo, no ha ocurrido ni una mejora en el diferencial de salarios entre los empleados formales y aquellos que no lo son ni una reducción en el diferencial del PIB per cápita entre los estados indios. El crecimiento no parecería haber activado fuerzas consistentes hacia una mayor homologación social y territorial del país.[83]

En el camino hacia una progresiva integración social —que es central en un país herido por dos milenios de segregación de castas— difícilmente es un indicador en la justa dirección que un partido político como el BJP, que hace de su *hinduidad* un acto de afirmación identitaria contra el islamismo (en un país con 150 millones de musulmanes), encuentre, desde hace un par de décadas, un tan amplio consenso electoral y una fuerte dosis de simpatía entre los jóvenes. Es apenas el caso recordar que el nuevo primer ministro indio desde 2014, Narendra Modi, cuando fue ministro jefe del estado de Gujarat desde comienzos de la década de 1990 asistió prácticamente sin inmutarse, y con la indiferencia de los cuerpos de policía, a los pogromos antimusulmanes que en 2002 produjeron 1 000 muertos en esta comunidad.[84] Con base en las acusaciones de las que fue objeto, el Departamento de Estado de los Estados Unidos prohibió a Modi ingresar a dicho país.[85]

La tenacidad del atraso

Al comienzo de este capítulo se propuso una cuestión: ¿por qué, a pesar de sus éxitos en las últimas tres décadas (e incluso antes) la India sigue presentando los rasgos propios del atraso? En un lapso similar, Suecia, Dinamarca y Japón ya daban señas de estar sólidamente encaminados más allá de sus antiguas condiciones de rezago. En la búsqueda de las posibles razones de esta trayectoria diferente, el mayor retardo en los puntos de arranque (como

[83] Acerca de la movilidad social se ha señalado la persistencia, a dos generaciones de la independencia, de la escasa movilidad social entre las castas inferiores, véase Rajarshi Majumder, *Intergenerational Mobility: A Study of Social Classes in India,* Springer, Nueva York, 2013, p. 31.

[84] S. Bose, *op. cit.,* pp. 93 y ss.; acerca de la política económica de Modi en Gujarat desde la década de 1990, véase Indira Hirway *et al.* (coords.), *Growth or Development: Which Way is Gujarat Going?,* Oxford University Press, Nueva Delhi, 2014, pp. 103-108.

[85] Apunte marginal: mismo Modi que, convertido en primer ministro indio, recibió en su país al presidente de los Estados Unidos, Barack Obama, en 2015 luciendo un traje de rayas verticales que tenía entretejido en cada raya su nombre. El costo estimado del traje fue de 20 000 dólares en un país con un PIB per cápita ese año de 1 600 dólares.

la mayor distancia de una configuración institucional y económica propicia para las transformaciones sucesivas) es tan claro como los diferentes tamaños de los países y las distintas historias políticas: la India tuvo un largo periodo colonial y, antes de eso, fue objeto de sucesivas conquistas externas (el islam desde el siglo XIII) con una parcial asimilación entre conquistadores y conquistados. Sin considerar la herencia cultural del hinduismo que ciertamente no puede compararse al papel que la cultura luterana o confuciana (o al nacionalismo zen desde el Imperio Meiji) jugaron en los otros países.

La primera impresión es de una carencia de identidad (explícita u objetiva) en la definición de un rumbo sostenible de salida del atraso: un deficiente empalme entre los datos y las soluciones propiamente nacionales. Si la década de 1950 fue dominada por las ideas de planificación centralizada e industrialización acelerada de matriz soviética (aunque en un contexto políticamente liberal), desde la segunda mitad de la de 1960, sobre este esquema (que comenzaba a debilitarse) se inserta la revolución verde, cuya inspiración esencial procedía de la Ford Foundation y de los expertos del Banco Mundial. Hasta llegar a la década de 1980, pero sobre todo la de 1990, cuando la política económica queda alineada a la corriente del nuevo liberalismo económico global, pero sin las reformas agrarias e institucionales que caracterizaron el éxito de varios países del oriente asiático desde la década de 1960. De alguna manera, parafraseando a Luigi Pirandello, estamos frente a un personaje al que se le dificulta ser autor de sí mismo, aun reconociendo contextos y corrientes globales de pensamiento.

Eficiencia, ¿un problema micro o macro?

Ni en el periodo "soviético" ni en el periodo posterior de la política económica india hubo un interés sistemático hacia las empresas (agrícolas e industriales) de pequeñas y medianas dimensiones. En el campo, esta posibilidad fue cerrada por la incapacidad del nuevo Estado independiente para modificar un sistema de tenencia de la tierra arraigado cuyos beneficiarios eran un sostén esencial, antes del Partido del Congreso y después de otros. En las actividades industriales, el encantamiento ejercido por las grandes empresas capaces de usar tecnología de punta y equipos de grandes dimensiones cerró la percepción de que las empresas medianas y pequeñas (mejor distribuidas en el territorio, equipadas para usar tecnologías menos intensivas en capital y más capaces de vincularse a recursos y demanda locales) pudieran desempeñar un papel determinante en el rumbo de la modernización del país. El desarrollo dependió del efecto de arrastre ejercido por los enclaves de modernidad sobre un extendido tejido económico tradicional. Sin embargo, "lo grande" se consolidó sin producir las esperadas consecuencias de la modernización global. La renuncia a "lo pequeño" mantuvo condiciones de marginación en

gran parte de una población distribuida en un gran número de comunidades rurales. Y la fragmentada marginalidad evitó que la presión social incidiera en las decisiones de los *policy makers*.[86]

Dos estudiosos de la India moderna señalan que la política económica de ese país puede verse como un péndulo oscilante entre dos extremos.

> En una política orientada hacia la demanda, los ciudadanos que votan son soberanos […] En una política determinada por una voluntad de mando, el Estado autónomo es soberano […] El primer tipo de política se orienta hacia objetivos de corto plazo y la consecución de bienes privados […] El segundo tipo está orientado hacia objetivos estatales de largo plazo, las formulaciones del interés público y la consecución de bienes de uso colectivo.[87]

Así las cosas, la política económica india, que por mucho tiempo resultó dominada por una voluntad orientadora por parte del Estado, parecía haber sido la mejor posibilidad para acometer tareas esenciales de solidaridad social y de crecimiento económico. Pero no fue así. Y dejemos de lado el gigantesco peso de corrupción, clientelismo y desperdicio de los recursos públicos en la operacionalización de objetivos abstractamente válidos desde el punto de vista del bienestar colectivo. La renuncia al consumo corriente, en lugar de activar una gran variedad de iniciativas productivas dinámicas y capaces de adaptación fluida a las características y distribución de los recursos disponibles y a las oscilaciones de la demanda, creó estructuras productivas rígidas, crónicamente sobredimensionadas, escasamente eficientes con uso de tecnologías inadecuadas para la composición de los recursos disponibles en el país. Sin considerar que la debilidad dinámica del sector de los bienes de consumo de amplia base social lastró en el largo plazo el dinamismo inicial de los bienes de capital. Los prejuicios productivistas de los dirigentes indios los condujeron a no percibir que el núcleo del desarrollo del país se encontraba en la difusión de nuevos comportamientos económicos que difícilmente habrían podido promoverse en extendidos ámbitos sociales a través de la preeminencia otorgada a empresas de grandes dimensiones y sin reforma agraria. Por otro lado, las políticas "orientadas a la demanda", si es que en esa forma es legítimo sintetizar las nuevas orientaciones desde 1991, a pesar de sus efectos positivos en la reducción de la pobreza absoluta, han conservado un mercado laboral dominado por la informalidad y un persistente proble-

[86] Sobre la relación entre democracia y desarrollo, Amartya Sen puso en evidencia cómo, en el caso de la India, el hambre difundida y silenciosa convivió con un sistema democrático-liberal; véase "How Is India Doing?", en D. K. Basu y R. Sisson (coords.), *Social and Economic Development in India: A Reassessment,* SAGE Publications, Beverly Hills, 1986, p. 41.

[87] Lloyd I. Rudolph y Susanne Hoeber Rudolph, *In Pursuit of Lakshmi: The Political Economy of the Indian State,* The University of Chicago Press, Chicago, 1987, pp. 211-212. Los autores hablan de *demand policy* y *command policy.*

ma de escasa eficacia en la administración pública recorrida por redes clientelares y de corrupción que afectan sobre todo a los pobres y a las pequeñas empresas.

Fuerza/debilidad del Estado indio

Uno de los contrastes evidentes entre la India y las experiencias de Suecia y Dinamarca es que mientras en estos últimos países el Estado funcionó como promotor de estrategias de salida del atraso en sociedades recorridas por fenómenos de nuevas empresas y presiones sociales diversas (sindicatos obreros, asociaciones campesinas e iniciativas de cooperación), en la India la fuerza del Estado se construyó sobre una escasa capacidad de presión colectiva organizada. Aquí, la mayor distancia entre sociedad y Estado condujo a este último a asumir la tarea de vencer las trabas y las inercias del subdesarrollo; una tarea desproporcionada a su fuerza política y a su capacidad operativa. En el caso japonés, la distancia entre sociedad y Estado tal vez no era menor; sin embargo, la diferencia en favor de Japón fue que la oligarquía Meiji, además de caracterizarse por un alto grado de cohesión nacionalista interna (el poder simbólico del emperador y la eficacia de la burocracia samurái), disponía de una capacidad operativa que en India era mucho menor, como resulta de la ineptitud frente al reto de la transformación agraria del país.

Sobre este elemento se inserta otro: los cimientos ideológicos de la burocracia india —cimientos que apuntaban más hacia la conservación (caso aparte son las grandes empresas de bienes de capital) que hacia el cambio de las prácticas de vida de la mayoría de la población—. Maddison afirma: "La falla principal del servicio civil [indio] no reside en que sea demasiado extenso o que resulte retribuido en exceso [ambas cosas ciertas], sino en su estructura aristocrática de raíz anglo-brahmánica, una estructura dirigida a administrar una economía estática".[88]

La salida del atraso requiere de un Estado fuerte (por su consistencia burocrática y su legitimación social) y la debilidad de las instituciones en la India (de la que la corrupción sistémica no es más que un síntoma) puede remontarse a dos aspectos básicos: el tradicional alejamiento entre sociedad y administración pública que pone al gobierno al resguardo de presiones sociales organizadas y por así decir *fisiológicas,* mientras le resta autoridad social y, en segundo lugar, la ausencia de una matriz burocrática construida alrededor de valores de autocontrol, eficiencia administrativa y escrutinio público. La India no cabe ni en la lógica de las experiencias democráticas de Dinamarca o Suecia ni en la lógica del autoritarismo desarrollista japonés o coreano. El

[88] A. Maddison, *Class..., op. cit.,* p. 7.

peor de los mundos posibles: un Estado con altos grados de autonomía frente a la sociedad y que, sin embargo, no tiene la fuerza ni la cohesión internas para dirigirla hacia rumbos consistentes de transformación. No constituye probablemente una casualidad que los estados de la India donde las instituciones son más eficaces y creíbles sean también aquellos con mayor desarrollo en las últimas décadas.[89] Sin considerar que una administración pública con fuertes inercias extorsivas afecta mucho más a las pequeñas y medianas empresas que a las grandes.

"Alma hindú" y condición colonial

Con el afán de responsabilizar al dominio inglés de todos (o casi) los males de la India escribía Ilyá Ehrenburg en la década de 1950: "No creo que se puedan explicar los baches de las carreteras y los búfalos, el hambre de la gente, el analfabetismo y los leprosos por los rasgos misteriosos del alma hindú, ya que, por el contrario, es absolutamente evidente la influencia de la opresión foránea".[90]

A pesar de ello, el hinduismo y el sistema de castas han constituido por dos milenios y medio una forma de organización social y espiritual de extraordinaria eficacia para congelar las prácticas colectivas dentro de rígidas jerarquías sociales. Una jerarquización que mientras impide eficazmente el surgimiento del individuo (como entidad sustraída a estrechas normas de comportamiento comunitario) traba el espíritu de superación individual, la experimentación científica, el deseo y la voluntad de innovación.[91] No es fácil imaginar innovación, cambio y experimentación donde el orden social es reflejo de uno cósmico frente al cual el máximo deber (y la mayor sabiduría) es la adaptación.

El régimen de castas no fue un producto de exportación inglesa (como las telas de Lancashire) hacia la India. Y no obstante las leyes que prohíben, desde la Constitución de 1951, las milenarias prácticas brahmánicas de segregación, los valores religiosos tradicionales siguen vivos en un país donde

[89] R. Guha, *op. cit.,* p. 712.

[90] I. Ehrenburg, *La India de hoy,* Futuro, Buenos Aires, 1957, p. 58.

[91] Louis Dumont escribe: Se trata de la trilogía de los "fines humanos" *dharma, artha* y *kama,* deber, utilidad y placer. Los tres son legítimos, pero están jerarquizados de tal forma que el ideal inferior no puede ser perseguido sino en los límites en que no interfiere con un ideal superior: *dharma,* conformidad con el orden del mundo, domina sobre el *artha,* utilidad y riqueza, y éste a su vez sobre el *kama* como una satisfacción diferida a una inmediata; *dharma* se opone a los dos como los últimos a los fines particulares, como lo sagrado a lo profano; véase L. Dumont, *Homo hierarchicus: Le système des castes et ses implications,* Gallimard, París, 1979, pp. 331-332.

los puestos de mayor prestigio económico, institucional y cultural todavía son mayoritariamente ocupados por miembros de las castas superiores.[92] El sistema de castas ha inducido factores de aguda segmentación (territorial, cultural, etc.) que han operado, y operan, como trabas hacia la consolidación de acciones colectivas libres de identidades de casta y religiosas. El hecho de que el BJP se convirtiera, desde la década de 1990, en el principal partido indio sugiere, en el plano cultural, un retroceso y, en el plano económico, una aceptación con rasgos premodernos de viejas segmentaciones sociales que se renuevan ininterrumpidamente; 2 500 años de una religión que congeló, aun entre extraordinarias realizaciones culturales, el potencial social de la India no pueden ser usados como argumento absolutorio de los 200 años de colonización inglesa, como tampoco parece históricamente apropiado usar esos dos siglos como argumento de absolución general frente a obstáculos endógenos de raíces históricas profundas. El imperialismo tiene muchas responsabilidades, pero no todas.

El partido como protestante colectivo

Estudiando los casos de Suecia, Dinamarca, Japón e Italia, resultó claro (especialmente en los primeros tres países) el papel determinante del Estado como factor de condensación nacional de conciencias y voluntades dirigidas a la superación del atraso. Aquello que el desarrollo *espontáneo* no produjo a lo largo de siglos (en términos de una red social de capacidades innovadoras y comportamientos orientados hacia el cambio) encontró en las instituciones públicas una forma para sostener y apoyar a lo largo de algunas décadas decisivas procesos económicos que en otras partes requirieron siglos de maduración.

Al acto de su independencia en 1947, la India no tenía ni una economía endógenamente dinámica ni una clase política orientada hacia la transformación social ni una administración pública construida alrededor de valores de eficiencia y orden autocráticos como en el caso del Japón Meiji o incluso Tokugawa. En este cuadro, las funciones que ni el mercado ni el Estado podían asumir por sus deficiencias históricas debían ser asumidas inicialmente por el Partido del Congreso en tanto que condensación de las fuerzas cuyas luchas a lo largo de décadas habían concluido con la independencia del país. Todas las deficiencias socioeconómicas e institucionales debían ser asumidas positivamente (como voluntad de cambio) por un partido político cruzado en su interior por las fuerzas de la tradición que operaban en la sociedad. La India requería de un partido capaz de señalar metas globales de cambio social, movilizar las fuerzas potencialmente interesadas y

[92] J. Drèze y A. Sen, *op. cit.,* p. 267.

enfrentar los conflictos consiguientes. El Partido del Congreso, sin embargo, no fue una organización política a la altura de estos (gigantescos) retos. La gran variedad de intereses (tanto industriales como agrarios) en su interior impidió que la voluntad de transformación pudiera manifestarse sin las interferencias asociadas con privilegios arraigados. De ahí la separación entre discurso progresista y debilidad transformadora desde los primeros gobiernos de Nehru. Además, el trauma de la ruptura del país en dos Estados (la India y Pakistán) indujo a los primeros dirigentes indios a considerar la unidad nacional como un valor superior frente al cual el costo de la renuncia a las grandes transformaciones sociales resultaba históricamente aceptable: en la sustancia, una racionalización *realista* del conservadurismo social no reconocido por el partido del Congreso.

El partido que debía asumir un papel de "protestante colectivo" terminaba por convertirse en un elemento de un sistema complejo entre funcionarios estatales que miraban a la industria pesada como repliegue progresista de una impotencia reformadora convertida en panacea para todos los males, terratenientes que daban su apoyo al partido en tanto éste no cuestionara las estructuras locales del poder y grandes empresarios privados que podían pagar bajos impuestos y se beneficiaban de la protección arancelaria frente a la competencia externa.

El embajador de los Estados Unidos en la India, John K. Galbraith, escribía en la década de 1960: "Éste es, en esencia, un país de partido único. El Partido del Congreso es una organización que agrupa varios sectores y que realiza sus compromisos en el interior de su propia estructura. Las elecciones son un proceso de ratificación y de control para averiguar que la solución propuesta esté en los límites de la aceptabilidad".[93]

Este panorama comenzó a modificarse a partir de las elecciones parlamentarias de 1977 y siguió con las elecciones de 1989, 1996 y, finalmente, de 2014 con otras tantas derrotas electorales del Partido del Congreso. Una secuencia de descalabros de esta organización casi única tal vez está asociada al hecho de que la unidad interna del partido se obtuvo a lo largo de décadas al costo de una débil capacidad reformadora; con la consecuencia de reencender en el país tradiciones nunca superadas de localismo exclusivo y de religiosidad intolerante que sólo buscaban una expresión política para manifestarse a plena luz. Esta expresión llegaría con varias formas de nacionalismo conservador hindú que confluirán finalmente en el BJP. De ahí que un observador se pregunte si en el clima de exacerbación religiosa de hoy, a 70 años de la independencia del país, sería posible un líder que, declarando abiertamente su ateísmo, como Nehru, pudiera ganar unas elecciones nacionales.[94] Sin embargo, el poder no resultó sostenible viviendo casi exclusiva-

[93] John Kenneth Galbraith, *Ambassador's Journal,* Houghton Mifflin, Boston, 1969, p. 313.
[94] K. Basu, *op. cit.* p. 101.

mente de la renta simbólica derivada de la imagen de Nehru y menos aún de su dinastía. Y así, la India ha pasado de un partido casi único a una competencia populista de partidos (con fuertes rasgos religiosos[95] y regionalistas) que, cuando están en la oposición, rechazan los programas que sostuvieron mientras estaban en el gobierno.[96]

[95] El BJP en el gobierno desde 2014 es la última derivación de un intolerante nacionalismo hindú que nació con el RSS en 1925, organización que no participó en la prolongada lucha de independencia del país. Acerca del nacionalismo hindú, véase Arundhati Roy, "Introduction", en Ian Buruma *et al., India: A Mosaic,* The New York Review of Books, Nueva York, 2000, pp. XVII-XXIX; y A. Sen, *India contemporánea…, op. cit.,* pp. 74 y ss.

[96] Pranab Bardhan, "Distributive Conflicts and Indian Economic Policy: Some Notes on Political Economy", en Chetan Ghate (coord.), *The Indian Economy,* Oxford University Press, Nueva York, 2012, p. 583. Un aspecto importante de este populismo es la virtual gratuidad de la energía eléctrica en el campo, incluso para los grandes propietarios, con la consecuencia de que 30% de la población india no tiene acceso a la electricidad (contra 1% en China) y que el Estado debe asumir, en términos de subsidios, las pérdidas de una industria eléctrica con escasa disponibilidad a la inversión. *Cf.* Rahul Mukherji, *Globalization and Deregulation: Ideas, Interest, and Institutional Change in India,* Oxford University Press, Nueva Delhi, 2014, pp. 9, 149-163. Drèze y Sen, *op. cit.,* pp. 104-108.

IX. NIGERIA: LAS TURBULENCIAS DE UN PAÍS EN FORMACIÓN

En el occidente de África, en una superficie de casi la mitad de México, está el país más poblado del continente que es también la mayor economía regional, aunque su producto interno bruto (PIB) per cápita haya sido en 2016 de apenas 2 500 dólares y se encuentre en el lugar 17 entre los países africanos. Independiente de Inglaterra desde 1960, Nigeria constituye un emporio de pasmosas dificultades en el camino de salida del atraso. Los problemas económicos, políticos e institucionales se mezclan aquí con la existencia de más de 250 etnias cuyo sentido de pertenencia se dirige a menudo más hacia sí mismas que hacia la nación, además de la división en partes iguales de una población conjunta de 182 millones de habitantes (en 2015), entre un norte islámico y un sur cristiano. Pero Nigeria no es sólo un país muy poblado (15% de África), es también un lugar de rápido crecimiento demográfico (2.6% anual) que se estima duplicará su población para mediados del siglo en un contexto de graves alteraciones ecológicas (por la desertificación en el centro-norte y la degradación ambiental asociada a la explotación petrolera en el sur, en el delta del Níger), y una esperanza de vida al nacer apenas superior a los 50 años.

A lo largo de dos generaciones desde su independencia, Nigeria ha sufrido las consecuencias devastadoras de la guerra civil asociada a un intento secesionista (en 1967-1970), varios episodios (no acabados) de terrorismo que han hecho ingobernables diversas regiones del país, la endémica conflictividad étnico-regional-religiosa y la inestabilidad institucional expresada en una secuencia de siete golpes de Estado contra gobiernos tanto civiles como (sobre todo) militares hasta 1999. Muy a menudo, los golpes militares se justificaron con la voluntad de combatir la corrupción, pero terminaban por instalar otros gobiernos que eran igualmente o más corruptos. Gobiernos con poca coordinación entre sus diferentes instancias, administrativa y técnicamente ineficientes y, por consiguiente, inhábiles en instrumentar consistentemente sus propios planes de desarrollo, cuando los tuvieran. Se suman a estos sucesos las oscilaciones abruptas en los precios internacionales de sus principales productos de exportación; principalmente el petróleo desde la década de 1960 y que hoy representa 90% de las exportaciones y más de 70% de las entradas fiscales del Estado federal. Todo esto ocurre mientras el país (que no tiene una antigua tradición unitaria ni un idioma o una religión común) intenta refrendar, no sin dificultades, su deseo de mantenerse unido en los límites geográficos fijados por Gran Bretaña en 1914, en el momento de la constitución del

país como colonia. O sea, Nigeria deviene en una entidad política nacional en el momento mismo en que nace al mundo como colonia. El país nunca fue, a diferencia, por ejemplo, de Kenia o Sudáfrica, asiento de población europea, y en su abigarrada variedad étnica destacan tres grupos principales: los hausa-fulani en el norte (29% de la población), los yoruba en el suroeste (21%) y los ibo en el sureste (18%). Tres etnias que representan conjuntamente alrededor de dos terceras partes de la población. Las otras etnias mayores son los ijaw, kanuri, ibibio, tiv, edo, efik, nupe, igala y urhobo.

A pesar de su gran disponibilidad de tierras de potencial uso agrícola, desde comienzos de la década de 1970 Nigeria ha dejado de ser autosuficiente en materia alimentaria. El peso específico de las actividades rurales registra una pronunciada baja de largo plazo con el resultado que hoy cerca de 60% de la población activa produce apenas 20% del PIB. En el último medio siglo, el petróleo no sólo se ha convertido en el protagonista absoluto de la economía, sino en un factor de distorsión profunda que apenas marginalmente podría decirse que ha contribuido (si es que lo ha hecho) al bienestar de la gran mayoría de la población. Simplificando: es un país cuya vida gira alrededor de una renta petrolera que, sin embargo, ha bloqueado la diversificación productiva obligando a decenas de millones de personas a vivir del gasto público y de consumos ligados al precio internacional del petróleo. Hasta llegar a la paradoja de que cuando este precio aumenta, se amplían ulteriormente espacios y oportunidades para la corrupción de las élites políticas y cuando bajan, se empobrece aún más el conjunto de la sociedad con un menor presupuesto en educación, infraestructura, salud, etc. Un juego reiterado que produce cíclicamente pocos ganadores y muchos perdedores.

La independencia no ha producido hasta ahora cambios sustantivos en la naturaleza de una economía que sigue caracterizándose por exportaciones primarias como en su época colonial; con el petróleo que en forma aplastante toma el lugar de antiguos productos primarios de exportación como cacao, aceite de palma, estaño, carbón y oro. Escasez y pobre calidad de las infraestructuras (electricidad, carreteras, servicios portuarios), desigualdades regionales, precaria integración interindustrial, élites más ligadas a sus propios grupos étnico-regionales que a los intereses nacionales, la recurrente presencia política de un ejército cuya alta oficialidad se dedica con frecuencia a negocios particulares para encubrir corrupción, cohecho y desvíos descomunales de recursos públicos forman el caleidoscopio nigeriano. Los cambios ocurridos en seis décadas de independencia han venido más por el lado de circunstancias accidentales (el petróleo, en primer lugar) que por el de algún diseño gubernamental consistente de cambio estructural. Al calor del *boom* petrolero ocurrieron transformaciones que no fueron ni programadas ni necesariamente positivas como, por ejemplo, la crisis de la agricultura, la urbanización excesiva y descontrolada y un endeudamiento externo (producto de proyectos de inversión fantasiosos, de grandes volúmenes de importaciones

superfluas y de fugas de capitales asociados a la corrupción crónica) cuyo servicio a lo largo de muchos años ha sido un factor de freno del potencial de desarrollo del país.

Es inevitable llegar a una conclusión provisional tan amarga como desafortunadamente correcta: las primeras décadas posteriores a la independencia no han sido, hasta hoy, un periodo de reconstrucción económica frente a retardos históricamente acumulados, antes y durante la colonización británica, sino un periodo de débiles proyectos de transformación estructural, inestabilidad institucional, escaso grado de responsabilidad de élites políticas entregadas al saqueo sistemático de los recursos del país y muy escasos avances en el bienestar colectivo.[1] Para entender con cierta aproximación las razones de la impotencia estructural que domina (a pesar de las esperanzas iniciales) la historia de la Nigeria independiente, es oportuno dar un salto hacia atrás y recorrer algunos de los tramos del pasado que han preparado este presente.

Huellas del pasado y legado colonial

En la historia moderna de aquella parte de África occidental que hoy constituye Nigeria se cruzan acciones y decisiones europeas que determinan el rumbo de un país imposibilitado para fijar el suyo propio. Un país que, a fuerza del prolongado contacto con un abrumador poderío exterior, no pudo más que reproducir, bajo diferentes ropajes, antiguos desequilibrios y factores internos de tensión cultural, religiosa y étnica. En Nigeria, la historia del último siglo y medio es un transcurrir del tiempo alrededor de una identidad frágil que, por muchas razones, no termina de cuajar.

Antes de la llegada de los europeos (inicialmente portugueses) a las costas occidentales de África, vivían en el territorio de la actual Nigeria varios pueblos con características distintivas de organización social y política: comunidades clánicas, ciudades-Estado, señoríos, los reinos hausas en el norte, etc. En el noroeste —al norte y al oeste del lago Chad— existía desde el siglo IX una organización estatal (la cultura kanem-bornú) de pueblos de origen nómada cuyas principales fuentes de vida habían sido tradicionalmente el pastoreo y el comercio caravanero con el mundo árabe mediterráneo. Desde el siglo XI, esta cultura se convirtió al islam: una religión de pastores, comerciantes y guerreros que comenzó la que sería la conquista religiosa de toda el África septentrional. Más hacia el occidente se desarrolló la cultura hausa: ori-

[1] Con la complicidad del incremento demográfico, la población en condiciones de pobreza es hoy, bien entrado el siglo XXI, muy superior a la que era en los momentos de la independencia y ha aumentado incluso en los últimos años de aceleración del crecimiento. Según el National Bureau of Statistics de Nigeria, en 2012 la pobreza tocaba a más de 61% de la población frente a 55% de 2004. National Bureau of Statistics, Nigeria, 2012. Disponible en http://www.nigerianstat.gov.ng/

ginada probablemente por el descenso de los tuareg y su posterior mezcla con la población negra de la ribera oriental del río Níger. Entre los centros de poder más conocidos de esta cultura estaba el estado de Kano, en la actualidad la ciudad más importante del norte nigeriano. La islamización comenzó aquí en el siglo XIV.[2]

En el sur, a los dos lados del delta del Níger, se desarrollaron los grupos yoruba e ibo. El primero de éstos, desde sus incipientes realizaciones urbanas (en el siglo XII), constituye una unidad étnica y lingüística —igual que el caso hausa— más que política. La historia yoruba es en efecto una historia de dominio de distintas ciudades-Estado sobre otras, de fronteras móviles y de periódicos conflictos intraétnicos. En lo que concierne a los ibo, al oriente del delta, cuando los europeos llegaron se encontraban organizados en estructuras tribales con escaso grado de complejidad jerárquica.

El arribo de Europa a las costas occidentales de África, a partir del siglo XVI, no resultó tan venturoso para los europeos como en otras latitudes, dada la escasez de importantes recursos naturales que pudieran extraerse o de riquezas acumuladas por los pueblos indígenas que pudieran saquearse. Estas tierras no tenían la calidad adecuada para su aprovechamiento agrícola, dados los conocimientos de la época; no escondían en su seno cantidades significativas de oro u otros metales preciosos. No quedaba entonces más que un solo recurso explotable: los propios africanos. Comenzó así el comercio de esclavos, que duraría casi cuatro siglos y que llevó a América entre 12 millones y 15 millones de hombres y mujeres, sin considerar los millones de muertos durante la captura o el trayecto oceánico. Sin embargo, es necesario apuntar que la trata de esclavos es anterior a los europeos. En efecto, desde los reinos hausas se llevaban oro y esclavos en caravanas que cruzaban el Sahara hasta el Mediterráneo y de ahí al Medio Oriente.

A partir del siglo XVI, el requerimiento de esclavos procedía fundamentalmente de las plantaciones de las Antillas en respuesta a la gran demanda europea de azúcar. Vendrán después los ciclos del café, el algodón, etc., con el mismo desenlace: la demanda europea en el origen y la trata de esclavos como consecuencia. Los portugueses, holandeses y daneses establecieron en las costas de lo que hoy son Ghana, Togo, Nigeria y Benín depósitos amurallados para mercadería que era intercambiada por seres humanos convertidos en esclavos por sus coterráneos deseosos de mercancía europea; sobre todo fusiles y municiones, que pronto se volvieron símbolos de poder, de prestigio e instrumento de supremacía local.[3] El comercio europeo en la costa activó

[2] Véase Pierre Bertaux, *África: Desde la prehistoria hasta los Estados actuales,* Siglo XXI Editores, México, 1974, pp. 58-72.

[3] Bajo influencia europea, los pueblos ashanti de Dahomey se convirtieron en traficantes de esclavos. Además, reyes y jefes de casi todas las etnias organizaban excursiones esporádicas contra otros grupos para obtener individuos que pudieran venderse como esclavos; a menudo eran co-

oleadas sucesivas de cambios hacia el interior que crearon un ambiente dominado por una opción: ser cazador de esclavos o ser esclavo. La trata contribuyó irresistiblemente a romper, a lo largo de los siglos, la organización tradicional de las comunidades locales creando nuevos conflictos y rencores entre tribus, entre jefes locales y sus respectivos súbditos, y entre regiones. No es difícil imaginar la inestabilidad y la zozobra que durante muchas generaciones de trata de esclavos prevalecieron en las poblaciones que vivían bajo esta amenaza permanente. ¿Cómo imaginar condiciones mínimas de seguridad que permitieran a la población africana dirigirse hacia alguna mejora productiva surgida del contacto con la civilización europea? El retraso que los pueblos de África habían acumulado históricamente frente a Europa, y que resultó dramático a comienzos del siglo XVI, será razón para la ruptura definitiva de su continuidad evolutiva y para la acumulación de nuevos retardos. Una ruptura que no abre el camino a un sistema social más complejo, sino a la combinación perturbadora de dos lógicas de organización social. Paradójicamente, esta combinación fue construida con la mezcla de lo peor de ambas culturas. Al mismo tiempo, la religiosidad yoruba transferida al otro lado del océano producirá fenómenos culturales permanentes como el candombe y su plétora de dioses africanos y ritos animistas más o menos cristianizados en ceremonias sincréticas en Cuba y en el nordeste de Brasil.

En 1807, con el Abolition Act, Inglaterra comenzó su abandono de la trata de esclavos que se completó en 1834, cuando quedó prohibida esa clase de *comercio* en todo el imperio de Su Majestad. Sin embargo, aún declinante, la trata siguió, sobre todo en barcos portugueses, hasta alrededor de la década de 1870. De cualquier manera, había llegado el momento de encontrar sustitutos a un comercio que el desempleo americano había hecho menos rentable y que la conciencia civil de varios sectores de la población europea había vuelto intolerable. El sustituto se encontró rápidamente con la llegada de los ingleses en la década de 1840 a las costas de África occidental y será el aceite de palma, un producto que era posible extraer de las palmeras que, en gran cantidad, crecían espontáneamente en el gran delta del Níger: una zona conocida, desde mediados del siglo XIX, con un nombre que no dejaba lugar a dudas: Oil Rivers. Y ahí se estableció uno de los primeros protectorados británicos en 1885, dos décadas después de que Lagos fuera anexada como colonia de la corona. Gracias a los comerciantes de Liverpool —movidos por la demanda creciente de lubricantes industriales de parte de las fábricas y los ferrocarriles ingleses— y a los intermediarios locales establecidos en distintos puntos de esta maraña de ríos y lagunas en el delta del Níger, comenzaron a correr

merciados los propios súbditos y se multiplicaron las prácticas de castigo que implicaban la reducción en esclavitud, para que los jefes locales pudieran obtener a cambio mercancía europea; véase Walter Rodney, "África occidental y la trata de esclavos del Atlántico", en Armando Entralgo (coord.), *África: Economía,* Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1979.

los ríos de aceite que darían nombre a la región. Un nombre que no sería cambiado mucho tiempo después con el descubrimiento de gigantescas reservas de petróleo en la zona.

A fines de la década de 1870, el delta devino en el teatro de acción de George Goldie, comerciante inglés que, una vez establecida la United African Company en 1879 y con el apoyo de su país, subió a contracorriente siguiendo el curso del Níger para establecer acuerdos comerciales y políticos con los jefes tribales que encontraba en el camino. Se formó así un área de influencia inglesa que avanzó hacia el norte bajo fuerzas militares al mando del propio Goldie. No es asombroso que el antiguo jefe del ejército privado del empresario inglés se convirtiera, en 1900, en el encargado del Protectorado de la Nigeria del Norte y, tiempo después, en el primer gobernador de la Federación Nigeriana —proclamada en 1914 con la unión del Protectorado de la Nigeria del Norte, el Protectorado del Delta del Níger, constituido en 1885, y la Colonia de Lagos establecida en 1861—.[4]

¿Cuál era la situación del norte cuando los británicos comenzaron a subir el curso del Níger? Aquí, un siglo antes, en la ola de la guerra santa desencadenada por un predicador iluminado, Usman dan Fodio, los pequeños reinos hausas fueron derrotados por los rebeldes nómadas del grupo étnico fulani, quienes expresaban motivaciones religiosas conjuntamente con la protesta contra los impuestos excesivos. El resultado fue el califato de Sokoto —que, como autoridad religiosa, llega hasta la actualidad— establecido en 1809 con varios emiratos. Dan Fodio no fue sólo el primer sultán, sino que contribuyó poderosamente a extender al pueblo entero (no únicamente en el norte) un islam sunita que hasta entonces estaba sustancialmente limitado a las élites urbanas y a las cortes hausas.[5]

Desde los albores del siglo XX, la penetración hacia el norte fue estimulada por la necesidad de los fabricantes de Lancashire de ampliar y diversificar sus fuentes de abastecimiento de algodón. Con su apoyo, en 1902, se formó la British Cotton Growers' Association, que tres años después de su fundación obtuvo del Colonial Office el monopolio para la compra de algodón en el norte de Nigeria. Con esto, dicho sea de paso, se sancionó la ruina de los fabricantes artesanales de tejidos de esta fibra en las regiones de Kano

[4] Véase Robert W. July, *A History of the African People,* Ch. Scribner's Sons, Nueva York, 1974, pp. 501 y ss. Tiene un inevitable valor simbólico el hecho de que la compañía fundada por Goldie fuera absorbida por Unilever hacia fines del siglo y que hoy una subsidiaria de Unilever, la United African Company, sea una importante empresa establecida en Nigeria.

[5] Véase M. Last, "The Sokoto Caliphate and Borno", en J. F. de Ajayi (coord.), *General History of Africa,* vol. VI, *Africa in the Nineteenth Century until 1880s,* Heinemann/UNESCO, Berkeley, 1989, pp. 557 y ss. Al margen: la figura del predicador y teólogo convertido en guerrero (o terrorista) tiene su primera expresión en Usman dan Fodio a fines del siglo XVIII, y su última manifestación en Muhammed Yusuf, a inicios del siglo XXI, protomártir de la organización terrorista Boko Haram al nororiente del país.

y Sokoto que exportaban sus productos a través del comercio caravanero.[6] La conquista militar inglesa del norte iniciada en 1886, con un ejército de 500 hombres y varias piezas de artillería, concluyó en 1903 cuando los británicos conquistaron Sokoto y mataron al sultán.[7]

El dato más significativo de la presencia foránea en el norte de Nigeria es que aquí se estableció inicialmente una forma de gobierno (ya experimentada en la India por la Compañía de las Indias Orientales) de especial eficacia colonial y de graves consecuencias en la historia posterior de Nigeria: el *indirect rule,* un sistema de bajo costo administrativo que encargaba a las élites autóctonas el cobro de impuestos y el mantenimiento del orden público bajo una aparentemente lejana (pero apremiante) *protección* británica. Por otra parte, el sur de Nigeria se había integrado tempranamente a la red del comercio mundial, con un rápido contagio occidental del sector más prominente y más ligado a los intereses coloniales de la población autóctona. Sin embargo, en el suroriente ibo, el *indirect rule* fue menos exitoso por la debilidad de las élites a las que se pudiera encomendar una tarea de hegemonía sobre la población local.[8] En el norte, la propia penetración colonial, comenzada a fines del siglo XIX, favoreció la conservación de las antiguas estructuras islámicas basadas en la centralidad del emir como autoridad local subordinada al califato de Sokoto. El *indirect rule* no fue otra cosa que un arreglo entre estas autoridades locales y el poder colonial: a cambio de que los emires se convirtieran en tutores de la estabilidad sociopolítica y en agentes fiscales ingleses (recibiendo por las dos funciones un sueldo), el poder colonial se comprometía a no modificar ni las prácticas colectivas establecidas, con sus ritos, valores y privilegios, ni las estructuras tradicionales del poder local. Si en el resto de Nigeria la penetración de los misioneros y sus escuelas se volvió instrumento de aculturación de una nueva élite, eso no ocurrió en el norte del país donde las propias autoridades británicas impidieron, para buena paz de los comercios, la penetración de los evangelizadores. Así que aquello que más positivo hubiera podido resultar históricamente de la colonización inglesa se perdió: la disolución del arcaísmo sociopolítico autóctono era retardada en beneficio de un *statu quo* por el que la extracción de los excedentes locales compensaba todo afán de modernización social inducida desde afuera. Algo parecido a lo que había ocurrido con los *zamindari* en la India.[9]

[6] R. W. Shenton y L. Lennihan, "Capital and Class: Peasant Differentiation in Northern Nigeria", *The Journal of Peasant Studies,* vol. 9, núm. 1, pp. 54-55.

[7] Véase M'Baye Gueye y A. Adu Boahen, "African Initiatives and Resistance in West Africa (1880-1914)", en A. Boahen (coord.), *General History of Africa,* vol. VII: *Africa under Colonial Domination (1880-1935),* Heinemann/UNESCO, Berkeley, 1985, p. 137.

[8] Bolaji O. Omitola, "The Development and Problems of Nigerian Public Service", en Adeoya A. Akinsanya y John A. Ayoade (coords.), *An Introduction to Political Science in Nigeria,* University Press of America, Lanham, 2013, p. 331.

[9] Un arreglo parecido se dio en la Italia posunitaria, cuando la burguesía norteña renunció a

Para comprobar la sabiduría colonial inglesa —tan alejada de los afanes de evangelización de los pueblos colonizados que a menudo caracterizó a Francia, por no hablar de los países ibéricos— será suficiente indicar su tolerancia a la enseñanza islámica y la prohibición de que los europeos fueran dueños de tierras. Permitir lo primero y prohibir lo segundo eran evidentes prerrequisitos de una paz social que no debía ser alterada para que la canalización ordenada de riquezas hacia Inglaterra siguiera su curso.

El ejercicio de poder colonial se manifestó a lo largo de la primera mitad del siglo XX con la fragmentación de Nigeria en áreas consideradas internamente homogéneas que garantizaban a la administración local una mayor eficiencia mientras se mantenían y confirmaban las diferencias étnico-regionales que eran un obstáculo, por así decir, endógeno al desarrollo de una oposición unificada al dominio colonial.

> No obstante la formación de la Federación Nigeriana en 1914, la administración inglesa entre las dos guerras mundiales se orientó a profundizar las diferencias regionales, especialmente entre el norte y el sur. A los emiratos musulmanes, ya aislados y xenófobos, se les permitió una forma de autogobierno que seguía fórmulas feudales, mientras los pueblos de occidente y oriente, aunque irritados bajo un desacertado "gobierno indirecto", fueron impulsados hacia adelante en el mundo contemporáneo por sus deseos de alcanzar algunos de los beneficios de la educación occidental.[10]

Durante la segunda Guerra Mundial se establecieron diferentes consejos de comercialización *(marketing boards),* encargados de concentrar la producción regional y promover y administrar su venta en el exterior. Inmediatamente después de la guerra, y para garantizar diseños institucionales-regionales adecuados a las tradiciones locales (y evitar conflictos interétnicos), en 1946 se crearon tres regiones que, de alguna manera, anunciaban autogobiernos conducentes a una posterior independencia. O sea, el norte hausa-fulani (islámico) y las dos regiones sureñas (ambas cristianas), el oeste yoruba y el este ibo con sus respectivas administraciones públicas.[11] A fines de la década de 1950 se inauguró el autogobierno regional que llevó finalmente a la independencia del país en 1960.

En el camino hacia la independencia hay que señalar dos aspectos. El primero es la importancia (aquí como en varias otras experiencias de emancipa-

ejercer su función reformadora en el sur del país para garantizar una paz social que implicó, sin embargo, el congelamiento en el tiempo de formas sociales y productivas arcaicas. En la gran mayoría de los países latinoamericanos recién independizados sucedió algo parecido con las alianzas entre burguesías comerciales que asumieron el poder político central y otorgaron a los grandes intereses agrarios establecidos el derecho a seguir ejerciendo el poder local.

[10] R. W. July, *op. cit.,* p. 599.

[11] Michael Crowder, *The Story of Nigeria,* Faber and Faber, Londres, 1962, p. 256.

ción colonial) de una élite de jóvenes que adquirieron su educación universitaria en el país colonizador. En otros términos, fue en Londres donde maduraron las aspiraciones nacionalistas, durante y después de la segunda Guerra Mundial. La segunda observación es el carácter étnico de los partidos que negociaban (la expresión *conquistaban,* en el caso de Nigeria, implicaría un añadido de énfasis fuera de lugar) la autonomía de Gran Bretaña. El primer partido creado por una de las personalidades de la independencia nigeriana, Nnamdi Azikiwe (primer presidente de la nueva nación), fundó en 1944 el National Council of Nigeria and the Cameroons (NCNC) después National Council of Nigerian Citizens en el que la etnia ibo era dominante. El suroriente de Nigeria, lugar con pocas tierras de uso agrícola y alta densidad demográfica, se caracterizó por procesos migratorios que empujaban a muchos ibos al centro y al norte del país. Esto, aunado a la importante presencia de esta etnia en la administración pública y en las empresas privadas, y a cierto peso en la intelectualidad, produjo rivalidades que favorecieron la creación en 1949 de un partido hausa-fulani, el Northern People's Congress (NPC) y en 1951 un partido yoruba, el Action Group. Tres partidos étnicos-regionales.[12] Una paradoja, por cierto, considerando que, en el espíritu de los procesos preparatorios de las independencias africanas, los valores dominantes, a partir del Congreso Panafricano de Manchester de 1945, eran el ideal de un continente unificado y socialista. A pesar de ello, la inercia cultural y política condujo a la creación de partidos étnicos donde el socialismo, cuando aparecía, lo hacía como una vaga retórica discursiva.

Instituciones, etnias y conflictos

En este apartado se intersecan y contagian recíprocamente dimensiones relativas a la conformación institucional (con sus apéndices clientelares y corruptivos), a la secuencia de gobiernos y a la naturaleza de los conflictos étnicos-regionales que llegan hasta el presente. Estos conflictos reflejan una especie de *residuo* social indeseado de diseños institucionales incapaces de expresar una complejidad no apaciguada en estructuras que puedan canalizarla sin periódicas tensiones sociales de mayor o menor carga explosiva con la consecuencia de muertos y la acumulación de rencores destinados a dejar una estela de nuevos conflictos. Veremos en el siguiente apartado la evolución y entrampamientos propios de una economía tradicionalmente arcaica que recorrió sus primeras etapas de modernización en medio de una fuerte dependencia de la renta petrolera.

[12] Véanse James S. Coleman, *Nigeria: Background to Nationalism,* University of California Press, Oakland, 1963, pp. 332-351; Jean Suret-Canale y A. Adu Boahen, "West Africa 1945-60", en A. Mazrui (coord.), *General History of Africa,* vol. VIII: *Africa since 1935,* Heinemann/UNESCO, Berkeley, 1993, pp. 162 y ss.

Desde 1954, Nigeria se encuentra formalmente dividida en tres regiones (norte, suroeste y sureste), lo que constituye un punto de equilibrio entre etnias dominantes en cada una de ellas y la necesidad británica de crear un sistema de gobiernos con menores costos (por el *indirect rule*) y menores tensiones hacia la potencia colonial. Sin embargo, este sistema no estaba libre de desajustes internos como resultará a partir de la independencia, cuando norte y sureste (en términos étnicos: hausa-fulanis e ibos) se alían excluyendo al suroeste, o sea, al grupo yoruba. Con esto se mostraban dos dificultades: la primera, relativa al fuerte peso demográfico del norte que amenazaba con traducirse en control de la mitad musulmana del país sobre la otra mitad cristiana y la segunda relativa a las insatisfacciones de los grupos étnicos minoritarios al interior de cada una de las tres regiones. Como parcial respuesta a estas tensiones, en 1963, cuando el nuevo país independiente se declaró república —remplazando a la corona Windsor con un jefe de Estado nigeriano—, las tres regiones se volvieron cuatro con la creación de una amplia zona intermedia entre sur y norte. Pero el hecho traumático que abrió las puertas a una reorganización territorial e institucional del país ocurrió a partir de los últimos años de la década de 1960, con el intento secesionista de la zona oriental de Nigeria, de mayoría ibo, lo que dio lugar a la sangrienta guerra de Biafra. En las dos décadas sucesivas a esta guerra (entre 1967 y 1996), el país pasó de cuatro regiones a una plena estructura federal de 36 estados con sus respectivos gobernadores y asambleas locales. ¿Qué implicaciones se derivaron de este cambio? Una consecuencia mayor: la guerra de Biafra tuvo el resultado no intencional de fortalecer el centro del poder político y alentar el sentido nacional frente a una parte del territorio que buscaba separarse del resto.

A partir de esta guerra resultó evidente que, para evitar episodios similares en el futuro, era necesario fragmentar al país en tal número de estados que ninguno de ellos dispusiera de la fuerza necesaria para repetir la experiencia biafrana y así evitar otro desafío al poder central de la nueva nación independiente. Con esta decisión se consiguieron dos resultados relevantes. En primer lugar, se otorgó a las élites locales la posibilidad de enriquecimiento (aprovechando las cuotas presupuestales federales asignadas a cada entidad como parte de los gigantescos ingresos petroleros); la fragmentación territorial delimitó un espacio políticamente inofensivo, pero altamente rentable para las élites locales. El otro aspecto es que, con el nuevo diseño territorial, se buscaba crear entidades de tamaño demográfico relativamente similar y distribuir a cada una de las etnias mayores en al menos cinco diferentes estados, de modo que los fragmentados intereses territoriales prevalecieran sobre los agregados étnicos.[13] O sea, el acto de fortalecimiento del poder central fue al mismo tiempo ocasión involuntaria para favorecer el desarrollo de un nuevo,

[13] Véase Rotimi T. Suberu, *Federalism and Ethnic Conflict in Nigeria,* United States Institute of Peace Press, Washington, D. C., 2001, pp. 5-13 y 33-39.

si bien fragmentado, etnorregionalismo. Desde 1979, en nombre de una equilibrada repartición geográfica de pesos y beneficios, en ese etnorregionalismo se estableció el criterio de cuotas estatales en la administración pública federal. Las razones de la gobernabilidad se impusieron sobre un abstracto principio meritocrático, políticamente inviable en las concretas condiciones del país.

Siguiendo una trayectoria de reforzamiento del centro político nacional, en 1991 la capital del país fue transferida de Lagos (en el área meridional yoruba) a Abuya, una pequeña ciudad en una zona central de Nigeria considerada neutra respecto a los mayores grupos indígenas del país. A modo de confirmación de cómo la política sea, en el universo del atraso, independientemente de tiempos y latitudes, la mayor fuente de generación de riquezas individuales y empleos, el área metropolitana de Abuya (una especie de Brasilia africana) ha estado entre las de mayor crecimiento a escala mundial alcanzando más de seis millones de habitantes en 2016. La más reciente novedad (cronológica) en términos de la arquitectura político-institucional fundamental se activó desde 1999, cuando, con un general en la presidencia, terminó el largo ciclo de 16 años de gobiernos militares que hundieron al país en niveles hasta entonces impensados de corrupción y desprestigio interno e internacional. Se trata del *zoning,* el acuerdo de alternancia en la presidencia de un candidato del sur y uno del norte. De nuevo, una especie de equidad territorial que revela la debilidad del sentido de pertenencia nacional en una población cuya identidad étnico-regional sigue siendo preponderante.

Si consideramos las primeras seis décadas de la independencia del país, la mitad de ellas transcurrió bajo gobiernos militares y la otra mitad bajo gobiernos civiles. Al margen: desde que el país volvió al gobierno civil (la cuarta república) en 1999, los gobiernos han sido encabezados por dos generales (Obasanjo y Buhari, ambos ex golpistas) y dos civiles (Yar'Adua y Jonathan). La conquista de instituciones democráticas (sin considerar sus logros sociales) ha sido (y sigue siendo) aquí muy trabajosa, lo que, en parte, puede deberse a la previa condición colonial. Pero también en la India la condición colonial estuvo presente (y por mucho más tiempo) sin que la independencia subsiguiente experimentara nunca una ruptura militar de las instituciones civiles. La diferencia con Nigeria tal vez respondió a un mayor enraizamiento en las élites político-burocráticas indias de una cultura liberal-democrática importada, sin considerar la mayor consolidación secular de valores y comportamientos colectivos menos ligados a señoríos locales y más moldeados en estructuras estatales de amplitud superior tanto en el espacio geográfico como en el tiempo histórico. El hecho es que en muchas ocasiones los golpes militares que han salpicado la historia contemporánea de Nigeria se presentaron como remedios contra la corrupción desbordada de los gobiernos civiles, sin que por ello se haya podido mostrar que los militares fueron menos corruptos o más eficaces que los civiles contra cuya mezcla de corrupción e ineptitud se levantaron. Estamos frente a una asombrosa secuencia de saqueos impunes de re-

cursos públicos de parte de élites políticas (civiles o militares). Y entre inestabilidad política y corrupción impune difícilmente pudo observarse algún avance en el terreno de una mayor eficacia o credibilidad de las instituciones o en el terreno de una mejora sustantiva en las condiciones de vida de grandes masas de la población. Tampoco pudo mostrarse la activación de un circuito virtuoso con el desarrollo de actividades económicas más productivas y dependientes de una mayor integración del mercado nacional.

Desde 1966 comenzó una secuencia de golpes militares destinados a incrustar en la sociedad nigeriana un problema de credibilidad social de las instituciones. Un problema que, en realidad, permaneció incluso con el retorno (hasta ahora el más prolongado) de los gobiernos civiles a partir de 1999. Después de la guerra biafrana, el *boom* petrolero (con sus dos mayores puntas en 1973 y 1979) abrió una etapa prolífica para el florecimiento de la corrupción y del cíclico intento de sucesivos mandos militares para asegurarse el control político sobre los nuevos flujos de riqueza petrolera. El retorno al gobierno civil será de breve duración (1979-1983, la segunda república), mientras la corrupción seguía su marcha independientemente del tipo de gobierno. Y así, en nombre del saneamiento moral contra la malversación de recursos públicos, el general Muhammadu Buhari dio su golpe en 1983. Wole Soyinka (Nobel nigeriano de Literatura de 1986) duda de las motivaciones morales del general afirmando que Buhari realizó su golpe contra un gobierno que lo estaba investigando y narra un episodio en el que 53 maletas repletas de dinero de dudosa proveniencia cruzaron la frontera nigeriana con la ayuda, en la aduana, de asistentes del propio Buhari.[14] Mismo personaje, por cierto, que regresó a través de elecciones abiertas a la presidencia en 2015 cabalgando los lemas de la batalla contra el grupo terrorista islámico Boko Haram y, para no equivocarse, la *evergreen* lucha contra la corrupción.

En 1985, el gobierno militar fue depuesto por otro golpe militar, esta vez del general Ibrahim Babangida, quien permanecería en el poder hasta 1993. El *boom* petrolero se había agotado desde inicios de la década de 1980 y las nuevas autoridades se enfrentaban a una economía declinante y a crecientes desequilibrios fiscales con el añadido de un fuerte endeudamiento externo. Desde 1986, con aprobación del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial, el general Babangida introdujo un Programa de Ajuste Estructural pensado para obtener beneficios a largo plazo al costo de sacrificios inmediatos en las condiciones de vida de la mayoría de la población. En 1993, frente al riesgo de que el descontento social se volviera factor de una nueva crisis institucional que afectara la cohesión interior del Ejército, se convocó a elecciones para el retorno a un gobierno civil. Repitiendo (probablemente sin saberlo) lo que había hecho en su tiempo Getulio Vargas en Brasil, Babangida se dedicó a diseñar los dos partidos (uno de centro-izquierda y el otro de cen-

[14] Wole Soyinka, *Partirás al amanecer,* RBA, Barcelona, 2010, pp. 327-328.

tro-derecha) que deberían contender en el futuro con el retorno a la democracia. Un delirio de omnipotencia en formato de ingeniería política futurista. Las elecciones se llevaron a cabo, pero a Babangida no le gustó el resultado y las anuló. Y mientras el caos avanzaba, forzado por una prensa finalmente crítica y diversas manifestaciones de protesta,[15] el general entregó el poder a un consejo de gobierno interino que permaneció al mando dos meses y medio hasta que otro general (Sani Abacha), esta vez un norteño, al contrario de Babangida, realizó un nuevo golpe de Estado que abrió a Nigeria al régimen más represivo, corrupto y violador de los derechos humanos de su historia reciente. Inicialmente, para granjearse el apoyo popular, el nuevo dictador arrestó a asambleístas locales y a políticos ligados al precedente dictador. Volvamos a Soyinka, que debió huir del país para salvar su vida a pesar de su prestigio como premio Nobel. He aquí lo que escribe:

> El público graznó su aprobación […] y Abacha se dispuso a jugar con el populacho cautivo. Inauguración de una nueva asamblea constituyente, un tercio de cuyos miembros los nombraría él. Nuevo calendario para la restauración civil, luego otro. Arrestos. Detenciones. Vacaciones forzosas de la asamblea constituyente, y posterior regreso de los miembros, sosegados y complacientes. Asesinatos misteriosos, por lo general atribuidos a ladrones armados. Retiro fulminante de los oficiales más profesionales.[16]

En los simulacros posteriores para armar una autosucesión que diera vestiduras civiles a su autoridad absoluta, Abacha observó con benevolencia la organización *espontánea* de un movimiento fonéticamente atractivo: YEAA, o sea, Youth Earnestly Ask for Abacha.[17] Después de su muerte súbita en 1998, se abrieron finalmente las puertas al retorno de gobiernos civiles. El primero de ellos fue encabezado por el general retirado Olusegun Obasanjo que, dicho al margen, había formado parte en 1975 del equipo castrense de otro general golpista: Murtala Muhammed. Según un ex embajador de los Estados Unidos en Nigeria, la elección de Obasanjo en 1999 fue organizada por los militares y sus aliados empresariales alrededor del People's Democratic Party (PDP), en un proceso electoral fraudulento.[18] Obasanjo volvió a reelegirse cuatro años después. En los ocho años de su gobierno, además de episodios de corrupción personal que no fueron perseguidos, se calculan en el país 160 asesinatos políticos y más de 10 000 asesinados en varios episodios de conflictos etnorreligiosos. Cuando Obasanjo fracasó en su intento por modificar la Constitución

[15] Mamman Lawan, "Law and Development in Nigeria: A Need for Activism", *Journal of African Law,* vol. 55, núm. 1, 2011, p. 83.

[16] W. Soyinka, *op. cit.,* p. 537.

[17] *Ibid.,* p. 641.

[18] Véase John Campbell, *Nigeria: Dancing on the Brink,* Rowman & Littlefield, Lanham, 2013, p. 9.

para reelegirse por tercera vez en 2007, replegó sobre un civil con la esperanza de ser el poder real detrás del trono. En elecciones de dudosa limpieza asumió la presidencia un hombre del norte, Umaru Yar'Adua, quien murió en 2010 antes de completar su mandato. El cargo fue asumido por el vicepresidente Goodluck Jonathan, un cristiano del sur, quien completó el periodo presidencial y sorpresivamente se postuló a la presidencia en 2011 ganando en medio de protestas con centenares de muertos en el norte. En 2015, Jonathan volvió a presentarse y por primera vez en la historia nigeriana, y el presidente titular (del PDP) fue derrotado por el general retirado Ibrahim Buhari del All Nigeria People's Party (ANPP), otro general golpista de 1983. Buhari llegó a la presidencia a través de un proceso electoral que fue probablemente el más limpio en la historia independiente nigeriana y con una campaña electoral basada en la promesa de una fuerte iniciativa militar contra el terrorismo islamista de Boko Haram y, para conservar la tradición, contra una inagotable corrupción pública.

Buhari llegó a la presidencia en plena recesión económica propiciada desde 2014 por el nuevo descenso en el precio del petróleo. Anteriormente, en la ola del repunte del precio internacional del crudo a comienzos del nuevo siglo, la economía había experimentado un largo ciclo de crecimiento, pero sin una mejora significativa en las condiciones de vida de las mayorías. La pobreza, como veremos en el siguiente apartado, incluso empeoró en medio de una política pública que redujo la intervención económica del Estado. Las cosas se complicaron con la recesión desde 2015. Pero veamos, antes de pasar al siguiente apartado, dos temas que han dominado la vida nigeriana desde la independencia sin que hasta ahora haya sido posible encontrar fórmulas adecuadas para su resolución: la corrupción y los conflictos etnorreligiosos.

Como en otras ocasiones, volvemos a la corrupción como al aspecto más visible de una deficiente coherencia instrumental con los objetivos declarados de las instituciones; una *laguna* (más bien una deficiente *organización* del Estado) que impide a cualquier política pública o estrategia económica cumplir sus expectativas más o menos racionalmente fundamentadas. La corrupción vuelve imposible aquello que teóricamente podría serlo; como si en una organización institucional formalmente racional operara un escondido (y activo) principio entrópico. En el caso nigeriano, estamos frente a uno de los episodios modernos más demoledores de instituciones predatorias frente a recursos colectivos que deberían administrar con mediana honorabilidad. Según algunos estudiosos, entre 1960 y 1999 los funcionarios públicos sustrajeron al país una cantidad de recursos equivalente a seis veces el Plan Marshall después de la segunda Guerra Mundial.[19] Éste ha sido (y sigue siendo) el tamaño del descalabro económico-institucional nigeriano. La esperanza era que, con el

[19] *Cf.* Daniel Egiegba Agbiboa, "Between Corruption and Development: The Political Economy of State Robbery in Nigeria", *Journal of Business Ethics,* vol. 108, núm. 3, 2012, p. 335.

retorno a la democracia, las cosas cambiarían. No fue así. El país enfrenta, virtualmente impotente, la inercia, institucional y cultural consolidada como tolerancia social hacia la corrupción. En una auditoría a la compañía petrolera pública realizada en 2016, se descubrió que entre 2011 y 2015 ésta había sustraído 25 000 millones de dólares al tesoro público y, para seguir con una saga sin fin, se arrestó a un ex asesor de seguridad pública que se había apropiado de 2 000 millones de dólares en la supuesta compra de helicópteros y aviones por parte del Estado.[20] Durante el gobierno de Obasanjo se creó una agencia anticorrupción, la Economic and Financial Crimes Commission (EFCC), cuyos responsables parecían más capacitados que efectivos.[21] Por lo pronto, el responsable de la agencia fue removido por el sucesor de Obasanjo en cuanto se atrevió a iniciar investigaciones sobre el presidente anterior.

Pero aquí, como en cualquier otro caso nacional en que la corrupción sea un factor de disgregación de la coherencia institucional y de la credibilidad social de las instituciones (como se vio acerca de la India o de la Italia meridional después de la unificación), el problema no corresponde tanto a una patología asociada a comportamientos individuales desviantes, sino a una fisiología malsana de reproducción de las instituciones públicas y de sus vínculos con élites y extendidos cuerpos sociales. Algunos investigadores nigerianos intentaron construir una visión macro a partir de un estudio de caso acerca del comportamiento y el tipo de vínculos sociales del hombre fuerte de la ciudad de Ibadán, al sur del país: el jefe Lamidi. Tenemos aquí un individuo en el centro de una amplia red de relaciones entre electores, élites locales y gobernantes regionales y nacionales que, en virtud de estas relaciones, garantiza a sus clientes acceso al crédito, puestos públicos, contratos de obras públicas, además de importantes cargos políticos que permiten conservar y ampliar la trama clientelar mencionada, todo lo cual opera en un sistemático intercambio de votos y favores. Por su cercanía con el pueblo, el jefe Lamidi habla de sí mismo como de un "socialista", mientras, a menudo, contrata matones para intimidar a sus adversarios políticos. Huelga mencionar la popularidad y el prestigio local del personaje en cuestión y el aprecio de Obasanjo, quien lo consideró padre del PDP.[22] Como resultado de lo anterior, la corrupción que beneficia sobre todo a las élites políticas y al sistema económico que se construye bajo su sombra protectora llega a amplificarse a varios grupos de población que obtienen migajas del banquete corruptivo que entretiene a élites extorsivas e impunes. Es así como nos encontramos con una administración pública sobredimensionada, poblada por trabajadores poco capacitados, muchos em-

[20] "How Nigeria Is Fighting Corruption", *The Economist,* 27 de julio de 2017. Disponible en https://www.economist.com/the-economist-explains/2016/07/27/how-nigeria-is-fighting-corruption.

[21] Véase J. Campbell, *op. cit.,* p. 33.

[22] Véase Ayokunle O. Omobowale y Akinpelu O. Olutayo, "Chief Lamidi Adedibu and Patronage Politics in Nigeria", *The Journal of Modern African Studies,* vol. 45, núm. 3, 2007, pp. 431 y ss.

pleados fantasmas (cuyos salarios se desvían hacia dirigentes sindicales u hombres fuertes locales), empleados públicos despedidos por el gobierno entrante para hacer lugar a sus clientes-electores, etc. Dicho brutalmente, en apariencia la corrupción conviene a todos, menos a las grandes mayorías rurales y urbanas que, recibiendo algún precario favor, pagan las cuentas en términos de menores beneficios sociales, escasas inversiones productivas (por la incertidumbre sistémica), limitado desarrollo económico y reducidos empleos y salarios que serían posibles en ausencia de un desorden extorsivo fuera de control. Frente a este escenario parece ingenua la idea de combatir, como se ha sugerido, la corrupción a través de un retorno a tradiciones étnicas como la autoorganización yoruba para llenar el hueco de confianza entre sociedad e instituciones.[23] La nostalgia sobre el poder terapéutico de las antiguas tradiciones tribales parece una forma de escapismo nativista más que un modo realista para enfrentar el doble problema de la poca autocontención institucional (como falta de frenos incorporados) y la escasa capacidad de control social sobre las élites políticas.

En cierta medida, es legítimo decir que en Nigeria la corrupción institucional es una derivación del escaso sentido de pertenencia y de responsabilidad nacional asociado a una larga historia de segmentación étnica. Si es cierto que en ese país la lealtad de los individuos es más debida al grupo étnico de origen que a la nación, también es cierto que la cohesión nacional sigue siendo una tarea en proceso. Y la forma más dramática de esto es un faccionalismo beligerante que hace retroceder, frente a cada avance, tanto la lucha contra la corrupción como la afirmación de un fuerte sentido de unidad. La débil identidad nacional resulta tanto de una corrupción que refleja fidelidades segmentadas como de una crónica conflictividad interétnica. Dediquemos algunas observaciones a este último aspecto.

En los inicios de 1966, un grupo de oficiales del Ejército nigeriano realizó un golpe de Estado (que inauguró una larga serie de ellos) durante el cual los dos primeros ministros regionales del norte y el suroeste fueron asesinados. Varios de estos oficiales pertenecían a la etnia ibo. En mayo del mismo año ocurrió un contragolpe y en el norte del país estallaron pogromos contra los ibos asentados en la región, forzando a decenas de miles de ellos a regresar al sureste. Es ahí cuando se declaró la secesión con la declaración de independencia de Biafra. Comenzó una guerra contra la minoría ibo, que pretendía separarse de Nigeria, la cual duró 30 meses con un costo humano de entre 1.5 millones y tres millones de muertos;[24] probablemente la mayoría de éstos

[23] Bamidele Ayo, *Public Administration and the Conduct of Community Affairs among the Yoruba in Nigeria*, Institute for Contemporary Studies, Oakland, 2002, pp. 207-208.

[24] Chinua Achebe, el famoso novelista nigeriano de origen ibo, que fue funcionario del gobierno secesionista, describió esta guerra en *There was a Country: A Personal History of Biafra*, Penguin Press, Nueva York, 2012; véase para la descripción de las fases iniciales del conflicto, pp. 65-83.

fue víctima del bloqueo de las fuerzas nigerianas, lo que produjo una hambruna devastadora. Para recordar la irreducible complejidad nigeriana, sólo es el caso mencionar que tres décadas después del fracasado intento secesionista de Biafra se asistió a un renacimiento de sentimientos separatistas en la misma zona, donde dos terceras partes de la población no tuvieron experiencia directa de aquella tragedia, mientras, al mismo tiempo, varios grupos étnicos minoritarios del sureste manifestaron su oposición a una perspectiva que los subordinaría a la hegemonía ibo.

Acerquémonos en el tiempo: desde hace años en el sur del país ha tomado fuerza la resistencia a la explotación petrolera que no solamente no ha mejorado la vida de los lugareños, sino que ha producido una severa degradación ambiental en el extendido delta del Níger. La embrollada diversidad nigeriana se muestra aquí en variedad de grupos juveniles armados que atacan las instalaciones petroleras y a los marinos encargados de su resguardo, secuestran y matan tanto a trabajadores como a dirigentes de las empresas mientras, a menudo, ligados a élites locales y a grupos criminales, usan un lenguaje de defensa de los derechos humanos o ambientalista.[25] Un galimatías social en que a veces los jóvenes armados, ya acogidos a las amnistías, se vuelven vigilantes a sueldo en las instalaciones petroleras. Aquí los grupos criminales —que perforan los ductos, toman por asalto las estaciones de bombeo, venden petróleo de contrabando o asaltan barcos cisterna para comprar armas— adquieren un lenguaje de justicieros sociales. Mismo espacio donde élites locales enriquecidas con el despilfarro de los recursos públicos derivados del petróleo reclaman más de ellos en un despliegue de cinismo enmantado de patriotismo localista y proyectos veleidosos de autogobierno. En este universo exasperado —donde las razones reales y legítimas de la protesta se mezclan inextricablemente con fanatismo y cinismo—, todas las verdades parecen naufragar en una mentira tan multifacética como inaprensible, ocurren a menudo las alianzas más impensadas en las que organizaciones, de lenguaje y métodos revolucionarios, establecen acuerdos con las compañías petroleras para instrumentar planes de desarrollo ficticios que sirven, únicamente, para dar a las multinacionales una apariencia de responsabilidad social. Es común que las organizaciones juveniles rebeldes sean de exclusiva pertenencia étnica de los grupos ijaw, ikwerre, ogoni, isoko, etc., en un delta que comprende nueve estados y más de 30 millones de habitantes. En esa extendida zona palustre, con una riqueza descomunal que alimenta desde hace décadas la corrupción pública conviviendo con miseria y degradación ambiental, la radicalización de las luchas ocurre desde fines del siglo pasado después del ahorcamiento del escritor Ken Saro-Wiwa junto con otros ocho

[25] *Cf.* Omolade Adunbi, *Oil Wealth and Insurgency in Nigeria,* Indiana University Press, Bloomington, 2015, p. 18; y Agustin Ikelegbe, "The Perverse Manifestation of Civil Society: Evidence from Nigeria", *The Journal of Modern African Studies,* vol. 39, núm. 1, 2001, pp. 13 y ss.

miembros del Movimiento para la Sobrevivencia del Pueblo Ogoni, durante la dictadura de Sani Abacha. Saro-Wiwa había escrito:

> La explotación del petróleo ha convertido la tierra ogoni en tierra yerma; campos, corrientes y arroyos están total y continuamente contaminados; la atmósfera ha sido envenenada, cargada como está de vapores de hidrocarburos, metano, monóxido y dióxido de carbono y hollín que viene de los gases que se queman 24 horas al día desde hace 33 años muy cerca de las casas de los habitantes de la zona. Lluvias ácidas, derrames de petróleo y sus vapores han devastado las tierras ogoni. Y los oleoductos de alta presión cruzan peligrosamente la superficie en las tierras agrícolas de los ogoni y sus aldeas.[26]

Después de la ejecución de Saro-Wiwa por la dictadura más despiadada conocida en Nigeria hasta la actualidad, a pesar de las protestas nacionales e internacionales, de ahí en adelante la lucha se radicaliza con diferentes organizaciones que a veces están ligadas a señores locales de la guerra. Una ira social justificada se mezcla con formas de fanatismo irracional con resultados nunca positivos en medio de un circuito vicioso aparentemente interminable de violencia juvenil y represión institucional en que las víctimas son las poblaciones del delta.[27] Desde hace años, el mayor problema para las compañías petroleras es la inseguridad que ha convertido las áreas de explotación en pequeñas ciudadelas fortificadas para los funcionarios y técnicos de las empresas bajo permanente vigilancia militar. La consecuencia más importante ha sido, desde antes de la baja del precio internacional del petróleo en 2014, la severa reducción de la producción nigeriana de crudo. No son infrecuentes los actos de piratería con asalto a los pozos *offshore* y el secuestro de embarcaciones de diversos tamaños.

Otra gran fuente de conflictos, que ha alimentado el caldo de cultivo de una dramática experiencia de terrorismo islamista, se encuentra en el norte del país y, sobre todo en el nordeste, un lugar donde se cruzan historias de raíces lejanas. Volvamos por un momento a las elecciones anuladas de 1993 para mapear someramente los conflictos que acompañan al nuevo despliegue *identitario* de un norte mayoritariamente islámico. En esas elecciones ganó la presidencia una figura anómala, un musulmán yoruba. La anulación del voto produjo, en el suroeste, ataques contra muchos hausas que causaron decenas de muertos obligando a que una gran cantidad de miembros de esta etnia

[26] Citado en Tarila Marclint Ebiede, "Conflict Drivers: Environmental Degradation and Corruption in the Niger Delta Region", *African Conflict and Peacebuilding Review,* vol. 1, núm. 1, 2011, p. 142.

[27] Véase Jeremiah O. Arowosegbe, "Violence and National Development in Nigeria: The Political Economy of Youth Restiveness in the Niger Delta", *Review of African Political Economy,* vol. 36, núm. 122, 2009, pp. 576 y ss.; A. Ikelegbe (*op. cit.,* p. 13) habla de "brutalización" de la población civil.

volviera al norte. Y ahí, en un ciclo interminable de causas-efectos, ocurre la revancha contra los yorubas asentados en el norte que también trajo decenas de muertos.[28] Durante los primeros años del nuevo siglo, en un proceso en que se mezclan varios elementos (no todos ellos estrictamente nacionales), varios estados del norte introducen la *sharia* (la ley islámica) en sus códigos penales. Es en una afirmación de la propia identidad, entre empujes de renovación religiosa, movimientos salafistas de retorno a la supuesta pureza de las originarias enseñanzas islámicas, predicadores y políticos locales que intentan fortalecer su capacidad de negociación con el centro federal cabalgando el tigre del fanatismo religioso.

Después de realizar varias entrevistas en el norte del país, un estudioso registra que el movimiento de afirmación de la *sharia* no expresa aquí una intención a favor de un Estado islámico ni un rechazo social a la democracia pluralista, sino un intento de síntesis entre democracia e islam en un contexto de repulsa hacia la corrupción institucional y hacia la creciente desigualdad social, vistas como enfermedades colectivas que pueden tener un contrapeso con el retorno de valores religiosos.[29] Es probable que este punto de vista tenga algún soporte. En efecto, la *sharia* que se ha introducido en el norte puede considerarse una versión *suave* respecto, por ejemplo, del wahabismo en Arabia Saudí. De la misma manera, difícilmente podría hablarse de un proceso de *talibanización* en los estados norteños de Nigeria.[30] Y además, a pesar del resurgimiento de los preceptos religiosos en el norte, Nigeria sigue siendo una nación sin partidos islámicos. Aun así, es más frecuente en diferentes áreas del norte, respecto a fines del siglo pasado, el uso del velo y otros códigos de vestimenta femenina además de las prohibiciones al transporte público mixto, aunque éstas sean de aplicación intermitente. Estamos frente a un atavismo que resurge buscando en el retorno a la ardiente religiosidad el medio para dar nobleza a la resistencia-inercia frente a la apertura (incluso más cultural que política) al cambio. La insistencia en las virtudes religiosas, como antídoto a los males sociales, no ha producido ninguna novedad significativa en contra de las razones que han presidido a su afirmación social; o sea, ningún progreso en los frentes de la desigualdad o de la corrupción pública. Nada nuevo que haya trabado el enriquecimiento indebido de las élites regionales. El islam ha sido una forma cultural y políticamente efectiva para ocultar la falta de respuestas concretas a los problemas de inequidad y mala calidad institucional, pero no una forma para enfrentar estos problemas con alguna eficacia.

La ausencia de respuestas concretas a los gigantescos problemas de la exclusión social del norte, el bajísimo nivel educativo y las escasas perspectivas

[28] Véase A. Ikelegbe, *op. cit.,* pp. 16-21.

[29] Véase Brandon Kendhammer, *Muslims Talking Politics: Framing Islam, Democracy, and Law in Northern Nigeria,* The University of Chicago Press, Chicago, 2016, pp. 181 y ss.

[30] Véase Sakah Saidu Mahmud, "Islamism in West Africa: Nigeria", *African Studies Review,* vol. 47, núm. 2, 2004, p. 85.

de empleo han hecho posible (conjuntamente con vientos de radicalismo yihadista que atraviesan el universo musulmán en distintas partes del Medio Oriente y Asia central) el brote del terrorismo islamista en el norte de Nigeria desde comienzos del nuevo siglo: Boko Haram. El movimiento salafista Izala, que exige una interpretación literal de los preceptos coránicos, inició su recorrido desde fines de la década de 1970. Una corriente que, a través de sucesivas segmentaciones, ha alimentado varios episodios de renovación puritana del islam. Al calor de esta corriente se agudiza la desconfianza hacia las autoridades federales y la resistencia a la educación occidental. Esa actitud defensiva, supone aferrarse a principios indelebles; incluso el sultán de Sokoto, antigua autoridad espiritual suprema del mundo islámico nigeriano, se vuelve sospechoso a los ojos de las masas frenéticas que asaltan su palacio en 2011 acusándolo por su cercanía a la presidencia de Jonathan. En la percepción popular hay demasiados cargos públicos cubiertos por cristianos y deja de ser asombroso que en una discusión alguien diga: "si lo dejamos a ellos el próximo sultán de Sokoto será cristiano".[31] El desapego de las tradicionales autoridades islámicas —desde los imanes de las mezquitas hasta el sultán— del descontento popular, que sigue los mensajes encendidos de nuevos predicadores, hace surgir una figura que conducirá, a través de su muerte en 2009, cuando estaba bajo custodia policial, a la formación del grupo terrorista Boko Haram: Muhammed Yusuf. Los seguidores de este personaje comienzan a agruparse desde mediados de la década de 1990 hasta que en 2003 intentan un levantamiento que producirá una dura represión. Desde 2004, los sobrevivientes se reorganizan en la ciudad de Maiduguri, capital de Borno, en el extremo nororiental del país.[32]

La ocasión para el estallido del movimiento terrorista es aparentemente anodina. En 2009 el gobierno federal introduce una disposición que prohíbe manejar motocicletas sin el casco. Las manifestaciones de protesta, con el impulso del movimiento de Yusuf (predicador carismático que pregona la sobriedad de las antiguas costumbres mientras circula en un Mercedes Benz), atizan el fuego y pronto degeneran en una insurgencia urbana reprimida con un balance de 800 muertos. El propio Yusuf es asesinado después de su arresto. De ahí en adelante, el movimiento terrorista costará en los años siguientes decenas de miles de víctimas sobre todo en el norte de Nigeria, donde entre los estados de Borno, Yobe y Adamawa llega a tener un control territorial casi absoluto, especialmente en las áreas rurales. La mayor parte de los militantes pertenece a la minoría kanuri (como el propio Yusuf y el presidente Sani Abacha) y son desempleados sin posibilidades de ascenso social y

[31] Citado por John N. Paden, *Postelection Conflict Management in Nigeria: The Challenges of National Unity,* George Mason University, Arlington, 2012, p. 28.

[32] Para una historia de los orígenes de este movimiento terrorista, véase Virginia Comolli, *Boko Haram: Nigeria's Islamist Insurgency,* Hurst & Co., Londres, 2015, pp. 46 y ss.

con bajos niveles educativos. Se calcula que en 2014 eran 8 000 hombres armados.[33] Desde el año siguiente, con la elección de Buhari a la presidencia, comienza una fuerte campaña militar antiterrorista que obliga al movimiento a replegarse en las forestas y reductos de montañas perdiendo su presencia en varias ciudades del noreste. A pesar de esto, los casi dos millones de campesinos desplazados por el terrorismo demoran en regresar a sus tierras por temor a un terrorismo que el gobierno se ha apresurado en declarar "técnicamente derrotado".

Concluyamos este recorrido por los mayores conflictos étnico-religiosos de una Nigeria en turbulenta formación nacional mencionando otro choque que, sin llegar a asumir las dimensiones que hemos visto en la región del delta del Níger o en el noreste, muestra, sin embargo, dispersos y persistentes rasgos de enfrentamiento intercomunitario. El teatro de estas confrontaciones son los estados de Kaduna y Plateau, en el centro-oriente del país, donde desde hace décadas los pastores trashumantes musulmanes de la etnia fulani compiten con los agricultores cristianos por las tierras que se encuentran en las rutas migratorias del ganado vacuno de los primeros. Un conflicto capilar hecho de continuos asesinatos recíprocos que se han agudizado con el retorno al gobierno civil del país desde 1999. La presión demográfica y el cambio climático, que acentúan la necesidad de pastura para los animales, no han hecho más que profundizar los enfrentamientos entre dos grupos que hasta ahora no parecen haber encontrado algún punto de equilibrio viable entre sus necesidades contrapuestas.

Economía y Estado débil

¿Qué economía, cuál política económica podían emerger de este contexto tan conflictivo y segmentado? El desarrollo económico es la resultante de procesos sociales y políticos, mercantiles y tecnológicos que se intersecan entre la dimensión nacional e internacional. La economía no es un espacio endogenético. En los procesos de desarrollo, los proyectos de individuos o grupos forman un magma de prácticas en movimiento que se mueve en marcos institucionales compatibles con ellas. Y a menudo, como hemos visto en los casos de la Dinamarca de Grundtvig y del Japón Meiji, es el marco (cultural e institucional) el que abre (o cierra) la posibilidad de transformaciones económicas capaces de entrar en circuitos virtuosos con los otros elementos en juego. A riesgo de una excesiva simplificación, es posible decir que gran parte de la historia económica de la Nigeria independiente puede ser leída como el disparejo despliegue de problemas asociados a la debilidad del marco institucional. La deficiencia institucional, para operar como incubadora del desarro-

[33] Véase Moritz Hutte *et al.,* "Boko Haram: Threat to Nigeria and Its Northern Neighbours", en G. Steinberg y A. Weber (coords.), *Jihadism in Africa,* SWP Research Paper, Berlín, 2015, pp. 93-95.

llo económico, no surge aquí tanto de un defecto de inteligencia estratégica (pocas veces descollante entre élites segmentadas en etnias y religiones y replegadas en el *presentismo* de los afanes corruptivos), sino de la dificultad en consolidar un marco institucional sólido para el despliegue de actividades productivas que puedan entrar en un circuito de retroalimentación. Una dificultad que, buscando las causas de las causas, remite a la debilidad de un tejido nacional homogéneo en un país étnicamente heterogéneo, además de los acontecimientos posteriores a la independencia que tomaron rumbos inciertos para la configuración de un dinámico mercado nacional.

En el contexto inicial de la Nigeria independiente "el deseo de alcanzar un estatus de élite y de acumular riqueza motiva una feroz hambre de poder".[34] La política —estrechamente entendida como ejercicio de mando— se vuelve ruta de acceso a la riqueza mediante el otorgamiento de licencias para importar o exportar, la aprobación de créditos por parte de bancos cuyos dirigentes están ligados al gobierno o a algún partido, la concesión de contratos para obras públicas, el nombramiento de funcionarios en empresas del Estado, escuelas, hospitales, oficinas de correo, aduanas o la promoción de oficiales del Ejército. Todo, o casi, gira alrededor de los actos de la autoridad pública. Para decirlo en forma extrema y poniendo en un paréntesis a Karl Polanyi: si el capitalismo es riqueza que crea sus formas de poder, aquí es al revés.

Los funcionarios del gobierno federal, promovidos en sus puestos por los partidos políticos, retribuyen los apoyos recibidos en el camino a la cumbre favoreciendo, en la medida de sus posibilidades, a sus comunidades de origen y a sus redes clientelares y de patronazgo. Desde la transferencia de fondos desviados de los usos oficiales hasta las decisiones sobre la localización de empresas públicas, desde el diseño de una carretera hasta el nepotismo, en lugar de operar como factor de coherencia sistémica en una perspectiva de acomodo de diferentes piezas hacia un objetivo general de desarrollo, el Estado reproduce y profundiza segmentaciones y posiciones de renta en un inquietante mosaico tradicional-moderno. Pero algo digno de mención ocurre con los regímenes militares posteriores a la guerra de Biafra: el fortalecimiento político y económico del gobierno federal. Poco después, desde 1973, el *boom* del petróleo dio al gobierno de Lagos tal fuerza que menguó radicalmente los poderes económicos regionales tradicionalmente basados en los *Marketing Boards*.[35] Por otra parte, la creación de un mayor número de estados redujo

[34] Larry Diamond, "Class, Ethnicity and the Democratic State: Nigeria (1950-1966)", *Comparative Studies in Society and History,* vol. 25, núm. 3, 1983, p. 462. El Estado como "un montón de cargos susceptibles de ser apropiados por individuos y comunidades", escribe Richard A. Joseph, "Clase, Estado y política de prebendas en Nigeria", en Peter Anyang' Nyong'o, *Estado y sociedad en el África actual,* El Colegio de México, México, 1989, p. 181.

[35] "El régimen de Gowon […] inició un proceso de centralización del Estado en el que muchas funciones e ingresos del erario, en otro tiempo distribuidos entre las regiones, se concentraron en el centro federal […] El petróleo proporcionó la base material para la cooptación de las

el poder de los partidos regionales aminorando su capacidad de presión sobre las instituciones centrales. Sin embargo, esta centralización del poder, que en otros contextos fue un factor positivo de desarrollo nacional, se dio aquí alrededor de una tradición administrativa casi inexistente. La batalla contra la corrupción y la ineficiencia burocrática —ya excepcionalmente compleja y de éxito incierto— tuvo que hacer las cuentas con la inundación imprevista de petrodólares; lo que constituía una tentación insuperable dadas las premisas. Las exportaciones nigerianas pasaron de 3 500 a 26 000 millones de dólares entre 1973 y 1980.[36] Ahora bien, administrar de manera eficaz esa gigantesca masa de recursos que llegaba del exterior no habría sido tarea sencilla para países con estructuras administrativas y políticas consolidadas y experimentadas. En el caso de Nigeria resultó un desafío que no podía más que perderse. Y se perdió, ya no sólo en una fase inicial de adaptación, sino a lo largo del medio siglo sucesivo.

En 2003 dos economistas abrían así sus reflexiones sobre la maldición de las materias primas en el país africano: "Nigeria ha sido una desastrosa experiencia de desarrollo", y registraban cómo el PIB per cápita (a paridad de poder de compra) del año 2000 fuera igual al nivel ya alcanzado en 1970.[37] Más que de enfermedad holandesa —una situación donde el súbito aflujo de capitales del exterior valoriza la moneda nacional dificultando las exportaciones y la capacidad competitiva de un país—, los dos autores hablan de simple y llano despilfarro registrando cómo la dotación de capital del país crecía mientras se incrementaba aún más la capacidad instalada no utilizada, sobre todo en las empresas industriales controladas por el Estado. Frente a una abundancia que sólo marginal y selectivamente crea bienestar, alimentando ineficacia y corrupción, los dos autores creían ser capaces de cortar el nudo gordiano proponiendo una distribución igualitaria de la renta petrolera al conjunto de la población, lo que hubiera tenido la ventaja de aumentar la demanda agregada e impulsar el mercado interno. Una propuesta con sabor a paradoja: resolver el problema de una administración pública corrupta prescindiendo de la administración pública.

Durante la década de 1970, la corrupción de los militares en el poder fue tan descaradamente obvia que el país regresó al gobierno civil entre 1979

élites regionales al concederles acceso al ingreso del petróleo"; Paul Lubeck, "El Estado nigeriano como instrumento y obstáculo para la acumulación de capital (1966-1983)", en P. A. Nyong'o, *op. cit.*, p. 158.

[36] Fondo Monetario Internacional (FMI), "Estadísticas financieras internacionales". Disponible en http://data.imf.org/?sk=4C514D48-B6BA-49ED-8AB9-52B0C1A0179B

[37] Xavier Sala-i-Martin y Arvind Subramanian, "Addressing the Natural Resource Curse: An Illustration from Nigeria", Working Paper No. 9804, The National Bureau of Economic Research, Cambridge, 2003. En realidad, las cosas estaban peor: según datos del Banco Mundial (https://www.bancomundial.org/) y de la OCDE (https://www.oecd.org/centrodemexico/laocde/), el PIB per cápita (medido en dólares de 2010) de 2003 era igual al nivel alcanzado anteriormente en 1964. Brutalmente dicho: cuatro décadas perdidas.

y 1983. Pero vino la nueva bonanza petrolera desde fines de la década de 1970 y la corrupción, con civiles o militares en la cabeza del Estado, permaneció imperturbable, acompañada esta vez con el aumento de la deuda externa, el resurgimiento de los conflictos religiosos y, finalmente, el comienzo de una crisis económica asociada al sucesivo descenso del precio del petróleo y al incremento de las tasas de interés aplicadas al monto de un abultado endeudamiento externo. En los últimos años del segundo gobierno civil nigeriano, el PIB descendió en términos absolutos y se crearon nuevamente aquellos factores de inestabilidad social y desprestigio institucional que permitieron al Ejército ser visto de nuevo, y a verse a sí mismo, más como solución que como problema. Y comenzó un nuevo ciclo de gobiernos militares que concluyó 16 años después, en 1999. Las décadas de 1980 y 1990 fueron un periodo de estancamiento prolongado del PIB que sólo volvió a la senda del crecimiento desde comienzos del nuevo siglo.

Tracemos un balance somero de la Nigeria independiente. En sus primeras cuatro décadas, el país crece a una tasa media (entre grandes oscilaciones) de 2.1%, que es inferior a la del conjunto de las economías subsaharianas (3.2%). Sin embargo, a pesar de la persistencia de sus problemas estructurales (debilidad agrícola e infraestructural, escasez de crédito bancario y deuda exterior, para limitarnos a los más visibles) el crecimiento medio anual en los primeros 15 años del siglo se sitúa marginalmente arriba de 6% frente a 5% del conjunto de los países subsaharianos.[38] Es evidente la concomitancia entre la recuperación económica nigeriana y la prolongada oleada de crecimiento del precio internacional del crudo que pasa de 20 dólares, a comienzos del siglo, a cerca de 120 dólares en 2014.

Acercando la lupa —y siguiendo las grandes oscilaciones del PIB per cápita— son reconocibles tres fases mayores. Una primera que va de 1960 a 1980 en que ese indicador pasa de 1 300 a 1 900 dólares, una segunda de permanente retroceso que sigue hasta los primeros años del nuevo siglo cuando se regresa a cerca de 1 300 dólares y la sucesiva, hasta 2015, en que el PIB per cápita crece hasta 2 500 dólares. Dicho en síntesis: si en los primeros 40 años de independencia la "maldición de las materias primas" se manifestó como incapacidad de asentar un crecimiento estable, en los comienzos del nuevo siglo —como se verá más adelante— se muestra como rémora para convertir el crecimiento en desarrollo, o sea, en mayor integración intersectorial y en mejora sostenible de los indicadores de bienestar social. A pesar de algunos avances como en la expectativa de vida (que sigue muy baja incluso respecto a varios países africanos), en la productividad agrícola o en el crecimiento manufacturero, Nigeria sigue siendo en la sustancia lo que fue durante la

[38] Cálculos a partir de datos del Banco Mundial y de la OCDE, "World Development Indicators: Nigeria", BM. Disponible en http://databank.worldbank.org/data/reports.aspx?source=2&country=NGA

colonia: una economía casi exclusivamente exportadora de productos primarios. En lo que concierne a lo demás, los vínculos económicos con África y con el resto del mundo son muy débiles.

En 1960, las principales actividades industriales se reducían a la elaboración de conservas, destilerías de cerveza, muebles, textiles, elaboración de aceite de palma, cemento, cerámica y embotelladoras de refrescos. Con una población de cerca de 50 millones, el empleo manufacturero oscilaba alrededor de 60 000 personas. Además, la mayoría de las empresas fabriles eran de propiedad extranjera.[39] Con el *boom* petrolero de la década de 1970, las manufacturas experimentaron un repunte inicial gracias a la mayor demanda interna y a la protección arancelaria a favor de los productores de bienes de consumo duradero. Sin embargo, entre la primera mitad de la década de 1980 y la primera década del nuevo siglo, el aporte de la manufactura al PIB cayó progresivamente de 10 a menos de 3% para volver a entre 9 y 10% en 2015.[40] La tendencia general es ilustrada claramente por los datos del Banco Mundial[41] sobre el valor agregado manufacturero en dólares constantes de 2010. Entre 1981 y 2001 este indicador registra un nimio crecimiento total de 11% que, sin embargo, pasa a 260% entre 2001 y 2015. Los rasgos propios del desarrollo nigeriano han sido: el alto nivel de concentración industrial en un restringido abanico de ramas, la gravitación manufacturera alrededor de un pequeño número de grandes empresas y el uso de tecnologías de alta intensidad de capital y débil impacto sobre la demanda de trabajo. A pesar de algunos avances en términos de presencia manufacturera de empresarios nigerianos, todavía es determinante la gravitación en el mercado de multinacionales como los franceses en cemento, los ingleses en productos cosméticos, jabones, etc., los ingleses en tabaco, los suizos en alimentos para la infancia y los holandeses en artículos de salud y belleza. Al mismo tiempo en que, dado el peso demográfico del país, se han asentado aquí varias empresas transnacionales, otras se han marchado por la competencia desleal de productos de baja calidad y bajo costo que se cuelan en las fronteras debido a la ineficiencia y la corrupción del servicio aduanal; entre ellas, empresas del grupo indiano Tata, Dunlop y otras.

[39] En 1972, 58% del capital accionario suscrito en las empresas manufactureras nigerianas pertenecía a extranjeros, frente a sólo 12% controlado por empresarios nigerianos privados; véase Thomas J. Biersteker, *Distortion or Development? Contending Perspectives on the Multinational Corporation,* The MIT Press, Cambridge, 1978, p. 82.

[40] La cuota de las manufacturas en relación con el PIB (9.8% en 2014) es un dato elevado dados los antecedentes históricos del país, pero, aun así, está por debajo del promedio africano de 11.2%, por no mencionar los casos de Benín, Camerún, Senegal y Sudáfrica; véase AFDB, AUC y ECA, *African Statistical Yearbook 2016. Annuaire statistique pour l'Afrique,* Scanprint, Dinamarca, 2016. Disponible en https://www.afdb.org/fileadmin/uploads/afdb/Documents/Publications/African_Statistical_Yearbook_2016.pdf

[41] Banco Mundial y OCDE, "World Development Indicators: Nigeria", *op. cit.*

Los principales centros industriales del país se concentran sobre todo en Lagos, Kano y Kaduna. Desde la segunda década del siglo, aquí se asiste a un repunte del sector de alimentos, el textil y la siderurgia. En Nnewi (en el sureste del país), donde desde las décadas de 1950 y 1960 existía una industria metalúrgica de cierto peso —importante en la producción de armas y municiones para los separatistas durante la guerra de Biafra— se acaba de desplegar una iniciativa inédita cuya evolución habrá que observar en el futuro próximo: la primera empresa nigeriana de fabricación de autos, motocicletas y autobuses. La Innoson Vehicle Manufacturing (IVM), que entre paréntesis pertenece al hombre más rico de África, inauguró su línea de producción en 2014 con 500 autos destinados al mercado nacional y con sólo 30% de componentes fabricados en el exterior.[42] Concomitantemente se han introducido altos aranceles para la importación de automóviles usados que hacen competencia a la IVM.

Sin embargo, a pesar del crecimiento reciente y de la aparición de iniciativas manufactureras inéditas, persisten fuertes trabas al desarrollo industrial del país. Según una encuesta realizada sobre más de 2 000 empresas nigerianas a comienzos del siglo, los principales obstáculos para las inversiones vienen de la ineficiencia en el suministro energético, la baja disponibilidad de crédito bancario y las pobres condiciones de la red de transporte.[43] De ahí que, a pesar de los bajos salarios, el costo del trabajo por unidad de producto sea alto y la productividad (como VA por trabajador) sea muy inferior respecto a la de sus vecinos Botsuana, Ghana y Kenia, por no hablar de China, India o Brasil. Uno de los mayores problemas es el suministro eléctrico, acerca de lo cual hay un dato social y uno económico. El primero consiste en el hecho de que en Nigeria sólo 40% de la población dispone de servicio eléctrico, cuota que se reduce a 20% en las familias rurales.[44] En el terreno económico las empresas sufren continuos apagones que en promedio llegan a ocho días al mes. Eso significa que, para operar con alguna regularidad, 85% de las empresas nigerianas disponen de generadores autónomos con un aumento de los costos de producción cercano a 40%.[45] En estas condiciones resulta prácticamente imposible competir en el exterior a pesar de los bajos costos del trabajo o enfrentar con alguna eficacia la competencia exterior en el mercado interno. En 2013 Nigeria comenzó la privatización del sector eléctrico; sin embargo, en los años inmediatamente sucesivos el esperado aumento de la oferta no parece haber ocurrido, sin considerar el grave problema de la insuficiente y obsoleta red de transmisión de energía. Pero en la competitividad manufac-

[42] *BBC News,* Londres, 22 de agosto de 2016.

[43] Véase Giuseppe Iarossi *et al., An Assessment of the Investment Climate in Nigeria,* Banco Mundial, Washington, D. C., 2009, pp. 2-5.

[44] Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Annual Report 2015: Nigeria,* PNUD, Nigeria, 2015.

[45] OCDE, *OECD Investment Policy Reviews, Nigeria 2015,* OECD Publishing, París, 2015, p. 153.

turera intervienen varios otros elementos como la ineficacia del aparato administrativo y la corrupción que opera como factor sistemático de impredecibilidad del cálculo económico en los proyectos de inversión. A lo que hay que añadir el desaliento a la actividad productiva ligado a la *facilidad* para el enriquecimiento político (asociado al reparto de la renta petrolera) respecto a las dificultades de la actividad productiva. Un par de ejemplos. La corrupción e ineficacia en el control de las aduanas sigue costando a Nigeria ser continuamente inundada con productos de contrabando de mala calidad y un comercio (al mayoreo y al detalle) que en dos terceras partes actúa en la informalidad y evadiendo los impuestos. Por su parte, la multiplicidad de reguladores públicos involucrados en las operaciones de *import-export* contribuye a la opacidad. Los tiempos de espera de un *container* en llegada al puerto de Lagos (el principal de Nigeria y por el cual pasa gran parte del comercio exterior) es de 25-30 días, además de los altos costos de las operaciones. Este dato debe ser comparado con los 11 días en Mombasa (Kenia) y los cuatro días en Durban (Sudáfrica).[46] Es arduo imaginar que en estas condiciones de infraestructura material y organizativa pueda consolidarse una actividad manufacturera competitiva, lo que requiere, sobre todo, el enraizamiento de pequeñas y medianas empresas en el territorio, mismas que pagan los costos más altos de infraestructuras desarticuladas y una administración pública poco confiable.

El escenario rural nigeriano está dominado por la pequeña propiedad, salvo algunas áreas de latifundio en el norte. Y aunque dos terceras partes de la población económicamente activa siga trabajando en el campo, el dato casi permanente ha sido una política económica que castiga los precios de los productos de la tierra con una tijera favorable a los consumidores urbanos. Entre 1960 y 1990, la producción agrícola creció con una tasa media anual de 1.4%, mientras, en el mismo periodo, el crecimiento de la población viajó a un ritmo medio de 3%. Así que, a lo largo de tres décadas, la población se incrementó dos veces más rápido que la producción agrícola destinada a alimentarla. Sin embargo, desde 1986-1987, con la devaluación del naira que impulsó las exportaciones agrícolas encareciendo las importaciones, la agricultura entró en una etapa de mayor dinamismo. Y aunque el campo siga siendo el área tradicionalmente más deprimida del país, en las décadas sucesivas se registró alguna ligera mejora. De cualquier manera, desde la década de 1970 Nigeria fue forzada a aumentar sus importaciones de alimentos en un escenario en que la productividad estaba limitada por la baja disponibilidad media de tierra por familia (1.8 hectáreas) y la muy baja cuota de tierra de riego (menos de 1% de la superficie agrícola total), según datos de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO, por sus siglas en inglés) Nigeria es el mayor importador mundial de arroz, pero lo que ha evita-

[46] *Ibid.*, pp. 164-165.

do una situación alimentaria de emergencia es la casava, de la que el país es el principal productor mundial (una euphorbiacea como la yuca y la mandioca) y que está en la base de la alimentación popular. Siguen mostrándose los efectos adversos sobre las condiciones de vida de la población rural como una de las consecuencias de las grandes exportaciones petroleras. La disponibilidad de recursos para adquirir alimentos del exterior, así como el abandono de tierras de parte de campesinos que emigran hacia las grandes ciudades, atraídos por la esperanza de una mejor vida, ha debilitado de manera continuada una actividad que antes del *boom* petrolero se encontraba ya en franco estancamiento tanto productivo como estructural.

En ausencia de una presión organizada y permanente desde abajo que pudiera captar la atención de la política nacional hacia el campo y con élites regionales más interesadas en legitimarse a través del clientelismo y del uso instrumental de las identidades étnicas que a través de su capacidad para promover el bienestar rural, no podía suceder sino lo que sucedió: el desinterés del Estado hacia el sector. Una desidia que a lo largo de los años se ha consolidado en proporción directa con la pérdida del peso específico de los productos agrícolas en el conjunto de las exportaciones nigerianas. En 1960, la agricultura aportaba 80% de los ingresos de exportación; en la actualidad, menos de 4%. La debilidad agrícola ha deprimido la demanda interna de la población rural y ha favorecido, por *default,* un ulterior empuje a la urbanización, sin considerar que la baja productividad industrial ha requerido históricamente que el campo abastezca a ciudades e industrias con insumos de bajo costo, con lo que, cerrándose el círculo vicioso, la imposibilidad del sector rural para acumular riqueza se convierte en condición de la ineficiencia persistente de las actividades manufactureras. La enfermedad agrícola ha terminado por hacer más precaria la salud industrial. Ya desde la década de 1970, una misión de estudio del Banco Mundial enviada a Nigeria señalaba:

> El fracaso en el impulso al desarrollo rural puede afectar en forma adversa la dirección del desarrollo industrial, conduciendo a una concentración urbana de empresas orientadas a los bienes de lujo. Una estrategia de desarrollo más amplia podría en cambio estimular el crecimiento de sectores productores de bienes-salario capaces de aprovechar internamente los beneficios de las economías de escala y de promover el crecimiento de mercados regionales para pequeñas y medianas empresas.[47]

Entre el desinterés de las élites de gobierno y los efectos perversos de la riqueza petrolera, el resultado ha sido una desruralización no asociada al aumento de la productividad, sino a la huida de agudas condiciones de pobreza,

[47] BM, *Nigeria: Options for Long-Term Development,* The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1974, p. 8.

con lo cual se ha dado un excesivo crecimiento de la población urbana que entre 1965 y 2015 pasa de 17 a 48% de la población total. En 1991 las ciudades con más de un millón de habitantes eran tres; dos décadas después ya eran 10, con el corolario de la pérdida de la autosuficiencia alimentaria y el bajo grado de utilización de tierras en un país con gran disponibilidad de las mismas.

El petróleo ha funcionado aquí como una anestesia nacional frente a deficiencias y deformaciones económicas acumuladas y se ha cultivado por demasiado tiempo la creencia insidiosa de que todo problema puede solucionarse por medio de las entradas petroleras. Pero las grandes cantidades de divisas no han servido sólo para financiar descomunales volúmenes de importaciones, sino también para alimentar fugas de capitales y contratar préstamos dirigidos a financiar proyectos industriales insostenibles, como la gigantesca y carísima siderúrgica de Ajaokuta inutilizada por décadas. Se suma a lo anterior un tipo de cambio del naira sobrevaluado, con lo cual se da un implícito subsidio cambiario a las importaciones, entorpeciendo todo impulso a las exportaciones no petroleras.

Veamos a grandes rasgos las oscilaciones de la política económica en las últimas décadas. Forzando un poco las cosas podría sostenerse que las dos líneas que, no obstante los vaivenes de gobiernos civiles y militares, han dado continuidad a la política económica nigeriana en los inicios independientes han sido el escaso interés por el desarrollo agrario y la inconsistencia de los órganos político-administrativos en diseñar y administrar estrategias económicas de largo plazo. Más allá del problema de la definición de políticas correctas, el asunto fundamental ha sido aquí que cualquier política difícilmente puede conseguir objetivos relevantes, dada la baja credibilidad social y la menor coherencia interna de los organismos institucionales encargados de su implementación. Cualquier política económica requiere dos condiciones mínimas para su eficacia: la primera es que sociedad y agentes económicos reconozcan en las directrices de gobierno una guía creíble capaz de condicionar y sostener sus comportamientos; la segunda es la consistencia burocrática del aparato encargado de instrumentar sus medidas y verificar su avance.

Desde comienzos de la década de 1970 aumentó el peso específico del Estado. Pero he ahí el problema: si las funciones que afectan el mecanismo medular de una organización social compleja son asumidas por una estructura endeble, esa organización sufrirá las consecuencias adversas de un centro que se adjudica tareas más amplias de las que puede cumplir satisfactoriamente dada su propia consistencia interna. El intervencionismo público tenía sus raíces en la colonia. Las prácticas reguladoras fueron el legado de una acción colonial que había creado en su tiempo organismos técnicos encargados del acopio y la exportación de ciertos productos hacia Gran Bretaña. Para evitar innecesarias turbulencias sociales que alteraran este flujo de recursos, era necesario conservar estructuras tradicionales del poder local que garantizaran

el cumplimiento del objetivo prioritario, aunque fuera al costo de trabar la formación eventual de un tejido productivo-social que mereciera el nombre de mercado. El rasgo moderno-tradicional de este tejido colonial es lo que las nuevas autoridades nigerianas heredaron en los albores de la década de 1970, y ahí se insertó un nuevo brote de intervencionismo público expoliador que, con el *boom* del petróleo, alcanzó niveles sin precedentes con ingresos federales que, a lo largo de esa década, se multiplicaron 10 veces.

Los *Commodity Marketing Boards* que, sobre bases regionales, administraban el acopio, fijaban precios locales y comercializaban en el exterior los principales productos agrícolas nigerianos fueron una creación inglesa durante la segunda Guerra Mundial. En el curso de la década de 1940, el British Colonial Office exigió a las colonias la elaboración de planes de desarrollo supervisados y administrados, en última instancia, por las propias autoridades coloniales. El primer experimento de planificación económica en Nigeria fue el plan decenal 1945-1955. En ese último año se creó el National Economic Council que, después de la independencia, se convirtió en el Central Planning Office. Sin embargo, más allá de la nomenclatura altisonante, la planificación económica no pasó en realidad del nivel primario de un esquema presupuestal someramente indicativo y sin firmes vínculos entre objetivos declarados y los concretos instrumentos administrativos para su implementación y supervisión.

El primer plan económico después de la independencia (1962-1968) se debió a Wolfgang F. Stolper (de la Universidad de Michigan), enviado a Nigeria por la Ford Foundation en 1960.[48] La productividad constituía el factor crítico y de ahí se inferían cuando menos tres consecuencias: la centralidad estratégica de las manufacturas, la necesidad esencial de inversiones extranjeras directas y la importancia de empresas de grandes dimensiones capaces de usar tecnologías modernas para impulsar la productividad. Desde la década de 1970 el giro de la política económica acentuó el proteccionismo, el uso extensivo de los permisos de importación y la mayor presencia productiva del Estado en sectores considerados estratégicos. Estas políticas se definieron a partir de 1972 durante el gobierno del general Gowon que introdujo el Nigerian Enterprises Promotion Decree, conocido como Decreto de Indigenización, con el cual se dividió el conjunto de la industria del país en tres grupos.[49] En el primero se incluían bebidas alcohólicas, transporte urbano, televisión y panaderías y sólo se permitía la operación de empresas nigerianas. En el segundo estaban los supermercados, el transporte costero, la construcción, la distribución de maquinaria y equipo, etc. Aquí se requería una presencia de al menos 40% de capital nigeriano. En el tercer grupo se contemplaban todas

[48] Véase Peter O. Olayiwola, *Petroleum and Structural Change in a Developing Country: The Case of Nigeria,* Praeger, Nueva York, 1987, p. 96.

[49] Véase Adeoye A. Akinsanya, "State Strategies toward Nigerian and Foreign Business", en I. William Zartman (coord.), *The Political Economy of Nigeria,* Praeger, Nueva York, 1983, pp. 55 y 160.

las otras actividades que, implicando el uso de tecnología avanzada, podían ser operadas por inversionistas extranjeros sin presencia de empresarios nacionales. Reflexionando alrededor del origen de este decreto, Peter O. Olayiwola señala que "durante la guerra civil, los extranjeros controlaban 95% de las empresas nigerianas grandes y 82% de las medianas; de ahí la promulgación del Decreto de Indigenización de 1972".[50] En enero de 1977 durante el régimen del general Olusegun Obasanjo, se promulgó un nuevo Decreto de Indigenización que corregía parcialmente el primero. Además, desde inicios de la década de 1970, el gobierno asumió una presencia importante en el negocio petrolero que hasta entonces había quedado exclusivamente en manos extranjeras. En 1971 se creó una entidad pública encargada de concentrar las nuevas participaciones en el capital de las empresas petroleras.

Acerca de los decretos de 1972 y 1977, un observador señalaba:

> La indigenización hizo posible comprar acciones de las empresas transnacionales, empresas que tenían la mejor reputación de garantizar utilidades seguras y elevadas. Siendo que la sociedad nigeriana estaba convencida de que los productos extranjeros eran mejores que los nacionales, la indigenización favoreció inevitablemente las inversiones en este tipo de empresas […] y alimentó así el papel *comprador* de los intereses locales, en una sociedad ya plagada por fuertes tendencias en el mismo sentido. Por consiguiente, la indigenización puede haber contribuido a reducir, en lugar que incrementar, el control nigeriano sobre la economía nacional.[51]

Así que la indigenización, lejos de parecerse al proceso del mismo nombre que tuvo lugar en el Japón Meiji desde la década de 1880, terminó por consolidar una especie de elitismo burocrático en lugar de abrir un nuevo ciclo de expansión de las inversiones nacionales.

En la segunda mitad de la década de 1980 ocurrió un nuevo giro de timón. Desde mediados de esa década —en respuesta a una situación crítica creada por la baja de los precios internacionales del petróleo, el repunte inflacionario interno, el desplome de la producción industrial y el progresivo agotamiento de las reservas internacionales— el país inauguró una nueva etapa de la política económica. El sujeto político de este viraje fue, otra vez, el Ejército que, por medio del golpe militar de 1985, condujo al poder al general Ibrahim B. Babangida,[52] con quien, desde 1986, se lanzó una nueva política de apertura económica interna y exterior que, con diversos matices, perduró hasta bien

[50] P. O. Olayiwola, *op. cit.,* p. 115; y M. Lawan, *op. cit.,* p. 69.

[51] Thomas J. Biersteker, "Indigenization in Nigeria: Renationalization or Denationalization?", en I. W. Zartman (coord.), *op. cit.,* p. 202.

[52] Para una descripción de las primeras medidas del régimen de Babangida, véase Yarisse Zoctizoum, "Otro golpe de Estado en Nigeria", *Estudios de Asia y África,* vol. XXI, núm. 2, 1986, pp. 314 y ss.

entrado el siglo XXI con la venta progresiva de empresas públicas (aunque a comienzos del siglo persistieran cerca de 500) y la liberalización del trato hacia las empresas transnacionales. Además, se introdujo una política de austeridad orientada a controlar las presiones inflacionarias por medio de una estricta disciplina fiscal y monetaria complementada por la devaluación del naira.[53] Sin embargo, a pesar de una leve y breve recuperación del PIB per cápita entre 1987 y 1990, esta variable siguió a la baja hasta 2003. Las deficiencias infraestructurales aunadas a la incertidumbre del hacer empresa en un país con gobernantes como Sani Abacha (1993-1998), máxima expresión de brutalidad y cleptomanía de los regímenes militares, así como el retroceso del precio del petróleo, conformaban una mezcla adversa virtualmente insuperable. Ni las políticas de protagonismo estatal (en la década de 1970) ni las políticas sucesivas de liberalización (desde la década de 1980) habían surtido los efectos deseados. Al margen: las privatizaciones de las empresas públicas ocurrieron en muchos casos en beneficio de amigos, socios y familiares de los militares en el gobierno.

La nueva iniciativa de política económica estaba ligada a una figura particular: Ngozi Okonjo-Iweala, antigua alta funcionaria del Banco Mundial que regresó a su país y asumió el Ministerio de Finanzas bajo la presidencia del general Olusegun Obasanjo (con quien Nigeria regresó al gobierno civil después de 16 años de regímenes militares) entre 2003 y 2006 y después, con el presidente Goodluck Jonathan, entre 2011 y 2015. En un libro de título revelador, Okonjo-Iweala describe su primera experiencia en el Ministerio de Finanzas.[54] La nueva política económica, que supuso un ulterior avance en el terreno liberal, ha sido probablemente la más integrada y sistemática en la historia de la Nigeria independiente. Con el continuado retroceso de la economía en los comienzos del nuevo siglo, al presidente Obasanjo (antiguo miembro de un gobierno golpista y presidente militar entre 1976 y 1979) no le debía venir mal incluir en su gabinete a una alta funcionaria del Banco Mundial: una flor en la solapa hacia los círculos económicos mundiales más influyentes, aunque intentó, sin éxito, por cierto, limitar desde el comienzo su poder quitándole el control directo del presupuesto. Las inercias son a menudo más fuertes que las razones del cambio. La nueva ministra percibió desde el inicio los problemas principales en una administración pública poco confiable (o sea: ineficiente, sobredimensionada y corrupta o corruptible) que entregaba pocos y malos servicios a la comunidad, además de un clima hostil en la élite política a la iniciativa económica privada y al nuevo equipo técnico responsable de la política económica. Bajo el nuevo Ministerio de Finanzas se

[53] Véase Darren Kew y Chris M. A. Kwaja, "Development Strategies and Conflict in Nigeria", en William Ascher y Natalia Mirovitskaya (coords.), *The Economic Roots of Conflict and Cooperation in Africa,* Palgrave-MacMillan, Nueva York, 2013, pp. 169-170.

[54] Ngozi Okonjo-Iweala, *Reforming the Unreformable: Lessons from Nigeria,* The MIT Press, Cambridge, 2012.

tomaron varias iniciativas entre las cuales se encuentran: la autorización al ingreso de empresas privadas en el sector de las telecomunicaciones, la apertura del sector eléctrico y un nuevo impulso a la privatización de empresas públicas generalmente ineficientes que eran nidos de corrupción, patronazgo político y destinatarias de cuantiosos subsidios públicos. Bajo la dirección de la ministra se renegoció la deuda exterior con el Club de París, lo que supuso una quita de 30 000 millones de dólares. Pero pocos avances se realizaron en el terreno sensible de los subsidios a la gasolina y el diésel que permitían a la población más pobre adquirir el carburante a precios subsidiados en 40%; uno de los pocos beneficios de la condición petrolera del país para los sectores más pobres. Las protestas populares impidieron avanzar en este aspecto.

Okonjo-Iweala menciona, entre los fracasos de su primer periodo al mando del ministerio, otros aspectos. En primer lugar, está la antipatía de los políticos hacia los intentos de racionalizar la política económica y controlar los varios sujetos que en diversos modos intervienen desde las instituciones en su implementación. Disponer del (incierto) sostén presidencial no era suficiente para desmantelar las resistencias difusas y difundidas de élites político-económicas (centrales y regionales) para la conservación de espacios clientelares fuera de control. La tarea autodeclarada del ministerio era promover el sector privado y *empoderar* a la sociedad. Es bastante comprensible que ambas tareas implicaran un acotamiento de los márgenes de acción inmune de parte de la élite política y de una burocracia ligada al uso privado de sus prerrogativas públicas. En 2006, acercándose las elecciones presidenciales, la ministra renunció a su cargo hablando de "élite corrupta", denunciando que los gobernadores controlaban la mitad de los ingresos públicos que gastaban sin control y con inmunidad frente a posibles enjuiciamientos. La moraleja de la ex funcionaria del Banco Mundial fue ésta: hemos hecho posible que la economía recuperara su crecimiento (entre liberalizaciones y reducción de la deuda exterior), pero la economía no se ha transformado de ninguna manera que pudiera decirse fundamental.[55] En una entrevista sucesiva, Okonjo-Iweala reconoció su fracaso en dos terrenos estratégicos: la reforma de la administración pública y del sistema de aduanas. Y concluyó señalando la necesidad para Nigeria de recuperar el dinamismo de su agricultura.[56] Banalizando, ¿cómo se reforma una economía cuyas élites no quieren reformarla?

Las cosas, naturalmente, son más complejas. Volvamos al ejemplo del subsidio a los carburantes. En tanto que generalizado a favor del consumo interno, este subsidio es regresivo aunque beneficie también a los sectores más pobres de la población que lo adquieren como combustible para la cocina y la iluminación. Como subsidio de largo espectro, el costo ha sido calculado

[55] *Ibid.,* pp. 125-133.

[56] Entrevista a Ngozi Okonjo-Iweala en "Reforming Nigeria. A Conversation with Ngozi Okonjo-Iweala", *Foreign Affairs,* vol. 93, núm. 2, 2014.

por el Banco Mundial en 35 000 millones de dólares entre 2010 y 2014, un costo anual que representa un cuarto del presupuesto, lo que es más que el gasto presupuestal conjunto en educación y salud.[57] Los mayores beneficiarios son los sectores de medio-alto ingreso y la población urbana, pero cada vez que se ha intentado remover este subsidio y buscar formas más directas de apoyo a los sectores pobres, las protestas han alcanzado niveles tales que las iniciativas han sido retiradas. Moraleja: se ha incrustado una conducción ineficiente y populista de la economía con apoyo popular que vuelve muy compleja una racionalización incluso en beneficio de los sectores más pobres que, en su desconfianza en las instituciones, no están dispuestos a renunciar a beneficios ciertos en el corto plazo para adquirir beneficios mayores, pero inciertos, en el mediano.

El hecho sustantivo es que, entre 2003 y 2014, la economía experimenta una capacidad de crecimiento inédita pasando de un PIB per cápita de 1 400 dólares (mismo ya alcanzado en 1965) a 2 500 de 2014. Un repunte alentado por el importante aumento de las inversiones extranjeras directas (hasta 2011) y por el incremento en el precio del petróleo en el periodo en cuestión. De tal manera que no es tan simple saber si el éxito del crecimiento reciente se debió a las medidas de liberalización o al nuevo rebrote petrolero. De cualquier manera, los problemas estructurales permanecen. Uno de ellos es la baja captación fiscal (7% del PIB), una cifra "piadosamente baja" en palabras de *The Economist* (30 de enero 2016).[58] El otro es el clima poco favorable para los negocios en un país con graves problemas de incertidumbre y desconfianza asociados a la corrupción de las élites, a la baja calidad de la infraestructura y a la escasa disponibilidad de crédito bancario. A pesar de las liberalizaciones, el ambiente poco propicio a los negocios y a las inversiones ubica a Nigeria en el lugar 170 de 189 países en 2015.[59]

Para confirmar el estrecho vínculo entre crecimiento nigeriano y precio del petróleo, en correspondencia con la caída de este último (de 114 a 45 dólares el barril entre junio de 2014 y enero de 2015), la economía del país registra su menor tasa de crecimiento en 15 años en 2015. Y, desde agosto de ese año, entra formalmente en recesión mientras el gasto público se contrae, repunta la inflación y los bancos entran en una situación crítica con el crecimiento de sus créditos inexigibles. La deficiencia de divisas, incluso para importar las materias primas necesarias para las manufacturas nigerianas, se

[57] BM, *Nigeria Economic Report,* núm. 3, BM, Washington, D. C., 2015, pp. 16-17.

[58] "Crude Tactics", *The Economist,* 30 de enero de 2016. Disponible en https://www.economist.com/middle-east-and-africa/2016/01/30/crude-tactics

[59] Véase OCDE, *Investment Policy…, op. cit.,* p. 134; y David Hanson, *Managerial Cultures: A Comparative Historical Analysis,* Routledge, Nueva York, 2014, pp. 159-161, donde se registra la desconfianza en Nigeria de otros documentos de pagos que explica el muy difundido uso del contado, aparte del peso de las relaciones políticas y de amistad en la actividad de empresa.

agudiza mientras en el mercado negro la cotización llega a casi 500 nairas por dólar contra el cambio oficial poco superior a 300 nairas.[60]

Problemas en busca de respuestas

Nigeria es más un Estado que una nación, y un Estado cautivo de la corrupción sistémica de sus propios funcionarios y dirigentes políticos, así como de tupidas redes clientelares y de patronazgo regionales. No se dio aquí un lento proceso histórico de contactos permanentes y de relaciones capilares entre distintos grupos de población en el territorio que condujeran en los siglos a la consolidación de una identidad nacional y un idioma común. El nombre Nigeria fue inicialmente imaginado por la famosa periodista Flora Shaw a fines del siglo XIX, quien sería después esposa de lord Lugard, primer gobernador de Nigeria. Frente a una "sociabilidad rudimentaria" —la endeblez de un tejido de relaciones estables entre personas y grupos y la fragilidad de prácticas de existencia colectiva uniformes—, el Estado terminó por convertirse en el mayor agente *externo* de unidad de una nación fragmentada en cuerpos sustancialmente autónomos. Es lo que Jean Ziegler llamaba "protonación", una nación embrionaria que presenta tres rasgos esenciales: la escasa cohesión interna, el hecho de ser dirigida por una burguesía de Estado y la dependencia desproporcionada de intereses extranjeros que terminan por organizar la economía desde fuera.[61]

En una realidad en la que preexisten tensiones agudas procedentes de grupos étnicos con fuerte sentido de identidad, el Estado, creado inicialmente por la potencia colonial para articular la extracción de recursos locales, asume un poder sin fuertes raíces y responsabilidades sociales subyacentes y aun así se convierte en sujeto determinante de la vida política nacional,[62] un dato, por así decir, sociológico, que permanece incluso después de superada la fase colonial. El Estado, que en cierta medida sustituye a la sociedad, engloba sus tensiones y discordancias y se vuelve espacio de correrías en que la débil responsabilidad hacia una sociedad escasamente organizada se transmuta en libertad de enriquecimiento y de arbitrariedad de parte de personas y grupos. De ahí que las élites de Estado en Nigeria expresen, a través de la co-

[60] "Nigeria Says Oil Groups Treat Country like Colony", *Financial Times,* 7 de noviembre de 2016. Disponible en https://www.ft.com/content/58470f86-a10f-11e6-891e-abe238dee8e2

[61] Jean Ziegler, *Saqueo en África,* Siglo XXI Editores, México, 1979, pp. 11-41 y 219-224; la expresión "sociabilidad rudimentaria" es de este autor.

[62] Según Rousseau, la voluntad general (como sustento de la democracia) surge fluidamente del "gran número de pequeñas diferencias" entre los ciudadanos. Nigeria expresa exactamente lo contrario: un pequeño número de grandes diferencias. De ahí a la conclusión, el paso es corto: "desaparece la voluntad general y la opinión que impera es una opinión particular", la del Estado en el caso nigeriano; véase *El contrato social,* Porrúa, México, 1982, p. 16.

rrupción y la baja consistencia administrativa, la escasa trabazón orgánica existente en la misma sociedad. Así se activa un circuito vicioso de gran viscosidad y persistencia. Buscando las razones lejanas del éxito contemporáneo de varios países de Asia oriental, un estudioso registra que ese éxito económico es la expresión más reciente de la coherencia interna (y, de alguna forma, el sentido de responsabilidad social) de una antigua tradición burocrática.[63] Generalicemos: una sociedad sin factores de cohesión que sostengan mecanismos meritocráticos se predispone para un Estado que no la representa responsablemente (o que sólo lo hace desde el punto de vista ceremonial) contribuyendo a reproducir, en formas renovadas, sus segmentaciones previas. Hace mucho tiempo atrás, reflexionando sobre los países africanos de reciente independencia, Frantz Fanon señalaba que, incluso cuando las apariencias indican un contenido nacionalista en la política de los nuevos grupos dirigentes, a menudo las apariencias engañan.

> La economía nacional del periodo de independencia no es reorientada. Siempre se trata de la cosecha de cacahuate, de la cosecha de cacao, de la cosecha de la aceituna […] No obstante, la burguesía nacional no deja de exigir la nacionalización de la economía y de los sectores comerciales. Es que, para ella, nacionalizar no significa poner la totalidad de la economía al servicio de la nación, decidir la satisfacción de todas las necesidades de la nación. Para ella, nacionalizar no significa ordenar el Estado en función de relaciones sociales nuevas cuya eclosión se decide facilitar. Nacionalizar significa para ella, exactamente, transferencia a los autóctonos de los privilegios heredados de la etapa colonial.[64]

Una "burguesía de Estado" que hereda de la (más o menos) antigua tradición colonial las mismas (pero ahora con vestiduras *patrióticas*) pulsiones extorsivas.

Seis décadas después de que estas palabras fueron escritas, mantienen su actualidad reflejando una corriente subterránea de la historia nigeriana en la que la corrupción asume a menudo ropajes nacionalistas y, de todas formas, es consecuencia necesaria de una discordancia reconocida e *institucionalizada* entre sociedad y Estado. A una sociedad con una fisiología desestructurada corresponden partidos políticos (que parecen "tribus convertidas en partidos" (palabras de Fanon) incapaces de asumir tareas de aliento realmente nacional, y a estos últimos corresponde un Estado que hace hincapié (en la realidad) y disimula (simbólicamente) las deficiencias históricas tanto de la organización práctica de la sociedad como de su propia organización política.

[63] Véase James A. Robinson, "Elites and Institutional Persistence", en Alice H. Amsden *et al.* (coords.), *The Role of Elites in Economic Development*, Oxford University Press, Oxford, 2012, p. 29.

[64] Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra,* FCE, México, 1961/1965, p. 139.

Sobre todo después de la guerra de Biafra, con la cual se refuerza su centralismo, el país parece moverse hacia un modelo real de centro políticamente fuerte con estados en los que se permite a las élites locales mantener (e incluso reforzar gracias a la renta petrolera) tanto sus redes clientelares como sus márgenes de gravitación política sobre los ingresos públicos, con el corolario de la impunidad. El esquema del *indirect rule* se transfiere así del terreno colonial a la política independiente. El centro refrenda su poder sin afectar privilegios regionales que, coaligados, podrían crearles problemas de estabilidad. La alternancia en la presidencia de individuos provenientes del sur y del norte termina por ser la clave maestra de un acuerdo centro-periferia en el que la estabilidad de conjunto se construye sobre la tolerancia hacia un uso político extorsivo de la renta petrolera. Al margen: un acuerdo que hace pensar en la alternancia en la presidencia brasileña de diferentes oligarquías regionales durante la Vieja República, como se podrá ver en el siguiente capítulo. Y se vuelve otra vez al punto. Cualquier marcha exitosa hacia la salida del atraso supone un Estado fuerte;[65] sin embargo, si esta fuerza se basa en la impunidad y recíproco encubrimiento entre élites centrales y periféricas, entonces la estabilidad política termina por ocultar la incapacidad de las élites para cambiar las cosas de alguna manera sustantiva. Buscando ir más allá de toda cultura de autoabsolución en nombre del antiimperialismo, dice Chinua Achebe: "Estamos plagados por nuestros propios enemigos: ineptitud política, mediocridad, indisciplina, fanatismo étnico y corrupción de la clase dirigente".[66]

En un ambiente de esta naturaleza, cualquier estrategia económica está destinada a naufragar (o cuando menos a quedarse lejos de los objetivos posibles) si los instrumentos de su implementación están carcomidos por la inconsistencia de la que la corrupción es sólo el síntoma más evidente de una entropía sistémica.

Podría incluso decirse que el crecimiento económico, tal vez, no sea el mayor problema. Como se ha visto, desde comienzos de este siglo Nigeria experimenta una fuerte aceleración de su crecimiento, a pesar de lo cual, entre 2006 y 2014, el país ha registrado cada año no menos de un millón de emigrantes. La expectativa de vida es aquí de 52 años, mientras que en Ghana, con un PIB per cápita bastante inferior, es de 61 años. Según el citado informe de la OCDE sobre Nigeria de 2015, entre 1996 y 2010 la población en condiciones de pobreza aumentó de 66 a 69%, mientras entre 2004 y 2014 la distribución del ingreso empeoró (el índice de Gini pasó de 43 a 49). En el periodo 2011-

[65] Adrian Leftwich lo dice de manera contundente: "Estados eficaces y economías exitosas van de la mano", "Theorizing the State", en Peter Burnell *et al.* (coords.), *Politics in the Developing World,* Oxford University Press, Nueva York, 2014, p. 184. Misma idea del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo que dice: "Las políticas ambientales requieren instituciones fuertes capaces de asegurar la implementación y ejecución efectivas de los procesos regulatorios. Y eso queda por hacerse", *Annual Report…, op. cit.,* p. 12.

[66] C. Achebe, *op. cit.,* p. 243.

2015 el analfabetismo afectó a 40% de la población frente a 37% del conjunto de África. Que el crecimiento económico no sea una panacea absoluta resulta evidente considerando que sobre 150 países con datos disponibles de PIB per cápita en 2015, 63 están peor que Nigeria, pero considerando el Índice de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas en el mismo año, sólo 33 países (de 188) presentan un índice peor al nigeriano. Moraleja: el crecimiento no implica necesariamente la activación de procesos de convergencia capaces de favorecer la integración y la creciente coherencia interna de una economía y de sus nexos con la sociedad de la que forma parte. Sostener altos niveles de crecimiento que permitan vislumbrar en el mediano-largo plazo un proceso de salida del atraso supone una mejora de las conexiones economía-sociedad-instituciones. Y en este terreno, a Nigeria le queda un largo trecho que recorrer y sin certezas de que podrá recorrerlo en tiempos históricamente aceptables.

X. BRASIL: CRECIMIENTO E INEQUIDAD

Brasil es la novena economía mundial (la India está en el séptimo lugar y Corea del Sur en el onceavo), de ahí el interés en la experiencia de desarrollo en un país con 210 millones de habitantes que representan 33% de América Latina y 42% de su producto interno bruto (PIB) regional a mediados de la segunda década del siglo XX. A las dimensiones demográficas y económicas corresponde además un tamaño casi continental: 8.5 millones de kilómetros cuadrados, más de cuatro veces México.

Sin embargo, a pesar de su gran dotación de recursos naturales, su favorable densidad de población, su notable crecimiento económico en las cuatro décadas entre 1940 y 1980 y las reformas económicas de los últimos 30 años, Brasil sigue siendo una economía atrasada con manchas de leopardo, zonas de clases medias consolidadas, empresas competitivas y amplias áreas tradicionalmente deprimidas; una economía exportadora de materias primas que convive con estructuras productivas que pueden ser técnicamente desarrolladas, pero con escasos encadenamientos productivos locales y una importante población en condiciones de subsistencia precaria. Pese a sus avances, el país aún no afianza una red sectorial, territorial y social recíprocamente integrada y capaz de echar a andar al mismo tiempo eficiencia productiva y bienestar social en una línea de mutuo reforzamiento durante tiempos prolongados. Lo anterior no ha impedido procesos de modernización que se manifiestan en la población urbana, que pasó de 31% en 1940 a 86% en 2016. No obstante, el mismo país que en tres generaciones dejó de ser fundamentalmente rural para asumir rasgos predominantemente urbanos parece incapaz de dejar atrás sus profundas fracturas regionales, su aguda polarización del ingreso y la permanencia de viejas áreas de pobreza rural con nuevos espacios de marginalidad urbana.

Brasil es un campeón en polarización social. Los datos de las Bases de Datos y Publicaciones Estadísticas de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPALSTAT) indican, para 2014, que el quintil más pobre obtiene 3.2% del ingreso nacional contra 59.2% del quintil más rico. Una relación de 1 a 18.5. Ese mismo coeficiente, para el conjunto de América Latina, es 13.5 y para Uruguay 7.2. Fuera de la región, usando datos del Banco Mundial para 2012, el escenario comparativo revela con mayor crudeza la anomalía brasileña: el coeficiente mencionado es de 9.2 en China, 6.7 en Italia, 5.3 en la India y 4.2 en Suecia. Probablemente sólo Sudáfrica, con un coeficiente de 27.6, supera a Brasil entre todos los países del mundo.[1] En 1970, cuando

[1] Datos del Banco Mundial, "Índice de Gini; Brasil", BM. Disponible en https://datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.GINI?locations=BR

Brasil se encontraba en el pleno de su ciclo expansivo iniciado en la década de 1940, 1% de las familias más ricas controlaba 17.8% del ingreso nacional frente a 13.8% de 50% de las familias más pobres.[2] O sea, en el periodo en que la oferta productiva brasileña se modernizaba, la composición social de la demanda mantenía las características de una sociedad con persistentes rasgos oligárquicos. En el caso de Brasil, es oportuno evitar la impresión engañosa de que el tamaño del territorio y de su población sean indicadores de un muy extendido mercado interno. Observemos un año no reciente: en 1987, frente a un producto nacional bruto (PNB) per cápita igual a 2 020 dólares, el PNB per cápita correspondiente a 40% de las familias más pobres (que probablemente representaban cerca de la mitad de toda la población) apenas alcanzaba los 350 dólares,[3] un nivel parecido al dato medio de países como Ruanda, Haití o Zambia. No por casualidad un importante economista brasileño, Edmar Bacha, llegó a describir su país como *Belindia;* una tierra en que la menor parte de la población vivía en condiciones parecidas a Bélgica mientras la gran mayoría subsistía en condiciones similares a las de la India —obviamente, la India previa a la aceleración económica que este país experimenta desde fines del siglo pasado—.

A este desequilibrio se añade otro igualmente característico relativo a la distribución territorial de las actividades productivas. Tradicionalmente, el país se divide en cinco grandes áreas geográficas: el norte, el noreste, el centro-oeste, el sureste y el sur, cada una de las cuales engloba varios estados.[4] La polaridad extrema está entre sureste, la zona de mayor desarrollo industrial y (conjuntamente con el sur) zona de una agricultura moderna sin presencia aplastante de grandes latifundios, y el noreste que, conjuntamente con el norte y el centro-oeste, constituye una inmensa área con un endeble tejido industrial y una tenencia de la tierra altamente concentrada, tal y como se puede observar en el cuadro X.1. Si bien debe señalarse que en la primera década del nuevo siglo la polarización regional se ha atenuado.

Si se consideran conjuntamente el norte, el noreste y el centro-oeste, un área que cubre 82.5% del territorio brasileño y en la que vive 43.7% de la población, esta zona genera apenas 21% de la producción industrial del país. Registremos de paso otro dato relevante del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE): la esperanza de vida en Brasil pasó de 62 a 75 años

[2] Datos citados por Luiz C. Bresser Pereira, "El nuevo modelo brasileño de desarrollo", *Investigación Económica,* México, vol. 46, núm. 182, 1987, p. 318.

[3] PNUD, *Desarrollo humano: Informe 1990,* Bogotá, 1990, Apéndice estadístico.

[4] El norte comprende a los siguientes estados: Rondonia, Acre, Amazonas, Roraima, Pará y Amapá. Ésta es la zona predominantemente amazónica. El noreste es la zona con mayor fragmentación administrativa: Maranhão, Piauí, Ceará, Río Grande del Norte, Paraíba, Pernambuco, Alagoas, Sergipe y Bahía. El centro-oeste está integrado por los estados de Mato-Grosso del Sur, Mato Grosso, Goiás y Distrito Federal. El sureste: Minas Gerais, Espírito Santo, Río de Janeiro y São Paulo. El sur: Paraná, Santa Catarina y Río Grande del Sur.

CUADRO X.1. *Distribución regional de población y producción industrial (2012, porcentaje)*

	Superficie	*Población*	*Producción industrial*
Norte	45.3	8.5	5.7
Noreste	18.3	27.7	9.3
Sureste	10.8	42.0	58.4
Sur	6.7	14.3	20.6
Centro-oeste	18.9	7.5	6.0

FUENTE: IBGE, *Anuário Estatístico do Brasil,* vol. 74, IBGE, Río de Janeiro, 2014.

entre 1980 y 2015; sin embargo, reflejando antiguas diferencias regionales, en Maranhão, uno de los estados más pobres en el noreste, la esperanza de vida es actualmente de 70 años frente a 79 en Santa Catarina, uno de los estados más ricos del sureste.

A pesar de sus desequilibrios, el país ha registrado en distintos periodos de su historia elevados ritmos de crecimiento. La última vez fue entre 1968 y 1980, cuando se anotó un avance anual del PIB per cápita de 6.2%, un ritmo similar al de algunos países de Asia oriental. En efecto, en los mismos años Corea del Sur alcanzó 7.6% y Singapur incluso 8.4%. Aun así, Brasil no mantuvo la *promesa* y en las décadas siguientes la economía volvió a un ritmo mediocre de crecimiento frustrando las expectativas de que pudiera emanciparse de sus condiciones de atraso. Si dejamos a un lado la década de 1980 (de brusca desaceleración en América Latina por el sobreendeudamiento externo) y nos limitamos a 1990-2016, en ese periodo Brasil vio crecer su PIB per cápita a un ritmo anual de 1.7%, mientras Corea del Sur registraba 4.5% y Singapur 3.5%.[5] Queda así en evidencia un antiguo rasgo de la economía brasileña: su carácter errático. Si hasta 1980 parecía legítimo suponer que Brasil se estaba encaminando a repetir los casos de desarrollo acelerado de varios países asiáticos de industrialización tardía (desde Corea del Sur hasta China), el periodo posterior —incluso con independencia del prolongado ciclo hiperinflacionario concluido a mediados de la década de 1990— se encargaría de enfriar las esperanzas.

¿Por qué? Ésta es, obviamente, la pregunta. ¿Por qué Brasil se detuvo cuando parecía bien encaminado mostrando su incapacidad para repetir experiencias ajenas de aceleración sostenida? Se intentará contestar más adelante a esta pregunta, pero registremos, por el momento, la insuficiencia de una explicación centrada sobre todo en factores externos desfavorables. Es

[5] Elaboraciones a partir de datos del Banco Mundial, "Indicadores por país: Brasil", BM. Disponible en https://datos.bancomundial.org/pais/brasil

cierto que desde fines del siglo pasado los gobiernos de Brasil, para enfrentar una abultada deuda exterior y fuertes presiones inflacionarias, se orientaron hacia políticas contraccionistas. Sin embargo, y sin subestimar el impacto negativo del entorno internacional, también es cierto que los países asiáticos que mantuvieron elevadas tasas de crecimiento a partir de la década de 1980 sufrieron como Brasil consecuencias internacionales adversas; por ejemplo, la subida de los tipos de interés o las crisis cambiarias de 1997. Si en el mismo contexto global las economías asiáticas siguieron su carrera y Brasil no, la explicación debe buscarse en desequilibrios pretéritos y en persistentes fragilidades internas.

Desde la década de 1980 el país avanzó en el desarrollo de la electrónica y la informática, mientras, al mismo tiempo, mantenía un régimen de propiedad de la tierra vinculado a esquemas oligárquicos con restricción a los nuevos mercados de consumo de masas. ¿Era concebible que impulsos tan diferentes pudieran convivir indefinidamente sin alimentar desbalances que terminaran por obstaculizar su dinámica global? Habrá que buscar en las modalidades históricas del desarrollo brasileño las raíces de discordancias y obstáculos al cambio que, al calor de los problemas internacionales desde fines del siglo pasado, terminaron por frustrar un camino previo de crecimiento que había despuntado, antes, entre 1870 y 1914, después, entre 1940 y 1980 y, por último, entre 1968 y 1980.

La república: una economía inédita y antigua

Desde fines del siglo XIX, Brasil presenta una compleja secuencia de acontecimientos que reflejan diferentes equilibrios entre sus principales fuerzas sociales y políticas. A partir de la abolición de la esclavitud en 1888 (27 años después de que el zar Alejandro II declarara la emancipación de la servidumbre en Rusia; un indicador del retardo evolutivo respecto al área más extendida del atraso económico europeo), la historia del país ha pasado por varias etapas. Entre 1889 y 1930, el periodo de la "vieja república" fue dominado por una oligarquía terrateniente que transmitió al Estado las visiones patrimonialistas que surgieron de sus intereses económicos locales. Entre 1930 y 1964 Brasil vivió un complejo proceso de diferenciación social, de urbanización y desarrollo industrial, un ciclo dominado por una mezcla, nunca estable, de desarrollismo (visión político-cultural que asociaba el atraso económico al escaso crecimiento industrial, más que a un problema de desarrollo deformado) y populismo, más o menos autoritario. En ese periodo resultó central la figura de Getulio Vargas, quien logró mayor centralización del poder en el gobierno federal y una fuerte identificación social alrededor de su persona. En las dos décadas entre 1964 y 1985, el desarrollismo abandonó sus oscilantes rasgos populistas para manifestarse como voluntad de potencia na-

cional y control estricto de la sociedad de parte de cinco sucesivos gobiernos militares. Estas dos décadas expresan un curioso panorama económico: la renuncia a todo cambio estructural de cierta envergadura y una considerable aceleración del crecimiento económico (sobre todo en 1968-1980). A partir de 1985, con el retorno de los militares a los cuarteles, Brasil recuperó los rasgos liberales de su estructura estatal mientras, en el terreno económico, se consolidaron factores de estancamiento e inestabilidad que ya se habían comenzado a manifestar desde comienzos de la década de 1980. Sin embargo, en las tres décadas posteriores al retorno a la democracia, Brasil experimentó un prolongado ciclo reformador cuyos principales protagonistas presidenciales fueron Fernando Henrique Cardoso y Luiz Inácio Lula da Silva, quien por primera vez en la historia de Brasil introdujo políticas que permitían una mejora tanto en la distribución del ingreso como en la reducción del peso relativo de la pobreza en la sociedad brasileña.

Como cualquier país, y tal vez más que otros, Brasil ha sido un reto para toda interpretación lineal. La secuencia de anomalías comenzó muy pronto. Una de las naciones más pequeñas de Europa conquistó (prácticamente sin resistencia) y colonizó en el continente americano al que más tarde sería el país más grande de América al sur del río Bravo. Brasil declaró su independencia de Portugal en 1822, y el encargado de hacerlo fue un príncipe de la familia real portuguesa que ese mismo año fue coronado emperador con el nombre de Pedro I. Pocos años después, el primer emperador de Brasil regresó a Portugal para reasumir el trono, dejando la corona brasileña en manos de su hijo que, como Pedro II, reinó hasta 1889, cuando, mediante un golpe militar, el país se convirtió en república. Por así decir, una segunda independencia. El imperio se volvió débil desde que, en 1868, Pedro II removió al primer ministro a pesar de existir una Cámara mayoritariamente liberal. El surco entre sociedad e imperio se materializó en el mote de *Pedro Banana,* endilgado al emperador. Los militares vieron en el positivismo una ideología que cumplía varias funciones: revelar el descontento subterráneo hacia una república patricia hecha de grandes terratenientes que controlaban las palancas del poder y las pocas oportunidades de ascenso social, así como alimentar la idea de que era posible superar una situación de familias locales todopoderosas en nombre de una visión neutra y progresista de la ciencia que encaminara al país hacia aquella madurez infraestructural e industrial que correspondía a la dignidad de su tamaño. Respondiendo a la necesidad de ocupación urgente de un enorme territorio bajo las amenazas externas de Francia y Holanda, la corona portuguesa concedió grandes extensiones de tierra que de ahí en adelante alimentaron una visión de desprecio hacia el trabajo manual con inclinación al lujo y al poder absoluto del terrateniente convertido en propietario y *Señor* al mismo tiempo.[6]

[6] Gilberto Freyre, *Interpretación del Brasil,* FCE, México, 1987, pp. 33-40.

> En los dominios rurales, la autoridad del dueño de las tierras era indiscutible. Todo se hacía según su voluntad, a menudo caprichosa y despótica. El ingenio [azucarero, originalmente en el nordeste del país] constituía un organismo completo que, en la medida de lo posible, se bastaba a sí mismo. Tenía capilla donde se decía misa. Tenía escuela de párvulos donde el cura desasnaba a los niños.[7]

Dos rasgos diferenciaban a Brasil de la América española y ambos subrayan el poderío señorial. El primero, mencionado por Gilberto Freyre, fue la ausencia en Brasil de las imponentes catedrales del resto de América Latina: ausencia que revela la supremacía de los grandes cultivadores de azúcar frente a la Iglesia y sus obispos. La segunda característica se refiere a la relativa debilidad de las ciudades en edad colonial frente a las *fazendas* donde los grandes propietarios tenían su asiento casi permanente. De ahí la debilidad de un espacio público invadido, avasallado por un espacio privado que difícilmente aceptaba cualquier autoridad superior a la familia. Lo que, aquí también, como en el sur de Italia, estudiado por Edward Banfield a mediados del siglo pasado, legitima hablar de "familismo amoral" como expresión de la debilidad de los nexos asociativos en un universo dominado por la presencia ubicua de una autoridad paternalista.

República o imperio, Brasil siguió siendo un país semicolonial. La república no produjo cambios sustanciales en una economía basada en la exportación de materias primas tropicales y en el sistema cerrado de las grandes *fazendas* con propietarios en control de la política local y, a través de diferentes alianzas, del Estado federal. Con la república desde 1889 y con la Constitución de 1891, el país empalmó su organización socioeconómica local con un federalismo que sancionaba a los poderes locales (económicos y políticos) enmascarándolos en una supuesta inspiración federalista derivada del modelo de los Estados Unidos.[8] Desde la colonia, la historia de Brasil tuvo al centro de su organización económica la demanda internacional de varios productos primarios. El palo de Brasil, la castaña, el oro, el cacao, el tabaco, el caucho, los diamantes, la caña de azúcar, el algodón, las pieles y el café aparecieron sucesivamente en la historia de este país como oportunidades de vinculación con el exterior, sirvieron como centros cambiantes para la organización económica de amplias áreas del territorio y funcionaron como polos de organización del poder político regional y nacional. Estos productos expresaban ensoñaciones y materializaciones cíclicas de enriquecimiento: como si la disponibilidad de recursos naturales pudiera sustituir el trabajo, la capacidad innovadora-empresarial y un mercado interno dinámico con una organización técnico-administrativa crecientemente compleja. Por el contrario, los recursos

[7] Sérgio Buarque de Holanda, *Raíces del Brasil,* FCE, México, 1955, p. 62.

[8] Véase la curiosa mezcolanza entre genealogía familiar e historia nacional de Bolivar Lamounier, *Moinho, esmola, moeda, limão: Conversa em família,* Augurium, São Paulo, 2004, p. 327.

naturales sancionaron el divorcio entre el enriquecimiento de restringidos grupos sociales y una economía incapaz de crecer sobre bases sociales amplias y técnicamente renovadas. Los beneficios de las exportaciones de productos primarios reforzaron al *fazendeiro* como agente de un rígido sistema socioproductivo. "Aislado en su unidad productiva, paralizado por la falta de alternativas históricas y, en particular, por la inexistencia de incentivos procedentes del crecimiento acumulativo de las empresas, el señor del ingenio acabó sumergiéndose en una concepción de la vida, del mundo y de la economía que respondía exclusivamente a los determinantes tradicionalistas de la dominación patrimonialista."[9]

Especializada en su vinculación internacional, la *fazenda* era un mundo casi del todo independiente de su contexto; de ahí el patriciado rural esclavista hacia adentro y liberal hacia afuera, premoderno en sus relaciones con el trabajo y moderno en sus conexiones internacionales. Con el café, desde inicios del siglo XIX, comenzó a resquebrajarse el esquema esclavista de organización de la economía en cuyo núcleo se encontraban tradicionalmente las grandes *fazendas* azucareras del noreste. El café, como producto de exportación, relegaba a segundo y tercer términos al azúcar y al algodón,[10] y desplazaba el corazón económico del país desde el noreste hacia el sureste, zona, esta última, de mayor concentración de la producción cafetalera del país, especialmente en el estado de São Paulo. Durante la "vieja república" (1889-1930), el sureste, además de polo económico activo, se convirtió en el nuevo centro político; el poder económico de los cafetaleros paulistas y de los ganaderos del estado aledaño de Minas Gerais hacía de estos dos sectores de la oligarquía agraria los árbitros de un Estado federal que, desde 1889, pasó de la estricta centralización del imperio a una descentralización que reforzaba a las élites agrarias regionales.

Otro elemento de cambio, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, fue el gran flujo migratorio que en dos décadas trajo a Brasil poco menos de dos millones de inmigrantes que llegaron a sustituir a la mano de obra esclava en las plantaciones cafetaleras de São Paulo y a consolidar una capa urbana de artesanos y pequeños comerciantes, además de pequeños y medianos propietarios rurales en el sur del país. Desde ahí adquiere los rasgos dinámicos que posteriormente lo convertirán en el mayor emporio industrial de Brasil. Leamos las impresiones que la ciudad causó en un viajero europeo, dos generaciones después de que la gran transformación de São Paulo y de la región había comenzado.

> Ninguna otra ciudad de Brasil y muy pocas del mundo entero pueden compararse, en cuanto a impetuosidad del desarrollo, con ésa, que es la más ambiciosa y

[9] Florestan Fernandes, *La revolución burguesa en Brasil,* Siglo XXI Editores, México, 1978, p. 34.

[10] Celso Furtado, *Formación económica del Brasil,* FCE, México, 1962, pp. 120-123.

> dinámica de las ciudades brasileñas […] El inmigrante siempre está más impaciente por progresar que el aborigen, no posee heredad que pudiera gastar y disfrutar sin hacer nada, sino que tiene que adquirir todo con su propio esfuerzo […] São Paulo es, respecto de Río de Janeiro, lo que Milán respecto de Roma, o Barcelona respecto de Madrid […] ambas superiores a la respectiva capital por su energía dinámica.[11]

Ocurría algo paradójico: con la expansión de los intereses cafetaleros —lo que promovió el uso creciente de trabajo asalariado y la inmigración de centenares de miles de hombres y mujeres procedentes de las áreas más deprimidas de Europa—, el baricentro económico y político de la sociedad brasileña se desplazó progresivamente del campo a la ciudad. El fortalecimiento del sector cafetalero promovió en la sociedad un reajuste de fuerzas que se mostró cada vez menos favorable a su promotor inicial. La expansión de las ciudades creó nacientes núcleos de intereses que prefiguraban una inédita tensión dinámica en la morfología y la fisiología de la sociedad. La diferenciación social en el sureste terminó por entrar en conflicto con una clase dirigente (*café* y *leche,* se decía en Brasil, indicando la alianza de los cafetaleros paulistas y los ganaderos de Minas Gerais) cuyo antiindustrialismo, a partir de la supuesta "vocación agraria natural" de Brasil, se había convertido en justificación de un orden en conflicto latente con los fermentos de renovación económica asociados a la expansión urbana, y con las ideas sociales que recién habían cruzado el Atlántico en las cabezas de los inmigrantes.[12]

No obstante, el poder seguía firme en manos de las oligarquías agrarias del sureste y, sobre todo, de la élite paulista que, desde comienzos del siglo XX, se caracterizó por dos rasgos. Por un lado, disponía de un extraordinario poder económico a consecuencia de que Brasil controlaba alrededor de tres cuartas partes de la oferta mundial de café. Por otro lado, cuando la sobreoferta del grano amenazó con deprimir los precios internacionales, la oligarquía paulista abandonó sus valores liberales (que, al fin y al cabo, no eran mucho más que una racionalización de las ventajas comparativas que la favorecían) y estableció esquemas de regulación de la oferta con apoyo estatal.[13] El mecanismo funcionaba así: el gobierno compraba los excedentes de café (respecto al nivel programado de exportaciones) y financiaba esas compras por medio de créditos contratados en el exterior. El servicio de la deuda se cubría con impuestos en oro sobre el volumen de las exportaciones. El sistema tenía un solo defecto: acentuaba en el mediano-largo plazo el problema de sobreoferta que intentaba regular en el presente, ya que el apoyo esta-

[11] Stefan Zweig, *Brasil: País del futuro,* Espasa-Calpe, Madrid, 1942, pp. 207-213.

[12] Véase de Ugo Pipitone, *La esperanza y el delirio: Una historia de la izquierda en América Latina,* CIDE/Taurus, México, 2015, pp. 83-85 y 153 y ss.

[13] Véase a este propósito el trabajo clásico de C. Furtado, *op. cit.,* pp. 183-191.

tal garantizaba elevados precios del grano estimulando la expansión ulterior de las tierras dedicadas a su cultivo y, por consiguiente, mayor oferta a lo largo del tiempo. En efecto, desde comienzos del siglo XX, para contrarrestar las consecuencias negativas de la sobreoferta sobre los precios, el estado de São Paulo introdujo la prohibición de la siembra de nuevas plantas de café por cinco años.[14]

A pesar de esto, durante la década de 1920 ocurrió un continuo incremento de la oferta, de tal manera que la crisis de 1929 encontró a los productores con grandes excedentes, al Estado con bodegas casi inmanejables y al Banco Central sin reservas por la fuga de capitales. El desplome del precio del café hizo evidente la fragilidad de la hegemonía ejercida hasta entonces por la élite cafetalera y creó la oportunidad para un fuerte giro en la organización y orientación del Estado. En 1931, el precio internacional del grano cayó a una tercera parte del promedio alcanzado en 1925-1929 y con ello se tambalearon los equilibrios previos. El fraude en las elecciones presidenciales de 1930 coincidió con la presencia de un candidato —Getulio Vargas— que provenía de un sector agrario (los ganaderos de Río Grande del Sur) y que terminó por encarnar el descontento generalizado hacia arreglos oligárquicos envejecidos bajo los golpes silenciosos de la diferenciación social y económica en el área meridional de Brasil. Otra vez, como en 1889, las fuerzas armadas fueron clave para desbloquear una situación atascada. Getulio Vargas, gobernador de Río Grande del Sur, se transformó en presidente provisional a partir de un incruento golpe de Estado después de que perdiera las elecciones consideradas fraudulentas. El viejo aparato de poder se desmoronaba sin oponer mayor resistencia desde el punto de vista político. "El régimen cayó por sí mismo, más que a consecuencia del ataque de una oposición fuerte y bien organizada y [su caída llegó] como última etapa de un proceso de descomposición."[15]

Sin embargo, la "vieja república" cayó más en su construcción política que en la subyacente organización de la economía agraria. Su desplome fue más claro en el poder central que en las estructuras locales. Por tanto, la derrota política no significó una derrota social: la vieja oligarquía agraria, puesta al margen del poder nacional, mantuvo un enorme poder económico y político regional. Después del intento de sublevación en contra del gobierno de Getulio Vargas por parte de la élite paulista en 1932, que llegó a confundirse con un patriotismo localista, éste decidió negociar garantizando un tácito *statu quo* en las estructuras agrarias del país. Tarea, esta última, favorecida por la ausencia de una presión campesina organizada tanto en las agitaciones previas a 1930 como en los años sucesivos.

[14] *Cf.* Werner Baer, *The Brazilian Economy: Growth and Development,* 7ª ed., Lynne Rienner, Boulder, 1979/2014, p. 23.

[15] Silvio R. Duncan Baretta y John Markoff, "The Limits of the Brazilian Revolution of 1930", *Review,* vol. IX, núm. 3, 1986, pp. 432-434.

Acercándose a la conclusión de su mandato como presidente nombrado por la Asamblea Constituyente en 1934, con el golpe de 1937, que creó el "Estado Novo", Getulio Vargas asumió poderes prácticamente absolutos y fortaleció la autonomía del Estado: el Congreso se cerró y desde entonces, hasta 1945, la libertad de prensa fue severamente restringida, mientras propaganda y apología de la figura presidencial, patriarca bondadoso (rodeado de ministros, supervisores de policía y otros de explícita orientación nazi-fascista), se convirtieron en signos de la época.

Desde el punto de vista de la política del gobierno, entre fines de la década de 1930 e inicios de la de 1940, la economía creció al mismo tiempo en que se consolidaban administrativamente las estructuras del Estado, avanzaban algunas concesiones sociales y se creaba una organización sindical corporativa bajo estricto control institucional. En 1933 nació el Consejo Nacional del Petróleo, en 1940, el Consejo Nacional de Minas y Metalurgia y, en 1944, la Comisión de la Industria del Material Eléctrico. "El 'Estado Novo' dio curso legal a palabras como plan y planificación."[16] Con Vargas descubrimos una versión tropical del síndrome bismarkiano: a las fuerzas sociales y, en particular, a los trabajadores podían otorgarse algunos beneficios, pero con dos condiciones: las concesiones eran expresiones de benevolencia estatal y no derechos y, en segundo lugar, el Poder Ejecutivo era el encargado de expresar las necesidades nacionales sin casi interferencia de parte de los otros poderes del Estado.

La industrialización fue impulsada sin alterar las antiguas estructuras agrarias. La ruptura del poder oligárquico no abrió las puertas al control social sobre las instituciones. A pesar de esto, el cambio ocurrió como fortalecimiento del poder central del Estado federal[17] y como desarrollo industrial en tanto horizonte deseado de modernización.

Luiz C. Bresser sostiene que desde la década de 1930 quedaron explícitamente planteadas tres líneas de conflicto, que fueron al mismo tiempo sendas disyuntivas: industrialismo/agriculturalismo, nacionalismo/cosmopolitismo e intervencionismo estatal/liberalismo. Si antes de esta década predominó la segunda opción de cada alternativa, de ahí en adelante la balanza se desplazó

[16] Véase Francisco Iglésias, "Aspectos políticos e econômicos do Estado Novo", en Tamás Szmrecsányi y Rui G. Granziera (coords.), *Getúlio Vargas e a economia contemporânea,* Universidade Estadual de Campinas, Campinas, 1986, p. 83.

[17] Sostiene Francisco Weffort que "El Estado brasileño, como Estado moderno, o sea como Estado nacional, comienza a existir después de 1930"; antes de esa fecha le faltaba "un requisito fundamental de organización del Estado moderno, que es la existencia de un núcleo soberano de comando, de articulación, de regulación y control sobre una determinada sociedad en un determinado territorio"; "Nacionalismo, o populismo e o que restou do legado político e económico de Vargas", en Tamás Szmrecsányi y Rui G. Granziera (coords.), *Getúlio Vargas e a economia contemporânea,* Universidade Estadual de Campinas, Campinas, 1986, pp. 166-167.

hacia la primera.[18] El liberalismo cosmopolita puesto al servicio de estructuras agrarias arcaicas (hacia adentro) y modernas (en sus vínculos exteriores) fue desplazado paulatinamente por un dirigismo estatal que necesitaba del proteccionismo para consolidar un aparato industrial que no podía arraigarse sin una tutela. Entre 1930 y 1939 se crearon 12 200 empresas industriales, frente a las 4 700 nacidas en la década previa.[19] La producción fabril se recuperó rápidamente y en 1937 ya era 50% superior a la de 1929: las devaluaciones cambiarias encarecieron las importaciones favoreciendo novedosas iniciativas manufactureras. Además, la política de precios mínimos de compra del café y la incineración por parte del gobierno de gran parte de sus adquisiciones mantuvieron el nivel de aquellos ingresos agrarios que el proteccionismo intentaba canalizar en otras direcciones. Un keynesianismo *ante litteram* que, si bien en beneficio de los mayores intereses agrarios, contribuyó a mantener a lo largo de la década de 1930 una demanda interna favorable, en cierta medida, a la industrialización.[20] El sector siguió un rumbo tradicional entre fines del siglo XIX e inicios del XX, con empresas textiles, además de jabón, cerveza y vidrio. El nuevo salto ocurrió justamente con el Estado Novo por iniciativa del gobierno. Éste creó la Compañía Siderúrgica Nacional que financió con fondos estadunidenses y que fue privatizada medio siglo después. La evaluación sintética de Thomas Skidmore describe el Estado Novo como una mezcla de fascismo y *New Deal*.[21]

Superada la segunda Guerra Mundial, desde 1945 dio inicio un ciclo de aceleración que se mantuvo varios años, a pesar de las turbulencias en la política nacional. No sería posible presentar el periodo 1945-1961 (una década y media a lo largo de la cual el PIB creció a una tasa media anual superior a 6%) como de estabilidad político-institucional. El lapso en cuestión se abrió camino con la salida de Vargas del poder (el hombre fuerte desde 1930) y una vuelta a la democracia con la elección de su antiguo ministro de Guerra como nuevo presidente. El tiempo siguió rumbo hasta el retorno de Vargas al poder en 1950 quien, bajo presión de los militares, como en 1945, resolvió poner fin a su vida en agosto de 1954. Vargas había regresado a la presidencia reverdeciendo su populismo y alimentando en las fuerzas armadas el temor de que su continuación en el gobierno fortalecería los nexos con la izquierda

[18] Véase L. C. Bresser Pereira, *Development and Crisis in Brazil: 1930-1983,* Westview Press, Boulder, 1984, p. 72. Sin desarrollarla, este autor señala una idea de interés que expresa otra de las paradojas brasileñas: "Mientras en Europa el liberalismo fue en lo esencial una ideología burguesa, o sea un instrumento de los hombres de negocios (en los comercios y en la industria) en sus luchas contra los privilegios de la aristocracia agraria, en Brasil ocurrió exactamente lo contrario y el liberalismo económico se convirtió en arma ideológica de la aristocracia rural" (p. 70).

[19] *Ibid.,* p. 19.

[20] Véase C. Furtado, *op. cit.,* pp. 198 y ss.

[21] T. Skidmore, *Brazil: Five Centuries of Change,* Oxford University Press, Nueva York, 1999, p. 115.

nacionalista, incluyendo sus vertientes marxistas. Las presiones sobre Vargas para que renunciara al poder y el acoso mediático en su contra pueden considerarse un ensayo general del golpe de Estado que ocurrió formalmente una década después.[22] Pero, por lo pronto, el escenario se volvía convulso: después de la presidencia provisional de João Café Filho, accedió al cargo Juscelino Kubitschek y, en enero de 1961, Jânio Quadros, quien renunció siete meses después. Así concluía, en 1961, un ciclo de expansión económica y comenzaba otra fase en la que la turbulencia política sería reforzada por un incremento de los conflictos sociales que sólo hasta 1964 se quedaron congelados con el golpe de Estado militar.[23] Y sin embargo, entre una transición política turbulenta, una restauración personalista, un suicidio y una renuncia presidencial, la economía brasileña pudo multiplicar, entre 1945 y 1961, 2.6 veces su producto interno y 4.3 veces su producción industrial.

¿Qué hizo posible estos resultados a pesar de tantos zarandeos? En primer lugar, el retorno del café a elevados precios internacionales. El principal producto brasileño de exportación pasó de 22 dólares el saco en 1945 a 62 dólares en 1955.[24] El gobierno requería a los exportadores del grano que entregaran sus dólares a un tipo de cambio correspondiente a la mitad del oficial, con lo cual se explica una parte sustantiva del aumento del gasto público que, en 1947-1953, creció más de tres veces.[25] Y, mientras el cruzeiro se mantuvo sobrevaluado, fue posible financiar cuantiosas importaciones de bienes de capital sin graves efectos sobre las cuentas externas gracias al rígido sistema de control de importaciones. Así, entre 1940 y 1943 la inversión neta llegó a 6.7% del ingreso nacional neto subiendo a 11.7% entre 1950 y 1953.[26]

Los años de la presidencia de Juscelino Kubitschek (1956-1961) fueron un periodo de gran impulso industrializador basado en la producción de bienes de capital, en la llegada de varias empresas multinacionales y en los comienzos de la producción automotriz. En ese tiempo, el gobierno tomó la iniciativa audaz de transferir la capital de Río de Janeiro hacia el interior del país, a una Brasilia que, totalmente planificada, fue construida en apenas pocos años.[27] Entre 1955 y 1962 el PIB creció a una tasa media de 7.1% anual, mientras la producción de bienes de capital se incrementó a una impresionante tasa media anual de 26.4%. Ahora bien, no es fácil imaginar una situación de

[22] Ésta es la tesis, razonable, de Shawn C. Smallman, *Fear and Memory in the Brazilian Army and Society (1889-1954),* The University of Carolina Press, Chapel Hill, 2002, pp. 164 y ss.

[23] Vania Bambirra y Theotonio Dos Santos, "Brasil: Nacionalismo, populismo y dictadura. 50 años de crisis social", en Pablo González Casanova (coord.), *América Latina: Historia de medio siglo,* Siglo XXI Editores, México, 1979, pp. 144 y ss.

[24] Entre 1950 y 1962, la superficie plantada de café aumentó de 2.6 millones a 4.4 millones de hectáreas; véase W. Baer, *op. cit.,* p. 282.

[25] ONU, *El desarrollo económico del Brasil,* ONU, México, 1956, p. 14.

[26] *Ibid.,* p. 78.

[27] Carlos Guilherme Mota y Adriana López, *Historia de Brasil: Una interpretación,* Ediciones Universidad de Salamanca, España, 2009, pp. 545 y ss.

incremento acelerado (en este caso, explosivo) de los bienes de capital sin que en algún momento ocurra un incremento paralelo de los bienes de consumo, y tampoco es posible que esto último ocurra sin la ampliación social de una base de consumo moderno. Y es aquí donde los problemas se hacen evidentes desde la primera mitad de la década de 1960. Entre 1955 y 1962 el salario mínimo real mostró muy escasas oscilaciones y, a partir de 1958, una clara tendencia a la reducción en términos reales.[28] El desequilibrio dinámico comenzaba a afectar la capacidad de crecimiento de la economía. En el periodo en cuestión el grado de industrialización pasó de 23 a 28% del PIB (para bajar a 21% en 2016); sin embargo, el mantenimiento de estructuras agrarias socialmente arcaicas alimentó la polarización del ingreso, elevados niveles de desempleo y subempleo y limitó la expansión del mercado, así como la interacción dinámica entre salarios, utilidades y productividad.

La estrategia de sustitución de importaciones encaraba una contradicción: por un lado se centraba en el mercado interno como principal factor dinámico, pero por el otro era incapaz (por razones sociales y políticas) de remover los obstáculos que impedían su ampliación. Varias empresas habían crecido en los espacios de mercado anteriormente ocupados por las importaciones, pero, desde ahí, la posibilidad de que se realizaran nuevas inversiones, y de que éstas fueran rentables, dependía de una ulterior expansión del mercado. Sin embargo, esto era justamente lo que no podía ocurrir por la ausencia de una genuina reforma agraria y por el escaso dinamismo de la demanda de trabajo que hubiera limitado la elevada polarización del ingreso.

Cuanto más se acercaba la economía brasileña al agotamiento de sus anteriores factores dinámicos, tanto más la inflación se agravaba a consecuencia de rigideces en la oferta y de control oligopolista en diferentes mercados. La economía se acercaba al agotamiento de las anteriores energías dinámicas (asociadas al consumo limitado de amplios sectores de la sociedad) y dejaba entrever una necesaria reorientación estratégica. Pero, desde comienzos de la década de 1960, el panorama social se polarizó. Frente a la mayor presión popular sobre los gobiernos de Quadros y Goulart, los industriales se alejaron de su previo aliento progresista justo cuando el crecimiento necesitaba abrirse a nuevos horizontes.

Al despertar de varios episodios de conflictividad campesina, se sumó la radicalización de la Iglesia católica, cuyo bajo clero encaraba la difusión de formas nuevas de pobreza y malestar en los barrios marginales urbanos. En un ambiente en el que además la Revolución cubana ejercía un fuerte encanto en varias áreas de descontento social, los conservadores sentían que cualquier concesión habría fortalecido aún más nuevos cambios indeseados. Que el control de la situación pudiera escaparse de las manos de los grupos más conservadores resultaba posible a partir del gobierno de João Goulart, en-

[28] Véase L. C. Bresser, *Development…, op. cit.,* pp. 97 y 164.

tre cuyos proyectos estuvo una reforma agraria (promovida por el ministro de Planificación Celso Furtado), el reconocimiento del derecho al voto a los analfabetos y la reforma fiscal. Y con la inflación al alza, la insubordinación de algunos sectores de suboficialidad del Ejército terminó por precipitar la reacción castrense.[29] El golpe de Estado llegó acusando a Goulart de ser parte de una conspiración del "comunismo internacional". Se abría paso la convicción de que solamente un estricto acto de fuerza podría restablecer el orden social tambaleante. El pensamiento conservador invertía así los términos de las disyuntivas brasileñas. En realidad, la crisis económica no había sido el producto de la agitación social, sino al revés. La agitación social nacía de la crisis y la crisis, a su vez, de rigideces estructurales que los gobiernos previos no habían podido corregir.

Dictadura, crecimiento y desigualdad (1964-1985)

Los conflictos de la década de 1920 entre la oligarquía agraria y la emergente burguesía urbana terminaron por eclosionar un cambio político que, desde la década siguiente, hizo del Estado un árbitro poderoso. La política tomaba ventaja sobre la economía. Algo parecido ocurrió en 1964: si bien el golpe de Estado se realizó para detener una creciente presión social, no confirió a los principales grupos económicos el control directo de los aparatos del Estado. Confiados en sí mismos, los militares se asumieron como responsables de la conducción del país.

En 1964-1966 se impusieron orientaciones contraccionistas para controlar la inflación y el desequilibrio de las cuentas públicas y, así, la reducción del crecimiento que venía desde 1962 se mantuvo inmediatamente después del golpe. La producción manufacturera, que había crecido entre 1956 y 1962 a una tasa media anual de 10.8%, cayó a 1.8% entre 1962 y 1966.[30] Sin embargo, con la presidencia de Artur da Costa e Silva y el nombramiento de Delfim Netto como nuevo ministro de Hacienda en 1967, el panorama de la política económica cambió. Los militares —que habían fortalecido sus conexiones con la burocracia técnica del Estado— hicieron del crecimiento económico clave de su legitimación social y condición de la seguridad nacional entendida como mezcla de nacionalismo, anticomunismo y confusas imágenes de Brasil-potencia.

[29] Véase Alfred C. Stepan, *The Military in Politics: Changing Patterns in Brazil,* Princeton University Press, Princeton, 1974, pp. 158-163.

[30] A inicios de la década de 1960 tuvo lugar la primera caída sostenida de la economía desde la ocurrida a comienzos de la de 1940, así como la segunda oleada inflacionaria después de la ocurrida durante la segunda Guerra Mundial y antes de la que vendría en 1979-1994; véase Marcelo Abreu y Dorte Verner, *Long-Term Brazilian Economic Growth: 1930-1994,* OCDE, París, 1997, p. 110.

Los militares no sentían nostalgia del liberalismo económico, así que usaron sin timideces el aparato estatal como factor de impulso en una clave de positivismo autoritario. Entre 1968 y 1980 la tasa media de crecimiento alcanzó 8.8%: el periodo de mayor crecimiento de Brasil. Frente a las primeras huelgas por la constante reducción de los salarios reales, sumado al cambio en la presidencia —que pasó de un general "moderado" (Castelo Branco) a uno radical (da Costa e Silva)—, el régimen se endureció con la censura y la justicia militar contra delitos de "seguridad nacional" y se multiplicaron arrestos y torturas, mientras la estrategia económica se orientó explícitamente hacia el crecimiento.[31]

Con Delfim Netto en el Ministerio de Hacienda, la inflación dejó de asociarse a la demanda y comenzó a ser vista como un problema de incremento de costos y de márgenes de utilidad en ambientes recesivos que imponían la reducción en la escala productiva. El aumento del gasto público y la mayor disponibilidad de crédito conformaron un nuevo escenario de política económica dominado por la idea de que la mayor demanda permitiría, *ceteris paribus,* reducir la propensión de las empresas (especialmente de las grandes) a incrementar sus precios para cubrir los costos asociados con bajos volúmenes de producción. El diagnóstico quedó confirmado. Mientras entre 1962 y 1967 (un periodo de bajo crecimiento) la inflación registró tasas medias anuales de 53.7%, entre 1968 y 1973, con un crecimiento medio de 11.5%, la tasa media de inflación se redujo a 19.3%.[32] El gobierno estableció un Consejo Interministerial con el objetivo de controlar los precios de las 350 principales empresas brasileñas, el grupo de empresas con mayor capacidad para ejercer controles oligopólicos sobre los precios.

Varios estudiosos asocian la crisis económica de Brasil en los años centrales de la década de 1960 al agotamiento de la estrategia de sustitución de importaciones. La oferta interna, que sustituyó anteriores importaciones, se limitaba a abastecer de productos modernos a sectores reducidos de población, mientras que amplios sectores de la misma permanecían dentro de estilos de consumo de escaso perfil moderno. El exceso de oferta de productos modernos (respecto a la estrecha base social de la demanda) se combinó con la deficiencia de oferta de productos tradicionales respecto a la demanda potencial de amplios sectores de población. La capacidad productiva creció más que la demanda en los sectores modernos y menos que ésta en los sectores tradicionales. Aun así, gracias al elevado nivel de concentración industrial, los precios crecieron más en los primeros que en los segundos. Frente a este cuadro, desde 1967 se buscó la salida hacia una mayor concentración del

[31] T. Skidmore, *Brazil…, op. cit.,* pp. 163-164.

[32] Datos del Banco Mundial, "Inflación. Precios al consumidor", BM. Disponible en https://datos.bancomundial.org/indicador/FP.CPI.TOTL.ZG. A partir de 1974, las tensiones inflacionarias volvieron a agudizarse por el gran incremento del precio del petróleo que impactó una economía gran importadora de crudo.

ingreso. Se trataba de "redistribuir hacia arriba",[33] o sea, de realimentar la capacidad de crecimiento económico con un desplazamiento de la riqueza nacional hacia sectores de población que pudieran ejercer una demanda creciente hacia las ramas productivas más modernas, es decir, fundamentalmente, hacia los productores de bienes de consumo durables e, indirectamente, de bienes de capital. Una de las claves fue, en este sentido, la estrecha relación entre los mayores ingresos de las clases medias (y, sobre todo, de sus capas superiores) y la producción de automóviles.[34] En 1960-1980, 50% de la población más pobre redujo su participación al ingreso nacional de 17.4 a 12.6%, mientras el 10% más rico pasó de 39.6 a 50.9%. Uno de los países del mundo más inequitativo buscaba una salida a sus problemas de escaso crecimiento polarizando aún más su distribución del ingreso.

La legislación sobre salarios mínimos quedó sin efecto a partir del golpe. Sin embargo, aunque la compresión de los salarios estuviera pensada por los militares como condición para incrementar el coeficiente utilidades-salarios, estimulando así mayores inversiones, el comportamiento de las retribuciones no fue homogéneo. Entre 1966 y 1972, en un estudio sobre las grandes empresas manufactureras del área centro-meridional del país, resultó que mientras el salario real de los trabajadores no calificados disminuyó 8%, el de los trabajadores calificados aumentó 20% y los sueldos de los cuadros superiores, 52%.[35] La reactivación del crecimiento despertaba una nueva segmentación de la economía tanto desde el punto de vista de la relación utilidades/salarios como entre los salarios mismos. Desde 1962, la salida de la atonía implicaba mayores entradas en favor de los perceptores de ingresos de capital y de las capas superiores de la población asalariada. La salud de la economía necesitaba la enfermedad de la sociedad, o sea, la profundización de sus desigualdades.

Hacia fines de la década de 1960 la disyuntiva era: promover el cambio en la composición de la oferta doméstica e impulsar medidas de redistribución del ingreso o mantener la misma composición de la oferta y reconcentrar los ingresos. Mientras la primera opción habría implicado dificultades de corto plazo para que la estructura productiva pudiera adaptarse a una mayor demanda de los sectores pobres, la segunda opción implicaba lo contrario, es decir, un impulso económico en el corto-mediano plazo, pero al costo de mantener bases desequilibradas para el desarrollo futuro. Se eligió el segundo camino.

[33] José Serra y María C. Tavares, "Más allá del estancamiento: una discusión sobre el estilo del desarrollo reciente en Brasil", en J. Serra, *Desarrollo latinoamericano: ensayos críticos,* FCE, México, 1974, p. 213.

[34] Registremos de paso que la producción automovilística sólo entre 1965 y 1975 pasa de 114 000 a 551 000 unidades. En los mismos años, el crecimiento de la producción de aparatos de televisión fue de 421% mientras la producción de refrigeradores creció 297 por ciento.

[35] Edmar L. Bacha, *El milagro y la crisis: economía brasileña y latinoamericana,* FCE, México, 1986, p. 98; y C. G. Mota y A. López, *op. cit.,* p. 599.

En 1973 llegó de golpe la cuadruplicación del precio internacional del petróleo. Era previsible una reorientación hacia el enfriamiento de la economía para hacer frente tanto al deterioro de las cuentas externas como al repunte inflacionario (que, en efecto, se materializó con un deflactor del PIB que pasó de 19.4 a 87.3% entre 1972 y 1980). A pesar de esto, las predicciones contraccionistas no se materializaron. El gobierno rehusó interrumpir el crecimiento que venía desde 1968. En 1973 el PIB había crecido 13.9%, en 1974 lo hizo 9.8% y se mantuvo en 7.1%, como promedio, entre 1974 y 1980. Una tasa media muy elevada considerando el menor impulso de la economía mundial y la carga onerosa de las importaciones petroleras.

El nacionalismo de los militares (que consideraban el crecimiento económico como una pieza de orgullo patriótico) y el deseo de la alta burocracia estatal de no interrumpir el proceso de maduración de las inversiones comenzadas desde fines de la década de 1960 condujeron a lo que un economista brasileño llamó "la estrategia de 1974".[36] Con el nuevo gobierno del presidente Ernesto Geisel, en funciones desde marzo de ese mismo año, se tomaron dos orientaciones básicas: la primera, como se dijo, sortear la recesión y la segunda, fortalecer los sectores de bienes de capital cuya consolidación habría permitido a Brasil reducir en el futuro su grado de dependencia externa. La maduración de los proyectos de inversión emprendidos antes de 1974 en electricidad, siderurgia, puertos, etc., requería mayores empréstitos extranjeros para evitar que quedaran incumplidos y terminaran por convertirse en gigantescos monumentos industriales de una euforia caducada. El resultado fue que la deuda externa pasó de 12 600 millones a 61 400 millones de dólares entre 1973 y 1981, o sea, de 7.4 a 18.8% del PIB. No es fácil sobrevaluar la importancia de los planes estatales de desarrollo sectorial en la segunda mitad de la década de 1970, sobre todo cuando se considera que, en 1974, 45 de las 100 principales corporaciones brasileñas eran controladas por el Estado. El periodo 1968-1980 de crecimiento acelerado puede dividirse en dos partes. Una primera, hasta 1974, con inflación bajo control, y una segunda en que la inflación pasó de 20 a 100% obligando a una brusca devaluación cambiaria en 1979 para recuperar alguna capacidad competitiva en los mercados internacionales y evitar una excesiva fuga de capitales. Con Delfim Netto de regreso en el gobierno, se extendió el control de precios y aumentaron las tarifas de los servicios públicos con el fin de controlar el impacto del desequilibrio fiscal sobre la dinámica de los precios. Sin embargo, entre la pérdida de dinamismo de la economía, la inflación que no cedía y la carga creciente de la deuda exterior, el régimen militar percibió, sobre todo con el gobierno sucesivo del general Figueiredo, que había llegado el momento de restituir el poder a los civiles.

[36] Véase Antônio Barros de Castro y Francisco E. Pires de Souza, *A economia brasileira em marcha forçada,* Paz e Terra, São Paulo, 1985. Este libro se compone de dos ensayos. Aquí se hace referencia al primero de ellos, cuyo autor es A. Barros.

Los tiempos se aceleraron con el segundo choque petrolero. Si el primero había producido una reacción desarrollista de gran vitalidad, el segundo —en 1979— supuso un vuelco definitivo de política económica: primer paso en el retorno a la ortodoxia. Con el nuevo gobierno de Figueiredo, desde inicios de 1979, la política se volvió contraccionista. La voluntad de crecimiento a toda costa terminó por diluirse y las mismas empresas públicas que pocos meses antes eran consideradas objeto de orgullo nacional se convirtieron en motivo de execración. El efecto combinado del segundo choque petrolero y de las políticas recesivas del gobierno produjo que, en 1981, por primera vez desde 1930, el crecimiento del PIB brasileño tuviera signo negativo. El salto difícilmente podría haber sido más abrupto: el PIB pasó de 9.1 a 4.4% entre 1980 y 1981. El arquitecto del milagro económico brasileño (en un contexto político autoritario) cambió de rumbo. En una conferencia como ministro de Planeación, realizada en la Escuela Superior de Guerra en junio de 1984, Delfim Netto recordaba a su auditorio de generales y altos oficiales que el desarrollo económico requiere de una doble condición: el equilibrio presupuestal del gobierno y el equilibrio de las cuentas externas. La tarea del gobierno era restablecer estos equilibrios para volver a crecer.[37] La devaluación (30% en diciembre de 1979) y el recorte del gasto público fueron indicados como los instrumentos ineludibles de la nueva política.

Desde 1982, con el brusco incremento de las tasas de interés sobre la deuda externa brasileña (por la política monetaria restrictiva inaugurada por el presidente estadunidense Ronald Reagan en 1981), esta última se convierte en un nuevo, preocupante, foco rojo. Una observación final. Además, desde fines de la década de 1970 se manifestó el conflicto entre el gobierno y la iniciativa privada. Pasado el "gran miedo" de inicios de esta década, los empresarios brasileños mostraron impaciencia frente a los militares que modificaban con sus decisiones el balance de fuerzas entre el Estado y los capitalistas. Más que un conflicto ideológico entre estatismo y mercado, se planteaba un diferendo entre gobierno e intereses económicos organizados que exigían mayor influencia en las decisiones económicas. Los militares podían estar satisfechos: evitaron, con el golpe de 1964, que el país cayera, en su opinión, en una espiral de ingobernabilidad y estuvieron cerca de devolver el país a los civiles con una economía que ha crecido como pocas veces en su historia. Claro que los acontecimientos pueden ser leídos de otra forma. Los militares congelaron a Brasil bajo una dictadura que impidió una modernización económica capaz de abrir nuevos espacios de mercado y nuevas energías que combinaran mayor productividad y menor segmentación social. Y, cuando los signos de este fracaso se perfilaron, el Ejército brasileño decidió desligarse del poder.

[37] A. Delfim Netto, *Mudanças estruturais da economia no governo Figueiredo,* Secretaria de Planejamento, Brasilia, 1984, p. 9.

Democracia, inflación y reformas (1985-2015)

La inflación irreducible

En la década de 1980 el cambio siguió tres líneas principales. En primer lugar, el retorno al gobierno civil desde marzo de 1985. Después de 21 años, los militares regresaban a sus cuarteles y un presidente civil —José Sarney, viejo político conservador nordestino que un periodista de *The Economist* en Brasil consideraba un "oportunista sin legitimación democrática"—[38] asumió la presidencia. En segundo lugar, el brusco deterioro del crecimiento asociado en gran medida al fuerte peso del servicio de la deuda externa. El tercer dato es la aceleración de la inflación. Los dos últimos aspectos pueden resumirse contrastándolos con las décadas anteriores, como se hace en el cuadro x.2.

El crecimiento acelerado, que venía desde la década de 1940, se interrumpió en la de 1980. La tasa media de crecimiento del pib no alcanzó en estos años ni la mitad del nivel medio de la década de 1940. El cuadro x.2 indica además la relación invertida entre crecimiento económico e inflación. En efecto, en las décadas de 1950 y 1960, cuando la economía crecía más rápidamente, la inflación registró sus tasas medias más bajas; contrario a lo ocurrido en la década de 1980, cuando el ritmo de crecimiento se debilitó y la inflación se disparó.

El nuevo gobierno civil asumió el cargo en un ambiente amenazado por la inflación y agobiado por la idea de que el tan esperado retorno a la democracia no produciría mejoras económicas inmediatas. Varios grupos de economistas progresistas de la Universidad de Campinas, de la Pontificia Universidad

Cuadro x.2. *Producción e inflación (tasas medias anuales)*

	pib	*pib per cápita*	*Inflación (precios al consumidor)*
1941-1950	5.4	2.61	n.d.
1951-1960	6.9	3.7	20.2
1961-1970	6.1	3.3	43.5
1971-1980	9.0	6.0	39.6
1981-1990	1.7	–0.9	485.2

Fuentes: onu, *El desarrollo económico de Brasil,* onu, México, 1956; *Conjuntura económica,* vol. III, núm. 4, 1973 y vol. 5, núm. 4, 1980; cepal, *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe, 1987;* onus/cepal, Santiago de Chile, 1987; cepal, *Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe,* diciembre de 1989 y diciembre de 1991, 1940-1949.

[38] Michael Reid, *Brazil: The Troubled Rise of a Global Power,* Yale University Press, Padstow, 2014, p. 118.

Católica de Río de Janeiro y de la Universidad de São Paulo fueron cooptados a altos niveles del aparato económico del Ejecutivo.[39] El fruto maduro del ingreso de una nueva generación de economistas, en gran parte educados en universidades extranjeras, fue el Plan Cruzado, introducido por el gobierno en febrero de 1986 para controlar la inflación sin agudos retrocesos en la actividad económica. Pero veamos las disyuntivas básicas del problema inflacionario. Si razonamos dentro de un esquema ortodoxo, asumiendo una situación cercana al pleno empleo, la menor oferta monetaria produce necesariamente (a paridad de otras condiciones) la reducción de los precios. Sin embargo, aun haciendo a un lado la *imperfección* del mercado, si la reducción de la oferta monetaria acarrea la contracción de la oferta de bienes y servicios, no hay razón para suponer que el efecto final será la reducción de los precios. Si la producción se contrae más que la oferta monetaria, el resultado final puede ser incluso un incremento de los precios. Y llegamos así a un escenario que no por paradójico resulta menos realista: reducción del circulante con incremento de los precios.

Comenzaba a abrirse camino entre los economistas brasileños la idea de que el control de la inflación a través de medios convencionales suponía niveles muy elevados de reducción de la demanda sin resultados significativos en el retroceso de los precios. Desde inicios de la década aparecen contribuciones que proponen terapias antiinflacionarias no convencionales.[40] Algunos economistas brasileños (André Lara Resende, Francisco López, Edmar Bacha, Luiz Carlos Bresser, etc.) insistían en el carácter inercial de la inflación, en el hecho de que ésta (cualquiera que fueran sus específicas raíces estructurales), una vez establecida en determinados niveles, tendía a mantenerse por efecto de mecanismos inerciales asociados tanto a distintas formas de indexación como al enraizamiento de un conflicto distributivo. Romper con estos mecanismos inerciales fue la inspiración central del Plan Cruzado que contemplaba la introducción de un nuevo signo monetario (el cruzado) que quitaba tres ceros al viejo cruceiro, la congelación de precios, salarios y tipo de cambio y la introducción de tablas de conversión para eliminar la expectativa inflacionaria en los contratos a plazo. Para los salarios se estableció una posibilidad de reajuste siempre y cuando la inflación rebasara 20% en el lapso de un año. A partir de estas iniciativas se difundió en el país un clima de confianza. La espiral inercial parecía haberse roto.

Por desgracia para el país, a fin de año se esperaban elecciones congresuales y para gobernadores. Así que, a pesar de las señales indicadoras

[39] Luiz C. Bresser Pereira, "A crise da Nova República", *Novos Estudos,* núm. 23, 1989, pp. 85-101; y T. Skidmore, *Brazil…, op. cit.,* pp. 192-193.

[40] Véase Luiz C. Bresser Pereira, "Inflaçao inercial e Plano Cruzado", *Revista de Economia Política,* vol. 6, núm. 3, 1986, pp. 14-20, donde se encuentra una buena descripción de los antecedentes teóricos que fueron preparando, en Brasil, la propuesta de combate antiinflacionario cuajada posteriormente en el Plan Cruzado.

del calentamiento de la economía, que requería medidas de contención tanto fiscales como monetarias, Sarney evitó cautelosamente todo aquello que pudiera reducir su popularidad y la de su partido —el Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB), un gran partido conservador de ideología flexible y constituido por una tupida red clientelar de bases regionales— en vista de las elecciones que, en efecto, ganó con amplio margen. En los meses posteriores a la introducción del Plan Cruzado, a inicios de 1986, hubo una reacción positiva de la producción industrial. A pesar de esto, el crecimiento fue posible gracias al uso intensivo de la capacidad instalada más que por medio de mayores inversiones, de tal manera que algunos sectores estratégicos para la continuación del proceso expansivo (energía eléctrica, metales no ferrosos, petroquímica, etc.) comenzaron a acercarse peligrosamente al uso pleno de su potencial productivo. Además, desde fines del año se hace más frecuente el ocultamiento de productos para presionar al gobierno a flexibilizar el control de algunos precios. Si a esto añadimos los crecientes problemas en la balanza comercial y los retiros de ahorros que se dirigieron al consumo o a la adquisición de divisas extranjeras, resulta evidente la naturaleza de las presiones que comenzaron a acumularse en forma adversa al mantenimiento del control de precios y del tipo de cambio. Hacia fines del año empeoraba el saldo comercial y se imponía la revisión del cambio.[41] Frente a este escenario, el gobierno terminó por autorizar el aumento en el precio de automóviles, cigarros, gasolina, bebidas y de las tarifas públicas de energía eléctrica, teléfono y servicios postales. El retorno a las minidevaluaciones cambiarias completaba el panorama del reencuentro con la ortodoxia en la política económica. El control de precios había terminado. Y mientras, con un tipo de cambio congelado, las presiones especulativas montaban con el consiguiente saqueo de las reservas monetarias del país. A un año de la introducción del Plan Cruzado, en febrero de 1987, Brasil declaró la moratoria en el servicio de su deuda exterior. Con esto, el plan de control de la inflación pasaba a la historia como otro intento fallido.

En 1986 la inflación alcanzó 147% (frente a 226% del año anterior) para dispararse a 228% en 1987, al mismo tiempo que el PIB reducía su crecimiento de 7.5 a 3.7%. Y otra vez, inflación con bajo crecimiento económico golpeaban juntos. En los años siguientes, perdida la confianza en la política económica del gobierno, la inflación alcanzó niveles sin precedentes, oscilando entre 433% en 1991 y 2 000% en 1994.

Con la popularidad de Sarney por los suelos, comenzó el ciclo ascendente de un nuevo astro político; éste también del noreste, descendiente de una familia de la vieja oligarquía azucarera: Fernando Collor de Mello, quien se presentó como un reformador capaz de abrir nuevos rumbos para un

[41] Caio C. Prates da Silveira, "Plano cruzado: A dramática reversão de expectativas", *Texto para Discussão,* (110): S587, 1987, p. 9.

país cuya vuelta a la democracia no había producido los resultados sociales esperados.[42] La receta parecía sencilla con la insistencia sobre la reducción de la burocracia. Además del apoyo mayoritario de la prensa brasileña, el joven candidato recibió también el de la prensa internacional.

Con su llegada a la presidencia, en marzo de 1990, aparecieron algunos elementos novedosos en el panorama. Se reinstaló el cruceiro en el lugar del ya desprestigiado cruzado. El nuevo gobierno congeló por 18 meses los depósitos bancarios superiores a 1 200 dólares (70% de la masa monetaria) y estableció otras varias medidas: 30 días de congelación de precios y salarios; aumento de impuestos; recortes del gasto *gubernamental* (con un proyecto de despido de 360 000 empleados públicos, cerca de un cuarto del empleo público federal); un proyecto de privatización de dos terceras partes de las empresas públicas del país, y el anuncio de una política de mayor apertura comercial al resto del mundo.[43]

El programa antiinflacionario de Collor, que consistió en reducir en un solo día (de marzo de 1990) la liquidez desde 40 hasta 9% del PIB, posiblemente no tenga muchos antecedentes mundiales comparables. Aunque, aflojados los controles de precios y aún en una situación de aguda contracción monetaria, los precios crecieron a una media mensual oscilante entre 8 y 10% de mayo a agosto. Y en ese mismo año, mientras el PIB caía en 3.1%, los precios al consumidor alcanzaban un incremento apenas inferior a 3 000%. En 1991 la inflación se mantenía en 433% mientras el PIB crecía apenas 1.5%[44] y, a fines de 1992, el Congreso destituía al presidente bajo cargos de corrupción. Así que, a siete años del retorno a la democracia, Brasil no había encontrado aún el camino ni hacia un crecimiento sostenido ni hacia el control de la inflación. Pero, cuando menos en el segundo aspecto, las cosas estaban a punto de cambiar.

Intentos reformadores (primera fase)

La historia brasileña entre fines del siglo XX e inicios del XXI está marcada por dos personalidades que, a pesar de su diferente origen social, formación cultural y orientación ideológica, siguieron lineamientos similares en térmi-

[42] Véase T. Skidmore, "Collor's Downfall in Historical Perspective", en Keith Rosenn y Richard Downes (coords.), *Corruption and Political Reform in Brazil: The Impact of Collor's Impeachment,* North-South Center Press/University of Miami, Florida, 1999, pp. 3 y ss.; y Gilberto Velho, "A vitória de Collor: Uma análise antropológica", *Novos Estudos,* vol. 1, núm. 26, 1990, pp. 44-47, donde hay una interesante descripción de los elementos de mesianismo y telegenia que hicieron posible la victoria electoral de este joven político conservador.

[43] Véase *Wall Street Journal,* 30 de marzo de 1990.

[44] Véase World Bank National Accounts Data; OECD National Accounts Files (disponible en http://www.oecd.org/sdd/na/); Fondo Monetario Internacional (FMI), "International Financial Statistics and Data Files". Disponible en https://www.imf.org/en/Data

nos de política económica: los presidentes Fernando Henrique Cardoso (1995-2002) y Luiz Inácio Lula da Silva (2003-2010). El primero, un intelectual cosmopolita que en algún momento de su vida se pasó a la actividad política; el segundo, un obrero metal-mecánico convertido antes en sindicalista y después en líder político. Dos presidencias a las que hay que añadir la de Dilma Rousseff (2011-2016) (heredera designada por Lula), destituida a inicios de su segundo mandato. Refiriéndose al periodo posterior al retorno a la democracia en 1985, un estudioso habla de "cambio dramático" de la economía brasileña.[45] En la conclusión de la siguiente sección se verá si una apreciación de este tipo está justificada. Limitándonos a los rasgos primarios de las dos presidencias en cuestión, es posible decir que la primera construyó su perfil en un combate, finalmente exitoso, contra la hiperinflación convertida en enfermedad crónica de la economía brasileña en el periodo 1985-1994. La segunda intentó, con un éxito cuya persistencia en el tiempo está por verse, combatir las formas más extremas de pobreza y marginación. Consideremos en este apartado el primer periodo correspondiente a Fernando Henrique Cardoso.

El partido político por el cual Cardoso se presentó como candidato presidencial en 1994 —el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB)— nació en 1988 de una escisión parlamentaria del PMDB. A diferencia de las experiencias europeas, en las que la socialdemocracia se desarrolló en estrecha conexión con organizaciones obreras y populares, estamos aquí frente a un fenómeno pragmático más propio del estamento político.[46] La carrera que condujo a Cardoso a la presidencia comenzó en mayo de 1993, cuando el presidente Itamar Franco (que había tomado el lugar del dimitido Collor) lo nombró ministro de Hacienda separándolo del cargo previo de ministro de Relaciones Exteriores. En sus memorias, recordando los numerosos ministros sucedidos en Hacienda, quienes debieran dimitir por sus fallidos intentos de controlar la inflación, Cardoso habla de su nombramiento como un "beso de la muerte" al que intentó, vanamente, sustraerse.[47] El nuevo ministro convocó prontamente a un grupo de destacados economistas. El Plan Real fue anunciado en diciembre de 1993 y entró en vigor, con la introducción del real —la nueva moneda—, en julio de 1994. Y se acoplaron una serie de circunstancias que terminaron por detener la ola inflacionaria que a lo largo de años había trabado el crecimiento favoreciendo corrupción y especulación financiera. Por varios meses, entre el anuncio del Plan y la introducción de la nue-

[45] Albert Fishlow, *Starting Over: Brazil since 1985,* The Brookings Institution Press, Washington, D. C., 2011, p. 33.

[46] Carlos Enrique Guzmán Mendoza y Ermício Sena de Oliveira, "Brasil", en Manuel Alcántara Sáez y Flavia Freidenberg (coords.), *Partidos políticos de América Latina: Cono Sur,* Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2001, pp. 212 y ss.

[47] Fernando Henrique Cardoso y Brian Winter, *The Accidental President of Brazil: A Memoir,* Public Affairs, Nueva York, 2006, p. 175.

va moneda, se estableció un doble sistema de precios en que el valor del real frente al dólar era mantenido por medio de una oferta monetaria limitada por los saldos de las cuentas externas. Frente al éxito inicial de la maniobra, Cardoso decidió presentarse como candidato a la presidencia para las elecciones de octubre. En el mes de julio se introdujo físicamente el real al mercado y la inflación mensual pasó de 45% en abril a 2% en julio. La euforia creció con la victoria de Brasil en el campeonato mundial de futbol, lo que en el país siempre tiene cierta importancia y, en las elecciones subsiguientes, Cardoso ganó la presidencia en el primer turno dejando fuera a Lula quien, todavía pocas semanas antes, era el candidato favorecido.

Muy pronto se dejaron oír las críticas empresariales por las altas tasas de interés (impuestas ante la necesidad de conservar el tipo de cambio del real) y frente a ellas, el principal asesor del ministerio de Hacienda, el economista Edmar Bacha, declaraba terminado el tiempo en que la federación de industriales de São Paulo podía determinar la política monetaria incrementando los salarios a cada alza de las tasas de interés, para exigir en seguida una mayor oferta monetaria.[48] Por otro lado, se limitó el acceso al crédito y la federación de los industriales de São Paulo llegó incluso a organizar una marcha de protesta hacia Brasilia en 1996. Pero las altas tasas de interés fueron el costo que Brasil debió pagar para emanciparse de la hiperinflación. Un costo elevado por el menor crecimiento, la mayor carga del servicio de la deuda pública y las menores inversiones.

Con Cardoso en el gobierno se dio un fuerte impulso a la privatización de las empresas públicas que, si bien con menor intensidad, ya había iniciado desde la década de 1980 cuando la crisis económica mostró la urgencia de limitar el déficit presupuestal y los subsidios a las empresas estatales. Hay que apuntar que la máxima expansión de las empresas públicas ocurrió en la década de 1970 con los militares en el gobierno, cuando se contaban cerca de 200 federales y más de 300 estatales. En esos años, cerca de 40% de la formación bruta de capital en el país provenía de estas empresas.[49] Durante los dos periodos presidenciales de Cardoso, Eletrobras y Telebras, las grandes compañías eléctrica y de telecomunicaciones, fueron privatizadas, se abolió el monopolio petrolero de Petrobras y se privatizaron los servicios portuarios, muchas carreteras, las minas de Vale do Rio Doce, la industria siderúrgica, etc. Entre 1991 y 2002 la venta de más de 100 compañías públicas federales produjo distintas consecuencias en el empleo. En el sector siderúrgico aumentó la producción, mientras la ocupación disminuía; en la empresa aeronáutica Embraer, en las dos décadas posteriores a su privatización de 1993,

[48] Véase Lee J. Alston *et al., Brazil in Transition: Beliefs, Leadership, and Institutional Change,* Princeton University Press, Princeton, 2016, p. 111.

[49] Aldo Musacchio y Sergio G. Lazzarini, *Reinventing State Capitalism: Leviathan in Business, Brazil and Beyond,* Harvard University Press, Cambridge, 2014, pp. 86-89.

tanto la producción como el empleo aumentaron junto con la expansión internacional de la firma.[50] La economía brasileña se abrió al resto del mundo en el doble sentido de dar acceso a inversiones extranjeras directas para la adquisición de acervos productivos, antes en manos del Estado, y reducir los aranceles que venían bajando antes de 1994 y seguirían haciéndolo con Cardoso, dejando aparte algunas excepciones en química, automóviles y computadoras para proteger industrias nacionales especialmente sensibles.[51]

Después de ganar la batalla contra la inflación y mientras la economía se encaminaba hacia la apertura exterior —que resultaba determinante en una fase histórica en que las exportaciones eran el componente más dinámico de la economía mundial— ocurrieron varias turbulencias que amenazaron la adquirida estabilidad macroeconómica del país. El encadenamiento de las crisis cambiarias asiáticas a mediados de 1997, y un año después la crisis rusa (asociada a la caída del precio del petróleo) que supuso una fuerte devaluación del rublo, revelaron una difundida desconfianza de las finanzas internacionales hacia los mercados emergentes. El resultado fue una fuerte presión especulativa contra el real en un contexto en el que Brasil seguía cargando con un déficit presupuestal de entre 6 y 7% del PIB y un empeoramiento de su cuenta corriente. En el curso de 1998, las reservas brasileñas se redujeron 40%, lo que terminó por obligar al recién reelegido presidente Cardoso a devaluar el real en enero de 1999. El temor era que la pérdida de valor del real desencadenara una nueva oleada inflacionaria. Sin embargo —gracias al crédito por 40 000 millones de dólares de parte del Fondo Monetario Internacional (FMI), al saneamiento fiscal por los fondos derivados de las privatizaciones y a una rápida reducción del déficit en cuenta corriente—, la pérdida de valor del real resultó contenida y los precios al consumidor se incrementaron en 1999-2000 en valores entre 5 y 7%. Brasil había superado la primera prueba severa en cuanto a su capacidad de control de la inflación, aunque la popularidad de Cardoso ya no recuperaría los altos niveles de su primer mandato. A pesar de eso y del hecho de que durante sus ochos años en la presidencia el crecimiento económico estuvo algo por debajo de una media de 3%, pueden registrarse varios acontecimientos inéditos desde el punto de vista social. Hechos que parecen indicar los inicios de una ruta en cierta medida novedosa en la historia económica del país, si bien paulatinamente, la polarización del ingreso se contrajo mientras los salarios mínimos registraban un incremento constante desde 1994. El gasto social aumentó casi 30% entre 1993 y 2002[52] y otro indicador importante que, empero no tuvo continuación posterior, fue el reparto de tierras que benefició a más de 500 000 familias.[53]

[50] M. Reid, *op. cit.,* pp. 131 y 214.

[51] A. Fishlow, *op. cit.,* pp. 66-68.

[52] L. J. Alston *et al., op. cit.,* pp. 118-119.

[53] Ciro Gomes, secretario de Hacienda a fines de 1994, si bien reconociendo la eficacia antiinflacionaria del Plan Real, negaba que pudiera considerarse una estrategia de desarrollo para

Pedro Malan, ministro de Hacienda de Cardoso, registraba la importancia del Plan Real para restablecer "tasas civilizadas de inflación" y añadía:

> Sin estabilidad macroeconómica no tenemos condiciones mínimas para crecer de forma sustentable en el mediano y largo plazos, para consolidar definitivamente nuestras instituciones democráticas y menos aún para avanzar consistentemente contra la injusticia social que todavía nos humilla y avergüenza delante del mundo y debería humillar y avergonzar a parte de nuestras élites frente a sí mismas.[54]

Intentos reformadores (segunda fase)

A comienzos del siglo XXI, en el Cono Sur de América Latina se inauguran diversas experiencias de gobiernos de izquierda con inspiración socialdemócrata. Una de ellas (además del Chile de Ricardo Lagos y el Uruguay de Tabaré Vázquez) es la que, después de tres intentos fallidos, lleva a un antiguo obrero y sindicalista brasileño a la presidencia de su país el primer día de 2003: Luiz Inácio Lula da Silva. En las elecciones presidenciales de 2002, el discurso tradicionalmente radical del partido de Lula —Partido de los Trabajadores (PT)— que planteaba desconocer los acuerdos con el FMI, la moratoria de la deuda externa, etc., se suaviza en dirección a un pragmatismo reformador que expresa la voluntad de superar la política electoralmente confinada al testimonio del malestar social. Eran muchos los escollos que había que franquear para hacer posible que una fórmula política ligada a organizaciones de trabajadores accediera a la presidencia de la república, un hecho inédito en la historia brasileña, a diferencia de lo que hemos visto en capítulos anteriores en los casos de Suecia y Dinamarca desde la primera mitad del siglo XX. Mencionemos dos de estos obstáculos. El primero de orden internacional: desde diciembre de 2001 Argentina había decretado el cese de pagos de su deuda soberana por 100 000 millones de dólares, un hecho traumático para los mercados internacionales que, obviamente, estaban poco dispuestos a recibir con aquiescencia la repetición de algo similar en la frontera norte de Argentina. Para no dejar dudas sobre el *mood* de los círculos financieros, George Soros declaraba en 2002 que las opciones eran José Serra (candidato a la presidencia por el PSDB y adversario de Lula) o el caos.[55] El otro obstáculo,

el país sobre todo por las altas tasas de interés y el tipo de cambio sobrevaluado; *cf. Um desafio chamado Brasil,* Civilizacão Brasileira, Río de Janeiro, 2002, p. 227.

[54] Pedro Malan, "Perspectivas do desenvolvimento com estabilidade", en João Paulo dos Reis Velloso (coord.), *Brasil 500 anos: Futuro, presente, passado,* José Olympio Editora, São Paulo, 2000, p. 103.

[55] Nelson H. Barbosa-Filho, "An Unusual Economic Arrangement: The Brazilian Economy During the First Lula Administration (2003-2006)", *International Journal of Politics, Culture, and Society,* vol. 19, núms. 3-4, 2008, p. 194.

quizá aún más poderoso, residía en la desconfianza de los propios brasileños hacia políticas que, en nombre de promesas de bienestar venidero, podían reactivar la todavía reciente pesadilla inflacionaria. Como testimonio palmario del clima de nerviosismo económico, entre abril y octubre de 2002 el real se devaluó de 2.3 a 3.9 por dólar. El cuarto intento presidencial de Lula amenazaba con naufragar antes de tiempo. Y en junio, a tres meses de las elecciones, el candidato de izquierda tomó una iniciativa sorpresiva: escribió una carta abierta al pueblo brasileño en la que se comprometía a cumplir todos los acuerdos internacionales y a mantener bajo control la inflación y los equilibrios macro, cuya afectación pudiera incidir sobre la dinámica de los precios. Que no sólo se trataba de promesas de campaña quedó confirmado poco después de la victoria electoral con dos decisiones. Por un lado, el nombramiento de un economista conservador en la cabeza del Banco Central y, por el otro, la elevación del superávit primario (o sea, al neto de los intereses de la deuda) de 3.75 a 4.25% del PIB. Desde el inicio, el nuevo gobierno renunciaba a una política agresiva de gasto público como factor de impulso de la economía. El arsenal de las viejas políticas populistas quedaba fuera de uso.

A pesar de esto, en sus ocho años en la presidencia Lula se volvió probablemente el presidente más popular en la historia de su país (sólo comparable con los momentos más altos de la fama pública de Getúlio Vargas); un resultado inevitable considerando los vientos que favorecían la economía mundial empujando al alza el precio de las materias primas exportadas por Brasil, así como alentando las políticas públicas que condujeron a decenas de millones de brasileños más allá de la pobreza. Por primera vez en la historia del país la economía crecía, los salarios aumentaban, la inflación se mantenía bajo control y la desigualdad iba reduciéndose. ¿Cambió la fisiología del atraso brasileño desde la primera década del nuevo siglo, o sea, el cíclico retorno de un crecimiento económico sin capacidad de alterar los mecanismos de reproducción de pobreza y exclusión social? Veamos algunos datos relativos a las dos presidencias sucesivas de Lula, entre 2003 y 2010. Desde comienzos del siglo y hasta mediados de 2008, empujado sobre todo por la demanda china, el precio internacional de las materias primas (alimentos, metales y energía) se multiplica más de tres veces. Después de una caída en la segunda mitad de 2008, los precios se recuperaron, manteniéndose en niveles altos hasta mediados de 2014 cuando cayeron significativamente en los dos años sucesivos. El resultado para la economía brasileña puede sintetizarse así: las exportaciones totales se triplicaron en 2003-2010 al mismo tiempo que las reservas internacionales se incrementaban en siete veces. En esta ola, incluso las exportaciones manufactureras registraron un asombroso crecimiento entre 2003 y 2008, pasando de 40 000 millones a 93 000 millones de dólares.[56] Si se toma en cuenta

[56] André Mello e Souza y Pedro Miranda (coords.), *Brasil em desenvolvimento 2015: Estado, planejamento, e políticas públicas,* IPEA, Brasilia, 2015.

la no elevada tasa de ahorro interno de Brasil, parte de estos resultados se pueden atribuir al hecho de que, en los años en cuestión, las inversiones extranjeras directas crecieron en más del doble convirtiendo al país en el mayor destinatario latinoamericano de éstas en el lugar de México. El punto más alto del crecimiento brasileño ocurre en 2010 (7.5%) en correspondencia con el punto más alto del dinamismo económico en China (10.6%). En los siguientes años, el menor crecimiento chino producirá una baja en la economía brasileña.

Pero, además de las circunstancias internacionales favorables, ¿qué políticas económicas contribuyeron al crecimiento de Brasil, cuando pasó de poco menos de 3% en el octenio de Cardoso a cerca de 4% en el de Lula? Haciendo a un lado la continuidad sustancial entre los dos periodos o el mayor expansionismo de la política monetaria y fiscal de Lula en su segundo mandato, hay cuatro grupos importantes de iniciativas que caracterizaron la política económica de este último. En primer lugar, el amplio programa de transferencias condicionales a las familias más pobres que aseguraron la asistencia escolar a sus hijos y el respeto de los planes de vacunación. En 2012 la cobertura del programa era de 14 millones de familias, o sea, un cuarto de la población. Los beneficiarios de este esquema fueron las madres de familia. En segundo lugar, la política de aceleración del crecimiento (PAC) inaugurada en 2007 (al comienzo del segundo mandato) y dirigida a obras infraestructurales como puertos, energía, carreteras, saneamiento de las favelas con la contratación de sus propios habitantes, etc. En tercer lugar, el aumento de los créditos del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES) hacia las familias para compras de bienes de consumo. En cuarto lugar, el aumento de los salarios mínimos reales que sumaron 70% en la década posterior a 2003.[57]

Entre aceleración del crecimiento y apoyo a los grupos sociales más pobres, las consecuencias fueron significativas en términos de reducción de la pobreza, pero menores en su impacto sobre la polarización en la distribución del ingreso. El número de pobres pasó de 49.5 millones a 24.6 millones entre 2003 y 2011.[58] No se trató de un cambio radical de adscripción social siendo que la frontera entre ser pobre y no serlo estaba representada por pocos centenares de dólares, pero las perspectivas y las condiciones de vida cambiaron significativamente para mucha gente. Sobre los indicadores de pobreza actuaron en forma conjunta el crecimiento económico y la mejora (si bien relativa) de la distribución del ingreso.[59] Los principales beneficiarios del crecimiento

[57] Jens Arnorld y João Jalles, "Dividing the Pie in Brazil: Income Distribution, Social Policies and the New Middle Class", Working Paper No. 1105, OECD Economic Department, 2014, p. 14.

[58] M. Reid, *op. cit.*, p. 168.

[59] Siguiendo los estudios econométricos de varios autores, se ha reafirmado que el combate a la pobreza es más efectivo en contextos de menor desigualdad. Ahí donde esta última es elevada y persistente, el solo crecimiento económico no parece producir efectos significativos de reducción de la pobreza; véase Francisco José Silva Tabosa *et al.*, "Brazil, 1981-2013: The Effects of Eco-

económico y de las políticas públicas han sido los habitantes de las regiones más depauperadas (al margen: 50% de los fondos de Bolsa Familia se concentran en el nordeste del país), los afroamericanos, los perceptores de salarios mínimos, etc.[60] Según datos del Banco Mundial, el índice de Gini para Brasil comenzó una tendencia a la baja desde inicios de la primera década, pasando de 59 en 2001 a 51 en 2014. *Grosso modo,* esto ocurre en los mismos años en que la pobreza absoluta (menos de dos dólares al día) pasó de 23 a 6% de la población entre 2002 y 2012.[61]

Por donde se le mire, el escenario social mejoró sensiblemente después de la superación de la hiperinflación y especialmente desde el primer mandato del presidente Lula. ¿Es posible concluir, a partir de los datos indicados, que Brasil se ha encaminado hacia un proceso de salida del atraso? Antes de echar las campanas al vuelo hay varios hechos que necesitan ser considerados. Uno de ellos es la creciente *primarización* de las exportaciones brasileñas, lo que afecta en el largo plazo tanto al desarrollo tecnológico como al potencial innovador del aparato de producción. En este sentido, se ha hablado justamente de una "especialización regresiva" de la industria de Brasil que se mueve hacia un uso intensivo de los recursos naturales.[62] Bajo esta luz no asombra que, a pesar de ser uno de los principales productores mundiales de automóviles, como consecuencia de sus altos costos, Brasil no sea un exportador significativo en este rubro. Según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), en la última década sólo 19% del crecimiento brasileño se debió al aumento de la productividad del trabajo, frente a un valor de 85% para China y Corea del Sur. Si a eso añadimos que, como registra Edmar Bacha, el declive —que viene de lejos— en la propensión a invertir y el bajo nivel del ahorro (que, añadamos, está en Brasil en niveles apenas superiores a la mitad respecto a los países de Asia oriental),[63] se tienen suficientes elementos para dudar que este país haya encontrado una senda sólida de crecimiento económico e integración social de largo plazo. Entre fines del siglo pasado e inicios de éste, Brasil ha hecho importantes progresos tanto contra la inflación como en el reconocimiento de que el combate a la pobreza supone corregir la profunda inequidad en la distribución del ingreso. Pero estos avances no han significado la definición de un modelo de desarro-

nomic Growth and Income Inequality on Poverty", *Revista CEPAL,* núm. 120, 2016, pp. 154-159 y 167-168.

[60] Véase de Ugo Pipitone, *La esperanza…, op. cit.,* pp. 458-459.

[61] Véase J. Arnorld y J. Jalles, *op. cit.,* p. 5.

[62] Véase Helena Loiola Persona y Maria Aparecida Silva Oliveira, "Cambios estructurales en la industria brasileña (1995-2009)", *Revista CEPAL,* núm. 120, 2016, p. 218; y Dayane Ramos Posser y Angélica Massuquetti, "The Brazilian Export Profile by Technological Intensity", *Revista Brasileira de Economia de Empresas,* vol. 14, núm. 2, 2014, pp. 100-101.

[63] Véase Edmar Bacha y Regis Bonelli, *Coincident Growth Collapses: Brazil and México since the Early 1980s,* Fundación Getúlio Vargas/IBRE, Río de Janeiro, 2015, pp. 10 y 24.

llo económico sostenible y capaz de producir en forma endógena beneficios sociales paralelos a una mayor productividad.[64]

Hay dos terrenos en los que los gobiernos de izquierda brasileños (antes Lula, 2003-2010, y después Dilma Rousseff, 2011-2016) han mostrado pusilanimidad en establecer condiciones viables desde una perspectiva de salida del atraso. El primero concierne a la reforma no realizada a un sistema político altamente fragmentado con una clara propensión a la corrupción de la clase política y, por contagio, de la alta función pública. El segundo aspecto tiene que ver con las estructuras agrarias del país. Se dedicará el apartado siguiente a este último tema, pero concluyamos con algunas observaciones sobre un sistema político con amplios márgenes de disfuncionalidad. La plétora de partidos constituye un antiguo legado de intereses territoriales coagulados alrededor de hombres fuertes erigidos en mediadores entre las élites regionales y la Federación, con un amplio arsenal de puestos públicos o contratos capaces de ligar a ellos una gran variedad de intereses locales sin perfiles políticos específicos. Brasil tiene un sistema presidencial que depende críticamente de la capacidad del centro para distribuir favores y prebendas a políticos cooptables que sostengan al presidente en turno mediante los votos en el Congreso. Cohecho y corrupción no son episodios casuales, sino subproductos de una variedad de partidos que cobran su apoyo recibiendo a cambio retribuciones ilegales o semilegales en varias formas. En su primer gobierno Lula contaba con el sostén de 10 partidos y José Dirceu, hombre fuerte del PT en la década de 1990, después nombrado por Lula jefe de su gabinete, tuvo que renunciar en 2005 bajo la acusación de haber organizado una red de sobornos hacia diferentes partidos para obtener los votos necesarios que sostuvieran las iniciativas de ley del presidente. En 2012 el Tribunal Supremo condenó a varias penas de cárcel a Dirceu y al ex presidente del PT, José Genoino, por su involucramiento en el escándalo conocido como *Mensalão,* en el que congresistas de oposición recibieron un soborno de 5 000 dólares mensuales para apoyar las iniciativas de ley del gobierno. Vendría después el escándalo de corrupción de *Lava Jato,* con la revelación de la existencia, durante los gobiernos de Lula y Rousseff, de amplias redes de concesiones de contratos de Petrobras a diferentes empresas dispuestas a pagar sobornos a políticos o a altos funcionarios de la petrolera. Incluso Lula, a mediados de 2017, fue condenado por un tribunal de primera instancia a nueve años de cárcel por haber recibido sobornos para facilitar determinados contratos públicos a algunas empresas. Al margen, Lula fue encarcelado en abril de 2018. Con el fin de percibir las dimensiones de la fragmentación partidaria que favoreció esta patología co-

[64] Aun reconociendo esta *insuficiencia,* parece fuera de medida y toscamente ideológica la crítica de un observador generalmente cuidadoso como Luiz Carlos Bresser, que define a los gobiernos de su país de entre 1990 y 2006 como "neoliberal-dependientes" y obsequiosos del denominado Consenso de Washington; véase L. C. Bresser Pereira, *Developing Brazil: Overcoming the Failure of the Washington Consensus,* Lynne Rienner, Boulder, 2009, p. 25.

rruptiva será suficiente mencionar que en las elecciones presidenciales de 2014 participaron 32 partidos, y que en su primer gobierno Dilma Rousseff tuvo que formar un gabinete con 39 ministerios para dar cabida a las personalidades de los diversos partidos que reclamaban una compensación a sus favores electorales. Considerando los costos para la estabilidad política de emprender una profunda reforma del sistema partidario, en Brasil, ni Lula ni Rousseff se atrevieron a tomar esta iniciativa. Sin embargo, adaptarse a un contexto partidario fisiológicamente predispuesto a la corrupción implicó que los primeros gobiernos de izquierda en la historia brasileña terminaran por quedar envueltos en las mismas redes de sobornos que no tuvieron la fuerza de remover reformando un fragmentado sistema de partidos.

Algunas observaciones sobre agricultura

En la dilatada geografía brasileña hay de todo: latifundios improductivos y pequeñas propiedades orientadas a mercados locales, minifundios de subsistencia familiar precaria y al borde de la emigración interna, así como grandes propiedades exportadoras con amplia dotación de terrenos no utilizados, medianas propiedades modernas en el sur, descomunales superficies de tierra de uso extensivo en el centro-oeste y en el área amazónica vinculadas a los mercados internacionales, etc. Los productos agrícolas específicos también se concentran en zonas distintas del país: el café en São Paulo, Río de Janeiro y Minas Gerais; el coco en la franja litoral entre Alagoas y Bahía; la caña de azúcar y el algodón en el noreste; el hule y las castañas en Amazonas; el cacao al sur de Bahía; el tabaco en Santa Catarina y Río Grande del Sur y la soya en Paraná y Mato Grosso. Sin embargo, en los últimos años la soya ha adquirido una centralidad indiscutible. Si nos limitamos a la superficie cosechada, en 2013 este cultivo ocupó 28 millones de hectáreas, el mijo llegó a 15 millones, y muy lejos se encontraba el café con poco más de dos millones de hectáreas.[65] El dato sobresaliente es el movimiento de la frontera agrícola. En las décadas de 1940 y 1950 fue la colonización de Paraná, a partir de las de 1960 y 1970, el desplazamiento hacia los estados de Mato Grosso y Goiás en el centro-oeste. Desde el punto de vista del panorama laboral, la variedad en formas de contratación y retribución es igualmente amplia: asalariados permanentes, arrendatarios irregulares, ocupantes de tierras sin títulos específicos, braceros estacionales (traídos a veces desde miles de kilómetros de distancia por empresas enganchadoras), vaqueros que reciben como pago uno de cada cuatro becerros nacidos vivos, ocupantes a sueldo con derecho a cultivo de una huerta, etc. Con frecuencia, los grandes productores contra-

[65] Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística, *op. cit.*

CUADRO X.3. *Propiedades rurales, 2015*

	Área media	*Propiedad %*	*Área %*
Minifundio	14 ha	65	10
Pequeña propiedad	66 ha	25	19
Mediana propiedad	300 ha	7	23
Gran propiedad	1 878 ha	2	47

FUENTE: Instituto Nacional de Colonização e Reforma Agraria, "Terra Legal chega ao Maranhão para regularizar 8,7 mil propiedades rurais", INCRA, 1º de agosto de 2015. Disponible: http://www.incra.gov.br/terra-legal-chega-ao-maranhao-para-regularizar-87-mil-propriedades-rurais

tan empresas enganchadoras por no tener responsabilidades directas con los campesinos que trabajan para ellos.

Algunas vertientes globales dominan el panorama agrario de Brasil: la elevadísima concentración de la tierra; la (casi) permanente ausencia de la reforma agraria en el programa real de los gobiernos y la fuerte gravitación alrededor de las oscilaciones en la demanda internacional de sus productos. Veamos las cosas desde el ángulo del régimen de propiedad de la tierra (cuadro X.3).

O sea, 2% de las propiedades controlan 47% de la superficie rural, contra 65% que apenas controla 10%. En sus perfiles mayores, una tenencia de la tierra de rasgos señoriales, que no parece haberse modificado en serio en los últimos siglos. Pero hay cuando menos dos circunstancias que, de ser posible, empeoran el escenario. La primera es que entre 2003 y 2015, en la ola del aumento de precios de las *commodities,* el *agrobusiness* brasileño ha ensanchado sus propiedades adjudicándose 37 millones de hectáreas y dejando a los minifundios en condiciones cada vez más vulnerables de existencia.[66] La segunda es que según la legislación de Brasil son sujeto de expropiación las grandes propiedades que mantengan en condiciones improductivas partes de sus terrenos. Pues bien, limitándonos a los 245 millones de hectáreas de estas propiedades, 59% pueden considerarse improductivas y, por consiguiente, teóricamente asignables a familias campesinas que podrían hacer un uso más eficaz e intensivo de esta gigantesca porción de tierra,[67] lo que sería suficiente para cubrir las necesidades de todo el universo campesino.

Pero a partir de la devaluación de 1999, el tema central para los sucesivos gobiernos brasileños ha sido, más que la agricultura como territorio para corregir los dualismos antiguos de esta sociedad, el papel del *agrobusiness* en el fortalecimiento de los saldos comerciales. En otros términos, los costos

[66] En realidad no hay nada nuevo en eso. Como decía Caio Prado Jr., el latifundio en Brasil no es una supervivencia feudal, sino la forma en que nació su economía agraria; véase *A revolução brasileira,* Ed. Brasiliense, São Paulo, 1966, p. 118.

[67] IPEA, organismo público perteneciente al Ministerio de Planificación, *Políticas Sociais: Acompanhamento e análise,* núm. 24, IPEA, Brasilia, 2016, pp. 388-390.

sociales y los costos económicos ligados a los escasos encadenamientos productivos de una agricultura demasiado cercana a sus antiguas estructuras de latifundio pasaron a un segundo plano frente a los beneficios de las exportaciones masivas de productos primarios. Y en efecto, entre 2003 y 2014 la producción agropecuaria creció 148% mientras las exportaciones del sector casi se multiplicaron por cinco veces. El corto-mediano plazo se impuso sobre las perspectivas reformadoras del largo plazo. Y, entre los costos de la renuncia a una profunda transformación del régimen de propiedad, es suficiente considerar, remontándonos a datos de 1980, que las propiedades de hasta 100 hectáreas generaban en promedio un volumen de empleo alrededor de 10 veces superior a las propiedades mayores a 1 000 hectáreas.[68]

El mantenimiento, a lo largo de las décadas, de una distribución tan concentrada de la tierra significó un obstáculo permanente al incremento de la oferta agrícola, un impulso al éxodo rural masivo hacia las grandes ciudades del litoral y una colonización desordenada del centro-oeste y del Amazonas. No es motivo de asombro que los estados sureños de Espírito Santo, Paraná, Santa Catarina y Río Grande del Sur estén entre aquellos con las agriculturas más productivas del país, mientras al mismo tiempo presentan una menor incidencia de grandes latifundios.

Se ha sostenido que la antigua existencia de grandes *fazendas* impidió históricamente a Brasil la formación progresiva de un tejido rural-campesino. Los hombres del campo que permanecían fuera de las *fazendas* "se encontraban perdidos en un vasto territorio llevando una vida tan miserable como inestable, con excepción de las pequeñas propiedades de colonos europeos en el sur del país".[69] Es difícil suponer que haya sido una casualidad histórica que justamente en el sur de Brasil, donde la agricultura se organiza en una densa red de empresas agrícolas de medianas dimensiones, terminara por consolidarse el área de mayor dinamismo industrial. Las grandes propiedades proyectadas a los mercados internacionales trabaron de forma eficaz las estructuras capaces de generar mayor producción hacia los mercados internos, mayor bienestar para grupos campesinos crecientes y, por ende, mayor impulso al desarrollo económico general.

Conservar a lo largo del tiempo una alta concentración de la tierra implicó que las nuevas generaciones no encontraran posibilidades de empleo productivo en el medio rural. De ahí las grandes migraciones hacia las ciudades como una constante en la historia contemporánea de Brasil. La abundante disponibilidad de fuerza de trabajo tanto en el campo (a causa de la concentración

[68] Véase Marcos C. Cavalcanti de A., "Estrutura fundiária e reforma agrária no Brasil", *Revista de Economia Política,* vol. 7, núm. 3, 1987, p. 107.

[69] Antônio Barros de Castro, *Sete ensaios sobre a economia brasileira,* Forense, Río de Janeiro, 1969, p. 120; "El vicio más profundo de la economía agrícola de Brasil [está en] la gran explotación agromercantil y la concentración de la tierra que es causa, condición y efecto de este tipo de economía"; y Caio Prado Jr., *A Questão agrária,* Ed. Brasiliense, São Paulo, 1979, p. 78.

de la tierra en pocas manos) como en las ciudades (por los flujos migratorios de población rural) se convirtió así en una condición estructural de depresión de los salarios. Un desequilibrio permanente que, desde el mercado laboral, impedía que los incrementos de la productividad agrícola o industrial (cuando ocurrían) pudieran transferirse en proporciones significativas a los salarios reales, retroalimentando mercados, técnica y socialmente dinámicos. Sin embargo, en la ola que ha hecho de Brasil el tercer exportador mundial de productos agrícolas (después de los Estados Unidos y la Unión Europea), el ingreso de las familias rurales registró un aumento de alrededor de 67% entre 2005 y 2014.[70] Después de apuntar al virtual estancamiento de los salarios rurales en las tres décadas entre 1948 y 1978, un economista brasileño señala que las oscilaciones hacia arriba de los salarios, que ocurrieron ocasionalmente en ese periodo, se debieron más al incremento de los precios internacionales de los productos exportados por el país que a la capacidad de los asalariados agrícolas de beneficiarse, en forma estable, de los incrementos de productividad.[71] El excedente crónico de mano de obra es un factor que opera persistentemente contra los salarios y contra la articulación de un mercado interno entrelazado y dinámico.

Sobre todo desde las décadas de 1960 y 1970, la agricultura brasileña registró un proceso de modernización que, sin embargo, no afectó el régimen tradicional de la propiedad de la tierra, involucrando una mejora sensible tanto en las técnicas productivas como en las formas del apoyo estatal a la producción sectorial. En este sentido se ha hablado de "modernización conservadora".[72] Tal proceso abarcó prioritariamente el sur y el sureste del país y, en estas áreas, especialmente las propiedades de dimensiones medianas y grandes. Los instrumentos de la acción gubernamental de apoyo al desarrollo agrícola fueron sobre todo las desgravaciones fiscales, el crédito subsidiado y la promoción de programas especiales de estímulo a ciertos productos. El crecimiento de la oferta agrícola, que no podía obtenerse por la vía de la ampliación de la base social de los productores (o sea, la reforma agraria), se buscaba por la vía del incremento del crédito rural aplicado a estructuras agrarias inalteradas[73] y de otros caminos. En 1973 se creó la Corporación Brasileña de

[70] IPEA, *op. cit.,* p. 369.

[71] E. L. Bacha, "Crecimiento económico y salarios rurales y urbanos: El caso de Brasil", en *El milagro y la crisis, op. cit.,* p. 92. "El salario rural aumentó sólo 2.5% entre 1950 y 1960, a pesar de que la productividad del trabajo aumentó 26% en el mismo periodo. Entre 1960 y 1970 los salarios se elevaron casi tanto como la productividad, si bien […] el aumento en los salarios constituyó un fenómeno único relacionado con la introducción en el sector rural de la legislación laboral urbana" (*ibid.,* pp. 92-93).

[72] Véase R. Brignol Mendes, "El sector rural en el contexto socioeconómico de Brasil", *Revista CEPAL,* núm. 33, 1987, pp. 39-59.

[73] Sin embargo, en algunas zonas la nueva acción agrícola del Estado tuvo sin duda efectos positivos. Véase José F. Graziano da Silva y Barbara A. Kohl,"Capitalist 'Modernization' and Employment in Brazilian Agriculture, 1960-75: The Case of the State of São Paulo", *Latin American*

Investigación Agrícola (Embrapa, por su acrónimo en portugués) que envió al exterior a centenares de agrónomos para capacitarse en las más recientes técnicas de cultivo con resultados que fueron especialmente notables en la experimentación de formas de explotación inéditas en el centro-oeste, donde se introdujeron nuevos tipos de soya, sin la necesidad de roturar los terrenos después de la cosecha previa. En 2011 Mato Grosso superó por primera vez en su historia a São Paulo en valor de la producción agrícola.[74]

Un aspecto central del dinamismo de la agricultura brasileña fue el cambio en la composición territorial de los cultivos. El dato sobresaliente fue la expansión de las tierras dedicadas a soya, cítricos y alcohol de caña. Una expansión que en varias partes del país condujo al cambio de cultivos anteriormente orientados al mercado nacional. Sin embargo, desde las últimas décadas del siglo pasado, el *agrobusiness* se ha ido vinculando crecientemente, además de con las exportaciones, con las grandes cadenas de supermercados nacionales provocando un aumento en los bienes de consumo interno como arroz y maíz.[75]

Dos circunstancias adversas han operado. En primer lugar, el atractivo ejercido periódicamente por los precios internacionales de varios productos de exportación. Así, las grandes propiedades tienden a expandirse a costa de la propiedad campesina independiente en los momentos de euforia de los precios internacionales. En segundo lugar, la orientación hacia una ganadería extensiva que, impulsada por generosos tratos fiscales, ocupa espacios que podrían ser más provechosamente usados para fines agrícolas, sin considerar que la expansión desordenada de la ganadería "promueve la conversión de bosques en pastizales antieconómicos, reduce la demanda de mano de obra y tiene consecuencias perjudiciales para el medio ambiente".[76]

Si nos limitamos a los años 2012-2014 en un país como China, el total del apoyo público que en varias formas llegó a la agricultura abarcó 3.2% del PIB. En Brasil llegó apenas a 0.4%.[77] A ello hay que añadir que, según datos recientes del Instituto de Investigación Económica Aplicada (IPEA, por sus siglas en portugués) la agricultura familiar brasileña (que representa 84% de las empresas) recibe apenas 15% del crédito contra las empresas patronales (que representan 15% de las empresas) que reciben 85%. En otros térmi-

Perspectives, vol. 11, núm. 1, 1984, pp. 117-136. Según los autores citados, entre fines de la década de 1960 y fines de la de 1970, el precio medio de los productos agrícolas creció 48%, mientras los salarios rurales en la región paulista se incrementaban entre 60 y 72% (p. 131).

[74] M. Reid, *op. cit.,* p. 201.

[75] W. Baer, *op. cit.,* pp. 287 y 303.

[76] Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial 1990,* BM, Washington, D. C., 1990, p. 66. Estas palabras se encuentran en el recuadro 4.1, cuyo título es: "Las políticas agrícolas del Brasil favorecen a los grandes agricultores"; *Banco Mundial* dixit.

[77] Véase OCDE, *Agricultural Policy Monitoring and Evaluation: Highlights 2015,* OECD Publishing, s. l., 2015, pp. 13-14.

nos: ni la función social de la agricultura (afirmada por la Constitución de 1988) ni la función del sector como instrumento de integración sectorial, social y territorial de la economía han condicionado, ni en el pasado ni en el presente, la política agraria de los gobiernos brasileños.

A lo largo de su historia, el país nunca experimentó una profunda reforma agraria que intentara alterar el escenario rural combinando entre sí necesidades productivas sectoriales, demandas sociales de tierra y oportunidades de trabajo, así como necesidades de equilibrio ecológico. Los intereses agrarios establecidos han funcionado eficazmente para impedir el desmonte de las estructuras heredadas de la colonia, refrendadas después por sucesivos gobiernos incapaces de imponer razones de orden global sobre los poderosos intereses agrarios locales y sobre fuertes intereses macroeconómicos ligados a las cuentas externas del país.

Un intento frustrado de reforma agraria fue el del presidente Sarney en octubre de 1985. Ese mes Sarney firmó el Plan Nacional de Reforma Agraria cuyo objetivo era distribuir tierras a 1.4 millones de familias expropiando 43 millones de hectáreas entre 1986 y 1989. Pero cuatro años después, el Plan había fracasado: las expropiaciones se limitaron a 10%, y sólo se concretó 6.3% de los asentamientos previstos.[78] ¿Qué había ocurrido? Desde que el decreto de reforma fue lanzado, los grandes terratenientes brasileños, junto con los sectores agroindustriales vinculados a ellos, comenzaron una campaña de boicot y de presiones políticas que finalmente resultaría exitosa. La respuesta inmediata fue la formación de la União Democrática Ruralista (UDR), un partido político con grandes fondos, capaz de comprar votos en la Asamblea Constituyente, organizar centenares de abogados para enfrentar las disposiciones de expropiación en los tribunales y contratar bandas armadas para reprimir, bajo la desatenta mirada de las autoridades locales, a los campesinos que reclamaban el reparto de tierras.

Poco a poco los partidos políticos centristas de la Asamblea Constituyente fueron acercándose a las posiciones de la UDR y se llegó así al decreto de ley del 21 de octubre de 1987 que establecía los límites mínimos a las expropiaciones en 250 hectáreas para el sur y el sureste del país, 500 hectáreas para el noreste y 1 500 hectáreas para el norte. Y se declaraban intocables las propiedades de cualquier tamaño que pudieran considerarse como áreas en producción. El intento reformador había fracasado dejando tras de sí sólo un cascarón legal inservible que excluía de toda posibilidad de reparto a 97% de las propiedades rurales.[79]

A comienzos de la década de 1980, un estudio realizado por el Banco Mun-

[78] Véase Latin American Newsletters, "Stormy Debate over Agrarian Reform", *Latin American Regional Reports: Brazil,* 2 de junio de 1988, p. 3, y "Nuevo intento de reforma agraria", *Informe Latinoamericano (Latin American Newsletters),* 22 de marzo de 1990, p. 10.

[79] Raúl Brignol Mendes, *op. cit.,* p. 63.

dial en el noreste de Brasil, después de poner en evidencia la elevadísima concentración en esta región, concluía: "Una reforma agraria podría ser el prerrequisito para resolver el problema del noreste, un problema que requiere acción política […] sin la cual el análisis deja pocas esperanzas a una región en la cual más de 10 millones de personas están cerca de la pobreza absoluta mientras una extensión de tierra del tamaño de Francia queda desaprovechada o muy subutilizada".[80]

Según ese mismo estudio, la Reforma Agraria del Noreste (la mayor concentración geográfica de pobreza del hemisferio) habría debido sustituir a las 37 000 propiedades existentes que en promedio disponían de 743 hectáreas cada una, con 790 000 "módulos rurales" (unidades mínimas eficientes de explotación agraria) de 35 hectáreas cada uno. Un cambio de este tipo, según estimaciones del Banco Mundial, habría significado un incremento de 91% en la producción agrícola-ganadera y un aumento de 80% en la generación de empleos.[81]

La debilidad gubernamental para enfrentar los intereses agrarios dominantes en distintas zonas del país ha producido otras dos consecuencias negativas: la persistencia de agudos conflictos rurales y el deterioro de los equilibrios ecológicos, cuyo aspecto más evidente es la colonización de la selva amazónica. Cada año, varias personas son asesinadas en conflictos asociados al hambre de tierra de millones de campesinos enfrentados a terratenientes que reciben el apoyo (disfrazado o explícito) de las autoridades locales.

Durante la presidencia de Fernando Henrique Cardoso, y en 2005 y 2006 (con la presidencia de Lula), hubo cierto reparto de tierras a favor de los campesinos, pero salvo estos casos la cuestión agraria no ha sido prioritaria en los programas de gobierno. Mientras tanto, los éxitos exportadores contribuyeron a aumentar los precios de la tierra agigantando las resistencias patronales al reparto. Desde inicios de 2014 los precios internacionales de los productos agrícolas han caído de nuevo, así que si antes los altos precios eran un obstáculo al reparto, con la baja de estos mismos precios, la resistencia de los grandes productores se incrementa en un círculo vicioso que hasta ahora no ha logrado romperse. Y no es razón de asombro que, excluyendo el primer año de la presidencia Lula, la mayor organización campesina brasileña —el Movimiento de los Trabajadores sin Tierra— haya sido un permanente crítico de las políticas agrarias de la izquierda en el gobierno de Brasil, tanto con Lula como con Rousseff.

[80] Gary P. Kutcher y Pasquale L. Scandizzo, *The Agricultural Economy of Northeast Brazil,* Banco Mundial/The Johns Hopkins University Press, Washington, D. C., 1981, p. 30.

[81] *Ibid.,* pp. 199-204.

Conclusiones

No obstante sus periodos de crecimiento acelerado, su poderío industrial y la energía modernizadora claramente visibles en grandes ciudades como São Paulo y otras, Brasil continúa "en vías de desarrollo", para usar el eufemismo acostumbrado. A pesar de sus éxitos en diferentes sectores, el país no ha podido consolidar una estructura económica unitaria, capaz de superar la persistencia de lógicas y normas de funcionamiento distintas que, operando a la vez, se traban recíprocamente e impiden la acumulación de energías sociales, comportamientos económicos y actitudes políticas orientadas (aunque sea conflictivamente) en la misma dirección. Económica y socialmente, Brasil sigue siendo una combinación de distintas realidades que comparten instituciones centrales comunes. Fijemos la atención sobre algunos aspectos críticos que la sociedad brasileña enfrenta (y seguirá enfrentando por un tiempo indefinido) en su lucha por salir del atraso económico.

Una miniatura de país desarrollado

Decía Celso Furtado: "El esfuerzo para dotar a los países de bajo nivel de ingreso per cápita, de un sector industrial con un grado de diversificación similar al de los países en que la acumulación ya realizada es muchas veces superior, tiende a producir un tipo particular de estructura que calificamos de economía subdesarrollada industrializada".[82]

Esto es Brasil: subdesarrollo industrializado. Una situación en la que los avances en el terreno industrial se cumplen con débiles conexiones entre los distintos sectores y áreas de la economía, del territorio y de la sociedad. Una condición en la que modernidad y pobreza, avance técnico y fragmentación social, latifundio improductivo y mercado de futuros de la soya conviven en una paradoja heterogénea normalizada.

Aquella modernidad que no puede, por distintas razones, irradiarse a todo el territorio termina por adueñarse de una fracción de éste. Antônio Barros de Castro dice: "Reproduciendo entre nosotros una miniatura de país desarrollado, la industria se elevó muy por encima de los patrones [técnicos y de consumo] imperantes en los otros sectores".[83] Y la distancia se hizo tan grande que la esquizofrenia estructural terminó por convertirse en componente fisiológico de una anatomía deforme. Los bajos salarios resultan imprescindibles para vencer periódicamente la baja productividad en el terreno de las exportaciones, mientras el desempleo rural garantiza precios bajos para los

[82] C. Furtado, *op. cit.,* p. 249.
[83] A. Barros de Castro, *op. cit.,* p. 131.

alimentos, y todo esto fortalece esquemas sociales rígidos que enraízan en los sectores de altos ingresos comportamientos semiseñoriales y una cultura premoderna, conjuntamente con estilos de vida y pautas de consumo hipermodernos.

Desarrollismo y megalomanía

A pesar de todo, Brasil es incapaz de aceptar su atraso como destino inevitable. Periódicamente, en formas inesperadas, resurge aquí una voluntad de desarrollo. Los militares brasileños que tomaron el poder en 1964, a diferencia de los argentinos o chilenos que los emularían en los años posteriores, se sintieron comprometidos con el crecimiento económico del país más que con la previa cultura liberal cosmopolita. Por otro lado, mientras en las décadas de 1980 y 1990 gran parte de los gobiernos latinoamericanos experimentaban con políticas rígidamente contraccionistas para combatir la inflación, otra vez Brasil rompió la norma con sus intentos heterodoxos de controlar la inflación sin renunciar al crecimiento.

Pero la voluntad de desarrollo también se manifiesta en la historia reciente en forma de un gigantismo proyectual del cual son muestra la carretera transamazónica (de casi 5 000 kilómetros), la mina a cielo abierto de Carajás y la presa de Itaipú. El espíritu brasileño de monumentalidad ha sido a menudo una solución de repliegue frente a la ineficacia para transformar la economía a partir de la reforma de sus desequilibradas bases estructurales. El gigantismo de los proyectos del Estado ha sido a menudo una especie de máscara destinada a ocultar la escasa voluntad política para enfrentar factores de rigidez económica con amplios efectos sociales. El Estado brasileño (más allá de los gobiernos específicos) ha mostrado en las últimas décadas un acentuado protagonismo en la promoción de grandes proyectos, pero ha dejado ver, al mismo tiempo, una asombrosa timidez en hacer frente a los grandes terratenientes del *Sertão* o del centro-oeste, o a los políticos locales de varias partes del país.

He ahí una mezcla interesante: Estado fuerte en los grandes proyectos y débil en reformas capilares que suponen un cambio en el comportamiento de los sujetos económicos locales o regionales. Estado fuerte, donde se trata de añadir al potencial productivo del país, Estado débil donde se trata de modificar los esquemas del funcionamiento tradicional de las estructuras productivas establecidas.

Brasil/Dinamarca

Más allá de sus posiciones geográficas, estas dos naciones parecen estar en las antípodas. Por un lado, un país que hizo de su reforma agraria la clave de su desarrollo social, de la educación popular (especialmente campesina), una

clave de su historia cultural y de las cooperativas, una cifra de su desarrollo económico. Y, por otro lado, un país de antigua servidumbre rural donde el pago de salarios era sólo la forma exterior de una sujeción mucho mayor que la del mercado. Pero la diferencia más grande, con todas sus consecuencias en los caminos divergentes de ambos países, proviene de una similitud, la importancia para ambos de las exportaciones de productos de origen agropecuario: café y soya por un lado, mantequilla y carnes frías, por el otro. La diferencia está en el sujeto exportador. En Dinamarca, las cooperativas de pequeños productores rurales cumplieron dos tareas que en Brasil no encontramos: impactaron directamente en el bienestar de los trabajadores e impulsaron, vía la modernización de las formas de consumo, la industrialización que se desarrolló con los bienes de consumo de uso popular. En Brasil ocurrió lo contrario: el bienestar del sujeto exportador (antes los *fazendeiros* de antigua memoria y después las modernas agroindustrias) no contribuyó a la modernización masiva de los consumos populares sobre la cual pudiera erigirse un proceso difuso de industrialización, de ampliación de cultura empresarial y de capacitación técnica del trabajo. El mismo éxito exportador acarreó consecuencias muy distintas: una sociedad fragmentada y entre las más desiguales del mundo y, por otro lado, una sociedad con altos niveles de bienestar y con los mayores niveles mundiales de equidad distributiva.

Complicaciones de la gobernabilidad

A lo largo de generaciones se explicó la persistencia de lo que aquí se ha llamado "atraso" (una combinación variable de baja productividad, aguda segmentación social y pobreza difundida) aduciendo a una sintonía-connivencia entre sistema político-institucional y sistema económico. Consciente o inconscientemente, varias generaciones de políticos contribuyeron a reproducir el atraso en nombre de un horizonte de posibilidades que los intereses económicos prevalecientes hacían percibir. Sin embargo, en el caso brasileño desde 2003, este argumento ha perdido parte de su vigencia. Hay dos terrenos que las administraciones de Lula y Rousseff no se atrevieron a recorrer: la reforma del fragmentado sistema de partido (amplificador de una corrupción sistémica) y la reforma agraria. ¿Por qué? En el caso de estos dos presidentes difícilmente podría hablarse de connivencia con las élites económicas. La falta de decisión vino de otro lado: del temor a la inestabilidad que las iniciativas en cuestión podrían haber acarreado. Tocar de manera sustantiva el régimen de propiedad de la tierra habría activado la oposición de la bancada ruralista (un grupo de más de 200 congresistas de diversos partidos ligados a las élites agrarias) que podrían haber hecho políticamente inoperante la presidencia en turno. Sin considerar los contragolpes de eventuales huelgas de inversiones por parte de un sector estratégico de la economía brasileña. Por otra parte,

una eventual reforma al sistema partidario hubiera levantado la oposición masiva por parte de cacicazgos locales acostumbrados a incidir sobre la política nacional a través de sus representantes elegidos. Es tentador reconocer una especie de continuidad entre el *coronelismo* de la vieja república y la situación actual, en la que bajo formas diferentes se mantiene la tradición brasileña de élites locales capaces de condicionar en forma crítica el desarrollo del país. Como quiera que sea, la clave del retraimiento frente a las reformas mencionadas fue el problema de la gobernabilidad,[84] el reconocimiento de que para gobernar en condiciones de estabilidad y de legitimación social se debían reconocer límites más o menos estrechos que permitieran conducir las reformas necesarias.

Brasil, país del futuro

La frase es de Stefan Zweig en el final de su vida. Los brasileños difícilmente podían dejar escapar la oportunidad para complementar con sarcasmo: y seguirá haciéndolo. Se ha visto en páginas anteriores cómo en ocasiones, incluso por motivos de *grandeur* nacionalista, Brasil parece convivir dificultosamente con sus condiciones de atraso. En los comienzos de este siglo, los indicadores de pobreza —y sobre todo de pobreza absoluta— se han reducido significativamente. No faltan observadores que hablan de cambios dramáticos posiblemente anunciadores de un vuelco hacia la salida del atraso. Pero, a pesar de los avances, persisten inercias y dificultades que impiden ejercicios fáciles de optimismo perspectivo. Volviendo a un pasado no muy lejano, vale la pena recordar el esfuerzo imaginativo de uno de los mayores sociólogos brasileños del siglo pasado. En 1989, Hélio Jaguaribe conjeturaba como realista la posibilidad para Brasil de erradicar la miseria (que entonces abarcaba 28% de la población nacional) en un marco de 15 años a través del Plan Plurianual capaz de asegurar un crecimiento del PIB no inferior a 6% al año. El objetivo parecía razonable en el momento: se trataba de alcanzar el nivel de Grecia en una década y media.[85] Desde entonces han pasado casi tres décadas y para testimoniar la tenacidad del atraso, a pesar de los éxitos recientes en el combate contra la pobreza, el PIB per cápita del país europeo en 2016 (en dólares corrientes) es de 17 900; el de Brasil de 8 600 dólares.

[84] Véase Hernán F. Gómez Bruera, *Lula: El Partido de los Trabajadores y el dilema de la gobernabilidad en Brasil,* FCE, México, 2015, p. 323.

[85] Hélio Jaguaribe *et al., Brasil, 2000: Hacia un nuevo pacto social,* FCE, México, 1989, pp. 19 y ss.

XI. MÉXICO: ESTANCAMIENTO DE LARGO PLAZO E INSTITUCIONES

Continuidad y cambio

Todo intento más o menos frustrado de salida del atraso, como pudo apreciarse en los casos de la India, Nigeria y Brasil, tiene raíces y contextos propios. Esta impresión de unicidad se refuerza en el caso de México. La primera revolución latinoamericana del siglo xx es mexicana (1910) y cuando la turbulencia revolucionaria se asienta y concreta sus perfiles institucionales (desde fines de la década de 1920), el país se convierte en una anomalía latinoamericana por su prolongada estabilidad política. Finalmente, una revolución de inspiración igualitaria que, sin embargo, conserva y reproduce una aguda fragmentación social, superior a la de la India y Nigeria, dicho sea de paso. He ahí tres rasgos que configuran una historia con atributos originales.

Pero la historia de México no está hecha solamente de acontecimientos extraordinarios —una revolución temprana y una prolongada estabilidad política a pesar de la aguda desigualdad que se ha extendido por generaciones—, sino también de regularidades perturbadoras. Una de ellas es la persistencia, con nueva hechura, de la fórmula institucional que podría calificarse como centralismo autoritario. Dejando volar la imaginación histórica, es difícil sustraerse a una supuesta continuidad entre circunstancias por lo demás incomparables: el Imperio azteca, el virreinato de la Nueva España, el autoritarismo positivista porfiriano, hasta llegar al presidencialismo casi autocrático que ha dominado el escenario mexicano a lo largo del último siglo, en una combinación original de corporativismo y populismo institucionalizado. Sin embargo, es necesario vencer (aquí como en cualquier otro contexto) una especie de fascinación geométrica —pensando en la primera idea kepleriana de explicar la armonía del cosmos en términos de las relaciones entre los cinco sólidos perfectos de la tradición platónica—, o sea, la tentación de reducir la historia real del país a la combinación de unos cuantos ingredientes que se suceden en el tiempo de formas distintas.

Uno de los mayores pensadores sociales mexicanos del siglo xx, Daniel Cosío Villegas, señalaba la diferencia entre el México político y el México económico-social. Mientras el primero se presenta como una intrincada secuencia de conquistas, revoluciones, magnicidios, revueltas, contrarrevoluciones, ocupaciones extranjeras, expropiaciones territoriales y nuevas sublevaciones en un encadenamiento dominado por rapacidad, irracionalidad, locura y atrocidades, el segundo aparece como el territorio de formas de vida social que no

cambian tan fácilmente: un lugar donde el soplo de la locura se atempera y la vida parece estar dominada por una subterránea racionalidad. Es ahí donde residen las continuidades inconscientes en la existencia de una nación: "un fondo social mucho más espeso y duro del que sugiere la marejada política superficial".[1] Debajo de las olas encrespadas hay un mar profundo que apenas es afectado por la agitación en la superficie.

Y sin embargo, la continuidad no es siempre un atributo exclusivo del ámbito socioeconómico. ¿Cómo no reconocer en la historia de México desde fines del siglo XIX una proclividad al dominio del Ejecutivo sobre los otros poderes del Estado o la preeminencia del centralismo sobre los poderes locales? Rasgos que, en distintas condiciones históricas, comparten tanto el porfirismo como el sistema institucional surgido de la revolución contra el orden porfiriano. ¿De dónde proviene esta inclinación al centralismo autoritario? La respuesta tal vez puede buscarse en una especie de obsesivo deseo nacional de estabilidad política que surge de la memoria histórica ligada al alto costo que en distintas épocas tuvo que pagar el país debido a la inconsistencia de sus instituciones y a la debilidad de su poder central.

En las dos generaciones posteriores a la independencia, entre 1821 y 1877, México experimentó una secuela desordenada de gobiernos, la pérdida de la mitad de su territorio a manos de los Estados Unidos (1847), una guerra civil (1858-1860), el frustrado intento imperial que impuso un jefe de Estado extranjero (1862-1867) y la restauración democrática con instituciones endebles. Las aspiraciones sociales de independencia se frustraron, el territorio nacional fue cercenado y el país vivió medio siglo de estancamiento económico mientras los Estados Unidos y Europa occidental avanzaban aceleradamente tanto en la consolidación institucional como en el desarrollo económico e industrial. La debilidad de las estructuras del Estado y los desórdenes políticos se pagaron a un precio históricamente alto. Por otro lado, el periodo entre 1910 y 1930, sujeto a la revolución y a sus acomodos posteriores, no sólo costó más de un millón de muertos, sino el asesinato de los principales actores de las tendencias que confluyeron y confligieron en la revolución: Madero, Zapata, Carranza, Villa y Obregón. Además de los escozores políticos, México sufrió un virtual estancamiento económico entre 1910 e inicios de la década de 1930, con la destrucción de una parte considerable de las infraestructuras construidas en las décadas anteriores. En 1932, el producto interno bruto (PIB) seguía por debajo del nivel alcanzado en 1910.

De estos dos periodos de turbulencia política (después de 1821 y después de 1910), el país salió con fórmulas políticas de prolongada estabilidad y dudosos rasgos democráticos: el porfirismo primero y el largo dominio de un

[1] Daniel Cosío Villegas, "Introducción", en Daniel Cosío Villegas y Francisco R. Calderón, *Historia moderna de México. La República Restaurada: la vida económica,* vol. II, Hermes, México, 1973, p. 14.

partido de Estado después. En ambos casos, la estabilidad política favoreció la aceleración económica con el mantenimiento, sin embargo, de agudas desigualdades sociales, sectoriales y regionales. Refiriéndose al porfiriato, un estudioso estadunidense caracterizaba este periodo de la historia mexicana con una fórmula: "crecimiento económico sin distribución y estabilidad política sin democracia".[2] A la abrumadora figura de Porfirio Díaz, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, le siguió más de un siglo (con el paréntesis entre 2000 y 2012) de control político del Estado de parte del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que anteriormente se denominó Partido Nacional Revolucionario (1929-1938) y Partido de la Revolución Mexicana (1938-1946). El dato perdurable en la historia contemporánea de México ha sido la centralidad de la política sobre la capacidad, tanto de las élites sociales para articularse políticamente en forma autónoma, como de las bases de la sociedad para organizarse de modo independiente del Estado. Pero, en realidad, más que de centralidad política habría que hablar de centralidad del Estado, de un aparato institucional que, sobre todo después de la revolución, se construyó a sí mismo sobre una doble impotencia: la de la vieja oligarquía rural para restablecer su influencia política y la de los grupos que sostuvieron la revolución para dar un contenido social y económico a su victoria en los campos de batalla.

¿Cómo presentar el largo camino económico (con sus periodos de aceleración y de estancamiento) de un país que en medio de grandes turbulencias políticas y estruendosas promesas de justicia social entró al siglo XXI, después de dos siglos de vida independiente, cargando con los signos propios de un atraso insuperado (instituciones de poca calidad, un bajo nivel medio de productividad con alta dispersión tanto territorial como sectorial) y una elevada desigualdad social? Tal vez la mejor forma de cumplir la tarea sea periodizar la historia de México en cuatro grandes ciclos que tienen en común inicios estentóreos y conclusiones decepcionantes. Estas cuatro oleadas van de la independencia hasta la culminación del régimen porfirista; de la revolución de 1910 hasta el final del gobierno de Lázaro Cárdenas (en 1940); del comienzo del gobierno de Miguel Alemán (en 1946) y su fervor industrial hasta el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones (a mediados de la década de 1980) y desde la nueva promesa liberal —complementada después con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN)— que, a pesar de los bombos y platillos, inauguró un ciclo prolongado de bajo crecimiento económico que persiste hasta fines de la segunda década del nuevo siglo.

Entre auspicios y entusiasmos frustrados el país cambió, pero su atraso persiste como una fuerza gravitatoria que no ha podido vencer a pesar de estrategias renovadas y cambios de ruta. La independencia, la revolución, el cardenismo, el entusiasmo industrializador y la sucesiva pasión liberal no han

[2] Daniel C. Levy, "Mexico: Sustained Civilian Rule without Democracy", en L. Diamond *et al.*, *Democracy in Developing Countries*, vol. 4, Lynne Rienner, Boulder, 1989, p. 463.

logrado ganar la batalla contra el atraso. Recorramos este camino tratando de reconocer los obstáculos en cada uno de estos tramos.

De la independencia sin cambio social a la modernización excluyente (1821-1910)

Luego de tres siglos de dominación colonial, la Nueva España era una sociedad de asfixiante centralismo político con una economía escasamente dinámica (salvo quizá en la minería) y un localismo forzado por la orografía y la inexistencia de importantes vías fluviales de comunicación. Estas características condenaron al recíproco aislamiento a las diferentes partes del país. Para Octavio Paz era una sociedad cerrada, tanto al exterior como al porvenir.[3] Un mundo de estamentos que no contemplaba posibilidades de movilidad social, salvo los pocos casos asociados a comienzos del siglo XIX con las nuevas profesiones como el periodismo o la abogacía, amén de la carrera militar y la política.[4] Un mundo enclaustrado en la voluntad de una madre patria que encauzaba el desarrollo de su colonia entre los límites de rígidos papeles sociales, del consumo opulento de sus élites y una visión de sí misma como potencia mundial. Al interior de estas coordenadas, el mayor factor dinámico residía en el conflicto más o menos abierto entre el poder económico de los criollos (los hijos de los españoles nacidos en América) y el poder político-militar estrictamente controlado por los enviados desde una España suspicaz a los atisbos de cualquier voluntad de autogobierno.[5] Si a esto añadimos la aguda centralización del poder, que reunía en la figura del virrey los cargos de gobernador, capitán general y presidente de la Real Audiencia, se tendrá una imagen de los elementos de rigidez centralista y heterodirecta de la sociedad novohispana.

También es cierto que la Independencia, consumada en 1821 bajo la dirección de los criollos, no expresó una voluntad de transformación de las estructuras económicas heredadas ni un proyecto de sociedad distinto al del molde novohispano.

> La guerra de Independencia fue una guerra de clases [y] una revolución agraria en gestación. Por eso el Ejército, la Iglesia y los grandes propietarios se aliaron a la corona española. Esas fuerzas fueron las que derrotaron a Hidalgo, Morelos y

[3] Véase Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe,* FCE, México, 1983, p. 67.

[4] Anne Staples, "Fortuna vs estatus: La movilidad social en el México decimonónico", *Historia Mexicana,* vol. 65, núm. 4, 2016, pp. 1751-1788.

[5] La expulsión de los jesuitas en 1767 se inscribe en la desconfianza española hacia la Compañía de Jesús, que se había convertido en el instrumento de educación y de identidad protonacional entre criollos que acumulaban mayores dosis de enfado frente a las restricciones impuestas a sus intereses por parte de la corona.

> Mina. Un poco más tarde, casi extinguido el movimiento insurgente, ocurre lo inesperado: en España los liberales toman el poder, transforman la monarquía absoluta en constitucional y amenazan los privilegios de la Iglesia y de la aristocracia. Se opera entonces un brusco cambio de frente; ante este nuevo peligro exterior, el alto clero, los grandes terratenientes, la burocracia y los militares criollos buscan la alianza con el resto de los insurgentes y consuman la independencia. Se trata de un verdadero acto de prestidigitación: la separación política de la metrópoli se realiza en contra de las clases que habían luchado por la independencia.[6]

Los criollos querían la independencia de España para conservar los valores de la Nueva España: tradicionalismo, control cultural de la Iglesia y desconfianza contra todo aquello que, a través de racionalismo y modernidad, pudiera abrir las puertas a un futuro libre del presente como eternidad.[7] Pero las luchas de independencia, entre 1810 y 1821, establecieron un estado de tensión inédito que alimentó ideas y proyectos que, sobre todo bajo los regímenes liberales más de tres décadas después, actuaron a favor del cambio de las estructuras económicas (con éxitos escasos) y políticas (con mayor éxito) heredadas de la colonia. Tras varias décadas de vida independiente que no trajeron ni estabilidad institucional ni desarrollo económico (acarreando, en cambio, frecuentes asonadas militares y la pérdida de la mitad del territorio nacional), el régimen liberal juarista constituyó un momento alto de reconocimiento político frente a la necesidad de transformar la antigua organización social novohispana. En 1857 se adoptó una Constitución liberal que expresaba la doble voluntad de ordenación de las instituciones, así como de ruptura de los nexos privilegiados entre la aristocracia terrateniente y el poder del Estado.[8] Los conservadores se alzaron y comenzó la guerra civil. Juárez profundizó y aclaró su proyecto con las Leyes de Reforma, que golpeaban las bases del poder económico de la Iglesia (el mayor propietario de tierras del país) aunque, a pesar de su adhesión ideológica a una idea de pequeña propiedad agrícola, los liberales mexicanos fueron, contradictoriamente, muy tolerantes hacia las grandes propiedades rurales cuya sola existencia cuestionaba la posibilidad de madurez de un ciudadano independiente y capaz del ejercicio pleno de sus derechos políticos.[9] La Ley Lerdo de 1856 prohibía

[6] Octavio Paz, *El laberinto de la soledad,* FCE, México, 1972, pp. 111-112.

[7] Véase Edmundo O'Gorman, *México: El trauma de su historia,* Conaculta, México, 1999, pp. 22-23.

[8] Aunque, en opinión del liberal y positivista Justo Sierra (ministro de Instrucción Pública al final del régimen porfiriano), esta Constitución no fue mucho más que un "hermoso poema"; *cf.* David Brading, "Justo Sierra y la historia patria", *20/10 Memoria de las revoluciones en México,* núm. 6, 2009, p. 19.

[9] Véase Charles A. Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora (1821-1853),* Siglo XXI Editores, México, 1991, p. 309.

a las personas morales y a las corporaciones poseer bienes inmuebles. Con esta ley comenzó el asalto de la vieja oligarquía terrateniente y de cierto número de políticos liberales tanto a las tierras eclesiásticas como a las propiedades indígenas comunitarias, cuyos viejos títulos dejaban de tener de pronto validez legal. El objetivo liberal de promover la formación de una gran área social de pequeños agricultores independientes, capaces de inducir transformaciones parecidas a las que ocurrían en gran parte de los Estados Unidos, se trastocó en lo contrario: una mayor concentración de la tierra y una ulterior consolidación de las rigideces sociales inherentes a las grandes haciendas. La tierra, sustraída de las "manos muertas" de la Iglesia, no se convirtió en factor de fluidez de las estructuras agrarias del país, y la producción del campo no aumentó. Los conservadores buscaron apoyo en Europa y lo consiguieron en la forma de un archiduque de la casa Habsburgo que —con el apoyo de Napoleón III en busca de alianzas europeas contra Prusia— se convirtió en emperador de México.

Tras la derrota conservadora y el cierre de la aventura imperial, con el retorno de Juárez a la cabeza del gobierno en la Ciudad de México en 1867, se intentó un nuevo inicio hacia un Estado nacional unitario. Sin embargo, el país todavía estaba compuesto por regiones y comunidades que vivían casi por completo dentro de sí mismas, sin comunicaciones regulares y con poderes económicos locales que se confundían a menudo con el dominio político de terratenientes y caciques. Además, alcabalas, derechos de portazgo, etc., hacían difícil la circulación de mercancías y encerraban la economía en mercantilismos regionales. La autosuficiencia localista, la endeble red de comunicaciones, lo accidentado de la geografía del país y su propia extensión, todo conspiró para hacer lenta e insegura la formación de un mercado realmente nacional.[10]

Los esfuerzos de la República Restaurada (1867-1876) por secularizar la economía, controlar un territorio plagado de bandolerismo y asegurar la paz social se enfrentaban a una plétora de escollos: la permanencia de poderes locales capaces de limitar o anular decisiones federales, la escasez de recursos financieros y la debilidad del propio gobierno central enfrentado a un Poder Legislativo, tan vitalmente democrático como incapaz de alguna convergencia reformadora compartida. México, que cargaba con los retardos acumulados en el medio siglo posterior a su independencia, había retrocedido en términos de ingreso per cápita, mientras los Estados Unidos y Europa occidental experimentaban una fuerte aceleración.

[10] Francisco R. Calderón dice: La autosuficiencia regional "hacía que la producción fuera muy inferior al consumo potencial de todo el país; pero en cada zona, en cambio, solía ocurrir la sobreproducción de cosechas propias de la localidad, al grado de que sus precios de venta no cubrían ni la mitad de sus costos"; véase "La vida económica", en D. Cosío Villegas y F. R. Calderón, *Historia moderna de México. La República Restaurada: la vida económica, op. cit.,* p. 54. En las regiones productoras, el azúcar costaba a veces menos de un centavo por libra (que correspondía al costo de producción), pero en otras zonas, el precio llegaba hasta 25 centavos.

Según estimaciones de John Coatsworth, entre 1800 y 1877 el PIB per cápita mexicano cayó 12%, mientras en los Estados Unidos e Inglaterra creció entre 150 y 160%, creando un desbalance que desde entonces no se ha reabsorbido. Este autor niega que entre los problemas capaces de explicar el retardo pudiera estar la existencia de grandes propiedades de tierra con uso poco eficiente de sus recursos.[11] Más allá de los cálculos de productividad comparativa en la explotación de la tierra, parece haber aquí una desatención hacia las complejas herencias sociales que han constreñido en México el desarrollo de una cultura empresarial innovadora. Sin mencionar los altos costos de transporte y la inestabilidad política posterior a la independencia que lastraron el desarrollo de una economía moderna.[12] Es posible que lo peor fuera el legado secular de una cultura señorial que fijó en la sociedad valores y comportamientos contrarios a la modernidad. Coatsworth escribe: "De haber logrado México una tasa de crecimiento económico similar a la de su vecino del norte entre 1800 y 1860, el ingreso per cápita mexicano de 1950 se habría logrado en 1900 y la economía mexicana se contaría actualmente entre las más desarrolladas del orbe, con un ingreso per cápita comparable al de Italia o incluso al del Reino Unido".[13]

Un razonamiento estadísticamente sugestivo, pero irrelevante desde el punto de vista histórico ya que el problema de México en el siglo XIX fue de crecimiento insuficiente, ya no como causa primaria del atraso, sino como reflejo de rigideces estructurales heredadas de una sociedad estamental que no pudieron ser removidas, con el efecto de conservar desequilibrios que entorpecieron el crecimiento de largo plazo del país. Decir, como menciona el autor, que el atraso mexicano comenzó "probablemente" alrededor de 1780, con las reformas borbónicas,[14] es una forma de poner al margen el inmovilismo social,

[11] John H. Coatsworth, "Características generales de la economía mexicana en el siglo XIX", en Enrique Cárdenas (coord.), *Historia económica de México,* t. 2, FCE, México, 1990, pp. 18-22.

[12] Entre las razones que obstaculizaron que la independencia fuera el inicio de un ciclo de despegue económico se ha mencionado el hecho de que los salarios fueran tasados en plata (de la que México era entonces el mayor productor mundial), lo que, aunado a la baja productividad agrícola, limitó la competitividad con el exterior; véase Richard J. Salvucci, "Algunas consideraciones económicas (1836). Análisis mexicano de la depresión a principios del siglo XIX", *Historia Mexicana,* vol. 55, núm. 1, 2005, p. 75. Véase también Luis Jáuregui, "Reflexiones sobre el desempeño económico en los albores del México independiente (1821-1870)", en Graciela Márquez (coord.), *Claves de la historia económica de México: El desempeño de largo plazo (siglos XVI-XXI),* FCE, México, 2014, pp. 71-87.

[13] John H. Coatsworth, *Los orígenes del atraso: Nueve ensayos de historia económica de México en los siglos XVIII y XIX,* Alianza, México, 1990, p. 110.

[14] A las cuales se achaca un excesivo intervencionismo público (distorsionador de los precios relativos) y un desproporcionado interés colonial en la minería a expensas de las manufacturas. El primer aspecto parece corresponder a una visión doctrinaria y neoclásica, mientras el segundo puede tener alguna validez. *Cf.* Pedro L. San Miguel, "La representación del atraso: México en la historiografía estadounidense", *Historia Mexicana,* vol. 53, núm. 3, 2004, pp. 754 y 761.

cultural y técnico que la condición colonial enraizó en el país a lo largo de casi tres siglos.

El retorno a la legalidad republicana después de la conclusión del imperio de Maximiliano estaba erizado de fragilidades que terminaron por cerrar una estación de gobernabilidad pluralista: el débil desarrollo económico, la aguda conflictividad política y la indisponibilidad de Juárez para realizar un profundo cambio agrario[15] dieron mayores posibilidades de éxito al populismo de Porfirio Díaz que cabalgaba el tigre de la desafección social.

Con el Porfiriato (desde 1876) los términos propios de la República Restaurada se invirtieron: el Poder Ejecutivo se fortaleció bajo la imponente figura de Díaz (quien fue reelecto en 1888, 1892, 1898, 1904 y 1910), y el Poder Legislativo dejó de ser, en sustancia, un poder real para convertirse en un cascarón escenográfico. El presidencialismo autoritario se afirmó definitivamente sobre una república democrática de inspiración federalista y comenzaba una larga etapa de la historia mexicana que terminaría con la Revolución de 1910. El país perdió en libertad y conflictividad regulada lo que ganó en un orden que no estaba dispuesto a tolerar ni partidos de oposición ni, incluso, un partido de gobierno que se enfrentara al poder omnímodo de un jefe garante supremo de estabilidad. El sistema porfiriano se legitimó en virtud de su propia capacidad de perdurar y de una simulación de fidelidad hacia un liberalismo cuyo espíritu fue negado en los hechos. Se construyó una narrativa institucional que sancionaba un liberalismo conservador plasmado en la obra *México a través de los siglos* bajo la dirección del poeta y general porfirista Vicente Riva Palacio.[16]

Con Díaz en el poder a lo largo de más de tres décadas, México restableció su capacidad de crecimiento económico basándola en el dinamismo de las inversiones extranjeras, la exportación de productos primarios (agrícolas y mineros), los avances del ferrocarril, una gigantesca concentración de tierras en pocas manos, el prolongado estancamiento de los salarios (sobre todo en la primera década del siglo) y el retroceso en la producción agrícola de bienes de subsistencia popular. En síntesis: una modernización construida congelando estructuras socioeconómicas arcaicas. Como dijo O'Gorman: México disfruta de la modernidad "sin adscribirse en el modo de ser moderno".[17]

[15] Friedrich Katz, *Ensayos mexicanos,* Alianza, México, 1994, pp. 168-173.

[16] Véase Eric van Young, *Economía, política y cultura en la historia de México: Ensayos historiográficos, metodológicos y teóricos de tres décadas,* El Colegio de San Luis/El Colegio de la Frontera Norte/El Colegio de Michoacán, San Luis Potosí y México, 2010, p. 301. Una ecumenización de la historia patria que se repetiría después con el PRI (otro régimen de larga duración), conciliando en su propio beneficio los conflictos entre las diferentes figuras de la revolución como Obregón y Villa, Carranza y Zapata o Cárdenas y Calles.

[17] E. O'Gorman, *op. cit.,* p. 84.

El porfirismo fue, en el ámbito de una ideología liberal-positivista (una síntesis que en realidad invalidó los dos términos),[18] un bloque de poder constituido por la vieja oligarquía agraria (cuyas propiedades se expandieron desmesuradamente bajo la protección del Estado), el Ejército, los intereses foráneos —que invirtieron en el ferrocarril, en distintas actividades manufactureras y comerciales y en la agricultura de exportación— y el clero, además de una plétora de caciques locales que, perdida su autonomía de antaño, se convirtieron en piezas de una red de fidelidades al hombre fuerte nacional, alrededor del cual se construyó el armazón de un sistema político que garantizaba sus prácticas consuetudinarias y su impunidad.[19]

En 1883, con la Ley de Exploración y Deslinde de Tierras Públicas, comenzó el ataque a las antiguas propiedades comunitarias. Si en 1856 la Ley Lerdo tenía el doble objetivo de romper las bases materiales del poder de la Iglesia (lo que ocurrió) y de promover la formación de un tejido social de propiedades campesinas independientes (lo que no ocurrió), la legislación porfirista sobre terrenos baldíos tenía el fin explícito de reforzar, aún más, el sistema de haciendas considerado como punta de lanza de la modernización agraria. En 10 años, 20% de toda la superficie mexicana había pasado a manos de compañías deslindadoras, y gran parte de los remanentes de tierras comunales había sido absorbida por la expansión de las haciendas.[20] Al final del ciclo porfiriano, en un total de más de 8 000 haciendas, 170 de ellas disponían de 250 000 o más hectáreas cada una. En 1910, 90% de los pueblos del centro del país ya no tenía terrenos comunales y casi la mitad de la población rural radicaba dentro de las mismas haciendas,[21] de tal forma que el acaparamiento de las tierras garantizaba una enorme disponibilidad de mano de

[18] Observaba Octavio Paz que: "Esos grandes señores amantes del progreso y la ciencia no son industriales ni hombres de empresa: son terratenientes enriquecidos por la compra de los bienes de la Iglesia o en los negocios públicos del régimen. En sus haciendas los campesinos viven una vida de siervos, no muy distinta a la del periodo colonial […] El positivismo ofrece una nueva justificación de las jerarquías sociales […] El disfraz positivista no estaba destinado a engañar al pueblo, sino a ocultar la desnudez moral del régimen a sus mismos usufructuarios"; *El laberinto…, op. cit.,* pp. 117-119. Por su parte, Luis Villoro decía: "El positivismo olvidaba que había sido en una época la ideología de la evolución y del cambio; al convertirse en doctrina oficial, volviose una convención más […] destinada a justificar la lentitud de la marcha"; *Páginas de la historia mexicana,* El Colegio de México, México, 1960/2015, p. 76.

[19] Véase François-Xavier Guerra, *México: Del antiguo régimen a la Revolución,* FCE, México, 1992, p. 326.

[20] De ahí que el zapatismo, años después, reclamara lo intolerable de una situación en la que "las haciendas se comen a los pueblos". Véase John Womack Jr., *Zapata y la Revolución mexicana,* Siglo XXI Editores, México, 1982, pp. 36-65. Lo que recuerda el famoso aforismo de Tomás Moro quien, refiriéndose a la expansión de la ganadería ovina orientada a la exportación de lana en la Inglaterra de comienzos del siglo XVI en contra de la agricultura de subsistencia, decía "las ovejas están comiéndose a los hombres".

[21] Véase Fernando Rosenzweig, "La evolución económica de México (1870-1940)", *El Trimestre Económico,* vol. 56, núm. 221, 1989, p. 30.

obra en condiciones semiserviles. El equilibrio conflictivo entre haciendas y poblados rurales, que se había mantenido a lo largo de siglos, comenzó a cuartearse con las Leyes de Reforma y se rompió definitivamente en las últimas décadas del siglo XIX. La modernidad, encarnada en las exportaciones de productos tropicales (como henequén, algodón, café, cacao, azúcar, chicle, hule, etc.), consolidaba el arcaísmo social interno.

A pesar de su anacronismo, las haciendas protagonizaron los mayores éxitos exportadores del periodo. Entre 1877 y 1907 las exportaciones agrícolas crecieron a una tasa media anual de 6.5%. Sin embargo, en los mismos años, la producción agrícola de alimentos destinados al mercado interno tuvo un retroceso absoluto a una tasa media de 0.5%. Si consideramos que el maíz era (ayer como hoy) el cultivo largamente dominante de la agricultura campesina, en el mismo periodo su producción por habitante pasó de 282 a 144 kilogramos.[22] A golpes de modernidad, el porfirismo creó una distancia enorme entre la agricultura de exportación (con escasos beneficios sociales) y la precaria agricultura campesina imposibilitada para activar un dinámico mercado interno.

Frente a este dualismo, el escenario industrial puede resumirse en pocos trazos. La producción industrial entre 1878 y 1911 creció a una tasa media anual de 3.6% que, aun siendo significativa, no constituye un logro especialmente notable. Las primeras fábricas modernas aparecieron en los mayores centros urbanos hacia fines de la década de 1880, sobre todo por iniciativa de inversionistas extranjeros. Los sectores de mayor interés fueron: algodón, lana, cerveza, cigarrillos, papel, explosivos y siderurgia. El desarrollo fue favorecido por la casi constante devaluación del peso a lo largo del periodo en cuestión, los elevados aranceles[23] y la abolición de las aduanas internas en 1895 —dos siglos y medio después de Colbert, registremos de paso—. El desarrollo de la red ferrocarrilera apoyó el crecimiento industrial del país conectando entre sí mercados anteriormente aislados y reduciendo los costos del transporte. Aun así, éstas eran bases endebles para un desarrollo circunscrito fundamentalmente a reducidos espacios urbanos en un territorio donde, en 1910, de 15 millones de habitantes, sólo 800 000 vivían en las cinco principales ciudades. Se ha estimado que, en ese mismo año, el mercado interno abarcaba a uno de cada cinco habitantes del país.[24] Con 80% de la población viviendo en el campo, en su gran mayoría en condiciones de pobreza, con prevalencia del autoconsumo y salarios reales (salvo la minería) en manufacturas estancados durante gran parte del régimen porfiriano,[25] no debía ser fácil imaginar un

[22] Véase Luis Cosío Silva, "La agricultura", en Daniel Cosío Villegas *et al., Historia moderna de México. El Porfiriato: la vida económica,* 1ª parte, vol. VII, Hermes, México, 1965, pp. 3-5 y 19.

[23] Fernando Rosenzweig, "La industria", en *ibid.,* pp. 323-325.

[24] Véase Roger D. Hansen, *La política del desarrollo mexicano,* Siglo XXI Editores, México, 1975, p. 41.

[25] Véase Fernando Rosenzweig, "El desarrollo económico de México, de 1877 a 1911", *El Trimestre Económico,* vol. 32, núm. 127, 1965, pp. 405-454, y "La industria", *op. cit.,* p. 412.

crecimiento industrial sostenido, cuando la mayor parte de la población estaba excluida del consumo moderno. La industrialización no podía tener un asiento sólido sobre el consumo suntuario de una oligarquía agraria (muy proclive, además, a importar una parte sustancial de sus bienes de consumo), sobre una masa campesina miserable y desposeída, así como sobre un proletariado industrial con bajos salarios, que se quedaron estancados o en retroceso por buena parte del periodo porfiriano. ¿Cómo pensar en un desarrollo manufacturero de largo aliento en un país cuya agricultura estaba imposibilitada para generar importantes flujos de ahorro en la economía urbana?

La modernización excluyente de esos años había permitido (gracias al ferrocarril, a la estabilidad política, etc.) una reactivación económica tras largas décadas de inmovilismo, pero ese crecimiento se erigió sobre soportes desequilibrados: la escasa difusión de nuevos agentes sociales productivos, la presencia de una casta de hacendados (entre exportador moderno y señor semifeudal), la aguda polarización, la segmentación del mercado nacional y el estancamiento de la agricultura ligada al mercado interno. Al interior de estos desequilibrios se fue acumulando el poder explosivo de la revolución. Entre un cambio económico que no despertaba nuevos sujetos productivos,[26] la muy débil movilidad social y un país bloqueado en una dictadura, donde pocos centenares de miembros de la oligarquía tenían capacidad real de influir sobre las decisiones del régimen, la revolución fue el reencuentro dramático del país con sus problemas irresueltos.

De la revolución al cambio económico insostenible (1910-1940)

Entre tensiones sociales y políticas acumuladas no podía más que tener amplia resonancia el mensaje del miembro democrático de una vieja familia oligárquica. En vísperas de la quinta reelección presidencial de Díaz, Francisco I. Madero, padre espiritual de la revolución, escribe en 1909: "El régimen actual de gobierno nos presenta un pasivo aterrador: acabó con las libertades públicas, ha hollado la Constitución, desprestigiado la ley que ya nadie procura cumplir y, por último, acabó con el civismo de los mexicanos […] El pueblo ha perdido sus energías y la ley su prestigio […] El poder absoluto corrompe a quienes lo ejercen y a quienes lo sufren".[27]

No era necesario hacer referencia a las angustiosas condiciones económicas de las mayorías para que estas palabras (que, de paso, conservan más

[26] Se ha estimado en 70% la cuota de clases medias constituida por burócratas del Estado; véase Colin M. MacLachlan y William H. Beezley, *Mexico's Crucial Century, 1810-1910: An Introduction,* University of Nebraska, Lincoln, 2010, p. 179.

[27] Francisco I. Madero, *La sucesión presidencial en 1910,* Época, México, 1909, pp. 243 y 349.

de un siglo después una inquietante resonancia) tuvieran el impacto que tuvieron.

La revolución de 1910, que en pocas semanas puso fin a la prolongada dictadura porfirista, surgió de una mezcla de agravios en que, sin un centro político ni un programa unitario, se combinaron y chocaron en los años siguientes: demandas democráticas, reclamación de tierras, peticiones obreras de derecho de organización, exigencias de movilidad social y de mayor influencia política de las clases medias, etc. Mirando sus consecuencias, quizá más que una revolución fue una gran rebelión que terminó por destruir el marco político de un régimen personalista en vez de alterar los datos de marginación social que, sin embargo, alimentaron su eclosión. La alianza entre las fuerzas populares de Villa y Zapata terminó por fracasar,[28] en parte por su débil proyectualidad política (de alguna manera parece repetirse el apocamiento de Hidalgo que en 1810, pudiéndolo hacer, renunció a tomar la capital) y en parte por la conciencia de los líderes insurgentes, más allá de las proclamas altisonantes, de que no disponían de una clase dirigente capacitada para asumir la dirección del país. Villa y Zapata ocuparon la Ciudad de México en 1914, pero la abandonaron muy pronto revelando la falta de confianza en su propia capacidad para convertirse en gobierno. La élite porfiriana fue derrotada en todo el país, aunque los cambios económicos que podían esperarse en el cuarto de siglo subsiguiente fueron mucho menos decisivos en lo que concierne a la organización de la economía en general o al reparto de la tierra, si bien, en este último aspecto, el escenario fue distinto en diferentes partes del país.[29] En la sustancia, el modelo económico basado en las exportaciones primarias no cambió salvo la aparición, en el discurso gubernamental, de un nacionalismo de rasgos progresistas.[30]

Como compendio discorde de intereses, culturas y valores, la Revolución enfrentó la modernización porfiriana, autoritaria y excluyente, con un conjunto de aspiraciones sociales que no pudieron integrarse en un diseño alternativo unitario. Y en el choque entre los revolucionarios y el viejo régimen, y después entre revolucionarios pertenecientes a distintas corrientes, México pagó el costo de un millón de muertos, la destrucción de una parte de su infraestructura, el derrumbe de haciendas y obras agrícolas y un retroceso productivo general. Entre 1910 y 1913 las reivindicaciones políticas, bajo el liderazgo de Francisco I. Madero, predominaron sobre los problemas sociales

[28] Alan Knight, *Repensar la Revolución mexicana,* vol. I, El Colegio de México, México, 2013, p. 232.

[29] Véase como ejemplo, Graziella Altamirano Cozzi, *De las buenas familias de Durango: Parentesco, fortuna y poder (1880-1920),* Instituto Mora, México, 2010, pp. 246-273, donde se describen los vaivenes entre saqueos, confiscaciones y reapropiaciones de grandes haciendas.

[30] Sandra Kuntz Ficker, "De las reformas liberales a la gran depresión (1856-1929)", en S. Kuntz F. (coord.), *La economía mexicana (1515-2010): Historia mínima,* El Colegio de México, México, 2012, p. 222.

pero, sobre todo después del asesinato de Madero y el frustrado intento de reconstrucción del viejo sistema de alianzas porfiristas, las demandas sociales (y especialmente el problema de la tierra) asumieron una nueva centralidad.

A partir de 1913, la destrucción del orden social precedente ocurrió en medio de continuos enfrentamientos armados, de ejércitos que ocupaban y evacuaban distintas partes del territorio, de expropiaciones de tierras, saqueos de haciendas, asesinatos políticos y movilizaciones campesinas. El liderazgo fue finalmente asumido por un sector moderado (encarnado en Venustiano Carranza, presidente de México entre comienzos de 1915 y mediados de 1920) que, aun sin expresar un proyecto fuerte de transformación social, terminará por tomar el control político del país, gracias a su capacidad para enfrentar eficazmente, en el plano militar, a los dos mayores caudillos populares de la revolución —Villa y Zapata— mientras, sin embargo, dejaba abiertas las puertas a las distintas expresiones progresistas que aceptaran su liderazgo democrático conservador.

Una de las piezas del precario consenso social alrededor de la nueva institucionalidad posporfiriana fue la Ley Agraria de enero de 1915 por medio de la cual, y con el fin de desarmar políticamente a los ejércitos campesinos de Villa y Zapata, Carranza declaró que todas las tierras comunales expropiadas desde 1856 debían ser devueltas a sus antiguos propietarios. La otra pieza fue la Constitución de 1917 con el sensible fortalecimiento del poder presidencial (para evitar la semiparálisis de la acción gubernamental como había ocurrido durante la República Restaurada) sólo atenuado por la cláusula de la no reelección. Pero, mientras las disposiciones que transferían amplios poderes a la figura presidencial se convirtieron rápidamente en sustancia viva de la realidad política mexicana, las disposiciones agrarias de la propia Constitución resultaron tener una vida más incierta y una aplicación irregular en las décadas siguientes. Muchas viejas propiedades porfiristas pasaron a manos de generales y políticos revolucionarios, y no obstante algunos episodios de reparto de tierras, en términos generales, una reforma agraria generalizada y sistemática quedó sin ver la luz en la década 1910-1920, de sustancial estancamiento.[31] En la década de 1920 hubo una ligera recuperación (el PIB creció 1.8% anual entre 1922 y 1928) que se apoyó sobre todo en la minería y en la industria, mientras la demanda internacional, proveniente de Europa y los Estados Unidos, impulsó la recuperación. El transporte ferrocarrilero restableció en la década las condiciones mínimas de operación para que el mercado nacional pudiera conectar las actividades productivas de distintas partes del territorio.[32]

[31] Véase Leopoldo Solís, *La realidad económica mexicana: Retrovisión y perspectivas,* Siglo XXI Editores, México, 1981, p. 79.

[32] Véase Raymond Vernon, *El dilema del desarrollo económico de México,* Diana, México, 1966, pp. 96-97.

A finales de la década dos acontecimientos cambiaron el escenario político y económico. En 1928 fue asesinado Álvaro Obregón, quien había sido elegido por segunda vez gracias a la abrogación del artículo constitucional de 1917 que prohibía la reelección del presidente. La crisis política que se abrió por la rivalidad entre distintos grupos *revolucionarios* condujo, el año siguiente, a la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR), que terminaría por ser, de ahí en adelante, la encarnación política, en la retórica oficial, de la "revolución hecha gobierno". El partido nació como federación o frente unido de distintos grupos de militares y civiles que se plegaron a una disciplina capaz de garantizar el acceso al poder en sus diferentes expresiones. Terminaba así la secuencia de asesinatos políticos (Madero en 1913, Zapata en 1919, Carranza en 1920, Villa en 1923 y, finalmente, Obregón en 1928) que había eliminado violentamente a las principales figuras de la Revolución mexicana a lo largo de 15 años, y nacía el sistema político que produjo la anómala (en el contexto latinoamericano) estabilidad institucional que caracterizó a México a lo largo del siglo posterior a la revolución. El segundo acontecimiento fue la crisis económica que se irradió a gran parte del mundo desde fines de 1929.

Dos décadas después del inicio de la revolución, el escenario rural del país seguía dominado por el latifundio; sólo una décima parte de los campesinos (menos de 700 000) había recibido tierras de baja calidad incorporadas por primera vez al cultivo.[33] Varios generales revolucionarios se convirtieron en terratenientes o se enriquecieron en distintas formas al volverse caciques regionales mediante el tráfico de influencias en el gobierno federal. La revolución victoriosa había renunciado a realizar una transformación agraria profunda, lo que resultaba ser un serio problema en un país donde, según el censo de 1930, 68% de la población económicamente activa obtenía sus ingresos de la actividad agropecuaria.

En este contexto de lenta recuperación económica basada en las exportaciones mineras y en cierto dinamismo manufacturero irrumpió la recesión internacional de 1929. Entre ese año y 1933 el PIB se contrajo cerca de 10%. La fuerte dependencia de la economía mexicana de la demanda internacional ponía en evidencia el carácter fragmentado y el escaso peso dinámico de la demanda interna como base del desarrollo económico nacional. En 1933, frente a un PIB (medido a precios de 1970) apenas marginalmente superior al de 1910, el PIB per cápita era inferior 6.9% respecto al del inicio de la revolución.[34] Pero esto, tal vez, no era lo peor. La revolución, que estaba definiendo

[33] Arnaldo Córdova, "México: Revolución burguesa y política de masas", *Cuadernos Políticos,* núm. 13, 1977, pp. 95-96. A pesar de sus aciertos, este ensayo propone una idea cuestionable. La Revolución mexicana no fue una revolución burguesa, sino una revolución de múltiples raíces populares que no pudo cohesionarse en un proyecto fuerte de cambio económico y social. Lo burgués le vino a la revolución más *ex post* de sus propios fiascos propositivos que *ex ante* de un programa surgido de una casi inexistente burguesía antiporfirista.

[34] INEGI, *Estadísticas históricas,* t. I, INEGI, México, 2009.

sus perfiles institucionales, había renunciado a cambiar las bases económicas de la sociedad mexicana. Con el presidente Calles y los gobiernos posteriores (hasta 1933), la revolución se reconcilió con los sectores económicamente poderosos del país. Cuanto más se consolidaban las nuevas instituciones tanto más se alejaban de una orientación reformadora. La retórica revolucionaria encubrió la pérdida de la voluntad de cambio. Mientras tanto, los factores de desequilibrio económico y fragmentación social quedaban sustancialmente inalterados.

La revolución se había detenido desde la década de 1920: los campesinos seguían miserables, los obreros sujetos a líderes corruptos, el petróleo y la minería en manos extranjeras.[35] Entregados al enriquecimiento privado, los dirigentes gubernamentales extraviaron cualquier aliento de cambio, e incluso la capacidad para reconocer los nuevos problemas y los conflictos que se estaban gestando en el país. La crisis económica internacional llegó a alterar el cuadro. El lento crecimiento económico desde comienzos de la década se interrumpió abruptamente. México corría el riesgo de entrar en otro periodo de enfrentamientos sociales e inestabilidad política. Ciertamente, la situación política se había estabilizado con la creación del PNR en 1929, pero la crisis económica podía descomponer, por el lado social, aquello que se había compuesto por el lado político.

Con la llegada del general Lázaro Cárdenas a la presidencia a fines de 1934, la corriente alteró su curso. A través de un amplio programa de cambios rurales, las nacionalizaciones del petróleo y del ferrocarril, el apoyo público a la organización sindical de los trabajadores y el mayor compromiso del Estado con el desarrollo económico, la educación, la salud, etc., se crearon las condiciones para evitar la fractura que, al calor de la crisis internacional, amenazaba con producirse entre un campesinado pobre y sin esperanzas y diversos núcleos organizados de la clase obrera, por un lado, e instituciones políticas que vivían sus fases iniciales de consolidación después de 1929, por el otro. El periodo de 1934 a 1940 mostró varias características peculiares: se trató de un ciclo de profunda reorganización de las bases sociales de apoyo a los "gobiernos revolucionarios", una etapa de transformación estructural de la economía y, finalmente, un momento, el primero desde la revolución, de aceleración del crecimiento económico y mejora en el nivel de vida de varios sectores de la población.

El cardenismo encarnó un mayor empeño económico de parte del Estado, pero también un compromiso de transformación estructural de la economía para cuya realización el gobierno necesitaba promover la organización de los propios trabajadores (urbanos y rurales) con el fin de hacer frente a las inevitables resistencias, tanto de los intereses económicos afectados, como

[35] Fernando Benítez, *Lázaro Cárdenas y la Revolución mexicana: El caudillismo,* t. II, FCE, México, 1984, p. 233.

de una parte significativa de los mismos políticos revolucionarios integrados a las élites sociales del país. Para consolidar sus proyectos de cambio, Cárdenas debía empujar a la clase trabajadora hacia una alianza orgánica con el gobierno. De ahí una de las contradicciones que permanecerán vivas en el futuro del país: al mismo tiempo que el Estado favorecía la organización de los trabajadores, les sustraía su independencia, vinculando sus organizaciones con los vaivenes de la política gubernamental. En las décadas posteriores, el corporativismo progresista de la década de 1930 se convirtió en un corporativismo conservador. "Habiéndose engullido a la clase, la organización [sindical] cobró vida independiente."[36] La organización de obreros, campesinos y clases medias urbanas que se integraron al gran partido de masas (que en 1938 cambió de nombre por el de Partido de la Revolución Mexicana, antecesor del actual Partido Revolucionario Institucional), encarnación de la voluntad transformadora del cardenismo, dio legitimidad al Estado y echó los cimientos de una experiencia única de estabilidad política.

Estableciendo un caso virtualmente único a escala latinoamericana, el cardenismo fue un intento de modernización económica a partir de un impulso de organización obrera y de transformación del campo. Un cuarto de siglo después de iniciada la revolución, México experimentaba por primera vez en su historia una clara voluntad de reforma agraria, con el objetivo de aumentar la capacidad productiva sobre bases sociales nuevas y socialmente más equilibradas. Esta reforma tuvo en la segunda mitad de la década de 1930 dos vertientes básicas: la expropiación de gran parte de los 13 000 latifundios que seguían disponiendo de más de 1 000 hectáreas cada uno, y la formación de ejidos que, como propiedad colectiva inalienable, debían convertirse en la nueva base de empresas agrícolas vinculadas al Estado por medio del crédito oficial que ofrecía el Banco Nacional de Crédito Ejidal, creado en 1935. Al finalizar el sexenio cardenista, el panorama rural se había modificado radicalmente: los ejidos, que controlaban menos de 15% de la superficie del campo a comienzos de la década de 1930, al finalizar la década ocupaban cerca de 50%. Más de 18 millones de hectáreas habían sido distribuidas a algo más de 800 000 ejidatarios,[37] lo que debe ser comparado con los 11 millones de hectáreas distribuidas en las dos décadas previas.

Aquel ejido que la Ley de Carranza de 1915 (escrita por Luis Cabrera) usaba en clave antizapatista, ya que ni Carranza ni Cabrera tenían simpatía alguna hacia una agricultura colectiva,[38] fue retomado por Cárdenas como

[36] Arnaldo Córdova, "La política de masas y el futuro de la izquierda en México", *Cuadernos Políticos,* núm. 19, 1979, p. 21.

[37] Nathaniel Weyl y Sylvia Weyl, "La reconquista de México: Los días de Lázaro Cárdenas", *Problemas agrícolas e industriales de México,* vol. VII, núm. 4, 1955, p. 228.

[38] Véase Emilio Kourí, "La invención del ejido", *Nexos,* enero de 2015. Disponible en https://www.nexos.com.mx/?p=23778

eje de una profunda reorganización del campo mexicano.[39] El ejido dejó de aparecer como un instrumento de genérica justicia social para convertirse en el núcleo de un nuevo proyecto de modernización agraria. En la visión de Cárdenas, México debía superar su antigua tradición de peonaje que coincidía con una historia de miseria y marginación rural. En los años 1935 y 1936, las zonas donde la intervención cardenista adquirió mayor intensidad fueron la Comarca Lagunera (en el estado de Coahuila), tierra de grandes latifundios algodoneros, y, en el otro extremo del país, Yucatán, donde el henequén (fibra de agave) todavía se producía en haciendas con trabajo semiservil. En la Comarca eran norma el raquitismo, la tuberculosis y el paludismo, mientras que en Yucatán

> Los hacendados envilecían y brutalizaban a los mayas para que la International Harvester [el principal comprador del henequén] se transformara en un gigante industrial. Los ricos [yucatecos] creían que el mundo estaba dividido naturalmente en señores y sirvientes. Les pagaban sólo lo suficiente para comprar alcohol y no perecer de hambre y se creían sus benefactores. Los indios, a su vez, parecían empeñados en suicidarse embriagándose hasta la muerte.[40]

Es aquí que se inaugura, tras la expropiación de los latifundios, la experiencia del ejido colectivo que debía ser, en las intenciones de sus creadores, una forma de explotación colectiva de la tierra y de procesamiento industrial de sus productos con la consiguiente comercialización. La idea, simple y extraordinariamente ambiciosa, era la de convertir a los antiguos peones en agricultores, obreros y administradores cooperativos al interior de comunidades productivas modernas. Algo vagamente similar a los *kibutz,* las comunas rurales de inspiración socialista de las primeras colonias judías en Galilea.

Tres cuartas partes de las tierras de riego expropiadas en La Laguna fueron entregadas a 30 000 campesinos a través de 300 ejidos con organización cooperativa del trabajo. A los hacendados se les reconoció el derecho a mantener la propiedad de 150 hectáreas de su elección. En Yucatán, a partir de 1938 se formó un solo gran ejido con 60 000 trabajadores, administrado por una junta en la cual el gobernador del estado era el presidente y un representante

[39] Decía Cárdenas: "Pudo haber habido en alguna época temprana de la revolución, quienes consideraran el ejido como mero suplemento del jornal, insuficiente para garantizar al trabajador la independencia económica que es el fundamento de todas las libertades. Que grupos de campesinos llegaran a poseer pequeños lotes de tierra […] sin crédito, sin organización, era fruto bien raquítico del sacrificio en la lucha [revolucionaria]. Y esto sin contar con que el ejido, así entendido, habría acabado por ofrecer un recurso más para que el hacendado pudiera disminuir los jornales", citado en Nathaniel Weyl y Sylvia Weyl, *op. cit.*, p. 249.

[40] F. Benítez, *op. cit.*, pp. 83 y 84. Acerca de la reforma agraria en La Laguna, véase Clarence Senior, "Reforma agraria y democracia en la Comarca Lagunera", *Problemas agrícolas e industriales de México*, vol. VIII, núm. 2, 1956, pp. 1-174. A propósito de la situación previa, véanse pp. 41-56.

del gobierno federal fungía como vicepresidente. De esta manera, los campesinos que obtuvieron algún beneficio se convirtieron en asalariados más o menos disfrazados a las órdenes de organismos bajo control del Estado: el Banco Nacional de Crédito Ejidal y el gran ejido Henequeneros de Yucatán.

A pesar de las intenciones se había sustituido —no obstante el indudable avance social— la vieja hacienda con un nuevo esquema de organización agraria en el que el ejido terminó por convertirse en una especie de agencia del Estado que hacía de él un órgano de control político sobre el campesinado por medio del crédito, los dirigentes locales (frecuentemente corruptos) y el propio sistema de crédito público transformado en una maquinaria paternalista, ineficaz e internamente corrompida. Para tener alguna posibilidad de éxito, era indispensable para el ejido colectivo un perfil campesino con tradiciones de cooperación, un Banco de Crédito Ejidal libre de una cultura de corrupción y una administración pública disponible y capacitada para castigar prácticas indebidas de parte de las autoridades rurales y de la banca pública. Ninguna de estas condiciones estaba dada, y si a esto se añade que el experimento cardenista fue prácticamente abandonado o boicoteado por sus sucesores, su destino estaba evidentemente fijado.[41]

Los años del cardenismo también fueron años de otras importantes iniciativas económicas: la creación de la Comisión Federal de Electricidad (1937), la nacionalización de los ferrocarriles (1937) y del petróleo (1938), la creación de la Secretaría de Asistencia Pública (1938) —desde 1944, Secretaría de Salubridad y Asistencia—, la extensión del salario al séptimo día, etc. Pero las iniciativas que caracterizaron más nítidamente el espíritu cardenistas fueron las nacionalizaciones del ferrocarril y del petróleo. En el primer caso se entregó la administración de la nueva empresa, ahora pública, al sindicato de los trabajadores y, en el segundo, se les permitió el ingreso en el Consejo de Administración, salvo que, dos años después, frente a los malos manejos y al aumento desordenado de los costos, el gobierno interrumpió el experimento de administración obrera en los ferrocarriles y pidió la reducción del orgánico en Petroleos mexicanos (Pemex). El propio Cárdenas llegó a reprochar a los trabajadores petroleros, los mejor pagados del país, su escaso sentido de responsabilidad nacional.[42] Al final del sexenio cardenista, la gran apuesta de una transformación popular del capitalismo mexicano estaba en camino de ser derrotada por su propia insostenibilidad interna (corrupción en los ejidos y en el banco de Crédito Ejidal y estrecho corporativismo sindical en ferrocarriles y Pemex) y por la creciente oposición conservadora en amplios sectores de la sociedad. El activismo político y social de la derecha en los úl-

[41] Véase Salomon Eckstein, *El ejido colectivo en México,* FCE, México, 1978, pp. 472 y ss.

[42] Véase Joe C. Ashby, *Organized Labor and the Mexican Revolution under Lázaro Cárdenas,* The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1967, pp. 132 y ss.; y Albert L. Michaels, "The Crisis of Cardenism", *Journal of Latin American Studies,* vol. 2, núm. 1, 1970, pp. 56 y ss.

timos años de la presidencia de Cárdenas dejaba entrever el riesgo de que el país fuera arrastrado hacia la inestabilidad política en el caso en que el siguiente gobierno pretendiera continuar por el mismo rumbo. En 1937 se creó la Unión Nacional Sinarquista bajo el lema de "Cristo Rey"; los maestros rurales fueron asesinados con preocupante frecuencia; en julio de 1938 se registró un intento de levantamiento militar dirigido por el general Cedillo y el generalato conservador (de léxico revolucionario) se agrupó alrededor del general Juan Andrew Almazán —enriquecido por méritos revolucionarios—, quien recibió el apoyo del viejo trotskista Diego Rivera, del resentido sindicato ferrocarrilero, de católicos de simpatías fascistas, de nostálgicos porfiristas, etcétera.

La revolución no había producido hasta mediados de la década de 1930 ningún proyecto reformador y, cuando lo hizo, en la segunda mitad de la década, se reveló insostenible por la resistencia de la misma sociedad y sus propias contradicciones internas. A partir de la presidencia del general Manuel Ávila Camacho, los gobiernos de la revolución se orientaron hacia el ajuste de un esquema más confiable y conservador de desarrollo económico. Comenzaba así un nuevo ciclo de la política económica mexicana: gran parte de las instancias de organización estatal y social creadas por el cardenismo se mantendrían en el futuro de manera más bien formal, pero, en la práctica, subordinadas a otra concepción del desarrollo económico.

Una industrialización exitosa y endeble (1940-1981)

Las cuatro décadas entre 1940 y 1980 fueron un periodo de crecimiento acelerado y, al mismo tiempo, de maduración de factores críticos que terminaron por volverlo insostenible. Cuatro décadas durante las cuales el producto nacional bruto (PNB) creció a una tasa media anual de 6.4%, mientras que la producción manufacturera lo hacía a un ritmo de 8.2%. En 40 años el país cambió profundamente sin emanciparse del atraso.

En las cuatro décadas anteriores a 1940, la población había pasado de nueve a 23 millones, pero en los 40 años siguientes llegó a 76 millones, y a la explosión demográfica se añadió la vehemencia del crecimiento urbano. El índice de urbanización (el porcentaje de población que vivía en localidades superiores a 2 500 habitantes) pasó de 35 a 66% entre 1940 y 1980. En esos mismos años, la ocupación manufacturera casi se cuadruplicó para alcanzar la cifra de 2.5 millones de empleados (sobre un total de 21 millones de ocupados).

Si en la segunda mitad de la década de 1930 el centro de la acción gubernamental había sido la transformación agraria (vista como condición del crecimiento industrial), desde la década de 1940 la política económica se des-

plazó progresivamente a favor de un proyecto industrializador autónomo impulsado con incentivos fiscales, protección arancelaria y diferentes subsidios públicos. La agricultura y las condiciones sociales en el campo se disolvieron en el horizonte frente a la perspectiva de ampliación de una clase media urbana como sustento de la industrialización. Sobre todo con el presidente Miguel Alemán (1946-1952) ocurrió un vuelco drástico en las previas políticas cardenistas. La agricultura dejó de ser el centro de la atención, mientras las inversiones en el campo, especialmente en obras de riego, se dirigieron prevalentemente al norte del país, cerca de la frontera con los Estados Unidos y lejos del centro-sur, que concentraba la mayor parte de la población rural. En ese sexenio se disolvió una tercera parte de los ejidos colectivos conjuntamente con la acentuación previa en la justicia social. Una industrialización protegida y subsidiada (con bajos impuestos, trabajadores disciplinados en las organizaciones corporativas y bajos precios de los servicios públicos para las empresas) se volvió cifra del desarrollo del país. Al finalizar la segunda Guerra Mundial el nacionalismo económico (enclave de industrialización protegida) comenzó el recorrido que dominará el escenario nacional hasta mediados de la década de 1980. Sin embargo, más allá de los panegíricos de prensa, las corporaciones oficiales, los intelectuales cooptados por el régimen y la "Alianza patriótica" entre la Cámara Nacional de la Industria de Transformación (Canacintra) (organización de empresarios nacida durante la segunda Guerra Mundial que demandaba mayor protección de la competencia foránea) y la, oficial, Confederación de Trabajadores de México (CTM), el dualismo mexicano siguió acentuándose.[43] Ya desde comienzos de la década de 1950, algunos observadores (sobre todo estadunidenses) señalaban las fragilidades de largo plazo del modelo de industrialización protegida. El crítico más incisivo fue ciertamente Frank Tannenbaum, quien expresó una duda: ¿es posible una industrialización exitosa sin un mercado nacional consolidado y sin el incremento en la capacidad de compra de grandes mayorías de una población que depende de la actividad agrícola? O sea, ¿es compatible una industrialización exitosa con una población rural mayoritariamente pobre? Para Tannenbaum, el proteccionismo permitía mantener precios internos elevados (por la falta de competencia externa), lo que limitaba el mercado doméstico a los trabajadores urbanos reduciendo el poder de compra de las mayorías rurales que conformaban entre 70 y 80% de la población. "Sin la población rural ningún mercado amplio, esencial para el desarrollo industrial, es posible como es claro que la combinación entre trabajadores, manufactureros y gobierno para aumentar los aranceles y promover la industrialización dificulta el desarrollo del mercado nacional."[44]

[43] Blanca Torres, *Historia de la Revolución mexicana, 1940-1952: Hacia la utopía industrial,* vol. 21, El Colegio de México, México, 1984, p. 21.

[44] Frank Tannenbaum, *Mexico: The Struggle for Peace and Bread,* Alfred Knopf, Nueva York, 1954, p. 224. Por su parte, Sanford Mosk apuntaba: "De los muchos problemas que México proba-

En la década de 1940, los principales estímulos a la industrialización vinieron de los créditos de largo plazo concedidos por el banco de desarrollo del Estado —Nacional Financiera, fundada en 1933—. Con la reforma al régimen de comercio exterior en 1947 se adoptó además un sistema de permisos previos (licencias de importación que, de ahí en adelante, fueron usadas más como instrumento de corrección de cuentas externas deficitarias que como instrumento de política industrial) conjuntamente con la importación libre de los bienes de capital. En la segunda mitad de la década de 1950, por los escasos efectos positivos sobre la balanza de pagos de la devaluación del peso de 1954, la política industrial se dirige hacia ulteriores aumentos arancelarios y al impulso a programas de fabricación (desde 1965) realizados por medio de convenios entre gobierno y empresas particulares con el fin de fortalecer la producción industrial.[45] Un desarrollo favorecido en lo inmediato por dos circunstancias que posteriormente resultaron insostenibles: el escaso dinamismo salarial (que entre 1940 y 1955 fue, en realidad, una retracción de los salarios reales) y los bajos precios de bienes y servicios públicos vendidos a las empresas privadas. La primera circunstancia terminó trabando un mercado nacional dinámico, mientras la segunda fue un factor antiinflacionario, pero al costo de una creciente fragilidad de las cuentas públicas.

La opción en favor de una agricultura altamente productiva y con escasa generación de empleo en el norte de México dio buenos resultados entre 1940 y 1965. Aunque, a la larga, el proceso de modernización en áreas reducidas del territorio debía enfrentarse necesariamente a límites más allá de los cuales el incremento ulterior de la producción requería dar un cuidado especial a la agricultura campesina del centro-sur del país. Una atención que, sin embargo, no llegó o llegó en medida insuficiente y que, de cualquier manera, habría requerido una corrección de las políticas de sustitución de importaciones centradas en la industria. El crecimiento productivo de los núcleos de agricultura moderna permitió mantener bajos precios para los alimentos de la población urbana y garantizar que las exportaciones del campo financiaran el desbalance industrial entre exportaciones e importaciones. En efecto, todavía en la primera mitad de la década de 1960 el superávit agrícola financiaba cerca de la mitad del déficit industrial.

blemente encontrará a medida que avance en su desarrollo industrial, ninguno parece ser más crítico que el de las limitaciones del mercado nacional"; "La Revolución Industrial en México", *Problemas agrícolas e industriales de México,* vol. III, núm. 2, 1951, p. 159.

[45] Véase Jaime Ros, *Desarrollo industrial y política de industrialización en México: Una reseña de la bibliografía analítica y empírica,* CEPAL, México, septiembre de 1986, p. 21 (mimeo). Entre 1965 y 1970 se firman, sobre todo en bienes intermedios y de capital, 751 programas entre gobierno y empresas. Con el fin de reducir las importaciones en rubros considerados sensibles, el gobierno otorgaba incentivos fiscales y licencias de importación.

Pero, al deteriorarse el dinamismo de la agricultura desde mediados de la década de 1960 (y dejaremos a un lado el estallido de la corrupción institucional a partir del gobierno de Miguel Alemán, que afectó la formación subsiguiente de un *crony capitalism*), diversas consecuencias negativas comenzaron a mostrarse en la economía en su conjunto. Los precios de garantía (introducidos en 1953 como instrumento gubernamental para asegurar niveles mínimos de ingreso a los agricultores) fueron congelados para contener el ritmo inflacionario y mantener bajos los salarios monetarios. Entre 1958 y 1962 el precio de garantía del maíz permaneció inalterado mientras los precios al consumidor crecieron 9.1%, y volvería a mantenerse sin cambios entre 1963 y 1972, en tanto los precios al consumidor crecieron 34.2%.[46] El equilibrio macroeconómico imponía la descapitalización del campo. El debilitamiento agrícola limitaba las posibilidades de ampliación del ahorro interno y obligaba a una mayor dependencia de las inversiones extranjeras directas y del crédito exterior como fuentes de financiamiento del desarrollo.[47] Consecuencias: subempleo, ensanchamiento de las distancias entre agricultura campesina y agricultura capitalista e impulso descontrolado a la urbanización. El apuntalamiento de una industria de baja capacidad competitiva implicaba costos progresivamente mayores para el resto de la economía. Una industria de salud incierta requería del malestar del resto de la economía, lo que, cerrando el círculo, tenía efectos negativos sobre el desarrollo industrial.

La crisis agrícola —paradójicamente inducida por el Estado mediante precios rígidos en sus productos, mientras el aumento de la población y la inelasticidad de la oferta hacían presagiar un incremento natural de los precios agrícolas— no podía dejar de tener efectos adversos sobre la distribución del ingreso en un país con población de alto perfil rural. Si a esto añadimos las oleadas de éxodo del campo a la ciudad que presionaron los salarios urbanos a la baja, la distribución del ingreso en el cuarto de siglo posterior a 1950 siguió caracterizándose por la alta polarización. Consideremos algunos datos. La mitad de las familias de menores ingresos, que recibía apenas 18% del ingreso nacional en 1950, había retrocedido a 16.6% en 1977,[48] en un periodo a lo largo del cual el crecimiento económico de México se mantuvo entre 6 y 7%. El país aceleraba su crecimiento acentuando la desigualdad, incluso a través de una carga fiscal entre las más bajas del mundo.[49] El segundo aspec-

[46] Cálculos sobre datos presentados por Ricardo Solís Rosales, "Precios de garantía y política agraria: Un análisis de largo plazo", *Comercio Exterior,* vol. 40, núm. 10, 1990, p. 930.

[47] Leopoldo Solís, "La balanza de pagos de México", en L. Solís (coord.), *La economía mexicana,* t. 1, FCE, México, 1973, p. 395.

[48] Véase INEGI, *Estadísticas…, op. cit.*

[49] Véase Roger D. Hansen, *La política del desarrollo mexicano,* Siglo XXI Editores, México, 1975, p. 91, donde se lee: "Entre 1940 y 1960, la proporción entre los impuestos y el PNB fue menor en México que en todos los otros países latinoamericanos, con las posibles excepciones de Guatemala y Honduras".

to crítico está en el escaso dinamismo del empleo. En efecto, la elasticidad, producto de la ocupación en el conjunto de la economía mexicana (la relación entre el crecimiento del empleo y del PIB), pasó de 0.52% en la década de 1940 a 0.15% en la de 1960.

A partir de esta última década, la economía mexicana mostró la doble contradicción a la cual condujo su modelo de desarrollo. La primera: no es sostenible por mucho tiempo un crecimiento centrado en las exportaciones agrícolas como fuente de financiamiento de las importaciones industriales sin un crecimiento de largo plazo de la propia actividad agrícola y de su eficiencia media. La segunda: no se puede hacer del mercado interno el principal factor dinámico de la economía (implícito en la estrategia de sustitución de importaciones) sin enfrentar al mismo tiempo los problemas que limitan su crecimiento global, como una distribución del ingreso altamente polarizada, el bajo crecimiento del empleo o el mantenimiento de gran parte de la población rural en condiciones de marginación, sobre todo en el sur del país.

Desde la década de 1960, la brecha entre utilidades privadas y beneficios sociales dio razones nacionales al movimiento estudiantil de 1968 que aglutinó alrededor de sí una variedad de reivindicaciones económicas y de aspiraciones políticas. La reacción de un aparato estatal sin práctica ni cultura de negociación con fuerzas sociales independientes fue la matanza en la Plaza de las Tres Culturas. La pregunta de Roger Hansen seguía embarazosamente sin respuesta: "¿Cómo es que el único país latinoamericano que experimentó una profunda revolución antes de 1950 escogió seguir una ruta para el desarrollo económico que combina el continuo sacrificio de la parte inferior de la escala socioeconómica con ganancias crecientes para la parte superior?"[50]

Dejando de lado los aspectos positivos ligados al ensanchamiento del aparato industrial, la herencia de décadas de desarrollo mexicano puede sintetizarse en una mezcla de elementos, entre los cuales destacan la postración de la agricultura, la excesiva urbanización, el rezago en sectores estratégicos como electricidad, educación, transporte, salud, etc., el estancamiento de los ingresos fiscales del Estado y la escasa eficiencia de un aparato industrial crecido entre protección, subsidios y mercados cautivos. Con la década de 1960, las empresas imponen una mayor protección de la competencia externa, lo que configura una "protección de la ineficiencia",[51] o sea, la obtención de beneficios a pesar de la escasa competitividad y la escasa generación de empleos. Cuando menos desde mediados de la década era evidente que el modelo de desarrollo establecido desde tiempos de Miguel Alemán, a pesar de sus éxitos hasta entonces, resultaba cada vez más deficiente. La sustitución de importaciones había agotado el impulso de una industrialización capaz de interac-

[50] *Ibid.*, p. 128.

[51] Timothy J. Kehoe y Felipe Meza, *Catch-up Growth Followed by Stagnation: Mexico (1950-2010),* Working Paper No. 17700, NBER, Washington, D. C., 2011, p. 13.

tuar virtuosamente con el resto de la economía y, desde la década de 1970, se había vuelto insostenible.[52]

Con el presidente Echeverría (1970-1976) no ocurrió un giro de la política económica, pero se intentaron acciones públicas más decididas en áreas de bienestar social, con el resultado de abrir una discrepancia entre el gobierno y las élites económicas que veían en el resurgimiento de una preocupación social de parte del Estado el anuncio de un retorno al supuesto populismo de la segunda mitad de la década de 1930.[53] Comenzaba así el ciclo final de una política económica con protagonismo estatal al interior de un esquema de sustitución de importaciones que concluiría a comienzos de la década de 1980 con la crisis de la deuda exterior y la interrupción del prolongado periodo de crecimiento económico.

Sin embargo, a pesar del aumento del déficit presupuestal (casi 5% en 1972), el agotamiento de las fuentes del crecimiento fue disimulado en la década de 1970 por los nuevos recursos petroleros y el endeudamiento externo. En esta década, el crecimiento del PIB alcanzó 7% anual: un último destello que no se repetiría en el curso de las cuatro décadas siguientes. Tres rasgos caracterizaron la década de 1970: *1)* El efecto del gasto público sobre el desarrollo se debilitó, así que, para mantener un determinado ritmo de crecimiento, el gasto público debía ser cada vez más cuantioso; *2)* no obstante el alza de las inversiones, la demanda interna mostró señas de cansancio para seguir la expansión de la capacidad productiva, y *3)* el aumento de la productividad se mantuvo por arriba del incremento de los salarios en la manufactura.

Las inversiones se autoderrotaron durante la década de 1970 en un contexto en que la capacidad productiva creció más aprisa que el mercado nacional. Y así, la expansión de la capacidad de producción necesitaba detenerse periódicamente para evitar un excesivo abultamiento de inventarios. Unos pocos datos: entre 1970 y 1981, mientras las inversiones totales crecieron 170% en términos reales, el PIB lo hizo 105%. Algo similar ocurrió con las manufacturas para las que, en el mismo periodo, frente a la triplicación de la formación bruta de capital fijo, las exportaciones crecieron 65% y el empleo 48%. Una de las razones del retardo de la demanda se encuentra en los salarios reales manufactureros, que en los años en cuestión se mantuvieron muy por debajo del incremento de la productividad. Apuntemos que en estos años las exportaciones no crecieron bastante como para ser un factor de estímulo de las manufacturas (por la baja calidad de los productos y la sobrevaluación del peso) y el empleo tampoco creció en consonancia con la expansión de la capacidad productiva. De esta forma, en la década de 1970 el

[52] A esta conclusión llega Enrique Cárdenas en "La economía mexicana en el dilatado siglo XX (1929-2010)", en Sandra Kuntz Ficker (coord.), *op. cit.,* p. 234.

[53] Véase Carlos Pereyra, "México: Los límites del reformismo", *Cuadernos Políticos,* México, núm. 1, 1974, pp. 63-64.

gasto público se volvió la principal fuente de dinamismo de una demanda agregada trabada por las propias modalidades del desarrollo. El gasto público, sobre todo después del descubrimiento de nuevas reservas de petróleo, pasó de 31 a 41% del PIB sólo entre 1978 y 1981, con un doble efecto: el empeoramiento de las relaciones empresarios-gobierno y la agudización de las tensiones inflacionarias.

Pero ya desde 1973 estas presiones eran inocultables. La demanda sostenida por el sector público se enfrentaba a un aparato productivo con varios cuellos de botella.[54] La inflación importada con la cuadruplicación del precio internacional del petróleo en ese año, conjuntamente con el control oligopólico sobre varios mercados internos, la escasa eficiencia de distintos segmentos de la estructura productiva y el clima de inseguridad asociado a la tirantez de las relaciones entre gobierno y empresarios generó un repunte inflacionario de 5.2 a 15.2% entre 1970 y 1975. El diferencial inflacionario entre México y los Estados Unidos impactó duramente las cuentas externas de México[55] y, en septiembre de 1976, el gobierno devaluó el peso después de 22 años de estabilidad del tipo de cambio nominal.

Con la llegada de López Portillo a la presidencia (1976 a 1982), las relaciones entre gobierno y empresarios mejoraron transitoriamente con la inicial prudencia financiera del gobierno. Pero el descubrimiento de enormes yacimientos petrolíferos cambió el escenario, y entre 1975 y 1982, mientras el PIB nominal se multiplicaba por 8.5, los ingresos brutos petroleros lo hacían por 29.6 veces. Mantener las riendas sobre el gasto se volvía arduo en estas condiciones. Y más aún reconocer las fragilidades acumuladas en el modelo económico surgido desde fines de la segunda Guerra Mundial. El petróleo devino un sustituto no conflictivo para una reforma fiscal que era tema de enfrentamiento entre gobierno e iniciativa privada. Bajo el impulso de las exportaciones petroleras, el PIB, que en 1974-1977 había crecido a una tasa media de 4.8%, en 1978-1981 lo hizo en 8.4%. Con las importaciones en aumento, la balanza comercial manufacturera pasó de un déficit de 26 000 millones a 169 000 millones de dólares en 1977-1981.[56] Y en el último año, el déficit fiscal llegó a un valor sin precedentes: 14% del PIB. Para evitar que la inflación se desbocara, en un periodo en que viajaba entre 18 y 28%, el gobierno optó por mantener fijo el tipo de cambio, con lo cual, sin embargo, además de dificultar las exportaciones no petroleras y favorecer el aumento de las importaciones, se

[54] Fernando Clavijo, "Reflexiones en torno a la inflación mexicana (1960-1980)", *El Trimestre Económico,* vol. 47, núm. 188, 1980, p. 1 027.

[55] En 1965 el saldo de la cuenta corriente de la balanza de pagos registraba un déficit de 443 millones de dólares, que crecerá a 1 188 en 1970 y a 4 442 en 1975. En 1976 la devaluación del peso se había hecho inevitable.

[56] Según datos de NAFINSA, entre 1977 y 1981 las exportaciones manufactureras pasan de 1 600 millones a 4 100 millones de dólares mientras las importaciones del mismo sector pasan de 4 100 millones a 2 100 millones.

crearon las condiciones propicias para sustanciales fugas de capitales. El endeudamiento externo —basado en la doble creencia de que el alto precio del petróleo sería un dato permanente en el futuro, mientras el costo del capital se creía destinado a reducirse en el largo plazo en la economía internacional— quedó como la única opción. La deuda externa pasó de 27 000 millones a 82 000 millones entre 1977 y 1982. Y, desde 1981, las tasas de interés se elevaron drásticamente en los mercados internacionales a consecuencia de la política monetaria restrictiva de los Estados Unidos mientras el precio del petróleo interrumpió su previo ascenso. Las dos mayores fuentes de financiamiento mexicano se secaron súbitamente.

Estaban puestos los elementos para la crisis subsiguiente: excesivo endeudamiento externo, agudización del déficit comercial, empeoramiento de las cuentas públicas, fuga de capitales y sobrevaluación del peso. En agosto de 1982, frente al retroceso de las reservas internacionales del Banco de México, las autoridades nacionales se vieron obligadas a declarar la suspensión de pagos sobre la deuda pública externa. En un ambiente de inestabilidad cambiaria, congelación de la actividad productiva y fuga de capitales, López Portillo anunciaba el 1º de septiembre de ese año, durante su último Informe de gobierno, lo inesperado: la nacionalización bancaria, a pesar de la oposición de gran parte de su gabinete y de su propio sucesor a la presidencia.

Al final del sexenio el gobierno no tenía ni fuerzas ni ideas ni tiempo para reconstruir un modelo de crecimiento que pudiera encauzar los grandes intereses económicos establecidos dentro de una política de cambios estructurales. En realidad, el Estado había tenido su oportunidad en la década de 1970 y la había desperdiciado. El petróleo, en lugar de ser el instrumento de transformación capaz de vencer el radicado atraso agrícola, las disparidades territoriales del país y la aguda polarización del ingreso, había prolongado el crecimiento sobre cimientos insostenibles.

Los primeros años de la década de 1980 se presentaron en sincronía con el viraje de la política económica entre los Estados Unidos y México.[57] Desde 1981 la nueva administración del presidente Reagan promovió una política monetaria restrictiva y la paulatina desregulación de la economía. En México, a partir de fines de 1982, las grandes opciones de la nueva administración de Miguel de la Madrid apuntaron en un sentido similar: se trataba de restablecer la preeminencia del mercado y apurar una austeridad, a través de las cuales reconstruir los equilibrios macroeconómicos y controlar la inflación. Además, la drástica contracción del mercado interno resultaba necesaria para forzar a los productores nacionales a orientarse agresivamente hacia los mercados internacionales. Frente a inversiones y empleo a la baja, la masa salarial, que constituía 35% del PIB en 1982, disminuyó a 29% el año

[57] Stephen A. Quick, "Mexico's Macroeconomic Gamble", trabajo presentado en *Mexico: Contrasting Visions,* The Columbia University, Nueva York, 1989, p. 1.

siguiente. El resultado combinado fue la reducción absoluta del PIB en 4.2%. Un prolongado ciclo de la historia económica mexicana se cerraba abriendo una reorientación profunda de la política económica.

Reformas sin crecimiento: cuatro décadas entre dos siglos

Con la década de 1980 llegó a su fin el largo recorrido de crecimiento económico que en algún momento fue indicado como "milagro mexicano". Si en la década anterior el PIB había crecido 80%, mientras la población lo hacía 39%, en esta década los términos se invirtieron: el PIB creció 17% frente a un incremento de la población de 23%. Y, desde entonces, no ocurrió solamente el brusco deterioro del crecimiento, sino un giro profundo en las orientaciones de la política económica. A comienzos de la década de 1980 el balance económico primario (la diferencia entre ingresos y gastos al neto del pago de intereses sobre la deuda pública) registraba un déficit de 8% del PIB; en 1991, el balance se vuelve superavitario en 5.5%,[58] efecto de una severa contracción del gasto. La otra vertiente fue el reequilibrio de las cuentas externas. El objetivo era remover el "sesgo antiexportador" de la sustitución de importaciones, realinear los precios internos con los precios internacionales y permitir un saldo positivo en las cuentas externas del país para hacer frente a los compromisos de pagos internacionales. Algunas circunstancias favorecieron el incremento de las exportaciones mexicanas, como el bajo costo del trabajo, amplios márgenes de capacidad inutilizada (gracias al mercado interno deprimido) y una economía estadunidense (compradora de cerca de dos terceras partes de las exportaciones mexicanas) que recorría, entre 1983 y 1990, uno de los más prolongados ciclos expansivos de su historia.

Pero ¿cómo aumentar las exportaciones a mediano plazo sin una recuperación de las inversiones? En 1990, la formación bruta de capital fijo se mantenía 30% abajo respecto al nivel alcanzado en 1981.[59] Anotemos dos aspectos: las exportaciones manufactureras, que constituían apenas 14% del total exportado en 1982, escalaron a 50% en 1991, un efecto positivo del retroceso del mercado petrolero. Las inversiones extranjeras directas, que en 1980 representaban apenas 4.4% del PIB, en 1990 alcanzaron 12% —resultado favorecido por las devaluaciones del peso a lo largo de la década—. Sin embargo, los logros en el reequilibrio fiscal y externo se pagaron con el fuerte retroceso de la economía. A partir de 1982, mientras la población económicamente activa aumentaba ocho millones, el empleo crecía apenas 1.3 millones.[60]

[58] Plan Nacional de Desarrollo, *Informe de ejecución 1991,* Plan Nacional de Desarrollo, México, marzo de 1992, p. 87.

[59] A precios de 1980, la FBCF alcanza 1.39 mil millones de pesos en 1981 y 0.98 mil millones en 1990, según datos del INEGI.

[60] Véase CIEMEX-WEFA, *Perspectivas económicas de México,* vol. XXIII, núm. 2, 1991.

Mismo periodo en que los salarios, como porcentaje del PIB, se reducían de 35 a 24% y en 1991 el salario medio real permanecía 23% abajo respecto a 1980.[61]

Pero, no obstante la rígida disciplina del gasto público, la caída de los salarios reales y la retracción de la demanda, la inflación no daba señas de ceder, al contrario. Al menos dos factores operaban en contra: la subvaluación del peso (para apoyar el esfuerzo exportador) y las elevadas tasas de interés (para contener la fuga de capitales). En 1987 los precios al consumidor casi tocaron 160% de aumento, mostrando la ineficacia de la persistente contracción de la demanda interna. El gobierno mexicano había entrado de manera formal al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés) el año anterior, pero ya desde 1984 se había acelerado el proceso de liberalización de las importaciones para intentar controlar el alza de los precios internos. A fines de 1987, cuando el país veía perfilarse el fantasma de la hiperinflación, se suscribió el Pacto de Solidaridad Económica (PSE) entre gobierno, sindicatos y organizaciones patronales. El pacto sancionaba una congelación transitoria de precios, salarios y tipo de cambio. Todo el peso del Estado mexicano (la centralidad de la figura presidencial y el ubicuo control corporativo) se ponía al servicio de una política heterodoxa de control de los precios. Al año siguiente, el Pacto se renovó y cambió de nombre: antigua tradición del personalismo presidencial mexicano que pretende hacer de cada sexenio un ciclo virginalmente nuevo respecto al pasado reciente, a pesar del mismo partido dominante, los mismos sindicatos ligados al partido y el mismo estilo de gobierno. Pero, a pesar de estas constantes, algo realmente cambió con la llegada a la presidencia de Carlos Salinas de Gortari a fines de 1988. Si bien en formas oblicuas, desde esa fecha se reconoció el fin de un largo ciclo de desarrollo económico y se impuso la exploración de nuevos rumbos. Después de Alemán, en 1946, con Salinas (aunque el sistema presidencial-corporativo y el partido casi-único permanecieran inalterados) se emprendió, como dijo un observador, "una segunda reformulación del capitalismo mexicano".[62] Es probable que esta enunciación sea excesivamente enfática si se refiere al "capitalismo mexicano" *in toto,* pero no lo es acerca de las orientaciones económicas de la élite política del país. A lo largo de cuatro décadas prevaleció una estrategia que resaltaba la industrialización, las empresas públicas en algunas áreas estratégicas y la sustitución de importaciones como clave del desarrollo de México. A partir de Salinas, las respuestas a las nuevas presiones se buscarían en el aligeramiento de las responsabilidades económicas del Estado y en el desmantelamiento de la estrategia de protección industrial a favor de un giro hacia la apertura comercial (hasta aquí en plena

[61] CEPAL, *Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe,* CEPAL, 1991.

[62] Alan Knight, "Salinas y el liberalismo social en el contexto histórico", en *Repensar la Revolución mexicana,* vol. II, El Colegio de México, México, 2013, p. 202.

consonancia con el *mainstream* global) que tuvo su expresión cumplida con la entrada en vigor, en 1994, del TLCAN con los Estados Unidos y Canadá.

Acerca de las reformas económicas liberales que, todavía cuatro décadas después, no activaron un nuevo ciclo de crecimiento económico de largo plazo, concentrémonos en tres periodos presidenciales que expresan rasgos particulares: Salinas (1988-1994), Fox (2000-2006) y Peña (2012-2018).

Salinas encarna el viejo sistema político mexicano que se considera —a pesar de corrupción, clientelismo y una excesiva cercanía entre partido dominante e instituciones que restó fuerza e independencia a estas últimas— piedra angular de la identidad nacional. Pero encarna, al mismo tiempo, las orientaciones liberales de política económica acordes con los nuevos tiempos. Se inaugura con él un periodo cargado de promesas sobre los éxitos futuros de políticas menos intrusivas en los mercados y más abiertas a la economía mundial. Con el nuevo presidente en Palacio Nacional, llega a los puestos de mando de la estrategia económica una nueva generación de jóvenes tecnócratas (casi todos ellos economistas) formados en prestigiosas universidades de los Estados Unidos. Jóvenes que, siguiendo a Salinas (descendiente de una familia de la élite revolucionaria-institucional), no pretenden alterar el viejo régimen que les permitió escalar hasta las cimas de la administración pública. La modernización mexicana no pasa por el cambio de un régimen de dudosos rasgos democráticos que controla política y socialmente al país desde hace seis décadas, sino por la reorientación de la política económica siguiendo las corrientes liberales que encuentran en la globalización de los mercados y en el nuevo dinamismo de los comercios internacionales la confirmación de las virtudes de antiguas doctrinas económicas centradas en la autorregulación de los mercados. Hay aquí una mezcla insólita de pragmatismo e ideologización. Lo primero es el reconocimiento del nuevo peso de la economía internacional en una fase de innovación tecnológica acelerada y reducción de los costos de comunicaciones y transporte. Si estar al margen de estas corrientes siempre fue costoso, a fines del siglo XX habría sido una forma de autolesionismo nacional. Lo segundo se manifiesta en la confianza abstracta en que, incluso sin reformas institucionales y sin cambios sustanciales en la relación sociedad-instituciones (contaminada por corrupción, simulación e impunidad político-administrativa), la simple inmersión en los flujos vivificantes del mercado internacional habría revitalizado la economía mexicana en productividad, empleo y perspectivas de bienestar social. La generación que toma las riendas de la élite política tiene un rasgo esquizoide: busca lo nuevo y lo moderno en la dirección económica, mientras se apoya sobre los añejos mecanismos de poder de una clase política envejecida en el control social corporativo y en el ejercicio hierático-autoritario del poder presidencial. Pero, entre ensueños tecnocráticos, certezas axiomáticas de manuales de economía y un inocultable halo de decisionismo autocrático correspondiente a la personalidad del nuevo presidente, desde el sexenio de Salinas las

cosas cambian especialmente en tres terrenos: el TLCAN (1994), el programa Solidaridad (1988), dirigido a apoyar a familias en condiciones de pobreza (y que, con distintas denominaciones y reformulaciones, llega hasta hoy), y la privatización bancaria (1991-1992), que poco después se desbarrancará en la peor crisis financiera de la historia mexicana con consecuencias adversas sobre el crédito que persisten incluso décadas después.

Los propósitos del TLCAN eran eliminar las barreras arancelarias y remover permisos de importación y cuotas, convertir al país en un destino más atractivo para las inversiones extranjeras, establecer un acceso privilegiado a su principal mercado exterior[63] y fijar límites, a través del compromiso externo, a la alteración futura de la política económica. Si éstos eran los objetivos, las esperanzas eran igualmente claras: la atracción de capitales desde afuera y las nuevas inversiones nacionales en función del amplio mercado norteamericano deberían haber impulsado productividad y capacidad productiva y, al mismo tiempo, haber activado un proceso de convergencia salarial con los vecinos del norte debido al desarrollo de sectores en los que México explotaría la ventaja competitiva de sus menores salarios. Anticipemos aquí lo que tendrá que verse al final de este apartado: ninguna de las esperanzas relativas a la productividad o a la convergencia salarial se materializó en las décadas sucesivas.

Otra importante iniciativa del periodo fue el Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol). Con el aporte del trabajo voluntario de las comunidades beneficiadas por obras públicas de uso social, el programa creó una estructura paralela bajo directa supervisión presidencial que en alguna medida suplantó los tradicionales mecanismos del gasto público social.[64] Con una propia base social constituida por un conglomerado de pobres urbanos y rurales surgió una nueva forma de paternalismo presidencial.[65] Ese intento no podía escaparse de las clientelas políticas locales ni de las ineficiencias de la administración pública municipal y estatal. Según un estudio dirigido al estado de Zacatecas en 1993, resultaba que la intervención del Pronasol no beneficiaba necesariamente a los grupos más pobres. En su primer año de operación favoreció a los estados relativamente menos pobres del país. A pesar de la propaganda oficial, la participación social era baja frente a decisiones tomadas fuera de las comunidades objetivo, además de la pobre calidad de las obras,

[63] En coloquio con un antiguo responsable para América Latina del Consejo Nacional de Seguridad estadunidense, Salinas afirma, con razón: "en los momentos en que México se abre al comercio internacional necesita el acceso asegurado a su principal mercado externo"; véase Robert Pastor, "Post-Revolutionary Mexico: The Salinas Opening", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs,* vol. 32, núm. 3, 1990, pp. 1-22.

[64] María del Carmen Pardo López, "La política social como dádiva del presidente", *Foro Internacional,* vol. 36, núm. 1-2, 1996, pp. 297-305.

[65] Véase Judith A. Teichman, "Neoliberalism and the Transformation of Mexican Authoritarianism", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos,* vol. 13, núm. 1, 1997, p. 145.

muchas de las cuales quedaron inconclusas.[66] Como en el caso del TLCAN, una buena idea en abstracto (en este caso: abrir la acción pública a la participación social) terminó por convertirse en un nuevo aparato clientelar alimentado por la dispendiosa voluntad de protagonismo presidencial.

Los procesos de privatización de empresas públicas iniciados por De la Madrid (1982-1988) fueron acelerados durante el gobierno de Salinas con la venta de grandes empresas públicas como bancos, siderúrgicas, compañías de aviación y Teléfonos de México (Telmex) (con monopolio del sector). Al margen, el comprador de Telmex, Carlos Slim, se convirtió posteriormente en uno de los hombres más ricos del mundo y, durante algunos años, el más rico en absoluto. Pensando en los Creel de Chihuahua en tiempos de Díaz, una antigua tradición nacional, la de los ricos a la sombra de la benevolencia del señor presidente. Los bancos habían sido nacionalizados por López Portillo en un estallido de activismo presidencial exasperado por la impotencia frente a la fuga de capitales durante la crisis de la deuda exterior de 1982. Los bancos nacionalizados regresaban a manos privadas en una gigantesca operación financiera que representó más de 60% de los ingresos de todas las privatizaciones hasta 1994. El cambio de propiedad del sistema bancario se realizó con un alto precio pagado al Estado, lo que supuso el fuerte endeudamiento de los compradores privados que, aunado a la crisis cambiaria de diciembre de 1994, produjo el año sucesivo el peor retroceso de la economía mexicana en décadas, así como la retracción del crédito privado que siguió afectando a la economía mucho tiempo después. Las conclusiones de una auditoría sobre la privatización bancaria encargada a una empresa estadunidense señalaron varias anomalías, entre ellas, el conflicto de intereses de los nuevos propietarios que prestaban a menudo dinero a sus propias empresas, la inexperiencia en el negocio del crédito de parte de los nuevos propietarios y la deficiente supervisión pública de la actividad bancaria después del retorno a manos privadas.[67] Como consecuencia de los turbios manejos de los nuevos banqueros y de la incorrecta supervisión pública en un contexto de crisis asociada a la devaluación del peso a fines de 1994 —con el consiguiente aumento de las tasas de interés y la multiplicación de incumplimientos de empresas privadas frente al sistema bancario—, para hacer sostenible a los bancos en zozobra y evitar su quiebra, el nuevo gobierno de Ernesto Zedillo convirtió en deuda pública los créditos bancarios que se habían vuelto inexigibles. Deshonestidad privada e ineficiencia pública presentaban al país sus cuentas conjuntas. La operación de rescate costó a México una cantidad enorme, correspondiente a 16% de su PIB. En otros términos, una privatización

[66] Véase Alejandro Guevara Sanginés, "Programas de alivio a la pobreza en México: Un ejercicio de evaluación", en Mónica Serrano y Victor Bulmer-Thomas (coords.), *La reconstrucción del Estado: México después de Salinas,* FCE, México, 1998, pp. 240-248.

[67] Véase Francisco Ibarra Palafox, *La privatización bancaria en México,* Siglo XXI Editores/ UNAM, México, 2014, pp. 377 y ss.

bancaria mal conducida —además de la voluntad del gobierno de Salinas de mantener un tipo de cambio irrealista para defender su prestigio— produjo secuelas dramáticas que fueron más allá de su presidencia.

Y así, el sexenio que había iniciado bajo auspicios venturosos por el cambio de la añeja política económica progresivamente agotada, y con un claro apoyo empresarial y social a Salinas (manifestado con el voto que favoreció claramente al PRI en las elecciones intermedias de 1991), tuvo el peor desenlace posible: la sobrevaluación del peso (entre 1988 y 1994), que permitió contrastar la inflación, hundió al país en una crisis económica y financiera que hizo retroceder el PIB 6% entre 1994 y 1995.

Con el inicio del nuevo siglo, México era embestido por una nueva ola de esperanza. Por primera vez en siete décadas, el PRI —el partido autonombrado heredero y depositario de las causas populares de la revolución de 1910— en las elecciones de 2000 fue desarraigado del centro del poder político: la presidencia. Las expectativas eran enormes, se esperaba que un viejo sistema político, que había dejado de producir crecimiento económico —además de haber conservado a lo largo de mucho tiempo profundas segmentaciones sociales—, pudiera abrir el presente a nuevos aires democráticos y a un nuevo periodo de dinamismo económico. No ocurrió nada parecido.[68] El reinicio no fue más que una incumplida promesa electoral. El PIB per cápita retrocedió durante los primeros tres años de la nueva administración para reactivarse en los últimos tres, sobre todo gracias a la recuperación del precio internacional del petróleo. Incluso las organizaciones empresariales que habían saludado con satisfacción la llegada a la presidencia de Vicente Fox en 2000, con el pasar del tiempo se alejaron frente a la ausencia de resultados e iniciativas fuertes del gobierno. Entre las inconsistencias del Ejecutivo, la tendencia del presidente a anuncios mediáticos de iniciativas que quedaron sin seguimiento político-administrativo y el obstruccionismo sistemático de un Congreso adverso (donde PRI e izquierda establecieron una eficaz mayoría de bloqueo de toda iniciativa presidencial), México experimentó una curiosa situación de alternancia sin cambios sustantivos ni en el sistema político mexicano ni en la inauguración de un rumbo renovado de crecimiento económico. El Congreso rechazó en dos ocasiones sendas propuestas presidenciales de reforma fiscal que, más allá del mérito específico, buscaban crear las condiciones para incrementar el gasto público, modernizar las infraestructuras y mejorar un endeble gasto social.[69] Entre frivolidades del Ejecutivo y maximalismos de

[68] El primer secretario de Relaciones Exteriores de Fox llegó a decir explícitamente que, en su opinión, el presidente no tenía ninguna voluntad seria de emprender una reforma del Estado mexicano; véase Carmen Aristegui y Ricardo Trabulsi, *Transición,* Grijalbo, México, 2010, p. 84.

[69] Véase OCDE, *Estudios económicos de la OCDE: México 2002-2003,* OECD Publishing, México, 2004, p. 186; y *Estudios económicos de la OECD: México 2011,* OECD Publishing, México, 2011, p. 85.

la oposición, el resultado económico más notable de la administración de la alternancia fue el sustantivo aumento de las familias pobres destinatarias de la ayuda oficial. El programa de transferencias de liquidez condicionada (Oportunidades) pasó de 2.5 millones a cinco millones de familias (24 millones de individuos) en el curso del sexenio.[70]

Sin mayores novedades (salvo los inicios de un pavoroso, y casi sin frenos, fenómeno de criminalidad organizada en el frente interno y de la crisis internacional inaugurada desde 2008, que produce un sensible retroceso de la economía mexicana en 2009) ni en el terreno del sistema político ni en una reactivación significativa de la economía, nada pasó en la primera década del nuevo siglo hasta que, en 2012, no muy sorpresivamente (dado el desconcierto y el desaliento sobre los éxitos de la alternancia), el viejo partido dominante —después de 12 años de travesía por el desierto— regresó a la presidencia. Pero si la salida del PRI del poder entre 2000 y 2012 no había traído una interrupción del estancamiento económico iniciado en la década de 1980; su retorno al poder tampoco trajo una reversión de la tendencia. En los dos sexenios anteriores, el PIB per cápita había avanzado a una anémica tasa media anual (igual o inferior a 1%) en los primeros cinco años de la presidencia de Peña Nieto (2013-2017), a pesar de las tan alardeadas reformas económicas, el estancamiento de largo plazo se mantuvo con un crecimiento similar.

Apenas regresado al gobierno, el PRI promovió aquellas reformas económicas que, estando en la oposición, habían merecido su rechazo. Pocos días después de la asunción del nuevo mandatario del viejo partido, en ceremonia solemne en el Castillo de Chapultepec (con reminiscencias de las escenas cívicas [p]refiguradas por Rousseau el *douanier*), rodeado por los representantes de la oposición de derecha y de izquierda, el presidente Peña Nieto firmó el Pacto por México. El nuevo gobierno necesitaba mostrar a los empresarios mexicanos y a la comunidad internacional que su reciente pasado neorrevolucionario (en la oposición) había sido una opción dictada por las circunstancias que, sin embargo, podía transmutarse en un santiamén en un presente neoliberal. Al viejo partido hegemónico le importaba mucho más seguir en el poder que sostener un programa económico que tuviera alguna consistencia transexenal. Varias de las reformas que se instrumentaron en los años siguientes eran virtualmente ineludibles para responder a los retos y cuellos de botella que requerían nuevas políticas. Las reformas económicas avanzadas habrían presumiblemente tenido efectos distintos con la transformación de un régimen político tradicionalmente replegado en el encubrimiento de los intereses (más o menos legítimos) de sus múltiples beneficiarios. A pesar de lo cual —siguiendo una tradición que venía desde Porfirio Díaz y que se había repetido después con Miguel Alemán (en 1946) y con Carlos Salinas (en 1988)—,

[70] Felipe Hevia de la Jara, "De Progresa a Oportunidades: Efectos y límites de la corriente cívica en el gobierno de Vicente Fox", *Sociológica,* vol. 24, núm. 70, 2009, pp. 57 y ss.

la prensa internacional se entusiasmó, cuando menos precipitadamente, con la voluntad de renovación del nuevo mandatario e, ilustrando las brillantes perspectivas del país, comenzó a hablar del *Mexican moment*. Una infatuación transitoria: a fines de 2015 *Newsweek* hablaba de la economía mexicana como de un avión que no despegaba y *The Economist,* desde el año anterior, había finalmente llegado a percibir que las reformas económicas no eran suficientes frente a una criminalidad desbordante y un aparato administrativo plagado por ineficacia, baja credibilidad y corrupción.[71]

Más de dos décadas después de Salinas, la ruta era la misma: renovación de la política económica sin tocar nada realmente importante del sistema político-institucional construido durante décadas de hegemonía de un partido casiúnico. Los cambios vinieron sobre todo en cuatro rubros: el energético, el fiscal, el educativo y el de las telecomunicaciones. El sector petrolero, que llevaba una década de retroceso productivo (de 3.4 millones a 2.3 millones de barriles diarios entre 2004 y 2014), se abrió a compañías privadas (nacionales y extranjeras) para la exploración y la explotación de yacimientos que requerían tecnología y recursos con los que el país no contaba.[72] En el frente fiscal se aprobó una reforma que elevó marginalmente la tasa máxima de impuesto sobre la renta e introdujo una nueva de 10% sobre las utilidades financieras.[73] A propósito de la reforma educativa, después de décadas de colusión entre los gobiernos y los sindicatos de maestros, y después de varias pruebas del Programa Internacional para la Evaluación de Estudiantes (PISA, por sus siglas en inglés) practicadas por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) a los jóvenes de 15 años (en las que los estudiantes mexicanos quedaron constantemente reprobados en 2012, México quedó en el lugar 52 de 65 países participantes), el gobierno introdujo una evaluación para maestros que desencadenó manifestaciones masivas de protesta organizadas por sindicatos que durante generaciones se caracterizaron por la venta de plazas, las transferencias de puestos docentes de padres a hijos, un bajo nivel de la enseñanza y un alto grado de corrupción sindical. Finalmente, la reforma en telecomunicaciones supuso la introducción de normas para asegurar la competencia. Sin menospreciar la importancia de estas reformas, queda el hecho de que, hasta fines del sexenio del presidente Peña, no activaron ninguna reacción económica de amplio aliento.

A la conclusión de este apartado la pregunta sigue abierta: ¿por qué, a pesar del rosario de reformas económicas diseñadas desde inicios de la década de 1980 para cimentar nuevas bases de crecimiento de largo plazo (des-

[71] "EPN: el salvador que no lo fue", *Newsweek,* 25 de noviembre de 2015. Disponible en https://newsweekespanol.com/2015/11/epn-el-salvador-que-no-lo-fue/; y "Reforms and Democracy, but No Rule of Law", *The Economist,* 5 de noviembre de 2014. Disponible en https://www.economist.com/leaders/2014/11/15/reforms-and-democracy-but-no-rule-of-law

[72] *Stratford Analysis,* diciembre de 2014; y *El País,* 16 de julio de 2015.

[73] Véase OCDE, *Estudios Económicos de la OCDE: México 2015,* OCDE, México, 2015, pp. 12 y ss.

pués del agotamiento del ciclo previo), éste no ocurrió, dando lugar, en cambio, a cuatro décadas de relativo estancamiento? He ahí la cuestión. El tema se mueve entre la historia y una coyuntura a la que le falta la perspectiva que sólo el tiempo puede dar para una respuesta consolidada. Aunque algunos elementos pueden señalarse con cierto grado de confianza sobre su peso en la explicación de este largo periodo de estancamiento económico que ha reducido significativamente la movilidad social, ha conservado amplios márgenes de pobreza (cerca de la mitad de la población) y ha bloqueado la capacidad del país para definir un rumbo propio de salida del atraso.

A pesar de las privatizaciones y el desmantelamiento de las políticas de protección del comercio exterior, si bien México logró en las últimas cuatro décadas contener la inflación en límites razonables, no ha recuperado las tasas previas de crecimiento. Si en 1940-1981 el PIB per cápita creció a una tasa media de alrededor de 3%, entre 1982 y 2016 viajó a una tasa media cercana a 0.8%: casi cuatro veces menos. El retorno a la ortodoxia económica internacional no produjo ni los efectos esperados ni los deseados. Varias cosas han cambiado y entre ellas la más notable probablemente es el viraje drástico en la composición del comercio exterior. A comienzos de la década de 1980, casi 80% de las exportaciones mexicanas estaban constituidas por el petróleo; en 2015, esa cuota se había reducido a 6% mientras las manufacturas sustituyeron la preponderancia previa de las exportaciones petroleras. Al mismo tiempo, las inversiones extranjeras se han multiplicado varias veces. O sea, varios indicadores de modernización económica están en movimiento, pero la economía sigue una pauta de crecimiento persistentemente anémica. Esto ha significado, si comparamos 1960 con 2016, un fuerte retroceso de México frente a varios países. En 1960, el PIB per cápita mexicano era 21.6% con respecto al de los Estados Unidos, en 2016 (lejos de toda expectativa de convergencia) se ha reducido a 18.6%. El mismo indicador respecto a Chile pasó de 96.8 a 89.7%, respecto a España de 50.1 a 30.9%. En 1960, el PIB per cápita mexicano era tres veces mayor al de Corea del Sur, 56 años después era apenas 38.1% del de ese país.[74] En síntesis: cuatro décadas de estancamiento interno y de retroceso frente al resto del mundo. ¿Qué ocurrió? La respuesta impondría ir más lejos de lo que permite la observación de las estrictas variables económicas. Pero limitémonos a ellas en el final de este apartado.

1. El periodo en que México se abre a la economía mundial y define su personalidad exportadora de manufacturas coincide históricamente con el *boom* de las exportaciones manufactureras de China que, desde 2001, es miembro de la Organización Mundial del Comercio (OMC). A comienzos del nuevo siglo, la presencia de China y México como países exportadores a los Estados Unidos era sustancialmente igual. En 2014, China representaba 23% de las importaciones de los Estados Unidos, mientras que México no iba más allá

[74] Elaboraciones a partir de datos del Banco Mundial en dólares de 2010.

de 12%.[75] O sea, China ha penetrado con mucha más fuerza que México en el mercado exterior más importante para este país (81% de las exportaciones mexicanas en 2016).

2. El bajo financiamiento bancario a la actividad productiva ha sido un factor de debilidad en las inversiones, en la innovación tecnológica y, especialmente, en el desarrollo de empresas pequeñas y medianas capaces de competir en el mercado nacional e internacional.[76] Después de la crisis bancaria de 1995, así como de la subsiguiente retracción del crédito, y a pesar de la entrada de bancos extranjeros, los préstamos siguen concentrándose en los bienes de consumo durable más que en la actividad productiva. Un dato: el financiamiento del sistema bancario a la economía, que ya era bajo en 1972 (28%), se redujo más tarde a 19% en 2011.[77]

3. A pesar de que en los últimos años la sobrevaloración del peso ha sido menos frecuente, por mucho tiempo (marcadamente entre 1988 y 1994) desempeñó un papel importante como instrumento para controlar la inflación y sostener el prestigio del presidente en turno, con efectos colaterales que dañaron la capacidad de crecimiento de la economía. La valorización del tipo de cambio alimentó grandes flujos de importaciones, dificultando la capacidad exportadora del país mientras encarecía el costo del capital sosteniendo altas tasas de interés y trabando así las inversiones, especialmente en el sector manufacturero. Pero, a pesar de una inflación que en la última década oscila entre 3 y 4%, las tasas de interés fluctúan en México entre 25 y 30%, las más altas de América Latina excluyendo a Argentina y Brasil que, sin embargo, muestran una tasa de inflación bastante más alta.[78]

4. Los indicadores de productividad que ya estaban estancados en la década de 1970 comenzaron a retroceder en la década sucesiva con la detención del capital por trabajador. A pesar del crédito deficiente en las décadas de 1950 y 1960, la economía creció por el alto gasto público, pero cuando este último se contrajo, conjuntamente con el crédito,[79] y se estancaron tanto las inversiones privadas como los salarios (frenando el dinamismo del mercado interno), la productividad total de los factores registró una tasa negativa des-

[75] Véase Mark Weisbrot *et al., ¿El TLCAN ayudó a México? Una valoración tras 20 años,* Center for Economic Policy Research, Washington, D. C., 2014, p. 2.

[76] En un reciente estudio se ha señalado la mayor distancia de productividad entre pequeñas y grandes empresas en México respecto a Brasil, donde la penetración financiaria es considerablemente mayor; véase Edmar Bacha y Regis Bonelli, *Coincident Growth Collapses: Brazil and Mexico since the Early 1980s,* Fundación Getulio Vargas/IBRE, Río de Janeiro, 2015, p. 25.

[77] José Antonio Romero Tellaeche, *Los límites al crecimiento económico de México,* El Colegio de México/UNAM, México, 2014, p. 187. Según datos de la OCDE (citados en Comisión Nacional Bancaria y de Valores-Consejo Nacional de Inclusión Financiera, *Reporte Nacional de Inclusión Financiera 7,* BM/SHCP/consar/Condusef/CNBV/CNSF/IPAB/Tesorería de la Federación, México, 2016), sólo en 50% de los municipios mexicanos operan sucursales bancarias.

[78] Datos de CEPAL, *Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe,* varios años.

[79] T. J. Kehoe y F. Meza, *op. cit.,* pp. 15-26.

de fines del siglo pasado hasta 2014. A partir de esa fecha, la productividad parece registrar ligeras tasas positivas, aunque, de 65 sectores industriales sólo 10 mostraron un incremento en 2003-2014, mientras los restantes 55 siguieron retrocediendo.[80] La baja productividad ha implicado una débil defensa del mercado interno frente a las importaciones y ha limitado la competitividad en los mercados externos para los productos que no deriven sus ventajas de los bajos salarios.

5. En el largo plazo, la productividad está asociada a salarios ascendentes que alientan la introducción de nuevas tecnologías y amplían espacios de mercado; pero eso no sucedió en México, donde se produjo la baja de los salarios en la década de 1980 y después desde mediados de la de 1990. El salario mínimo real se redujo 70% entre 1980 y 2012, y en la actualidad (cuando es de cerca de 100 dólares mensuales) está por debajo del nivel que tenía a comienzos de la década de 1970.[81] Con los salarios estancados, o a la baja, se han activado patologías económicas contrarias al desarrollo: la consolidación de amplios espacios sociales de pobreza y la persistente polarización del ingreso. Según datos oficiales, en 2016, con cerca de 53 millones de individuos en situación de pobreza, el país se encuentra, en este aspecto, en la misma situación de 1992. Con un índice de Gini de 50, México está entre los países más desiguales del mundo, donde la inequidad no cambia si es medida antes o después de los impuestos, lo que indica el escaso peso de la progresividad de los mismos.[82] En contraste con sus autoproclamados gobiernos revolucionarios, en México el 1% más rico de la población absorbe 21% del ingreso nacional, contra 5.9% en China y 7% en Suecia. Lo que implica un impacto negativo sobre el crecimiento vía la contención del mercado de los bienes de consumo de masas.[83]

6. Sobre todo desde la entrada en vigor del TLCAN en 1994, el perfil internacional de la economía mexicana cambió radicalmente. La cuota de las exportaciones en el PIB ha pasado de 25 a 38% entre 1995 y 2016 y, si al comienzo del periodo el petróleo era el principal rubro de las exportaciones mexicanas, al final de éste las manufacturas representan 90% del total exportado.[84] Sin embargo, en el periodo en cuestión, las importaciones han dado un salto aún mayor pasando de 21 a 40% del PIB. El gran aumento de las importaciones (especialmente manufactureras) ha contribuido a romper (o debilitar) los

[80] OCDE, *OECD Economic Surveys: Mexico 2017,* OECD Publishing, México, 2017, p. 39.

[81] *Cf.* Patricio Aroca y Nicolás Garrido, "El impacto del salario mínimo en los ingresos y el empleo en México", *Revista CEPAL,* núm. 122, 2017, p. 209; y Jaime Ros Bosch, *¿Cómo salir de la trampa del lento crecimiento y alta desigualdad?,* El Colegio de México/UNAM, México, 2015, pp. 150 y ss.

[82] OCDE, *OECD Economic Surveys: Mexico 2011, op. cit.,* p. 84.

[83] J. Ros, *¿Cómo salir…?, op. cit.,* p. 188.

[84] Banco de México, *Compilación de informes trimestrales correspondientes al año 2016,* Banxico, México, 2016.

encadenamientos productivos desarticulando la matriz de las conexiones interindustriales, tanto a escala territorial como sectorial, y conteniendo la capacidad de generación de empleos asociada al *boom* exportador.[85] Además, la mitad de las exportaciones proviene de las maquiladoras, empresas de limitado valor agregado y bajos salarios asociados a trabajos de ensamblaje. Las manufacturas, que en 1987 tocaron su punto máximo como cuota del PIB con 26%, en 2016 apenas llegan a 19%, mismo nivel alcanzado a mediados de la década de 1960. Así que en las últimas décadas han convivido dos fenómenos aparentemente contradictorios: por un lado, un acelerado incremento de las exportaciones manufactureras y, por el otro, una prematura desindustrialización.[86]

7. Mientras el desarrollo económico se estanca y la distribución del ingreso se mantiene en niveles muy altos, junto con la mitad de la población en condiciones de pobreza, las distancias entre distintas partes del país se acrecientan. En efecto, si se comparan los cinco estados con mayor y menor PIB per cápita entre 2003 y 2015, en la primera fecha, la diferencia era de 2.9 veces, en la última, es de 3.4 veces.[87] O sea, la lentitud general de la economía acelera las distancias entre el centro-norte del país y el sur, que sigue siendo un universo de baja industrialización, pobres infraestructuras y peores niveles educativos, un dualismo geográfico que contribuye al estancamiento ulterior de la economía mexicana en su conjunto.

Dos retos: instituciones y criminalidad

Normalmente se considera que los países atrasados derivan su condición de un retardo económico medido por el PIB per cápita, el bajo grado de diversificación económica o del nivel de productividad. Tal vez, en el caso de México (y no sólo) esta visión resulte parcialmente inadecuada. Es posible, en efecto, que las razones del retardo residan aquí tanto en la calidad de las instituciones públicas como en los indicadores económicos. Para disponer de alguna referencia comparemos en el cuadro XI.1 los 30 países con un PIB per cápita cercano al de México mostrando, para cada uno de ellos, dos indicadores de calidad del Estado: el Índice de Percepción de la Corrupción y el Índice de Estado de Derecho. Todos los datos corresponden al año 2016.

[85] Entre 1995 y 2009 la participación de las importaciones en la demanda (intermedia) de las empresas mexicanas pasó de 42 a 82%, y la misma participación en la demanda (final) de las familias pasó de 17 a 30%; véase Armenio de Souza Rangel y Fernando García de Freitas, "Un análisis comparativo de la productividad en las industrias manufactureras del Brasil y México", *Revista CEPAL*, núm. 115, 2015, p. 213.

[86] Moritz Cruz, "Premature De-Industrialisation: Theory, Evidence and Policy Recommendations in the Mexican Case", *Cambridge Journal of Economics*, vol. 39, núm. 1, 2015, pp. 116 y ss.

[87] INEGI, "PIB y cuentas nacionales", INEGI, México, 2015.

De los 30 países en cuestión, en lo relativo al Índice de Percepción de la Corrupción sólo tres están peor ubicados que México (Venezuela, Líbano y Rusia) y acerca del Estado de derecho, únicamente dos (Rusia y Venezuela). De ahí que no sea irrazonable sostener que el mayor retardo mexicano frente

CUADRO XI.1. *Ingreso y calidad del Estado*

	PIB per cápita	*IPC*	*Estado de derecho*
Chile	15.0	66	68
Hungría	14.8	48	66
Lituania	14.7	57	–
Croacia	14.4	49	61
Venezuela	14.4 (2013)	17	28
Uruguay	14.0	71	72
Rusia	11.1	29	45
Panamá	11.0	38	52
Malasia	11.0	49	54
Brasil	10.8	40	55
Kazajistán	10.6	29	50
Argentina	10.5	36	55
Rumania	10.1	48	66
Mauricio	9.8	54	–
Costa Rica	9.7	58	68
México	9.7	30	46
Gabón	9.6	35	–
Granada	8.5	56	66
Bulgaria	7.9	41	54
Surinam	7.6	45	53
Colombia	7.5	37	51
Montenegro	7.5	45	–
Sudáfrica	7.5	45	59
Maldivas	7.4	36	–
Botsuana	7.4	60	58
Santa Lucía	7.1	60	64
Líbano	7.0	28	46
China	6.9	40	48
Dominica	6.9	59	60
Bielorrusia	6.2	40	54

FUENTES: Banco Mundial, *Transparency International, World Justice Project*. El PIB per cápita es medido en miles de dólares de 2010.

a los países más desarrollados resida justamente en la calidad de sus instituciones públicas, un problema antiguo que, con la explosión del narcotráfico en las últimas décadas, revela la fragilidad de las instituciones que deberían enfrentarlo con alguna eficacia. Pero ¿cómo esperar alguna eficacia de instituciones públicas carcomidas desde hace muchos años por una corrupción sistémica complementada por disimulo e impunidad, factores que difícilmente pueden considerarse alejados del estrecho vínculo entre el partido gobernante y el Estado mexicano?

En un pequeño libro publicado en 1947, Cosío Villegas registraba con desconsuelo la convivencia de una de las peores clases gobernantes de la historia de México con un régimen de "sabor dinástico y palaciego" que mostraba una "terquedad inhumana" para evitar renovarse. Y concluía su dolida requisitoria contra los regímenes revolucionarios sosteniendo que, en ellos, ninguna legislatura había protagonizado algún debate político que mereciera ser recordado, a diferencia de aquellos que México vivió en las dos décadas previas al régimen porfirista.[88] Desde el punto de vista del debate de ideas y de las posibilidades de invención democrática, el periodo posrevolucionario representó un retroceso respecto al siglo anterior. Y Cosío hablaba del terco apego de un partido a ser responsable pleno del Estado, cuando el primero tenía apenas 20 años en el gobierno, de los 90 que lleva en la actualidad (excluyendo el periodo 2000-2012). "Para el presidente, los ministros, ujieres, etc., no son la burocracia, sino la extensión de su cuerpo y su familia política, compadrazgo, paisanaje, etc."[89] Si las pirámides aztecas son, en palabras de Octavio Paz, "tiempo petrificado", algo similar parece ocurrir alrededor de un régimen político que con dificultad puede separar, en un único movimiento, sus exigencias de control del poder de las necesidades del Estado y la sociedad que pretende representar.

El resultado no es sólo una clase política de baja calidad cuyos debates (cuando los hay y volviendo a Cosío) difícilmente traspasarán la crónica desatenta del momento, sino una administración pública carcomida por décadas de simulaciones, corrupción e ineficacia, como indica sintéticamente el cuadro XI.1. En más de una década y media desde 1998, la Auditoría Superior de la Federación (ASF) presentó 444 denuncias penales contra funcionarios públicos, pero la Procuraduría General de la República (PGR) (con la tarea formal de abrir las investigaciones contra delitos federales y cuyo jefe es miembro del gobierno) sólo consignó siete.[90] Ello sugiere una colusión informal entre un órgano del Estado formalmente *super partes* y los "gobiernos revo-

[88] Véase Daniel Cosío Villegas, *La crisis de México,* Clío, México, 1997.

[89] Octavio Paz, *El ogro filantrópico: Historia y política (1971-1978),* Joaquín Mortiz, México, 1979, p. 91. "'La revolución' se convirtió en un lema hueco, piadosamente invocado por banqueros, líderes sindicales corruptos y oradores tan cínicos como cursis", escribe Carlos Fuentes en *Tiempo mexicano,* Joaquín Mortiz, México, 1971, p. 142.

[90] IMCO, *La corrupción en México: Transamos y no avanzamos,* IMCO, México, 2015, p. 99.

lucionarios". En este contexto, la impunidad no es un accidente, sino el resultado necesario de una maquinaria institucional diseñada para garantizarla a favor de la élite gobernante. Todo lo anterior queda envuelto, jurídica y administrativamente, en un ritualismo impecable del que es buen ejemplo lo que sigue. En México existe un organismo público pomposamente denominado Unidad Especializada en Investigación de Delitos Cometidos por Servidores Públicos y Contra la Administración de Justicia, misma organización que dispone de un presupuesto de cerca de un millón y medio de dólares y un orgánico de 12 empleados. En Singapur y Hong Kong, con una población mucho menor a la de México y niveles de corrupción incomparablemente inferiores, los organismos correspondientes tienen 88 y 1415 empleados, respectivamente.[91] La cuestión queda a plena luz: ¿cómo es posible enfrentar un problema de mala calidad institucional si, *de facto,* no es reconocido en la práctica administrativa?

En el caso de México el clientelismo político tiene relación con una ancestral cultura comunitaria por la cual el líder opera eficazmente como intermediario entre la comunidad y las estructuras del Estado, mismas que se encargan de entregar, como dádiva política, aquello que en el terreno de los derechos ciudadanos sería más difícil conseguir. Esa antigua cultura política, que es una forma de relación entre sociedad y gobierno, no caracteriza sólo al PRI, sino también a los partidos de oposición, que repiten el mismo estilo corporativo (con taxistas, ambulantes, pobladores con demandas de vivienda, etc.) para obtener consensos electorales.[92] La cultura política del PRI, que se alimenta de raíces profundas (tal vez incluso ancestrales) de clientelismo, se ha extendido, a partir de su probada eficacia, a otros partidos duramente enfrentados a él. Sin la resiliencia de esta tradición política no sería fácil explicar el retorno a la presidencia en 2012 de un partido que gobernó por más de 70 años, tras haber sido removido durante dos sexenios. En ausencia de modalidades políticas propias, el retorno al PRI fue la vuelta a una tradición normalizada. En otros términos: la cultura política oficialista mostró su eficacia como instrumento para mantener en el poder al mismo partido a lo largo de varias generaciones, pero no mostró un éxito similar en la formación de una administración pública libre de corrupción ni en la constitución de un Estado capaz de limitar a la autoridad política en turno.

A este contexto de baja eficacia y escasa credibilidad social del Estado (independientemente del voto político), desde fines del siglo pasado se añade, con inesperada violencia y gran capacidad de penetración social, la criminalidad organizada. Si a lo largo de mucho tiempo los problemas principales del

[91] *Ibid.,* p. 103.

[92] Véase Turid Hagene, "Political Clientelism in Mexico: Bridging the Gap between Citizens and the State", *Latin American Politics and Society,* vol. 57, núm. 1, 2015, p. 142; y Tina Hilgers, "Causes and Consequences of Political Clientelism: Mexico's PRD in Comparative Perspective", *Latin American Politics and Society,* vol. 50, núm. 4, 2008, pp. 142 y ss.

país fueron una aguda segmentación social y una mala calidad institucional, con el nuevo siglo aparece otra dificultad que agudiza las dos anteriores alejando aún más en el tiempo (y volviendo más incierta) la posibilidad de que México encuentre un rumbo propio de salida del atraso. La criminalidad aparece como una onda sísmica cuya intensidad revela las fragilidades estructurales del edificio institucional. Aunque esta metáfora es, como toda analogía figurada, parcialmente insatisfactoria, en su suposición de dos variables separadas e independientes una de la otra. Los episodios de colusión entre hombres del Estado y organizaciones criminales desafortunadamente son numerosos y con particular frecuencia tocan a los órganos de policía.[93]

Según datos oficiales, 74% de la población mexicana se siente insegura y 61% considera la inseguridad el mayor problema nacional frente al desempleo, que es el problema principal para 36% de la población. Casi 94% de los delitos no son denunciados y se calcula que el costo estimado de la inseguridad representa 1.1% del PIB.[94] El problema general ha sido propuesto en los términos siguientes: "Mientras que la construcción del Estado de derecho requiere que los ciudadanos se movilicen, la violencia organizada tiende a paralizarlos".[95] Pensando en el largo plazo mexicano, tal vez no esté fuera de lugar recordar que en Italia la mafia ha trabado el desarrollo de Sicilia y del sur del país a lo largo de más de un siglo y medio, y sigue haciéndolo hasta el presente. ¿Qué le ocurrirá a México si en el futuro cercano no se vence un fenómeno que, de incrustarse en la sociedad y en las instituciones, será enormemente más difícil de desarraigar para las próximas generaciones?

Más allá del formidable reto de la criminalidad, en México persiste un irresuelto problema institucional que se manifiesta en la tendencia del país a quedar enclaustrado en su propia cíclica aspiración de un equilibrio político definitivo. Con Porfirio Díaz se trató de exorcizar los miedos de la prolongada inestabilidad posterior a la independencia en nombre de una figura icónica depositaria de un poder prácticamente absoluto. Después, con el PNR-PRM-PRI se trató de superar el temor a la hecatombe apenas experimentada en la revolución, pero esta vez en nombre de un partido casi único depositario de los intereses de todo el pueblo. En los dos casos, si bien en formas distintas, el

[93] Como en el caso de 43 estudiantes desaparecidos en la ciudad de Iguala, donde la policía municipal estaba compuesta por agentes al servicio de la criminalidad organizada; véase Ugo Pipitone, *Un eterno comienzo: La trampa circular del desarrollo mexicano,* Taurus/CIDE, México, 2017, pp. 142-145. En un estudio sobre la policía en varias partes del norte de México, el autor llega a la conclusión de que la corrupción policial es resultado de una cultura política que dificulta contrapesos cívicos que puedan exigir fuerzas del orden confiables; véase Wil G. Pansters, "Book Reviews", *European Review of Latin American and Caribbean Studies,* núm. 95, 2013, pp. 129-130.

[94] INEGI, *Encuesta nacional de victimización y percepción sobre seguridad pública 2017,* INEGI, México, 2017, con datos referidos a 2016.

[95] Andreas Schedler, *En la niebla de la guerra: Los ciudadanos ante la violencia criminal organizada,* CIDE, México, 2015, p. 12.

dato sobresaliente fue la rigidez sistémica que antes hizo coincidir el Estado con una persona y después con un partido político. El problema sigue siendo el mismo: ¿cómo obtener estabilidad institucional sin sistemas políticos que limiten el control ciudadano sobre las autoridades públicas?

Cuarta parte

ADDENDUM ASIÁTICO

La segunda mitad del siglo xx y estos inicios del siglo xxi han puesto en el escenario mundial experiencias de salida del atraso (exitosas o en proceso) que brotan de contextos geográficos y culturales que no se suponían propicios para hospedar episodios de crecimiento económico que, además, resultarían ser los más acelerados de la historia moderna. De pronto nos enfrentamos con casos inéditos que obligan a pensar en realidades que corren más aprisa asumiendo vestiduras originales. A decir verdad, un deslumbrante atisbo ya se había materializado un siglo y medio atrás cuando, con el Japón Meiji, la historia mundial producía el primer caso de desarrollo de una economía capitalista fuera de Occidente y de su atmósfera cultural. Pero por mucho tiempo se creyó, o se escogió creer, que se trataba de una anomalía destinada a no repetirse. Sin embargo, desde la década de 1960 algunos pequeños países de Asia oriental (Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong) se vuelven sin preaviso casos tan exitosos de crecimiento económico que, en pocas décadas, dejan de pertenecer al mundo "en desarrollo" para convertirse en países con altos grados de madurez productiva y competitiva. Además, la anomalía alumbra sociedades con niveles de bienestar comparables a los de los países más avanzados del mundo. Para explicar lo que no había sido previsto y hacer descansar la intranquilidad correspondiente, podía decirse (y se dijo) que estos fenómenos estaban circunscritos a situaciones geográficas y demográficas de pequeñas dimensiones, donde era mayor la capacidad de irradiación asociada a cambios localizados. Pero desde fines de la década de 1970 China aparece prepotentemente en el escenario mundial y las explicaciones ligadas a la ventaja de ser pequeños dejan de ser posibles. Una vez más descubrimos que el capitalismo puede tener diferentes recorridos filogenéticos; más allá de esta advertencia históricamente obligada, el hecho sustantivo es que las mayores novedades en el terreno de la salida del atraso en Asia oriental ocurrieron en las últimas generaciones. ¿Por qué? Aquí se intentará seguir las pistas de esta pregunta centrando la atención en dos casos nacionales: Corea del Sur y China. Dos casos muy distintos entre sí por las fechas de inicio de sus cambios económicos (comienzos de la década de 1960 y fines de la de 1970, respectivamente), por sus diferentes regímenes políticos y por el distinto peso relativo que tuvieron en estos países las empresas manufactureras de gran tamaño o las empresas públicas. Corea del Sur y China comparten la misma tradición cultural confuciana, la misma estrategia inicial de promoción de exportaciones manufactureras de bajo contenido tecnológico, Estados fuertes con administraciones públicas imbuidas por un sentido nacionalista de misión y

una misma confianza en la capacidad de la iniciativa privada para guiar el proceso de desarrollo y activar rumbos acelerados de aprendizaje tecnológico, comercial y administrativo.

Pero entre tantas similitudes y diferencias, una desigualdad descuella sobre todas las otras: puede decirse que, desde hace algunos años, Corea del Sur (de aquí en adelante Corea) ha dejado a sus espaldas una antigua historia de atraso, mientras que China se encuentra aún en una fase de transición más allá de éste que requerirá algunas generaciones para cumplir el tránsito en cuestión, suponiendo que, como todo parecería indicar en el presente, pueda hacerlo en algún momento futuro.

Iniciemos con un caso tardío y exitoso de salida del atraso (Corea) y sigamos con otro que se encuentra en proceso (China).

XII. COREA DEL SUR: UN EXITOSO CAMINO MÁS ALLÁ DEL ATRASO

La Corea contemporánea encarna un recorrido exitoso de emancipación del atraso que, desusadamente, comienza con un golpe de Estado militar cuyo mayor protagonista, Park Chung-hee, guiará el país por casi dos décadas (entre 1961 y 1979) en los inicios de una sostenida aceleración económica. Luego de más de tres décadas en condición de colonia japonesa, y desde la llegada al poder de Park, se establecen las instituciones económicas, los engranajes entre ellas y las élites productivas, así como un espíritu de misión sobre el futuro de una Corea que, finalmente, sale fracturada entre norte y sur desde 1945. Aquí se pone en acción una mezcla de cultura confuciana, planificación, burocracia eficaz, proyección competitiva a escala internacional y un gobierno, inicialmente autoritario, que terminará por ser descrito como "desarrollista". Los éxitos de la economía coreana no habrían sido posibles sin la organización e impulso sistémicos de autoridades determinadas a modernizar el país con industrialización y penetración en los mercados internacionales. Con lo cual vuelve el apotegma de Deng Xiaoping por el cual el capitalismo no se agota en el mercado, como el socialismo no se resuelve en la planificación. Corea es el caso de un capitalismo pilotado por el Estado hacia la afirmación económica y la consolidación militar en un contexto de guerra fría regional.

En pocas palabras y usando dólares corrientes: en 1965 el producto interno bruto (pib) per cápita coreano apenas alcanzaba 8.2% del conjunto de países que confluirán después en la Unión Europea; en 2016 toca 85.4% de la media de estos países, datos que sugieren una afirmación y una pregunta. En un puñado de décadas Corea dejó de ser un país atrasado para convertirse en una economía avanzada en el contexto internacional. La pregunta: ¿cómo fue posible? Intentemos contestarla a través de una descripción rapsódica de los acontecimientos económicos y una escueta premisa histórica.

Entre los Koryo (918-1392) y Syngman Rhee (1948-1960)

Por su posición geográfica y con un diferenciado aliento secular Corea ha estado expuesta, desde tiempos antiguos, a las influencias cruzadas de China y de Japón. Con su reverencia a los ancianos y a la autoridad, su anhelo de armonía —que para Balzac era la forma poética del orden—, de lealtad de los

súbditos hacia el soberano y de benevolencia en el camino inverso, la cultura confuciana llega a Corea aparentemente en el siglo I a. C.[1] Desde la masa continental china penetra a la península un sistema perdurable de valores de sujeción patriarcal en el que los deberes no se derivan de los igualmente codificados derechos. Frente al conjunto, el individuo no puede escaparse de su condición subalterna mientras el orden se afirma como racionalidad silenciosa de la tradición. Si bien de menor jerarquía y mucho más reciente, un ejemplo puntual de referencia coreana a Japón viene del respeto que sentía Park Chung-hee por la experiencia japonesa durante la Restauración Meiji, como se verá más adelante. Aunque limitados a las élites, los exámenes meritocráticos de acceso a la burocracia —encargada de ilustrar a los gobernantes y mitigar sus excesos— parecerían haberse introducido desde 788 siguiendo el modelo de la dinastía Tang, un momento de gran florecimiento de la civilización china. Sin embargo, la mayor penetración cultural ocurrirá poco después durante la dinastía Song, cuando China experimenta un notable renacer milenario del pensamiento confuciano con un neoconfucianismo que ingresa a Corea a través de viajeros, misiones diplomáticas y por medio de las enseñanzas del mayor filósofo neoconfuciano, Zhu Xi (1130-1200).[2] Desde la dinastía Joseon (1392-1910) puede hablarse de un Estado confuciano fundado en la relación entre gobernante, aristocracia rural y una burocracia virtuosa,[3] que, tal vez, podría considerarse una tecnocracia humanista.

¿Por qué estas observaciones sobre la atmósfera confuciana que envuelve a Corea desde tiempos tan remotos? La razón es sencilla: si la antigua filosofía moral china, trasplantada a Corea, insiste en los compromisos recíprocos que se derivan de jerarquías inmutables (padre-hijo, soberano-súbdito, etc.), así como en la visión de la sociedad como una red de jerarquías moralmente fijadas, entonces es inevitable la tentación de —bajando a través de múltiples estratos históricos— enlazar la antigua cultura colectiva con el eficaz ensamble que, desde la década de 1960, ha caracterizado la codependencia entre élites políticas y económicas en función de objetivos de desarrollo de largo plazo. He aquí lo que escribe un cuidadoso observador de la realidad coreana:

[1] Véase Jinwung Kim, *A History of Korea: From "Land of the Morning Calm" to States in Conflict,* Indiana University Press, Bloomington, 2012, p. 65.

[2] Véase Yuan Xingpei *et al.* (coords.), *The History of Chinese Civilization,* vol. III, Cambridge University Press, Cambridge, 2012, pp. 301-307. Acerca de las propuestas políticas derivadas de las enseñanzas de Zhu Xi, que hacen hincapié en la autodisciplina y la capacidad de rectificar del soberano, temas que se transfieren a la corte Joseon (1392-1910), en la forma de conferencia de los consejeros al rey sobre los clásicos confucianos, véase J. Kim, *op. cit.,* p. 193; y John King Fairbank, *China: A New History,* The Belknap Press, Cambridge, 1994, p. 100. Dedicaremos el siguiente capítulo a un acercamiento más detallado al pensamiento confuciano.

[3] Young Whan Kihl, *Transforming Korean Politics: Democracy, Reform, and Culture,* M. E. Sharpe, Nueva York y Londres, 2005, pp. 47-54.

> El rey Songjong de la dinastía Koryo dijo eso: "en el gobierno del país nada es más importante que la piedad filial que constituye el núcleo de todas las virtudes". La relación correcta entre padre e hijo es el paradigma básico "para todas las relaciones jerárquicas en una sociedad moral". Lo que, tal vez, es más interesante de estas dos afirmaciones es que la primera viene del periodo Koryo (918-1392) y la otra de Corea del Sur en la década de 1970.[4]

Más allá de las estrategias económicas y los regímenes políticos, Corea ha encarnado en su historia contemporánea una consistencia sistémica entre Estado (élite política y burocracia) y negocios en la construcción de un rumbo hacia la salida del atraso en apenas dos generaciones. Ahora bien, si la cohesión enraizada en una antigua cultura confuciana ha producido consecuencias casi indeliberadas en la forma del éxito económico, ¿por qué, se preguntan algunos, las consecuencias positivas de este sustrato cultural no se manifestaron antes?[5] Al margen: si la conexión entre una cultura y sus consecuencias económicas fuera directa e independiente del tiempo, quedaría el problema de por qué entre la penetración cultural del cristianismo en Occidente y el desarrollo del capitalismo transcurrió más de un milenio. Para que la cultura confuciana (que por más de 2 000 años fue un cemento conservador que ancló a la civilización china a sí misma y a su asombrosa continuidad) fuera asiento de experiencias de modernización capitalista tardía tuvo que cuajar una mezcla de retos externos y posibilidades de cambio interno que en Corea se dieron a partir del Japón Meiji, desde fines del siglo XIX, hasta llegar a inicios de la década de 1960. En estas fechas, y no sin asombro, el contexto cultural confuciano se mostró no sólo como un sistema de valores colectivos compatible con el capitalismo, sino también como factor de impulso y cohesión sistémica entre las razones del poder y las de una riqueza basada en la capacidad competitiva internacional. Desde 1961, en la historia de Corea se entremezclan dos poderosas corrientes: el confucianismo (como factor de cohesión sistémica) y una visión que puede remontarse al molde Meiji del Estado como motor de impulso y guía del desarrollo capitalista.

Pero antes de llegar a la década de 1960, cuando el país comienza el recorrido que en pocas décadas lo convierte en un protagonista de la economía mundial (undécimo lugar entre las mayores economías y sexto entre los mayores exportadores en 2016), la península tuvo que superar varios pasajes traumáticos entre la colonia, la liberación, cuyo fruto amargo será la división entre norte y sur, la guerra devastadora de 1950-1953 y un régimen semi-

[4] Bruce Cumings, *Korea's Place in the Sun: A Modern History,* W. W. Norton, Nueva York/Londres, 1997, p. 57.

[5] *Cf.* Yul Kwon, "A Cultural Analysis of South Korea's Economic Prospects", *Global Economic Review,* vol. 34, núm. 2, 2005, p. 218. Se menciona aquí que uno de los principales sinólogos occidentales contemporáneos, Roderick MacFarquhar, consideraba desde 1980 cómo el confucianismo desempeñó en Asia oriental un papel asimilable al protestantismo en Occidente.

democrático, inconsistente desde el punto de vista administrativo, y sistémicamente corrupto (1948-1960). Después de las derrotas militares que Japón inflige a China (1894-1895) y a Rusia (1905), el cerco se cierra sobre una Corea cuya dinastía Joseon (1392-1910) recurrió sin éxito a la carta del aislacionismo como *extrema ratio* defensiva. Y por 35 años, hasta 1945, Corea será colonia japonesa; un periodo durante el cual el país funge antes como abastecedor de arroz al imperio japonés para volverse, después, una retaguardia industrial a partir de la penetración japonesa en China en la década de 1930. Es en este segundo periodo cuando las mayores corporaciones japonesas *(zaibatsu)* llegan a Corea para impulsar industrias e infraestructuras vinculadas a las necesidades de la guerra y, desde entonces, la condición colonial se hace especialmente dura con la obligación de hablar japonés en escuelas y en oficinas públicas, de convertir los apellidos coreanos en japoneses y con el secuestro de miles de mujeres jóvenes convertidas en prostitutas (muchas de las cuales morirán) para los soldados nipones. Pero más allá del inevitable legado de rencor y resentimiento hacia Japón (las relaciones diplomáticas entre los dos países se restablecen sólo dos décadas después de terminada la guerra), este país dejó en Corea algunos elementos que serían posteriormente ventajosos: el entrenamiento laboral de decenas de miles de trabajadores industriales, la formación de los primeros *chaebol* (las corporaciones manufactureras a las que nos referiremos más adelante) y algunas infraestructuras e instalaciones fabriles (sobre todo en el norte del país). Además, el dominio colonial japonés produjo una consecuencia involuntaria que después sería esencial para facilitar al Estado el ejercicio de su hegemonía sobre los negocios en el rumbo del desarrollo, es decir, el debilitamiento de las clases altas coreanas tanto en las ciudades como en el campo. Una fragilidad que se mantendría con la liberación por la deshonra de las élites al haber colaborado con el poder colonial. En la década y media que siguió a la liberación y la división del país sólo es reconocible un hecho que tendrá consecuencias positivas para su futuro económico y social: la reforma agraria iniciada por las autoridades de ocupación de los Estados Unidos en Corea del Sur en 1948, a pesar de la oposición inicial de los sectores conservadores ligados a la presencia estadunidense.[6] Una reforma agraria que se completaría posteriormente a partir de 1950, produciendo el colapso de la antigua clase de terratenientes absentistas. Así que, cuando desde la década de 1960 se echa a andar la industrialización del país, el contexto social es relativamente equitativo y sin los acentuados dualismos que han caracterizado otras experiencias de industrialización en sus fases iniciales.

[6] Para la reconstrucción de los acontecimientos posterior al levantamiento campesino de 1946 y las orientaciones de autoridades americanas todavía influidas por el espíritu del *New Deal,* véase Inhan Kim, "Land Reform in South Korea under the U. S. Military Occupation: 1945-1948", *Journal of Cold War Studies,* vol. 18, núm. 2, 2016, pp. 118-127.

A la guerra de 1950-1953, con su terrible costo humano y la devastación de gran parte de la capacidad productiva del sur (ya históricamente débil), sigue una fase de reconstrucción caracterizada por la decisiva ayuda económica de los Estados Unidos y la corrupción rampante durante el régimen de Syngman Rhee. Ésta tomó las formas de venta pública a bajísimos precios de instalaciones industriales anteriormente japonesas y de tráfico de licencias de importación y de divisas a tipos de cambio favorables para varios empresarios ligados al gobierno. Ahí se forma una parte, no pequeña, de la élite empresarial coreana a través de relaciones clientelares con un régimen político que da aliento a un capitalismo de acólitos[7] *(crony capitalism)* en que las principales actividades manufactureras se limitan a las hilanderías de algodón, los molinos y las refinerías de azúcar. En un ambiente dominado por la desconfianza social hacia el gobierno y los conflictos entre éste y la Asamblea Nacional, Rhee introduce en 1958 una ley de seguridad interna que acerca al país a la condición de Estado policial y, en las sucesivas elecciones de 1960, gana nuevamente la presidencia gracias a la manipulación de las elecciones.[8] Las protestas estudiantiles de abril de ese año cuestan más de 400 muertos a manos del Ejército y tienen como resultado el descrédito del régimen. Rhee es forzado (con la intervención activa de los Estados Unidos) a renunciar y abandonar el país. Sin embargo, en los meses sucesivos, entre escándalos, investigaciones de corrupción y fragmentación política, la situación no se estabiliza y casi un año después, en mayo de 1961, el Ejército coreano (que con 600 000 hombres armados era uno de los más poderosos del mundo) da un golpe de Estado que abre un nuevo ciclo.

Las primeras fases de industrialización (1961-1979)

El marco conceptual (por decirlo de alguna manera) que envuelve la experiencia coreana fue involuntariamente establecido por Chalmers Johnson en su estudio de 1982 sobre el Ministerio de Comercio Internacional e Industria (MITI, por sus siglas en inglés) de Japón en la segunda posguerra y la idea de un "Estado desarrollista". En esa obra se mostraba cómo, más allá de nítidas barreras ideológicas, Estado y mercado pueden convivir con el primero como factor estratégico de impulso del segundo; una idea que, en otro formato y con otras atenciones, encontramos en *La gran transformación* de Karl Polanyi de 1944. Volviendo a Corea, entramos aquí a un terreno de fronteras inciertas,

[7] Véase Rang-Ri Park-Barjot, "Les conséquences économiques de la guerre", en Pierre Journoud (coord.), *La guerre de Corée et ses enjeux estratégiques de 1950 à nos jours,* L'Harmattan, París, 2013, pp. 306-313.

[8] J. Kim, *op. cit.,* pp. 427-428.

en el que la planificación pública convive con un proyecto de expansión de las empresas privadas, en el que el empuje exportador coexiste con la explícita protección del mercado interno y de las *infant industries*.[9] En el primer plan quinquenal, formulado pocos meses después del golpe de 1961, se menciona explícitamente la fórmula de "capitalismo guiado", postulando un fuerte compromiso recíproco entre Estado y empresas hacia una tarea de desarrollo que adquiere rasgos de *nation building:* una fusión de orgullo nacionalista y voluntad de eficacia económica. Sin embargo, Corea no es la expresión de un plan preordenado en todos sus detalles. Si no se consideraran las negociaciones entre el gobierno y las corporaciones privadas, los ajustes en la marcha y los virajes y las propuestas de los *chaebol,* que sugieren a los gobiernos nuevas perspectivas, se correría el riesgo de hacer de la historia económica del país un modelo fantasmal condenado al éxito por las supuestas virtudes abstractas de su ingeniería originaria. Naturalmente no fue así, lo que no quita que desde sus inicios no hubiera actitudes y voluntades que orientaron la política económica. Limitémonos a dos aspectos que condicionaron la visión de Park Chung-hee desde su llegada al poder.

Por su formación y biografía, Park (que fue oficial del *Mikado,* se graduó en la academia militar japonesa en Manchuria y llegó a asumir nombre y apellido japoneses) no podía dejar de apreciar la eficacia dirigista y militar del desarrollo económico inducido en Corea para sostener la expansión imperial japonesa. Por otra parte, la misma lectura que Park hacía de la Restauración Meiji hacía hincapié tanto en el nacionalismo económico que adapta las experiencias extranjeras al contexto interno como en la capacidad del gobierno central para involucrar a las élites económicas en una empresa de capitalismo nacional. Él veía la experiencia Meiji como de "gran ayuda en el despliegue de nuestra propia revolución".[10] La inspiración central es la de un Estado bien organizado, bajo un estricto liderazgo y cuyo objetivo preponderante sea el desarrollo económico para enfrentar el reto militar que viene de Corea del Norte, así como las incertidumbres acerca del sostén económico y militar estadunidense. En la economía está la clave de la soberanía nacional, no hay tiempo para esperar a que los mercados produzcan espontáneamente sus esperados efectos virtuosos. Que las intenciones fueran de gran aliento resultó evidente de inmediato con el despido de 17 000 funcionarios públicos (y 2 000 militares), con la elaboración, pocas semanas después, del primer plan quinquenal (encargado a tres jóvenes economistas) y con la sucesiva nacio-

[9] Robert Wade, *Governing the Market: Economic Theory and the Role of the Government in East Asian Industrialization,* Princeton University Press, Princeton, 1990, está entre los primeros en percibir esta dimensión de las experiencias tardías de desarrollo asiático (además de Corea, Taiwán, Singapur y Hong Kong) aunque restringe su validez a un contexto de expansión de la demanda internacional (p. 17).

[10] Alice H. Amsden, *Asia's Next Giant: South Korea and Late Industrialization,* Oxford University Press, Nueva York, 1992, p. 52.

nalización bancaria. Sin embargo, la medida más llamativa del nuevo régimen es el arresto (domiciliario) de los principales líderes empresariales acusados de enriquecimiento ilícito durante Syngman Rhee. No hay en eso ninguna animadversión ideológica; se trata de establecer desde los inicios una relación de fuerzas desde la cual negociar los términos de la nueva estrategia y los compromisos para lograr el desarrollo económico del país. Bajo la amenaza de abrir procesos penales de éxito incierto y de multas gigantescas, Park obtiene la adhesión de las familias propietarias de los *chaebol* para proyectos productivos específicos y para el primer plan quinquenal. De aquí en adelante, la política pública dirigida a los conglomerados industriales establecerá licencias para operar en determinados sectores siguiendo dos criterios fundamentales: evitar que el dominio sectorial de alguna empresa cree rentas monopolistas (con el consiguiente estancamiento de la innovación y enriquecimientos desligados de méritos empresariales) o, por el contrario, la excesiva competencia entre un número demasiado alto de empresas. Se trata de la creación de una competencia oligopólica, por medio de una política pública explícitamente orientada hacia este objetivo.

A diferencia de los *keiretsu* japoneses, los *chaebol* coreanos no disponían de bancos propios, y con la nacionalización bancaria a los cinco meses del golpe, el gobierno se convierte en el principal prestamista de estas empresas bajo control familiar y con escaso o nulo financiamiento en el mercado de capitales. Desde ahí toma forma una pauta de negociación y renegociación continua entre Estado y empresas privadas sobre desarrollos sectoriales, licencias para operar en diferentes actividades, condiciones de la competencia, créditos subsidiados, protección del mercado interno y objetivos de exportación para determinados productos. El Estado otorgará capitales o funcionará como garante de préstamos extranjeros a cambio de precisos empeños productivos de los *chaebol.* Las empresas que cumplan con los compromisos pactados seguirán recibiendo apoyo público en varias formas; las que no lo hagan serán forzadas a fusionarse con otras más eficientes u orilladas a la quiebra.[11] Ninguna de las dos partes es independiente de la otra: el gobierno necesita el desarrollo económico como instrumento de legitimación social y las empresas necesitan la protección y el soporte infraestructural (en sentido tanto físico como de las instituciones) del gobierno. Una relación que, por un lado, será la clave inicial del éxito económico coreano y, por el otro, dará espacio a la corrupción endémica que, sin embargo, a diferencia de otros países, no terminará por desviar o bloquear el potencial de desarrollo. Una mutua dependencia que será descrita como la relación de rehenes recíprocos,[12] en que ninguna de las

[11] Sudip Chaudhuri, "Government and Economic Development in South Korea: 1961-79", *Social Scientist,* vol. 24, núms. 11-12, 1996, p. 31.

[12] Véase David C. Kang, *Crony Capitalism: Corruption and Development in South Korea and the Philippines,* Cambridge University Press, Cambridge, 2002, pp. 96 y ss.

dos partes puede jalar demasiado la cuerda en su propio favor sin desestabilizar el equilibrio en que se basa el juego. Una situación que, como el mismo autor reconoce, tendrá el efecto de reducir los costos de transacción y hacer factibles inversiones de largo plazo bajo la certidumbre de la protección pública, además de evitar formas de corrupción fuera de las necesidades sistémicas del régimen político-autoritario.[13]

Los primeros dos años del nuevo gobierno militar no fueron económicamente exitosos, en parte por la intención original de Park de impulsar una fuerte industria de bienes de capital y, en parte, por el intento fallido de una reforma monetaria que produjo la dura oposición estadunidense. Aun así, el éxito fue incuestionable en dos terrenos: el acuerdo estratégico con los *chaebol* y la conformación de una estructura institucional de dirección y control económico que desplegaría todas sus virtudes de flexibilidad y rapidez de adaptación al cambio en los años siguientes. En esta estructura el lugar central lo ocupa la Oficina de Planeación Económica, un superministerio cuyo responsable automáticamente será vice primer ministro. Éste es el corazón tecnocrático al que sólo es posible llegar a través de severos exámenes de acceso.[14] De ahí generalmente saldrán los altos funcionarios que, en otros ministerios, mantendrán un estricto acoplamiento con la Oficina de Planeación. El MITI y el Ministerio de Finanzas, por muy importantes que fueran, serán subordinados al Ministerio de Planeación.[15] De este esqueleto se irradia una red de instituciones públicas o semipúblicas que ejercen un papel esencial en orientar y apoyar el desarrollo coreano, desde la Agencia de Promoción Comercial que revisa los mercados internacionales de productos, capitales y tecnologías hasta el Instituto Coreano de Ciencia y Tecnología (creado en 1966), el Fondo de Promoción de las Exportaciones, etc. Lo que resulta notable en toda esta red es la eficacia infraestructural del Estado como factor de coordinación en multiplicidad de iniciativas. Y así como las instituciones adquieren una evidente capacidad para condicionar los comportamientos empresariales, de la misma manera muestran un alto grado de coherencia interna. Es en ese sentido que la maquinaria coreana del desarrollo prohíbe desde su puesta en marcha la especulación financiera (la transferencia al exterior de cifras superiores a un millón de dólares es castigada por ley incluso con la pena de muerte): todos los recursos disponibles deben estar en situación de contribuir al desa-

[13] *Ibid.*, p. 182.

[14] Según investigaciones recientes, en general, en el éxito profesional de los funcionarios públicos y privados sigue siendo más importante el mérito propio (y el prestigio de las universidades en que el individuo se gradúa) que el origen social; véase Sunhwa Lee y Mary C. Brinton, "Elite Education and Social Capital: The Case of South Korea", *Sociology of Education*, vol. 69, núm. 3, 1996, pp. 188-189.

[15] Véase Byung-Kook Kim, "The Leviathan: Economic Bureaucracy under Park", en Byung-Kook Kim y Ezra F. Vogel (coords.), *The Park Chung Hee Era: The Transformation of South Korea*, Harvard University Press, Cambridge, 2011, pp. 201 y ss.

rrollo de la capacidad productiva. El enriquecimiento privado es tolerado sólo en la medida en que favorece el reforzamiento de la capacidad productiva y competitiva del país.

Las baterías se dirigen hacia las exportaciones de la industria ligera que pueden aprovechar la disponibilidad de mano de obra barata y disciplinada, así como la capacidad productiva de los *chaebol* generosamente financiados por el Estado, y el conjunto de las acciones de coordinación y apoyo público. La exportación inicial de bienes de consumo de bajo contenido tecnológico tiene varias virtudes, entre las cuales está la capacidad de escalar progresivamente hacia tecnologías y niveles de organización productiva más complejos, sin mencionar el impacto positivo sobre el empleo a pesar de las escasas dimensiones originales del mercado interno. Pero la mayor virtud consiste en introducir, a través de la competencia en los mercados internacionales, un factor dinámico para evitar que la planificación económica se vuelva autorreferencial y sin capacidad para medir, paso a paso, avances y limitaciones, y así calibrar su eficacia en curso de obra. Las exportaciones se vuelven un indicador neutro de la capacidad competitiva del nuevo aparato industrial. El éxito no resultará sólo de los volúmenes productivos, sino del progresivo incremento de la productividad en los procesos. La capacidad competitiva no viene únicamente de los bajos salarios y la gran masa de trabajadores disponible, o de la cantidad de capital, sino de las economías de escala y de la introducción de tecnologías más avanzadas. Todo esto queda registrado en el hecho de que en las primeras tres décadas desde 1961 se calculó que, en el aumento del PIB per cápita, el incremento de la productividad total de los factores contribuyó nada menos que en 62 por ciento.[16]

Sin contar con un aporte relevante de inversiones extranjeras directas (debido a la convicción de que esto habría reducido la capacidad de control público sobre decisiones productivas estratégicas),[17] el financiamiento del desarrollo vino de altos niveles de ahorro interno y, más aún, de los créditos internacionales. Una ingente masa de recursos transferida a las actividades de producción con tasas de interés negativas, estimadas en 3% del PIB en la década de 1960 y en 10% en la de 1970, cuando el país gira hacia una industria de mayor intensidad de capital.[18] El resultado de lo anterior fue que entre inicios de la década de 1960 e inicios de la de 1970 las exportaciones pasaron

[16] Michelle Connolly y Kei-Mu Yi, "How Much of South Korea's Growth Miracle Can Be Explained by Trade Policy?", Working Paper No. 2008-23, Federal Reserve of San Francisco Bank, 2008, p. 3.

[17] Lo que ha dejado una herencia que llega hasta la actualidad. Según datos del Banco Mundial ("Inversión Extranjera Directa", BM. Disponible en https://datos.bancomundial.org/indicador/BX.KLT.DINV.CD.WD), en 2016 las IED representan en Corea apenas 0.8% del PIB contra 1.5% en China, 2% en la India y 3.2% en México.

[18] Véase Marcus Noland, "Korea's Growth Performance: Past and Future", *East-West Center Working Papers, Economics Series,* núm. 123, 2011, p. 8.

de 5 a 27% del PIB. Exportaciones convertidas en misión nacional, entre lógica empresarial y empuje nacionalista, y cuyos rubros característicos de esta primera fase de la industrialización fueron los tejidos de algodón, seda, aparatos de radio, equipo eléctrico, artículos de cuero y de madera, pelucas de cabello natural, etc. Bruce Cumings describe las durísimas condiciones de trabajo, especialmente para las mujeres jóvenes provenientes del campo que, sin derechos sindicales y bajo una brutal presión policial y patronal, vivían en los alojamientos de las empresas donde trabajaban con salarios diarios que apenas llegaban a cubrir el precio de un café, y con un solo día libre al mes.[19] Una industrialización cuyas fases iniciales recuerdan las condiciones de trabajo en la primera revolución industrial en Inglaterra.

Además de los otros estímulos, los productores gozaban de una reducción de 50% de los impuestos sobre las utilidades derivadas de las exportaciones.[20] Gracias a eso, en el periodo 1963-1972 el PIB se incrementó a una tasa media marginalmente superior a 10%. Un ciclo de inflación elevada (alrededor de 17%) en que, no obstante, la estabilidad de los precios no prevaleció sobre el objetivo de la aceleración del crecimiento. Mirando entre mediados de la década de 1960 y mediados de la de 1970, las consecuencias de largo plazo de una temprana reforma agraria (reforzada desde inicios de la década de 1970 por la mayor atención presupuestaria al campo), del elevado crecimiento y una industrialización que maximizaba la demanda de trabajo, fueron la reducción de la pobreza de 41.4 a 14.6% de la población.[21]

A fines de la década de 1960 comienza a tomar forma un viraje de la política económica hacia una industrialización más intensiva en capital capaz de reducir la dependencia externa en abastecimiento de productos intermedios como acero, fertilizantes, productos químicos, etc. Se trata, por un lado, de escalar hacia la sofisticación técnica del sistema productivo y, por el otro, de reducir la dependencia de productos exportados sujetos a políticas de contención de las importaciones de parte de las economías mundiales más desarrolladas. Uno de los primeros pasos en la nueva dirección lo da la industria siderúrgica pública de Pohang (construida con asistencia técnica japonesa) en el suroriente del país. Se trata de un pueblo de pescadores que en las décadas siguientes se convertirá en una ciudad con más de medio millón de habitantes. Hoy, ya privatizada y bajo el nombre corporativo de Pohang Iron and Steel Company (POSCO), es una de las principales productoras de acero en el mundo.

[19] B. Cumings, *op. cit.,* pp. 367-377; condiciones laborales que volverán a reproducirse en formas muy similares para las jóvenes chinas emigradas desde el campo a los centros de la nueva industrialización en la provincia de Guangdong y apremiadas por la necesidad de enviar dinero a sus familias de origen.

[20] Chung H. Lee, *The Economic Transformation of South Korea: Lessons for the Transition Economies,* OCDE, París, 1995, p. 29.

[21] Judith A. Teichman, *Social Forces and States: Poverty and Distributional Outcomes in South Korea, Chile, and Mexico,* Stanford University Press, Stanford, 2012, p. 26.

Entre fines de la década de 1960 y comienzos de la de 1970 se sobreponen varios acontecimientos que terminan por provocar una vuelta radical tanto en la economía como en la política. Frente al aumento de la agitación social (si bien limitada a estudiantes y pequeños grupos de clases medias e intelectuales), la retirada de parte del contingente militar estadunidense en Corea por decisión de Nixon, y sus declaraciones sobre la mayor responsabilidad exigida a los gobiernos asiáticos para garantizar su seguridad, así como la crisis económica que lleva a la quiebra de varias empresas a comienzos de la década de 1970 por excesivo endeudamiento, el gobierno del general Park toma varias decisiones que cambian el sentido previo de marcha. Se lanza un programa de apoyo al campo (el movimiento *Saemaul*)[22] pensado, entre otras cosas, para recuperar apoyo de un universo rural en que Park tiene gran parte de su respaldo y, a mediados de 1971, se declara la moratoria sobre el pago de la deuda por parte de las grandes corporaciones para sostener su viabilidad económica. Un año después Park modifica la Constitución eliminando las elecciones presidenciales por voto directo y, prácticamente, se declara presidente vitalicio. Se trata del sistema *Yushin,* a través del cual el pluralismo limitado, vigente hasta entonces, se convierte en un autoritarismo explícito, con arrestos masivos, vigilancia intensiva y censura capilar. En medio del reforzado control político de la sociedad y la economía, en 1973 se lanza oficialmente el Plan de Desarrollo de la Industria Química y Pesada, que supone una mayor selectividad oficial de los proyectos de desarrollo industrial y un más estrecho nexo de codependencia entre gobierno y corporaciones. Los sectores indicados como centrales para su impulso en la nueva fase son el acero, los metales no ferrosos, la maquinaria (incluida la industria automovilística), los astilleros, la electrónica y la química.

La intención es fortalecer el aparato industrial, avanzar en el mundo hacia una presencia comercial menos precaria y disponer de un sistema industrial más cercano a las necesidades bélicas asociadas a una eventual confrontación con el vecino del norte. En lo que concierne a la industria del automóvil, Corea había sido a lo largo de la década de 1960 un país ensamblador. Sin embargo, desde la de 1970, bajo el empuje del principal *chaebol,* la Hyundai, terminará por convertirse en 2016, mediante la adquisición de licencias, patentes, *joint ventures,* etc., en el tercer productor mundial —después de Toyota y Volkswagen y antes de General Motors (GM)—, bajo la sigla corporativa Hyundai/Kia.[23] Misma Hyundai que en 1973 inaugura su astillero de Ulsan

[22] Chung-hyun Ro, *Public Administration and the Korean Transformation: Concepts, Policies, and Value Conflicts,* Kumarian Press, West Hartford, 1993, pp. 113 y ss. Al margen apuntemos, para registrar la atención recurrente de las autoridades coreanas a los problemas del campo que, a comienzos de este siglo, el subsidio a los productores agrícolas en 2006-2008 alcanza 60% del valor de la producción frente a 50% en Japón, 15% en los Estados Unidos y 30% en la Unión Europea; véase OCDE, *OECD Economic Surveys: Korea 2010,* OECD Publishing, s. l., 2010, p. 35.

[23] Sobre el proceso de desarrollo de esta industria, véase Juan Felipe López Aymes, *Corea*

(pocos kilómetros al sur de Pohang) hoy uno de los más grandes del mundo. Y aquí tenemos una historia fascinante de rápido aprendizaje técnico en el que se combina el envío al exterior de personal especializado, la contratación de ingenieros extranjeros, la compra de diseños de barcos cisterna de grandes dimensiones, la asistencia técnica de Japón y Escocia con una asombrosa capacidad de imitación e innovación.[24] A partir de 1973 se inaugura una política pública de creciente sofisticación industrial que en la década de 1980 seguirá con los chips de memoria, las pantallas de cristal líquido, etc.,[25] sobre lo que se discutirá más adelante. El gobierno elige sectores ganadores y apuesta a su desarrollo futuro canalizando sus créditos hacia las empresas con mayor capacidad gerencial y más dispuestos a asumir riesgos, aunque sea bajo el manto (parcialmente) protector del Estado.[26] Cuando hacia fines del siglo XX la economía coreana se vea forzada a revisar su previo dirigismo, ya existirán las grandes empresas fogueadas en los mercados mundiales que podrán seguir operando aun sin que exista un apoyo público tan consistente como en el pasado.

Paralelamente al apoyo público otorgado a la industria pesada se desarrollan nuevas escuelas técnicas y centros de formación de ingenieros, además de instituciones de investigación científica, etc. La matriculación en las carreras de ciencia e ingeniería pasa de 26 000 a 58 000 entre 1973 y 1980. El nuevo desarrollo (que implicará mayor endeudamiento externo con crecimiento del PIB de cerca de 12% en la década de 1970) es acompañado por esfuerzos públicos en varios terrenos. Al mismo tiempo, se consolidan distritos industriales especializados en que las empresas pueden operar en un ambiente de competencia y cooperación. Entre ellos, Pohang es centro acerero, Gunsan se especializa en metales no ferrosos, Gumi en electrónica, Uslan, Okpo y Chukdo en astilleros.[27] En los mismos años, por iniciativa de las corporaciones se abre otra ruta para la economía coreana a través de las grandes obras infraestructurales en el Medio Oriente, donde el aumento en el precio del petróleo ha hecho posible encomendar a las empresas coreanas (que se caracterizan

del Sur: La economía política del cambio institucional, El Colegio de México, México, 2015, pp. 142 y ss.

[24] Esta historia ha sido narrada con gran maestría por Alice H. Amsden, *op. cit.,* pp. 269-290. Una observación al margen acerca de las virtudes de la integración vertical de las corporaciones coreanas: cuando uno de los grandes barcos cisterna de la Hyundai es rechazado por el armador griego para el cual había sido fabricado, ésta lo vende a otra compañía del grupo, iniciando así un negocio de marina mercante.

[25] Véase Jaymin Lee, "The Performance of Industrial Policy: Evidence from Korea", *International Economic Journal,* vol. 25, núm. 1, 2011, p. 6.

[26] La apuesta se mostró exitosa en el largo plazo según datos de productividad de las industrias seleccionadas por el gobierno para guiar el desarrollo y la innovación tecnológica; véase Mi Kyung Pai, "The Technical Progress and Resilience in Productivity Growth of Korea's Growth-Leading Industries", *Asian Economic Papers,* vol. 15, núm. 2, 2016, pp. 173-174.

[27] Véase C. H. Lee, *op. cit.,* p. 31.

por la puntualidad de las entregas y los bajos costos) grandes obras carreteras, portuarias, etcétera.

En la acción de acompañamiento del nuevo ciclo de industrialización, el gobierno emite una directiva en 1974 en la que se pide a los *chaebol* que mejoren su eficiencia, que se concentren en sus principales actividades (aminorando su dispersión sectorial) y que reduzcan su nivel de apalancamiento bancario dando más espacio al financiamiento a través del mercado bursátil. En algunos casos, como en el del grupo Shinjin, se opta por dejar quebrar a las empresas que no logran adaptarse con la necesaria eficacia y rapidez a la nueva situación.[28] El Consejo que promueve la industria química y pesada se reúne cada mes con la presencia de Park Chung-hee, y cada dos semanas asiste el primer ministro. Ahí revisan indicadores varios sobre deuda y participación accionaria, objetivos de exportación, acuerdos internacionales de negocios, arreglos para la entrada de nuevas empresas en los distintos sectores, etc. Autoridades políticas, empresarios y técnicos (sobre todo de la Oficina de Planeación Económica) definen en estos encuentros la marcha de la producción e identifican los obstáculos normativos y burocráticos que necesitan ser aligerados o removidos. Las exportaciones cambian su perfil acentuando rápidamente el mayor peso de las nuevas actividades más técnicamente avanzadas respecto a la primera fase de la industrialización coreana. Los actores predominantes de este éxito son las grandes corporaciones. En la lista de las 500 principales firmas mundiales de 1986, la revista *Forbes* registra la presencia de 10 *chaebol* e igual número de grandes empresas que vienen del conjunto de los países en desarrollo.[29]

Entre crisis y nuevos desarrollos

A pesar del éxito en la aceleración sostenida que convierte a Corea en uno de los protagonistas del comercio mundial, y no obstante su progresiva aproximación al ingreso per cápita de los países más avanzados del mundo, la de este país no fue una marcha triunfal libre de tropiezos. La "fórmula" coreana no consistió en sortear los problemas, sino en la capacidad para encontrar salidas rápidas y concordadas entre sector público y privado en una realidad social en la que, a pesar del régimen autoritario, prevalecía la percepción de que, en medio de los duros sacrificios, las condiciones de vida iban mejorando paulatinamente. Por razones internas o internacionales, hasta 1997 las crisis económicas ocurren sin que el crecimiento de largo plazo sea afectado,

[28] Leroy P. Jones e Il Sakong, *Government, Business, and Entrepreneurship in Economic Development: The Korean Case,* Harvard University Press, Cambridge, 1985, pp. 182-183 y 284.

[29] John Minns, "Of Miracles and Models: The Rise and Decline of the Developmental State in South Korea", *Third World Quarterly,* vol. 22, núm. 6, 2001, p. 1025.

pero desde ese año las cosas cambian. El año 1997 supone un punto de inflexión que abre a tasas de crecimiento bastante inferiores a las de las cuatro décadas previas. La crisis de ese año no es la causa de lo que vendría después, pero es una frontera entre dos periodos distintos del desarrollo coreano; a partir de ese momento cobran más peso dos circunstancias que transforman el panorama: el agotamiento de las reservas de mano de obra rural a muy bajos costos y el acercamiento de la economía a una madurez tecnológica que ya no posibilitará los grandes saltos en adelante en productividad y competitividad que habían prevalecido hasta entonces.

Tanto de 1970 a 1972 como de 1980 a 1981, la economía del país había experimentado momentos de enfriamiento de los cuales, sin embargo, salió rápidamente. Y así, considerando en conjunto el periodo de 1963 a 1997, la tasa media anual de crecimiento del PIB per cápita alcanzó un nivel asombrosamente elevado, 7.8%. Aun así, a partir de la crisis asiática de 1997 el descenso dinámico se vuelve tangible, mostrando un crecimiento de 4.3% (que sigue siendo elevado en términos internacionales) en los 10 años posteriores. Una nueva baja dinámica ocurre con la crisis internacional que se activa por las especulaciones inmobiliarias en los Estados Unidos desde 2008. A partir de entonces, y hasta 2016, el indicador en cuestión registra una nueva flexión de largo plazo estableciéndose en una tasa media de 2.9%. El ciclo *heroico* del desarrollo coreano parecería haberse cerrado. Sin embargo, es preciso apuntar que eso ocurre *después* de que el país dejara a sus espaldas los rasgos característicos de una economía atrasada, como baja productividad, agudo dualismo sectorial y pobreza difundida. En las tres décadas y media transcurridas entre inicios de la de 1960 y fines de la de 1990, Corea cumple una transición estructural que otros países (como México o Brasil), a pesar de su elevado crecimiento entre las décadas de 1940 y 1970, no pudieron cumplir. Probablemente las diferencias en la agricultura y la calidad institucional son gran parte de la explicación del éxito del país asiático respecto a las dos naciones latinoamericanas.

Pero, haciendo a un lado las razones fisiológicas del menor dinamismo de la economía coreana desde fines del siglo XX, consideremos las debilidades estructurales que condujeron a las crisis económicas ocurridas en la historia contemporánea del país. El endeudamiento exterior ha sido cíclicamente una de estas debilidades. En efecto, ya desde 1967 se manifestaban signos de insolvencia de parte de diversos *chaebol* después de cinco años de crecimiento acelerado gracias a los créditos concedidos por bancos internacionales. 1967 fue un año particular debido a las elecciones presidenciales en las que Park Chung-hee buscaba la renovación de su mandato. Enfriar la economía habría sido electoralmente contraproducente y el ajuste fue aplazado hasta que la economía mundial experimentó una flexión en 1970 y 1971, de tal manera que la mezcla de corporaciones endeudadas con la baja en las exportaciones condujo a la quiebra de centenares de empresas a pesar de los intentos de rescate

público de varias de ellas.[30] El gobierno declara la moratoria en el pago de la deuda de las empresas con los bancos nacionales y, de acuerdo con el Fondo Monetario Internacional (FMI), decreta una devaluación del won, la moneda nacional. En 1980, en medio de la turbulencia asociada al asesinato de Park el año anterior y de los efectos del segundo choque petrolero, la economía experimenta por primera vez en décadas un retroceso absoluto. Pero en las dos ocasiones mencionadas la recuperación fue rápida y sin dejar consecuencias de largo plazo. Las cosas comienzan a modificarse en 1997 con la crisis asiática desencadenada por las dificultades cambiarias de Tailandia. La fuga de capitales foráneos de corto plazo crea una oleada de desconfianza entre los inversionistas que afecta a toda el área asiática y especialmente a Indonesia y Corea.

En Indonesia es tan fuerte el impacto y la consiguiente agitación social que el presidente Suharto, después de 30 años en el poder, es forzado a renunciar. En Corea, además de un endeudamiento externo abultado para sostener el incesante crecimiento, se manifiestan factores reales de debilidad asociados a la mayor competencia china, a las dificultades en el mercado de los semiconductores y a los aumentos previos de los salarios que afectan la competitividad de actividades técnicamente maduras, todo lo cual produce un desequilibrio crítico en la relación entre deuda externa, vencimientos de corto plazo y el monto de las reservas monetarias del país. Así, en un contexto en que quiebran decenas de *chaebol* y centenares de pequeñas y medianas empresas, con un desempleo que pasa de 3.1% en diciembre de 1997 a 8.5% 13 meses después, el gobierno es forzado a solicitar la ayuda del FMI que interviene con un préstamo extraordinario de 57 000 millones de dólares.[31] Bajo presión del FMI, Corea, cuyo ingreso per cápita se reduce en términos de dólares 30% en el giro de un año, devalúa el tipo de cambio en 100%, decide abrir sus empresas a una mayor participación accionaria de inversionistas internacionales, establece la independencia de su banco central y desde 1998 permite la operación en el país de bancos extranjeros. En síntesis, la crisis de 1997 obliga a las autoridades a emprender un camino de liberalización de la economía al que hasta entonces se habían resistido. A pesar de la mayor apertura a las inversiones extranjeras directas, la naturaleza fundamentalmente familiar de las principales corporaciones coreanas queda virtualmente intacta por la mayor compra de acciones de sus propias compañías, en medio de una perturbación en que la empresa automovilística KIA quiebra y es absorbida por la Hyundai, y la GM vuelve a comprar a precios muy favorables la Daewoo,

[30] Eun Mee Kim y Gil-Sung Park, "The Chaebol", en Byung-Kook Kim y Ezra F. Vogel (coords.), *The Park Chung Hee Era: The Transformation of South Korea,* Harvard University Press, Cambridge, 2011, pp. 284-285.

[31] Barry Eichengreen, Dwight H. Perkins y Kwanho Shin, *From Miracle to Maturity: The Growth of the Korean Economy,* Harvard Uninersity Press, Cambridge, 2012, pp. 274-279; y J. Minns, *op. cit.,* p. 1037.

con la que ya estaba asociada anteriormente. En otros términos, ciertamente la economía coreana aumenta su exposición al control internacional, pero menos de lo que varios observadores suponen hablando de desmantelamiento del Estado desarrollista y de fin del modelo asiático de desarrollo.[32] Y, cuando llega la depresión internacional a partir de 2008, ya no habrá efectos traumáticos en una economía coreana menos desalineada respecto a las pautas aceptadas a escala mundial.

Pero, crisis o no, especialmente desde inicios del nuevo siglo la economía desplaza partes de su sistema manufacturero al exterior para enfrentar, con un mejor perfil de costos y una mayor adherencia a los flujos de la demanda, la creciente competencia internacional. Uno de los casos es el de la industria textil y de ropa confeccionada en el que muchas empresas coreanas pasan de un papel anónimo de abastecedoras de grandes marcas internacionales, al lanzamiento de sus propias marcas y de sus propios canales de comercialización en distintos países del mundo, lo que va acompañado con el establecimiento de empresas fabriles en Myanmar, Vietnam, Guatemala, Nicaragua, etc. Un largo proceso en el que, otra vez, las empresas coreanas (varias de ellas ligadas a grandes corporaciones) muestran una notable capacidad de aprendizaje técnico, flexibilidad en diseños y modelos, contratación de licencias, múltiples acuerdos comerciales, etcétera.[33]

Otro rasgo novedoso de la economía y de la política económica coreanas desde fines del siglo pasado es la creciente atención (antes virtualmente ausente) hacia las pequeñas y medianas empresas. Ocurre así que la transferencia de parte de los procesos productivos al exterior no se traduce en una tendencia interna de desindustrialización gracias a la mayor demanda de las corporaciones hacia pequeñas y medianas empresas más especializadas y tecnológicamente aptas. Los sectores del auto y la electrónica incrementan considerablemente sus inversiones directas al exterior en las últimas dos décadas, mientras en el país aumenta el empleo en ambos sectores.[34] Lo anterior indica un reforzamiento de los encadenamientos hacia atrás en las manufacturas coreanas. En sus exportaciones hacia China, una corporación como Hyundai adquiere la mayor parte de los componentes de sus abastecedores nacionales de pequeñas y medianas dimensiones y, en general, en 2012, de las

[32] Véase Young Wook Lee y Sun Young Kwak, "Neo-Liberal Korea and Still Developmentalist Japan: Myth or Reality?", *Global Economic Review,* vol. 38, núm. 3, 2009, p. 285, donde se registra que en 2003 sólo 17% del monto accionario de las empresas coreanas estaba en manos extranjeras. Véase también Mark R. Thompson, "Pacific Asia after 'Asian Values': Authoritarianism, Democracy, and 'Good Governance'", *Third World Quarterly,* vol. 25, núm. 6, 2004, pp. 1079 y ss.

[33] Véase Solee I. Shin, "Transforming into Fashion Firms or Multi-Country Suppliers? Accounting for Varied Firm Trajectories in the Deindustrialising Korean Apparel Industry", *The Journal of Development Studies,* 2017. Disponible en http://doi.org/10.1080/00220388.2017.1404032

[34] Kyung Mi Kim y Hyeong-Ki Kwon, "The State's Role in Globalization: Korea's Experience from a Comparative Perspective", *Politics & Society,* vol. 45, núm. 4, 2017, pp. 510-511.

23 000 empresas que hacen negocios con China, 94% son pequeñas y medianas.[35] No hay aquí sólo una estrategia empresarial para reducir costos (los salarios en las empresas de menores dimensiones son más bajos que en las grandes corporaciones) y adquirir mayor flexibilidad y capacidad de experimentación de nuevos productos o procesos, sino una estrategia de política pública que se manifiesta en varias formas, entre ellas, el otorgamiento de garantías públicas a los préstamos para estas empresas o la creación de consorcios de investigación científica y tecnológica que agrupan, además de organismos públicos, empresas de diferentes tamaños. En otros términos, el Estado desarrollista cambia sus formas de operación, pero mantiene su capacidad infraestructural para coordinar a varios sujetos hacia un objetivo común de desarrollo económico y reforzamiento de la capacidad competitiva de conjunto. Estamos frente a una facultad que tradicionalmente se ha manifestado como selección de actividades productivas sobre las cuales reunir la atención pública para garantizar su desarrollo futuro: una anticipación de las tareas del mercado con una inevitable dosis de riesgo. Década tras década, las autoridades coreanas han elegido, después de una primera fase centrada en textiles, equipo eléctrico, aparatos de radio, etc., a la industria pesada con sectores que se han vuelto centrales a escala mundial (astilleros navales, automóvil, etc.) y más tarde a la industria de semiconductores (en que Hyundai se vuelve, desde 2017, el principal productor mundial de chips para equipos móviles), química especializada, etc. En 2008 el gobierno anuncia estímulos a 22 actividades consideradas estratégicas para el futuro industrial coreano, entre las cuales están las energías renovables, la biotecnología, la información y comunicación, entre otras.[36] Las claves de la nueva estrategia parecerían ser dos: por un lado, el fuerte aumento del gasto en investigación y desarrollo que en 2014 llega a 4.3% del PIB (contra 2.9% en Alemania y 2.3% en los Estados Unidos) y, por el otro, el apoyo, como se dijo, al desarrollo de una amplia red de pequeñas y medianas empresas técnicamente avanzadas operando en red con las mayores corporaciones coreanas.

Desde comienzos del siglo XXI la balanza comercial coreana es positiva en el rubro de la alta tecnología, en el que encontramos instrumentos científicos, aeroespaciales, electrónica y telecomunicaciones. Para sostener su proyección internacional se han firmado varios tratados de libre comercio con los Estados Unidos, la Unión Europea y los países de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN). Con China, el tratado correspondiente, suscrito oficialmente en 2015, todavía no entra en vigor por el recelo coreano a las importaciones agrícolas desde China y el temor de este país hacia las impor-

[35] Uk Heo y Terence Roehrig, *South Korea's Rise: Economic Development, Power, and Foreign Relations,* Cambridge University Press, Cambridge, 2014, p. 81.

[36] Véase OCDE, *OECD Economic Surveys: Korea 2016,* OECD Publishing, s. l., 2016, p. 18; y B. Eichengreen, D. H. Perkins y K. Shin, *op. cit.,* p. 309.

taciones de alta tecnología coreanas. Pero la interdependencia entre las dos economías es evidente. Los datos de 2016 indican que China es el principal socio comercial de Corea recibiendo 26% de las exportaciones coreanas, mientras Corea recibe 22% de las exportaciones chinas. Confirmando corrientes de regionalización de la actividad económica mundial, la mitad de las exportaciones coreanas van a los países asiáticos. La mayor anomalía del comercio exterior de Corea es Japón, país al cual va sólo 5% de las exportaciones y del cual proviene 12% de las importaciones. Corea exporta más a Vietnam que a Japón. Antiguos resentimientos no han terminado de disiparse en las relaciones recíprocas entre estos dos países, a pesar de los progresos de las últimas décadas.

En la conclusión de estas observaciones sobre el desarrollo coreano queda un aspecto menos positivo que los otros: el Estado de bienestar. El país muestra un evidente retardo en seguridad social frente a su grado de desarrollo económico. Aunque desde fines del siglo pasado se hayan introducido seguros contra incidentes en el trabajo, de salud, pensiones y desempleo, el monto de estos seguros sigue siendo muy reducido.[37] Y, si bien el gasto social aumentó de 6.5 a 10.6% del PIB entre 2005 y 2014, sigue siendo el nivel más bajo de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), con la excepción de México y Chile.[38] España, con un PIB per cápita poco mayor al de Corea, registra un gasto social (relativamente al PIB) casi tres veces superior. He ahí una de las razones por las que la mitad de los ancianos en Corea se encuentra en condiciones de pobreza. Evidentemente, la idea de que la cultura confuciana, con sus valores de familia ampliada y cuidado de los ancianos, pueda operar como una compensación informal para los sistemas de bienestar, no funciona. Y funcionará cada vez menos considerando la muy baja tasa de natalidad y el acelerado envejecimiento de la población. Un problema de pobreza que parece agigantarse debido al uso más frecuente de trabajo irregular, en gran parte asociado al creciente arribo de trabajadores inmigrados. Dada la baja natalidad, el aflujo de mano de obra extranjera está destinado a crecer, y si en la actualidad hay poco menos de dos millones de residentes extranjeros en Corea, se estima que en 2030 representarán 10% de la población, o sea, más de cinco millones.[39]

En un balance somero del escenario socioeconómico coreano pueden indicarse algunos factores mayores tanto de fuerza como de debilidad. Entre los primeros se encuentra ciertamente la calidad de sus instituciones (indicada aquí como *capacidad infraestructural*), el sistema educativo y una distribución del ingreso (con las incógnitas futuras sobre el sistema de pensiones, la pobre-

[37] Véase Jae-jin Yang, "Parochial Welfare Politics and the Small Welfare State in South Korea", *Comparative Politics,* vol. 45, núm. 4, 2013, pp. 457-458.

[38] OCDE, *OECD Economics Surveys: Korea 2016, op. cit.,* p. 24.

[39] Katherine H. S. Moon, *South Korea's Demographic Changes and their Political Impact,* Center for East Asia Policy Studies at The Brookings Institution, Washington, D. C., 2015, p. 3.

za de los ancianos y los muy bajos salarios de los trabajadores irregulares e inmigrados) que se ha mantenido a lo largo de décadas en valores relativamente equitativos.[40] Entre los factores de debilidad podemos indicar dos ejemplos importantes: el reducido peso específico del sistema de seguridad social y la baja productividad de los servicios en un país donde las manufacturas han sido el centro dominante absoluto desde la década de 1960. Sobre todo en los servicios modernos, como aquellos de cómputo, a las empresas, técnicos, legales y financieros, el país necesita realizar avances significativos en términos de productividad si quiere, en un futuro cercano, convertirse en un importante nudo comercial en las redes asiáticas, con el desarrollo de funciones comparables a las de centros afirmados como Hong Kong y Singapur.[41]

Una última observación: tras un largo periodo de pluralismo condicionado o de franca autocracia, desde 1987 Corea se ha convertido en un ejemplo asiático (después de Japón) de democracia, un país con antiguas bases culturales confucianas. Este tema requiere un tratamiento aparte.

El largo camino hacia una democracia confuciana

Si se prescinde de los aspectos estrictamente formales, es posible decir que Corea llega finalmente a un sistema político democrático entre fines de la década de 1980 y comienzos de la sucesiva. Sobre la etiología que conduce a ese resultado: mientras la derecha coreana insiste en los méritos del régimen autoritario de Park Chung-hee, que hizo posible la formación de una clase media finalmente orientada a favor de la apertura política, la izquierda acentúa el papel de las luchas sociales. En este caso, es posible que la razón se encuentre en algún lugar intermedio, aunque sin las grandes movilizaciones de protesta de 1987 y los años siguientes, la orientación democrática de las clases medias habría demorado más tiempo en materializarse. En Corea democracia significó dejarse a las espaldas el régimen autocrático inaugurado por Park Chung-hee con su autogolpe de 1971 que introdujo la Constitución Yushin, expresión de un nacionalismo autoritario desconfiado del pluralismo, considerado un rasgo

[40] Véase Sung Yeung Kwack y Young Sun Lee, "The Distribution and Polarization of Income in Korea (1965-2005): A Historical Analysis", *Journal of Economic Development,* vol. 32, núm. 2, 2007, pp. 13 y ss., y Chong-Bum An y Barry Bosworth, *Income Inequality in Korea: An Analysis of Trends, Causes, and Answers,* Harvard University Press, Cambridge, 2013, pp. 69 y 133, donde se muestra cómo la distribución coreana del ingreso no mejora significativamente después del pago de los impuestos, revelando una escasa progresividad fiscal. Según los datos oficiales de la Statistics Korea (disponible en http://kostat.go.kr/portal/eng/index.action), el índice de Gini en 2016 es de 30. El quintil de menor ingreso familiar percibe un ingreso medio de 1 500 dólares frente a los 8 400 dólares del quintil superior. En el primer caso, la edad media es de 61 años, en el segundo de 49 años.

[41] Véase Hwy-Chang Moon, *The Strategy for Korea's Economic Success,* Oxford University Press, Nueva York, 2016, pp. 185-188.

occidental intransferible a la cultura asiática. Este régimen duró el resto de la década, hasta el asesinato de Park en 1979, y continuó con su sucesor, otro general, Chun Doo-hwan que, después de un doble golpe de Estado, modificó la Constitución asegurándose un periodo presidencial de siete años. Las décadas de 1960 y 1970 bajo Park y la de 1980 bajo Chun se caracterizaron por una presencia opresiva de los órganos de seguridad en la sociedad, que se expresó en arrestos arbitrarios, tortura, censura y fichaje masivo de la población. El sentido de omnipotencia e impunidad del régimen de Park se muestra en 1973 con el secuestro del opositor Kim Dae-jung por agentes coreanos en Tokio y su traslado a un barco coreano. Sólo gracias a la pronta intervención de la embajada de los Estados Unidos en Seúl pudo evitarse su asesinato.[42] Incluso antes de establecer su control del gobierno, Chun Doo-hwan, autonombrado sucesor de Park, ordenó en mayo de 1980 la intervención del Ejército para controlar diversas protestas a favor de la democracia y, en la ciudad de Gwangju, se contaron centenares de muertos entre jóvenes y estudiantes. En sus primeros tiempos, el gobierno de Chun destruyó los pocos sindicatos independientes que quedaban, arrestó a 500 políticos y a centenares de periodistas, también envió a campos de reeducación militar a 40 000 personas, varias de las cuales nunca regresaron.[43]

A fines de su mandato en 1987, Chun anunció que su sucesor sería escogido por un colegio electoral bajo su control. En junio de ese año inician manifestaciones masivas en las que a los estudiantes se unen contingentes de clases medias, normalmente muy cautos cuando no explícitamente conservadores. Hubo 17 días de fuertes protestas en contra de que la perspectiva de los regímenes autoritarios de Park y después de Chun siguiera con el nuevo presidente designado, Roh Tae-woo.[44] Fueron las mayores manifestaciones callejeras después de las que en 1960 forzaron a la renuncia de Syngman Rhee. Siguiendo la ola de voluntad democrática que recorre al país, en los dos meses siguientes habrá más huelgas de trabajadores que las registradas en las dos décadas anteriores, hasta que el candidato Roh, él también un general y viejo amigo de Chun, anuncia que su elección será por voto directo. Es la primera vez en 16 años. Resultado: la oposición se presenta dividida en sus dos mayores personalidades y Roh es elegido a la presidencia. Si éste es el tránsito a la democracia, lo es a través de uno de los mayores representantes del viejo régimen autoritario. Roh recibe 36% de los votos mientras que cada uno de los dos opositores democráticos obtiene 27-28% de los sufragios. El viejo partido autoritario ha ganado las elecciones y, en alianza con uno de sus viejos opositores, ganará también las siguientes. En opinión de algunos observadores, la

[42] B. Cumings, *op. cit.,* pp. 361-362.

[43] Véase J. Minns, *op. cit.,* p. 1033; y J. Kim, *op. cit.,* p. 478.

[44] Larry Diamond y Doh Chull Shin (coords.), *Institutional Reform and Democratic Consolidation in Korea,* Hoover Institution Press/Stanford University, Stanford, 2000, p. 5.

sociedad coreana, en realidad, no esperaba cambios radicales.[45] Y aunque se liberalizan los sindicatos (con incremento de la sindicalización), el nuevo presidente reprimirá huelgas obreras acusadas de afectar la competitividad de Corea, mantendrá el viejo aparato represivo y llegará a amenazar a los empresarios que acuerden aumentar los salarios con ser excluidos de los préstamos públicos.[46]

Con todo y esto, la represión ha dejado de ser sistemática y en las grietas de los nuevos márgenes de libertad crecen organizaciones de la sociedad civil que buscan reforzar crítica, participación y transparencia. Los salarios aumentan, en 1988 se introduce por vez primera un sistema de pensiones, se reduce la jornada laboral de 48 a 44 horas semanales y entre 1990 y 1994 nace la nueva federación de sindicatos independientes. Las diversas siglas de organizaciones civiles independientes del Estado dirigen la sensibilización de la opinión pública y diferentes estaciones de protesta contra la especulación urbana y a favor de la vivienda popular, contra el aumento de los impuestos a la propiedad, por la independencia del Banco de Corea y la defensa de los accionistas minoritarios de las grandes corporaciones. Llegan a publicarse los nombres de candidatos al Parlamento culpables de evasión de impuestos, actos de corrupción y violación de las leyes electorales y, en muchos casos, los denunciados por estas campañas no son elegidos.[47] En una sociedad que se ha abierto a la manifestación de diversos intereses y sensibilidades sociales, sin fraudes electorales y sin la represión sistemática de la prolongada etapa autoritaria, Corea define los perfiles de su propia democracia, de la cual pueden señalarse dos episodios que indican una marcha consistente en ese sentido, en que los tradicionales valores confucianos de sujeción a la autoridad y de concordancia social moralmente forzada se diluyen frente a una cultura recientemente adquirida de pluralismo y de conflictividad social regulada. El primer episodio ocurre en 1995 con el arresto y enjuiciamiento de los dos ex presidentes Chun Doo-hwan y Roh Tae-woo. El proceso permite revelar el altísimo grado de enriquecimiento (en el orden de centenares de millones de dólares) de las autoridades en el periodo predemocrático. A pesar de la amnistía concedida a los dos ex mandatarios por el presidente Kim Youngsam, el prestigio de la figura del patriarca autoritario queda duramente afectado. Desde entonces Corea ha seguido pautas políticas independientes de las oscilaciones en sistemas electorales democráticos. Por 10 años, desde 1998, el país tuvo dos presidentes progresistas y en la década siguiente, dos conser-

[45] Jongryn Mo y Barry Wringast, *Korean Political and Economic Development: Crisis, Security, and Institutional Rebalancing,* Harvard University Press, Cambridge, 2013, p. 120.

[46] B. Cumings, *op. cit.,* p. 390.

[47] Sunhyuk Kim, Chonghee Han y Jiho Jang, "State-Society Relations in South Korea after Democratization: Is the Strong State Defunct'?", *Pacific Focus,* vol. XXIII, núm. 2, 2008, pp. 254-260.

vadores.[48] El segundo episodio que atestigua la madurez de la democracia coreana ocurre en 2017, con la destitución de la presidenta Park Geun-hye. Contextualicemos este episodio. Ya desde fines del siglo XX se había mostrado en el país cierta nostalgia hacia Park, asesinado en 1979. Una añoranza debida en parte al recuerdo de los grandes progresos económicos de las décadas de 1960 y 1970 y,[49] en parte, al aura de martirio de su familia debido al homicidio de su esposa en 1974, en un intento de asesinato contra Park. En un tiempo de menor crecimiento económico, en 2013 la nostalgia se vuelve un hecho político con la elección a la presidencia de Park Geun-hye, hija de Park Chung-hee y de su esposa Yuk Jeoung-soo. Desde los inicios la nueva presidenta mostró más proclividad hacia el estilo político autoritario de su padre que hacia su estilo de dirección desarrollista de la economía. El control policial de los opositores, el uso del veto presidencial en los límites de los procedimientos legales y el manejo de las relaciones privilegiadas con las grandes corporaciones para obtener beneficios propios y de su mayor confidente[50] terminaron por desencadenar prolongadas y masivas manifestaciones que concluyeron con su remoción, sancionada por sentencia de la Corte Constitucional en marzo de 2017, por delitos de corrupción.

A pesar de los valores confucianos que anteponen la autoridad y la armonía sobre el pluralismo y la competencia, y de la ausencia de antecedentes democráticos (entre la condición de colonia japonesa y el régimen autocrático de Park), la reciente experiencia coreana, conjuntamente con las de Japón y Taiwán, muestra que la cultura confuciana no constituye una barrera insuperable al desarrollo de sistemas democráticos, como ha señalado Fukuyama.[51]

Una democracia, la coreana, que se distingue por dos hechos característicos: el persistente poderío (con relativa opacidad) de las grandes corporaciones y la igualmente persistente fuerza de las instituciones públicas del país. En otros términos, incluso después del periodo de aceleración económica de las décadas de 1960 y 1970, y luego de su ciclo autoritario, Corea sigue siendo un Estado fuerte como indican, sin sombra de duda, las encuestas del *Worldwide Governance Indicators* del Banco Mundial. Veamos los datos relativos a 2016, comparando Corea, México, Brasil e India en una clasificación que va de 0 a 100 (véase el cuadro XII.1).

[48] Y no asombra que, entre los presidentes conservadores, antes que a la hija de Park tocara el turno a Lee Myung-bak, que había sido CEO de una de las empresas del mayor *chaebol* coreano, la Hyundai Construction; véase Kwang-Yeong Shin, "The Dilemmas of Korea's New Democracy in an Age of Neoliberal Globalisation", *Third World Quarterly,* vol. 33, núm. 2, pp. 293-309, 2012, p. 301.

[49] *Cf.* Werner Kamppeter, "Dictatorship, Democracy and Economic Regime: Reflections on the Experience of South Korea", Friedrich Ebert Stiftung, Corea, 2008, p. 1.

[50] Jamie Doucette, "The Occult of Personality: Korea's Candlelight Protests and the Impeachment of Park Geun-hye", *The Journal of Asian Studies,* vol. 76, núm. 4, 2017, pp. 851-852.

[51] Francis Fukuyama, "Asian Values, Korean Values, and Democratic Consolidation", en L. Diamond y D. C. Shin (coords.), *op. cit.,* pp. 321-333.

CUADRO XII.1. *Calidad comparativa del Estado*

	Corea	*México*	*Brasil*	*India*
Efectividad del gobierno	81	60	48	57
Calidad de la regulación	84	64	47	41
Estado de derecho	86	33	52	52
Control de la corrupción	67	23	38	47

FUENTE: Banco Mundial, *Worldwide Governance Indicators 2016.*

En estos cuatro indicadores de calidad institucional está gran parte de la diferencia entre un país que en las últimas generaciones ha salido del atraso y países que, a pesar de algunos progresos, siguen entrampados en él.

XIII. CHINA: DE LA UTOPÍA AL MERCADO

La República Popular China, fundada en 1949, es la última expresión en el tiempo de una antigua civilización prístina, nacida y desarrollada a lo largo de milenios sin, o con mínimas, influencias externas. Una civilización y, hoy, un país con rasgos únicos. Como país, en tiempos recientes es ésta la experiencia de mayor crecimiento económico históricamente registrada. Una historia en movimiento que, hasta ahora, abarca las últimas dos décadas del siglo pasado y las primeras dos del presente. Una nación que acumulaba en sí misma un milenario, orgulloso e imperial retraimiento, y la semiautarquía de un régimen de estilo soviético con que inició su nueva vida en 1949, cuando se abrió al comercio, a la tecnología y a los capitales del resto del mundo impulsando consecuencias globales que comienzan a despuntar y ya parecen traslucir cambios irreversibles en los equilibrios económicos (y no sólo) del mundo. Como civilización, China era —y sigue siendo en lo que pueda evaluarse acerca de las persistencias de una herencia antigua— un caso único de asombrosa continuidad. Es como si el Egipto de la VII dinastía (más de 2 000 años a. C.) o las llanuras gangéticas recién conquistadas por la invasión aria hubieran conservado en los milenios sucesivos las mismas instituciones básicas y buena parte de sus valores fundamentales. Cuando China fue invadida desde el exterior (por mogoles o manchurianos) lo fue por culturas contiguas menos evolucionadas que buscaron sinizarse para confundirse con una cultura e instituciones originarias de mayor prestigio y coherencia interna que las suyas. De aquí la continuidad —si bien cuarteada y restablecida cíclicamente por diferentes dinastías o por periodos de parcelación— que constituye un caso único en la historia mundial.

¿Qué implicaciones se derivan de estos hechos? En primer lugar, la proclividad centrípeta de una cultura en la que el pasado es más vigente en valores y comportamientos de lo que pueda decirse para cualquier otra. Una sustancia viva que condiciona (incluso en su rechazo) los comportamientos de los contemporáneos. En segundo lugar, un fuerte sentido de identidad, de pertenencia común. ¿Cómo asombrarse, entonces, de que un régimen político que se declara comunista, nacido cultural y espiritualmente de una generación de jóvenes que en 1919 se levantó contra la tradición confuciana de sumisión a los ancianos y al poder (tradicionalmente imperial, si bien hace poco derrumbado dejando costumbres e inercias), haya titulado décadas después a sus oficinas culturales, esparcidas en varias partes del mundo, con el nombre de Confucio?[1]

[1] Una entre las múltiples razones de este *volte-face* que restablece una continuidad antes reprobada, tal vez esté en esta máxima del Maestro: "Deben abstenerse de opinar sobre los asuntos de gobierno quienes no ocupan un cargo en la administración del Estado".

Si en los casos nacionales examinados en los capítulos anteriores tuvimos que hacer alguna referencia al pasado para contextualizar el presente, en el caso de China y de sus sorprendentes cambios económicos contemporáneos, volver atrás la mirada es una condición ineludible para no perder la proclividad a la repetición que se esconde incluso bajo las formas aparentemente más inéditas.

Fragmentos de historia: de Confucio y Shang Yang a Mao

Los tiempos de Confucio son de aguda fragmentación política entre el periodo Primavera y Otoño (722-481 a. C.) y el sucesivo de los Estados combatientes (480-221 a. C.) en que se contraponen una media docena de reinos por el derecho a guiar la reunificación del imperio. Es un tiempo de inestabilidad, de cruentos recursos en la lucha recíproca, de alianzas y traiciones en cuyo éxito se basa la propia legitimidad, de Sun Tzu y su *Arte de la guerra*. No asombrosamente, en este tiempo y en contratendencia crece la nostalgia hacia un pasado idealizado de estabilidad, jerarquías seguras, exaltación de la dignidad del anciano como ancla de respeto a costumbres virtuosas cuya ruptura habría introducido al desorden presente. Descendiente de una nobleza rural desclasada por el desmoronamiento del viejo orden y extenuada por las nuevas luchas del poder, Confucio se siente compensatoriamente el instructor moral en la reconstrucción de una estabilidad que deberá cimentarse sobre la burocratización ética del poder imperial. Esto es lo que ocurrirá realmente, no sin convulsiones, después de él, en los dos milenios transcurridos entre la dinastía Han (202 a. C.-220 d. C.) y la dinastía manchuriana Qing (1644-1911).

Entre los siglos VI y III a. C. la filosofía china encuentra su periodo áureo como ética pública y aquí terminan por consolidarse las coordenadas culturales de una civilización. La añoranza del pasado, que enaltece a los ancestros,[2] se vuelve proyecto de futuro en nombre del respeto a las jerarquías *naturales* (padre-hijo, hombre-mujer, emperador-súbdito). El culto a los ancestros se transmuta de manera sobreentendida en sometimiento a la figura paterna del emperador, cuyo poder se legitima en la búsqueda del bienestar de los súbditos. Paralelamente, la trascendencia está asegurada en el culto a los ancestros que conecta a los hombres con el Cielo.[3] De ahí que el confucianismo

[2] En las *Analectas* el Maestro dice: "Es inútil hablar de hechos pasados y querer juzgar lo que ya ha acaecido: lo que ya pasó debe quedar libre de todo reproche […] Yo comento y aclaro las obras antiguas, pero no compongo otras nuevas. Yo soy fiel a la antigüedad y la amo".

[3] Anne Cheng señala cómo entre las antiguas dinastías Shang y Zhou ocurre el tránsito de un pensamiento religioso, que pone al centro a *Di* (soberano de arriba), a uno cosmológico, donde aparece *Tian* (Cielo) cuyo "mandato" es garantía del orden social. El soberano que pierde el mandato del Cielo (que puede manifestarse en la sublevación de los súbditos) pierde el derecho

pueda considerarse una eticización trascendental del Estado o una racionalización de la autoridad en nombre de una tradición eticizada.

Frente a ese tronco central se desarrollarán, en el curso de los siglos, multiplicidad de ramificaciones, pero lo que interesa aquí es la otra tradición que, como derivación particular del confucianismo y paralelamente a éste, informa de sí el ejercicio y las formas del poder político en China a lo largo de siglos: el legalismo. En el debate de los discípulos de Confucio más de un siglo después de su muerte, Xunzi, en la primera obra clásica china escrita como tratado y no en forma de diálogo, cuestiona que la sabiduría del gobernante, con su ejemplo moral, pueda garantizar el orden social. El hombre no es naturalmente bueno, como dice Mencio, el segundo sabio de la tradición confuciana. La ética no basta, se necesita algo más. Y este vacío es llenado por la filosofía de Han Feizi a partir de las reformas de gobierno conducidas con Shang Yang en el reino Qin, que prepara la efímera reunificación imperial subsiguiente. Se trata de establecer leyes firmes destinadas a reforzar la autoridad del Estado contra cualquier desviación en el comportamiento de los súbditos: premios (con otorgamiento de tierras a los soldados distinguidos en la guerra) y castigos codificados (incluso a través de distintos grados de tortura) contra las más pequeñas alteraciones de las normas abren las puertas a una meritocracia autoritaria en la que la nobleza es removida del poder (con la abolición de los feudos), mientras se establece un sistema de responsabilidad familiar en que serán castigados (incluso con la muerte) los parientes hasta tercer grado de cualquier violador de la ley. La mezcla de disciplina, sujeción eficiente y terror interno del reino Qin lo conducirá a prevalecer sobre los otros Estados caracterizando el resto de la historia imperial china en forma entrelazada con la ética confuciana. Es el nacimiento de un totalitarismo ético-burocrático.[4] Cuando Xun Zi visita el reino Qin en 264 a. C. registra el miedo de la gente a sus autoridades en ciudades y aldeas, constata además cómo a los altos funcionarios se les prohíbe realizar negocios privados o formar camarillas.[5] Han Feizi, quien compartirá con Shang Yang un final trágico, es el pensador que, alumno de Xun Zi, termina por volver en pensamiento legalista la experiencia de reforma autoritaria de Shang Yang. El modelo (perdurable) de organización política centralista supone la des-

a gobernar; véase *Historia del pensamiento chino,* Bellaterra, Barcelona, 2002, pp. 49-51; y Michael J. Puett, *The Ambivalence of Creation: Debates Concerning Innovation and Artifice in Early China,* Stanford University Press, Stanford, 2001, pp. 29-30. Confucio no duda: en el gobierno del pueblo es primordial la confianza de los súbditos en sus gobernantes, antes que la disponibilidad de alimentos y que la fuerza defensiva del reino.

[4] Joseph Needham habla de "*ethos* burocrático", en *Science and Civilisation in China,* vol. VII, *Science and Chinese Society,* parte II, *Language and Logic in Traditional China,* Cambridge University Press, Cambridge 2004, p. 212.

[5] Victoria Tin-bor Hui, *War and State Formation in Ancient China and Early Modern Europe,* Cambridge University Press, Cambridge, 2005, p. 107.

aparición o el debilitamiento de los cuerpos intermedios entre el emperador y sus súbditos, de tal manera que la relación directa entre los dos polos sólo sea mediada por la burocracia imperial. Para Han Feizi, el mundo regulado por normas morales fue posible en un pasado de abundancia, pero cuando la escasez aparece en el escenario, la moralidad se vuelve insuficiente para garantizar el orden y necesita un mando central severo con normas estrictas. Desde la dinastía Han, y durante dos milenios, el poder será en China la mezcla (si bien íntimamente conflictiva) entre tradición ética y eficacia administrativa del aparato represivo del gobierno imperial.[6]

Los siglos sucesivos a la implantación de los fundamentos ético-institucionales de la civilización china desde la Primera Unificación (221 a. C.) tienen una doble paternidad. Por un lado, el ideal confuciano de cinco generaciones bajo el mismo techo, en el que la familia ampliada intergeneracionalmente expresa un principio de orden patriarcal autogobernado bajo el anciano mayor que encarna en la familia el orden ético que a su vez el emperador expresa en la sociedad. Y por otro lado, la burocracia imperial meritocrática que, en sus tres niveles, encarna el cuerpo de funcionarios-letrados que expresan las razones éticas de un sistema totalitario. Confucianismo y legalismo entrelazados.

Después del derrumbe de la dinastía Qing en 1911,[7] 1919 es el año de una revolución cultural que, sin embargo, quedará aplastada bajo el enfrentamiento que desgarra el país de ahí en adelante entre comunistas y nacionalistas. El 4 de mayo de 1919 es fecha simbólica para una generación que, en la protesta contra los acuerdos de Versalles que transfieren la provincia de Shandong de Alemania a Japón, cuestiona el legado milenario de una cultura que ha debilitado al país aislándolo de las corrientes mundiales de cambio tecnológico, político y cultural. En el clima encendido de esta rebelión juvenil contra la asfixia de la familia ampliada confuciana y contra una entera civilización será posible la reforma simplificadora de la lengua escrita y la aparición de centenares de revistas que, de una u otra forma, exigen al país aprender del resto del mundo en medio de una ola inédita de nacionalismo. Más que político, el movimiento es cultural y Hu Shih, una de las mayores personalidades del movimiento, de regreso de sus estudios en los Estados Unidos declara: prohibido hablar de política durante los próximos 20 años, después de las desilusiones posteriores a la caída de los Qing. Los protagonistas intelectuales son jóvenes chinos que han pasado años de estudio en varios países del

[6] David Shepherd Nivison, "The Classical Philosophical Writings", en Michael Loewe y Edward L. Shaughnessy (eds.), *The Cambridge History of Ancient China: From the Origins of Civilization to 221 B. C.,* Cambridge University Press, Cambridge, 1999, pp. 801-807.

[7] *Cf.* Eugenio Anguiano y Ugo Pipitone (coords.), *China, de los Xia a la República Popular (2070 a. C.-1949),* CIDE, México, 2012; sobre el final de la dinastía Qing, véase Jung Chang, *Cixí, la emperatriz,* Taurus, Madrid, 2014; y, para una distinta interpretación de la emperatriz viuda, véase Sterling Seagrave, *Dragon Lady: The Life and Legend of the Last Empress of China,* Vintage Books, Nueva York, 1993, *passim.*

mundo. Uno de ellos era Lu Xun, figura literaria descollante de su generación, que había vivido durante años en Japón. En la principal revista crítica de la época, *Nueva Juventud,* Lu Xun publica en 1917 *Diario de un loco,* una alegoría de China. Así reflexiona el *loco:*

> Según recuerdo, en los tiempos antiguos, la gente solía comer seres humanos, pero no estoy seguro de eso. Trataré de verificarlo, pero mi libro de historia no tiene cronología, y en cada página se leen estas palabras: "Virtud y moralidad". Como de todas maneras no podía dormir, leí cuidadosamente hasta pasada la medianoche, hasta que empecé a leer palabras entre líneas, y todo el libro se llenó de estas palabras: "Comer gente".

Tenemos aquí una sociedad que aniquila vidas humanas bajo vestiduras mojigatas de virtud confuciana. Lu Xun expresa un nacionalismo anómalo que cuestiona los cimientos culturales del país cuyos intereses pretende defender. Al director de *Nueva Juventud,* Chen Duxiu —quien será después, por un breve lapso, el primer secretario general del Partido Comunista Chino— se debe el aforismo según el cual lo que a China le hacía falta eran dos personajes: Mr. De (por democracia) y Mr. Sai (por ciencia).[8] Más que enseñar, China debe aprender del resto del mundo, liberándose de sus arraigados sentidos de superioridad moral.

Finalmente, los jóvenes de 1919 se fracturan: por un lado, aquellos que quieren aprender de Occidente y, por el otro, los que pretenden asimilar las enseñanzas de la Rusia soviética. En 1919 Mao Zedong tiene 26 años y pertenece a una generación que terminará por ver en la URSS un atajo para superar el legado de opresión y pobreza de su país. Por dos décadas, desde 1927, durante el enfrentamiento armado entre nacionalistas y comunistas, el comunismo chino, expresión de un país sin tradiciones democráticas, dependió, a menudo en forma crítica, del apoyo de la URSS y, cuando finalmente sale victorioso de la guerra civil, será permeado por un estilo soviético hecho del culto al líder y de periódicas purgas internas contra enemigos reales o imaginarios. Mao crece en un partido que calca un modelo en el que la teoría marxista es usada como racionalización *ex post* de decisiones victoriosas en el aparato. Un estilo al que no debía ser arduo amoldarse dada la milenaria tradición imperial de adhesión formalista al canon confuciano. La cultura de la que Mao descendía, de manera más o menos inconsciente, no era extraña a las conspiraciones palaciegas a favor o en contra del emperador con el uso de la virtud doctrinaria como arma arrojadiza. Por otra parte, en la práctica

[8] *Cf.* Chow Tse-tsung, *The May Fourth Movement: Intellectual Revolution in Modern China,* Stanford University Press, Stanford, 1967, *passim;* y Edward X. Gu, "Who Was Mr. Democracy: The May Fourth Discourse of Populist Democracy and the Radicalization of Chinese Intellectuals (1915-1922)", *Modern Asian Studies,* vol. 35, núm. 3, 2001, pp. 589 y ss.

de reinterpretar a los clásicos (ahora Marx y Lenin) para legitimar las decisiones corrientes era poco lo que Mao, dado su trasfondo cultural, pudiera aprender del estilo soviético. En 1945, después de múltiples luchas internas, es reconocido como líder indiscutible del partido:[9] los adversarios son eliminados y los colegas se vuelven discípulos. Siguiendo una pauta antigua, el rey se ha vuelto filósofo (o al revés).[10] La ética emprende una nueva ruta hacia el despotismo. ¿Con qué consecuencias?

Dos saltos al vacío

El XX Congreso del Partido Comunista de la URSS, que enjuicia el culto a la personalidad de Stalin, propone la coexistencia pacífica con los Estados Unidos y asienta la posibilidad de una transición pacífica al socialismo. Desde ahí comienza la aceleración maoísta que asigna a su país la tarea de encarnar la revolución proletaria a escala mundial como respuesta a las vacilaciones soviéticas. Mao se asume como campeón mundial de la ortodoxia revolucionaria de Marx y Lenin. Pero China es un país pobre y sin una industria fuerte que permita sostener el enfrentamiento, considerado inevitable, con el imperialismo. De ahí la necesidad de un plan económico que acelere los tiempos, respecto a los previstos hasta entonces, para la realización de una economía sólida con una poderosa industria militar. Manteniéndose fiel al esquema soviético de industrialización acelerada con un papel subsidiario de la agricultura, Mao busca, sin embargo, alejarse del plomizo realismo soviético embistiendo a China, entre mediados de la década de 1950 y mediados de la de 1970, acompañando un voluntarismo *imperial* que sustituye los datos incómodos de la realidad con un teatralizado entusiasmo ideológico de las masas y nuevas formas de ingeniería social.

La primera etapa de esta aceleración voluntarista es el Gran Salto Adelante, a consecuencia del cual el país experimentó en los últimos años de la década de 1950 la peor hambruna de su historia, con una estimación de entre 15 millones y 30 millones de muertos por desfallecimiento y enfermedades asociadas al hambre. La segunda aceleración vino entre mediados de la década de 1960 y mediados de la de 1970, con una Revolución Cultural que cerró por varios años las escuelas superiores del país transfiriendo al campo a casi 20 millones de jóvenes (para aprender espíritu de clase y reeducarse por conducto de los campesinos pobres) y desperdiciando gran parte de los conocimientos de una generación, mientras el Partido Comunista se envolvía

[9] Acerca del camino de Mao hacia la supremacía en su partido (tanto en la política como en el pensamiento), *cf.* Stuart S. Schram y Nancy J. Rhodes (coords.), *Mao's Road to Power: Revolutionary Writings (1912-1949),* vol. VII, An East Gate Book, Nueva York, 2005, pp. xxxi y ss.

[10] Véase Philip Short, *Mao: A Life,* Macrae Book, Nueva York, 1999, pp. 255 y ss.

en conflictos que en algunos momentos parecían desembocar en una devastadora guerra civil. Anticipemos que sin estos acontecimientos traumáticos, vistos como antecedentes frente a los cuales establecer una separación neta, las reformas económicas que hicieron posible después el mayor periodo de desarrollo económico de la historia china probablemente no habrían sido posibles.

El Gran Salto no es sólo una prueba general de aceleración económica, es un ensayo de ingeniería social a través de un nuevo sujeto, la Comuna Popular: laboratorio de colectivismo productivo y de socialización compulsiva de la vida. Una mezcla de igualitarismo campesino y de utopía totalitaria con obsesivos ritos ideológicos internos que buscan conformar una masa autocontrolada disponible para las iniciativas iluminadas del líder que mezcla formas de virtud confuciana y contenidos *proletarios*. La Comuna, concebida en contra de residuos burgueses, como la familia o el individualismo, es el núcleo de una nueva sociedad bajo la guía iluminada de Mao. En la Comuna desaparece el dinero que es sustituido por bonos asignados a los individuos por sus brigadas de trabajo. Además, la organización asume, como estructura local de poder, la tarea de administrar las actividades productivas, educativas, de justicia, asistencia médica, entrenamiento militar, etc., aligerando así la carga de responsabilidades del gobierno central, algo que ocurría de distintas maneras en la edad de la reforma desde fines de la década de 1970.

Repitiendo un vicio antiguo del legalismo: el líder que administra la ley no está sujeto a ella y el culto de su personalidad impide al partido controlar las decisiones de su máximo representante. Mientras tanto, con la política del Gran Salto, millones de jóvenes campesinos eran transferidos forzosamente a las actividades industriales y aumentaban las retenciones fiscales sobre las cosechas (de 34 a 44%) para alimentar a la nueva mano de obra industrial. El trabajo rural recae en gran medida sobre las espaldas de mujeres y ancianos,[11] y una agricultura que ya estaba en los límites de la subsistencia precaria rompe en varias regiones del país las barreras de la supervivencia, precipitándolas hacia devastadoras hambrunas. La criticidad de la situación era evidente considerando que a fines de la década de 1920 en la URSS, cuando se dio inicio a la política de industrialización acelerada y colectivización forzada de la agricultura (con transferencias obligadas de trabajo del campo a la ciudad), la disponibilidad de granos per cápita era doble respecto a la de la China de la década de 1950.[12] El drástico retroceso del producto interno bruto (PIB) entre 1958 y 1960, así como la crisis de las cosechas, convertirán

[11] Kimberley Ens Manning, "The Gendered Politics of Woman Work", *Modern China,* vol. 32, núm. 3, 2006, p. 354.

[12] Roderick MacFarquhar, *The Origins of the Cultural Revolution,* t. 2: *The Great Leap Forward (1958-1960),* Columbia University Press, Nueva York, 1983, p. 2.

estos años en los más dramáticos de la historia económica china en generaciones. Mao había confiado, a pesar de las críticas provenientes desde adentro de su partido, en que la superioridad de la Comuna Popular como organización ideológico-productiva habría más que compensado la reducción de la mano de obra agrícola y el aumento de las retenciones fiscales. No fue así —el deseado entusiasmo popular no compensó los datos duros de una realidad incómoda— y las consecuencias fueron desastrosas. Mientras estas consecuencias comenzaban a desplegar sus efectos deletéreos sobre la producción y la vida de decenas de millones de seres humanos, varios representantes de las Comunas, en obsequio a una antigua tradición de sumisión burocrática al centro, informaban a Beijing que estaban transitando hacia las fases superiores del comunismo. La pérdida de contacto con la realidad se había transferido rápidamente del centro a la periferia creando una enturbiada cortina ideológica que impedía ver la realidad incluso en sus manifestaciones más dramáticas.[13] Es tanta la seguridad de Mao sobre la corrección de su postura que, cuando el ministro de Defensa se atreve a cuestionar los resultados de su política en 1959, amenaza con abandonar el partido y volver a comenzar con la guerrilla rural, como había hecho en 1927.[14] De todos modos, sin reconocer su responsabilidad sobre una política económica fatídica, Mao se puso, por algunos años, al margen de las mayores decisiones políticas.

Pero el gran líder seguía alimentando una percepción de agravio de parte de los dirigentes del partido, que en su opinión se habían mostrado irresolutos frente a las grandiosas tareas de transformación económica del país y la toma de responsabilidades internacionales a consecuencia de la defección soviética. Y así Mao, tras la aparición de su librito rojo de citas (que hace de él un sabio para toda ocasión) en 1966 lanzó la consigna "Disparad sobre el cuartel general": incitación explícita a los jóvenes chinos a desconocer a las autoridades del partido y del Estado acusadas de seguir el revisionismo soviético y encaminarse hacia el capitalismo. Entre silenciosas tensiones acumuladas previamente y el atractivo de cuestionar, con la bendición de la máxima jerarquía político-moral del país a las autoridades existentes, la Revolución Cultural se encendió de forma rápida con la formación de guardias rojos (jóvenes adolescentes y universitarios) que desplegaron una intolerancia puritana que en los años siguientes llevó a la persecución de centenares de miles de dirigentes y cuadros del partido acusados de ser seguidores embozados del capi-

[13] William A. Joseph, "A Tragedy of Good Intentions: Post-Mao Views of the Great Leap Forward", *Modern China,* vol. 12, núm. 4, 1986, p. 434. Los órganos centrales del partido aseguraban que China habría superado a Inglaterra en tres años y a los Estados Unidos en cinco; véase R. MacFarquhar, *op. cit.,* p. 131.

[14] Stuart R. Schram, "The Limits of Cataclysmic Change: Reflexions on the Place of the 'Great Proletarian Cultural Revolution' in the Political Development of the People's Republic of China", *The China Quarterly,* núm. 108, 1986, pp. 617 y ss.

talismo.[15] Resultado: una oleada de fanatismo con 500 000 víctimas mortales, quema de libros, destrucción de obras de arte de un pasado ideológicamente impuro, hostigamiento de jóvenes mujeres en la calle acusadas de lucir cortes de pelo extravagantes, tacones altos o ropa no correspondiente a los rígidos cánones de una ortodoxia puritano-proletaria.

El descontento del viejo emperador, que quiere regresar al poder omnímodo y desquitarse de sus colegas irresolutos, necesita del ardor y la exaltación juveniles para remover cuadros y dirigentes que obstaculizan (o podrían hacerlo) su regreso al centro del poder, y ya no sólo simbólicamente. Necesitaba inventarse una supuesta lucha de clases para dramatizar un enfrentamiento creado artificialmente. Sin embargo, el poder que emana del fanatismo de los jóvenes, que ya no reconocen autoridad alguna, amenaza con una guerra civil y Mao no tiene mayor dificultad en usar su prestigio para desactivar la bomba que él mismo ha armado enviando a millones de guardias rojos a reeducarse en el campo, con lo cual la masa de energía contestataria se dispersa dejando de ser un riesgo. En 1971, en un episodio jamás aclarado del todo, el ministro de Defensa, Lin Biao, muere en un accidente mientras su avión se dirigía a la Unión Soviética. Mientras Mao critica la traición de su antiguo aliado, comienza a manifestarse el malestar en el Ejército; mismo que en varias ocasiones utilizó para contrastar a los grupos juveniles más radicales. Moraleja: a comienzos de la década de 1970 Mao perdió las dos principales columnas de su retorno al poder absoluto a través del asalto a su propio partido: la juventud radicalizada en nombre de su pensamiento y el Ejército. Ha llegado la hora de reconstruir algún orden para evitar desgarramientos de consecuencias impredecibles. El segundo intento de aceleración maoísta fracasaba, había llegado el momento de llamar de su exilio, en una fábrica de repuestos para tractores en Jiangxi, al viejo dirigente Deng Xiaoping. Y con él a la cabeza, especialmente después de la muerte de Mao en 1976, comenzarán poco después las reformas destinadas a abrir las puertas a profundas transformaciones económicas y sociales, para activar así una aceleración sin precedentes en el crecimiento económico del país.

Deng: reformas, represión, reformas

Después del desastre económico y social del Gran Salto y del cataclismo político de la Revolución Cultural, el prestigio del Partido Comunista tocaba peligro-

[15] Jung Chang cuenta la historia de su padre, viejo cuadro del partido, a quien le cuesta entender cómo los jóvenes que lo atormentan exigiéndole la abjura de culpas que no entiende, puedan considerarse comunistas y seguidores del presidente Mao, véase *Cisnes salvajes: Tres hijas de China,* Circe, Barcelona, 1994, p. 337. Una notable colección de breves autobiografías de jóvenes Guardias rojos de Shanghái ha sido recopilada por Jiang Yarong y David Ashley en *Mao's Children in the New China: Voices from the Red Guard Generation,* Routledge, Londres, 2000, *passim.*

samente el fondo en una sociedad agotada y desconcertada por tanto despliegue de voluntarismo e ideologismo ferviente. No se vive de una interminable escenificación de entusiasmo revolucionario con el corolario de persecuciones masivas y muchos muertos. La estabilidad institucional ya no podía apuntalarse con nuevas campañas políticas, sino que requería un (rápido) retorno a los datos materiales de la realidad buscando mejorar las condiciones de vida de la mayoría de la población. Pero en el transcurso de las últimas cuatro décadas, los cambios que han ampliado los espacios del pragmatismo económico han ocurrido empalmándose con el variable equilibrio de fuerzas al interior del Partido Comunista. Una situación en la cual el debate abierto apenas se asoma entre las nieblas alegóricas propias de una antigua tradición palaciega. Si bien es cierto que el crecimiento mismo ha creado nuevos intereses sociales que fortalecen el frente reformista en el partido, no se ha suprimido su *reflejo* de controlar tensiones o conflictos con un giro de tuercas hacia la ortodoxia confuciana del mando único que restablece el orden sobre una diversidad inquietante. Política (como ejercicio del poder) y economía están aquí más entrelazadas que en otras partes del mundo. De ahí que cobre sentido dividir el periodo de reforma y aceleración de la economía china en dos partes: antes y después de 1992, el año en que Deng Xiaoping recupera la iniciativa de reforma económica después de la represión de las protestas sociales de 1989.

En formas naturalmente distintas, aquí también, como se vio en el caso danés varios capítulos atrás, hay un personaje sin el cual el desarrollo de los acontecimientos habría sido inaprensiblemente distinto. En el caso de Dinamarca a fines del siglo XIX fue Nicolai Grundtvig; en el caso chino a fines del siglo XX ha sido Deng Xiaoping. Un teólogo luterano heterodoxo que abre novedosas perspectivas culturales y un dirigente comunista obligado a experimentar nuevos rumbos económicos. En las convulsiones políticas chinas desde mediados de la década de 1960, Deng es eliminado del escenario dos veces y ambas veces resurge. La primera depuración ocurre en los inicios de la Revolución Cultural, cuando es despojado de todos sus cargos y enviado al exilio interno. En 1973 es llamado de regreso para poner algún orden en un país desquiciado por años de enfrentamientos y desorden y asume el puesto de vicepremier a las órdenes de su antiguo mentor Zhou Enlai. Desde ahí —alejándose de la ortodoxia maoísta—, en coordinación con Zhou, Deng indica un plan de reformas cuyos ejes son la reactivación de la agricultura (más allá de los viejos proyectos maoístas de desarrollo acelerado de la industria pesada) y la introducción de estímulos a los trabajadores más eficientes (más allá del igualitarismo doctrinario en auge).[16] Luego de la muerte, a

[16] Véase David Wen-Wei Chang, *China under Deng Xiaoping: Political and Economic Reform*, St. Martin's Press, Nueva York, 1988, pp. 25-28; y David Shambaugh, "Deng Xiaoping: The Politician", *The China Quarterly,* núm. 135, 1993, pp. 465-467.

comienzos de 1976, del primer ministro Zhou Enlai y de las manifestaciones masivas y espontáneas de duelo, que los maoístas ven, con razón, como un reproche solapado al radicalismo del *Gran Timonel,* Deng es depurado nuevamente. Pero, tras la muerte de Mao algunos meses después, y a pesar de la resistencia de sus herederos oficiales, a mediados de 1977 Deng regresa al centro del escenario. ¿Cómo se explica tanta resiliencia del personaje? Las razones son probablemente dos. La primera es su prestigio en el Ejército que viene de lejos, de las últimas fases de la guerra civil cuando fue responsable político en el sur del país en los momentos en que Chiang Kai-shek era definitivamente derrotado. Un prestigio que se consolida entre 1954 y 1966 cuando es responsable del Departamento de Organización del partido, la poderosa oficina que controla la maquinaria de éste y todos sus principales nombramientos y promociones tanto a nivel central como periférico. La segunda razón es que, desde 1954, Deng aparece en cuarta posición en la línea sucesoria después de Mao, Liu Shaoqi y Zhou Enlai. A consecuencia de la muerte de los tres, Deng era el supérstite de mayor jerarquía en el partido y el único con el ascendente para conducir, sin tensiones internas inmanejables, a una corrección del rumbo económico promovido por Mao a lo largo de décadas. Sin asumir cargos oficiales (salvo, para evitar dudas, la presidencia de la Comisión Militar Central), Deng toma de hecho el control del poder desde fines de 1978.

En los años en que Mao ejerció el mando (independientemente de su voluntarismo) ocurrieron importantes avances en aspectos como la alimentación, las condiciones de salud (a través de campañas de higiene y difusión de un sistema de paramédicos con cobertura nacional) y la educación básica. Dos indicadores de progreso, una vez terminado el largo ciclo de guerras civiles y de liberación (contra la ocupación japonesa) en la primera mitad del siglo, fueron la reducción de las altas tasas de fertilidad ligadas a una elevada mortalidad infantil y el rápido aumento de la expectativa de vida. Esta última pasa de 35 años en 1949 (por el crecido número de muertes entre los menores de edad) a 64 años en los momentos, del deceso de Mao en 1976. Un avance tal vez sin antecedentes a escala mundial.[17] *Promemoria:* en 2016 la expectativa de vida llega a 76 años. No obstante, un modelo de desarrollo sustancialmente soviético reduce los mayores impactos positivos que podrían haberse realizado. Las limitaciones vinieron sobre todo de una agricultura colectivizada de bajo rendimiento con alta presión ocupacional y del sesgo a favor de una industria pesada de baja productividad y escasa generación de empleo. Estos dos aspectos tuvieron el efecto combinado de contener el potencial crecimiento de la economía y la capacidad de consumo de la población. En su autobiografía, dictada cuando se encontraba en arresto domici-

[17] Véase Karen Eggleston, "Health, Education and China's Demographic Transition Since 1950", en Masahiko Aoki y Jinglian Wu (coords.), *The Chinese Economy: A New Transition,* Palgrave MacMillan, Londres, 2012, p. 151.

liario, el arquitecto de las reformas económicas en la década de 1980, Zhao Ziyang, registraba dos aspectos: *1)* entre 1952 y 1980, la producción industrial había crecido ocho veces (y las inversiones brutas fijas, muchas veces más), mientras el consumo medio apenas se había duplicado, y *2)* "Las fábricas producían grandes cantidades de cosas que nadie quería comprar y que terminaban siendo almacenadas y después destruidas".[18]

El gran anuncio del cambio ocurre en diciembre de 1978 con el discurso de Deng en el III Plenum del 11º Congreso del Partido Comunista. El mensaje es claro: el mayor error de Mao fue la excesiva acentuación de la lucha de clases (un recurso artificioso para fines personales de poder); ahora ha llegado el momento de reconocer los retardos del país y centrar el foco sobre el desarrollo. En ese año el PIB per cápita chino representaba 1.5% del de los Estados Unidos. Entre paréntesis, mismo indicador que en 2016 subirá a 14% (27% medido en paridad de poder de compra). Sin embargo, más que un gran diseño reformador preordenado, desde entonces avanza una estrategia incremental que define en la marcha sus modalidades y objetivos.[19] Desde fines de la década de 1970 el nuevo grupo dirigente chino percibe el retardo del país no sólo con respecto a las economías desarrolladas de Occidente, sino incluso frente a las pequeñas economías de Asia oriental (Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong), que en las dos décadas anteriores han emprendido un camino de reformas (condensado en la fórmula de Estado desarrollista) que se acompaña de una sostenida aceleración de sus tasas de crecimiento económico. Abandonada la utopía de la construcción de una sociedad china independiente y enfrentada al resto del mundo, el país se encamina a repetir, en sus propios términos, algunas de las características de las experiencias de sus vecinos asiáticos. Especialmente destacan tres rasgos: reforma agraria, exportaciones manufactureras y represión financiera (entendida como control de capitales e intervención del mercado financiero para evitar usos especulativos y no prioritarios de los ahorros disponibles).[20]

El primer terreno del cambio está justamente en la agricultura. En este sector resultaban empleadas, en 1978, casi tres cuartas partes de la población activa y aquí se encontraba la mayor concentración de pobreza del país. En el universo rural el "socialismo" se mostraba crudamente como socialización de la pobreza: el consumo per cápita de granos y aceite comestible era entonces inferior al nivel de dos décadas antes, mismo periodo durante el cual el

[18] Zhao Ziyang, *Prisoner of the State: The Secret Journal of Premier Zhao Ziyang,* ed. de Bao Pu, Renee Chiang y Adi Ignatius, Simon and Schuster, Nueva York, 2009, p. 112.

[19] Chen Yun, el mayor adversario de Deng en el terreno de las reformas económicas, aunque fuera consciente de la necesidad de cambios importantes respecto al pasado maoísta, refiguró así el estilo reformador chino: cruzar el río tanteando cada piedra.

[20] Como registra con razón Arthur R. Kroeber, *China's Economy: What Everyone Needs to Know,* Oxford University Press, Nueva York, 2016, p. 11.

país importaba grandes cantidades de granos.[21] Con la muerte de Mao y la consunción de la onda puritana de la Revolución Cultural comenzaron a abrirse espacios de experimentación rural sobre nuevas modalidades productivas. Será inicialmente en provincias muy pobres (como Anhui y Sichuan), severamente castigadas por las consecuencias de fórmulas estrictas de agricultura colectivizada, donde, con el apoyo de los dirigentes locales del partido (Wan Li en Anhui y Zhao Ziyang en Sichuan), comenzará un inicialmente tímido y finalmente tumultuoso retorno a la explotación familiar de la tierra. La modalidad fue la transferencia en forma de alquiler (que llegó a los 30 años y más)[22] desde parte de los colectivos locales (propietarios oficiales de la tierra) a las familias campesinas mediante un sistema de contratos que obligaba a cada familia a entregar al Estado cierta cantidad de su producción y la autorización de vender sus excedentes. Por muchos años, la agricultura china había funcionado con altas cuotas de entrega obligatoria de las cosechas al Estado a bajos precios. Desde 1978 los términos se invierten: las cuotas obligatorias se reducen y los precios de adquisición de parte del Estado aumentan. En 1985, frente al gran incremento de la producción conseguida con el nuevo sistema de contratos familiares, las cuotas obligatorias son eliminadas y el conjunto de la producción agrícola se dirige directamente al mercado. Los resultados fueron asombrosos desde los primeros años. Según el *China Statistical Yearbook,* entre 1978 y 1985 la producción de granos aumentó 24%, la de algodón se duplicó y la de aceite comestible se triplicó. En sus memorias, Zhao Ziyang apuntaba: "La energía rural que fue liberada en aquellos años fue mágica y más allá de lo que cualquiera pudiera haber imaginado".[23] El nivel de vida de la población rural registró aumentos considerables en gran parte del país al mismo tiempo que la ocupación rural disminuía. La liberalización había producido en el sector económico más importante del país un fuerte aumento productivo con un menor número de ocupados. Y mientras se libera la mano de obra de las familias campesinas y se forman mercados locales dinámicos de varios productos, parte una iniciativa destinada a desempeñar un papel vital en el nuevo proceso de industrialización: las empresas de aldea. A través de éstas las autoridades locales buscaban aprovechar las recientes aperturas en el sistema de planificación central y de precios administrados para dotarse de fuentes autónomas de financiamiento y, al mismo tiempo, dar una respuesta a la nueva oferta de trabajo proveniente del aumento en la productividad agrícola. Paralelamente, la descentralización fue, a fines de la década de 1970, la respuesta al déficit hacendario del gobierno

[21] Véase Yi-min Lin, "Economic Institutional Change in Post-Mao China: Reflexions on the Triggering Orienting, and Sustaining Mechanisms", en Alvin Y. Son (coord.), *China's Developmental Miracle: Origins, Transformations, and Challenges,* M. E. Sharpe, Nueva York, 2003, p. 31.

[22] Lo que recuerda la prohibición de las rentas de corto plazo de la tierra en el proceso de modernización rural de Dinamarca a fines del siglo XVIII, como se vio anteriormente.

[23] Z. Ziyang, *op. cit.,* p. 97.

central; con lo cual se evitaron resistencias de la burocracia a experimentos económicos originales que en la periferia podían encontrar espacios más propicios. Las empresas de aldea supusieron un fuerte empuje a la mercantilización de la economía y fueron alimentadas, además, por iniciativas campesinas destinadas a crear oportunidades locales de trabajo para los jóvenes, cuyo aporte ya no era necesario para mantener los niveles de producción agrícola. El modelo previo de industrialización basado en la producción de bienes de capital y el uso de tecnologías de alta intensidad de capital fue localmente revertido mediante un nuevo tipo de industrialización que requería el uso más intensivo del trabajo y la disponibilidad de materias primas locales. Las empresas de aldea se desarrollaron inicialmente, sobre todo, en las provincias costeras que contaban con una agricultura más productiva y con la demanda geográficamente cercana de ciudades de diferentes tamaños. Los productos más frecuentes eran bienes de consumo (durables o menos) que iban de las bicicletas al tabaco, de los ventiladores a prendas de vestir, del molido de granos a los carretes de hilo de seda. En las dos décadas en que estas empresas representaron el mayor ariete de la iniciativa económica, a medio camino entre lo privado y lo (localmente) público, operando en contra de una economía de precios oficiales, pasaron de 28 millones de ocupados en 1978 a 135 millones en 1996; un extraordinario salto de seis a 26% del PIB en el mismo periodo.[24] Estamos frente a una miríada de pequeñas y medianas empresas que en varios casos terminaron por formar distritos especializados en ciertos productos con altos niveles de cooperación y competencia entre firmas cercanas que protagonizaron esta experiencia de industrialización rural. Aquella combinación de reforma agraria e industrialización del campo (con capacidad para crear mercados locales dinámicos y una cultura empresarial de amplias bases sociales) que no había podido ocurrir en la Italia posunitaria ni en la India después de la independencia, ocurrió en una China que, desde el punto de vista económico, es legítimo considerar poscomunista.

Como se verá más adelante, la descentralización fiscal entregaba a las autoridades locales (especialmente a los condados) la mayor responsabilidad del gasto público nacional y, por tanto, la tarea de conseguir recursos para financiarlo. De esta manera, si por un lado se alentaba a las empresas de aldea (que estaba en el interés de los gobiernos locales favorecer), por el otro, se reconfirmaba, bajo nuevas condiciones y en nuevos tiempos, una antigua tradición imperial, la del autoritarismo burocrático descentralizado. Para ratificar la regla, lo novedoso nunca lo es plenamente, menos aún en una sociedad con tanta inercia de continuidad. Esta experiencia de industrialización rural no

[24] Barry J. Naughton, *The Chinese Economy: Transitions and Growth,* The MIT Press, Cambridge, 2007, pp. 271-274. Desde mediados de la década de 1990, las empresas de aldea comienzan a perder su dinamismo siendo progresivamente privatizadas, una historia que ha madurado y sigue su camino en nuevas formas.

habría sido posible sin el alto grado de coherencia sistémica de las instituciones —a pesar de la corrupción de los funcionarios locales—, coherencia sistémica que, dicho sea de paso, no registramos en los casos de México, Nigeria o la India, países con mayor historia de poderes locales semiindependientes. La descentralización no disolvió los "vínculos emotivos con el Estado" de parte de la sociedad[25] ni la autoridad burocrática propia de un régimen confuciano, dotado, repitámoslo, de un alto grado de cohesión sistémica. O sea, la combinación de homogeneidad de la cultura con la percepción de un poder central racionalmente fundado y moralmente inviolable. Los éxitos económicos chinos desde fines de la década de 1970 no pueden ser adscritos exclusivamente a esa o aquella iniciativa de política económica, sino, en una medida consistente (si bien indefinida), al alto grado de congruencia entre comportamientos sociales, credibilidad y eficacia institucionales.

Pero veamos el último aspecto que desde inicios de la década de 1980 distingue esta experiencia de desarrollo tardío: las zonas económicas especiales (ZEE). El tema comenzó a ser discutido en el partido, y no sin resistencias, desde 1979, como una forma que, repitiendo otros ejemplos asiáticos, permitiera atraer tecnología y abrir espacio para las exportaciones manufactureras sin arriesgar cambios globales de políticas que probablemente habrían provocado fuertes resistencias en los sectores más tradicionalistas del Estado y del partido mismo. El espacio para las primeras ZEE fue el de las provincias sureñas de Guangdong y Fujian con las cuales se inauguró la década de 1980; una década después se abrió otra ZEE en Pudong, en la ciudad de Shanghái, cuyo alcalde, Zhu Rongji, se convirtió, por iniciativa de Deng, en el principal responsable de la política económica en la década de 1990 hasta volverse primer ministro en 1998. Las primeras ZEE se ubicaron en las dos riberas del delta del río Perla, entre Shenzhen y Zhuhai, o sea, en las inmediaciones de Hong Kong y Macao, apenas al sur-occidente de Taiwán. Se aprovecharon las facilidades para el transporte marítimo, la proximidad del mercado financiero de Hong Kong (colonia británica hasta que fue devuelta a China en la forma de Región Administrativa Especial) y la cercanía de los potenciales inversionistas de Taiwán. El delta del río Perla, a lo largo de las últimas cuatro décadas, se ha convertido en una zona de asombrosa expansión (el área urbana de Shenzhen pasó de ser un territorio de agricultores y pescadores con cerca de 20 000 habitantes a tener más de 15 millones) hasta conformar, según el Banco Mundial, una megaciudad con 67 millones de habitantes en 2015 (más que el Reino Unido) y un PIB de 1.2 trillones de dólares, igual al de un país como México. Gigantescas obras de infraestructura y un fuerte flujo de inversiones extranjeras han transformado el sur de China, entre Shanghái y Shenzhen-Cantón, en el territorio

[25] *Cf.* Gilbert Rozman, "Can Confucianism Survive in an Age of Universalism and Globalization?", *Pacific Affairs,* vol. 75, núm. 1, 2002, p. 14; y Chenggang Xu, "China's Political-Economic Institutions and Development", *Cato Journal,* vol. 35, núm. 3, 2015, p. 534.

más económicamente vibrante del país, atestiguando lo acertado de la política de las ZEE implementada a comienzos de la década de 1980.

Volvamos, al final de este apartado, a la dimensión política que justifica la cronología propuesta y que fija, en 1992, el punto de inflexión entre un primer y un segundo periodo en la experiencia china de desarrollo. Desde fines de la década de 1970, cuando la posición de Hua Guofeng, heredero oficial de Mao, comenzaba a debilitarse frente al retorno de la vieja guardia, anteriormente marginada o depurada del partido, Deng Xiaoping movió sus piezas para encumbrar en posiciones de poder a sus hombres de confianza. En 1980 Zhao Ziyang fue convocado a Beijing desde Sichuan (donde había guiado, durante la segunda mitad de la década de 1970, las reformas económicas en la provincia) para asumir el cargo de primer ministro. Al año siguiente, un antiguo colaborador de Deng, Hu Yaobang, era elevado a secretario general del partido. Éstos fueron los herederos *in pectore* de Deng y, sin embargo, ambos cayeron algunos años después no sin haber mostrado su disponibilidad para sondear, además de las reformas económicas, aperturas políticas que habrían podido redimensionar el monopolio del poder del Partido Comunista; una perspectiva frente a la cual Deng era terminantemente adverso y, podríamos decir, culturalmente incapacitado. Salvando las distancias con Mao en el plano del voluntarismo económico, Deng era un hombre políticamente formado en la idea del partido como agente de la liberación de China de la corrupción de los nacionalistas y de la agresión imperial (antes de Occidente y después de Japón). La democracia no entraba por ninguna parte en un horizonte cultural que había definido sus perfiles a partir de la cercanía con la experiencia soviética. Hu Yaobang fue forzado a renunciar a su cargo (aun manteniendo su puesto en el Politburó) por haberse mostrado demasiado indulgente frente a las protestas estudiantiles a favor de la democracia en 1986-1987. Zhao Ziyang, que lo sustituyó en el cargo de secretario general, fue depuesto a su vez dos años más tarde, en 1989, cuando se atrevió a presentarse en la plaza de Tiananmén (donde miles de estudiantes y otros jóvenes se manifestaban nuevamente a favor de la apertura política del régimen) para pedir a los ocupantes que disolvieran la concentración ventilando el riesgo de una dura represión, que, en efecto, ocurrió poco después.[26] Zhao fue destituido y relegado al arresto domiciliario en el que permaneció hasta su muerte en 2005.

La represión de Tiananmén, ordenada por Deng con el apoyo unánime del aparato, costó un número indefinido de muertos a manos del Ejército Popular de Liberación y una seca pérdida de prestigio para quien no parecía capaz de escuchar las demandas de cambio de la sociedad, Deng Xiaoping. En 1989 y 1990 la tasa de crecimiento de la economía se redujo de una media

[26] Véase Liu Binyan, Ruan Ming y Xu Gang, *Tell the World: What Happened in China and Why,* Pantheon, Nueva York, 1989, pp. 42 y ss.; D. W.-W. Chang, *op. cit.,* pp. 28 y ss.; y D. Shambaugh, *op. cit.,* pp. 467 y ss.

de 10% en los años anteriores a 4%. Pero la consecuencia política más relevante es que Deng desechó en el camino a sus dos hombres más importantes rumbo a las reformas (Zhao y Hu), y en el partido el componente conservador adquirió un peso que desde hacía varios años no tenía. El prestigio interno e internacional de Deng cayó precipitosamente mientras la vieja guardia responsabilizaba a las reformas económicas de haber abierto el camino a una protesta social que denunciaba la inflación y la corrupción amenazando así, aunque fuera sólo simbólicamente, el control del Partido Comunista. El empuje reformador se detuvo y el partido reafirmó su ortodoxia autoritaria.

Las cosas vuelven a cambiar a partir de 1991 con la disolución de la URSS. Con represión y todo quedó en evidencia que el apego al modelo soviético suponía más riesgos para la estabilidad política que su reforma, aunque fuera limitadamente, a la dimensión económica. Y en enero de 1992 Deng Xiaoping resurgió para retomar la iniciativa (en un país donde las representaciones escénicas son inversamente proporcionales al grado de transparencia y democracia) con su publicitada "gira de inspección" al sur de China. O sea, en la parte del país más interesada por las reformas que habían creado las ZEE. A fines de ese año, durante el XIV Congreso del Partido, apareció la designación "economía socialista de mercado". La experiencia reformadora se había dado un nombre. Terminaba una fase y, después del trauma de la reafirmación de un poder incuestionable (¿el "socialismo"?), otra daba inicio. A partir de entonces el reformismo institucional quedó disociado de las expectativas de apertura democrática. China se abría y se cerraba al mismo tiempo.

Hacia un nuevo modelo de desarrollo

El inicial énfasis reformador estaba centrado en el campo, en parte porque ahí vivía la gran mayoría de la población todavía a fines de la década de 1990, y en parte porque experimentar en el vasto espacio rural era menos peligroso que hacerlo en el universo urbano, más potencial y arriesgadamente reactivo. Pero el foco de la atención se extendió rápidamente a las ciudades. Los experimentos rurales producían resultados asombrosos y, además, la agitación juvenil, concluida con la matanza de junio de 1989, sugería la urgencia de mejorar las condiciones de vida en las ciudades para contrarrestar un malestar que ponía en riesgo la hegemonía del Partido Comunista. El motor del desarrollo experimentó un ajuste en la marcha que, sin embargo, no alteraría la elevada tasa de crecimiento, que se mantuvo alrededor de 10% a lo largo de tres décadas, hasta 2010. A partir de entonces, la progresión se asentó sobre valores inferiores que parecen indicar el tránsito a una nueva fase de desarrollo.

Pero antes de ver las características de esta tercera fase queda la tarea de explicar el ciclo de aceleración entre fines del siglo XX e inicios del XXI. Más allá de los factores institucionales y sociales entretejidos con las aspiraciones

colectivas, desde un punto de vista estrictamente económico, las razones centrales son evidentes en la gigantesca movilización de recursos que en capital y en trabajo embistió a una economía que, sobre la marcha, iba tomando confianza en sus potencialidades. En las tres décadas entre, *grosso modo,* 1980 y 2010, la formación bruta de capital (como cuota del PIB) mostró una tendencia al aumento entre valores mínimos de 35% y valores máximos de 48%, con tasas de ahorro que oscilaban (poco arriba o poco abajo) alrededor de 40%. En ninguna de las experiencias de desarrollo acelerado de Asia oriental se alcanzaron anteriormente cifras tan elevadas de movilización de recursos de capital. A esto hay que añadir que, desde la gira al sur de Deng en 1992, y hasta 2007, las inversiones extranjeras directas se multiplicaron por 20 veces (en dólares corrientes) pasando de menos de 1% a más de 5% del PIB. Por otro lado, se activó un enorme desplazamiento de trabajo de actividades menos a más productivas: de la agricultura a las empresas de aldea y del campo a la ciudad. Una de las manifestaciones de este despliegue de recursos humanos destinados a la actividad productiva es visible en la migración interna. En 1982 hubo siete millones de emigrantes campesinos que llegaron en busca de trabajo a las ciudades medianas y grandes de la costa, en 2000 fueron 79 millones y en 2015 más de 270 millones, o sea, una tercera parte de la población activa del país. Con estos aportes de capital y de trabajo, la tasa de crecimiento indicada resulta fácilmente comprensible.

La zona oscura detrás de estos brillantes datos económicos está en las condiciones de vida y empleo de centenares de millones de trabajadores migrantes que, sin el *houkou,* el registro familiar de residencia —una especie de pasaporte interno—, en las ciudades de destinación no tenían derecho a los ya escasos servicios sociales disponibles para los residentes urbanos y, sin contratos formales de trabajo, eran objeto de jornadas laborales más prolongadas que la media, con salarios inferiores pagados a menudo irregularmente. Bajo la presión de enviar remesas a sus familias en el campo, los migrantes estaban expuestos a presiones que llegaban a que sus empleadores les retuvieran el *houkou* para evitar que cambiaran de trabajo. Y aunque en años recientes las condiciones de vida y salariales han mejorado en Shenzhen o en Shanghái por una inédita escasez de mano de obra y la introducción de mejores condiciones legales de trabajo, durante dos décadas o más la modernización china fue un purgatorio social con muchos accidentes laborales, muertes por exceso de trabajo y suicidios de jóvenes enclaustrados en las fábricas y en los dormitorios de las mismas.[27] Para decirlo con Marx, una acumulación originaria del capital.

[27] Véase Qingwen Xu *et al.*, "Welfare Program Participation among Rural-to-Urban Migrant Workers in China", *International Journal of Social Welfare,* vol. 20, núm. 1, 2011, pp. 11-12; Linda Wong, "Chinese Migrant Workers: Rights Attainment Deficits, Rights Consciousness, and Personal Strategies", *The China Quarterly,* núm. 208, 2011, pp. 871-878; y Tim Pringle, *Trade*

Mientras todo esto ocurría, tomaba ventaja una gran transformación de la economía china en la que, entre 1990 y 2015, el empleo urbano en empresas públicas pasaba de 103 millones a 62 millones y el empleo privado (sin considerar las empresas familiares, cooperativas o mixtas, en esencia privadas) pasaba de 600 000 a 112 millones.[28] En menos de una década, entre 1996 y 2004, las empresas privadas pasaron de 440 000 a 3.6 millones; una creatividad empresarial cuya otra cara se muestra en el hecho de que todavía en 1995 el Estado aportaba 70% de las exportaciones, una cuota reducida a 11% en 2013. Difícil imaginar cambios fisiológicos más fundamentales. Sin embargo, la visión de estos cambios como un proceso socialmente dramático de acumulación originaria debe ser redimensionada considerando los datos sobre la pobreza. Según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), la pobreza rural, que en 1980 alcanzaba a más de 90% de la población, en 2015 ha reducido su incidencia a 6%,[29] con el consiguiente aumento en la expectativa de vida que en las casi cuatro décadas posteriores a 1978 ganó 10 años, pasando de 66 a 76 años.[30]

Apuntemos que, además de la vitalidad empresarial china, de las inversiones procedentes del exterior y de las favorables condiciones internacionales para las exportaciones manufactureras, los éxitos económicos del país estuvieron acompañados por reformas de varios tipos. Se ha visto en el apartado anterior el aspecto rural, las empresas de aldea y las zonas económicas especiales. Otra oleada de reformas vino después, en la década de 1990, con Zhu Rongji, quien fuera responsable de la economía y sucesivamente primer ministro en 1998-2003. Después de este ciclo político, el empuje reformador se detiene, como se verá al final de este apartado.

En la década de 1990, bajo la dirección de Zhu las principales reformas se movieron en tres direcciones: el fisco, el sistema bancario y la contracción del enorme archipiélago de empresas públicas. Desde 1994 se introdujo el impuesto al valor agregado (IVA), se unificaron los impuestos personales y se reforzaron los de las empresas. Acerca del sistema bancario, el viejo Banco Popular de China, un banco central que a lo largo de décadas había sido un cajero más que una institución activa de intermediación entre ahorradores e inversionistas, se reestructura a partir de 1984, con la creación de cuatro bancos comerciales especializados también públicos. Una década después la política de los cuatro bancos se hizo más estricta, limitando la concesión de

Unions in China: The Challenge of Labour Unrest, Routledge, Londres y Nueva York, 2011, pp. 26-35, 81-102.

[28] National Bureau of Statistics of China. Disponible en http://www.stats.gov.cn/english/

[29] OCDE, *OECD Economic Surveys*: *China 2017,* OECD Publishing, París, 2017, p. 15.

[30] Un autor registra cómo en décadas recientes la alimentación china pasó del tradicional 8-1-1 (ocho partes de arroz, una de carne o pescado y una de vegetales) a 5-2-3; véase Philip C. C. Huang, "China's New-Age Small Farms and Their Vertical Integration: Agribusiness or Co-Ops?", *Modern China,* vol. 37, núm. 2, 2011, p. 107.

créditos bajo presión a los funcionarios locales que buscaban privilegiar a las empresas de sus territorios o a aquellas en las que estaban involucrados ellos mismos o sus parientes, se cancelan los créditos inexigibles *(non performing loans)* y se establece el control de riesgos sobre las actividades bancarias.[31] En 2003 estos cuatro bancos, una vez recapitalizados, entraron en la Bolsa de valores como sociedades anónimas con cuotas mayoritarias del Estado. En ese mismo año se abren bancos de aldea y se permite la operación en el país de bancos foráneos.

Pero, además de despolitizar el crédito y sanear el sistema bancario, desde mediados de la década Zhu emprendió una serie de iniciativas dirigidas a las empresas públicas. Por un lado, se privatizaron miles de éstas de dimensiones pequeñas y medianas (que incluían hoteles, restaurantes y tiendas al detalle) y, por el otro, se reorganizaron las grandes (de electricidad, petróleo, telecomunicaciones, etc.) creando diversas firmas en cada sector para promover la competencia recíproca y evitar posiciones de monopolio perjudiciales para la productividad de largo plazo. La amplitud del proceso queda evidenciada con el despido de cerca de 30 millones de trabajadores. Abramos un inciso sobre las empresas públicas. El proceso de privatización en tiempos de Zhu Rongji no supuso sólo un cambio del régimen de propiedad, sino que activó varias consecuencias colaterales. Una de ellas fue el *boom* de las actividades inmobiliarias. Los trabajadores de las empresas públicas vivían en departamentos propiedad de éstas y con las privatizaciones, desde la segunda mitad de la década de 1990, los inmuebles se vendieron a sus ocupantes a crédito y bajo precio. A comienzos del nuevo siglo se reconoció a los compradores una virtual propiedad privada, sancionada de hecho, si bien no por derecho. Desde entonces, la especulación sobre terrenos urbanos y suburbanos susceptibles de obras para vivienda (una fuente esencial del financiamiento de los gobiernos locales), la propia actividad de construcción y los materiales para ella recibieron un poderoso impulso que sólo comenzó a atenuarse después de dos décadas de bonanza.

La mayoría de las grandes empresas chinas que operan en sectores considerados estratégicos (energía, transporte por tierra, mar y aire, telecomunicaciones, maquinaria pesada, etc.) son de alta intensidad de capital y altamente dependientes del crédito público en un país en que 85% del sistema bancario sigue estando bajo control del Estado. Actualmente, las empresas públicas del gobierno central están organizadas en 100 grupos, algunos de ellos compuestos por más de 1 000 empresas. Debido al hecho de que las grandes empresas públicas operan en sectores que requieren mucho capital por em-

[31] Véase Liqing Zhang y Xiaofen Tan, "China's Financial Sector Development: Understanding the Past and Shaping the Future", en Wing Thye Woo *et al.* (coords.), *A New Economic Growth Engine for China: Escaping the Middle-Income Trap by Not Doing More of the Same,* Imperial College Press, Londres, 2012, pp. 142 y ss.

pleado, su cuota del empleo industrial se limita, en 2013, a 12% aunque dos de ellas (incluidas en la lista de las mayores 500 empresas del mundo) tengan cerca de un millón de ocupados y una tercera (la China National Petroleum Co.), 1.6 millones. El sector público, que aporta alrededor de una tercera parte del PIB (contra dos terceras partes del sector privado), adolece de un problema de exceso de capacidad que tiende a contener sus rendimientos. Además, en algunos casos se ha registrado un componente económicamente irracional asociado a decisiones que corresponden más al orgullo nacional que a algún criterio económico de bases racionales. Éste es el caso de la alta velocidad ferroviaria, en que las autoridades, a pesar de que más allá de los 300 kilómetros por hora los costos aumentan en forma vertical, como también el riesgo de accidentes, han seguido invirtiendo montos desproporcionados de capitales.[32]

Aun cuando el universo de las empresas públicas esté compuesto por cerca de 150 000 firmas, y a pesar de lo que podría suponerse dado el régimen político chino, el tamaño relativo del Estado, medido a través del empleo conjunto (empresas públicas, burocracia estatal y funcionarios de partido), apenas llega a 31 empleados por cada 1 000 residentes, frente a 95 en Francia, 75 en los Estados Unidos y 53 en Alemania.[33] Y eso también corresponde probablemente a una tradición antigua en la que, dada la alta cohesión cultural y el prestigio de los funcionarios, el poder no requiere de una gran maquinaria burocrática para el ejercicio de su control social. La otra característica importante del Estado chino es su elevada fragmentación. Veamos el asunto desde el punto de vista presupuestario y fiscal. Mientras el gobierno central recibe 45% de las entradas fiscales, sólo se hace cargo de 15% del gasto público frente, en el otro extremo administrativo, a los condados *(Xian)* que reciben 25% de las entradas fiscales representando 45% del gasto público nacional.[34] Es inútil señalar que una situación de este tipo genera una elevada desigualdad territorial dependiendo del nivel de desarrollo local que condiciona el gasto, especialmente en el aspecto social y de los servicios públicos. Añadamos que la mayoría de las administraciones locales opera en déficit y que entre 25 y 40% de sus ingresos presupuestales provienen de la venta de terrenos vecinales a desarrolladores urbanos. Estas operaciones suponen la adquisición a precios muy bajos (debido a su uso agrícola) para los vecinos y ventas a precios elevados a desarrolladores inmobiliarios lo que conlleva dos consecuencias: el financiamiento del gasto público local y un amplio margen para la corrupción de los funcionarios locales. De ahí que una de las fuentes de mayor turbulencia social en décadas recientes haya sido la protesta de los campesinos afec-

[32] Ésta es la opinión de uno de los economistas chinos más influyentes, Wu Jinglian; véase Barry Naughton (coord.), *Wu Jinglian: Voice of Reform in China,* The MIT Press, Cambridge, 2013, p. 27.

[33] Véase Nicholas R. Lardy, *Markets over Mao: The Rise of Private Business in China,* Peterson Institute for International Economics, Washington, D. C., 2014, p. 139.

[34] OCDE, *Economic Surveys: China 2017, op. cit.,* p. 30.

tados por los manejos financieros de las autoridades locales correspondientes a la expropiación de terrenos colectivos y su venta a privados. Es interesante notar cómo en algunos casos las protestas han sido guiadas por trabajadores migrantes que regresaron a sus comunidades portando un mayor nivel de conciencia acerca de los derechos ciudadanos.[35]

En parte por su peso demográfico y en parte por haber llegado más tarde (respecto a Corea del Sur o Taiwán) a una aceleración económica sostenida con reorganización de sectores productivos, mejora tecnológica, etc., China, a pesar de sus impresionantes progresos de las últimas décadas, no termina de realizar su tránsito más allá del atraso. ¿Cuánto tiempo puede estimarse que le falte al país para alcanzar niveles de productividad y bienestar similares a los de la Corea del Sur de la actualidad? Razonando en forma muy tosca, con el uso del PIB per cápita como referente, y suponiendo que en el futuro China pudiera situarse en una tasa de crecimiento de este indicador alrededor de 3% (contra más del doble alcanzado en el pasado reciente), le faltarían (dependiendo de si se mide el PIB per cápita en dólares constantes a paridad de poder de compra o en dólares corrientes) entre tres y cuatro décadas, una aproximación sujeta a variaciones imprevisibles. Los datos de crecimiento son variables dependientes de otras variables. Limitémonos a mencionar dos de ellas que pueden considerarse condiciones *sine qua non:* cierto grado de equidad social y cierto grado de eficacia y credibilidad institucionales. En otros términos, ningún país que haya salido del atraso cumplió esta empresa arrastrando una aguda segmentación social o un aparato público incapaz de dar estabilidad y certezas a empresarios y ciudadanos en general. De no cumplirse estas condiciones, China enfrentará dificultades que, sin embargo, podría remover o suavizar en un futuro no lejano.

En lo que concierne a la distribución del ingreso, salvo algunos periodos (inicios de la década de 1980 y de la de 2010), el país ha registrado un empeoramiento asociado a varias circunstancias: el mayor dinamismo de las exportaciones respecto a la demanda interna (sobre todo de consumo final), la mejora relativa de los ingresos urbanos sobre los rurales, la escasa disponibilidad de mano de obra altamente capacitada con la consiguiente distancia entre salarios y el incremento de los ingresos de capital sobre aquellos del trabajo. No obstante, en años recientes algunos indicadores sugieren que la curva ascendente de la desigualdad podría estar agotando su impulso frente a situaciones que van en sentido contrario. El Banco Mundial registra que entre 2010 y 2014 la tasa de crecimiento de los ingresos rurales ha mostrado valores superiores frente a las áreas urbanas, mientras los salarios rurales se mantienen, con la ulterior reducción de la pobreza en el campo.[36] Sin considerar el cons-

[35] Yao Lu *et al.*, "Migration and Popular Resistance in Rural China", *The China Quarterly,* núm. 229, 2017, pp. 2-5.

[36] BM, *China Economic Update,* BM, Washington, D. C., 2015, pp. 11-12.

tante incremento de los salarios reales en las dos últimas décadas, y sobre todo, en 2008-2014, cuando aumentan a una tasa media anual de alrededor de 9%.[37]

Los grandes gastos en infraestructura emprendidos por el gobierno chino para sostener el crecimiento a partir de 2008 (como respuesta a la crisis internacional inaugurada el año anterior) han contribuido tanto al empleo como a la eficacia de las redes de comunicación y transporte para enlazar el espacio nacional entre regiones con diferentes grados de desarrollo. La contracción (si bien lenta) del índice de Gini de la distribución del ingreso ya en acto podría proseguir en el futuro cercano por el progresivo agotamiento de la reserva de mano de obra barata, el aumento de los salarios, el envejecimiento de la población, etc.[38] Permanece el obstáculo fiscal, ya que a escala del gobierno central la desigualdad, antes y después de los impuestos, sigue inalterada. O sea, la estructura de los impuestos no contribuye a atenuar las desigualdades que se forman en el mercado. Es apenas el caso mencionar que en países como Suecia y Dinamarca, el índice de Gini de desigualdad después de impuestos es 25 puntos inferior al mismo índice antes de ellos.[39] En otros términos: China necesita reconcentrar a nivel central el gasto público dirigiendo cuotas bastante más importantes que las actuales a rubros como salud, educación y pensiones.

Otro aspecto crítico es la corrupción. El problema es ciertamente serio (como factor de descomposición de la credibilidad social de las instituciones), pero, por razones que vienen de las raíces antiguas del Estado en China y del fuerte sentido de pertenencia de sus ciudadanos, tal vez este aspecto no sea tan exasperadamente grave como en los casos de México, Nigeria, la India o Brasil, donde ni el Estado tiene una consistencia sistémica comparable ni los ciudadanos un semejante sentido de pertenencia. Esto se refleja parcialmente en el Índice de Percepción de la Corrupción de *Transparency International*. En el informe de 2016, China se ubica en el lugar 79 (de 176 países), junto con la India y Brasil, mientras México ocupa el lugar 123 y Nigeria el 136. Sin embargo, China podría estar en condiciones de mejorar esta posición relativa. Registremos entre paréntesis cierta frecuencia de suicidios entre funcionarios investigados por actos de corrupción en China, a diferencia de los otros países mencionados, donde la vergüenza personal tiene un menor grado de sanción colectiva. La corrupción tiene, naturalmente, multiplicidad de facetas; mencionemos dos formas: la de funcionarios que favorecen a las em-

[37] ILO, *ILO Regional Office for Asia and the Pacific, Research Note,* 2016.

[38] *Cf.* Branko Milanovic, *Global Inequality: A New Approach for the Age of Globalization,* Belknap Press, Londres, 2016, pp. 178-180.

[39] En China, el 1% más rico de la población controla 33% del ingreso contra 37% de los Estados Unidos. Paralelamente al empeoramiento de la desigualdad en las últimas décadas, China ha reducido en centenares de millones su universo de pobreza y, entre 1980 y 2016, su índice de desarrollo humano ha pasado de 0.42 a 0.74.

presas privadas en las que ellos mismos, o sus familiares, tienen intereses de varios tipos y la alteración de los objetivos administrativos de cumplimiento fijados en cada grado de gobierno para los funcionarios. Objetivos de cuya consecución dependen retribuciones y promociones jerárquicas.[40] Entre 1992 y 2009 la Comisión Central de Disciplina del Partido ha castigado a dos millones de personas y entre 2009 y 2013 se sancionó a 150 000 miembros del partido cada año, lo que da una idea de la importancia asignada al control de la corrupción a pesar de que éste tenga un carácter selectivo cuando se trata de los vértices del partido o del Estado. Ello explica por qué ni Wen Jiabao (antiguo primer ministro) ni Xi Jinping (actual secretario general del partido) fueron investigados a pesar de su enriquecimiento durante sus funciones públicas.

Aun con los problemas señalados, parece haber razones para cierto optimismo a propósito de los obstáculos relativos a la desigualdad y la credibilidad y eficacia del Estado. Ciertamente queda abierta una cuestión gigantesca: hasta hoy ningún país del mundo ha salido del atraso, si a la conclusión de su proceso de transición no ha consolidado estructuras políticas abiertas al pluralismo, a un Estado de derecho objeto de frenos y balances incorporados y a un escrutinio social sobre las acciones de las autoridades públicas. En estos terrenos China carga un retardo político-institucional que, de no ser superado en lo que sigue siendo un futuro incierto, es legítimo dudar que el país pueda dejar a sus espaldas el atraso en los plazos genéricos arriba indicados, a menos de que se convierta en el primer caso mundial de una dictadura con altos niveles de bienestar e integración social, lo que sería altamente improbable.

Pero el país no tiene frente a sí solamente una transición democrática que todavía no perfila un rumbo viable, sino también un problema de progresivo debilitamiento del modelo de desarrollo seguido hasta aquí. O sea, la necesidad de reformular su estrategia de crecimiento de largo plazo. Pero antes de mencionar los aspectos que requieren cambios de ruta más o menos sustanciales respecto a las décadas pasadas, hay que registrar algunos cambios que ocurren después de 2007, al comenzar la crisis internacional. Frente a circunstancias globales que se vuelven menos favorables para la continuación de sus exportaciones, los gobiernos chinos reaccionan de dos maneras. Por un lado, se ralentiza el proceso de las privatizaciones y se asiste incluso a una reestatización de empresas que puedan corresponder más activamente a una política de impulso político de la economía; y, por el otro, poco después, se inauguran grandes gastos infraestructurales pensados para modernizar transporte

[40] Jie Gao, "Pernicious Manipulation of Performance Measures in China's Cadre Evaluation System", *The China Quarterly,* núm. 223, 2015, pp. 618-637; y Xuezhi Guo, "Controlling Corruption in the Party: China's Central Discipline Inspection Commission", *The China Quarterly,* núm. 219, 2014, p. 602.

y comunicaciones mientras se intenta sostener el crecimiento económico. Si en otro contexto esta política podría considerarse parte de una orientación anticíclica, en China presenta el riesgo de hacer retroceder un proceso de privatización que correspondió en el largo plazo a la fuerte aceleración del crecimiento económico del país. El riesgo para el desarrollo, asociado a un mayor peso relativo de las empresas públicas, puede visualizarse considerando que entre 1978 y 2004 el aumento anual de la productividad en el sector privado fue de 4.3% contra 1.7% del sector público.[41] La tentación estadista (como control administrativo de la economía) está fisiológicamente presente en un país de partido único y en el cual, para limitarnos a un ejemplo, el Instituto de Economía de la Academia de Ciencias Sociales (organismo de probada fidelidad al régimen) se ha manifestado consistentemente a lo largo de décadas en contra de la ampliación de la iniciativa privada.[42] Sin embargo, aunque sea improbable el retorno a una economía mayoritariamente administrada (con el debilitamiento de los factores que han sostenido hasta aquí un acelerado crecimiento), varios aspectos del éxito económico registrado a lo largo de décadas se han vuelto obsoletos.

Para ilustrar el cambio de paso en las condiciones de operación de la economía, Barry Naughton dice en forma contundente: alrededor de 2010, el milagro económico chino ha terminado.[43] Esto resulta creíble considerando el consistente aumento de los salarios —cuyo nivel medio gira actualmente alrededor de 700 dólares mensuales según datos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT)—, el debilitamiento de la dinámica exportadora y la reducción de la tasa de crecimiento económico, sobre todo desde 2012. Frente al crecimiento (alrededor de 10% anual en las décadas previas) entre 2012 y 2016, la progresión se sitúa en una tasa media de 7% con persistente tendencia a la baja. El significativo aumento de los salarios indica que el dinamismo pasado de exportaciones de bajo contenido tecnológico ya no será posible en el futuro como motor de desarrollo. Con salarios en aumento se abre un nuevo escenario en el que el mercado interno (especialmente el consumo de las familias) y el ulterior incremento de la productividad desempeñarán un papel mayor en el crecimiento futuro de la economía. La anomalía por la cual a lo largo de años las inversiones representaban una cifra altísima, cercana a 50% del PIB, mientras los consumos familiares apenas llegaban a 35% (frente al 60-70% de la demanda en los países desarrollados), está destinada a corregir estos valores extremos, reduciendo el peso relativo de las inversiones y aumentando el de los consumos finales. El alza en los salarios reales va evidentemente en esta dirección. Y en la misma dirección va el acelerado aumento del peso relativo

[41] N. R. Lardy, *op. cit.,* p. 95.

[42] *Ibid.,* p. 147.

[43] Barry Naughton, "Is China Socialist?", *Journal of Economic Perspectives,* vol. 31, núm. 1, 2017, p. 14.

de los servicios (más intensivos en trabajo), que desde 2013 han rebasado el aporte de la industria al PIB.

Ahora bien, en un contexto en el que servicios y consumo están destinados a incrementar su peso específico y considerando el envejecimiento de la población —asociado al descenso en la tasa de natalidad y al aumento de las expectativas de vida—, el crecimiento futuro de China dependerá cada vez menos de la masa de recursos puestos en el mercado y cada vez más del uso eficiente de estos recursos. O sea, de la productividad. Según la OCDE, la tasa media anual de incremento de la productividad total de los factores (que mide, además del aumento de los factores productivos, el aporte de la innovación tecnológica, la mejor eficiencia organizativa, etc.) se sitúa actualmente alrededor de 7%, un dato saludable que permite explicar por qué, según la misma fuente, la participación de las exportaciones de alta y baja tecnología llegó a converger en alrededor de 40% por cada subdivisión. Y aquí interviene el otro aspecto destinado a alterar su importancia en la dinámica general de la economía: las exportaciones. Con un mercado interno orientado a fortalecer sus nexos entre producción y consumo final, desde hace algunos años es evidente el menor peso relativo de las exportaciones. Un solo dato es suficiente para este propósito. En 2006 las exportaciones (de bienes y servicios) tocaron su punto máximo de 37% del PIB; desde entonces, mediante un descenso progresivo la cuota se ha reducido, en 2016, a poco menos de 20%. La lectura conjunta de estos procesos parece legitimar la idea de que China se está acercando con cierta rapidez a la conclusión de su prolongado ciclo de desarrollo *lewisiano,*[44] en el cual el crecimiento estuvo asociado a la ilimitada disponibilidad de trabajo proveniente de la agricultura. Cuando esta disponibilidad se reduce, comienzan a aumentar los salarios reales y a reducirse el carácter dualista de la economía, puede decirse que empieza una nueva fase, *plenamente moderna,* del desarrollo.[45]

Sin embargo, no existe automatismo que garantice este desenlace. La política deberá hacer posible aquello que sólo lo es potencialmente. Si a lo largo de décadas hubo un objetivo predominante y casi obsesivo —el crecimiento—, para hacer posible el *turning point* lewisiano será necesario sustituir ese objetivo único (en nombre del cual China pagó un costo altísimo en términos ambientales y de padecimientos humanos por exceso de trabajo, bajos salarios y menores derechos reconocidos) con un conjunto de propósitos que, desde distintos ángulos, podrían establecer una ruta viable más allá del atraso: un nuevo impulso al desarrollo tecnológico, una mejor distribución del

[44] En referencia al trabajo de W. Arthur Lewis, "El desarrollo económico con oferta ilimitada de mano de obra", *The Manchester School of Economic and Social Studies,* vol. XXII, núm. 2, 1954, pp. 139-191.

[45] A esta hipótesis, relativa a la relación entre salarios y productividad en la agricultura china, hacen referencia Nazrul Islam y Kazuhiko Yokota, en "Lewis Growth Model and China's Industrialization", *Asian Economic Journal,* vol. 22, núm. 4, 2008, p. 390.

ingreso, una atención responsable a la defensa ambiental y una mayor concentración de los poderes del Estado que haga posible un sistema nacional de seguridad social. Un antiguo colaborador de Zhu Rongji señala con razón que en caso de activarse un proceso de democratización en las actuales condiciones de fragmentación administrativa y fiscal del Estado podrían activarse presiones localistas potencialmente peligrosas para la estabilidad política del país.[46] El ex secretario general del Partido Comunista, Hu Jintao (2002-2012), lanzó como lema de su gobierno el objetivo de una "sociedad armoniosa". Más allá de la inspiración confuciana, había en esta indicación la percepción oblicua de las segmentaciones sociales y territoriales dejadas como herencia por décadas de crecimiento acelerado, y la conciencia de que la estabilidad política dependía de su capacidad para comenzar a cicatrizar estas heridas. Las autoridades chinas han mostrado, después del huracán maoísta de pureza ideológica, tener una visión sistémica de los problemas nacionales.[47] Queda por verse si esta visión integral puede transferirse de su antigua tradición autoritaria a una nueva cultura democrática.

[46] Lou Jiwei, "Six Systemic Reforms with which China Must Press Ahead", en M. Aoki y J. Wu (coords.), *The Chinese Economy: A New Transition,* Palgrave MacMillan, Londres, 2012, p. 69.

[47] Lo que se muestra, para limitarnos a un ejemplo, en la política de becas y subsidios ofrecidos a los graduados de las mejores universidades chinas para aceptar convertirse en maestros rurales por un cierto número de años; véase Lisa Yiu y Jennifer Adams, "Reforming Rural Education in China: Understanding Teacher Expectations for Rural Youth", *The China Quarterly,* núm. 216, 2013, p. 997.

CONCLUSIÓN

Hemos estudiado aquí casos específicos de desarrollo tardío para derivar de ellos, y de su comparación, alguna enseñanza libre de principios universales que a menudo disfrazan postulados ideológicos. Se trató de contextualizar cada situación a modo de revelar, entre datos comunes y discordes, la complejidad de experiencias distantes entre sí por el espacio y el tiempo. Las generalizaciones apriorísticas son materia resbalosa en todos los campos del conocimiento. Un gran historiador económico del siglo xx escribía:

> [La realidad está hecha de] excepciones, variantes, anomalías, rarezas, excentricidades, idiosincrasias y peculiaridades dispersas […] La tendencia a reconstruir la historia humana como una concatenación lógica e ineluctable de acontecimientos se ve acentuada por la tendencia a transferir al discurso histórico el concepto científico de causa [pero en la historia] el término causa debe pronunciarse lo menos posible, y preferiblemente, en voz baja […] La pulcritud y la elegancia formales del modelo son engañosas […] la historia es demasiado compleja para ser elegante.[1]

Nos ha resultado más atractivo estudiar un número limitado de casos ejemplares en vez de viajar sobre las alas de teorías universales construidas alrededor de axiomas baladíes como el del *homo æconomicus*.[2] En los territorios del desarrollo económico ciertamente no faltan conjeturas y teorías atractivas con diversos grados de plausibilidad. Limitémonos a un caso. Algunos autores señalan la importancia de la proximidad geográfica como factor que explicaría el desarrollo en términos de contagio. En particular, se afirma que las áreas costeras crecen más que las zonas interiores (¿y Suiza o el estado de Nuevo León en México y, por el contrario, Filipinas o Indonesia?) o que las áreas tropicales tienen un hándicap asociado a las condiciones climáticas (¿y Hong Kong, el delta del río Perla en China o Singapur?). La hipótesis geográfica es seductora pensando en Europa occidental o en Norteamérica. Pero, aquí también, ¿cómo explicar la resistencia secular al *contagio* en México, en Bosnia-Herzegovina o en el sur de Italia?[3]

[1] Carlo Maria Cipolla, *Entre la historia y la economía,* Crítica, Barcelona, 1988/1991, pp. 92-106.

[2] *Cf.* Geoffrey M. Hodgson, *The Evolution of Institutional Economics: Agency, Structure and Darwinism in American Institutionalism,* Routledge, Londres, 2004, pp. 414 y 421.

[3] Véase Jeffrey D. Sachs *et al.,* "The Geography of Poverty and Wealth", *Scientific American,* vol. 284, núm. 3, 2001, pp. 70-75.

Lo razonablemente cierto es que el tránsito del atraso al desarrollo (el paso de un capitalismo de agudas desigualdades y baja eficiencia económica hacia otro que vuelva compatibles entre sí productividad y bienestar) nunca ha sido un proceso fluido y espontáneo. Los automatismos virtuosos, productores de convergencia, forman parte más de la imaginería neoclásica que de la historia. Los países que llegaron tardíamente a formas, técnica y socialmente, más avanzadas del capitalismo moderno tuvieron que construir un camino propio para salir del atraso. Y aquellos que lo intentaron al margen de las experiencias de las naciones más adelantadas terminaron por desbarrancarse en utopías autoritarias en que los (eventuales) progresos técnicos no lograron convivir con una mejora persistente en las condiciones de la vida colectiva. Aquellos, en cambio, que intentaron seguir el rumbo (real o imaginado) de los países más avanzados, también extraviaron el camino mientras perseguían al fantasma de la modernización imitativa. La salida del atraso siempre ha sido una mezcla original de emulación e innovación, como ha ocurrido en tiempos recientes en Corea del Sur o como sucedió en Dinamarca y Japón en el pasado, por limitarnos a algunos casos aquí discutidos.

¿Salida lenta o rápida?

Si bien la maduración de las precondiciones para la salida del atraso económico puede ser lenta y abarcar lapsos históricos prolongados (pensando en una administración pública pasablemente eficaz y creíble o en una agricultura emancipada del autoconsumo), las experiencias que van de Suecia, a fines del siglo XIX, hasta Corea del Sur, un siglo después (con la parcial excepción de Italia), indican que el *tránsito final* es acelerado. El último tramo es un territorio que se recorre a la carrera. Quien marche más lento, en lugar de llegar después es probable que no llegue a ningún lado y se pierda en el camino.[4] Un desarrollo capaz de guiar hacia la salida del atraso implica activar energías sociales y económicas que, por un lado, tienden a reducir las disparidades de eficiencia productiva entre distintos sectores económicos (agricultura e industria en primera instancia) y, por el otro, promueven la reducción progresiva de la brecha entre pobreza extrema y opulencia.[5] Lo anterior es cierto sobre todo en periodos de relativa estabilidad tecnológica; en momentos de aceleración del cambio tecnológico, tanto las diferencias intersectoriales como sociales tienden a incrementarse, como sucedió a lo largo de casi un siglo des-

[4] Vinculando la transformación de las instituciones con la económica, Simon Kuznets afirmaba: "Es probable que un crecimiento lento del volumen total de actividad económica se vea acompañado por instituciones sociales que funcionan a dicha tasa lenta, instituciones que requerirían una modificación sustancial si tuviese que acelerarse la marcha del crecimiento total"; citado en A. N. Agarwala y S. P. Singh, *La economía del subdesarrollo,* Tecnos, Madrid, 1963/1973, p. 128.

[5] Dudley Seers, *Economía política del nacionalismo,* FCE, México, 1983/1986, p. 64.

pués de la primera revolución industrial y como se muestra en la actualidad con el despliegue de la tercera.

Los casos de salida del atraso, aunque se expresen en el aumento de la dotación del capital per cápita y de la incorporación de nuevas tecnologías a la producción, no pueden ser vistos como un *continuum* cuantitativo, sino como un cambio de equilibrios consolidados que abre el horizonte a nuevos comportamientos sociales y económicos. Según Schumpeter, la diferencia entre administrador y empresario es que el segundo busca nuevas combinaciones. "El desarrollo consiste sobre todo en emplear de forma distinta los recursos existentes, en hacer con ellos nuevas cosas, independientemente de que éstos aumenten más o menos."[6] Esto puede transferirse del terreno de la empresa al de la economía en su conjunto. Este razonamiento se encuentra en las antípodas de la visión ortodoxa de la economía contemporánea que, en la voz de un connotado economista neoclásico como Solow, considera el crecimiento una variable dependiente de la intensidad en el uso del capital. Para él, el capital social, el patrimonio de conexiones de confianza entre los individuos, que hace posible tanto la eficacia como la credibilidad de las instituciones, es una sustancia evanescente imposible de medir de manera unívoca y, por tanto, *ipso facto* irrelevante.[7]

Haciendo a un lado a Corea del Sur, los otros procesos exitosos de salida del atraso aquí considerados ocurrieron entre las últimas tres décadas del siglo XIX y la primera Guerra Mundial, en condiciones internacionales peculiares, cuando operaban dos tendencias: la expansión colonial de las principales potencias (lo que implicó una menor presión económica hacia los países geográficamente cercanos a los centros del capitalismo europeo) y la depresión económica que, entre 1873 y 1896, reactivó tendencias proteccionistas destinadas a fortalecer la percepción del desarrollo económico como una tarea en la que los Estados podían desempeñar un mayor papel respecto a la visión liberal dominante.[8]

En cierta medida puede decirse que la expansión colonial inglesa convivió con el ciclo recesivo que se impuso sobre la economía mundial. El colonialismo aseguró rendimientos relativamente elevados a las inversiones de

[6] Joseph A. Schumpeter, *The Theory of Economic Development,* Oxford University Press, Oxford, 1911/1974, p. 68.

[7] Robert M. Solow, "Notes on Social Capital and Economic Performance", en Partha Dasgupta e Ismail Serageldin (coords.), *Social Capital: A Multifaceted Perspective,* Banco Mundial, Washington, D. C., 2000, pp. 7-9.

[8] Véase Tony Smith, *Los modelos del imperialismo: Estados Unidos, Gran Bretaña y el mundo tardíamente industrializado desde 1815,* FCE, México, 1984, pp. 52-54. En las cuatro décadas anteriores a la primera Guerra Mundial, las posesiones imperiales de Inglaterra pasan de 24 millones a 33 millones de kilómetros cuadrados y las de Francia de 0.5 millones a 11 millones. A propósito de la baja en la economía mundial, el mismo autor señala: "Esta depresión del ciclo económico volvía especialmente atractivas las aventuras extranjeras y alentaba a empresarios y financieros a recurrir cada vez más a sus gobiernos para promover sus intereses" (p. 54).

ultramar, contribuyendo a desviar las energías económicas orientadas hacia la modernización del aparato productivo doméstico. En los más de 40 años que van de 1870 a 1913 las inversiones inglesas se mantuvieron estancadas entre 10 y 15% del ingreso nacional.[9] Las inversiones al exterior y las exportaciones de este país se dirigen en proporciones crecientes hacia el hemisferio sur, con el efecto de aligerar la presión británica sobre las economías europeas más atrasadas que vieron abrirse, de esta manera, valiosas oportunidades para su propio desarrollo.[10]

Si bien es cierto que a caballo entre los dos siglos las condiciones internacionales se volvieron propicias para los *latecomers,* también es cierto que sólo algunos de ellos pudieron aprovecharlas. Los factores externos ejercieron un papel positivo sólo en las naciones que habían comenzado a experimentar cambios importantes en sus estructuras tanto sociales como administrativas. En efecto, frente al gran salto hacia adelante de los países escandinavos y de Japón en los años examinados, no ocurrieron avances decisivos entre otros países periféricos de Europa, como España, Portugal o Grecia. Las condiciones internacionales se convirtieron en factor de impulso únicamente para aquellos países que estaban en posición de aprovecharlas.

El Estado en el desarrollo

En los países emergentes, desde fines del siglo XIX, el reencuentro entre Estado y economía se realizó en nombre de la consolidación nacional frente al poderío económico y militar de las potencias de la época, como es evidente en Dinamarca y Japón. En el frente económico, las figuras intelectuales del periodo no son ya Ricardo y Cobden, sino Saint-Simon y List: no por casualidad, un francés y un alemán. Incluso un país con una estructura económica relativamente moderna como Francia necesitaba "más Estado" que en la experiencia británica para sostener energías económicas sin las cuales estaba en riesgo de perder puntos frente a su vecino, al otro lado del canal de la Mancha. Ni como ideología ni como práctica económica el liberalismo tenía correspondencia plena con las necesidades de un país que necesitaba acelerar su

[9] Véase Alec K. Cairncross, *Home and Foreign Investment (1870-1913): Studies in Capital Accumulation,* Harvester Press, Sussex, 1953/1975, pp. 199 y 227.

[10] Entre 1870 y 1911 el porcentaje de las exportaciones inglesas hacia sus propias colonias crece de 24 a 35%, mientras la cuota dirigida hacia los Estados Unidos baja de 15 a 7% y la relativa a Alemania, Holanda y Bélgica va de 20 a 16%. Por otro lado, las inversiones inglesas al exterior se dirigen prioritariamente a las áreas del hemisferio sur pasando de 50 millones de libras esterlinas en América Latina en 1876 a 722 millones en 1914, mientras en Australasia pasan de 73 millones a 380 millones entre 1871 y 1914; véase A. K. Cairncross, *op. cit.,* pp. 185 y 189; y Arthur W. Lewis, *Crecimiento y fluctuaciones: 1870-1913,* FCE, México, 1978/1983, que muestra el decremento del dinamismo de la economía inglesa entre 1873 y 1913 en producción y productividad industrial (pp. 136 y 139).

industrialización. La versión francesa de Cobden serán los hermanos Pereire (con su acento en el papel estratégico del crédito industrial) y Saint-Simon, con su anhelo industrializador. Alexander Gerschenkron relata una anécdota de valor simbólico.

> Poco antes de su muerte, Saint-Simon pidió a Rouget de Lisle, el anciano autor de "La Marsellesa", que compusiera un nuevo himno, una "Marsellesa industrial". Rouget de Lisle accedió a sus deseos. En el nuevo himno, el hombre que una vez había invocado a los *enfants de la patrie* […] se dirigía ahora a los *enfants de l'industrie* —los "auténticos nobles"— quienes mediante la difusión de las artes industriales y el sometimiento del mundo a las pacíficas "leyes industriales", asegurarían la felicidad de todos los hombres.

Concluye Gerschenkron con sarcasmo: "No se sabe que Ricardo inspirara a nadie para que cambiase el Dios salve al Rey por 'Dios salve a la industria'".[11] Quedémonos con este autor. Hay en él una idea recurrente: el desarrollo económico de los países asume rasgos distintos dependiendo del momento histórico en que ocurre y buena parte de la diferencia estriba en el grado de intervención de las instituciones públicas:

> Todo hecho histórico que tiene lugar cambia el curso de todos los acontecimientos que le siguen […] Cuanto más atrasado fuese un país, tanto más posibilidades tendría de que su industrialización tuviera lugar bajo una dirección organizada […] Considerada de esta forma, la historia industrial de Europa no se dibuja como una serie de meras repeticiones de la industrialización "primera", es decir, de la de Inglaterra, sino que aparece como un sistema ordenado de desviaciones graduales que tuvieron lugar con respecto a la misma.[12]

La secuencia cronológica de aceleración del desarrollo representada por Inglaterra, Francia, Alemania y Japón, hasta llegar a Corea del Sur (y China, que aún no cumple plenamente su recorrido de salida del atraso), indica una línea que va de menos a más Estado. La *dosis institucional* que había sido suficiente para favorecer la revolución industrial en Inglaterra no lo sería en la Francia de las décadas posteriores, y así sucesivamente hasta llegar al Japón Meiji y, más allá, hasta la Corea del Sur de Park Chung-hee en la segunda mitad del siglo XX, donde sólo una firme acción gubernamental pudo coordinar las fuerzas suficientes para vencer las inercias acumuladas. Pero, naturalmente, no es sólo un problema de *cuánto* Estado, sino de su calidad en asumir un papel creíble de impulso selectivo y coordinación.

[11] Alexander Gerschenkron, *El atraso económico en su perspectiva histórica,* Ariel, Barcelona, 1962/1968, p. 33.

[12] *Ibid.,* pp. 49-52.

Es oportuno evitar una visión metahistórica de las instituciones públicas como *Deus ex machina*. En realidad, el atraso indica generalmente un *retardo* tanto económico como institucional. A una economía atrasada corresponde una estructura estatal pobremente integrada, escasamente eficaz y con bajos niveles de credibilidad social. Se establece así un círculo vicioso entre atraso económico y debilidad institucional que se refuerza mutuamente. Es lo que reconoce Sylos-Labini:

> La administración pública refleja el grado de desarrollo de la sociedad: si ésta es atrasada aquélla también será atrasada e ineficiente […] Es por esto que, en las economías atrasadas de la actualidad, el arranque de un proceso de desarrollo industrial resulta tan difícil […] El punto focal de las contradicciones está en la administración pública, cuya intervención es necesaria, pero cuya eficacia es baja y, a veces, bajísima.[13]

En tiempos más recientes, algunas líneas de investigación tienden a reforzar esta postura buscando las raíces históricas de lo que podría calificarse como "atraso institucional", lo que hemos visto en distintas formas en los casos de la India, Nigeria, Brasil y México.

Contrastando América del Norte y América del Sur, unos estudiosos han formulado la hipótesis que indica que la naturaleza antigua de las instituciones tiende a conservarse en el tiempo, si bien modificando sus características. Si las instituciones constituyen una racionalidad social incorporada (como un esqueleto que cambia en menor grado que el cuerpo que sostiene), se trata de racionalides diferentes que, por un lado, correspondiendo a sociedades relativamente equitativas, tienden a mantener abiertas rutas de movilidad social para conservar su legitimación. Éste sería el caso de los Estados Unidos y Canadá. Por otro lado, en América Latina las instituciones coloniales extorsivas nacieron sobre bases de aguda desigualdad que las élites han buscado preservar por generaciones cerrando espacios de movilidad social que pudieran haber debilitado su capacidad de control y sus privilegios adquiridos. Se plantea así una neta frontera entre instituciones originalmente extorsivas e instituciones de inspiración democrática *ab initio* en un entorno relativamente equitativo. Algunos datos sobre tenencia de la tierra ilustran esta diferencia incluso en relación con el tiempo de las primeras colonizaciones. En 1900, cerca de un siglo después de las distintas independencias políticas, el porcentaje de familias con propiedad de tierra fue de 87% en Canadá y 75% en los Estados Unidos para bajar bruscamente a 19% en Argentina y 2.4% en México.[14] De lo que puede inferirse que la calidad de las instituciones (en corres-

[13] Paolo Sylos-Labini, *Dispense di economia: 1968-69,* Dell'Ateneo, Roma, 1969, p. 177.

[14] Véase Stanley L. Engerman y Kenneth L. Sokoloff, *Economic Development in the Americas since 1500: Endowments and Institutions,* Cambridge University Press, Nueva York, 2012, p. 66.

pondencia con diferentes niveles de desigualdad) tiene efectos perdurables sobre el desempeño (cuantitativo y cualitativo) de la economía.[15]

Industrialización sí, pero…

Tan prepotente fue el impacto del paradigma británico que su revolución industrial cimentó un dominio en el mundo que duraría más de un siglo. Tanto en el pensamiento económico como en la cultura en general, la industrialización se volvió sinónimo de desarrollo económico. Es obvio que esta identificación tuvo, y tiene, fuertes argumentos a su favor. Gracias a ella se rompieron definitivamente las costras de tradicionalismo productivo y social, se activaron energías idóneas para convertir el conocimiento científico en nuevas aplicaciones tecnológicas, se multiplicaron las capacidades productivas y se amplió el ámbito de necesidades, posibilidades y expectativas de la sociedad. Sin embargo, esta identificación representó también un costo elevado, ya que ocurrió sobre la base de una visión técnico-positivista, le dio a la fábrica un aspecto de *Deus ex machina* del desarrollo económico. Y así éste, como proceso de evolución social hacia niveles superiores de eficiencia y capacidad productiva global, terminó por ser visto en forma unilateral como industrialización. Este proceso implicó perder de vista factores sistémicos —macroeconómicos y sociales— entre los que la industrialización puede ser o dejar de ser un elemento de salida del atraso. Varios países *en vías de desarrollo* aceptaron pagar costos, en ocasiones excesivos, por cualquier forma que la industrialización pudiera asumir.

Si bien es cierto que en etapas avanzadas el grado de industrialización puede ser un indicador relativamente confiable de la eficiencia global de una economía, resulta dudoso que este indicador, por sí solo, pueda ser asumido como regla universal en las etapas de consolidación de una economía hacia su madurez. Si ponemos igual a 100 el producto industrial per cápita medio de Europa en 1900, el índice correspondiente a Dinamarca era de 85 en aquel año e incluso Holanda, uno de los países más avanzados en términos de articulación económica inter e intrasectorial y de bienestar social, presentaba un índice de 97. En el mismo año, Suecia apenas superaba la media europea con un índice de 104.[16]

[15] Véase Karla Hoff, "Paths of Institutional Development: A View from Economic History", *The World Bank Research Observer,* vol. 18, núm. 2, 2003, p. 208; Daron Acemoglu *et al.,* "The Colonial Origins of Comparative Development: An Empirical Investigation", *The American Economic Review,* vol. 91, núm. 5, 2001, p. 1372.

[16] Véase Iván T. Berend y Gyorgy Ranki, *The European Periphery and Industrialization: 1780-1914,* Akadémiai Kiadó, Budapest, 1982, p. 144. El año en cuestión, el índice para Inglaterra era de 254.

En las experiencias exitosas la reducción porcentual de la población activa dedicada a la agricultura avanzó progresivamente, mientras la productividad del campo se incrementaba con la producción. Se generó así una transferencia progresiva de recursos desde la agricultura hacia las actividades secundarias, sin que ello significara la creación de amplios espacios de subempleo o desempleo estructural y sin el abandono de zonas agrícolas susceptibles de aprovechamiento. Escribía Arthur Lewis:

> La causa principal de la pobreza de los países en vías de desarrollo […] es que la mitad de su fuerza de trabajo (más o menos) produce alimentos a niveles de productividad muy bajos. Esto limita al mercado interno de manufacturas y servicios, mantiene una propensión a importar demasiado elevada, reduce la capacidad tributaria y el ahorro y provee bienes y servicios de exportación en condiciones desventajosas.[17]

Aun a riesgo de dar un aspecto fisiocrático a lo que sigue, es posible suponer que, cuando menos en las fases iniciales de modernización económica, el tamaño de la industria de un país está ligado a la productividad media del campo. En arcos de tiempo suficientemente amplios, el único descenso de la población agrícola que puede considerarse de forma positiva es aquel que interviene mientras la productividad del sector se incrementa. A falta de este requisito, la migración rural hacia los centros urbanos sólo indica una modernización de los estilos de vida sin un necesario incremento en la productividad global ni en el grado de bienestar colectivo. Uno de los mayores estudiosos de la industrialización en Inglaterra escribía:

> A medida que las manufacturas incrementan su importancia, la agricultura tiende a retroceder. Pero el desarrollo industrial depende en varios aspectos del desarrollo agrícola. Así que existe el peligro de que las potencialidades de una expansión manufacturera resulten exageradas y de que el desarrollo de la economía en su conjunto se confunda con una expansión, transitoria, de grupos aislados de industrias.[18]

Para los países que tuvieron éxito en dejar el atraso a sus espaldas fue importante que la introducción de los avances tecnológicos disponibles a nivel mundial no derivara en una brusca desestructuración del tejido productivo preexistente, evitándose así un dualismo que hubiera podido reproducirse en el tiempo. Además, la centralización del Estado, el cuidado en la consolidación

[17] W. Arthur Lewis, *Evolución del orden económico internacional,* El Colegio de México, México, 1977/1980, p. 86.

[18] Walther G. Hoffmann, *British Industry: 1700-1950,* Basil Blackwell, Oxford, 1955/1965, pp. 1-2.

de estructuras agrícolas eficientes y en un sistema educativo capilar estuvieron entre los elementos medulares del entorno, sin el cual la industrialización no habría podido dotarse de las condiciones favorables para su ulterior desarrollo. Dicho de otra forma: la tecnología productiva fue capaz de desempeñar sus funciones dinámicas gracias a que se insertó en una "tecnología social" en la que el cambio intervino, con mayor o menor desfase, juntamente con factores de integración dirigidos hacia una nueva coherencia sistémica.

Además, si el desarrollo industrial crea menos trabajo del que destruye indirectamente en la agricultura, puede resultar que el crecimiento de éste, en el breve periodo, se pague con el lento desarrollo económico general en el largo plazo. Si el desempleo urbano y el subempleo rural se convierten en presencias estructurales, se derivarán bajos salarios, lenta expansión del mercado interno y el correspondiente desincentivo a la innovación tecnológica. La industrialización no se basta a sí misma.

Sobre el dualismo

Abarcando la historia económica de varios países a lo largo de más de un siglo, es inevitable reconocer la eficiencia como una dimensión sociopolítica y macroeconómica antes que como una dimensión técnica y microeconómica. La habilidad para aprovechar los recursos naturales disponibles, la generación de ahorro, la capacitación técnica de la mano de obra, el dinamismo de las inversiones, el empuje innovador, el grado de bienestar, la eficacia de la administración pública y la legitimación social de las instituciones forman parte de un denso entramado en el que la eficiencia de un sistema económico muestra una disposición multifuncional *in itinere*. Lo eficiente —pensando en una lógica de salida del atraso— está constituido por esta red más que por unidades productivas específicas sembradas en el territorio. El desarrollo es un estado de tensión orientado hacia crecientes grados de interdependencia y homogeneidad,[19] salvo, como se ha dicho, en momentos de fuerte aceleración tecnológica.

El desarrollo es un sistema en el que los recursos disponibles (físicos y humanos) forman una urdimbre social en la que la producción alimenta nuevas necesidades que, a su vez, promueven nuevos niveles de producción y nuevas tecnologías. En esta perspectiva, el atraso económico no es un pro-

[19] Una diferencia crítica entre América Latina y Europa es que el índice de Gini, antes y después de impuestos, pasa en la primera región, de 52 a 51 (revelando una alta desigualdad de mercado que se conserva incluso después de la intervención fiscal), mientras en la segunda pasa de 46 a 31 (lo que indica que una menor desigualdad de mercado es sensiblemente abatida por el carácter progresivo de los impuestos); véase Edwin Goñi, Humberto López y Luis Servén, "Fiscal Redistribution and Income Inequality in Latin America", *World Development,* vol. 39, núm. 9, 2011, p. 1 560.

blema de estrictas insuficiencias: de ahorro, de mano de obra capacitada, de capital, etc. Es algo más complejo que un fenómeno que pueda describirse con un signo de menos. Uno de sus rasgos centrales es la convivencia de modernidad y atraso, un híbrido cuyo aspecto central es el dualismo. Dualismo en la productividad (entre empresas de diferente tamaño y entre sectores económicos), dualismo salarial, dualismo territorial, etc. O sea, una precaria integración económica nacional independiente de la existencia aislada de empresas modernas de elevada productividad. Las historias económicas estudiadas en estas páginas no parecen indicar un desarrollo que por su fuerza espontánea se transmita de sus enclaves de modernidad hacia el resto de la economía. El *trickle down* pertenece más al bagaje de las metáforas sugerentes que a la historia de los procesos de salida del atraso. Sólo en una economía que se mueve hacia una mayor integración, los beneficios que vienen de los avances localizados de productividad tienden a difundirse al conjunto, reduciendo los costos y creando nueva demanda para otros sectores de la economía o de la población. Sin embargo, en el universo del atraso, esta fluidez es trabada y el dualismo obstaculiza los efectos multiplicadores de los progresos localizados. Incluso antes de que comenzaran su tránsito del atraso al desarrollo, Japón, Suecia y Dinamarca eran, a mediados del siglo XIX, países sin las grandes disparidades que siguen caracterizando a otros como la India, Nigeria, Brasil o México.[20]

Si bien en los primeros tres países mencionados el desarrollo implicó la ruptura de antiguos equilibrios socioeconómicos, de ahí no se derivaron persistentes desgarramientos estructurales; no se estableció una separación infranqueable entre el dinamismo de las actividades modernas y el estancamiento de las actividades tradicionales. En este sentido, deben ser vistos positivamente los cambios rurales y la difusión de escuelas técnico-agrarias durante el periodo Meiji, el desarrollo de la cooperación rural en Dinamarca o el trazo territorial envolvente de las líneas ferroviarias en Suecia, así como el desarrollo de su movimiento sindical. Que fuera sobre la base de un aparato estatal eficiente (como en Japón), a partir de una voluntad de integración nacional o frente a la amenaza expansionista externa (como en Dinamarca después de 1864) o como consecuencia de la presión social y del carácter descentralizado del Estado (en Suecia), cualesquiera que fueran los orígenes y las modalidades, operaron en estos casos factores capaces de evitar el enquistamiento de rasgos dualistas permanentes. Lo contrario de lo sucedido en la Italia unitaria y, en varias formas y periodos, en la historia de la India, Nigeria, Brasil y México.

[20] "La dualidad estructural [...] típica de los países menos desarrollados, no caracterizó a la mayoría de los países actualmente desarrollados durante las fases iniciales de su crecimiento sobre bases modernas", S. Kuznets, *Economic Growth of Nations: Total Output and Production Structure,* Harvard University Press, Cambridge, 1971, p. 313.

Razonando en términos generales, la línea de causación parecería ir más de la producción a la productividad que al revés.[21] Aunque el desarrollo capitalista implique un uso más intensivo del capital, no se puede pasar por alto que en las economías contemporáneas avanzadas el consumo familiar (final) se mueve en un rango de entre 60 y 70% del consumo total. El crecimiento sostenido de un sector productor de bienes de producción requiere, como requisito, un mercado amplio y dinámico del lado de los bienes de consumo, sin el cual las necesidades técnicas de los reducidos núcleos modernos tenderán a satisfacerse por medio de la adquisición de bienes de producción en mercados externos, estableciéndose así una dependencia tecnológica cada vez más difícil de vencer cuanto menos extendida e integrada sea la economía doméstica.

> Supongamos que Robinson Crusoe tuviese 200 o 300 clavos y quisiera clavarlos en algún árbol para colgar sus redes de pescar o sus efectos personales. Lo primero que le convendría sería sentarse y hacer un martillo sencillo para fijar los clavos en los árboles. Su esfuerzo total se reduciría; haría el trabajo más rápidamente. Pero si tuviera solamente dos o tres clavos no valdría la pena hacer un martillo. Recogería y usaría una piedra que sirviera para el caso. Sería un método lento e inconveniente; pero sería antieconómico producir equipo de capital en la forma de un martillo sólo para clavar dos o tres clavos en un árbol.[22]

Uno de los raros casos para los que lo que vale para el viejo Robinson vale también para la economía en su conjunto.

La integración interna de una economía se inclina a crear las condiciones para el acceso a niveles cada vez más elevados de eficiencia. El camino inverso (de la eficiencia a la integración), en situaciones de escasez de capital, tiende a convertir la economía en una piel de leopardo en la que prevalecen el desempleo estructural, el uso de tecnologías excesivamente intensivas en capital y el desaprovechamiento de la posible capacidad productiva. De allí al dualismo geográfico, sectorial y social, el paso es corto. Un estudio sobre la economía chilena muestra cómo la heterogeneidad estructural —*copyright* de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)— proviene no sólo de la diferencia de productividad entre diferentes sectores, sino, especialmente, de la diferencia de tamaño de las unidades productivas. O sea, las pequeñas y medianas empresas, con menores niveles de productividad y de presencia exportadora, son al mismo tiempo las mayores generadoras de empleo, de tal manera que el aumento de la eficiencia de las grandes empresas no contribuye significativamente ni al empleo ni a la integración del merca-

[21] Petrus J. Verdoorn, "Fattori che regolano lo sviluppo della produttività del lavoro", *L'Industria*, núm. 1, 1949, pp. 45-53; y Nicholas Kaldor, *Strategic Factors in Economic Development*, W. F. Humphrey, Nueva York, 1967, pp. 13-23.

[22] Ragnar Nurkse, *Problemas de formación de capital en los países insuficientemente desarrollados*, FCE, México, 1953/1955, pp. 15-16.

do doméstico.[23] Y el crecimiento económico reproduce así la segmentación social y productiva que, supuestamente, debería superar.

¿Convergencia?

A juzgar por los acontecimientos, dos resquicios se abrieron a la salida del atraso económico en la Edad contemporánea. El primero, en el medio siglo posterior a los años cercanos a 1870; un periodo en cuyos inicios la crisis internacional empujó hacia un repunte del proteccionismo.[24] Un siglo después, frente a la aceleración del comercio internacional y a través de políticas que mezclaban protección y apertura selectivas, varios países de Asia oriental también construyeron su propia ruta más allá del atraso. Y poco después, la propia China seguiría el mismo camino, aunque en la actualidad no haya terminado de recorrerlo. En estos dos momentos históricos que hicieron posible la emancipación del atraso para varios países, en Europa occidental y en Asia oriental, las circunstancias externas, diversamente favorables, habrían sido insuficientes sin fuertes instituciones públicas y sin políticas de consolidación productiva interna con una especial atención inicial a la agricultura.

Sin embargo, sobrevolando políticas específicas y circunstancias internacionales concretas, persiste una idea de *convergencia,* digamos así espontánea, en el ámbito de la tradición neoclásica. He aquí el argumento en sus mínimos términos: en el largo plazo, la tasa de crecimiento de una economía es inversamente proporcional al grado de madurez previamente alcanzado. La razón es que los rendimientos (el producto marginal) del capital tienden a descender en los contextos en que este factor es abundante, y a crecer donde es escaso. De ahí, *ceteris paribus,* el tendencial incremento de las inversiones en los países pobres respecto a los países ricos y, consiguientemente, el diferencial de crecimiento a favor de los primeros.

En la formulación de Baumol, los factores activos de la convergencia serían las innovaciones tecnológicas y las inversiones internacionales. En un mundo donde, supuestamente, las inversiones exteriores y las innovaciones tecnológicas constituyen "bienes públicos internacionales", los más beneficiados en el aprendizaje de las nuevas técnicas, dados los bajos niveles de inicio, serán justamente los países atrasados.[25] Utilizando los datos correspondientes a 16 países hoy desarrollados, y comparando las tasas medias de crecimiento

[23] *Cf.* Ricardo Infante y Osvaldo Sunkel, "Hacia un crecimiento inclusivo", en O. Sunkel y R. Infante (coords.), *Hacia un desarrollo inclusivo: El caso de Chile,* CEPAL/OIT, Santiago de Chile, 2009, pp. 40 y ss.

[24] Paul Bairoch, *Commerce extérieur et développement économique de l'Europe au XIX^e siècle,* Mouton, París, 1976, p. 49.

[25] William J. Baumol, "Productivity Growth, Convergence, and Welfare: What the Long-Run Data Show", *American Economic Review,* vol. 76, núm. 5, 1986, pp. 1 077-1 078.

entre 1870 y 1979 con el PIB per cápita en 1870, resultaría que los países que más crecieron en el siglo en cuestión fueron justamente aquellos que en 1870 registraban los niveles más bajos de producto interno bruto (PIB) per cápita. Puesto así, el argumento parece irrebatible, y sin embargo, no lo es.

Pero antes de ver por qué la idea de la convergencia (como tendencia global espontánea) es cuestionable, sobre todo cuando se comparan entre sí países de muy distintos niveles de desarrollo, es necesario decir dos palabras sobre la puesta en juego. Si el profesor Baumol estuviera en lo cierto, el atraso económico dejaría de ser un problema persistente y analíticamente relevante para convertirse en un asunto residual: el desarrollo estaría asegurado a través de fuerzas espontáneas que, por medio de la imitación tecnológica y de las inversiones internacionales, garantizarían la inevitable convergencia. En esta óptica, el atraso económico se explicaría sobre todo como resistencia de los países atrasados a dejarse conducir por las leyes económicas que operan silenciosamente a escala mundial. Como de costumbre, el razonamiento neoclásico se basa en una simplificación de la realidad que termina por distorsionarla. El atraso es mucho más que una situación cuantificable en términos de menor productividad o de menor nivel de bienestar respecto a las economías más adelantadas. Si el atraso descansa sobre formas específicas de relación entre economía, sociedad y política, esto es, sobre una "fisiología" socioeconómica propia que se reproduce endógenamente, transferencia tecnológica, comercio internacional e inversiones extranjeras pueden no ser suficientes para movilizar las energías que logren conducir a un país fuera de su atraso.

Para ser posible, la convergencia supone la puesta en acción progresiva de arreglos socioeconómicos en que los avances de productividad sectoriales lleven a un creciente encadenamiento intra e intersectorial capaz de activar una maquinaria social de desarrollo. Como hemos visto en las experiencias estudiadas, la formación histórica de este tejido es el *prius* sin el cual transferencia tecnológica y capitales foráneos pueden mejorar el desempeño de algunas empresas (y hasta acelerar el crecimiento de una economía por ciertos periodos) sin vencer las inercias dualistas que restan eficacia al desarrollo económico general y de largo plazo. Al margen de supuestos automatismos virtuosos internacionales, la diferencia crítica se ha construido históricamente alrededor del cambio inicial en la agricultura y en la calidad institucional.

Sin considerar que la convergencia imaginada por Baumol se derivaba de haber elegido *ex post* 16 países de elevado crecimiento en el periodo mencionado, como registró una crítica contemporánea.[26] Más recientemente se ha vuelto sobre la idea de que desde la primera revolución industrial ha operado internacionalmente una especie de *Big Bang* que conduce a una creciente diferenciación entre los países; una tendencia que lleva dos siglos de progresivo

[26] Bradford de Long, "Productivity Growth, Convergence, and Welfare: Comment", *American Economic Review,* vol. 78, núm. 5, 1988, p. 1 148.

incremento.[27] En las últimas décadas, sobre los datos globales de desigualdad entre países actúan tendencias contrapuestas: una, que lleva a la ampliación de las distancias (entre los países y a su interior) y está asociada a la nueva revolución tecnológica, y otra, que contiene las diferencias entre los países debido a las recientes y elevadas tasas de crecimiento en China e India, dos naciones con alta ponderación en los datos globales. Es interesante notar cómo ha evolucionado el diferencial de ingresos per cápita entre México y los Estados Unidos a partir de 1994 con la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) que, desde la óptica oficial mexicana, a través de la liberalización comercial debía activar un sólido rumbo de convergencia con los Estados Unidos. Limitémonos al dato de mayor espectro, el PIB per cápita, medido en paridad de poder de compra, según datos del Banco Mundial.[28] En 1994 este indicador en México era 32% del de los Estados Unidos, 22 años después, en 2016, se redujo a 30%. O sea, a pesar de los auspicios de que, removiendo obstáculos arancelarios entre los dos países, deberían haberse activado tendencias naturales de convergencia, ocurrió lo contrario: aumentó la disparidad de ingresos entre los dos vecinos.

No obstante las seguridades doctrinarias, el problema de la salida del atraso económico es, por desgracia, más complejo y de éxito más incierto que aquello que sugiere una teoría basada sobre supuestas leyes eternas del comportamiento humano.

Tiempos cruzados

Como otras veces, pero ésta a escala global, más que un puente, el presente se parece a una falla sísmica en la que pasado y futuro chocan revelando su discontinuidad. El nuestro es un tiempo en el que varios hilos que venían de lejos se rompen, mientras otros se anudan para tejer una trama que está lejos de mostrar un diseño relativamente asentado. En la conclusión de este largo recorrido recojamos algunas ideas bajo el foco del atraso y sus perspectivas de superación. ¿Qué nos dice el presente mirando al pasado? Un par de cosas. La primera es que, hasta ahora, no ha habido experiencia alguna de salida del atraso en países con una prolongada historia colonial. Éste es el hecho. ¿Cuáles, sus posibles explicaciones? Probablemente la razón de mayor peso está en la antigua desconexión entre sociedad e instituciones que deja como legado una doble impotencia: por un lado, sociedades con una tradicional carga de segmentación que disuelve, en el imaginario colectivo, la violencia de su origen legitimando su persistencia y, por el otro, instituciones que

[27] *Cf.* Branko Milanovic, *Global Inequality: A New Approach for the Age of Globalization,* Belknap Press, Londres, 2016, pp. 118-122.

[28] BM, "PIB per cápita", BM, 2017. Disponible en https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.PCAP.CD

perpetúan inercialmente un carácter extorsivo impidiéndoles ser realmente responsables frente a sus propias sociedades. Otra *enseñanza* que nos viene del pasado es que, hasta hoy, no se registra ninguna experiencia exitosa de salida del atraso fuera del capitalismo, aunque cada experiencia exitosa tuviera que recrear el capitalismo en formas propias.[29]

¿Qué nos dice el presente mirando al futuro? Limitémonos, aquí también, a dos aspectos mayores. El primero es que la reducción de las distancias sociales, que fue uno de los rasgos de las economías desarrolladas a lo largo del siglo pasado, ha perdido su empuje y en varios casos la tendencia a la homologación se ha revertido.[30] Por más de un siglo, salir del atraso, además de la reducción de las distancias de productividad entre países, suponía la reversión de las distancias sociales al interior de cada uno de ellos. Pero, si el polo desarrollado del mundo se mueve hacia una creciente desigualdad, la idea misma de reproducir la experiencia de los países más adelantados deja de tener una lectura unívoca. Y de ahí, hasta llegar al límite de una hipótesis de subdesarrollo del desarrollo, el retorno revisitado a una modernidad de estamentos con muy escasos márgenes de movilidad social. En este sentido, una perversa ironía podría indicar el atraso como vanguardia en los procesos de segmentación social en el mundo. El segundo aspecto es que el capitalismo ha entrado en una edad de redefinición obligado por imperativos ecológicos y demográficos que imponen nuevas formas de consumo, de producción y de trabajo y una distinta regulación política de los procesos globales de interdependencia. ¿Hacia dónde? La incertidumbre frente a esta pregunta es lo que asigna a nuestro tiempo su carácter vacilante entre la adaptación a poderosas fuerzas históricas en acción y la tentación de ingenierías sociales utópicas. Si hasta hace algunas décadas la salida del atraso podía contar con una visión del presente de los países desarrollados como referencia (aunque no fuera mucho más que eso), este presente del "desarrollo" se ha vuelto más borroso para aquellos que busquen en él una orientación.

En este contexto de incertidumbre, el pensamiento liberal encuentra mayores espacios delegando a los mercados y a los individuos aquello que la política y las colectividades no pueden llenar con proyectos de gran aliento frente a los retos del cambio tecnológico acelerado y de las urgencias ecológicas

[29] A pesar de lo cual, frente a las dificultades del presente, no son infrecuentes las huidas hacia adelante con las cuales viejas utopías derrotadas reemergen, por ejemplo, como anhelo de una "democracia radical" con control popular directo sobre fábricas, recursos, universidades, etc. Véase Richard Peet y Elaine Hartwick, *Theories of Development: Contentions, Arguments, Alternatives,* Guilford Press, Nueva York/Londres, 2015, pp. 320-324, pese a que no parece haber sobradas razones para suponer que el viejo pensamiento anarquista de Proudhon pueda ser más históricamente viable de lo que fue hace ya casi dos siglos.

[30] Con avances de productividad que sólo raramente alimentan mayores niveles de bienestar colectivo, véase Tony Judt, *Algo va mal,* Taurus, México, 2010, pp. 110-111 y 182 sobre el retroceso de la responsabilidad pública y la "obsesión por la productividad".

y demográficas. El encanto del liberalismo económico es que hace de la ausencia de la perspectiva asociada a la voluntad colectiva una virtud. Con lo cual tiende a borrarse de la memoria lo que decía Keynes hace casi un siglo con su acostumbrado *understatement:* "La experiencia no demuestra que los individuos, cuando forman una unidad social, son siempre menos clarividentes que cuando actúan por separado".[31]

En medio de una "obsesión por la productividad" ligada a las presiones competitivas internacionales y del debilitamiento del vínculo keynesiano entre política económica y nivel de bienestar, debido a variables globales fuera de control para los Estados nacionales, también se debilita la idea de la historia como *magistra vitae.* No parece que haya mucho que aprender de las experiencias del pasado. Hoy, probablemente más que ayer, los seres humanos estamos prisioneros entre un pasado que no puede repetirse y un futuro inimaginable. Pero continúa siendo cierto que salir del atraso requiere multiplicar la capacidad creativa de las sociedades, lo que supone desarrollar sinapsis y no sólo experiencias productivas modernas y competitivas. Salir del atraso sigue siendo el proceso a través del cual una sociedad fortalece su capacidad competitiva descubriendo grados más avanzados de cooperación y coordinación en su propio seno.

[31] J. M. Keynes, *Ensayos de persuasión,* Crítica, Barcelona, 1931/1998, p. 290.

BIBLIOGRAFÍA

Abba, Giuseppe Cesare, *Da Quarto al Volturno,* Universale Economica, Milán, 1891/1949.

Abreu, Marcelo, y Dorte Verner, *Long-Term Brazilian Economic Growth: 1930-1994,* OCDE, París, 1997.

Acemoglu, Daron, Simon Johnson y James A. Robinson, "The Colonial Origins of Comparative Development: An Empirical Investigation", *The American Economic Review,* vol. 91, núm. 5, 2001, pp. 1 369-1 401.

Achebe, Chinua, *There Was a Country: A Personal History of Biafra,* Penguin Press, Nueva York, 2012.

Adams, Julia, *The Familial State: Ruling Families and Merchant Capitalism in Early Modern Europe,* Cornell University Press, Nueva York, 2007.

Addy, John, *The Agrarian Revolution,* Longman, Londres, 1972.

Adunbi, Omolade, *Oil Wealth and Insurgency in Nigeria,* Indiana University Press, Bloomington, 2015.

African Development Bank Group (AFDB), African Union Commission (AUC) y United Nations Economic Commission for Africa (ECA), *African Statistical Yearbook 2016. Annuaire statistique pour l'Afrique,* Scanprint, Dinamarca, 2016. Disponible en https://www.afdb.org/fileadmin/uploads/afdb/Documents/Publications/African_Statistical_Yearbook_2016.pdf

Agarwala, A. N., y S. P. Singh, *La economía del subdesarrollo,* Tecnos, Madrid, 1963/1973.

Agbiboa, Daniel Egiegba, "Between Corruption and Development: The Political Economy of State Robbery in Nigeria", *Journal of Business Ethics,* vol. 108, núm. 3, 2012, pp. 325-345.

Ahluwalia, Isher Judge, *Industrial Growth in India: Stagnation since the Mid-Sixties,* Oxford University Press, Nueva Delhi, 1985.

Ahluwalia, Montek S., "Economic Reforms in India since 1991: Has Gradualism Worked?", *Journal of Economic Perspectives,* vol. 16, núm. 3, 2002, pp. 67-88.

Akino, Masakatsu, y Yujiro Hayami, "Sources of Agricultural Growth in Japan (1880-1965)", *The Quarterly Journal of Economics,* vol. LXXXVIII, núm. 3, 1974, pp. 454-479.

Akinsanya, Adeoye A., "State Strategies toward Nigerian and Foreign Business", en I. William Zartman (coord.), *The Political Economy of Nigeria,* Praeger, Nueva York, 1983.

Alston, Lee J., Marcus André Melo, Bernardo Mueller y Carlos Pereira, *Brazil in Transition: Beliefs, Leadership, and Institutional Change,* Princeton University Press, Princeton, 2016.

Altamirano Cozzi, Graziella, *De las buenas familias de Durango: Parentesco, fortuna y poder (1880-1920),* Instituto Mora, México, 2010.

Amsden, Alice H., *Asia's Next Giant: South Korea and Late Industrialization,* Oxford University Press, Nueva York, 1992.

An, Chong-Bum, y Barry Bosworth, *Income Inequality in Korea: An Analysis of Trends, Causes, and Answers,* Harvard University Press, Cambridge, 2013.

Ander, Fritiof, *The Building of Modern Sweden: The Reign of Gustavo V (1907-1950),* Augustana Book Concern, Rock Island, 1958.

Andrén, Anders, "State and Towns in the Middle Ages: The Scandinavian Experience", *Theory and Society,* vol. 18, núm. 5, 1989, pp. 585-609.

Anguiano, Eugenio, y Ugo Pipitone (coords.), *China, de los Xia a la República Popular (2070 a.C.-1949),* CIDE, México, 2012.

Anievas, Alexander, y Kerem Nisancioglu, *How the West Came to Rule: The Geopolitical Origins of Capitalism,* Pluto Press, Chippenham, 2015.

Arena, Celestino, "La finanza pubblica dall'Unità ad oggi", en *L'economia italiana dal 1861 al 1961,* Giuffré, Milán, 1961.

Aristegui, Carmen, y Ricardo Trabulsi, *Transición,* Grijalbo, México, 2010.

Arnorld, Jens, y João Jalles, "Dividing the Pie in Brazil: Income Distribution, Social Policies and the New Middle Class", Working Paper No. 1105, OECD Economic Department, 2014.

Aroca, Patricio, y Nicolás Garrido, "El impacto del salario mínimo en los ingresos y el empleo en México", *Revista CEPAL,* núm. 122, 2017, pp. 205-234.

Arowosegbe, Jeremiah O., "Violence and National Development in Nigeria: The Political Economy of Youth Restiveness in the Niger Delta", *Review of African Political Economy,* vol. 36, núm. 122, 2009, pp. 575-594.

Ashby, Joe C., *Organized Labor and the Mexican Revolution under Lázaro Cárdenas,* The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1967.

Augé-Laribé, Michel, *La revolución agrícola,* UTEHA, México, 1960.

Ayo, Bamidele, *Public Administration and the Conduct of Community Affairs among the Yoruba in Nigeria,* Institute for Contemporary Studies, Oakland, 2002.

Bacha, Edmar L., "Crecimiento económico y salarios rurales y urbanos: El caso de Brasil", en Edmar L. Bacha, *El milagro y la crisis: economía brasileña y latinoamericana,* FCE, México, 1986.

———, *El milagro y la crisis: Economía brasileña y latinoamericana,* FCE, México, 1986.

Bacha, Edmar L., y Regis Bonelli, *Coincident Growth Collapses: Brazil and Mexico since the Early 1980s,* Fundación Getulio Vargas/IBRE, Río de Janeiro, 2015.

Baer, Werner, *The Brazilian Economy: Growth and Development,* 7ª ed., Lynne Rienner, Boulder, 1979/2014.

Bairoch, Paul, *Commerce extérieur et développement économique de l'Europe au XIX^e siècle,* Mouton, París, 1976.

Bairoch, Paul, "Europe's Gross National Product (1800-1975)", *The Journal of European Economic History,* vol. 5, núm. 2, 1976, pp. 273-340.
———, *Cities and Economic Development: From the Dawn of History to the Present,* The University of Chicago Press, Chicago, 1988.
Bambirra, Vania, y Theotonio Dos Santos, "Brasil: Nacionalismo, populismo y dictadura. 50 años de crisis social", en Pablo González Casanova (coord.), *América Latina: Historia de medio siglo,* Siglo XXI Editores, México, 1979.
Banco de México (Banxico), *Compilación de informes trimestrales correspondientes al año 2016,* Banxico, México, 2016.
Banco Mundial (BM), "Indicadores por país: Brasil", BM. Disponible en https://datos.bancomundial.org/pais/brasil
———, "Indicadores por país: India", BM. Disponible en https://datos.bancomundial.org/pais/india
———, "Indicadores por país: Suecia", BM. Disponible en https://datos.bancomundial.org/pais/suecia?view=chart
———, "Índice de Gini; Brasil", BM. Disponible en https://datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.GINI?locations=BR
———, "Inversión Extranjera Directa", BM. Disponible en https://datos.bancomundial.org/indicador/BX.KLT.DINV.CD.WD
———, "Inflación. Precios al consumidor", BM. Disponible en https://datos.bancomundial.org/indicador/FP.CPI.TOTL.ZG
———, "PIB per cápita", BM, 2017. Disponible en https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.PCAP.CD
———, *Nigeria: Options for Long-Term Development,* The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1974.
———, *Informe sobre el desarrollo mundial 1990,* BM, Washington, D. C., 1990.
———, *China Economic Update,* BM, Washington, D. C., 2015.
———, *Nigeria Economic Report,* núm. 3, BM, Washington, D. C., 2015.
———, *World Development Report. The Challenge of Development,* BM/Oxford University Press, Nueva York, 1991.
——— y Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), "World Development Indicators: Nigeria", BM. Disponible en http://databank.worldbank.org/data/reports.aspx?source=2&country=NGA
Banerjee, Abhijit, y Lakshmi Iyer, "History, Institutions, and Economic Performance: The Legacy of Colonial Land Tenure Systems in India", *The American Economic Review,* vol. 95, núm. 4, 2005, pp. 1 190-1 213.
Banerjee, Sanjoy, *Dominant Classes and the State in Development: Theory and the Case of India,* Westview Press, Boulder, 1984.
Banfield, Edward C., *Le basi morali di una società arretrata,* Il Mulino, Bolonia, 1958/2006.
Barbosa-Filho, Nelson H., "An Unusual Economic Arrangement: The Brazilian Economy During the First Lula Administration (2003-2006)", *International Journal of Politics, Culture, and Society,* vol. 19, núms. 3-4, 2008, pp. 193-215.

Bardhan, Pranab, "Distributive Conflicts and Indian Economic Policy: Some Notes on Political Economy", en Chetan Ghate (coord.), *The Indian Economy,* Oxford University Press, Nueva York, 2012.

Barros de Castro, Antônio, *Sete ensaios sobre a economia brasileira,* Forense, Río de Janeiro, 1969.

———, y Francisco E. Pires de Souza, *A economia brasileira em marcha forçada,* Paz e Terra, São Paulo, 1985.

Basham, A. L. (coord.), *A Cultural History of India,* Oxford University Press, Oxford, 1975/2003.

———, *The Wonder that Was India,* Grove Press, Nueva York, 1954/1959.

Bassino, Jean-Pascal, "The Growth of Agricultural Output and Food Supply in Meiji Japan", *Economic Development and Cultural Change,* vol. 54, núm. 2, 2006, pp. 503-520.

Basu, Kaushik, *An Economist's Miscellany,* Oxford University Press, Nueva Delhi, 2011.

Baumol, William J., "Productivity Growth, Convergence, and Welfare: What the Long-Run Data Show", *American Economic Review,* vol. 76, núm. 5, 1986, pp. 1072-1085.

Bavel, Bas van, *The Invisible Hand? How Market Economies Have Emerged and Declined since AD 500,* Oxford University Press, Oxford, 2016.

Baviskar, B. S., y D. W. Attwood, *Inside-Outside: Two Views of Social Change in Rural India,* SAGE Publications, Nueva Delhi, 2014.

Bayly, C. A., *Indian Society and the Making of the British Empire (The New Cambridge History of India),* vol. II. 1, Cambridge University Press, Londres, 2002.

BBC *News,* Londres, 22 agosto de 2016.

Bendix, Reinhard, *Nation-Building and Citizenship: Studies of Our Changing Social Order,* University of California Press, Berkeley/Los Ángeles, 1977.

———, *Kings or People: Power and the Mandate to Rule,* University of California Press, Los Ángeles, 1978.

Benedict, Ruth, *El crisantemo y la espada,* Alianza, Madrid, 1974.

Bengtsson, Erik, y Jacob Molinder, "The Economic Effects of the 1920 Eight-Hour Working Day Reform in Sweden", *Scandinavian Economic History Review,* vol. 65, núm. 2, 2017, pp. 149-168.

Benítez, Fernando, *Lázaro Cárdenas y la Revolución mexicana: El caudillismo,* t. II, FCE, México, 1984.

Berend, Iván T., y Gyorgy Ranki, *The European Periphery and Industrialization: 1780-1914,* Akadémiai Kiadó, Budapest, 1982.

Bergmann, Theodore, *The Development Models of India, the Soviet Union and China: Comparative Analysis,* Van Gorcum, Ámsterdam, 1977.

Berman, Sheri, *The Social Democratic Moment: Ideas and Politics in the Making of Interwar Europe,* Harvard University Press, Londres, 1998.

Bertaux, Pierre, *África: Desde la prehistoria hasta los Estados actuales,* Siglo XXI Editores, México, 1974.

Bhagavan, M. R., "A Critique of India's Economic Policies and Strategies", *Monthly Review,* vol. 39, núm. 3, 1987, pp. 56-79.

Bhagwati, J. N., y P. Desai, *India: Planning for Industrialization,* Oxford University Press, París, 1970.

Bhagwati, J., y Arvind Panagariya (coords.), *India's Reforms: How They Produced Inclusive Growth,* Oxford University Press, Nueva York, 2012.

Bhandari, Laveesh, y Sumita Kale, "Drivers of Growth: Sources and Sectors", en Ashima Goyal (coord.), *The Oxford Handbook of the Indian Economy in the 21st Century,* Oxford University Press, Nueva Delhi, 2014.

Biau, Daniel, "Chinese Cities, Indian Cities: A Telling Contrast", *Economic and Political Weekly,* vol. 42, núm. 33, 2007, pp. 3 369-3 372.

Biersteker, Thomas J., *Distortion or Development? Contending Perspectives on the Multinational Corporation,* The MIT Press, Cambridge, 1978.

———, "Indigenization in Nigeria: Renationalization or Denationalization?", en I. W. Zartman (coord.), *The Political Economy of Nigeria,* Praeger, Nueva York, 1983.

Binyan, Liu, Ruan Ming y Xu Gang, *Tell the World: What Happened in China and Why,* Pantheon, Nueva York, 1989.

Blasio, Guido de, y Giorgio Nuzzo, "Historical Traditions of Civicness and Local Economic Development", *Journal of Regional Science,* vol. 50, núm. 2, 2009, pp. 833-857.

Bloch, Marc, *Apología para la historia o el oficio de historiador,* FCE, México, 2001.

———, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française,* Armand Colin, París, 1999.

Blumenthal, Tuvia, "Factor Proportions and Choice of Technology: The Japanese Experience", *Economic Development and Cultural Change,* vol. 28, núm. 3, 1980, pp. 547-559.

Blyth, Mark, *Great Transformations: Economic Ideas and Institutional Change in the Twentieth Century,* Cambridge University Press, Nueva York, 2002.

Bo Kaspersen, Lars, "The Formation and Development of the Welfare State", en J. L. Campbell, John A. Hall y Ove K. Pedersen, *National Identity and the Varieties of Capitalism: The Danish Experience,* McGill-Queen's University Press, Montreal, 2006.

Boli, John, *New Citizens for a New Society: The Institutional Origins of Mass Schooling in Sweden,* Pergamon Press, Oxford, 1989.

Bonilla, Luis, *Las revoluciones españolas en el siglo XVI,* Guadarrama, Madrid, 1972.

Bose, Sumantra, *Transforming India: Challenges to the World's Largest Democracy,* Harvard University Press, Cambridge, 2013.

Brading, David, "Justo Sierra y la historia patria", *20/10 Memoria de las revoluciones en México,* núm. 6, 2009.

Braudel, Fernand, *Civilisation matérielle et capitalisme,* A. Colin, Rennes, 1967.

Braudel, Fernand, *Civilización material, economía y capitalismo: Siglos XV-XVIII,* t. 2: *Los juegos del intercambio,* Alianza, Madrid, 1979/1984.
———, *La dinámica del capitalismo,* FCE, México, 1985/1986.
Bresser Pereira, L. C., *Development and Crisis in Brazil: 1930-1983,* Westview Press, Boulder, 1984.
———, "Inflaçao inercial e Plano Cruzado", *Revista de Economia Política,* vol. 6, núm. 3, 1986, pp. 9-24.
———, "El nuevo modelo brasileño de desarrollo", *Investigación Económica,* vol. 46, núm. 182, 1987, pp. 307-331.
———, "A crise da Nova República", *Novos Estudos,* núm. 23, 1989, pp. 85-101.
———, *Developing Brazil: Overcoming the Failure of the Washington Consensus,* Lynne Rienner, Boulder, 2009.
Brignol Mendes, Raúl, "El sector rural en el contexto socioeconómico de Brasil", *Revista CEPAL,* núm. 33, 1987, pp. 39-59.
Bro, Henning, "Housing: From Night Watchman State to Welfare State", *Scandinavian Journal of History,* vol. 34, núm. 1, 2009, pp. 2-28.
Buarque de Holanda, Sérgio, *Raíces del Brasil,* FCE, México, 1955.
Cairncross, Alec K., *Home and Foreign Investment (1870-1913): Studies in Capital Accumulation,* Harvester Press, Sussex, 1953/1975.
Calderón, Francisco R., "La vida económica", en Daniel Cosío Villegas y Francisco R. Calderón, *Historia moderna de México. La República Restaurada: la vida económica,* vol. II, Hermes, México, 1965.
Calvino, Italo, *Collezione di sabbia,* Garzanti, Milán, 1984.
———, *Le città invisibili,* Einaudi, Turín, 1977.
Campbell, John, *Nigeria: Dancing on the Brink,* Rowman & Littlefield, Lanham, 2013.
Candeloro, Giorgio, *Storia dell'Italia moderna,* t. 1, *Le origini del Risorgimento,* Feltrinelli, Milán, 1961.
Canetti, Elías, *La conciencia de las palabras,* FCE, México, 1974/1981.
Cárdenas, Enrique, "La economía mexicana en el dilatado siglo XX (1929-2010)", en Sandra Kuntz Ficker (coord.), *La economía mexicana (1515-2010): Historia mínima,* El Colegio de México, México, 2012.
Cardoso, Fernando Henrique, y Brian Winter, *The Accidental President of Brazil: A Memoir,* Public Affairs, Nueva York, 2006.
Carlos Pereyra, "México: Los límites del reformismo", *Cuadernos Políticos,* núm. 1, 1974, pp. 54-65.
Carocci, Giampiero, *Storia dell'Italia moderna dal 1861 ai nostri giorni,* Newton Compton, Roma, 1995.
Carr, Edward H., *¿Qué es la historia?,* Planeta, Barcelona, 1981.
Cavalcanti de A., Marcos C., "Estrutura fundiária e reforma agrária no Brasil", *Revista de Economia Política,* vol. 7, núm. 3, 1987, pp. 99-134.
Cecco, Marcello de, "The Italian Economy Seen from Abroad over 150 Years",

Quaderni di Storia Economica, Economic History Working Paper No. 21, Roma, octubre de 2011.
Chandrasekhar, C. P., "Aspects of Growth and Structural Change in Indian Industry", *Economic and Political Weekly,* vol. 23, núms. 45-47, 1988, pp. 2 359-2 363/2 365-2 367/2 369-2 370.
Chang, David Wen-Wei, *China under Deng Xiaoping: Political and Economic Reform,* St. Martin's Press, Nueva York, 1988.
Chang, Jung, *Cisnes salvajes: Tres hijas de China,* Circe, Barcelona, 1994.
———, *Cixí, la emperatriz,* Taurus, Madrid, 2014.
Chaudhuri, Sudip, "Government and Economic Development in South Korea: 1961-79", *Social Scientist,* vol. 24, núms. 11-12, 1996, pp. 18-35.
Chenery, Hollis, "Development Politics for Southern Italy", *The Quarterly Journal of Economics,* vol. 76, núm. 4, 1962, pp. 515-547.
Cheng, Anne, *Historia del pensamiento chino,* Bellaterra, Barcelona, 2002.
Choo, Hakchungj, "On the Empirical Relevancy of the Ranis-Fei Model of Economic Development: Comment", *American Economic Review,* vol. 61, núm. 4, 1971, pp. 695-703.
CIEMEX-WEFA, *Perspectivas económicas de México,* vol. XXIII, núm. 2, 1991.
Cipolla, Carlo M., *Before the Industrial Revolution: European Society and Economy (1000-1700),* W. W. Norton, Nueva York, 1976/1994.
———, *Historia económica de Europa,* vol. 4, t. 2, *El nacimiento de las sociedades industriales (II),* Ariel, Barcelona, 1982.
———, *Vele e cannoni,* Il Mulino, Bolonia, 1983.
———, *Entre la historia y la economía,* Crítica, Barcelona, 1988/1991.
———, *La decadencia económica de los imperios,* Alianza, Madrid, 1999.
Clark, Gregory, "Productivity Growth without Technical Change in European Agriculture before 1850", *The Journal of Economic History,* vol. XLVII, núm. 2, 1987, pp. 419-432.
Clavijo, Fernando, "Reflexiones en torno a la inflación mexicana (1960-1980)", *El Trimestre Económico,* vol. 47, núm. 188, 1980, 1023-1054.
Clough, Shepard B., *The Economic History of Modern Italy,* Columbia University Press, Nueva York, 1964.
Coatsworth, John H., "Características generales de la economía mexicana en el siglo XIX", en Enrique Cárdenas (coord.), *Historia económica de México,* t. 2, FCE, México, 1990.
———, *Los orígenes del atraso: Nueve ensayos de historia económica de México en los siglos XVIII y XIX,* Alianza, México, 1990.
Coe, Cati, "The Education of the Folk: Peasant Schools and Folklore Scholarship", *The Journal of American Folklore,* vol. 113, núm. 447, 2000, pp. 20-43.
Cole, G. D. H., *Historia del pensamiento socialista,* t. IV, *La Segunda Internacional 1889-1914,* FCE, México, 1960.
———, *Historia del pensamiento socialista,* t. VII, *Socialismo y fascismo,* FCE, México, 1963.

Cole, W. A., y P. Deane, "The Growth of National Incomes", en H. J. Habakkuk y M. M. Postan, *The Cambridge Economic History of Europe,* vol. 6, parte 2, *The Industrial Revolutions and After,* Cambridge University Press, Cambridge, 1965.

Coleman, James S., *Nigeria: Background to Nationalism,* University of California Press, Oakland, 1963.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe, 1987,* ONU/CEPAL, Santiago de Chile, 1987.

———, *Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe,* CEPAL, 1989.

———, *Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe,* CEPAL, 1991.

Comisión Nacional Bancaria y de Valores (CNSF)-Consejo Nacional de Inclusión Financiera, *Reporte Nacional de Inclusión Financiera 7,* BM/SHCP/CONSAR/Condusef/CNBV/CNSF/IPAB/Tesorería de la Federación, México, 2016. Disponible en https://www.cnbv.gob.mx/Inclusi%C3%B3n/Documents/Reportes%20de%20IF/Reporte%20de%20Inclusion%20Financiera%207.pdf

Comolli, Virginia, *Boko Haram: Nigeria's Islamist Insurgency,* Hurst & Co., Londres, 2015.

Conjuntura económica, vol. III, núm. 4, 1973.

———, vol. X, núm. 4, 1980.

Connolly, Michelle, y Kei-Mu Yi, "How Much of South Korea's Growth Miracle Can Be Explained by Trade Policy?", Working Paper No. 2008-23, Federal Reserve of San Francisco Bank, 2008.

Córdova, Arnaldo, "La política de masas y el futuro de la izquierda en México", *Cuadernos Políticos,* núm. 19, 1979, pp. 14-49.

———, "México: Revolución burguesa y política de masas", *Cuadernos Políticos,* núm. 13, 1977, pp. 85-101.

Cosío Silva, Luis, "La agricultura", en Daniel Cosío Villegas *et al., Historia moderna de México. El Porfiriato: la vida económica,* 1ª parte, vol. VII, Hermes, México, 1965.

Cosío Villegas, Daniel, "Introducción", en Daniel Cosío Villegas y Francisco R. Calderón, *Historia moderna de México. La República Restaurada: la vida económica,* vol. II, Hermes, México, 1973.

———, *La crisis de México,* Clío, México, 1997.

Croce, Benedetto, *Storia d'Italia dal 1871 al 1915,* Laterza, Roma y Bari, 1967.

Crowder, Michael, *The Story of Nigeria,* Faber and Faber, Londres, 1962.

"Crude Tactics", *The Economist,* 30 de enero de 2016. Disponible en https://www.economist.com/middle-east-and-africa/2016/01/30/crude-tactics

Cruz, Moritz, "Premature De-Industrialisation: Theory, Evidence and Policy Recommendations in the Mexican Case", *Cambridge Journal of Economics,* vol. 39, núm. 1, 2015, pp. 113-137.

Cumings, Bruce, *Korea's Place in the Sun: A Modern History,* W. W. Norton, Nueva York y Londres, 1997.

Dandekar, M., "Indian Economy since Independence", *Economic and Political Weekly,* vol. XXIII, núms. 1-2, 1988, pp. 41-43, 45-47 y 49-50.
Davis, John A., *Italy in the Nineteenth Century (1796-1900),* Oxford University Press, Nueva York, 2000.
Delfim Netto, A., *Mudanças estruturais da economia no governo Figueiredo,* Secretaria de Planejamento, Brasilia, 1984.
Desai, Meghnad, *The Rediscovery of India,* Bloomsbury Academic, Londres, 2011.
Deutsch, Karl W., *Política y gobierno: Cómo el pueblo decide su destino,* FCE, México, 1970/1976.
Dev, Mahendra, Srijit Mishra y Vijay Laxmi Pandey, "Agriculture in India: Performance, Challenges, and Opportunities", en Ashima Goyal, *The Oxford Handbook of the Indian Economy in the 21st Century,* Oxford University Press, Nueva Delhi, 2014.
Di Scala, Spencer, *Italy, from Revolution to Republic: 1700 to Present,* Westview, Boulder, 2004.
Diamond, Larry, "Class, Ethnicity and the Democratic State: Nigeria (1950-1966)", *Comparative Studies in Society and History,* vol. 25, núm. 3, 1983, pp. 457-489.
———, y Doh Chull Shin (coords.), *Institutional Reform and Democratic Consolidation in Korea,* Hoover Institution Press/Stanford University, Stanford, 2000.
Dickens, Charles, *Estampas de Italia,* Nórdica, Madrid, 2012.
Doucette, Jamie, "The Occult of Personality: Korea's Candlelight Protests and the Impeachment of Park Geun-hye", *The Journal of Asian Studies,* vol. 76, núm. 4, 2017, pp. 851-860.
Drèze, Jean, y Amartya Sen, *Una gloria incierta: India y sus contradicciones,* Taurus, México, 2014.
Duby, Georges, *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval,* Península, Barcelona, 1962/1973.
———, *Guerreros y campesinos: Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200),* Siglo XXI Editores, México, 1973/1976.
Duggan, Christopher, *La forza del destino: Storia d'Italia dal 1796 a oggi,* Laterza, Bari, 2008.
———, *Fascist Voices: An Intimate History of Mussolini's Italy,* Oxford University Press, Nueva York, 2013.
Dumont, Louis, *Homo hierarchicus: Le système des castes et ses implications,* Gallimard, París, 1979.
Duncan Baretta, Silvio R., y John Markoff, "The Limits of the Brazilian Revolution of 1930", *Review,* vol. IX, núm. 3, 1986, pp. 413-452.
Dunnage, Jonathan, *Twentieth Century Italy: A Social History,* Pearson, Londres, 2002.
Ebiede, Tarila Marclint, "Conflict Drivers: Environmental Degradation and Corruption in the Niger Delta Region", *African Conflict and Peacebuilding Review,* vol. 1, núm. 1, 2011, pp. 139-151.

Eckstein, Salomon, *El ejido colectivo en México,* FCE, México, 1978.
Eggleston, Karen, "Health, Education and China's Demographic Transition Since 1950", en Masahiko Aoki y Jinglian Wu (coords.), *The Chinese Economy: A New Transition,* Palgrave MacMillan, Londres, 2012.
Ehrenburg, I., *La India de hoy,* Futuro, Buenos Aires, 1957.
Eichengreen, Barry, Dwight H. Perkins y Kwanho Shin, *From Miracle to Maturity: The Growth of the Korean Economy,* Harvard University Press, Cambridge, 2012.
El País, 16 de julio de 2015.
Embree, Ainslee T., "Indian Civilization and Regional Cultures: The Two Realities", en Paul Wallace (coord.), *Region and Nation in India,* Oxford & IBH, Nueva Delhi, 1985, pp. 20-27.
Engels, F., "La venidera revolución italiana y el Partido Socialista", en C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. III, Progreso, Moscú, 1976.
Engerman, Stanley L., y Kenneth L. Sokoloff, *Economic Development in the Americas since 1500: Endowments and Institutions,* Cambridge University Press, Nueva York, 2012.
"EPN: el salvador que no lo fue", *Newsweek,* 25 de noviembre de 2015. Disponible en https://newsweekespanol.com/2015/11/epn-el-salvador-que-no-lo-fue/
Fairbank, John King, *China: A New History,* The Belknap Press, Cambridge, 1994.
Fanon, Frantz, *Los condenados de la tierra,* FCE, México, 1961/1965.
Fei, J., K. Ohkawa, y G. Ranis, "Economic Development in Historical Perspective: Japan, Korea and Taiwan", en K. Ohkawa, G. Ranis y L. Meissner (coords.), *Japan and the Developing Countries: A Comparative Analysis,* Yale University Press/Basil Blackwell, Oxford, 1989, pp. 35-63.
Fei, John C. H., y Gustav Ranis, *Development of the Labour Surplus Economy: Theory and Policy,* R. D. Irwin, Homewood, 1964.
Felice, Emanuele, "Regional Development: Reviewing the Italian Mosaic", *Journal of Modern Italian Studies,* vol. 15, núm. 1, 2010, pp. 64-80.
———, y Giovanni Vecchi, "Italy's Growth and Decline (1861-2011)", *The Journal of Interdisciplinary History,* vol. 45, núm. 4, 2015, pp. 507-548.
Fenoaltea, Stefano, "The Growth of the Italian Economy (1861-1913): Preliminary Second-Generation Estimates", *European Review of Economic History,* vol. 9, núm. 3, 2005, pp. 273-312.
Fernandes, Florestan, *La revolución burguesa en Brasil,* Siglo XXI Editores, México, 1978.
Fishlow, Albert, *Starting Over: Brazil since 1985,* The Brookings Institution Press, Washington, D. C., 2011.
Flath, David, *The Japanese Economy,* Oxford University Press, Oxford, 2014.
Flórez, Gloria Cristina, "Vicissitudes of Commercial Trading: Castile and Flanders at the End of the Fifteenth Century (1474-94)", *The Medieval History Journal,* vol. 6, núm. 1, 2003, pp. 33-53.

Foa, Vittorio, *Questo novecento,* Einaudi, Turín, 1996.
Fondo Monetario Internacional (FMI), "Estadísticas financieras internacionales", FMI. Disponible en http://data.imf.org/?sk=4C514D48-B6BA-49ED-8AB9-52B0C1A0179B
———, "International Financial Statistics and Data Files". Disponible en https://www.imf.org/en/Data
Franchetti, Leopoldo, "Condizioni politiche e amministrative della Sicilia" (1877), en Alfio Carrà (coord.), *Orientamenti e testimonianze sulla questione meridionale,* Célèbes, Trapani, 1965.
Freyre, Gilberto, *Interpretación del Brasil,* FCE, México, 1987.
Fuentes, Carlos, *Tiempo mexicano,* Joaquín Mortiz, México, 1971.
Fukase-Indergaard, Fumiko, y Michael Indergaard, "Religious Nationalism and the Making of the Modern Japanese State", *Theory and Society,* vol. 37, núm. 4, 2008, pp. 343-374.
Fukuyama, Francis, "Asian Values, Korean Values, and Democratic Consolidation", en Larry Diamond y Doh Chull Shin (coords.), *Institutional Reform and Democratic Consolidation in Korea,* Hoover Institution Press/ Stanford University, Stanford, 2000.
Furtado, Celso, *Formación económica del Brasil,* FCE, México, 1962.
Galbraith, John Kenneth, *Ambassador's Journal,* Houghton Mifflin, Boston, 1969.
Gandhi, M., *Autobiografía,* Solar, Bogotá, 2006.
Gao, Jie, "Pernicious Manipulation of Performance Measures in China's Cadre Evaluation System", *The China Quarterly,* núm. 223, 2015, pp. 618-637.
Geary, Patrick J., y Gábor Klaniczay (coords.), *Manufacturing Middle Ages: Entangled History of Medievalism in Nineteenth-Century Europe,* Leiden Brill, Boston, 2013.
Gelderblom, Oscar, *Cities of Commerce: The Institutional Foundations of International Trade in the Low Countries (1250-1650),* Princeton University Press, Princeton, 2013.
Gentile, Emilio, *La vía italiana al totalitarismo: El Partido y el Estado en el régimen fascista,* Siglo XXI Editores, México, 2005.
Gerschenkron, Alexander, *El atraso económico en su perspectiva histórica,* Ariel, Barcelona, 1962/1968.
Ginsborg, Paul, *A History of Contemporary Italy: Society and Politics (1943-1988),* Palgrave, Nueva York, 2003.
Giorgetti, Giorgio, *Contadini e proprietari nell'Italia moderna: Rapporti diproduzione e contratti agrari dal secolo XVI a oggi,* Giulio Einaudi Editore, Turín, 1974.
Glass, V. D. V., y E. Grevenik, "World Population (1800-1950)", en H. J. Habakkuk y M. M. Postan, *The Cambridge Economic History of Europe,* vol. 6, *The Industrial Revolutions and After,* Cambridge University Press, Cambridge, 1965.

Gobierno de Kerala, *Report of the Committee for Evaluation of Decentralised Planning and Development,* KILA, Kerala, 2009.

Gomes, Ciro, *Um desafio chamado Brasil,* Civilizacão Brasileira, Río de Janeiro, 2002.

Gómez Bruera, Hernán F., *Lula: El Partido de los Trabajadores y el dilema de la gobernabilidad en Brasil,* FCE, México, 2015.

Goñi, Edwin, Humberto López y Luis Servén, "Fiscal Redistribution and Income Inequality in Latin America", *World Development,* vol. 39, núm. 9, 2011, pp. 1558-1569.

Goody, Jack, *Metals, Culture and Capitalism: An Essay on the Origins of the Modern World,* Cambridge University Press, Nueva York, 2012.

Gramsci, Antonio, *Quaderni del carcere,* t. III, Einaudi, Turín, 1975.

Graziani, Augusto (coord.), *L'economia italiana: 1945-1970,* Il Mulino, Bolonia, 1972.

Graziani, Augusto, "Mercato interno e relazioni internazionali", en Valerio Castronovo, *L'Italia contemporanea: 1945-1975,* Einaudi, Turín, 1976.

Graziano da Silva, José F., y Barbara A. Kohl, "Capitalist 'Modernization' and Employment in Brazilian Agriculture, 1960-75: The Case of the State of São Paulo", *Latin American Perspectives,* vol. 11, núm. 1, 1984, pp. 117-136.

Gu, Edward X., "Who Was Mr. Democracy: The May Fourth Discourse of Populist Democracy and the Radicalization of Chinese Intellectuals (1915-1922)", *Modern Asian Studies,* vol. 35, núm. 3, 2001, pp. 589-621.

Guerra, François-Xavier, *México: Del antiguo régimen a la Revolución,* FCE, México, 1992.

Guevara Sanginés, Alejandro, "Programas de alivio a la pobreza en México: Un ejercicio de evaluación", en Mónica Serrano y Victor Bulmer-Thomas (coords.), *La reconstrucción del Estado: México después de Salinas,* FCE, México, 1998.

Gueye, M'Baye, y A. Adu Boahen, "African Initiatives and Resistance in West Africa (1880-1914)", en A. Boahen (coord.), *General History of Africa,* vol. VII: *Africa under Colonial Domination (1880-1935),* Heinemann/UNESCO, Berkeley, 1985.

Guha, Ramachandra, *India after Gandhi: The History of the World Largest Democracy,* Macmillan, Londres, 2007.

Guo, Xuezhi, "Controlling Corruption in the Party: China's Central Discipline Inspection Commission", *The China Quarterly,* núm. 219, 2014, pp. 597-624.

Guzmán Mendoza, Carlos Enrique, y Ermício Sena de Oliveira, "Brasil", en Manuel Alcántara Sáez y Flavia Freidenberg (coords.), *Partidos políticos de América Latina: Cono Sur,* Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2001.

Haase Svendsen, Gunnar Lind, y Gert Tinggaard Svendsen, *The Creation and Destruction of Social Capital: Entrepreneurship, Co-Operative Movements and Institutions,* Edward Elgar, Cheltenham, 2004.

Hadenius, Stig, *Swedish Politics during the 20th Century,* Swedish Institute, Trelleborg, 1999.

Hagene, Turid, "Political Clientelism in Mexico: Bridging the Gap between Citizens and the State", *Latin American Politics and Society,* vol. 57, núm. 1, 2015, pp. 139-162.

Hale, Charles A., *El liberalismo mexicano en la época de Mora (1821-1853),* Siglo XXI Editores, México, 1991.

Hall, John A., y Ove Korsgaard, "Introduction", en John A. Hall, Ove Korsgaard y Ove K. Pedersen (coords.), *Building the Nation: N.F.S. Grundtvig and Danish National Identity,* McGill-Queen's University Press, Montreal, 2015.

Hall, John Whitney, *El Imperio japonés,* Siglo XXI Editores, Madrid, 1968/1975.

Hansen, Roger D., *La política del desarrollo mexicano,* Siglo XXI Editores, México, 1975.

Hanson, David, *Managerial Cultures: A Comparative Historical Analysis,* Routledge, Nueva York, 2014.

Heckscher, E. F., *La época mercantilista: Historia de la organización y las ideas económicas desde el final de la Edad Media hasta la sociedad liberal,* FCE, México, 1931/1943.

———, *An Economic History of Sweden,* Harvard University Press, Cambridge, 1954.

Heller, Hermann, *Teoría del Estado,* FCE, México, 1934/1962.

Henriksen, Ingrid, "Avoiding Lock-In: Cooperative Creameries in Denmark (1882-1903)", *European Review of Economic History,* vol. 3, núm. 1, 1999, pp. 57-78.

———, "Agriculture in Denmark (1870-1939)", trabajo presentado en el XIV International Economic History Congress, International Economic History Association, Helsinki, agosto de 2006.

Heo, Uk, y Terence Roehrig, *South Korea's Rise: Economic Development, Power, and Foreign Relations,* Cambridge University Press, Cambridge, 2014.

Hevia de la Jara, Felipe, "De Progresa a Oportunidades: Efectos y límites de la corriente cívica en el gobierno de Vicente Fox", *Sociológica,* vol. 24, núm. 70, 2009, pp. 43-81.

Hilgers, Tina, "Causes and Consequences of Political Clientelism: Mexico's PRD in Comparative Perspective", *Latin American Politics and Society,* vol. 50, núm. 4, 2008, pp. 123-153.

Hiro, Dilip, *The Age of Aspiration: Power, Wealth, and Conflict in Globalizing India,* The New Press, Nueva York, 2015.

Hiroshi, Watanabe, *A History of Japanese Political Thought (1600-1901),* International House of Japan, Tokio, 2012.

Hirway, Indira, Amita Shah y Ghanshyam Shah (coords.), *Growth or Development: Which Way is Gujarat Going?,* Oxford University Press, Nueva Delhi, 2014.

Hobsbawn, Eric J., *Rebeldes primitivos,* Ariel, Barcelona, 1959/1974.

Hodgson, Geoffrey M., *The Evolution of Institutional Economics: Agency, Structure and Darwinism in American Institutionalism,* Routledge, Londres, 2004.

Hoff, Karla, "Paths of Institutional Development: A View from Economic History", *The World Bank Research Observer,* vol. 18, núm. 2, 2003, pp. 205-226.

Hoffmann, Walther G., *British Industry: 1700-1950,* Basil Blackwell, Oxford, 1955/1965.

Hope, Nicholas, *German and Scandinavian Protestantism: 1700 to 1918,* Oxford University Press, Oxford, 1999.

Hough, Jerry F., y Robin Grier, *The Long Process of Development: Building Markets and States in Pre-Industrial England, Spain, and Their Colonies,* Cambridge University Press, Nueva York, 2015.

"How Nigeria Is Fighting Corruption", *The Economist,* 27 de julio de 2017. Disponible en https://www.economist.com/the-economist-explains/2016/07/27/how-nigeria-is-fighting-corruption

Howe, Frederick C., *Denmark: A Cooperative Commonwealth,* Brace and Howe, Nueva York, 1921.

Huang, Philip C. C., "China's New-Age Small Farms and Their Vertical Integration: Agribusiness or Co-Ops?", *Modern China,* vol. 37, núm. 2, 2011, pp. 107-134.

Hutte, Moritz, Guido Steinberg y Annette Weber, "Boko Haram: Threat to Nigeria and Its Northern Neighbours", en G. Steinberg y A. Weber (coords.), *Jihadism in Africa,* SWP Research Paper, Berlín, 2015.

Iarossi, Giuseppe, Peter Mousley e Ismail Radwan, *An Assessment of the Investment Climate in Nigeria,* Banco Mundial, Washington, D. C., 2009.

Ibarra Palafox, Francisco, *La privatización bancaria en México,* Siglo XXI Editores/UNAM, México, 2014.

Iglésias, Francisco, "Aspectos políticos e econômicos do Estado Novo", en Tamás Szmrecsányi y Rui G. Granziera (coords.), *Getúlio Vargas e a economia contemporânea,* Edición da Universidade Estadual de Campinas, Campinas, 1986.

Ike, Nobutaka, "Taxation and Landownership in the Westernization of Japan", *The Journal of Economic History,* vol. VII, núm. 2, 1947, pp. 160-182.

———, *The Beginnings of Political Democracy in Japan,* Greenwood, Nueva York, 1950.

Ikegami, Eiko, *Bonds of Civility: Aesthetic Networks and the Political Origins of Japanese Culture,* Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

Ikelegbe, Agustin, "The Perverse Manifestation of Civil Society: Evidence from Nigeria", *The Journal of Modern African Studies,* vol. 39, núm. 1, 2001, pp. 1-24.

Infante, Ricardo, y Osvaldo Sunkel, "Hacia un crecimiento inclusivo", en O. Sunkel y R. Infante (coords.), *Hacia un desarrollo inclusivo: El caso de Chile,* CEPAL/OIT, Santiago de Chile, 2009.

Instituto Brasileiro de Geografía e Estatística (IBGE), *Anuário Estatístico do Brasil,* vol. 74, IBGE, Río de Janeiro, 2014.

Instituto de Pesquisa Económica Aplicada (IPEA), *Políticas Sociais: Acompanhamento e análise,* núm. 24, IPEA, Brasilia, 2016.

Instituto Mexicano para la Competitividad (IMCO), *La corrupción en México: Transamos y no avanzamos,* IMCO, México, 2015.

Instituto Nacional de Colonização e Reforma Agrária (INCRA), "Terra Legal chega ao Maranhão para regularizar 8,7 mil propiedades rurais", INCRA, 1º de agosto de 2015. Disponible en http://www.incra.gov.br/terra-legal-chega-ao-maranhao-para-regularizar-87-mil-propriedades-rurais.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), *Encuesta nacional de victimización y percepción sobre seguridad pública 2017,* INEGI, México, 2017.

———, *Estadísticas históricas,* t. I, INEGI, México, 2009.

———, "PIB y cuentas nacionales", INEGI, México, 2015.

International Labour Organization (ILO), *ILO Regional Office for Asia and the Pacific, Research Note,* 2016.

Islam, Nazrul, y Kazuhiko Yokota, "Lewis Growth Model and China's Industrialization", *Asian Economic Journal,* vol. 22, núm. 4, 2008, pp. 359-396.

Iwao, Ayusawa, y George O. Totten III, "Labor, Repression and the Public Police Act", en J. Livingston, J. Moore y F. Oldfather, *Imperial Japan (1800-1945),* Pantheon Books, Nueva York, 1973.

Jacques, Robert, *Le Japon,* Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence, París, 1969.

Jaguaribe, H., W. G. dos Santos, M. de Paiva Abreu, W. Fritsch y F. Bastos de Ávila, *Brasil, 2000: Hacia un nuevo pacto social,* FCE, México, 1989.

Jannuzi, F. Tomasson, "Land Systems, Economic Growth and Social Justice: The Permanent Settlement Region", en P. Wallace (coord.), *Region and Nation in India,* Oxford & IBH, Nueva Delhi, 1985.

Jansen, Marius B., *The Making of Modern Japan,* The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 2000.

Jáuregui, Luis, "Reflexiones sobre el desempeño económico en los albores del México independiente (1821-1870)", en Graciela Márquez (coord.), *Claves de la historia económica de México: El desempeño de largo plazo (siglos XVI-XXI),* FCE, México, 2014, pp. 71-87.

Jenkins, Rob, Loraine Kennedy y Partha Mukhopahdyay, *Power Policy and Protest,* Oxford University Press, Nueva Delhi, 2014.

Jiwei, Lou, "Six Systemic Reforms with which China Must Press Ahead", en M. Aoki y J. Wu (coords.), *The Chinese Economy: A New Transition,* Palgrave MacMillan, Londres, 2012.

Johnson, Chalmers, *Japan. Who Governs? The Rise of the Developmental State,* W. W. Norton, Nueva York, 1995.

Johnston, B. F., y P. Kilby, *Agriculture and Structural Transformation: Econo-*

mic Strategy in Late-Developing Countries, Oxford University Press, Nueva York, 1975.

Jones, Eric, *The European Miracle: Environments, Economies, and Geopolitics in the History of Europe and Asia,* Cambridge University Press, Cambridge, 1981/2008.

Jones, Leroy P., e Il Sakong, *Government, Business, and Entrepreneurship in Economic Development: The Korean Case,* Harvard University Press, Cambridge, 1985.

Jörberg, L., "La Revolución Industrial en los países nórdicos", en C. M. Cipolla, *Historia económica,* vol. 4, t. 2, *El nacimiento de las sociedades industriales (II),* Ariel, Barcelona, 1982.

———, "Structural Change and Economic Growth: Sweden in the Nineteenth Century", en François Crouzet, William Henry Chaloner, Walter M Stern, y Economic History Society, *Essays in European Economic History (1789-1914),* Edward Arnold, Londres, 1969.

———, y Olle Krantz, "Escandinavia: 1914-1970", en C. M. Cipolla, *Historia económica de Europa,* vol. 6, Ariel, Barcelona, 1980.

Jose, A., "Agricultural Wages in India", *Economic and Political Weekly,* vol. XXIII, núm. 26, 1988, pp. A46-A51 y A53-A58.

Joseph, Richard A., "Clase, Estado y política de prebendas en Nigeria", en Peter Anyang' Nyong'o, *Estado y sociedad en el África actual,* El Colegio de México, México, 1989.

Joseph, William A., "A Tragedy of Good Intentions: Post-Mao Views of the Great Leap Forward", *Modern China,* vol. 12, núm. 4, 1986, pp. 419-457.

Judt, Tony, *Algo va mal,* Taurus, México, 2010.

July, Robert W., *A History of the African People,* Ch. Scribner's Sons, Nueva York, 1974.

Kaldor, Nicholas, *Strategic Factors in Economic Development,* W. F. Humphrey, Nueva York, 1967.

Kamppeter, Werner, "Dictatorship, Democracy and Economic Regime: Reflections on the Experience of South Korea", Friedrich Ebert Stiftung, Corea, 2008.

Kang, David C., *Crony Capitalism: Corruption and Development in South Korea and the Philippines,* Cambridge University Press, Cambridge, 2002.

Kapur, Shilpi, y Sukkoo Kim, "British Colonial Institutions and Economic Development in India", Working Paper No. 12613, NBER, Cambridge, 2006.

Katz, Friedrich, *Ensayos mexicanos,* Alianza, México, 1994.

Kautsky, Karl, *La cuestión agraria,* Ed. de Cultura Popular, México, 1898/1974.

Kaviraj, Sudipta, *The Imaginary Institution of India,* Columbia University Press, Nueva York, 2010.

Keene, Donald, *Emperor of Japan: Meiji and his World (1852-1912),* Columbia University Press, Nueva York, 2002.

Kehoe, Timothy J., y Felipe Meza, *Catch-Up Growth Followed by Stagnation:*

Mexico (1950-2010), Working Paper No. 17700, NBER, Washington, D. C., 2011.

Kendhammer, Brandon, *Muslims Talking Politics: Framing Islam, Democracy, and Law in Northern Nigeria,* The University of Chicago Press, Chicago, 2016.

Kenoyer, Jonathan Mark, "Uncovering the Keys to the Lost Indus Cities", *Scientific American,* vol. 289, núm. 1, 2003, pp. 66-75.

Kew, Darren, y Chris M. A. Kwaja, "Development Strategies and Conflict in Nigeria", en William Ascher y Natalia Mirovitskaya (coords.), *The Economic Roots of Conflict and Cooperation in Africa,* Palgrave-MacMillan, Nueva York, 2013.

Keynes, J. M., *Ensayos de persuasión,* Crítica, Barcelona, 1931/1998.

Kim, Byung-Kook, "The Leviathan: Economic Bureaucracy under Park", en Byung-Kook Kim y Ezra F. Vogel (coords.), *The Park Chung Hee Era: The Transformation of South Korea,* Harvard University Press, Cambridge, 2011.

Kim, Eun Mee, y Gil-Sung Park, "The Chaebol", en Byung-Kook Kim y Ezra F. Vogel (coords.), *The Park Chung Hee Era: The Transformation of South Korea,* Harvard University Press, Cambridge, 2011.

Kim, Inhan, "Land Reform in South Korea under the U. S. Military Occupation: 1945-1948", *Journal of Cold War Studies,* vol. 18, núm. 2, 2016, pp. 97-129.

Kim, Jinwung, *A History of Korea: From "Land of the Morning Calm" to States in Conflict,* Indiana University Press, Bloomington, 2012.

Kim, Kyung Mi, y Hyeong-Ki Kwon, "The State's Role in Globalization: Korea's Experience from a Comparative Perspective", *Politics & Society,* vol. 45, núm. 4, 2017, pp. 505-531.

Kim, Sunhyuk, Chonghee Han y Jiho Jang, "State-Society Relations in South Korea after Democratization: Is the Strong State Defunct'?", *Pacific Focus,* vol. XXIII, núm. 2, 2008, pp. 252-270.

Kindleberger, Charles P., *Historia financiera de Europa,* Crítica, Barcelona, 1988.

Kiyokawa, Yukihiko, "Transplantation of the European Factory System and Adaptations in Japan: The Experience of the Tomioka Model Filature", *Hitotsubashi Journal of Economics,* vol. 28, núm. 1, 1987, pp. 27-39.

Knight, Alan, "Salinas y el liberalismo social en el contexto histórico", en Alan Knight, *Repensar la Revolución mexicana,* vol. II, El Colegio de México, México, 2013.

———, *Repensar la Revolución mexicana,* vol. I, El Colegio de México, México, 2013.

Knudsen, Tim, y Bo Rothstein, "State Building in Scandinavia", *Comparative Politics,* vol. 26, núm. 2, 1994, pp. 203-220.

Korpi, Walter, *The Working Class in Welfare Capitalism: Work, Unions and Politics in Sweden,* Routledge & Kegan Paul, Londres, 1978.

Kourí, Emilio, "La invención del ejido", *Nexos,* enero de 2015. Disponible en https://www.nexos.com.mx/?p=23778

Kravis, I. B., "A Survey of International Comparisons of Productivity", *Economic Journal,* vol. 86, núm. 341, 1976, pp. 1-44.

Krishna Iyer, V. R., "Panchayati Perestroika?", *Economic and Political Weekly,* vol. XXIV, núm. 37, 1989, pp. 2051-2054.

Krishna, R., y G. S. Raychaudhuri, "Trends in Rural Savings and Capital Formation in India: 1950-1951 to 1973-1974", *Economic Development and Cultural Change,* vol. 30, núm. 2, 1982, pp. 271-298.

Kroeber, Arthur R., *China's Economy: What Everyone Needs to Know,* Oxford University Press, Nueva York, 2016.

Kuntz Ficker, Sandra, "De las reformas liberales a la gran depresión (1856-1929)", en S. Kuntz F. (coord.), *La economía mexicana (1515-2010): Historia mínima,* El Colegio de México, México, 2012.

Kurien, C. T., "Indian Economy in the 1980s and on to the 1990s", *Economic and Political Weekly,* vol. XXIV, núm. 15, 1989, pp. 787-789, 791, 793-795 y 797-798.

Kutcher, Gary P., y Pasquale L. Scandizzo, *The Agricultural Economy of Northeast Brazil,* Banco Mundial/The Johns Hopkins University Press, Washington, D. C., 1981.

Kuznets, Simon, *Economic Growth of Nations: Total Output and Production Structure,* Harvard University Press, Cambridge, 1971.

Kwack, Sung Yeung, y Young Sun Lee, "The Distribution and Polarization of Income in Korea (1965-2005): A Historical Analysis", *Journal of Economic Development,* vol. 32, núm. 2, 2007, pp. 1-39.

Kwon, Yul, "A Cultural Analysis of South Korea's Economic Prospects", *Global Economic Review,* vol. 34, núm. 2, 2005, pp. 213-231.

Lamounier, Bolivar, *Moinho, esmola, moeda, limão: Conversa em família,* Augurium, São Paulo, 2004.

Lardy, Nicholas R., *Markets over Mao: The Rise of Private Business in China,* Peterson Institute for International Economics, Washington, D. C., 2014.

Last, M., "The Sokoto Caliphate and Borno", en J. F. de Ajayi (coord.), *General History of Africa,* vol. VI, *Africa in the Nineteenth Century until 1880s,* Heinemann/UNESCO, Berkeley, 1989.

Latin American Newsletters, "Nuevo intento de reforma agraria", *Informe Latinoamericano (Latin American Newsletters),* 22 de marzo de 1990.

———, "Stormy Debate over Agrarian Reform", *Latin American Regional Reports: Brazil,* 2 de junio de 1988.

Lawan, Mamman, "Law and Development in Nigeria: A Need for Activism", *Journal of African Law,* vol. 55, núm. 1, 2011, pp. 59-85.

Le, Goff, Jacques, *La Baja Edad Media,* Siglo XXI Editores, México, 1965/1979.

Le Roy Ladurie, Emmanuel, *The Royal French State: 1460-1610,* Basil Blackwell, Oxford, 1987/1994.

Lee, Chung H., *The Economic Transformation of South Korea: Lessons for the Transition Economies,* OCDE, París, 1995.
Lee, Jaymin, "The Performance of Industrial Policy: Evidence from Korea", *International Economic Journal,* vol. 25, núm. 1, 2011, pp. 1-27.
Lee, Sunhwa, y Mary C. Brinton, "Elite Education and Social Capital: The Case of South Korea", *Sociology of Education,* vol. 69, núm. 3, 1996, pp. 177-192.
Lee, Youl, y Kwangho Jung, "Public Service Ethics and Anticorruption Efforts in South Korea", en Evan M. Berman, M. Jae Moon y Heungsuk Choi (coords.), *Public Administration in East Asia: Mainland China, Japan, South Korea, and Taiwan,* CRC Press, Boca Ratón, 2010.
Lefebvre, Georges, *La Revolución francesa y el Imperio,* FCE, México, 1960.
Leftwich, Adrian, "Theorizing the State", en Peter Burnell, Lise Rakner y Vicky Randall (coords.), *Politics in the Developing World,* Oxford University Press, Nueva York, 2014.
Lehmann, Hans Georg, *Il dibattito sulla questione agraria nella socialdemocrazia tedesca e internazionale,* Feltrinelli, Milán, 1977.
León-Portilla, Miguel, *Toltecáyotl: Aspectos de la cultura náhuatl,* FCE, México, 1980.
Levi, Carlo, *Cristo si è fermato a Eboli,* Einaudi, Turín, 1945.
Levy, Daniel C., "Mexico: Sustained Civilian Rule without Democracy", en L. Diamond, J. J. Linz y S. M. Lipset, *Democracy in Developing Countries,* vol. 4, Lynne Rienner, Boulder, 1989.
Lewin, Leif, *Ideology and Strategy: A Century of Swedish Politics,* Cambridge University Press, Cambridge, 1988.
Lewis, Arthur W., *Crecimiento y fluctuaciones: 1870-1913,* FCE, México, 1978/1983.
———, "El desarrollo económico con oferta ilimitada de mano de obra", *The Manchester School of Economic and Social Studies,* vol. XXII, núm. 2, 1954, pp. 139-191.
———, *Evolución del orden económico internacional,* El Colegio de México, México, 1977/1980.
Lin, Yi-min, "Economic Institutional Change in Post-Mao China: Reflexions on the Triggering Orienting, and Sustaining Mechanisms", en Alvin Y. Son (coord.), *China's Developmental Miracle: Origins, Transformations, and Challenges,* M. E. Sharpe, Nueva York, 2003.
Lindbeck, Assar, *Desigualdad y política redistributiva: Comportamiento político y economía política,* Oikos-Tau, Barcelona, 1975.
Lis, C., y H. Soly, *Povertà e capitalismo nell'Europa preindustriale,* Il Mulino, Bolonia, 1979/1986.
Little, Ian M. D., "La industrialización india antes de 1945", en Mark Gersovitz, Carlos F. Díaz-Alejandro, Gustav Ranis y Mark R. Rosenzweig (comps.), *Teoría y experiencia del desarrollo económico,* FCE, México, 1985.

Livingston, J., J. Moore y F. Oldfather, *Imperial Japan (1800-1945),* Pantheon Books, Nueva York, 1973.

Ljungberg, Jonas, "About the Role of Education in Swedish Economic Growth (1867-1995)", *Historical Social Research,* vol. 27, núm. 4, 2002, pp. 125-139.

———, y Lennart Schôn, "Domestic Markets and International Integration: Paths to Industrialisation in the Nordic Countries", *Scandinavian Economic History Review,* vol. 61, núm. 2, 2013, pp. 101-121.

Lockhart, Paul Douglas, "Religion and Princely Liberties: Denmark's Intervention in the Thirty Years War (1618-1625)", *The International History Review,* vol. 17, núm. 1, 1995, pp. 1-22.

Lockwood, William W., *The Economic Development of Japan,* Princeton University Press, Princeton, 1968.

Loiola Persona, Helena, y Maria Aparecida Silva Oliveira, "Cambios estructurales en la industria brasileña (1995-2009)", *Revista CEPAL,* núm. 120, 2016, pp. 189-209.

Long, Bradford de, "Productivity Growth, Convergence, and Welfare: Comment", *American Economic Review,* vol. 78, núm. 5, 1988, pp. 1138-1154.

López Aymes, Juan Felipe, *Corea del Sur: La economía política del cambio institucional,* El Colegio de México, México, 2015.

Lu, Yao, Wenjuan Zheng y Wei Wang, "Migration and Popular Resistance in Rural China", *The China Quarterly,* núm. 229, 2017, pp. 1-22.

Lubeck, Paul, "El Estado nigeriano como instrumento y obstáculo para la acumulación de capital (1966-1983)", en Peter Anyang' Nyong'o, *Estado y sociedad en el África actual,* El Colegio de México, México, 1989.

Luce, Edward, *In Spite of the Gods: The Strange Rise of Modern India,* Doubleday, Nueva York, 2007.

Lutz, Vera, *Italy: A Study in Economic Development,* Oxford University Press, Nueva York, 1962.

Luzzatto, G., "Gli anni più critici dell'economia italiana", en *L'economia italiana dal 1861 al 1961,* Giuffré, Milán, 1961.

———, "The Italian Economy in the First Decade after Unification", en François Crouzet, William Henry Chaloner y Walter M. Stern (coords.), *Essays in European Economic History (1789-1914),* Edward Arnold, Londres, 1969.

Macciocchi, María A., *Elementos para un análisis del fascismo,* t. 2, El Viejo Topo, Madrid, 1978.

MacFarquhar, Roderick, *The Origins of the Cultural Revolution,* t. 2: *The Great Leap Forward (1958-1960),* Columbia University Press, Nueva York, 1983.

MacLachlan, Colin M., y William H. Beezley, *Mexico's Crucial Century, 1810-1910: An Introduction,* University of Nebraska, Lincoln, 2010.

Maddalena, Aldo de, "La Europa rural (1500-1750)", en Carlo M. Cipolla, *Historia económica europea,* vol. 2: *Siglos XVI y XVII,* Ariel, Barcelona, 1979.

Maddison, Angus, *Class Structure and Economic Growth: India and Pakistan since the Moghuls,* W. W. Norton, Nueva York, 1971.
———, *Crecimiento económico en el Japón y la URSS,* FCE, México, 1971.
Maddison, A., *The World Economy: Historical Statistics,* OCDE, París, 2003.
Madero, Francisco I., *La sucesión presidencial en 1910,* Época, México, 1909.
Magnusson, L., *An Economic History of Sweden,* Routledge, Londres/Nueva York, 2005.
Mahmud, Sakah Saidu, "Islamism in West Africa: Nigeria", *African Studies Review,* vol. 47, núm. 2, 2004, pp. 83-95.
Maire Vigueur, Jean-Claude, "Ville et campagne dans l'Italie communale: l'Exemple de Padoue", *Le Moyen Age,* vol. CX, núm. 3, 2004, pp. 643-657.
Maizels, Alfred, *Industrial Growth and World Trade,* Cambridge University Press/NIESR, Londres, 1965.
Majumder, Rajarshi, *Intergenerational Mobility: A Study of Social Classes in India,* Springer, Nueva York, 2013.
Malamound, Charles, "La India brahamánica: Karma de los hombres, maya de los dioses", en François Chatelet (coord.), *Historia de las ideologías,* t. I, Premiá Editora, México, 1981.
Malan, Pedro, "Perspectivas do desenvolvimento com estabilidade", en João Paulo dos Reis Velloso (coord.), *Brasil 500 anos: Futuro, presente, passado,* José Olympio Editora, São Paulo, 2000.
Malanima, Paolo, "The Italian Renaissance Economy (1250-1600)", trabajo presentado en Europe in the Late Middle Ages: Patterns of Economic Growth and Crisis, Villa La Pietra, Florencia, 10 a 12 de mayo de 2008.
———, y Vera Zamagni, "150 Years of the Italian Economy (1861-2010)", *Journal of Modern Italian Studies,* vol. 15, núm. 1, 2010, pp. 1-20.
Mann, Michael, *Las fuentes del poder social,* t. I: *Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d. C.,* Alianza, Madrid, 1986/1991.
Manniche, Peter, *Rural Development in Denmark and the Changing Countries of the World,* Borgen Publishers, Copenhague, 1978.
Manning, Kimberley Ens, "The Gendered Politics of Woman Work", *Modern China,* vol. 32, núm. 3, 2006, pp. 349-384.
Maravall, José Antonio, *Las comunidades de Castilla: Una primera revolución moderna,* Revista de Occidente, Madrid, 1963.
Marrou, Henri-Irénée, *La conoscenza storica,* Il Mulino, Bolonia, 1962.
Marx, C., y F. Engels, *Obras escogidas,* t. III, Progreso, Moscú, 1976.
———, *Obras escogidas,* t. I, Progreso, Moscú, 1977.
Marx, Karl, *El capital: crítica de la economía política,* t. I, lib. I, *El proceso de producción del capital,* 4ª ed., FCE, México, 1946/2014.
Mathias, Peter, *The First Industrial Nation: An Economic History of Britain (1700-1914),* Methuen, Londres, 1976.
McLaren, W. W., A *Political History of Japan during the Meiji Era (1867-1912),* Routledge, Nueva York, 1916.

Mello e Souza, André, y Pedro Miranda (coords.), *Brasil em desenvolvimento 2015: Estado, planejamento, e políticas públicas,* Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada (IPEA), Brasilia, 2015.

Metcalf, Thomas R., *Forging the Raj: Essays on British India in the Heyday of Empire,* Oxford University Press, Nueva Delhi, 2005.

Michaels, Albert L., "The Crisis of Cardenism", *Journal of Latin American Studies,* vol. 2, núm. 1, 1970, pp. 51-79.

Milanovic, Branko, *Global Inequality: A New Approach for the Age of Globalization,* Belknap Press, Londres, 2016. [Versión en español: *Desigualdad mundial, Un Nuevo enfoque para la era de la globalización,* trad. de Mariana Hernández Cruz, FCE, México, 2017.]

Milward, Alan S., y S. B. Saul, *The Economic Development of Continental Europe (1780-1870),* Allen & Unwin, Londres, 1973.

Minns, John, "Of Miracles and Models: The Rise and Decline of the Developmental State in South Korea", *Third World Quarterly,* vol. 22, núm. 6, 2001, pp. 1025-1043.

Mishima, Yukio, *La perla y otros cuentos,* Siruela, Madrid, 2004.

Misra, Maria, "Lessons of Empire: Britain and India", *SAIS Review,* vol. 23, núm. 2, 2003, pp. 133-153.

———, *Business, Race, and Politics in British India (c. 1850-1960),* Clarendon Press, Oxford, 1999.

Mitchell, B. R., "Apéndice estadístico", en C. M. Cipolla, *Historia económica de Europa,* t. 6, Ariel, Barcelona, 1980.

Miyamoto, M., Y. Sakudo y Y. Yasuba, "Economic Development in Preindustrial Japan (1859-1894)", *The Journal of Economic History,* vol. XXV, núm. 4, 1965, pp. 541-564.

Mo, Jongryn, y Barry Wringast, *Korean Political and Economic Development: Crisis, Security, and Institutional Rebalancing,* Harvard University Press, Cambridge, 2013.

Moon, Hwy-Chang, *The Strategy for Korea's Economic Success,* Oxford University Press, Nueva York, 2016.

Moon, Katherine H. S., *South Korea's Demographic Changes and their Political Impact,* Center for East Asia Policy Studies at The Brookings Institution, Washington, D. C., 2015.

Mori, Giorgio, *Il capitalismo industriale in Italia,* Editori Riuniti, Roma, 1977.

Morishima, Michio, *Why Has Japan 'Succeeded': Western Technology and Japanese Ethos,* Cambridge University Press, Cambridge, 1982.

Mosk, Sanford, "La Revolución Industrial en México", *Problemas agrícolas e industriales de México,* vol. III, núm. 2, 1951, p. 159.

Mota, Carlos Guilherme, y Adriana López, *Historia de Brasil: Una interpretación,* Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2009.

Mottura, Giovanni, *Il conflitto senza avventura: 40 anni di strategia ruralista nelle campagne italiane (1944-1987),* Studi e Ricerche del Dipartimento di Economia Politica/Università degli Studi di Modena, 1988.

Mousnier, Roland, "El progreso de la civilización europea y la decadencia de Oriente (1492-1715)", en M. Crouzet (coord.), *Historia general de las civilizaciones,* vol. IV, Destino, Barcelona, 1964.
Mukarji, Nirmal, "Decentralisation bellow the State Level: Need for a New System of Governance", *Economic and Political Weekly,* vol. XXIV, núm. 9, 1989, pp. 467-472.
Mukherji, Rahul, *Globalization and Deregulation: Ideas, Interest, and Institutional Change in India,* Oxford University Press, Nueva Delhi, 2014.
Müller, Miriam, "A Divided Class? Peasants and Peasant Communities in Later Medieval England", *Past and Present Supplement,* vol. 195, núm. 2, 2007, pp. 115-131.
Munck, Thomas, "Absolute Monarchy in Later Eighteenth-Century Denmark: Centralized Reform, Public Expectations, and the Copenhagen Press", *The Historical Journal,* vol. 41, núm. 1, 1998, pp. 201-224.
Murphy, Taggart, *Japan and the Shackles of the Past,* Oxford University Press, Nueva York, 2014.
Murray, James M., *Bruges, Cradle of Capitalism: 1280-1390,* Cambridge University Press, Cambridge, 2005.
Musacchio, Aldo, y Sergio G. Lazzarini, *Reinventing State Capitalism: Leviathan in Business, Brazil and Beyond,* Harvard University Press, Cambridge, 2014.
Mutel, Jacques, "La modernisation du Japon", *Archives Européennes de Sociologie,* vol. XXVII, núm. 1, 1986, pp. 58-81.
Myrdal, Gunnar, *La pobreza de las naciones,* Ariel, Barcelona, 1968/1974.
Napoleoni, Claudio, "Le inefficienze causano la crisi", en *L'economia italiana dal 1861 al 1961,* Giuffré, Milán, 1961.
National Bureau of Statistics of China. Disponible en http://www.stats.gov.cn/english/
National Bureau of Statistics, Nigeria, 2012. Disponible en http://www.nigerianstat.gov.ng/
Naughton, Barry (coord.), *Wu Jinglian: Voice of Reform in China,* The MIT Press, Cambridge, 2013.
Naughton, Barry, *The Chinese Economy: Transitions and Growth,* The MIT Press, Cambridge, 2007.
———, "Is China Socialist?", *Journal of Economic Perspectives,* vol. 31, núm. 1, 2017, pp. 3-24.
Neale, Walter C., "Indian Community Development, Local Government, Local Planning, and Rural Policy since 1950", *Economic Development and Cultural Change,* vol. 33, núm. 4, 1985, pp. 687-698.
Needham, Joseph, *Science and Civilisation in China,* vol. VII, *Science and Chinese Society,* parte II, *Language and Logic in Traditional China,* Cambridge University Press, Cambridge, 2004.
Nehru, Jawaharlal, *Speeches: 1949-1953,* The Publications Division/Government of India, Nueva Delhi, 1957.

Newsweek, 24 de agosto de 1987.

"Nigeria Says Oil Groups Treat Country like Colony", *Financial Times,* 7 de noviembre de 2016. Disponible en https://www.ft.com/content/58470f86-a10f-11e6-891e-abe238dee8e2

Noland, Marcus, "Korea's Growth Performance: Past and Future", *East-West Center Working Papers, Economics Series,* núm. 123, 2011, pp. ii-40.

North, Douglass C., y Robert Paul Thomas, *El nacimiento del mundo occidental: Una nueva historia económica (900-1700),* Siglo XXI Editores, México, 1973/1991.

Nurkse, Ragnar, *Problemas de formación de capital en los países insuficientemente desarrollados,* FCE, México, 1953/1955.

O'Gorman, Edmundo, *México: El trauma de su historia,* Conaculta, México, 1999.

Odaka, Kônosube, "The Dual Structure of the Japanese Economy", en Takafusa Nakamura y Kônosuke Odaka, *The Economic History of Japan: 1600-1990,* vol. 3, *Economic History of Japan 1914-1955: A Dual Structure,* Oxford University Press, Nueva York, 2003.

Ohkawa, Kazushi, y Henry Rosovsky, *Japanese Economic Growth,* Stanford University Press, Stanford, 1973.

Okonjo-Iweala, Ngozi, "Reforming Nigeria. A Conversation with Ngozi Okonjo-Iweala", *Foreign Affairs,* vol. 93, núm. 2, 2014, pp. 2-8.

———, *Reforming the Unreformable: Lessons from Nigeria,* The MIT Press, Cambridge, 2012.

Olayiwola, Peter O., *Petroleum and Structural Change in a Developing Country: The Case of Nigeria,* Praeger, Nueva York, 1987.

Olsson, Mats, "Manorial Economy and Corvée Labour in Southern Sweden in 1650-1850", *The Economic History Review,* vol. LIX, núm. 3, 2006, pp. 481-497.

———, y Patrick Svensson, "The Landlord Lag-Productivity on Peasant Farms and Lanlord Demesnes during the Agricultural Revolution in Sweden (1700-1860)", *Scandinavian Economic History Review,* vol. 64, núm. 1, 2016, pp. 55-71.

Omitola, Bolaji O., "The Development and Problems of Nigerian Public Service", en Adeoya A. Akinsanya y John A. Ayoade (coords.), *An Introduction to Political Science in Nigeria,* University Press of America, Lanham, 2013.

Omobowale, Ayokunle O., y Akinpelu O. Olutayo, "Chief Lamidi Adedibu and Patronage Politics in Nigeria", *The Journal of Modern African Studies,* vol. 45, núm. 3, 2007, pp. 425-446.

Organización Mundial de las Naciones Unidas (ONU), *El desarrollo económico de Brasil,* ONU, México, 1956.

Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), *Labour Force Statistics (1965-1976),* OCDE, París, 1978.

Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), *Estudios económicos de la OCDE: México 2002-2003,* OECD Publishing, México, 2004. ———, *OECD Economic Surveys: India 2007,* OECD Publishing, París, 2007.
———, *OECD Economic Surveys: Korea 2010,* OECD Publishing, s. l., 2010.
———, *OECD Economic Surveys: Mexico 2011,* OECD Publishing, París, 2011. [Versión en español: *Estudios económicos de la OCDE: México 2011,* OECD Publishing, México, 2011.]
———, *Agricultural Policy Monitoring and Evaluation: Highlights 2015,* OECD Publishing, s. l., 2015.
———, *Estudios Económicos de la OCDE: México 2015,* OCDE, México, 2015.
———, *OECD Investment Policy Reviews, Nigeria 2015,* OECD Publishing, París, 2015.
———, *OECD Economic Surveys: Korea 2016,* OECD Publishing, s. l., 2016.
———, *OECD Economic Surveys: China 2017,* OECD Publishing, París, 2017.
———, *OECD Economic Surveys: India 2017,* OECD Publishing, París, 2017.
———, *OECD Economic Surveys: Mexico 2017,* OECD Publishing, México, 2017.
Ostergard, Uffe, "Peasants and Danes: The Danish National Identity and Political Culture", *Comparative Studies in Society and History,* vol. 34, núm. 1, 1992, pp. 3-27.
Paden, John N., *Postelection Conflict Management in Nigeria: The Challenges of National Unity,* George Mason University, Arlington, 2012.
Pai, Mi Kyung, "The Technical Progress and Resilience in Productivity Growth of Korea's Growth-Leading Industries", *Asian Economic Papers,* vol. 15, núm. 2, 2016, pp. 167-191.
Palme Dutt, R., *India Today and Tomorrow,* People's Publishing House, Nueva Delhi, 1955.
Panagariya, Arvind, *India: The Emerging Giant,* Oxford University Press, Nueva York, 2008.
Pansters, Wil G., "Book Reviews", *European Review of Latin American and Caribbean Studies,* núm. 95, 2013, pp. 128-131.
Parain, Charles, "The Evolution of Agricultural Technique", en M. M. Postan (coord.), *The Cambridge Economic History of Europe,* vol. 1, *The Agrarian Life of the Middle Ages,* Cambridge University Press, Cambridge, 1966/1971, pp. 125-179.
Pardo López, María del Carmen, "La política social como dádiva del presidente", *Foro Internacional,* vol. 36, núms. 1-2, 1996, pp. 295-320.
Park-Barjot, Rang-Ri, "Les conséquences économiques de la guerre", en Pierre Journoud (coord.), *La guerre de Corée et ses enjeux stratégiques de 1950 à nos jours,* L'Harmattan, París, 2013.
Parthasarathy, Balaji, "India's Silicon Valley or Silicon Valley's India?: Socially Embedding the Computer Software Industry in Bangalore", *International Journal of Urban and Regional Research,* vol. 28, núm. 3, 2004, pp.

664-685.
Pastor, Robert, "Post-Revolutionary Mexico: The Salinas Opening", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs,* vol. 32, núm. 3, 1990, pp. 1-22.
Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad,* FCE, México, 1972.
———, *El ogro filantrópico: Historia y política (1971-1978),* Joaquín Mortiz, México, 1979.
———, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe,* FCE, México, 1983.
———, *Vislumbres de la India,* Seix Barral, México, 1995.
Pearson, Harry W. (coord.), *The Livelihood of Man,* Academic Press, Nueva York, 1977.
Peet, Richard, y Elaine Hartwick, *Theories of Development: Contentions, Arguments, Alternatives,* Guilford Press, Nueva York/Londres, 2015.
Pereyra, Lourdes, "México: Los límites del reformismo", *Quadernos Políticos,* núm. 1, 1974, pp. 54-65.
Petraccone, Claudia, "Questione meridionale e questione settentrionale in Filippo Turati", *Studi Storici,* vol. 39, núm. 3, 1998, pp. 809-851.
Pipitone, Ugo, *Modernidad congelada: Un estudio de Oaxaca, Kerala y Sicilia,* CIDE, México, 2011.
———, *La esperanza y el delirio: Una historia de la izquierda en América Latina,* CIDE/Taurus, México, 2015.
———, *Un eterno comienzo: La trampa circular del desarrollo mexicano,* Taurus/CIDE, México, 2017.
Pirenne, Henri, *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI,* FCE, México, 1942.
———, *Historia económica y social de la Edad Media,* FCE, México, 1933/1975.
———, *Medieval Cities,* Princeton University Press, Princeton, 1925/2014.
Plan Nacional de Desarrollo, *Informe de ejecución 1991,* Plan Nacional de Desarrollo, México, marzo de 1992.
Planning Commission, *Second Five Year Plan,* Gobierno de la India, Nueva Delhi, 1956.
Polanyi, Karl, *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo,* 3ª ed., FCE, México, 1992/2017.
Prado Jr., Caio, *A Questão agrária,* Ed. Brasiliense, São Paulo, 1979.
———, *A revolução brasileira,* Ed. Brasiliense, São Paulo, 1966.
Prates da Silveira, Caio C., "Plano cruzado: A dramática reversão de expectativas", *Texto para Discussão,* núm. 110, 1987, p. S587.
Priester, Karin, "Fascism in Italy between Poles of Reactionary Thought and Modernity", en Helmut Konrad y Wolfgang Maderthaner (coords.), *Routes into the Abyss: Coping with Crises in the 1930s,* Bergahn Books, Nueva York, 2013.
Pringle, Tim, *Trade Unions in China: The Challenge of Labour Unrest,* Routledge, Londres y Nueva York, 2011.
Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Desarrollo humano: Informe 1990,* PNUD, Bogotá, 1990.

———, *Annual Report 2015: Nigeria,* PNUD, Nigeria, 2015.
Puett, Michael J., *The Ambivalence of Creation: Debates Concerning Innovation and Artifice in Early China,* Stanford University Press, Stanford, 2001.
Quick, Stephen A., "Mexico's Macroeconomic Gamble", trabajo presentado en *Mexico: Contrasting Visions,* The Columbia University, Nueva York, 1989.
Ramos Posser, Dayane, y Angélica Massuquetti, "The Brazilian Export Profile by Technological Intensity", *Revista Brasileira de Economia de Empresas,* vol. 14, núm. 2, 2014, pp. 97-110.
Reich, Wilhelm, *Psicología de masas del fascismo,* Roca, México, 1933/1973.
Reid, Michael, *Brazil: The Troubled Rise of a Global Power,* Yale University Press, Padstow, 2014.
"Reforms and Democracy, but No Rule of Law", *The Economist,* 5 de noviembre de 2014. Disponible en https://www.economist.com/leaders/2014/11/15/reforms-and-democracy-but-no-rule-of-law
Riall, Lucy, *La Sicilia e l'unificazione italiana: Politica liberale e potere locale (1815-1866),* Einaudi, Turín, 2004.
Ricossa, Sergio, "Italia: 1920-1970", en C. M. Cipolla, *Historia económica de Europa,* t. 6, Ariel, Barcelona, 1980.
Ro, Chung-hyun, *Public Administration and the Korean Transformation: Concepts, Policies, and Value Conflicts,* Kumarian Press, West Hartford, 1993.
Robent, Jacques, *Le Japon,* Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence, París, 1969.
Robinson, James A., "Elites and Institutional Persistence", en Alice H. Amsden, Alisa DiCaprio y James A. Robinson (coords.), *The Role of Elites in Economic Development,* Oxford University Press, Oxford, 2012.
Rockwell, Joan, "The Danish Peasant Village", *The Journal of Peasant Studies,* vol. 1, núm. 4, 1974, pp. 409-461.
Rodney, Walter, "África occidental y la trata de esclavos del Atlántico", en Armando Entralgo (coord.), *África: Economía,* Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1979.
Romeo, Rosario, *Breve storia della grande industria in Italia (1861-1961),* Cappelli, Bolonia, 1982.
Romero Tellaeche, José Antonio, *Los límites al crecimiento económico de México,* El Colegio de México/UNAM, México, 2014.
Root, Hilton L., *Dynamics among Nations: The Evolution of Legitimacy and Development in Modern States,* The MIT Press, Cambridge, 2013.
Roover, Raymond De, "The Organization of Trade", en M. M. Postan, E. E. Rich y E. Miller (coords.), *The Cambridge Economic History of Europe,* vol. 3, *Economic Organization and Policies in the Middle Ages,* Cambridge University Press, Nueva York, 1971.
Ros Bosch, Jaime, *Desarrollo industrial y política de industrialización en México: Una reseña de la bibliografía analítica y empírica,* CEPAL, México, sep-

tiembre de 1986 (mimeo).
Ros Bosch, Jaime, *¿Cómo salir de la trampa del lento crecimiento y alta desigualdad?,* El Colegio de México/UNAM, México, 2015.
Rosenberg, N., y L. E. Birdzell, *Come l'Occidente è diventato ricco: Le trasformazioni economiche del mundo,* Il Mulino, Bolonia, 1986/1988.
Rosenzweig, Fernando, "El desarrollo económico de México, de 1877 a 1911", *El Trimestre Económico,* vol. 32, núm. 127, 1965, pp. 405-454.
———, "La industria", en Daniel Cosío Villegas *et al., Historia moderna de México. El Porfiriato: la vida económica,* 1ª parte, vol. VII, Hermes, México, 1965.
———, "La evolución económica de México (1870-1940)", *El Trimestre Económico,* vol. 56, núm. 221, 1989, pp. 11-56.
Rostow, Walt W., *The World Economy: History and Retrospect,* MacMillan, Londres, 1978.
Rousseau, Jean-Jacques, *El contrato social,* Porrúa, México, 1982.
Roy, Arundhati, "Introduction", en Ian Buruma, Robert B. Silvers y Barbara Epstein, *India: A Mosaic,* The New York Review of Books, Nueva York, 2000.
Roy, Tirthankar, *India in the World Economy: From Antiquity to the Present,* Cambridge University Press, Nueva York, 2012.
Royal Danish Ministry of Foreign Affairs, *Denmark: An Official Handbook,* Krak, Copenhague, 1964.
Rozman, Gilbert, "Can Confucianism Survive in an Age of Universalism and Globalization?", *Pacific Affairs,* vol. 75, núm. 1, 2002, pp. 11-37.
Rudolph, Lloyd I., y Susanne Hoeber Rudolph, *In Pursuit of Lakshmi: The Political Economy of the Indian State,* The University of Chicago Press, Chicago, 1987.
Rushdie, Salman, *Hijos de la noche,* De Bolsillo, Barcelona, 2016.
Sachs, Jeffrey D., Andrew D. Mellinger y John L. Gallup, "The Geography of Poverty and Wealth", *Scientific American,* vol. 284, núm. 3, 2001, pp. 70-75.
Sala-i-Martin, Xavier, y Arvind Subramanian, "Addressing the Natural Resource Curse: An Illustration from Nigeria", Working Paper No. 9804, The National Bureau of Economic Research, Cambridge, 2003.
Salvadori, Massimo L., *Storia d'Italia: Crisi di regime e crisi di sistema (1861-2013),* Il Mulino, Bolonia, 2013.
Salvemini, Gaetano, "Introductory Essay", en William Salomone, *Italy in the Giolittian Era,* University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1960.
———, y George La Piana, *¿Qué hacer con Italia?,* FCE, México, 1943.
Salvucci, Richard J., "Algunas consideraciones económicas (1836). Análisis mexicano de la depresión a principios del siglo XIX", *Historia Mexicana,* vol. 55, núm. 1, 2005, pp. 67-97.
Samuelsson, Kurt, *From Great Power to Welfare State: 300 Years of Swedish Social Development,* Allen & Unwin, Londres, 1968.

San Miguel, Pedro L., "La representación del atraso: México en la historiografía estadounidense", *Historia Mexicana,* vol. 53, núm. 3, 2004, pp. 745-796.
Sandberg, Lars G., "Banking and Economic Growth in Sweden before World War I", *The Journal of Economic History,* vol. XXXVIII, núm. 3, 1978, pp. 650-680.
Sanna, Atul, "Union Budget 1989-1990", *Economic and Political Weekly,* vol. XXIV, núm. 18, 1989, pp. 1001-1003.
Scase, Richard, *Social Democracy in Capitalist Society: Working-Class Politics in Britain and Sweden,* Croom Helm, Londres, 1977.
Schama, Simon, *The Embarrassment of Riches: An Interpretation of Dutch Culture in the Golden Age,* University Of California Press, Nueva York, 1988.
Schedler, Andreas, *En la niebla de la guerra: Los ciudadanos ante la violencia criminal organizada,* CIDE, México, 2015.
Schnell, Scott, "Ritual as an Instrument of Political Resistance in Rural Japan", *Journal of Anthropological Research,* vol. 51, núm. 4, 1995, pp. 301-328.
Schou, P., "Social Denmark", *The Quarterly Journal of Economics,* vol. 27, núm. 1, 1912, pp. 50-66.
Schram, Stuart R., "The Limits of Cataclysmic Change: Reflexions on the Place of the 'Great Proletarian Cultural Revolution' in the Political Development of the People's Republic of China", *The China Quarterly,* núm. 108, 1986, pp. 613-624.
Schram, Stuart S., y Nancy J. Rhodes (coords.), *Mao's Road to Power: Revolutionary Writings (1912-1949),* vol. VII, An East Gate Book, Nueva York, 2005.
Schumpeter, Joseph A., *The Theory of Economic Development,* Oxford University Press, Oxford, 1911/1974.
Seagrave, Sterling, *Dragon Lady: The Life and Legend of the Last Empress of China,* Vintage Books, Nueva York, 1993.
Seers, Dudley, *Economía política del nacionalismo,* FCE, México, 1983/1986.
Sejersted, Francis, *The Age of Social Democracy: Norway and Sweden in the Twentieth Century,* Princeton University Press, Princeton, 2011.
Sen, Amartya, "Starvation and Exchange Entitlements: A General Approach and Its Application to the Great Bengal Famine", *Cambridge Journal of Economics,* vol. 1, núm. 1, 1977, pp. 33-59.
———, "How Is India Doing?", en D. K. Basu y R. Sisson (coords.), *Social and Economic Development in India: A Reassessment,* SAGE Publications, Beverly Hills, 1986.
———, *India contemporánea: entre la modernidad y la tradición,* Gedisa, Barcelona, 2007.
Sengupta, Nirmal, "Agrarian Movements in Bihar", *The Journal of Peasant Studies,* vol. 9, núm. 3, 1982, pp. 15-39.
Senior, Clarence, "Reforma agraria y democracia en la Comarca Lagunera", *Problemas agrícolas e industriales de México,* vol. VIII, núm. 2, 1956, pp. 1-174.

Sereni, Emilio, "Mercato nazionale e accumulazione capitalistica nell'Unità italiana", *Studi Storici,* vol. 1, núm. 3, 1960, pp. 513-568.

Sereni, Emilio, *Capitalismo y mercado nacional,* Crítica/Grijalbo, Barcelona, 1980.

Serra, José, y María C. Tavares, "Más allá del estancamiento: una discusión sobre el estilo del desarrollo reciente en Brasil", en J. Serra, *Desarrollo latinoamericano: ensayos críticos,* FCE, México, 1974.

Shambaugh, David, "Deng Xiaoping: The Politician", *The China Quarterly,* núm. 135, 1993, pp. 457-490.

Shenton, R. W., y L. Lennihan, "Capital and Class: Peasant Differentiation in Northern Nigeria", *The Journal of Peasant Studies,* vol. 9, núm. 1, 1981, pp. 47-70.

Shepherd Nivison, David, "The Classical Philosophical Writings", en Michael Loewe y Edward L. Shaughnessy (eds.), *The Cambridge History of Ancient China: From the Origins of Civilization to 221 B. C.,* Cambridge University Press, Cambridge, 1999.

Shimbo, Hiroshi, y Akira Hasegawa, "The Dynamics of Market Economy and Production", en Akira Hayami, Osamu Saito y Ronald P. Toby (coords.), *The Economic History of Japan (1600-1990),* vol. 1, *Emergence of economic society in Japan, 1600-1859,* Oxford University Press, Oxford, 1999.

Shin, Kwang-Yeong, "The Dilemmas of Korea's New Democracy in an Age of Neoliberal Globalisation", *Third World Quarterly,* vol. 33, núm. 2, 2012, pp. 293-309.

Shin, Solee I., "Transforming into Fashion Firms or Multi-Country Suppliers? Accounting for Varied Firm Trajectories in the Deindustrialising Korean Apparel Industry", *The Journal of Development Studies,* 2017. Disponible en http://doi.org/10.1080/00220388.2017.1404032

Short, Philip, *Mao: A Life,* Macrae Book, Nueva York, 1999.

Silva Tabosa, Francisco José, Pablo Urano de Carvalho Castelar y Ghilherme Irffi, "Brazil, 1981-2013: The Effects of Economic Growth and Income Inequality on Poverty", *Revista CEPAL,* núm. 120, 2016, pp. 163-180.

Singh, Nirvikar, "The Dynamics and Status of India's Economic Reforms", en Chetan Ghate (coord.), *The Oxford Handbook of the Indian economy,* Oxford University Press, Nueva York, 2012.

Sitapati, Vinay, "What Anna Hazare's Movement and India's New Middle Class Say About Each Other", *Economic and Political Weekly,* vol. 46, núm. 30, 2011, pp. 39-44.

Skidmore, T., *Brazil: Five Centuries of Change,* Oxford University Press, Nueva York 1999.

———, "Collor's Downfall in Historical Perspective", en Keith Rosenn y Richard Downes (coords.), *Corruption and Political Reform in Brazil: The Impact of Collor's Impeachment,* North-South Center Press/University of Miami, Florida, 1999.

Slicher van Bath, B. H., *Historia agraria de la Europa occidental: 1500-1850,* Península, Barcelona, 1979.
Smallman, Shawn C., *Fear and Memory in the Brazilian Army and Society (1889-1954),* The University of Carolina Press, Chapel Hill, 2002.
Smith, Thomas C., *The Agrarian Origins of Modern Japan,* Stanford University Press, Stanford, 1979.
Smith, Tony, *Los modelos del imperialismo: Estados Unidos, Gran Bretaña y el mundo tardíamente industrializado desde 1815,* FCE, México, 1984.
Snowden, Frank M., "On the Social Origins of Agrarian Fascism in Italy", *Archives Européennes de Sociologie,* vol. XIII, núm. 2, 1972, pp. 268-295.
Society of Indian Automobile Manufactures (SIAM), "Production Trends", SIAM, Nueva Delhi, 2016. Disponible en www.siamindia.com/statistic.aspx? mpgid=8&pgidtrail=13
Södersen, Bo, "Cien años de desarrollo económico sueco (1870-1970)", en Magnus Blömstrom y Patricio Meller (coords.), *Trayectorias divergentes: Comparación de un siglo de desarrollo económico latinoamericano y escandinavo,* Cieplan/Hachette, Santiago de Chile, 1990.
Solís Rosales, Ricardo, "Precios de garantía y política agraria: Un análisis de largo plazo", *Comercio Exterior,* vol. 40, núm. 10, 1990, pp. 923-937.
Solís, Leopoldo, "La balanza de pagos de México", en L. Solís (coord.), *La economía mexicana,* t. 1, FCE, México, 1973.
———, *La realidad económica mexicana: Retrovisión y perspectivas,* Siglo XXI Editores, México, 1981.
Solow, Robert M., "Notes on Social Capital and Economic Performance", en Partha Dasgupta e Ismail Serageldin (coords.), *Social Capital: A Multifaceted Perspective,* Banco Mundial, Washington D. C., 2000.
Sombart, Werner, *La industria,* Labor, Barcelona, 1931.
Sorensen, Aage B., "On Kings, Pietism and Rent-Seeking in Scandinavian Welfare States", *Acta Sociologica,* vol. 41, núm. 4, 1998, pp. 363-375.
Souyri, Pierre F., "Aux racines du consensus: L'écriture de l'histoire au Japon", en J. M. Bouisson y G. Faure (coords.), *Japon; le consensus: Mythe et realités,* Económica, París, 1984.
Souza Rangel, Armenio de, y Fernando García de Freitas, "Un análisis comparativo de la productividad en las industrias manufactureras del Brasil y México", *Revista CEPAL,* núm. 115, 2015, pp. 197-215.
Soyinka, Wole, *Partirás al amanecer,* RBA, Barcelona, 2010.
Staples, Anne, "Fortuna vs estatus: La movilidad social en el México decimonónico", *Historia Mexicana,* vol. 65, núm. 4, 2016, pp. 1751-1788.
Statistics Korea, Disponible en http://kostat.go.kr/portal/eng/index.action
Stearns, Peter N., *Schools and Students in Industrial Society: Japan and the West (1870-1940),* Bedford Books, Boston, 1998.
Stepan, Alfred C., *The Military in Politics: Changing Patterns in Brazil,* Princeton University Press, Princeton, 1974.

Strachey, John, *El fin del imperio,* FCE, México, 1962.
Stratford Analysis, diciembre, de 2014.
Suberu, Rotimi T., *Federalism and Ethnic Conflict in Nigeria,* United States Institute of Peace Press, Washington, D. C., 2001.
Suret-Canale, Jean, y A. Adu Boahen, "West Africa 1945-60", en A. Mazrui (coord.), *General History of Africa,* vol. VIII: *Africa since 1935,* Heinemann/UNESCO, Berkeley, 1993.
Swenson, Peter, "Bringing Capital Back In, or Social Democracy Reconsidered: Employer Power, Cross-Class Alliances, and Centralization of Industrial Relation in Denmark and Sweden", *World Politics,* vol. 43, núm. 4, 1991, pp. 513-544.
Sylos Labini, Paolo, *Dispense di economia: 1968-69,* Edizioni Dell'Ateneo, Roma, 1969.
———, *The Forces of Economic Growth and Decline,* The MIT Press, Cambridge, 1984.
———, "La politica economica del fascismo: La crisi del '29'", *Moneta e Credito,* vol. 67, núm. 265, 2014, pp. 47-54.
Tagore, Rabindranath, *Nacionalismo,* Taurus, México, 2012.
Takahashi, Kamekichi, *The Rise and Development of Japan's Modern Economy,* The Jiji Press, Tokio, 1969.
Tannenbaum, Frank, *Mexico: The Struggle for Peace and Bread,* Alfred Knopf, Nueva York, 1954.
Teichman, Judith A., *Social Forces and States: Poverty and Distributional Outcomes in South Korea, Chile, and Mexico,* Stanford University Press, Stanford, 2012.
———, "Neoliberalism and the Transformation of Mexican Authoritarianism", en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos,* vol. 13, núm. 1, 1997, pp. 121-147.
Thompson, Mark R., "Pacific Asia after 'Asian Values': Authoritarianism, Democracy, and 'Good Governance'", *Third World Quarterly,* vol. 25, núm. 6, 2004, pp. 1079-1095.
Thompson, Thomas J., "Ancient Stateless Civilization", *The Independent Review,* vol. X, núm. 3, 2006, pp. 365-384.
Tilton, Timothy A., "The Social Origins of Liberal Democracy: The Swedish Case", *American Political Science Review,* vol. 68, núm. 2, 1974, pp. 561-571.
Tin-bor Hui, Victoria, *War and State Formation in Ancient China and Early Modern Europe,* Cambridge University Press, Cambridge, 2005.
Torres, Blanca, *Historia de la Revolución mexicana, 1940-1952: Hacia la utopía industrial,* vol. 21, El Colegio de México, México, 1984.
Toynbee, Arnold J., *Estudio de la historia,* t. I, Origen/Planeta, México, 1934/1985.
Trampusch, Christine, y Dennis C. Spies, "Agricultural Interests and the Origins of Capitalism: A Parallel Comparative History of Germany, Denmark,

New Zealand, and the USA", *New Political Economy,* vol. 19, núm. 6, 2014, pp. 918-942.
Transparency International. Disponible en https://www.transparency.org/
Tse-tsung, Chow, *The May Fourth Movement: Intellectual Revolution in Modern China,* Stanford University Press, Stanford, 1967.
Tsunenari, Tokugawa, *The Edo Inheritance,* International House of Japan, Tokio, 2009.
Tuchman, Barbara W., *Un espejo lejano,* Argos Vergara, Barcelona, 1978/1979.
Tyabji, Nasir, *Forging Capitalism in Nehru's India: Neocolonialism and the State (c. 1940-1970),* Oxford University Press, Nueva Delhi, 2015.
Vandenbroeke, C., "Agriculture et alimentation dans les Pays-Bas autrichiens: Contribution à l'histoire économique et social à la fin de l'Ancien Régime", *Centre belge d'Histoire rurale,* núm. 49, 1975, pp. 143-151.
Vannutelli, Cesare, "Occupazione e salari dal 1861 al 1961", en *L'economia italiana dal 1861 al 1961,* Giuffré, Milán, 1961.
Veer, Peter van der, *The Modern Spirit of Asia: The Spiritual and the Secular in China and India,* Princeton University Press, Princeton, 2014.
Velho, Gilberto, "A vitória de Collor: Uma análise antropológica", *Novos Estudos,* vol. 1, núm. 26, 1990, pp. 44-47.
Verdoorn, Petrus J., "Fattori che regolano lo sviluppo della produttività del lavoro", *L'Industria,* núm. 1, 1949, pp. 37-63.
Verma, B. N., y D. W. Bromley, "The Political Economy of Farm Size in India: The Elusive Quest", *Economic Development and Cultural Change,* vol. XXXV, núm. 4, 1987, pp. 791-808.
Vernon, Raymond, *El dilema del desarrollo económico de México,* Diana, México, 1966.
Villari, Lucio, *L 'economía della crisi: Il capitalismo dalla "grande depressione" al "crollo" del 29,* Einaudi, Turín, 1980.
Villoro, Luis, *Páginas de la historia mexicana,* El Colegio de México, México, 1960/2015.
Vind, Ole, "The Gordian Knot: Grundtvig and British Liberalism", en J. A. Hall, Ove Korsgaard y Ove K. Pedersen (coords.), *Building the Nation: N.F.S. Grundtvig and Danish National Identity,* McGill-Queen's University Press, Montreal, 2015.
Vlastos, Stephen, "Opposition Movements in Early Meiji (1868-1885)", en John W. Hall, Marius B. Jansen, Madoka Kanai y Denis Twitchett (coords.), *The Cambridge History of Japan,* vol. 5, Cambridge University Press, Nueva York, 1993.
Voltaire, *Zadig o el destino,* Fontamara, Barcelona, 1747.
Vries, Jan de, *The Economy of Europe in an Age of Crisis: 1600-1750,* Cambridge University Press, Cambridge, 1976.
Wade, Robert, *Governing the Market: Economic Theory and the Role of the Government in East Asian Industrialization,* Princeton University Press,

Princeton, 1990.
Wahashi, Masaru, "The Institutional Framework of the Tokugawa Economy", en Akira Yamami *et al.* (coords.), *The Economic History of Japan (1600-1990),* vol. 1, *Emergence of economic society in Japan, 1600-1859,* Oxford University Press, Oxford, 1999.
Wall Street Journal, 30 de marzo de 1990.
Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial,* t. II, *El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea (1600-1750),* Siglo XXI Editores, México, 1984.
Waswo, Ann, "The Transformation of Rural Society (1900-1950)", en Peter Duus (coord.), *The Cambridge History of Japan,* vol. 6, Cambridge University Press, Nueva York, 1988.
Weaver, Kent, "Political Foundations of Swedish Economic Policy", en Barry Bosworth y Alice M. Rivlin (coords.), *The Swedish Economy,* The Brookings Institution, Washington, D. C., 1987.
Weber, Max, *Economía y sociedad,* 2ª ed., FCE, México, 1922/1964.
Weffort, Francisco, "Nacionalismo, o populismo e o que restou do legado político e económico de Vargas", en Tamás Szmrecsányi y Rui G. Granziera (coords.), *Getúlio Vargas e a economia contemporânea,* Universidade Estadual de Campinas, Campinas, 1986.
Weisbrot, Mark, Stephan Lefebvre y Joseph Sammut, *¿El TLCAN ayudó a México? Una valoración tras 20 años,* Center for Economic Policy Research, Washington, D. C., 2014.
Weyl, Nathaniel, y Sylvia Weyl, "La reconquista de México: Los días de Lázaro Cárdenas", en *Problemas agrícolas e industriales de México,* vol. VII, núm. 4, 1955.
Whan Kihl, Young, *Transforming Korean Politics: Democracy, Reform, and Culture,* M. E. Sharpe, Nueva York/Londres, 2005.
Wolpert, Stanley, *A New History of India,* Oxford University Press, Nueva York, 1977/2004.
Womack Jr., John, *Zapata y la Revolución mexicana,* Siglo XXI Editores, México, 1982.
Wong, Linda, "Chinese Migrant Workers: Rights Attainment Deficits, Rights Consciousness, and Personal Strategies", *The China Quarterly,* núm. 208, 2011, pp. 870-892.
Wook Lee, Young, y Sun Young Kwak, "Neo-Liberal Korea and Still Developmentalist Japan: Myth or Reality?", *Global Economic Review,* vol. 38, núm. 3, 2009, pp. 277-295.
World Bank National Accounts Data, OECD National Accounts Files (disponible en http://www.oecd.org/sdd/na/); Fondo Monetario Internacional (FMI), "International Financial Statistics and Data Files". Disponible en https://www.imf.org/en/Data
World Justice Project. Disponible en https://worldjusticeproject.org/

Wrigley, E. A., *Gentes, ciudades y riqueza: La transformación de la sociedad tradicional,* Crítica, Barcelona, 1987/1992.

Xingpei, Yuan, Yan Wenming, Zhang Chuanxi y Lou Yulie (coords.), *The History of Chinese Civilization,* vol. III, Cambridge University Press, Cambridge, 2012.

Xu, Chenggang, "China's Political-Economic Institutions and Development", *Cato Journal,* vol. 35, núm. 3, 2015, pp. 525-548.

Xu, Qingwen, Xinping Guan y Fangfang Yao, "Welfare Program Participation among Rural-to-Urban Migrant Workers in China", *International Journal of Social Welfare,* vol. 20, 1, 2011, pp. 10-21.

Yamamoto, Yuzo, "Japanese Empire and Colonial Management", en Takafusa Nakamura y Kônosuke Odaka, *The Economic History of Japan (1600-1990),* vol. 3, Oxford University Press, Oxford, 2003.

Yang, Jae-jin, "Parochial Welfare Politics and the Small Welfare State in South Korea", *Comparative Politics,* vol. 45, núm. 4, 2013, pp. 457-475.

Yarong, Jiang, y David Ashley, *Mao's Children in the New China: Voices from the Red Guard Generation,* Routledge, Londres, 2000.

Yiu, Lisa, y Jennifer Adams, "Reforming Rural Education in China: Understanding Teacher Expectations for Rural Youth", *The China Quarterly,* núm. 216, 2013, pp. 993-1017.

Young, Eric van, *Economía, política y cultura en la historia de México: Ensayos historiográficos, metodológicos y teóricos de tres décadas,* El Colegio de San Luis/El Colegio de la Frontera Norte/El Colegio de Michoacán, San Luis Potosí y México, 2010.

Zhang, Liqing, y Xiaofen Tan, "China's Financial Sector Development: Understanding the Past and Shaping the Future", en Wing Thye Woo, Ming Lu, Jeffrey D. Sachs y Zhao Chen (coords.), *A New Economic Growth Engine for China: Escaping the Middle-Income Trap by Not Doing More of the Same,* Imperial College Press, Londres, 2012.

Ziblatt, Daniel, *Structuring the State: The Transformation of Italy and Germany and the Puzzle of Federalism,* Princeton University Press, Princeton, 2006.

Ziegler, Jean, *Saqueo en África,* Siglo XXI Editores, México, 1979.

Zins, Max-Jean, *Inde: Un destin démocratique,* La documentation française, París, 1999.

Ziyang, Zhao, *Prisoner of the State: The Secret Journal of Premier Zhao Ziyang,* ed. de Bao Pu, Renee Chiang y Adi Ignatius, Simon and Schuster, Nueva York, 2009.

Zoctizoum, Yarisse, "Otro golpe de Estado en Nigeria", *Estudios de Asia y África,* vol. XXI, núm. 2, 1986, pp. 299-317.

Zweig, Stefan, *Brasil: País del futuro,* Espasa-Calpe, Madrid, 1942.

ÍNDICE ANALÍTICO

Abachi, Sani: 260, 265, 267, 279
absolutismo: 61, 62, 92 y n, 101, 131
Acre: 287n
Acta de Navegación: 47
Adalen: 84
Addy, John: 40n
Aden: 80
administración pública: 48, 166, 197, 234, 243, 244, 280, 355, 367, 430; eficiente, 62, 134, 136, 238, 243, 245, 344, 426, 430, 433; ineficiente, 144, 262, 270, 274, 279, 356, 366; regionalización de la, 103, 238, 256, 258, 356
Adriático, mar: 26
África: 19, 69, 91n, 117, 248, 250, 251, 252, 272, 273, 285; *véanse también* los distintos países
agricultura: 15, 17-20, 25, 28, 34, 38n, 40-41, 42n, 66, 72, 75, 89, 95, 113, 115, 119, 121, 124, 129, 142, 143-144, 158, 163, 173, 180, 194n, 215, 218-220, 222-224, 230, 280, 295, 316-322, 336-337, 346, 388, 432; apoyo estatal a la, 145, 194, 223, 320, 407, 410; auge de la, 70, 115, 274-275; basada en la pequeña propiedad, 38, 129, 143, 145; crisis de la, 66, 249, 410; de autoconsumo, 143, 166, 336, 426; de subsistencia, 335n, 336, 404; desarrollo de la, 37-38, 40, 41, 75, 89; descapitalización de la, 348, 410; desinterés estatal hacia la, 224, 230, 231, 237, 320, 403; estructuras de la, 98, 180, 318; impuestos a la, 142-145, 160, 171, 215, 220, 237; industrialización de la, 40; ineficiente, 177, 195, 222, 228, 234, 337, 348-349, 408; ingresos por la, 423; integrada, 222; modernización de la, 90, 142, 146, 218, 287, 319, 336, 347; población activa en, 91, 114, 192, 218, 227, 409, 432; precios, 40; productividad de la, 62, 65-66, 98, 113, 114, 119, 129, 130-131, 174, 197, 318, 347, 411, 415, 426; protección a la, 407, 409; sistema comunitario en la, 95, 215, 342; sistema de arrendamiento, 40; sistema de tres campos, 34, 62, 95; sobreproducción en, 332n; transformación de la, 320, 347, 404; vinculación con el mercado, 129, 166, 335, 337; *véanse también* campesinos, tierra
Agustín, san: 16n
Ahluwalia, Isher Judge: 234
ahorro: 38n, 67, 110, 120, 142, 152, 170, 171, 176, 177, 179, 216, 218, 219, 221, 222, 230, 233, 306, 337, 348, 383, 409, 415, 432, 433, 434
Akino, Masakatsu: 145n
Akinsanya, Adeoye A.: 254n, 277n
Alagoas: 287n, 316
Alejandro II, zar: 289
Alejandro Magno: 211 (el grande), 212; (el macedonio), 212
Alemán Valdés, Miguel: 354
Alemania: 29, 30, 37, 57, 59, 61, 74, 88, 100, 101, 113, 117, 124, 145, 167, 179, 180, 183, 401; agricultura, 42, 91; crecimiento acelerado, 99, 116, 118, 141, 185, 429; fascismo, 176, 185-191, 193, 195, 196, 201, 296; importaciones, 428n; población agrícola, 39, 42, 146; PIB, 391; Programa de Gotha, 111; salarios, 72; salida del atraso, 37, 39
Alfa: 182
Alsacia: 36
Amapá: 287n
Amazonas: 287n, 316, 318
Amberes: 27, 29n, 39n
América: 251, 290, 291, 330, 430; Latina, 69, 286, 291, 288, 311, 356, 362, 428, 430, 433, 435; *véanse también* los distintos países
Ámsterdam: 30, 50, 60, 112
analfabetismo: 175, 210, 244, 285; *véase* educación
Ander, Fritiof: 76n
Andhra Pradesh: 238
Andrew Almazán, Juan: 345
Antillas: 251
Anyang' Nyong'o, Peter: 269n
Aquitania: 117
aranceles: 47, 52, 85, 98, 99, 150, 172, 173, 178, 179, 180, 181, 193, 237, 273, 310, 336, 346, 354
Arena, Celestino: 171n
Argentina: 311, 362, 430; exportaciones, 98
Ariosto, Ludovico: 30n
aristocracia: 32, 45, 49, 51, 61, 63, 92, 95, 167n, 175, 212, 216, 296n, 331, 376
Aristóteles: 212
Armada Invencible: 28, 30
Arras: 26
Asano: 151
Asia: 19, 125, 134, 217, 267, 377; Menor, 18n; oriental, 209, 234, 237, 283, 288, 314, 373, 377n, 409, 415, 436; *véanse también* los distintos países
Atlántico, océano: 293

atraso económico: 15, 88, 89, 152, 169, 426, 430, 434, 437, 437; como castigo, 16; como fenómeno europeo, 23, 183, 289; estrategias para superar el, 15, 157, 185, 243, 275; factores históricos del, 89, 429; salida del, 137, 436; salida capitalista del, 123, 438; subdesarrollo como forma de, 20, 32
Auge-Laribe, Michel: 42n
Australasia: 428n
Australia: 98; exportaciones: 98
Austria: 166
Ávila Camacho, Manuel: 345
Aviñón: 484
Awolowo: 322

Babangida, Ibrahim B.: 259, 260, 278
Bacha, Edmar L.: 301n, 305, 309, 314, 319n, 362n
Bahía: 287, 316
Bairoch, Paul: 28n, 58n, 73n, 90n, 98n, 114n, 116n, 164, 174n, 436n
balanza, comercial: 65, 142, 306, 351, 391; de pagos, 69, 74, 117, 193, 197, 347, 351n
Báltico, mar: 26, 27, 33, 61, 91 y n
Bambirra, Vania: 279n
Banco Mundial: 194, 232, 236, 239, 241, 259, 270, 272, 275, 279, 280, 281, 286, 314, 322, 396, 412, 419, 438
bancos: 28, 80, 120, 171, 179, 189, 237, 239, 269, 281, 357, 362, 381, 388, 389, 416, 417
Banerjee, Sanjoy: 218n, 227n
Banfield, Edward: 291
Bangladesh: 232
Barbarossa, Federico: 29
Barros de Castro, Antonio: 302n, 318n, 323
Basu, D. K.: 208n, 241n, 246n
Bath, Slicher van: 35n, 37, 39n, 42
Baumol, William J.: 436, 437
Beauvais: 27
Bélgica: 15, 39, 54, 116, 174, 287; importaciones, 428n; PIB, 117
Bendix, Reinhard: 52, 141, 214n
Bengala: 31n, 205 y n, 211, 212, 214
Benín: 251, 272n
Benítez, Fernando: 342n, 343n
Benso, Camillo, conde de Cavour: 166
Berend, Ivan T.: 431n
Bergman, Theodor: 223n
Bergslag: 59
Berlín: 29n, 139
Bertaux, Pierre: 251n
Bessemer, proceso: 69
Bhagavan, M. R.: 232n
Bhagwati, J. N.: 230n, 231n, 238n, 239
Biafra: 257, 263, 264, 269, 284
bienes: 18, 81, 84, 85, 115, 128, 130, 149, 150, 151, 152, 216, 236, 237, 242, 275, 305, 332, 334, 335, 347, 423, 432; de capital, 70, 89, 115, 152, 182, 199, 209, 219, 228-235, 230, 231, 234, 242, 243, 297, 298, 301, 302, 347, 382, 411; de consumo, 64, 81, 85, 88, 116, 149, 150, 151, 158, 219, 224, 228, 230, 234, 242, 272, 298, 301, 313, 320, 325, 337, 362, 363, 383, 411, 435; de lujo, 275; de producción, 115, 435; manufacturados, 66, 70; públicos, 436
bienestar social: 54, 57, 67, 79, 84, 163, 239, 271, 286, 350, 355, 421, 431
Biersteker, Thomas J.: 272n, 278n
Bihar: 223
Birdzell, L. E.: 41n
Birla, familia: 230, 231
Bismarck: 93, 139, 179
Bizancio: 26
Blöstrom, Magnus: 65n
Blumenthal, Tuvia: 157n
Bohemia: 37
Bombai: 230
Bonaparte, José: 174
Bonaparte, Napoleón: 174
Boras: 70
Borbones, los: 52, 178
Borgoña: 50
Botnia, golfo de: 68
Bouisson, J. M.: 124n
Brabante: 37
Branting, Hijalmar: 78, 79
Brasil: 21, 204, 252, 259, 273, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 294, 296, 299, 300, 302, 303, 304, 305 n, 306, 307, 309, 310, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 318 y n, 319, 320, 322, 323, 324-325, 326, 327, 362, 365, 388, 396, 397, 420, 430, 434
agricultura: 317, 318, 320, 321; apoyo estatal a la, 293, 319, 320, 322; ausencia de reforma agraria, 298, 317; café, 291, 292, 293, 294, 296, 297 y n, 316, 325; estructuras arcaicas en, 296, 298; modernización de la, 286, 287, 319; Plan Nacional de Reforma Agraria, 321; reforma agraria, 298, 299, 319, 321, 322, 324, 325
ahorro: 306, 313, 314
bienestar social: 286
campesinos: 317, 318, 321, 322
comercio: 296; apertura del, 307, 310
corrupción: 307, 308, 315, 316, 325
desarrollismo: 289, 324
deuda externa: 302, 304, 311
devaluación: 302, 303, 310, 317
economía, contracción de la: 305, 307; crecimiento de la, 286, 290, 299, 301, 302, 304, 306, 312, 313 y n, 324; crisis de la, 289, 294, 299, 300, 309, 310; desequilibrada, 301, 324; estancamiento, 290, 319; fuga de capitales, 294, 302; liberal, 296n, 300; moderniza-

ción, 303; Plan Cruzado, 305 y n, 306; polarización de la, 286, 298, 310, 313
educación: 324
empleo, desempleo: 298, 305, 307, 309, 310, 318, 322, 323
Estado, burocracia: 289, 291, 292, 295 y n, 296, 299, 302, 303, 307, 310, 319n, 324; descentralización del, 292; golpe de, 290, 294, 295, 297, 299, 301, 303; intervencionismo del, 298; privatización de empresas del, 307, 309
exportaciones: 292, 293, 310, 312, 314, 318, 320, 323, 325
impuestos: 293, 307
importaciones: 296, 297, 298, 300, 302
independencia: 288, 290
industria: 309, 314, 323; automotriz, 297; concentración de la, 300; desarrollo de la, 287, 289, 295; electrónica, 289; manufacturera, 296, 299, 301, 312; modernización, 325; producción, 287, 288, 297, 306
industrialización: 288, 295, 296, 298, 325; subdesarrollo, 323
inflación: 298, 299, 300, 302, 304-305, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 312, 314, 324
inmigración: 293
inversión: 297, 298, 301, 302, 306, 309, 310, 313, 325
mercado nacional: 320
nacionalismo: 295, 299, 302
PIB: 286, 288, 296, 297, 298, 302, 303, 304, 306, 307, 310, 312, 320, 326
PNB: 287
pobreza: 286, 290, 298, 308, 312, 313 y n, 314, 322, 323, 325, 326
política, democracia: 290, 296, 304, 307, 308; vieja república, 289, 292, 294, 326
proteccionismo: 296
recursos naturales: 286, 291, 314
salarios: 298, 301, 305, 307, 309, 310, 312, 313, 314, 319 y n, 320n, 323, 325
salida del atraso: 314, 326
salud: 301
sociedad: 287, 290, 293, 295n, 298, 301, 317, 323, 325; oligarquía, 289, 292, 293-294, 299, 306
transportes y comunicaciones: 309, 313, 324
União Democratica Ruralista (UDR): 321
urbanización: 289
Braudel, Fernand: 29, 30n, 35n, 44, 46, 47n, 51n
Brescia: 28, 30
Bresser Pereira, Luiz C.: 287n, 295, 296n, 298n, 305, 315n
Brignol Mendes, Raúl: 319n, 321n
British Cotton Growers' Association: 253
Bromley, D. W.: 21n
Brujas: 27, 484
Brunat, P.: 149
Buda: 32
burguesía: 44, 45, 49, 50, 51, 52, 59, 103, 126, 134, 146, 167, 168, 173, 174, 176, 177, 178, 186, 187, 189 y n, 254, 255, 282, 283, 299, 340
burocracia: 40, 45, 87, 92, 93, 162, 201, 206, 223, 234n, 237, 243, 280, 299, 302, 307, 331, 366, 375, 376, 377, 401, 411, 418

Cabrera, Luis: 342
Cairncross, Alec K.: 428n
Calais: 28
Calcuta: 214, 229
Calcutta Electric Supply: 228
Calderón, Francisco: 328n, 332n
Calles, Plutarco Elías: 334n, 341
Camerún: 272n
campesinado, campesinos: 36, 37n, 38, 59, 77, 79, 80, 89, 92, 95, 104, 110, 112, 128, 130, 134, 143, 175, 177, 181, 188, 215, 220, 223, 268, 317, 322, 339, 340, 341, 344; apoyo financiero, 75, 97, 98, 110, 130; desaparición del, 404, 415; desarrollo cultural de los, 81, 103, 104, 105, 145, 403; emigración de los, 66, 275, 415; explotación de los, 42, 128, 131, 138, 175, 177, 215, 317, 335n; impuestos, 42, 144, 177, 220; independiente, 59, 62, 64, 100, 101; mejoras, 62, 175, 195, 318, 322, 340, 343 y n, 344; organización de los, 63, 79, 101, 128, 145, 342; sublevaciones, 177, 181 y n, 188, 321, 418; *véanse también* agricultura, tierra
campo: 36, 37, 40, 42, 62, 64, 65, 66n, 68, 72, 75, 89, 96, 98, 110, 129, 130, 142, 144, 145, 173, 174, 177, 181, 186, 187, 188, 192, 194, 212, 218, 219, 221, 222, 223, 227, 228, 237, 241, 247n, 265, 274, 275, 293, 318, 332, 336, 342, 343, 346, 347, 348, 378, 384 y n, 385 y n, 403, 404, 406, 411, 414, 415, 419, 432; *véanse* agricultura, campesinos, tierra
Canadá: 355, 430; exportaciones, 98
Candeloro, Giorgio: 168n
capital: 45, 70, 77, 80n, 82, 83, 85, 105, 109, 145, 148, 153, 155, 156, 157, 158, 198, 199, 221, 241, 270, 272, 277, 278, 301, 309, 352, 362, 383, 384, 411, 415, 417, 419, 427, 434, 435; acumulación de, 415, 416; bienes de, 70, 89, 115, 152, 182, 199, 209, 219, 228-235, 242, 243, 297, 298, 301, 302, 347, 382, 411; deficiencia de, 199, 221, 352, 362; Estado y, 45, 46, 49; exceso de, 155; fijo, 199n, 350, 353; fugas de, 276, 294, 302, 352, 354, 357, 389; importación de, 74, 272n; capital/trabajo, coeficiente, 77, 82, 83, 153, 155-159
capitalismo: 15, 17, 32, 48, 54, 110, 117, 118, 119, 124, 126, 134, 151, 166, 218n, 344, 354, 373, 375, 377, 379, 405, 427; avance del, 25, 50, 54, 119, 151; avanzado, 49, 166; como forma

de autoorganización social, 24, 44, 49; como mecanismo de creación de riqueza, 61, 269, 405; como mercancía de exportación, 124, 126; como salida del subdesarrollo, 18, 373, 426, 439; consolidación del, 51, 61; derecho racional y, 27; desarrollo del, 15, 17, 21, 25, 118; economía y, 15, 46, 120; Estado y, 45n, 46, 51, 375, 380; evolución del, 19, 25, 45, 166, 426, 439; expansión internacional del, 18, 19, 20, 31; formación histórica del, 15, 19, 44, 49, 54, 61, 120, 121; ideología del, 119; independiente del Estado, 46; industrial, 49n, 117, 120; maduro, 45, 49, 121; rasgos físicos del, 117; saqueo y, 120, 344; sociedad y, 44; viabilidad del, 134, 377
Carajás: 324
Cárdenas, Lázaro: 329, 334n, 341, 342, 343n, 344, 345
Cardoso, Fernando Henrique: 290, 308, 309, 310, 311, 313, 322
Carlos Alberto: 165, 166
Carlos V: 49, 50
Carranza, Venustiano: 328, 334n, 339, 342
Carr, Edward H.: 16
Castelo Branco: 300
Castilla: 47, 49
Castronovo, Valerio: 193n
Catalina I: 61
catolicismo: 50
Cavalcanti de A., Marcos C.: 318n
Ceará: 287n
Cecco, Marcello de: 195-196
Cedillo, general: 345
Cerdeña: 165, 175
cereales: 15, 35, 37, 38 y n, 42, 43, 60, 65, 73, 74, 75, 98, 106, 108, 112, 114, 174n, 175, 178, 228
Chad, lago: 250
Champaña: 27, 29n
Chandrasekhar, C. P.: 231n
Chang, doctor: 32n
Chile: 311, 361, 365, 392; exportaciones, 98
China: 13, 19, 21, 32, 45 y n, 123-124, 132-135, 137, 160-161, 205, 209-210, 228, 231, 232, 234 y n, 236, 239, 247n, 273, 286, 288, 313-314, 320, 361-363, 365, 373-376, 378, 383n, 390-392, 398, 399-404, 405n, 411-414, 416, 418-419, 420 y n, 421-423, 425, 429, 436, 438; agricultura, 410, 423; Comuna Popular, 404-405; condiciones laborales, 384; Deng Xiaoping, 375, 406, 407, 413-414; empresas de aldea, 410-411 y n, 415-416; Gran Salto Adelante, 403; industria pesada, 407-408; Lu Xun, 402; Mao Zedong, 399, 402-404, 405, 406 y n, 408-410, 413; Partido Comunista, 402-403, 406, 407, 409, 413-414, 424; PIB, 404, 409, 411-412, 415, 418-419, 422-423; Revolución Cultural, 403, 405-407, 410; voluntarismo *imperial,* 403; Zhao Ziyang, 409, 410, 413; Zhou Enlai, 407, 408; Zhu Rongji, 412, 416, 417, 424; zonas económicas especiales (ZEE), 412, 416
Choo, Hakchung: 157n
Choshu, clan: 139, 146
Chun Doo-hwan; 394, 395
Cipolla, Carlo M.: 18n, 19n, 25n, 28n, 31n, 32n, 37n, 65n, 66n, 86n, 105n, 106n, 112n, 114n, 174n, 189n, 425n
Clark, Gregory: 43n
clases sociales: 128, 131, 185; *véase* sociedad
clientelismo: 242, 275, 355, 367
Clavijo, Fernando: 351n
Clough, Shepard B.: 183n, 185 y n
Club de París: 280
Coatsworth, John: 333
Cobden: 216, 428, 429
Colbert, Jean-Baptiste: 47, 48, 336
Cole, G. D. H.: 73, 78n, 93, 118
Cole, W. A.: 57n
Collor de Melo, Fernando: 306, 308
Colonia: 29n
colonialismo: 124, 159, 427
Comarca Lagunera: 343
comercio: 19, 24-25 y n, 26-27 y n, 28-30, 32, 34, 40, 48, 50, 60-61, 82-83, 106, 107, 117, 120, 127, 130-132, 166, 169, 230-231, 250-252, 254, 274, 296n, 354-355, 356n, 379, 387, 398, 436-438; apertura del, 99, 132-133, 168, 169, 170, 172, 208-209, 216, 307, 354, 436; de armas, 31; de especias, 19; de granos, 35, 42, 64; desarrollo del, 24, 34, 35; Estado y, 15; exterior, 18, 32, 83-84, 147, 150-151, 183, 193, 274, 347, 361, 392; liberalización del, 42, 64; libre, 80, 329, 391, 438; piratería y, 25n, 31; producción y, 31, 107, 361; protección del, 27, 46, 172, 216, 361, 380-381, 436; renacimiento del, 26, 28, 46; saqueo y, 25n, 31, 33; transoceánico, 32; transformación del, 15, 21, 74
Como: 27, 28
Compañía de las Indias Orientales: 39, 47, 211, 254
Compañía de Jesús: 330n; *véase* jesuitas
Compañía de las Indias Occidentales holandesa: 47
Comuna de París: 74
confucianismo: 126, 377, 399, 400, 401
Confucio: 398, 399, 400
conocimiento científico: 431
Constantinopla: 18, 26
convergencia: 135n, 178, 186, 239, 285, 332, 356, 361, 426, 436-438
cooperativas: 65, 76, 80-81, 85, 88, 91-92, 99, 105-112, 116-117, 119-121, 145, 159, 187, 221 y n, 325, 416
Copenhague: 29n, 92, 97n, 102, 111, 112
Córdova, Arnaldo: 340n, 342n

Corea: 373, 380 y n, 383 n, 385, 387, 388, 389, 392, 393, 395, 396, 397; agricultura: 388
Corea del Norte: 380, 409, 419, 426, 427, 429
Corea del Sur: 286, 288, 314, 361, 373, 377-378; *chaebol*, 378, 380-383, 385, 387-389, 396n; Chun Doo-hwan, 394, 395; crisis de 1997, 387, 388, 389; democracia, 393, 394, 395, 396; exportación, 381, 383, 387; guerra de 1950-1953, 377, 379; industrialización, 375, 378, 384 y n, 387, 390; industria automotriz, 385; industria pesada, 386, 391; instituciones, 375, 381, 382, 386, 392, 396; Park Chung-hee, 375, 380, 387, 393, 396; Park Geun-hye, 396; PIB, 375, 383, 384, 386, 388, 391, 392; seguridad social, 392, 393; Syngman Rhee, 375, 379, 381, 394
corporaciones, corporativismo: 44, 66, 151, 189, 302, 327, 332, 342, 344, 346, 378, 380, 385, 386, 387, 388, 389, 390, 391, 395, 396
corrupción: 135, 144, 170, 179, 225, 227-228, 232, 242-243, 248-250, 258-264, 266, 270-272, 274, 280-284, 307-308, 315-316, 325, 344, 348, 355, 360, 364-368, 379, 381-382, 395-397, 412-414, 418, 420-421
Cosío Silva, Luis: 336n
Cosío Villegas, Daniel: 327, 328n, 332n, 366
Costa e Silva, Arthur: 299, 300
Courts of Piepowders: 27
crecimiento económico: 15, 57, 58, 61, 67, 115, 189, 191, 205, 206, 210, 232, 242, 284, 285, 286, 299, 302, 304, 312, 324, 333, 350, 353, 358, 373, 422; acelerado, 73, 76, 93, 141, 178, 290, 341, 406, 409, 422; de largo plazo, 314, 355; eficiente, 334, 358, 373, 398; en el mediano plazo, 85, 301; equilibrado, 301, 436; moderado, 396; pobreza y, 206, 313 y n; sin desarrollo, 306, 310, 329, 329, 341; sostenido, 348, 422; *véase también* desarrollo; economía
Cremona: 28
"crisis de los años treinta": 86
Cristo: 32n
Croce, Benedetto: 16, 166n
Cromwell, Oliver: 51
Crouzet, M.: 47n
Crowder, Michael: 255
cruzadas: 25, 26

D'Annunzio: 186
Dae-jung, Kim: 394
Dahomey: 251n
Dandekar, V. M.: 220n
Deane, P.: 57n
democracia: 52, 57, 59, 101, 122, 186 y n, 194, 195, 196, 225, 242n, 260, 262, 266, 282n, 290, 296, 304, 307, 308, 329, 343, 393, 394, 395, 396, 402, 413, 414, 439n
demografía, demográfico/a: 25 y n, 38, 40, 65, 90, 113, 127, 129, 130, 204, 206, 248, 250n, 256, 257, 268, 272, 286, 345, 373, 419, 439, 440; crecimiento, 65, 129, 206, 248
Deng Xiaoping: 375, 406, 407, 408, 409, 412, 413, 414, 415
Desai, Morarji: 208, 230
Desai, P.: 231n
desarrollismo: 289, 324
desarrollo: 13, 15-16, 18, 19n, 27n, 28, 34, 35, 38, 45-46, 48, 57, 63-64, 66, 68-69, 74-76, 82, 86, 88, 89-90, 93-95, 99, 101-102, 104, 106-109, 112, 116-120, 122-123, 128, 131, 137, 141-142, 144, 150, 152, 154-155, 156-160, 162-164, 166, 168-169, 171, 173, 176-177, 178, 179, 181, 183, 188, 190, 192-193, 194, 196, 199, 201, 217-219, 220-222, 224-225, 229-230, 231-235, 238, 241-242, 244-245, 248, 250, 255, 257, 259, 263-264, 268-272, 275, 277, 286, 289, 292, 302, 310n, 314, 318, 323-326, 330-331, 333-334, 336, 341, 345-351, 354, 356, 362-364, 368, 373, 378, 380 y n, 381-383, 385-388, 391-393, 404, 408, 409, 412-414, 418, 420, 421-423, 425-435, 437, 439; acelerado, 65, 73, 74-75, 82, 88, 91, 115, 189-190, 192, 229, 288, 407, 415, 429; agrícola, 35-37, 40-42, 64, 66, 94, 108, 112, 119, 145, 162, 173, 276, 319, 432; capitalista, 15, 18, 21, 37, 46, 47, 51, 70, 72, 119, 126, 176-177, 373, 377, 435; democracia y, 89, 94, 104, 242n, 308, 396; desequilibrado, 89, 289, 301, 433; desigualdad, 31n, 233; importado, 48, 131, 155, 224; industrial, 38, 59-60, 64, 69-70, 72, 102, 115, 117, 138, 145-146, 176, 179, 182, 183n, 189, 195, 200, 217, 223, 228, 231, 233-234, 273, 275, 287, 289, 295, 328, 346, 347n, 348, 385, 430, 432-433; a largo plazo, 68, 89, 182, 196, 437; como proceso económico, 20, 123, 268; productivo, 35, 70, 158; tecnológico, 289, 314, 386n, 423; urbano, 19, 68, 129, 173; *véanse también* crecimiento económico, economía
desempleo: 72, 77-79, 84, 86, 98, 111, 155, 184, 199, 231, 252, 298, 323, 368, 389, 432, 435; seguro de, 80, 94, 392; subsidios al, 94; urbano: 72, 184, 433; *véanse también* empleo, subempleo
deuda: 142, 209, 231, 233, 293, 311, 312, 385, 387, 389; externa, 74, 142, 171, 271, 302, 303, 304, 311, 352, 389; pública, 74, 170, 171, 309, 352, 353, 357
devaluación: 40, 85, 138, 154, 192, 232, 237, 274, 279, 302, 310, 317, 336, 347, 351n, 357, 389
Diamond, Larry: 269n, 329n, 394n
Díaz, Porfirio: 329, 334, 337, 357, 359, 368
Dijon: 28n
Dinamarca: 17-18, 21, 54, 57, 63 n, 69 n, 90-91 y n, 92 y n, 93, 95, 98-102, 105-107, 109-110, 112-117, 118 y n, 119-123, 150, 159, 163-165, 171, 174 n, 177, 197, 200, 240, 243, 245, 268,

311, 324-325, 407, 410 n, 420, 426, 428, 431, 434
absolutismo: 92 y n, 101
agricultura: 90, 91, 95, 98, 113, 114, 115, 119, 121; desarrollo de la, 94, 119; Gran Comisión Rural, 95; proteccionismo, 80, 180, 296, 346; reforma agraria, 95; sistema comunitario, 97; sistema de tres campos, 95; transformación de la: 93, 95
bienes de consumo: 116
bienestar social: 90, 96, 106, 116; rural, 107, 115, 117
campesinos, campesinado: 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 110, 112, 117; organización de los, 101
cooperativas: 91-92, 99, 105, 106-107 y n, 108-109, 110-112, 116-117, 119-121
crecimiento económico: 93, 115; acelerado, 90, 93, 116
deuda externa: 115
economía: 90, 98, 104--110, 115-116, 118, 120; balanza de pagos, 117; desarrollo, 95; dualismo, 118; financiamiento externo, 115
educación: 91, 92, 99, 103, 105, 106, 111, 112, 117, 120; Escuelas Agrícolas, 104, 105; Escuelas Agropecuarias, 105; Escuelas Superiores Populares, 100, 101, 102, 103, 104, 120; importancia de la, 99, 103, 120; obligatoria, 99; para adultos, 103
empleo: 110, 116
exportaciones: 98, 99, 110, 114, 115
ganadería: 99, 106; apoyo del Estado, 110, 111, 112; desarrollo de la, 112, 113
guerras: 91, 92, 94, 117; ocupación nazi, 94
industria, desarrollo de la: 102, 109, 112, 115, 117, 119; manufacturera, 115, 116
industrialización: 93, 99, 106, 115, 116, 117, 119; retardada, 117
nacionalismo: 99, 101, 103
Partido Socialdemócrata: 94, 111, 112
Partido Social Liberal: 94
Población Económicamente Activa (PEA): 91
política: 91, 93, 95-101, 104, 111; agraria, 111; centralismo, 91-93, 95, 118; consolidación del Estado, 92-93; reforma constitucional, 93, 94; sufragio universal, 93-94, 118
PIB: 90-91, 117
PNB: 90
recursos naturales: 90, 108
salarios: 98, 104, 110, 118 y n
salida del atraso: 117-118, 159, 200, 240, 243
servidumbre, abolición de la: 96, 103
sociedad, dualismo: 117, 118; organización de la: 95, 101
tierra: 90, 96-98, 104, 112, 118; apoyo estatal para la adquisición de, 98, 105; arrendamiento de la, 95, 97, 99; gran propiedad, 95-97, 106; pequeña propiedad, 91, 94, 97-99, 113, 115, 118; tenencia de la, 104, 118
transportes: 107, 118; ferrocarriles, 111, 116
Distrito Federal (Brasil): 287n
Dniéper, río: 26
Dos Santos, Theotonio: 297n
Dos Sicilias: 165, 166, 174
dualismo, agrícola: 182; económico, 68, 88, 118, 151, 198, 140, 433, 434; estructural, 15, 164, 199; geográfico, 364, 435; industrial, 336, 346; en la productividad, 432, 434; salarial, 152, 159n, 434; sectorial, 89, 152, 388, 435; social, 71, 83, 89, 118, 435; territorial, 71, 89, 164, 169, 190, 192, 197, 434
Duby, George: 34n, 39n
Dumont, Louis: 244n
Duncan Baretta, Silvio R.: 294n
Dutt, R. Palme: 215n, 216n

Echeverría Álvarez, Luis: 350
economía, económica: a largo plazo, 182, 437; aceleración, 66, 67, 82, 119, 165, 169, 178, 184, 190, 195, 209, 287, 329, 375, 396, 404, 419; capitalista, 90, 120, 128, 163, 191, 373; competitividad, 82, 83, 106, 107, 110, 153, 197, 199, 216, 232, 235, 333n, 349, 363, 388, 389, 395; contracción de la, 78, 79, 85, 113, 147, 196, 289, 299, 302, 303, 305, 307, 324, 352, 353, 354, 416, 420; crisis, 78, 84, 198, 271, 299, 300, 309, 340, 341, 358, 385; crisis internacional, 341; dependencia, 45, 82, 340; desarrollo de la, 57, 60, 74, 75, 76, 82, 86, 90, 99, 102, 112, 119, 120, 141, 155, 160, 162, 173, 176, 177, 182, 190, 199, 229, 263, 268, 303, 313, 331, 334, 340, 341, 345, 349, 354, 364, 380, 381, 391, 404, 425, 427, 429, 431, 433, 437; descentralización de la, 88; educación y, 105; Estado y, 261, 268; estancada, 113; fascista, 189; fragmentación de la, 165, 190, 418; liberalización de la, 233, 389; de mercado, 48, 62; modernización de la, 119, 124, 142, 159, 161, 162, 303, 342, 361, 432; nacional, 51, 108, 115, 137, 196, 278, 283; planificación, 194n, 207, 277, 383; política y, 51, 95, 96, 104, 122, 140, 190, 227; reactivación de la, 68, 79, 84, 179, 301, 337, 359; transformación de la, 60, 141, 200, 405, 416; *véanse también* crecimiento económico, sistema económico
Edad Media: 45, 54; Baja, 15, 19, 26, 30, 31, 34, 35, 37, 38, 54, 61, 129, 173
Edad Moderna: 15, 19, 24, 31, 44, 45, 51
Edimburgo: 29n
Edo, *véase* Tokio
Eduardo I: 51n
educación: 82, 99-105, 106, 135, 136, 196, 238; agraria, 92, 103-104, 111-112, 120; básica, 95, 136, 141, 218, 238, 408; economía y, 82, 105;

obligatoria, 66, 81, 99, 141; para adultos, 92, 103, 324; popular, 81, 91-92, 99, 111, 117, 324
eficiencia: 18, 39, 42, 54, 79, 122, 131, 136, 144, 159, 214, 235, 243, 245, 254, 255, 259, 322, 333, 400, 407, 423, 433, 435; económica, 50, 57, 108, 137, 152, 273, 431, 433, 435; fiscal, 134; industrial, 79, 349; macroeconómica, 433; microeconómica, 156, 157; productiva, 90, 193, 242, 286, 351, 431; técnica, 54
Egipto: 211, 398
Ehrengurg, Ilya: 244
Einaudi: 195, 196
Embree, Ainslee: 213n
empleo: 87, 309, 347, 349; en agricultura, 221, 228, 237, 318; en servicios, 192; generación de, 152, 196, 228, 322, 347, 349, 364, 408; industrial, 72, 116, 173, 182, 192, 390, 418; informal, 240, 242, 274; pleno, 157, 197, 305; *véanse también* desempleo, subempleo
empresas: 32, 48, 68, 69, 70-71, 78, 80-81, 87, 106, 115, 124, 131n, 137, 141, 144, 146-150, 151n, 152, 157-158, 162, 173, 182-183, 189, 191, 198-199 y n, 216-217, 221 y n, 228, 230, 234, 237-243, 264-265, 272 y n, 273, 275, 277, 278, 292, 296, 298, 300-301, 309, 315-318, 320, 342, 346-347, 349, 357, 364, 373, 380-381, 384-390 y n, 391, 393, 396, 410-411 y n, 415, 416-418, 421, 434-435, 437; competitividad de las, 197, 286; de aldea, 410, 411 y n, 415-416; familiares, 124, 416; medianas, 71, 158, 197, 230, 237, 241, 244, 274-275, 318, 362, 389, 390-391, 411, 417, 435; pequeñas, 60, 71, 198, 221-222, 239, 243, 278, 362, 391; privadas, 108, 109n, 189, 229 y n, 232-233, 256, 280, 347, 357, 380-381, 416; privatización de, 280, 307, 309, 357; públicas, 137, 148, 151, 196, 230-231, 269-270, 279-280, 303, 307, 309, 354, 357, 373, 416-418, 422; transnacionales, 272, 278-279, 297
endeudamiento: 74, 137n, 142, 215, 236, 249, 259, 271, 288, 350, 352, 357, 385, 386, 388, 389; *véase* deuda
Engels, Friedrich: 111n, 177 y n, 217n
Enrique IV: 47
Enrique VIII: 49
Entralgo, Armando: 252n
Ericson, Nils: 69
Escandinavia: 19, 82
Escania: 62, 63, 92
esclavitud, esclavos: 17, 251, 252 y n; abolición de la, 17, 252, 289; comercio de, 251 y n, 252
Eskilstuna: 70
España: 26, 27, 28, 31, 37, 49, 50 y n, 58, 88, 117, 200, 330, 331, 361, 392, 428; PIB, 117, 361, 392; PNB, 58
Estado: 18, 31, 33, 37n, 44-45, 47-48, 49, 52, 59, 62, 81-83, 85, 92-95, 104, 110-111, 136, 139, 140, 143-145, 148, 161-162, 188-190, 195, 201, 206, 208-209, 211-212, 218, 221, 231-232, 234n, 241-245, 247-248, 261, 266, 269 y n, 270-271, 275-277, 282-284, 289, 291-292, 294-295, 299, 302, 310, 319, 324, 328-329, 331-332, 335, 337n, 342, 344, 348-349, 350, 352, 364, 366-367, 377-379, 383, 386, 390-392, 395-397, 399n, 400, 405, 409, 410, 412, 416-418, 420-421, 424, 428, 434; capitalismo y, 44, 45n, 46, 49, 134, 225, 270n, 303, 377; centralización del, 63, 64, 91, 93, 134, 163, 168, 269n, 295, 328, 329, 354, 432; comercio y, 15, 52, 182, 234, 245, 354, 379, 380, 381; como base de la industrialización, 59, 66, 89, 146, 151, 223, 228, 231; consolidación del, 32, 49, 93, 165, 214; corporativo, 354; economía y, 46, 51, 79, 83, 87, 93, 95, 110, 125, 160, 168, 185, 196, 200-201, 229, 232, 234, 261, 268-282, 341, 354, 357, 365, 417, 428; estructuras del, 45, 58, 63, 84, 109, 139, 140, 168, 190, 200, 201, 258, 270, 295, 328, 367, 388, 428, 430, 434; intervencionismo del, 59, 108, 111, 189, 209, 234, 276, 277, 295, 333n, 430; legitimación social del, 63, 87, 137, 200, 243, 299, 326, 381, 433; moderno, 45, 49, 51, 92, 295 y n; relaciones Iglesia-, 81, 330, 331, 335; sociedad y, 49, 51, 52, 84, 87, 88, 93, 111, 136, 159, 243, 282, 283, 329, 366, 412; transformación del, 109, 110, 147; *véase también* administración pública
Estados-nacionales/naciones: 44, 45n, 49, 50, 440; consolidación de los, 24, 32, 49, 91, 93, 165; desarrollo de los, 45; economía en los, 45, 49, 51; formación de los, 19, 44, 124, 134, 165, 166, 167, 168, 170
Estados Unidos, los: 17, 50, 54, 57n, 58, 66, 117, 123, 132, 137n, 207, 226, 239, 240 y n, 246, 260, 291, 328, 332, 351, 352, 355, 378, 379, 388, 391, 394, 401, 403, 405n, 420n, 430, 438; agricultura, 346, 385; exportaciones, 98, 319, 361, 428; importaciones, 361; población agrícola, 66, 146, 332, 430; PIB, 333, 361, 391, 409; salida del atraso, 185
Estocolmo: 29n, 59, 60, 61, 70, 79
Estuardo, los: 40, 51, 52
Europa: 15, 19-20, 25 y n, 26-28, 30-32, 34-35, 37-39, 41-43, 45 y n, 51, 54, 57n, 58-60, 65, 68, 70, 73, 78, 90, 91 y n, 98, 100, 113-114, 117-118, 121, 126, 131, 134, 139, 166, 168, 170, 172, 174, 178, 196, 209, 251-252, 290, 293, 296n, 328, 332, 339, 425, 428, 429, 431, 433, 436; *véanse también* Alemania
expansionismo: 46, 125, 140, 159, 161, 162, 313
exportaciones: 26, 42, 47, 65, 66, 69 y n, 73 y n, 74, 78, 84, 86, 98, 99, 110, 114, 115, 137, 150 y n, 154 y n, 179, 181, 196, 205, 216, 231, 236, 248, 249, 270, 274, 275, 276, 292, 293,

310, 312, 314, 318, 320, 323, 325, 336, 338, 340, 347, 349, 350, 351 y n, 353, 361, 362, 363, 364, 373, 382, 383, 384, 387, 388, 390, 392, 409, 412, 416, 419, 421, 422, 423, 428 y n

Faggot, Jacob: 64
Fanon, Franz: 283
fascismo: 176, 185-191, 193, 195, 196, 201, 296
Faure, G.: 124n
Federico III: 92, 96
Federico VII: 93
Fei, John: 155 y n, 157 y n, 159n
Felipe el Hermoso: 47
Felipe el Justo: 51n
Felipe II: 50
ferias: 19, 25, 27, 29; promoción de las, 110, 145
Fernandes, Florestan: 292n
Fernando el Católico: 50
feudalismo: 59, 122, 127, 134, 177
Fiat: 182
Figueiredo, general: 302, 303
Filipinas: 124, 425
Finlandia: 57, 60, 69
Flandes: 26, 37, 38, 39, 44, 49, 129
Florencia: 28, 129
Fodio, usman dan: 253
Fondo Monetario Internacional (FMI): 235, 236, 259, 310, 311, 389
Ford Foundation: 241, 277
Formosa, *véase* Taiwán
Fráncfort: 30
Franchetti, Leopoldo: 176
Francia: 17, 26, 28n, 33, 39, 42, 46, 49-50, 51n, 52, 58-59, 92, 113, 116-117, 149, 161, 185, 255, 290, 322, 418, 427n, 428, 429; agricultura, 37, 40, 42, 174, 180n; comercio, 28, 47, 132, 179; exportaciones, 39, 47, 181; PIB, 72, 91, 117, 179; salarios, 42
Francisco I: 49, 50n
Fuentes, Carlos: 366n
Fukuzawa Yukichi: 135, 136
Furtado, Celso: 292n, 293n, 296n. 299, 323
Furukawa: 151

Galbraith, John Kenneth: 120, 246
ganadería: 41, 99, 106, 112, 113, 320, 335n; desarrollo de la, 38; extensiva: 320
Gandhi, Indira: 207, 208, 232, 233, 235
Gandhi, *Mahatma:* 207, 210, 213n, 214, 228
Gandhi, Rajiv: 208, 233, 235
Gante: 26
Gasperi, De: 195
Geisel, Ernesto: 302
Gengis Kan: 211
Génova: 25, 169, 186
Gerschenkron, Alexander: 182, 183, 185 y n, 429
Ghana: 240, 251, 273, 284
Giolitti, Giovanni: 183, 184, 186, 187
Giorgetti, Giorgio: 175n, 194n
Glass, D. V.: 65n
Gneist, Rudolf von: 139
Godavari, río: 226
Goff, Jacques Le: 27 y n, 29n, 36 y n
Goiás: 287n, 316
Goldie, Georges: 253
González Casanova, Pablo: 297n
Göteborg: 70
Gotlandia, isla: 26
Goulart: 298, 299
Gowon, Jack: 269, 277
Gramsci, Antonio: 167, 173
Gran Bretaña: 113, 117, 132, 216, 248, 256, 276; *véase también* Inglaterra
Gran Depresión: 86
Granziera, Rui G.: 295
Graziani, Augusto: 193, 196
Graziano da Silva, José: 319n
Grecia: 19, 428; PIB, 117, 326
Grevenik, E.: 65n
Grundtvig, Nicolai F.: 99, 100, 101, 102, 103, 110, 268, 407
Guatemala: 348n, 390
guerra: franco-prusiana, 161; napoleónicas, 92
guerra de los Cien Años: 32, 39, 46, 51n
guerra de los Treinta Años: 42, 91
guerra del Norte: 91
Guerra del Opio: 132
Guerra Mundial: primera, 57-58, 75-76, 78, 83, 94, 114, 117, 124, 136, 138, 151, 154, 155, 169, 177, 183, 184, 185, 186, 189, 201, 217, 427 y n; segunda, 122, 124, 146, 151, 152, 159, 162, 190, 191, 218, 223, 234, 255, 256, 261, 277, 296, 299, 346, 351
Gujarat: 210, 240 y n
Gustavo I Vasa: 58, 60, 87, 91
Gustavo II Adolfo: 58, 59, 60, 61
Gustavo V: 76, 84

Habsburgo: 49, 50, 332
Haití: 287
Hall, John Whitney: 127n, 138n
hambre: 205, 216, 242n, 244, 343, 403
Hamburgo: 26, 60, 74, 102
Hansa: 26
Han Feizi: 400, 401
Hansen, Roger D.: 336n, 348n, 349
Hansson, Per Albin: 79, 84
Haryana: 226
Hayami, Yujiro: 145n
Heckscher, Eli F.: 48, 64, 67, 79, 81n
hegemonía: 15, 25, 31, 52, 119, 160, 161, 193, 201, 207, 208, 254, 264, 294, 360, 378, 414
Heller, Hermann: 46n, 52n
Heráclito: 17

Hidalgo y Costilla, Miguel: 330, 338
Hirobumi, Ito: 139, 150
Hiroito, emperador: 161
Hirschman, Albert O.: 195
Hizen, clan: 146
Hjedding: 106, 107
Hobsbawm, Eric: 181
Hoffmann, Walther G.: 432
Holanda: 15, 28, 30, 39, 41, 49, 54, 57, 60, 74, 92, 116, 118, 132, 290, 431; agricultura, 39, 40, 41, 42, 114, 145; desarrollo económico, 15, 46, 119; importaciones, 428n; PIB, 91, 117; Provincias Unidas de, 31, 37, 47, 50
Holstein, ducado de: 92, 98
Honduras: 348n
Hong Kong: 132, 209, 236, 267, 373, 380n, 393, 409, 412, 425
Honshu: 129
Horsens: 109
Howe, Frederic C.: 107n
huelgas: 76, 183, 186, 300, 325, 394-395; *véase* sindicato
Hungría: 37, 365
Hyderabad: 238

Ieyasu, Tokugawa: 126, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 142, 143, 245
Iglesia: 36, 45, 58, 59, 81, 100, 101, 291, 298, 330; diezmos, 36, 42; poder económico de la, 58, 291, 330, 331, 332, 335 y n; relaciones Estado, 45, 330, 331, 335
Ike, Nobutaka: 139, 142, 143n
Imperio, austro-húngaro: 117
Imperio británico: 17
Imperio chino: 117
Imperio ruso: 19
importaciones: 52, 98, 115, 142, 147, 150n, 180-181, 231, 236-237, 250, 274, 276, 296, 298, 302, 347, 349, 351 y n, 362-363, 364n, 384, 392; control de, 297; de capitales, 297; liberalización de las, 354; restricciones a las, 172; sustitución de, 116, 298, 300, 329, 347, 349, 350, 353
impuestos: 36, 42, 52, 80, 85, 129, 136, 137, 142, 143, 171, 173, 177, 181, 214, 215, 219, 226, 230, 233, 246, 253, 254, 274, 293, 307, 346, 348n, 363, 384, 393, 395, 416, 420, 433n; sobre la propiedad de la tierra, 52, 144, 181, 395; *véase también* política fiscal
India: 21, 31 n, 91 n, 155, 156, 204-205 y n, 206, 207-209 y n, 210 y n, 211 y n, 212, 213n, 214-218 y n, 219, 221-222, 224, 226-228, 230-231, 233-234, 237-242 y n, 243-247, 254, 258, 262, 273, 286-287, 327, 383 n, 396-397, 411-412, 420, 430, 434, 438
  agricultura: 215, 216, 218, 219, 220, 221 222, 223, 224, 225, 227, 228, 230, 231; ausencia de reforma agraria, 234; de autoconsumo, 220; comunitaria, 215; crisis de la, 214; desarrollo comunitario, 230; política para la, 226; producción, 215, 220, 221, 222, 226; sistema del *panchayat,* 224, 225, 226
ahorro: 218, 222
aranceles: 237
bienestar social: 239
campesinos: 215, 220, 223; ingresos, 218, 221, 222, 234, 235; revueltas, 212
comercio, apertura del: 208
corrupción: 225, 227, 228, 232, 242, 243
deuda: 209, 215, 222, 231, 236; externa, 233; interna, 233
devaluación: 232, 237
dominación inglesa: 212, 217; efectos económicos y sociales de la, 214
economía: 205, 206, 208-210, 215, 221, 228-229, 230-233, 236-237, 243, 245; desarrollo a largo plazo, 222, 225, 228; dualismo, 240; liberalización de la, 209, 233; paradojas de la, 206; transformaciones en la, 205, 241
educación: 218, 238 y n
empleo, desempleo: 209, 221, 228, 230, 231, 232, 237, 239
Estado: 206, 209, 211, 212, 218, 221, 223, 225, 228, 229, 231; burocracia, 206, 223, 234n, 237, 243; centralismo, 206, 211, 212, 228, 233, 235; como base de la industrialización, 233; intervencionismo del, 209, 234
exportaciones: 205, 216, 231, 236, 227, 244
guerras: 217, 218, 223n, 226, 232, 234
hambruna: 205
imperios, Gupta: 211
importaciones: 231, 232, 236, 237
independencia: 205, 206, 207, 208, 210, 212, 214, 217, 218, 219, 221, 222, 223, 228, 231, 237, 240n, 245, 246, 247n
industria: 217, 230, 232, 238, 247n; crecimiento de la, 216; informática, 210, 238; manufacturera, 210; minera, 230; pesada, 246; siderúrgica, 229
industrialización: 227, 228, 229n, 233; acelerada, 223, 224, 231, 241; como camino a la modernización, 223; des-, 215, 216
infraestructura: 218, 222
inversiones: 208, 218-221, 230, 233, 236 y n, 237
Partido Comunista: 225
Partido del Congreso: 207, 208, 214, 219, 225, 235, 237, 241, 245, 246
Partido Popular Indio (BJP): 208, 235, 237, 240, 245, 246, 247 y n
política, socialismo: 230, 235; unidad, 211
política fiscal: 230
PIB: 209, 210, 227, 232, 233, 235, 236 y n, 237, 240 y n

PNB: 233
religión: 208, 245; idea de la reencarnación, 213
revolución verde: 222, 226, 241
salarios: 220, 221, 231, 232, 238, 239, 240
salida del atraso: 205, 239, 241, 243
sociedad, fragmentación de la: 218; organización de la, 211, 212, 213, 244; sistema de castas, 211n, 213n, 214, 244, 245; transformación de la, 245
tecnología: 230, 234, 242; intensiva en capital, 228, 229, 231, 241
tierra: 210 y n, 212, 215, 219-223, 225, 226, 241; distribución de la, 220, 242; redistribución de la, 220; sistema de arrendamiento, 212, 247; tenencia de la, 219, 222, 241
transportes: 229n; carreteras, 218, 244; ferrocarriles, 214, 217, 218, 229n
Indochina: 124
Indonesia: 124, 389, 425
industria: alimentaria, 116, 172, 181, 273; armamentista, 59, 146, 229n, 273, 336; automotriz, 181, 273, 385, 391; capitalismo e, 21, 49, 51, 120, 121, 379; concentración de la, 70, 235, 272, 300; desarrollo de la, 59, 60, 64, 69, 102, 117, 138, 145, 146, 176, 179, 182, 183n, 189, 195, 200, 217, 223, 228, 231, 233, 234, 273, 275, 287, 289, 295, 323, 346, 347n, 348, 385, 430, 432, 433; eléctrica, 155, 196, 198, 229n, 237n, 302, 391; energética, 169, 181, 218, 229n, 391; maderera, 68; manufacturera, 78, 116, 124, 391; mecánica, 69, 70, 74, 137, 181, 182; metal-mecánica, 116, 137, 182, 183, 191; metalúrgica, 60, 63, 147, 158, 373; minera, 146, 181, 218, 229n; modernización de la, 149n, 218; naval, 137, 146, 196, 229n, 302, 391; no manufacturera, 238; pesada, 138, 229, 231, 232, 246, 385, 386, 387, 391, 407, 408; precios, 40, 59, 81, 82, 173, 182, 197, 229, 300, 312, 347, 379, 389, 411; química, 137, 146, 158, 160, 181, 196, 385, 387, 391; siderúrgica, 59, 68, 69, 70, 137, 146, 160, 172, 178, 180, 181, 182, 183, 196, 218, 219, 229n, 230, 273, 276, 296, 302, 309, 336, 357, 384; textil, 68, 70, 146, 158, 180, 181, 273, 336, 390, 391
industrialización: 20, 24, 61, 68, 71; acelerada, 61, 156, 223, 224, 231, 241, 403, 404; des-, 172, 215, 216, 364, 390; Estado e, 182; estímulos a la, 216, 347, 391, 407; como riesgo y oportunidad, 147, 195; como sinónimo de desarrollo, 71, 431; sostenible a largo plazo, 193, 228
inflación: 304-307
infraestructura: 67, 170, 171, 194, 222, 249, 274, 281, 328, 338, 358, 364, 378, 412, 420
Inglaterra: 13, 17, 26, 28, 35, 37, 39, 40, 41, 43, 46, 47, 49, 50, 51, 52 y n, 54, 57, 60, 63, 68, 72, 74, 78, 92, 99, 102, 109, 114, 116, 118, 119, 132, 146, 174, 185, 207, 212, 216, 217, 248, 252, 255, 333, 335, 384, 405n, 427n, 429, 431, 432; *Abolition act,* 252; agricultura, 28, 35, 37, 40, 41; British Colonial Office, 277; *Carta Magna,* 51; comercio, 26, 27; concentración de la tierra, 40; desarrollo urbano, 46; *Domesday Book,* 51; importaciones, 47, 109, 114; inversiones, 428 y n; *Instrument of Government,* 52; *Navigation Act,* 47 y n, 52; población agrícola, 39; PIB, 72, 117; salarios, 43; sistema de progenitura, 40; *Statute of Employment,* 47; transformación política, 46, 51
International Harvester: 343
inversión: 39, 40, 45, 69, 73, 142, 144, 147, 148, 152, 154, 172, 173, 192, 196, 198, 208, 209, 218, 219, 230, 233, 236 y n, 237, 247n, 249, 263, 273, 274, 278, 281, 297, 298, 301, 302, 306, 309, 325, 346, 350, 352, 356, 362, 409, 416, 422, 427, 428 y n, 433, 436, 437; a largo plazo, 221, 382; extranjera, 277, 278, 281, 310, 313, 334, 336, 348, 353, 356, 361, 383, 389, 390, 412, 415, 436, 437; pública, 136, 194
Irlanda: 101
Isabel I: 31n
Isabel la Católica: 50
Ishikawa, Shigeru: 130
islam: 25, 241, 250, 253, 266, 267, 423n
Itaipú: 324
Italia: 19, 21, 25, 28, 30, 35, 37, 42, 50 n, 54, 58, 59, 88, 113, 117, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174 y n, 177, 179, 180 n, 181 y n, 183 n, 184, 186, 189, 190, 191, 193, 195, 197, 198, 199, 200, 201, 245, 254 n, 262, 286, 291, 333, 368, 411, 425, 426, 434
agricultura: 163, 166, 171, 177, 179, 180, 192, 194, 195; cuestión agraria, 176; de autoconsumo, 166, 172; desarrollo de la, 173n; dualismo, 182; precios, 170, 172n, 180, 181, 194; producción, 169, 177, 178, 180, 190, 191, 192; productividad, 174, 175, 180, 197; transformación de la, 177, 180
ahorro: 170, 171, 176, 177, 179
aranceles: 172, 173, 178, 179, 180, 181, 193
bancos: 171, 179, 189
bienestar social: 163, 193
burguesía: 167, 168, 173, 174, 176, 177, 178, 186, 187, 189 y n
campesinos: 175, 177, 188, 195; explotación de los, 177, 183; sublevaciones, 175, 177, 181, 188
Código Civil de: 175
comercio: apertura del, 169; exterior, 166, 193; librecambista, 178
Democracia Cristiana: 195, 196
deuda, externa: 171; pública, 170, 171
devaluación: 192

economía, crecimiento de la: 178, 179, 189, 198, 200; desarrollo de la, 173, 176, 177, 182, 190, 199; dualismo, 169, 198, 199; Istituto per la Ricostruzione Industriale, 189; liberal, 193; reactivación de la, 179; transformación de la, 192, 194, 200
empleo: 171, 182, 184, 192, 194, 195, 196, 197, 198, 199
Estado: 163, 166, 167 y n, 168, 170, 176, 178, 182, 185, 186n, 188, 189, 193, 196, 200, 201; y la empresa privada: 167, 189
exportaciones: 179, 181, 196
fascismo: 176, 186 y n, 187 y n, 188 y n, 189, 190, 191, 193, 195, 196, 201
feudalismo: 177
financiamiento externo: 171
importaciones: 180-181; restricciones a las: 172
industria: 173, 177, 182, 191, 192, 193; alimentaria, 181; desarrollo de la, 176, 179, 182, 183, 189, 195, 200; dualismo, 169; eléctrica, 196, 198; manufacturera, 181; metalmecánica, 181, 182, 183, 191; producción, 192; productividad, 198; química, 181, 191, 196; siderúrgica, 172, 178, 180, 181, 183, 196; textil, 181
industrialización: 163, 169, 182, 183n, 185; apoyo estatal a la, 182; des-, 172
inflación: 195, 197, 198
infraestructura: 170, 171, 194
inversiones: 172, 173, 192, 194, 196, 198
mercado nacional: 171, 172, 176, 181, 184; expansión del, 182
Partido Comunista: 198
Partido Socialista: 187, 198
política, débil: 163; liberalismo, 189; movimiento socialista, 181n; unificación, 165, 166, 178, 201
política fiscal: 170, 171, 176
PIB: 164, 178, 179, 190, 191, 197
PNB: 164, 191, 192
proteccionismo: 169, 173, 178-182, 193
recursos naturales: 164
Risorgimento: 167
salarios: 183-184, 186, 189, 192, 196, 197-199
salida del atraso: 163, 165, 169, 198, 200, 201
servicios: 183, 192, 196
servidumbre, abolición de la: 173
sindicatos: 186, 189; Camera del Lavoro, 183; Confederazione Generale del Lavoro, 183
subsidios: 181, 183, 193, 196
sufragio: 184
tecnología, desarrollo de la: 186, 199; importación de, 192; innovación de la, 199
tierra: arrendada, 168, 175; latifundios, 171, 177, 186, 188; Ley de Reforma Agraria, 193; ocupación de, 180, 193; pequeña propiedad, 168, 171, 188, 194; propiedad de la, 176, 180; reforma agraria, 192 y n, 194; reparto de, 195
transportes, carreteras: 191; ferrocarriles, 172, 181, 182; naval, 181, 183
vivienda: 193, 196
Iwao, Ayasawa: 140n

Jacini, Stefano: 175
Japón: 17, 18, 19, 21, 54, 57n, 122-127, 129-130, 131 y n, 132-135, 137 y n, 138, 139 y n, 141 y n, 145-146, 147 y n, 148, 149n, 150 y n, 152 y n, 154-155, 157-161, 162, 164-165, 171, 174n, 177, 183, 200, 223 y n, 240, 243, 245, 268, 278, 373, 375-379, 385n, 386, 392-393, 396, 401-402, 413, 426, 428-429, 434
absolutismo: 131, 142, 144, 145, 146, 158, 160
agricultura: 124, 129, 142, 144; apoyo estatal a la, 142, 145; de autoconsumo, 129, 143, 145; modernización de la, 142; producción en la, 129; productividad, 129, 130, 131, 142, 144; reforma agraria, 134
bienestar social: burguesía, 126, 134, 146
campesinos: 128, 130, 131, 134, 138, 144, 145; Conferencias Campesinas, 145; organización de los, 128, 145; endeudamiento de los, 130
clanes: 139, 146
comercio: 130, 131; exterior, 127, 132, 147, 150, 151
demografía: aumento demográfico, 25 y n; crecimiento demográfico, 65, 127, 129, 206, 248; demográfico, 204; densidad demográfica, 90, 130, 256; dimensiones demográficas, 286; explosión demográfica, 345; imperativo demográfico, 439; incremento demográfico, 40, 113, 250 n; peso demográfico, 257, 272, 419; presión demográfica, 38, 268; salto demográfico, 40
situación demográfica, 373; tamaño demográfico, 257; urgencias demográficas, 440
economía: 125, 137, 138, 140, 144, 148, 152, 153, 154, 156, 157 y n, 158, 162; a largo plazo, 153; crecimiento sostenido de la, 141; desarrollo de la, 154; dualismo en la, 151, 152, 159n; estancada, 138, 140; expansión de la, 140; modernización de la, 124, 142, 162; nacional, 137, 155; transformación, 123, 126
educación: 135, 136; Escuelas Técnicas Agrícolas, 141; obligatoria, 141; según modelos extranjeros, 137, 141n
empleo: 149, 150, 152, 154, 156, 157, 162
Estado: 125, 126, 134, 136, 137, 139 y n, 140, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148 y n, 159, 160, 161, 162; apoyo a la industrialización, 144, 146, 147, 148n, 151, 152; centralista, 134; privatización de empresas del, 146, 148

exportaciones: 137, 150 y n, 154 y n
feudalismo: 122, 127, 134
guerras: 122, 124, 127, 132, 136, 137, 138, 140, 145, 146, 148n, 151 y n, 152, 154, 155, 159, 161, 162
importaciones: 142, 147, 149, 150 y n, 158
industria: 138, 142, 144, 150, 152, 155, 161; armamentista, 138, 148; desarrollo de la, 131n, 138, 145, 146, 158; manufacturera, 124, 131n, 151; mecánica, 137; modernización de la, 149n; química, 137, 151, 158; siderúrgica, 137, 151; naval, 131, 137, 148, 151, 158; textil, 158
industrialización: 124, 137, 149, 150, 152, 155, 156, 158; temprana, 141, 149, 157
inversiones: 136, 144, 147, 148, 152, 154
Meiji, era: 125, 126, 131, 133, 134, 137, 138, 139, 143, 144, 145, 146, 147, 149n, 150, 154, 158, 160, 161, 162; Restauración, 125, 126, 131, 133, 152, 159
mercado: 123, 124, 129, 130, 149, 153, 157; externo, 124, 160; nacional, 130, 146, 147, 149, 152, 160, 162
militarismo: 152, 159, 160, 162
Ministerio de Asuntos Internos: 136, 140
nacionalismo: 140
Partido Socialdemócrata: 140
población agrícola: 146
política: 126, 127, 138, 140, 141, 147, 148, 151, 160, 161, 161, 162; Constitución de 1899, 139, 140; Constitución del Imperio, 139; Ley de Policía, 140
política fiscal: 160
PIB: 144, 148
PNB: 153, 154
recursos naturales: 125, 137
salarios: 146, 149, 152, 153, 162
salida del atraso: 124, 128, 133, 159 y n, 162
Showa, periodo: 161
sindicatos: 145n
sociedad: 123, 126, 128, 129, 135, 136, 139, 141, 159, 162; modernización de la, 124; transformación de la, 123, 125
tecnología: 155, 157; dependencia, 149, 155; importación de, 133, 135, 142, 148, 149, 158; indigenización de la, 149n, 151, 155, 158; modernización de la, 155, 157
tierra: 127, 128, 142, 143, 145; arrendamiento de la, 128, 143; entrega de, 134, 142; escasez de, 129; expropiación de, 143; impuestos, 142, 143, 144; pequeña propiedad, 129; tenencia de la, 142, 145
Tokugawa, era: 127, 128, 131 y n, 134, 142, 143; familia, 126, 127 y n, 128; régimen, 129n, 130, 131, 132, 133, 135
transportes, ferrocarril, 138, 140, 146, 147; naviero, 147
jesuitas: 118, 133, 330
Johnston, B. F.: 223n
Jones, Eric: 44n, 47
Jönköping: 70
Jorberg, Lennart: 66, 70, 86
Jorge I: 52
Joseph, Richard A.: 269n, 405n
Juárez, Benito: 331, 332, 334
July, Robert W.: 253n, 255n
Jutlandia, península de: 90

Kaduna: 268, 273
Kaldor, Nicholas: 230, 435n
Kano: 251, 253, 273
Karnataka: 238
Kautsky, Karl: 37n
Kerala: 211, 225
Keynes, John M.: 120, 440
Kierkegaard, Soren: 100
Kilby, P.: 223n
Kinai: 129
Kindleberger, Charles P.: 179n
Kiyokawa, Yukijiko: 148n
Kohl, Barbara: 319n
Korpi, Walter: 84n
Krantz, Olle: 86n, 114n
Krishna, R.: 218n, 222n, 225n
Kristensen, Erald Tang: 97n
Kubitschek, Juscelino: 297
Kuhara: 151
Kurien, C. T.: 22n
Kutcher, Gary P.: 322n
Kuznets, Simon: 90n, 164, 426n, 434n

La Bastilla, toma de la: 96
La Piana, George: 187n
Lagos, Ricardo: 311
Lancashire: 244, 253
Lara Resende, André: 305
latifundios: 145, 177, 186, 287, 316, 318, 342, 343
Laval, Gustav de: 107
Lefebvre, George: 42n
Lehmann, Hans Georg: 112n
Leipzig: 29n
Lennihan: 254n
Levi, Carlo: 188n
Levy, Daniel C.: 329n
Lewis, Arthur W.: 432n
liberalismo: 46, 49, 51, 102, 183, 184, 295, 296, 334, 354, 428; económico, 49, 51, 95, 241, 296n, 300, 440; neoliberalismo, 359; político, 189
libre comercio: 80, 391; *véase* comercio
Liga Hanseática: 91n, 112, 119
Lille: 27, 28n, 39
Lindbeck, Assar: 88n
Lipset, S. M.: 58

Lisle, Rouget de: 429
List: 428
Little, Ian M. D.: 216 y n
Liverpool: 252
Livingston, J.: 137n, 139n, 140n
Lockwood, William W.: 144n, 150n, 151n, 153n
Londres: 26, 29, 30, 44, 51, 65, 112, 256
Long, Bradford de: 437n
López, Francisco: 305
López Portillo, José: 351, 351, 357
Lübeck, Paul: 270n
Luis XI: 46
Luis XIV: 47
Luis XV: 31
Luis XVI: 42, 132
Lutz, Vera: 198, 199, 200n
Luxemburgo: 39
Luzzatto, G.: 170n, 181n

Maastricht: 30
Macciocchi, María A.: 187n
Maddison, Angus: 130 y n, 141n, 164 y n, 178n, 191n, 197, 215n, 216n, 231n, 243 y n
Madero, Francisco I.: 328, 337, 338, 339, 340
Madrás: 205
Madrid Hurtado, Miguel de la: 352, 357
Mahalanobis, C. P.: 229, 230n
Maharashtra: 221n
Mahoma II: 18n
Maizels, Alfred: 74n
Malamound, Charles: 213n
Malasia: 124, 365
Malmöhus: 70
Mancha, canal de la: 428
Manchukuo, Estado de: 124, 160, 161
Manchuria: 124, 161, 380
Manniche, Peter: 98n, 103n, 105 y n, 107n, 109n
mano de obra: 18, 42, 66, 76, 128, 130, 131n, 137, 142, 149, 154, 159, 160, 192, 221, 238, 292, 319, 320, 383, 388, 392, 404, 405, 410, 415, 419, 420, 433, 434; *véanse también* campesinos, trabajo
Manufactura Real: 48
Mao Zedong: 399, 402, 403, 404, 405, 406, 408, 409, 413
mar del Norte: 25, 26, 33
mar Negro: 26
Maranhão: 287, 288
Markoff, John: 294n
Marrou, Henri-Irenee: 17n
Marx, Karl: 17 y n, 30n, 111 y n, 177n, 217 y n, 403, 415
Masayoshi, Kawasaki: 148n
Masayoshi, Matsukata: 148
Massachusetts: 43, 186
Mathias, Peter: 41 y n, 52n
Mato Grosso: 287n, 316, 320
Mato-Groso del Sur: 287n
Mauricio: 365
Maximiliano: 334
Mazarin, cardenal: 48
Mediterráneo, mar: 25, 28, 251
Meller, Patricio: 65
mercado(s), desarrollo de: 28, 64, 118, 346; expansión del, 41 68, 89, 115, 149, 182, 193, 230, 298, 433; externo, 41, 67, 74, 89, 99, 108, 115, 160, 237, 311, 352, 355, 356 y n, 362-363, 375, 382-383, 435; fragmentación del, 89; interno, 83, 87, 115, 118, 153, 173, 237, 270, 273, 287, 291, 298, 319, 336, 337, 349, 352-353, 362, 363, 380-381, 383, 422-423, 432-433; nacional, 41, 65, 67-68, 70, 72-73, 83, 84, 86-89, 115, 130, 146-149, 152, 160, 162, 171, 172n, 176, 181-184, 231, 259, 269, 273, 320, 332, 337, 339, 346, 347 y n, 350, 362; vinculación con la agricultura, 34, 36, 38, 64, 65, 129, 166
mercantilismo, mercantilización: 46, 47, 48, 49, 332; críticas al, 46, 48; liberal, 47, 48; antecedentes históricos, 46
México: 21, 204, 240, 248, 286, 313, 327, 328, 329, 332, 333 y n, 334, 338, 339, 340, 341, 342, 343, 346, 347, 348 y n, 351, 352, 354, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362 y n, 363, 364, 365, 366, 367, 368 y n, 388, 392, 396, 397, 412, 420, 425, 430, 434, 438
  agricultura: 336, 346, 347, 348; atraso técnico, 352; colectiva, 342; de autoconsumo, 336; de subsistencia, 335n; desarrollo de la, 347, 349; descapitalización de la, 348; estancada, 337, 349; ineficiente, 337; intervención estatal en la, 343; Ley Agraria, 339; modernización de la, 335, 343, 347; precios de la, 332n; precios de garantía, 348; reforma agraria, 339, 342, 343n; rigideces en las estructuras, 332; sobreproducción en, 332n; transformación de la, 340, 342, 345, 352
  ahorro: 337, 348
  aranceles: 336, 354
  balanza, comercial: 351; de pagos, 347, 351
  bancos: 357, 362; nacionalización de los, 357; privatización de los, 357
  bienestar social: 350, 355
  campesinos: 340, 341, 342, 343, 344; control político de los, 339; cooperativas, 343; explotación de los: 335n; movilizaciones, 342
  colonialismo: 330
  comercio: 355; apertura del, 356n; exterior, 347, 361
  corporativismo: 327, 342, 344
  corrupción: 344, 348, 355, 360, 364, 365, 366, 367, 368n
  demográfica, explosión: 345
  deuda: externa, 350, 352, 357; pública, 352, 353, 357

devaluación: 336, 347, 351n, 357
economía, contracción de la: 352, 353, 354; crecimiento de la, 329, 333, 334, 341, 348, 350, 353, 355, 358, 362; crisis, 340, 341, 358; de subsistencia, 334, 335n; desequilibrada, 337, 341; estancamiento, 328, 329, 334, 336, 337, 349, 359, 361, 362, 363, 364; desarrollo de la, 328, 331, 333, 334, 336, 339, 340, 341, 345, 349, 354, 362, 363, 364; inflación, 351 y n, 352, 354, 358, 361, 362; intervención estatal en la, 343, 356; modernización de la, 333, 334, 342, 361; política de estabilización, 341; reformas, 355, 359, 360; transformación estructural de la, 330, 341
educación: 330n, 341, 349
empleo, desempleo: 347, 348, 349, 350, 352, 353, 355, 364, 368
Estado, burocracia: 329, 331, 332, 335, 342, 344, 347, 348, 349, 350, 352, 357, 364, 365, 366, 367, 368, 369; centralización del, 329, 330, 354; conflictos con los empresarios, 351, 359; debilidad estructural del, 328, 332; privatización de empresas del, 357; protagonismo económico del, 341, 350, 357
exportaciones: 334, 335 y n, 336, 337, 338, 340, 347, 349, 350, 351 y n, 353, 361, 362, 363, 364
ganadería: 335n
importaciones: 329, 347 y n, 349, 350, 351 y n, 353, 354, 362, 363
Independencia: 330
industria: 339, 348; apoyos a la, 347; crecimiento de la, 336, 337, 338, 345; desarrollo, 328, 346, 347n, 348, 349; manufacturera, 346, 364; siderúrgica, 336
industrialización: 337, 346, 349, 354, 364; estímulos a la, 346, 347
inflación: 351, 352, 354, 358, 361, 362
infraestructura: 328, 338, 358, 364
inversión: 346, 350, 352, 353, 356, 362; extranjera, 334, 336, 348, 353, 356, 361
Ley Agraria: 339
Ley Lerdo: 331
Leyes de Reforma: 331, 336
mercado: 346, 352, 353, 355, 356, 362, 363; interno, 336, 337, 349, 351, 352, 353, 363; nacional, 332, 337, 346, 347n, 350, 362; polarización del, 337
mercantilismo: 332
minería: 330, 333n, 336, 339, 341; apoyos a la, 339
Pacto de Solidaridad Económica: 354
Partido de la Revolución Mexicana: 329, 342
Partido Nacional Revolucionario: 329, 340
Partido Revolucionario Institucional (PRI): 334n, 342, 358, 359, 367
población económicamente activa: 340, 353
petróleo: 341, 351, 352, 358, 361, 363; nacionalización del, 341, 344
PIB: 328, 333, 339, 340, 349, 350, 351, 352, 353, 354, 357, 358, 359, 361, 363, 364, 365, 368
PNB: 345, 348n
pobreza: 336, 356, 357, 361, 363, 364
política: autoritarismo, 327; democracia, 329; estabilidad, 327-329, 333, 337, 341-342, 345; inestabilidad, 333, 341, 345; populismo, 327, 334, 350; presidencialismo, 327, 334
proteccionismo: 346
República Restaurada: 332, 334, 339
revolución de 1910: 338, 358
Revolución mexicana: 340, 342
salarios: 333n, 337, 347, 348, 350, 354, 356, 362, 363, 364
salud: 341, 348, 349, 358
servicios públicos: 346, 347
sindicatos: 344, 345, 354, 360
sociedad: 329, 330, 333, 341, 345, 366, 367, 368; aristocracia, 331; burguesía, 340n; conflictos, 330, 334n; desigualdad, 327, 329, 348; fragmentación de la, 327, 334n, 341, 357; oligarquía, 329, 332, 335, 337; polarización de la, 337, 348, 352, 363; rigidez de la, 330, 369
tecnología: 360, 363
tierra: 331, 335, 338, 339, 340, 343 y n; comunal, 335; concentración de, 332, 334; ejidos, 342, 343, 344, 346; explotación de la, 333; expropiación de la, 339, 342, 343; de la Iglesia, 332; gran propiedad, 331, 333; Ley de Exploración y Deslinde de Tierras Públicas, 335; propiedad comunitaria, 335; reparto de, 338, 339
Tratado de Libre Comercio (TLCAN): 329, 355, 356, 362, 363
transportes y comunicaciones: 330, 332, 333, 336, 339, 349, 355, 360; ferrocarril, 334, 335, 336, 337, 339, 341, 344, 345
Unión Nacional Sinarquista: 345
urbanización: 345, 348, 349
migración: 415, 432
Milán: 28, 29, 30, 165, 169, 184, 186, 293
Milanesado: 50
militarismo: 152, 159-162
Milward, Alan N.: 63n, 72n, 96n, 105n, 109n, 112n, 118n
Mina, Francisco Javier: 331
Minas Gerais: 287n, 292, 293, 316
minifundio: 316, 317; *véase* tierra
Mitchell, B. R.: 65n, 75n, 84n, 86n, 112n, 174n
Mitsubishi: 147, 151
Mitsui, casa: 130
modernidad: 54, 59, 106, 119, 124, 126, 127, 146, 165, 241, 323, 331, 333, 334, 336, 434, 439
raíces de la: 51

modernización: 377, 410n, 415, 426, 428, 432; económica, 93, 159, 161, 162, 303, 342, 361, 432; global, 241; microeconómica, 156, 199; social, 93, 432
Modi, familia: 230
Modi, Narendra: 208, 235, 240 y n
monopolios: 81, 134, 253, 309, 357, 413, 417
Montpellier: 28n
Moore, J.: 137n, 139n, 140n
Morelos y Pavón, José María: 330
Mori, Giorgio: 186n
Morishima, Michio: 124, 125n, 131n, 141n, 148n, 152n, 154n, 161 y n
Moro, Tomás: 335n
Moscú: 29
Mottura, Giovanni: 193n
Mousnier, Roland: 47n
movimiento, obrero: 15, 76, 77, 80, 82, 163, 188, 199, 434; *véase* sindicatos
Muerte Negra: 39
Mukarji, Nirmal: 206n
Munich: 29n
Murat, Joaquín: 174
Mussolini, Benito: 187, 188, 189, 190
Mutel, Jacques: 130n
Myrdal, Gunnar: 79, 227 y n

nacionalismo: 47, 99, 101, 103, 140, 185, 213, 218n, 230, 241, 246, 247, 295, 299, 302, 338, 346, 380, 393, 401, 402
Nagasaki: 127
Napoleón III: 166, 332
Nápoles: 30, 50, 165, 194
Neale, Walter C.: 225n
Nehru, Jawaharlal: 207, 208, 209, 219, 223, 224 y n, 226, 228, 229n, 230, 238, 246, 247
Netto, Delfim: 299, 300, 302, 303 y n
Níger, río: 248, 251, 252, 253, 264, 268
Nigeria: 21, 204, 248, 249, 250 y n, 251, 253 y n, 254, 255, 256, 257, 258, 260, 261, 263, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 273, 274, 275, 277, 279, 280, 281 y n, 282 y n, 284, 285, 327, 412, 420, 430, 434
  Action Group: 256
  agricultura: 275; crisis en la, 249; desinterés hacia la, 275; fortalecimiento de la, 274
  aranceles: 272
  campesinos: 268; emigración, 275
  clientelismo: 275
  comercio: 251, 252; consejos de comercialización, 255; exterior, 250, 254, 274; superávit, 273
  corrupción: 248, 249, 250, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 266, 270, 271, 272, 274, 280, 281, 282, 283, 284
  deuda externa: 249, 259, 271, 280
  devaluación: 274, 279
economía: 249, 261, 271, 272, 278, 279, 280, 281, 282, 283, 285; crisis de la, 271; Decreto de Indigenización, 277, 278; dependencia, 256, 282; éxito, 281, 283, 284; ineficiente, 259, 281; intervencionismo estatal, 276, 277; política, 268; regionalizada, 248, 275
educación: 249, 255, 256, 267, 281
empleo, desempleo: 252, 258, 263, 267, 272
Estado: 248, 250, 251, 257, 261, 262, 266, 269 y n, 270, 271, 275, 276, 277, 282 y n, 283, 284n; burguesía de, 282, 283; burocracia, 280; centralización del, 269; golpe de, 248, 258, 259, 260, 263, 278; ineficiente, 283; privatización de empresas del, 273, 279, 280; etnias, 248, 249, 251, 257, 269; conflictos, 256-268
exportaciones: 248, 249, 270, 274, 275, 276
guerra(s): 253, 255, 256, 257, 261, 265, 277; civil, 248, 261, 263, 269, 273, 278, 284
importaciones: 249, 274, 276
independencia: 248, 249, 250n, 255, 256, 257, 258, 261, 263, 269, 277, 283
industria: 275, 277; concentración de la, 272; desarrollo de la, 273, 275; manufacturera, 272, 273, 274, 275, 277, 281; siderúrgica, 273; textil, 272, 273
infraestructura: 249, 271, 274, 279, 281
inversión: 249, 263, 273, 274, 278, 281; extranjera, 277, 281; pública, 278
mercado nacional: 259, 269, 273
National Council of Nigeria and Cameroun (NCNC): 256
National Economic Council: 277
Northern People's Congress: 256
People's Democratic Party: 260
petróleo: 248-249, 253, 261, 264-265, 269 y n, 270n, 271, 276-279, 281
PIB: 248-249, 270 y n, 271-272 y n, 279, 281, 284-285
política, democracia: 260, 262, 266, 282n; tribal, 251, 253, 263
política fiscal: 279
préstamos: 276
proteccionismo: 277
recursos naturales: 251
religión: 248, 250; conflictos, 260-261, 268, 271
salarios: 263, 273, 275
salida del atraso: 248, 285
salud: 249, 272, 275, 281
sociedad: 249, 259, 263, 276, 278, 280, 282, 283, 285; modernización de la, 254; occidentalización de la, 254, 267; organización, 250, 252, 276, 282, 283
tecnología: 277, 278; intensiva en capital, 272
tierra: 249, 251, 255-256, 265, 268, 274-276
transportes: 266, 273, 277
urbanización: 249, 275

Nissan: 161
Noorköping: 59, 70
Noruega: 15, 57, 91n
Novgorod: 26
Nueva España: 327, 330, 331; *véase* México
Nueva Zelanda: 54, 108n
exportaciones: 98
Nuevo Mundo: 50; *véase también* América
Nuremberg: 29n, 30, 195
Nurske, Ragnar: 435n

Obasanjo, Olusegun: 258, 260, 262, 278, 279
Obregón, Álvaro: 328, 334n, 340
Ohkawa, Kazushi: 152 y n, 153 y n, 154 y n, 157n, 158 y n, 159n
Olayiwola, Peter O.: 277n, 278 y n
Oldfather, F.: 137n, 139n, 140n
oligarquía: 122, 126, 138, 139, 140, 141, 160, 243, 292, 289, 293, 294, 299, 306, 329, 332, 335, 337
Olivetti: 182
Orebro: 59
Organización Internacional del Trabajo (OIT): 422
Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE): 239, 314, 360, 392, 416, 423
Oriente: 27, 39n, 47n, 159, 251, 267, 386
Osaka: 127n, 129, 130, 133
Oslo: 29n
Orwell, George: 122
Oxestierna, Axel: 59n

Países Bajos: 25, 37, 38, 39n, 41, 50
Panagariya, Arvind: 237n, 238n, 239 y n
Pará: 287n
Paraguay: 118
Paraíba: 287
Parain, Charles: 34 y n
Paraná: 287n, 316, 318
París: 280
Park Chung-hee: 375, 376, 380, 387, 388, 389, 393, 394, 396, 429
Park Geun-hye: 396
Paz, Octavio: 210n, 330 y n, 331n, 335n, 366 y n
Pavia: 28
Pearl Harbor: 154
Pearson, Harry W.: 27n
Pedro el Grande: 61
Pedro I: 290
Pedro II: 290
Pemex: 344
península ibérica: 19; *véanse también* España, Portugal
Pensilvania: 43
Pereire, hermanos: 429
Pernambuco: 287
Perry, comodoro: 132
Peruzzi, casa: 30
Pescadores, islas: 124
Pestalozzi: 81
petróleo: 151, 248, 249, 253, 261, 264, 265, 269 y n, 270n, 276, 277, 278, 279, 281, 300, 302, 341, 344, 351, 352, 358, 363, 386, 417; crisis del, 271, 310; nacionalización del: 341, 344
Piamonte: 165, 166, 168, 172, 173, 175
Piauí: 287
piratería: 31, 265
como primera etapa del comercio: 25n
Pirandello, Luigi: 241
Pirenne, Henri: 25n, 26 y n, 49, 50
Pires de Souza, Francisco E.: 302n
Pisa: 25
Plan Marshall: 192, 194, 195, 196, 261
Platón: 212
Po, río: 34, 42, 44
Población Económicamente Activa (PEA): 68, 91, 110, 274, 340, 353
pobreza: 36, 73, 89, 164, 204, 206, 220, 227, 239, 242, 250n, 261, 275, 284, 286, 290, 298, 308, 312, 313 y n, 314, 322, 323, 325, 326, 336, 356, 361, 363, 364, 384, 388, 392, 402, 409, 416, 419, 420n, 426, 432
poder: 19, 24, 27, 31, 32, 44, 45, 46, 80, 168, 174, 177, 218, 251, 254, 255 y n, 260, 261, 269, 276, 279, 282, 290, 294, 294, 302, 303, 331, 334, 335, 337, 339, 340, 355, 359, 367, 375, 377, 378, 398, 399, 400, 406, 409, 413, 414, 418; absolutista, 44, 51, 59, 92, 126, 127, 128, 132, 133, 139n, 142, 161, 259, 278, 290, 293, 295, 296, 324, 334, 337, 368, 380, 406; como coerción, 42, 140, 166, 167, 214; control del, 46, 52, 59, 88, 127, 366, 408; dispersión del, 32; económico, 44, 46, 49, 52, 63, 82, 84, 87, 95, 127, 201, 219, 292, 293, 294, 330, 331; riqueza y, 29, 32, 49, 52, 146, 377
poder político: 87, 91, 93, 95, 127, 188, 189, 190, 194, 206, 235, 257, 270, 291, 294, 355, 400, 407; centralización del, 91, 123, 211, 212, 215, 251, 255n, 257, 270, 284, 289, 294, 295, 328, 330, 412; estructuras del, 124, 126, 165, 404; fragmentación del, 82; nuevas formas de, 125, 269, 401
Polanyi, Karl: 27n, 51 y n, 95 y n, 269, 379
política, agraria: 111, 171, 175, 177, 188, 226, 227, 321, 348; comercial, 170, 172, 173, 180, 185, 307; económica, 51, 66, 78, 79, 84, 136, 138, 168, 170, 189, 193, 196, 207, 223, 225, 233, 235, 236, 237, 239, 240, 241, 242, 268, 274, 276, 277, 278, 279, 280, 299, 300, 303, 306, 308, 313, 345, 350, 352, 353, 355, 356, 358, 360, 384, 390, 405, 412, 440; fiscal, 160, 170, 171, 176, 230, 313; industrial, 148, 223, 229, 234, 347, 404

Polonia: 15, 37, 42, 43, 60, 101, 135; salarios, 43
Portugal: 90, 200, 216, 290, 428
Prado Jr., Caio: 317n, 318n
Prates Da Silveira, Caio C.: 306n
producción: 67, 70, 82, 85, 142, 174, 177, 180, 181, 198, 199, 226, 273, 300, 304, 305, 319, 321, 332, 350, 383, 385n, 405, 410, 435; a largo plazo, 314; agrícola, 35, 36, 41, 62, 65, 66, 75, 81, 95, 98, 108, 112, 113, 114, 129, 144, 145, 146, 151, 159, 169, 177, 178, 180, 190, 191, 192, 215, 221, 222, 226, 274, 292, 320, 322, 332, 334, 336, 347, 410, 411; aumento de la, 62, 71, 75, 83, 115, 119, 144, 145, 146, 153, 182, 199, 238, 297, 310, 410, 432; comercio y, 45, 129, 168, 255, 435; de alimentos, 34, 205, 226, 227, 433; ganadera, 99, 106, 107, 108, 109, 112, 113, 180, 318, 322; global, 153, 318; industrial, 31, 70, 73, 84, 86, 116, 137, 165, 181, 182, 191, 205, 231, 272, 278, 287, 288, 297, 306, 309, 336, 347, 409, 428n; manufacturera, 26, 123, 146, 154, 189, 192, 232, 296, 297, 299, 301 y n, 345; nuevas formas de, 111, 119, 427, 439; obstáculos a la, 148, 197, 220, 332, 387; organización de la, 81, 95, 107; para el consumo, 29, 220, 423, 435
productividad: 15, 37, 42, 64, 67, 114, 130, 142, 149, 153, 155, 197, 197, 204, 206, 221, 230, 236, 239, 273, 274, 277, 298, 323, 333, 355, 356, 362, 363, 364, 388, 393, 419, 423, 426, 432, 434, 435, 439n, 440; a largo plazo, 386, 417; agrícola, 35 y n, 40, 42, 65, 68, 72, 75, 114, 174, 175, 271, 319, 333n, 410, 423, 432; global, 231, 240, 419, 423, 432, 437, 439, 440; incremento de la, 67, 71, 82, 109, 118, 142, 146, 144, 153, 154, 155, 196, 199, 228, 236, 271, 275, 314, 315, 319 y n, 350, 383, 422, 432; industrial, 153, 198, 271, 275, 319, 364n, 408, 428; sectorial, 142, 198, 199, 363, 388, 422, 432, 434, 435, 437; segmentación de la, 303, 325, 329; tecnológica, 155, 192, 277, 363
Producto Interno Bruto (PIB): 69, 70, 72, 90, 91, 117, 144, 148, 164, 178, 179, 190, 191, 197, 209, 210, 227, 232, 233, 235, 236 y n, 237, 240 y n, 248, 249, 270 y n, 271, 272 y n, 279, 281, 284, 285, 286, 288, 296, 297, 298, 302, 303, 304, 306, 307, 310, 312, 320, 326, 328, 333, 339, 340, 349, 350, 351, 352, 353, 354, 357, 358, 359, 361, 363, 364, 365, 368, 375, 383 y n, 384, 386, 388, 391, 9392, 404, 409, 411, 412, 415, 418, 419, 422, 423, 437, 438
Producto Interno Neto (PIN): 222
Producto Nacional Bruto (PNB): 58, 71, 73n, 90, 153, 154, 164, 191, 192, 233, 287, 345, 348n
proteccionismo: 18, 80, 169, 173, 178, 179, 180, 181, 182, 193, 277, 296, 346, 436; *véase también* aranceles
Provincias Unidas del Norte: 37
Prusia: 43, 92, 93, 96, 123, 161, 166, 332
Punyab: 226

Quadros, Janio: 297, 298
Quick, Stephen A.: 352n

Ranis, Gustav: 155 y n, 157 y n
Ranki, Gyorgy: 431n
Rao, Narasimha: 235
Rathenau, Walther: 120
Raychaudhuri, G. S.: 218n
Reagan, Ronald: 303, 352
recursos naturales: 57, 89, 90, 108, 125, 137, 164, 166, 251, 286, 291, 314, 433
Reforma: 331, 336
reforma agraria: 134, 192 y n, 194, 218, 220, 221, 222, 225, 234, 242, 298, 299, 317, 319, 321, 322, 324, 325, 339, 342, 343n, 378, 384, 409, 411
Restauración: 40
Restauración Meiji: 125, 126, 131, 133, 152n, 159, 376, 380
Revolución bolchevique, *véase* Revolución rusa
Revolución china, *véase* Revolución Cultural
Revolución cubana: 298
Revolución Cultural: 403, 405, 406, 407, 410
Revolución francesa: 42, 52
revolución industrial: 21, 40, 41, 46, 51, 66, 102, 119, 166, 169, 181, 216, 229, 384, 427, 429, 431, 437
revolución inglesa: 52, 119, 384, 429
Revolución rusa: 78
revolución verde: 222, 226, 227, 241
Ricardo, David: 216, 428, 429
Richelieu, cardenal: 48
Ricossa, Sergio: 189n, 193n
Riga: 26
Río de Janeiro: 287n, 293, 297, 305, 316
Río Grande del Norte: 287n
Río Grande del Sur: 287n, 294, 316, 318
riqueza: 19, 26, 31, 44, 46, 89, 122, 146, 244n, 255, 259, 275; concentración de la, 31n, 107, 251, 264, 269, 275; creación de, 44, 79, 150, 258; distribución de la, 57, 85, 88, 301; poder y, 26, 29, 32, 49, 146, 269, 377; transferencia de la: 212, 216
Robert, Jacques: 139
Rockwell, Joan: 96n
Rodas: 30
Rodney, Walter: 252n
Roma: 166n, 167, 293
Romeo, Rosario: 176 y n, 177, 182n, 192n
Rondonia: 287n
Roraima: 287n
Ros, Jaime: 347n, 363
Rosenberg, N.: 41n
Rosenzweig, Fernando: 335n, 336n

Rosovsky, Henry: 152 y n, 153 y n, 154 y n, 157n, 158 y n
Rostow, W. W.: 180n
Rousseau, Jean-Jacques: 135, 282n, 359
Ruanda: 287
Rudolph, Lloyd I.: 242n
Rudolph, Susanne Hoeber: 242n
Rushdie, Salman: 210, 211n
Rusia: 19, 26, 31, 37, 91, 100, 117, 123, 124, 132, 133, 138, 145, 183 y n, 365, 378, 402; abolición de la servidumbre, 289; *véase también* Unión Soviética

Saboya, casa de: 165, 175
Saint-Simon: 428, 429
Sakai: 129
salarios: 69, 71-73, 153, 184, 186, 197-198, 238-239-240, 263, 273, 298, 301, 305, 307, 309-310, 312-314, 319, 323, 325, 333, 348, 354, 356, 362-363, 389-391, 393, 395, 420, 422; control de, 78-79, 83; de infrasubsistencia, 146, 184, 192, 196-199, 305, 334, 384, 415, 419, 423, 433; en la agricultura, 42, 66-67, 118 y n, 152, 220-221, 320n, 419, 423; en la industria, 67, 72, 152, 198, 350, 364, 383, 384; reales, 43, 66n, 72, 85, 87, 98, 118, 153, 162, 184, 197, 220, 231, 232, 300, 319, 336, 347, 350, 354, 420, 422, 423; urbanos, 186, 189, 323, 337, 348
Salinas de Gortari, Carlos: 354, 355, 356n, 357, 358, 359, 360
salud: 94, 111, 249, 272, 275, 281, 301, 341, 348, 349, 392, 408, 420
Salvemini, Gaetano: 186 y n, 187n
Samuelsson, Kurt: 59n, 69 y n, 75n, 85n
Sandberg, Lars G.: 74n
Santa Catarina: 287, 288, 316, 318
São Paulo: 287, 292-294, 305, 309, 316, 320, 323
saqueo: 250, 258, 308, 338n, 339; capitalismo y, 212; comercio y, 33
Sarma, Atul: 233n
Sarney, José: 304, 306, 321
Satsuma, clan: 132, 139, 146, 148n
Saul, S. B.: 63n, 72n, 96n, 105n, 109n, 112n, 118n
Scandizzo, Pasquale L.: 322n
Scase, Richard: 77n
Schleswig, ducado de: 35, 92 y n, 98, 103, 123
Schumpeter, Joseph A.: 120, 427 y n
Scott, Walter: 100
Seers, Dudley: 426n
Segunda Internacional: 76
Sekigahara: 127
Sella, Quintino: 170
Sen, Amartya: 205n, 218n, 242n
Senegal: 272n
Sengupta, Nirmal: 223n
Senior, Clarence: 343n
Sereni, Emilio: 172n, 174n, 180n
Sergipe: 287n
Serra, José: 301n, 311
servicios: 18, 36, 41, 63, 75, 97, 183, 192, 196, 236, 237, 238, 279, 302, 305, 346, 347, 393, 415, 418, 423, 432
servidumbre: 17, 26, 40, 41, 42, 95, 103, 129, 289, 325; abolición de la, 17, 96, 173, 289
Shang Yang: 399, 400
Shanghái: 132, 406n, 412, 415
Shenton, R. W.: 254n
Shigeki, Nishimura: 135
Showa, periodo: 161
Siam: 124
Sicilia: 167, 174, 175, 176, 181
Sicilias, reino de las Dos: 165, 166, 174
sindicatos: 58, 76, 77, 80, 87, 145n, 186, 189, 243, 354, 360, 394, 395
Singapur: 209, 236, 288, 367, 373, 380n, 393, 409, 425
Singh, S. P.: 426n
Sisson, R.: 242n
Skokloster: 82
Slim, Carlos: 357
Smith, Thomas C.: 128n, 146n
Smith, Tony: 427n
Snowden, Frank M.: 188n
socialismo: 118, 177, 235, 256, 403, 409, 414; crisis del, 375; como Estado autoritario, 230, 403
sociedad: 17 y n, 18, 20, 25-26, 38, 41, 44, 49, 51-52, 54, 58, 61, 63, 67, 75-76, 82-84, 86-89, 94, 107-108, 110-111, 117-118, 120, 123-124, 126, 128-129, 135-136, 139, 141, 159, 162, 163, 167n, 178, 185, 187, 191, 195, 201, 205, 207, 209, 212, 213n, 217, 223, 225, 227, 234, 239, 243-245, 249, 259, 263, 276, 278, 280, 282, 283, 285, 287, 290, 293, 295n, 298, 301, 317, 323, 325, 329-330, 333, 341, 344-345, 355, 366-368, 373, 376-377, 385, 394-395, 401-402, 407, 409, 411-413, 417, 424, 430-431, 437-439, 440
sociedad, Estado y: 44, 49, 136; civil, 120, 126, 167n, 395; fragmentación de la, 20; móvil, 63; organización de la, 212; polarización de la, 44
Sokoto: 253, 254, 267
Solís, Leopoldo: 339n, 348n
Solís Rosales, Ricardo: 348n
Solow, R. M.: 427 y n
Soly, Hugo: 39n
Souyri, Pierre F.: 124n, 134n
Stein, Lorenz von: 139 y n
Stepan, Alfred: 299n
Stolper, Wolfgang F.: 277
Strachey, John: 217 y n
Stubbs, George: 41
subdesarrollo: 19, 439; como capitalismo de segunda categoría, 439; como exceso de comercio, 19, 32; como forma de atraso econó-

mico, 19-20, 32; como producto del capitalismo, 19; crecimiento económico en el, 323; equilibrado, 243; factores históricos del, 19, 20; industrializado, 323; rasgos centrales, 20; salida del, 243
subempleo: 98, 298, 348, 432, 433; *véanse también* desempleo, empleo
Subramanian, Arvind: 270n
subsidios: 94, 105, 137, 147, 181, 183, 193, 196, 232, 247n, 280, 309, 346, 349, 424n
Suecia: 18, 21, 30, 31, 46, 54, 57, 58, 60, 61, 62 y n, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 86, 88, 89, 90, 91n, 92, 97, 100, 112, 113, 116, 117, 119, 122, 123, 150, 159, 163, 164, 165, 174n, 177, 183, 197, 200, 240, 243, 245, 286, 311, 363, 420, 426, 431, 434
agricultura: 58, 62, 65, 66, 70, 71, 72, 75, 89; Academia Real de, 89; apoyos a la, 75, 85; desarrollo de la, 60, 64, 66, 72, 89; individual, 63, 64, 65; industrialización de la, 89; Oficina de, 75; sistema de tres campos, 34, 62, 95; transformación de la, 58, 62
bancos: 80
bienestar social: 57, 67, 79, 84; vivienda, 75, 80, 86
campesinado, campesinos: 59, 62, 63, 66, 73; independiente, 59, 63, 64, 65, 66, 75, 77, 79, 80, 81, 89
centralización del poder: 59
comercio exterior: 60, 61, 84; dependencia del, 83
Asociación Sueca de Empleadores (SAF): 76, 77, 78, 79, 80, 82
Confederación de Sindicatos Suecos (LO): 76, 77, 80, 82, 87
cooperativas: 65, 80, 81, 85, 88; *Kooperativa Förbundet* (KF), 80
desarrollo: 57, 59, 66, 68, 69, 70, 72, 74, 75, 82, 85, 88, 89; a largo plazo, 68, 89; acelerado, 65, 70, 73, 74
deuda: externa, 74; pública, 74
economía, económico: 60, 61, 70, 71, 72, 76; competitividad, 82, 83; crecimiento, 57, 58, 61, 67, 68, 70, 73, 74, 75, 76, 82, 83-84, 85, 89; crisis, 78, 79, 84, 86; descentralización de la, 88; dualismo, 68, 88, 89; desarrollo, 57, 60, 74, 75, 76, 86, 89; poder, 63; reactivación de la, 68, 84; transformación de la, 60, 67, 69, 74, 75, 89
educación: 81, 82; agraria, 81; obligatoria, 81
empleo: 66, 72, 79, 80, 87, 89
Era de la Libertad: 61
Estado: 58, 59, 63, 64, 66, 77, 79, 81, 82, 84, 85, 87, 88, 89; legitimación del, 63
éxito, principales causas del: 57, 58, 60, 63, 66, 73, 87
exportaciones: 60, 65, 66, 68, 69, 73, 74, 78, 84, 86, 89
expropiación de propiedades de la Iglesia: 58
ganadería: 75
guerras: 57, 58, 60, 75, 76, 78, 83
importación, de capitales: 69n
industria: 58, 59, 60, 69 70, 71, 72, 73, 79, 84, 86, 89; aceleración de la, 66, 71; crecimiento de la, 67, 71, 73, 89; de armamento, 59; desarrollo de la, 64, 66, 68, 69, 70, 71, 72, 73 y n; maderera, 60, 68, 74; manufacturera, 60, 69, 70; mecánica, 69, 70, 74; metalúrgica, 60, 62, 63, 73; rural, 60, 66, 71; siderúrgica, 60, 69, 70; textil, 69, 70
industrialización: 68, 71, 72, 73, 82, 89
inversiones: 69 y n, 73
mercado nacional: 65, 67, 68, 70, 72, 73, 83, 84, 86, 88, 89
Partido Comunista sueco (K): 78
Partido Social Demócrata: 76
población económicamente activa: 68
política(o): 60; absolutismo, 61, 62; poder, 87; reforma electoral, 77; sufragio general masculino, 77; sufragio universal, 61, 76, 77, 78, 87
PIB: 69, 70, 72
PNB: 58, 71, 73
recursos naturales: 57, 68, 89
salarios: 66, 67, 69n, 71, 72, 73, 78, 79, 85, 87; control de los, 83
salida del atraso: 61, 66, 83, 87, 88, 89
servicios: 63, 71, 75
sindicatos: 58, 76, 77, 87; éxito de los, 76, 87; huelgas, 76, 77, 80, 84
sociedad, autoorganización de la: 76; dualismo, 83, 89; movilización de la, 63; organización de la, 76, 82, 83, 84, 87; transformación de la, 61, 67, 75
tecnología: 66, 67, 70, 71, 73, 83
tierra: 57, 59, 62, 63, 65, 66, 69, 75, 78, 81; Ley de Consolidación de Tierras, 64; privatización de la, 85; propiedad de la, 62, 63, 64
transportes, ferrocarriles: 58, 69, 70
urbanización: 58, 59, 65, 71, 88
sufragio: 61, 76, 77, 78, 87, 93, 94, 118, 184, 394
Suiza: 117, 425
Sumitomo: 151
Sylos-Labini, Paolo: 173n, 189 y n, 199n, 430 y n
Syngman Rhee: 375, 379, 381, 394
Szmrecsányi, Tamás: 295n

Taiwán: 124, 147, 159 y n, 160, 161, 209, 223 y n, 234, 236, 373, 380n, 396, 409, 412, 419
Takahashi, Kamekichi: 144n, 147n, 148, 149n, 150n, 175n
Takuma, Dan: 161
Tamil Nadú: 211, 238

Tarifa Unificada: 47
Tata, familia: 230, 231
Tata Engineering: 228
Tata Iron and Steel: 228
Tavares, María C.: 301n
tecnología: 18n, 26, 32, 71, 83, 107, 117, 133, 149, 155, 157, 186, 234, 241, 242, 278, 360, 363, 392, 398, 412, 423, 427, 433; dependencia, 140, 155, 435; imitación de, 437; importación de, 135, 142, 148, 149, 151, 155, 158, 192; indigenización de la, 158; industrial, 241, 427; innovación de la, 15, 18, 20, 58, 66, 73, 83, 159, 199, 355, 362, 386n, 423, 433, 436; intensiva en capital, 157, 199, 228, 229, 231, 241, 272, 411, 435; modernización de la, 107, 117, 277; productiva, 230-231, 433; social, 433; transferencia de, 18, 437
Teléfonos de México: 357
Tercer Mundo; *véanse también* los distintos países
Tercera República: 74, 75
Tidaholm: 70
tierra: adquisición de, 98; concentración de la, 40, 215, 317, 318-319, 318n, 332, 334; ejidos, 342, 343 y n, 344, 346; expropiación de la, 19, 37, 40, 42, 58, 317, 321, 327, 339, 342, 343, 317, 319; gran propiedad, 52, 58, 65, 95, 97, 128, 175, 188, 221, 287, 317, 318, 319, 320, 331, 332, 333; latifundio improductivo, 316, 317, 323, 340; ocupación de, 180, 192-193, 290, 410; pequeña propiedad, 35, 36, 38, 91, 94, 97, 98, 115, 118, 129, 168, 171, 188, 194, 221, 274, 317, 318, 331, 340; privatización de la, 134, 142, 419; propiedad de la, 176, 180, 223, 289, 317, 319, 325; propiedad individual, 63, 64, 335, 430; redistribución de la, 35, 63, 220, 339; reparto de, 195, 225, 310, 321, 322, 338, 339; sistema de arrendamiento, 40; tenencia de la, 41, 104, 118, 142, 145, 180, 219, 222, 241, 287, 317, 430; uso comunitario de la, 36, 37, 64, 96, 322, 339, 342, 344, 346, 419; *véanse también* agricultura, campesinos
Togo: 251
Tokio: 127, 132, 394
Tokugawa, familia: 126, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 142, 143, 245
Tomasson Jannuzi, F.: 219n
Tomioka: 148, 149
Torquemada, Tomás de: 50
Tosa, clan: 146
Totten III, George O.: 140n
Toynbee, Arnold: 38 y n
Toyota: 151, 385
trabajo: 36, 40, 68, 72, 149; división del, 325; excedente de, 25, 159 y n, 254n, 293, 294, 319, 410; fuerza de, 72, 118, 155, 193, 318, 432; obligatorio, 36, 37, 65, 96, 97, 128, 343; sustitución de dinero por, 26, 36, 37, 78; *véanse también* campesinos, mano de obra
transportes y comunicaciones: 118, 146, 191, 218, 229n, 238, 280, 309, 332, 355, 360; carreteras, 67, 136, 172, 196, 218, 244, 249, 269, 309, 313, 329, 387; ferrocarriles, 41, 58, 67, 69, 111, 116, 138, 146, 147, 172, 182, 214, 217, 218, 229n, 252, 334, 335, 336, 337, 339, 341, 344; marítimos, 67, 147, 151, 183, 229n, 249, 309, 313, 387, 412
Tratado de Westfalia: 61
tribalismo: 251, 253, 263
Tuchman, Barbara: 51n
Tudor, los: 40, 51
Túnez: 30
Turati, Filippo: 177 y n, 184
Turgot: 42
Turín: 168, 169, 186
Turquía: 200

Unión Soviética: 406; *véase también* Rusia
United African Company: 253 y n
urbanización: 20, 28, 35, 38, 65, 88, 129, 249, 275, 289, 345, 348, 349
Uruguay: 311; exportaciones, 98; utilidades, 286
Utrecht: 30
Uttar Pradesh: 224, 226

Vandenbroeke, Christian: 39n
Vannutelli, Cesare: 181n
Vargas, Getulio: 259, 289, 294, 295, 296, 297, 312
Värmland: 70
Varsovia: 29
Vasa, los: 58
Västeras: 70
Väzquez, Tabaré: 311
Velho, Gilberto: 307n
Venecia: 26, 27, 28, 29n, 30, 122, 165; decadencia de, 28
Verdoorn, P. J.: 435n
Verma, B. N.: 221n
Vernon, Raymond: 339n
Versalles: 186, 401
Víctor Manuel II: 166
Victoria, reina: 119
Viena: 29n, 139
Villa, Francisco: 38, 334n, 338, 339, 340
Villari, Lucio: 189n
Villoro, Luis: 335n
Visconti, los: 29
Vístula, río: 42
Voltaire, François-Marie Arouet: 133n
voto, *véase* sufrágio
Vries, Jan de: 38n, 39n, 42n

Wallerstein, Immanuel: 61n, 92n
Weaver, Kent: 82n, 83

Weber, Alfred: 268n
Weber, Max: 27n, 45 y n, 49n
Weffort, Francisco: 295n
Weston, Richard: 40
Weyl, Nathaniel y Sylvia: 342n
Wigforss, Ernst: 79, 84, 86
Witte, conde: 183n
Womack Jr., John: 335n

Xun Zi: 400

Yang, Shang: 399, 400
Yasuda: 151
Young-sam, Kim: 395
Ypres: 26, 27
Yucatán: 343, 344

Zambia: 287
Zapata, Emiliano: 334n, 338, 339, 340
Zartman, I. William: 277n, 278n
Zedong, Mao: 399, 402, 403 y n, 404, 405, 406 y n, 408, 410, 413
Zhao Ziyang: 409 y n, 410 y n, 413
Zhou Enlai: 399n, 407, 408
Zhu Rongji: 412, 416, 417, 424
Ziegler, Jean: 282 y n
Zoctizoum, Yarisse: 278n

ÍNDICE GENERAL

Sumario 7
Prólogo a la nueva edición 13
Introducción 15
Plan de trabajo 21

Primera parte
EL CAPITALISMO, EMPRESA EUROPEA DESBORDADA SOBRE EL MUNDO

I. *El comercio: de las ferias a las colonias* 25
II. *La agricultura: del* Señor *al mercado* 34
III. *Un Estado no tan ausente* 44

Segunda parte
INTENTOS EXITOSOS DE SALIDA DEL ATRASO

IV. *Suecia: un milagro con varias explicaciones* 57
Dos antecedentes: Estado fuerte y transformación agraria 58
El puente industrial más allá del atraso 66
Economía en crecimiento, sociedad en expansión 75
La química del éxito sueco 86

V. *Dinamarca: de una cultura comunitaria a otra* 90
Cambios políticos y agrarios antes de la aceleración 93
Grundtvig, nacionalismo y educación 99
Cooperación rural e industrialización 106
Una doble alteración 117

VI. *Japón: un precoz capitalismo de Estado* 122
La originalidad histórica y el riesgo del exotismo 122
Núcleos de modernidad bajo la costra feudal: el periodo Tokugawa 127
El capitalismo como proyecto de Estado 131
La política agraria 141
La política industrial 146
Un problema aparte: el coeficiente capital/trabajo 155
Militarismo y expansión colonial 159

VII. *Italia, o la dificultad de las reformas* 163
Cuatro etapas del camino italiano fuera del atraso 165
Conservadores y desarrollo infraestructural 169
Proteccionismo y aceleración tardía 178
El fascismo: una revolución conservadora 185
Los años del "milagro" 191
Intento de moraleja 200

Tercera parte
INTENTOS FALLIDOS DE SALIDA DEL ATRASO

VIII. *India, un atribulado camino al desarrollo* 205
Herencias de la historia 211
Una fallida transformación agraria 218
Bienes de capital (1951-1991) 228
La aceleración desde la década de 1990 235
La tenacidad del atraso 240
Eficiencia, ¿un problema micro o macro? 241
Fuerza/debilidad del Estado indio 243
"Alma hindú" y condición colonial 244
El partido como protestante colectivo 245

IX. *Nigeria: las turbulencias de un país en formación* 248
Huellas del pasado y legado colonial 250
Instituciones, etnias y conflictos 256
Economía y Estado débil 268
Problemas en busca de respuestas 282

X. *Brasil: crecimiento e inequidad* 286
La república: una economía inédita y antigua 289
Dictadura, crecimiento y desigualdad (1964-1985) 299
Democracia, inflación y reformas (1985-2015) 304
La inflación irreducible 304
Intentos reformadores (primera fase) 307
Intentos reformadores (segunda fase) 311
Algunas observaciones sobre agricultura 316
Conclusiones 323
Una miniatura de país desarrollado 323
Desarrollismo y megalomanía 324
Brasil/Dinamarca 324
Complicaciones de la gobernabilidad 325
Brasil, país del futuro 326

XI. *México: estancamiento de largo plazo e instituciones* 327
Continuidad y cambio 327
De la independencia sin cambio social a la modernización excluyente (1821-1910) 330
De la revolución al cambio económico insostenible (1910-1940) 337
Una industrialización exitosa y endeble (1940-1981) 345
Reformas sin crecimiento: cuatro décadas entre dos siglos . . . 353
Dos retos: instituciones y criminalidad 364

Cuarta parte
Addendum asiático

XII. *Corea del Sur: un exitoso camino más allá del atraso* 375
Entre los Koryo (918-1392) y Syngman Rhee (1948-1960) 375
Las primeras fases de industrialización (1961-1979) 379
Entre crisis y nuevos desarrollos 387
El largo camino hacia una democracia confuciana 393

XIII. *China: de la utopía al mercado* 398
Fragmentos de historia: de Confucio y Shang Yang a Mao . . . 399
Dos saltos al vacío 403
Deng: reformas, represión, reformas 406
Hacia un nuevo modelo de desarrollo 414

Conclusión 425
Bibliografía 441
Índice analítico 477

La desigualdad creciente en la que se encuentra sumergida gran parte de la población mundial es resultado de una brecha profunda que se evidencia en el nivel de desarrollo de algunos países con respecto a otros. No obstante, para entender la situación económica actual de un país es necesario mirar su historia y eso es justamente lo que esta obra proporciona: cuáles son los factores que permitieron a ciertos países emanciparse del atraso económico —entendido como una tríada de baja productividad, elevada segmentación social y escasa calidad institucional— y por qué otros no lo han logrado.

Además de revisar y actualizar lo ocurrido en los últimos 25 años, desde la aparición de la edición anterior, Ugo Pipitone realiza un extenso análisis comparativo en el cual revisa las políticas económicas y los acontecimientos sociales que ayudaron a Suecia, Dinamarca, Japón e Italia a salir del atraso, mientras que India, Nigeria, Brasil y México se han mantenido ahí, a pesar de haber tenido avances. Asimismo, esta tercera edición ofrece dos experiencias complementarias acerca del actual proceso de desarrollo económico en lo que el autor denomina *addendum asiático:* Corea del Sur y China.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
CIDE

www.fondodeculturaeconomica.com